

COPIOSA Y VARIADA COLECCION
DE
SELECTOS PANEGIRICOS

SOBRE LOS MISTERIOS DE LA
SANTÍSIMA TRINIDAD, DE JESUCRISTO
Y DE SU
SANTÍSIMA MADRE,
y sobre
LAS FESTIVIDADES DE MUCHÍSIMOS SANTOS:

SEGUIDA DE
ALGUNAS ORACIONES FÚNEBRES
Y OTROS UTILÍSIMOS SERMONES.

SALE Á LUZ

bajo la direccion del Excmo. é Ilmo.

SR. D. ANTONIO MARÍA CLARET,
Arzobispo dimisionario de Santiago de Cuba.

TOMO X.



Con aprobacion del Ordinario.

BARCELONA :
LIBRERÍA RELIGIOSA.—IMPRENTA DE PABLO RIERA,
CALLE DEL ROBADOR, NÚM. 24 Y 26.
1861.

SELECTOS PANEGÍRICOS.

SERMON

SOBRE

LA VERDADERA Y FALSA PENITENCIA.

Convertere ad Dominum, et relinque peccata, etc. (Eccli. xvii).

Conviértete al Señor, y deja los pecados, etc.

1. En el sermón antecedente os he exhortado, hermanos carísimos, á la práctica de la penitencia, poniendo á vuestra vista, ya la utilidad admirable, y ya también la necesidad de esta virtud. Ahora la razón misma parece que pide os exponga el modo de hacer la penitencia saludablemente. Porque dice rectamente Plutarco: Aquellos que exhortan á la virtud, y no enseñan la manera con que se debe ejercer, son semejantes á los que despabilan la lámpara y no la echan aceite; de lo que sucede que encendida la lámpara inmediatamente se apaga. Pues para que pueda echar este aceite á la lámpara de la penitencia, con el cual arda perpétuamente, imploremos humildemente el auxilio celestial por la intercesión de la sagrada Virgen: *Ave María*.

2. Cuando el Señor envió al profeta Jeremías á que predicara á su pueblo, le encomendó principalmente este oficio ¹: que lo primero arrancara y demoliera, y después edificara y plantara. Cualquiera, pues, que intente instruir el pueblo en la piedad y justicia, lo primero á que debe aplicarse en la realidad es á destruir y arrancar las costumbres malas é inveteradas, y después (arrancadas estas) sembrar las semillas de las plantas saludables, esto es, de las

¹ Jerem. i.

virtudes; al modo que suelen hacerlo aquellos que quieren cultivar una tierra inculta y erial para sembrarla de trigo. Pues habiéndome yo propuesto en este sagrado tiempo predicaros sobre la penitencia, antes de que os trate de la verdadera, debo primero arrancar y demoler la falsa. Este método y consejo agrada tambien á los filósofos, los cuales dicen que la primera virtud es huir los vicios; porque, vencidos y quitados estos, es cosa fácil sembrar é ingertar las virtudes en los ánimos.

Primera parte.

3. Para esto se debe saber lo primero, que en todas las cosas que constan de naturaleza ó de arte unas hay en la realidad verdaderas y otras falsas, pero que ostentan y presentan especie de verdaderas. Porque hay oro verdadero y oro adulterado; hay tambien moneda verdadera y falsa, y hay margaritas y piedras verdaderas y falsas ó adulteradas: esto mismo sucede tambien en nuestras costumbres. Porque hay verdadera y falsa justicia, verdadera y falsa religion, verdadera y fingida humildad, y tambien verdadera y fingida caridad; de otra suerte nunca el Apóstol hubiera dicho ¹ que retuviéramos una dileccion sin simulacion, y una caridad sin ficcion. Pues así como en las otras virtudes las hay verdaderas y adulteradas, que retienen la especie de piedad, mas que niegan su valer; así tambien puede esto suceder en la penitencia, que una sea verdadera y otra fingida y disimulada: verdadera es aquella que el Señor nos pide por el Profeta, quando dice ²: Convertíos á mí de todo vuestro corazon, en ayuno, en lloro y llanto, y rasgad vuestros corazones. Tambien es verdadera la que expresan estas palabras que os he propuesto ahora: Conviértete al Señor, y deja los pecados; y falsa es aquella que atribuye el Profeta á los israelitas quando dice ³: Y le amaron con su boca, y con su lengua mintieron: el corazon de ellos no era recto con él, ni se hubieron fieles en su testamento. Pues esta era penitencia falsa, la cual mostrando al exterior la imagen de la penitencia, sin embargo distaba mucho en el interior de la penitencia verdadera. De ella tambien se queja el Señor por el Profeta, quando dice ⁴: Y no se volvió á mí de todo corazon, sino en mentira. Y llama mentira á semejante conversion, ó porque el hombre malo presenta la espe-

¹ Rom. xii; II Cor. vi. — ² Joel, ii. — ³ Psalm. lxxvii. — ⁴ Jerem. ii.

cie de un ánimo penitente, ó ciertamente porque miente, cuando no cumple lo que prometió, no apartándose de aquellos pecados que protestó condenar y detestar. Esto de cuánto peligro sea lo declara Hugo de San Víctor, el cual numera tres géneros de hombres obstinados. El primero, de aquellos que no aprovechan la corrección. El segundo, y en realidad mas grave, de aquellos que con la amonestación se hacen peores, porque estos de la lima cogen orín. Y el tercero dice que es de aquellos que prometen la enmienda y no la cumplen. Pues con razon numera á estos entre los obstinados, porque de ellos mientras que permanecen tales no hay esperanza alguna de salud. Porque prometer la enmienda y no cumplirla es colmar un vicio con otro. Y la maldad de estos parece que la disimula Dios algun tiempo; pero sin embargo, cuando llegue su día, la castigará con los debidos tormentos, tanto mas gravemente, quanto lo hizo con mayor tardanza, como lo dice el Profeta ¹: Los enemigos del Señor le mintieron, y su tiempo será en los siglos; ó como otros vierten, será en el siglo. Que vale lo mismo que si dijera: ahora, á la verdad, mienten al Señor estos que violan sus leyes, pero no obstante llegará el tiempo cuando paguen las penas de esta mentira, las cuales pagarán perpétuamente en el siglo venidero. De cuyo tiempo en otro lugar dice ²: Cuando me tomare tiempo, yo juzgaré á las justicias. Porque como á ciertos incrédulos les dijo el Salvador ³: Mi tiempo todavía no vino, y el vuestro siempre está preparado; así ahora puede decir esto á todos los malos: en el tiempo presente os es libre, permitiendo yo y callando, hacer impunemente lo que os gustare. Pero llegará tiempo cuando romperé este prolongado silencio, y derramaré sobre vuestra cabeza la ira cogida y reservada en mi pecho á costa de una larga paciencia. Y no son largos los espacios por los que se dilata este tiempo de la venganza estando escrito ⁴: Cerca está el día de la perdición, y los tiempos se apresuran por llegar á presentarse.

4. Y de ambas penitencias, esto es, de la verdadera y la falsa, se deja ver un ejemplo cómodo en David y Saul ⁵. Porque ambos pecaron, y ambos pronunciaron esta voz: *pequé*; y sin embargo el uno oyó: El Señor tambien trasladó, esto es, perdonó tu pecado, no morirás; y del otro, orando Samuel por él, dijo el Señor ⁶: ¿Hasta cuándo lloras tú á Saul, habiéndole destronado yo? Pues ¿por qué consiguió aquel perdón, y este no, habiendo dicho los dos una mis-

¹ Psalm. LXXX. — ² Id. LXXIV. — ³ Joan. VII. — ⁴ Deut. LII. — ⁵ II Reg. c. XII. — ⁶ I Reg. XVI.

ma voz, sino porque David se volvió con todo su corazón al Señor, lo que no hizo Saul? porque de lo contrario, si lo hubiera hecho, hubiera conseguido el mismo perdón que el otro, porque Dios no es aceptador de personas. Á la verdad que tal parece ser la penitencia de aquellos que á poco despues que confesaron en este tiempo sus culpas recaen inmediatamente en los mismos pecados; y en nada minoran la mala costumbre y licencia de jurar, de perjurar, de mentir, de murmurar, de maldecir, de blasfemar y de codiciar: ni tampoco practican algun ejercicio de virtud y piedad, sino que permanecen los mismos que eran antes. Estos es verosímil que de ninguna suerte recibieron ni la virtud ni la gracia del Sacramento, como se puede colegir con solo este ejemplo. Si alguno enfermando gravemente en su cuerpo, tomando una bebida que le receta el médico no sintiera mejoría alguna, sino que le inquietara el ardor mismo de la calentura, tuviera el mismo fastidio á la comida, y le oprimiera la misma sed y la debilidad misma del cuerpo, ¿quién creería que semejante bebida le habia sido saludable, no habiendo en nada mudado ni minorado las molestias de la enfermedad? Pues siendo la confesion sacramental como una cierta bebida de las almas, con la cual se expelen de ellas los humores perniciosos y pestilentes de los pecados, y se pone en un estado sano por el auxilio de la divina gracia; si nada de esto hiciere, si quedare en ella el mismo fastidio de las cosas espirituales, la misma sed y ansia de las cosas terrenas, el mismo ímpetu y fervor de las pasiones, el mismo ardor de la avaricia y ambicion, la misma debilidad y flaqueza para toda práctica de las virtudes, ¿con qué conjetura, pregunto, ó con qué indicio podré colegir que esta medicina espiritual te aprovechó?

5. Pero dirás acaso: no es luego un argumento cierto de que fue vana mi confesion, porque inmediatamente recaiga en los mismos pecados. Porque esto mas parece que se debe atribuir á los malos hábitos y costumbre envejecida; porque es dificultoso dejar la costumbre que en cierto modo se convirtió en naturaleza. Confieso que no es esta conjetura cierta y argumento de una confesion fugida. Porque puede suceder que haya precedido en la realidad una verdadera confesion y penitencia; y sin embargo el hombre incauto, y que mira poco por sí, parte urgido de la mala costumbre de la vida pasada, y parte sugerido del diablo, que caiga inmediatamente en los pecados antiguos. No obstante esto pienso que mas frecuentemente sucede esto, porque la confesion de los tales fue, como hablan los teólogos, informe. Porque puede ser verdadera la confe-

sión, pero informe; esto es, en la cual recibe uno el Sacramento solamente, mas no la gracia del Sacramento. Y faltando esta, el hombre frágil y mal acostumbrado, ofreciéndose la ocasion, recae luego en los mismos vicios. Porque, como dice santo Tomás, la mas mínima gracia puede evitar todos los pecados mortales, respecto que de ella proviene la caridad; de la cual es propio amar, no solo de palabra, sino en la realidad, á Dios sobre todas las cosas, y del mismo modo aborrecer el pecado sobre todas ellas. Porque verdaderamente la caridad, que á beneficio de la verdadera penitencia se nos difunde por el Espíritu Santo en nuestros corazones ¹, ama mas á Dios que la codicia los millares de oro y plata, y que todos los bienes del mundo. De esto sucede que quien de este modo ama á Dios no lo querrá trocar por el precio de ninguna cosa temporal. Por cuyo título dice san Juan ²: El que ha nacido de Dios no peca, porque la generacion de Dios lo conserva; esto es, la cognacion divina con que el hombre se hizo partícipe del espíritu celestial lo conserva, y apartándolo de las cosas terrenas lo arrebatá á las celestiales ³, habiendo en su pecho una fuente de agua que salta hasta la vida eterna. Por esta causa dice san Juan ⁴ que el que ha nacido de Dios no peca; porque, ó se abstendrá perpétuamente de los pecados, ó ciertamente que con dificultad y rara vez caerá en ellos: y cuando acaso cae en ellos, no cae sin el conflicto y sentimiento interior del ánimo, como que lleva grave y moleestamente perder y ahuyentar de sí, y conmutar por alguna cosa ínfima á Dios, que ama sobre todas las cosas. Porque nunca se pierde sin dolor lo que se posee y tiene con amor. De aquí sucede que los que beben como agua la iniquidad, esto es, los que sin sentimiento alguno de dolor caen fácilmente en pecados, parecen estar muy léjos de la gracia y caridad divina. Pues como veamos que muchos fieles, acabada su confesion, se precipitan sin el menor dolor y sentimiento de su corazon en todo género de maldad, ¿con qué indicio se podrá colegir que estos han percibido la caridad, el espíritu del Señor y la luz de la divina gracia? Porque la luz no puede dejar de lucir, y el fuego de la caridad no puede dejar de arder. Pues no viendo en tí resplandor alguno, ni tampoco ardor alguno, ¿con qué conjetura conoceré que has recibido la luz y fuego celestial? Añade á esto tambien que, aunque á toda gracia sea comun el poder evitar con ella todos los pecados mortales, sin embargo la gracia sacramental que se da en la confe-

¹ Rom. v. — ² I Joan. v. — ³ Joan. iv. — ⁴ Ibid.

fesion tiene una singular virtud: contra el pecado; habiendo sido instituido por Jesucristo este Sacramento para remedio del pecado. Pues viendo que muchos despues de este Sacramento repiten sin detencion alguna los mismos delitos; ¿con qué razon podré colegir que estos han recibido esta virtud celestial, la cual no alejó de sí crimen alguno? Por tanto san Agustín al penitente habla así: Si eres penitente, arrepíentete; si te arrepientes, no lo vuelvas á hacer; si aun lo haces, no eres penitente. Y á semejantes penitentes los acusa san Bernarðo con estas palabras: La penitencia, dice, es dolerse de los males pasados, y llorar de modo las culpas cometidas, que no cometa cosas que tenga que llorar; porque es burlador y no penitente verdadero el que todavía hace cosa de que se arrepienta. Lo mismo atestigua tambien san Agustín por estas palabras: Haces penitencia, hincas la rodilla y ries: burlas la paciencia de Dios. Y él mismo repite en cierto sermón: El que se da, dice, golpes de pechos, y no se corrige, arraiga, no quita los pecados. De cuyas palabras colegimos fácilmente que los que hacen penitencia de este modo, léjos de que les aprovechen los medicamentos, se les mudan en veneno los remedios, afirmando los santos Padres que esto no es arrepentirse, sino burlar la paciencia de Dios.

6. Y ¡cuán muchos son, hermanos, los que todos los años reciben estos Sacramentos sin alguna verdadera detestacion y huida del pecado, y así llegan á una edad muy avanzada engañados con la imagen de una falsa penitencia! Pues el estado miserable de estos, y juntamente su peligro, describe el Profeta ¹ bajo el nombre de Efraim en un símil muy oportuno por estas palabras: Efraim se ha hecho un pan subcinericio, que no se revuelve; los ajenos se comieron su valor, y él no lo supo, sino que aun le salieron las canas, y él lo ignoró. El pan subcinericio, si no se vuelve muchas veces de un lado á otro, por una parte se quema, y por otra queda crudo, y así es totalmedte inútil para comerse. Tales son aquellos que toda su vida están inmóviles en sus maldades: como que nunca han hecho verdadera penitencia, ni de su aversion á Dios se han convertido verdaderamente y de corazon al Señor. El ánimo obstinado de estos admiró el Señor en Jeremías, diciendo ²: ¿Por ventura el que se apartó no volverá? Pues este pueblo se apartó con una retirada contenciosa; cogieron la mentira, y no quisieron volver. Y cuya perdition y obstinacion insinúa despues Oseas, cuando añade ³: Los

¹ Osee, vii. — ² Jerem. viii. — ³ Osee, vii.

ajenos comieron su valor, y él lo ignoró. Porque los demonios, enemigos y ladrones del género humano, hurtan y roban todos sus bienes, y lleuándolo de heridas hasta dejarlo medio muerto se van luego. Porque por los pecados mortales, en los cuales ellos nos precipitan, no solamente se pierden los bienes de la gracia celestial, sino que tambien los bienes de la naturaleza se disipan de modo, que cuanto mas tiempo persevera el hombre en ellos, otro tanto mas destruye aquellos, y pierde el dolor y sentimiento de sus males. Porque esto es lo que dice: y él no lo supo. Y cuando el mal y el peligro se ignoran, ¿qué remedio se podrá poner? Esto lo repite y amplifica despues, cuando inmediatamente pone: y aun le salieron las canas, y él lo ignoró. Esto es, ni aun en aquella edad misma que está llena de canas, y que deprime el afecto y pasiones de la carne, y aumenta la prudencia, no quiso dejar la maldad una vez concebida, sine que del mismo modo que la adolescencia y juventud se contaminó y ensució con varias maldades la ancianidad. Y así en semejantes hombres se encuentran canas, así como de la edad, tambien de los pecados. Porque de estas canas de los pecados es de las que el Profeta dice ¹: Padriéronse y se corrompieron mis cicatrices á presencia de mi necedad. Esto es, porque estaba ciego y falto de todo sentido para proveer en los males y peligros en que andaba, nunca pensé en su remedio y medicina. De esto ha sucedido que mis mismas llagas se pudrieron y corrompieron, y por esto me han traído á un riesgo sumo de la salud y de la vida. Porque los males antiguos y añejos con dificultad se sanan. Pues en este peligro andan aquellos cuya penitencia es no verdadera, sino fingida y falsa.

7. Pero demos que has hecho verdadera penitencia, y que con el Sacramento recibiste la gracia y el perdon: ¿qué fruto sacas de aquella penitencia cuando inmediatamente repites los mismos pecados? Porque, como dice san Agustin, vana es aquella penitencia que mancha la culpa siguiente: nada aprovechan los lamentos si se reiteran los pecados; y nada sirve hacer penitencia de los males, y repetir de nuevo los mismos males. Por esto san Isidoro, explanando aquella voz del Señor ²: Lavaos y estad limpios; dice así: Lávasse y se limpia aquel que flora los pecados pasados, y no admite los futuros: lávasse y no queda limpio el que flora lo que hizo, y no lo deja. Pues la vanidad de esta penitencia la declara el Eclesiástico en

¹ Psalm. xxxvii. — ² Isai. i.

varios símiles por estas palabras ¹: Uno que edifica y otro que demuele ¿qué fruto sazan sino el trabajo? Uno que ora y otro que maldice ¿cuál voz oirá Dios? El que se lava porque tocó el muerto, y otra vez toca al muerto, ¿que le aprovecha su lavatorio? En la ley antigua cualquiera que tocase un muerto se tenia por in-mundo, y era necesario expiarlo y purgarlo de esta inmundicia con agua lustral. Pues el sentido de esta sentencia es: el que se expió y purificó del contacto del muerto, y toca otra vez el muerto, ¿qué le sirvió aquella primera lustracion ó lavatorio? Esta sentencia, á la verdad, san Gregorio y los demás santos Padres ² la citan para acusar y reprender la penitencia de aquellos que despues de haberse expiado, inmediatamente hacen cosas de que tienen que volverse á expiar ó limpiar. Este sentido insinuó el mismo Eclesiástico cuando inmediatamente añade ³: Así el hombre que ayuna en pecados, esto es, que se mortifica con los ayunos por las culpas cometidas, el cual sin embargo hace los mismos, ¿qué aprovechará humillándose? ¿Quién oirá su oracion? Veis, pues, hermanos, ¡cuán vana sea semejante penitencia! Esta la notó tambien Salomon en los Proverbios cuando dijo ⁴: Así como el perro que vuelve á su vómito, así es el imprudente que reitera su necesidad. De cuyo símil valiéndose san Pedro ⁵, añade otro del cerdo lavado, el cual se vuelve otra vez á su revolcadero ó cenagal. Con estos argumentos colegimos, hermanos, que es supérfluo el trabajo de aquellos que se arrepienten de este modo; como seria el de aquellos de los cuales uno edificara y otro destruyera. Y ¡ojalá que semejante penitencia no tuviera mas daño y perjuicio que este! esto seria llevadero sin mucha molestia.

Segunda parte.

8. Hay tambien otro daño mucho mas grave y mucho mas de temer, y es que dice el Apóstol ⁶: Si lo que destruí lo edifico otra vez, me constituyo prevaricador, esto es, me hago reo de un nuevo crimen. Porque despues de haber recibido por singular beneficio de Dios el perdon y la gracia, despues de aquel sacrificio con que el hombre se dedicó á Dios estando á los piés del sacerdote, y propuso ante él firmemente que nunca jamás quebrantaria las leyes de Dios, cometer las mismas culpas, ¿acaso este no colma y aumenta

¹ Eccli. xxxiv. — ² Num. xix. — ³ Eccli. xxxiv. — ⁴ Prov. xxvi. —

⁵ II Petr. ii. — ⁶ Galat. vii.

sus maldades con el crimen de un ánimo ingrato? Esta maldad en la realidad llama san Gregorio una cierta espiritual apostasía, porque es así como dice: Al modo que el que se aparta de la fe es apóstata, así el que vuelve á la obra perversa que habia dejado se reputa por el Dios omnipotente como un apóstata, aunque parezca que tiene fe. Y este santo Padre á este delito llama apostasía, no porque verdadera y propiamente sea tal, sino porque al modo que el Apóstol á los que comulgan sacrílegamente dice ¹ que son reos del cuerpo y sangre de Jesucristo; esto es, semejantes á aquellos que pecaron contra su sagrado cuerpo y derramaron su sangre, así el que de la justicia que seguia se vuelve á la maldad imita la malicia del apóstata, que de la fe que habia profesado retrocede á la perfidia. Á la verdad que con la comparacion de un delito mayor quiso amplificar este pecado por la semejanza. Y pregunta santo Tomás cuál sea mas grave pecado, si aquel con que se pierde la inocencia, ó aquel que se comete despues de la penitencia, habiendo obtenido el perdon del pecado. Y dice que es grave en la realidad la pérdida de la inocencia, y gravísima la maldad con la que se pierde una cosa tan estimable; pero que, no obstante esto, es cosa mas grave despues de la penitencia y de la gracia divina y del perdon recibido ofender otra vez al dador del perdon. Por cuyo titulo resuelve que esta es mas grave maldad. Cuya gravedad declara el Señor en Jeremías con un ejemplo y narracion admirable, que no me será graveo referir en este lugar. Sitiando el ejército de los asirios á Jerusalem, y entendiendo los hijos de Israel, amonestados de las voces de Jeremías, que se veían en tanto riesgo por sus culpas y maldades, mayormente por la tiranía que ejercían en los siervos hebreos, á quienes contra lo ordenado por el Señor retenían pasados los siete años de esclavitud, queriendo apaciguar la ira del Señor se juntaron en su templo, y allí de comun consentimiento promulgaron la libertad á los siervos. Y él ofreció el sacrificio solemne partiendo en menudos pedazos un becerro, y pasando por medio de estos trozos, se descaron é imprecaron con este hecho una muerte y destrozo semejante si revocaban lo que estaba bien hecho. En cuyo tiempo como el ejército de los asirios levantase el sitio por la venida de los egipcios, luego que los hijos de Israel se vieron libres del peligro inminente, abrogando lo bien acordado y determinado, sujetaron otra vez los siervos á su antigua esclavitud.

¹ I Cor. xi.

Á quien el Señor por medio de Jeremías les envió esta embajada.¹ Vosotros, les dice, hicisteis lo que era recto ante mis ojos en promulgar y predicar la libertad cada uno á su amigo, é hicisteis pacto á mi vista en la casa en que se invocó mi nombre sobre ella. Y os habeis vuelto atrás, y habeis violado mi nombre, y os habeis vuelto á tomar cada uno su siervo y cada uno su sierva, los que ya habíais dejado para que quedaran libres y en su potestad, y los sujetasteis para que sean vuestros siervos y vuestras siervas. Por tanto esto dice el Señor: Vosotros no me habeis oído para que dejárais en libertad cada uno á su hermano y cada uno á su amigo; ved, yo ya no os defenderé, dice el Señor, y os entregaré á la espada, á la peste y al hambre, y os daré en conmocion ó irrisión á todos los reinos de la tierra. Y daré varones que prevarican mi pacto, y no observaron las palabras de mi alianza, á las cuales asietieron á presencia mia: al becerro que partieron en dos partes y pasaron por entre sus divisiones. Los príncipes de Judá y los príncipes de Jerusalen, y todo el pueblo de la tierra, que pasaron entre las divisiones del becerro; y daré á ellos en manos de sus enemigos y en manos de los que buscan sus almas, esto es, sus vidas: y la multitud de cadáveres de ellos servirá de comida á las aves y bestias de la tierra. Y entregaré á Sedecías y á sus príncipes en manos de sus enemigos y en manos de los que buscan sus almas, esto es, sus vidas, y en manos de los ejércitos del rey de Babilonia, los cuales se apartaron de vosotros. Ved, yo lo mando, dice el Señor, y los volveré á esta ciudad, y pelearán contra ella, y la tomarán, y la pasarán á fuego, y las ciudades de Judá las daré y dejaré en soledad, de modo que no haya habitantes en ellas. Hasta aquí las palabras de Jeremías; las cuales, á la verdad, si no alcanzan para arredrar los corazones de los falsos y malos penitentes, yo no sé qué cosa mas formidable pueda alegar en esta causa. Y contra aquellos que imitan esta insolencia clamó el apóstol san Pedro diciendo²: Mejor les hubiera sido no conocer el camino de la verdad, que despues de conocido retroceder de aquel santo mandamiento que se les enseñó. Y para hablaros sobre este asunto con claridad, no dudo aseverar que entre todos los males con los que al presente es vejado y oprimido el mundo me parece á mí que este es el máximo de todos, ó que se debe contar uno entre los máximos; porque entiendo que mucha turba de hombres están en un riesgo sumo de su eterna salud, cuan-

¹ Jerem. xxxiv. — ² II Petr. ii.

do se confiesan de modo, que apenas se han confesado cuando recaen en los mismos delitos. Nadie, pues, se engañe, nadie por sola la confesion se prometa la salvacion si á ella no junta un odio capital y la detestacion de los pecados mortales. De aquí es que dice Salomon ¹: El que oculta y esconde sus maldades no será dirigido. Y aquel que las confesare y las dejare conseguirá la misericordia. Á la verdad que previa en espíritu que había de haber muchos que, contentándose con sola la confesion de sus culpas, se prometerian la salvacion. De este error los aparta, cuando á la confesion de las culpas juntó la fuga de ellas, sin la cual la confesion nada ayuda para la eterna salud. Mas porque hasta aquí me he esforzado por destruir y arrancar la penitencia falsa y adulterada, resta que procure plantar la penitencia verdadera y legítima.

¹ PROV. XXVIII.

SERMON

DE LA

SEGUNDA PARTE DE LA PENITENCIA.

SOBRE LA CONFESION.

Convertere ad Dominum, et relinque peccata, etc. (Eccli. xvii).

Convíértete al Señor, y deja los pecados, etc.

1. En el sermón antecedente concluí la explicación, hermanos carísimos, de la primera y principal parte de la penitencia: resta que os explique la segunda, que es la confesión. Y la confesión es uno de los siete Sacramentos instituidos por Jesucristo Señor nuestro después de su pasión y resurrección, cuando dijo á los Apóstoles ¹: Recibid el Espíritu Santo; los pecados que perdonáreis serán perdonados, etc. Por estas palabras se entregaron á los ministros de la Iglesia las llaves del reino de los cielos, y la potestad de perdonar los pecados. Cuyo beneficio en la realidad no lo había recibido el mundo ni antes de la ley, ni en el tiempo de la ley; porque todavía no se había hecho patente aquella fuente de donde corrió sangre y agua para la ablución del pecador y de la menstruada ². Y antes de la ley los hombres justos ofrecían sacrificios por la expiación de los pecados. Así, á la verdad, lo hacía todos los días el santo Job por los delitos de sus hijos, diciendo ³: No sea caso que pequen mis hijos, etc. Así también se ofrecían sacrificios en la ley por los pecados. Sin embargo estos eran sacrificios, pero de manera que no eran Sacramentos como lo son los nuestros. Porque los nuestros contienen y causan la gracia, mas aquellos eran unos elementos vacíos, los cuales no por la virtud suya, sino por los ruegos y fe del ofrecedor eran saludables. Pero en la confesión no so-

¹ Joan. xx. — ² Zach. xiii. — ³ Job, i.

lamente sufraga á los penitentes la devocion del que confiesa, sino tambien el mismo Sacramento, el cual por virtud de la pasion del Señor da el perdon de los pecados. Y así luego que en una confesion dolorosa hubieres manifestado tus pecados; inmediatamente se borran de aquel libro del cual está escrito ¹: *Nonne hæc condita sunt apud me, et signata in thesauris meis?* Porque así leemos ²: Dije, confesaré contra mí mi injusticia al Señor, y tú perdonaste mi impiedad. De estó refiere un ejemplo memorable san Juan Clímaco en el escalon quinto de la penitencia; aunque la confesion de que el Santo habla no fuese sacramental. Dice, pues, que al monasterio vino cierto ladron, para en él, recibiendo el hábito de religion, lavar con lá penitencia las manchas de su vida pasada. Llevado este al Capítulo en que estaba presente la comunidad de los monjes, y mandándole el abad que manifestara públicamente todos sus delitos, no se avergonzó de confesar á presencia de todos con una confesion de lágrimas todos sus pecados, aunque atroces y feos. Y habiendo el mismo san Juan Clímaco admirado y extrañado mucho la determinacion y consejo del abad, le preguntó por qué habia usado de un género de confesion tan nuevo y no acostumbrado. Á quien él respondió: he hecho esto para librar al reo por la presente y temporal confesion de una eterna confusion; y así se ha hecho. Porque no se levantó del suelo, ó Juan, hasta que se habia concedido la remision de todos sus pecados. Y no quiero hagas escrúpulo de esto, ni te escandalices. Porque uno de los Padres que allí asistian me aseguró que él vió uno muy alto y terrible que tenia una carta escrita y una pluma; y cuando aquel hermano prostrado en la tierra confesando pronunciaba algun pecado, este lo borraba con su pluma. Esto san Juan Clímaco. Pues cualquiera que desea que de esta manera se le borren sus pecados, cualquiera que desea resucitar de la muerte á la vida, no se avergüence de confesar á uno solo lo que aquel ladron confesó á todos. De esto nos representa á lo vivo una imágen aquel Naaman Siro, inficionado de lepra, á quien le mandó Eliseo que lavara siete veces su cuerpo en el Jordan ³, para que sanara de la enfermedad de la lepra con que estaba contagiado. Porque ¿qué hacía para el milagro aquel lavatorio repetido siete veces, si el Señor no nos quisiera mostrar alguna cosa mística con este tan repetido baño? Y ¿qué denota este baño siete veces repetido sino la confesion de siete, esto es, de to-

¹ Deut. xxxii. — ² Psalm. xxxi. — ³ IV Reg. v.

dos los pecados, por la cual nos purgamos de la lepra del pecado? Pues ¿qué gracias daremos á aquel que por un tan breve compendio nos abrió la puerta para la salvacion? Porque ¿qué medicina mas fácil que el que la confesion de los pecados sea el remedio de ellos, de modo que si salen fuera por la boca, inmediatamente salen de la misma alma? Pues esta facilidad nos debiera estimular mucho á la práctica de la penitencia. Per tanto los siervos de Naaman lo compelieron á él que repugnaba y despreciaba el consejo del Profeta con esta razon, y diciéndole: Padre, aunque el Profeta te hubiera dicho una cosa grande, ciertamente que la debieras hacer; cuanto mas porque ahora te dijo á tí: lávate, y te limpiarás. Y movido de esta razon Naaman, que ya se iba indignado, volviéndose se lavó siete veces en el Jordan, y limpiándose inmediatamente de la lepra, recobró su antigua salud. Pues de la misma facilidad y benignidad usa el Señor con nosotros en este sagrado lavatorio de la penitencia. Porque no nos obliga para esto á una peregrinacion larga, no á gastos grandes, no á una hambre larga, y no finalmente á las llagas ó crueles azotes: porque la confesion misma dolorosa y humilde es la absolucion de los pecados. Humilde, digo, de modo que el hombre se reconozca reo é indigno de la divina misericordia; porque sin este humilde conocimiento de sí mismo pide en vano el perdón de los pecados cometidos. Porque rectamente dice san Agustín: ¿cómo Dios se dignará perdonar, si tú te desdeñas conocer? Y aquellos que ó no conocen sus culpas, ó quieren tergiversarlas con las excusas, ó minorarlas, siguen el ejemplo del padre comun de todos, Adán, el cual se esforzó por excusar su pecado¹; y luego que oyó la voz del Señor se escondió en lo mas espeso del paraíso, con cuyos escondrijos no consiguió el que no le viera Dios, sino el que él no viera á Dios. Pues á este modo los hombres, quando con pretextos minoran sus pecados, no engañan á Dios, sino á sí mismos, ni de este modo ocultan los pecados á Dios su juez², el cual escudriña el interior y los corazones, sino que se los esconden á ellos mismos, y se engañan á sí propios peligrosamente. Ni se hace menos notable ni menos reprehensible aquella excusa de la primera transgresion, por la cual el hombre echó la culpa de su inobediencia á la mujer que Dios le habia dado, y la mujer á la serpiente que Dios habia criado. Y si alguno observa con cuidado la razon y modo de su excusa, hallará claramente esto; á saber, que estaba tan lijo

¹ Genes. iii. — ² Psalm. vii.

en el interior de nuestros primeros padres el deseo de la semejanza divina, que ya que no pudieron hacerse semejantes á Dios en la opulencia de sus bienes, se empeñaron y esforzaron en hacer ellos á Dios participante de sus males, esto es, semejante á ellos. ¿Qué cosa podia haber mas indigna? Porque cuando el hombre echa su culpa á la mujer que Dios le habia dado, ¿qué hace mas que hacer partícipe de su culpa á Dios, que dió por compañera de su vida á una tal mujer? Y cuando la mujer acusa á la serpiente, acusa á Dios en cierto modo, porque crió la serpiente, y permitió que entrara en el paraíso para que la engañara á ella incauta. Esta, pues, es una enfermedad hereditaria de los hombres, que contrajimos de estos padres, de la cual debe estar muy léjos el verdadero penitente, si quiere confesarse bien, respecto que entre las leyes de la confesion saludable se numera la primera, que el penitente no excuse sus pecados en la confesion, sino los acuse, y con el Profeta clame al Señor ¹: No decline mi corazon en palabras de malicia para excusar las excusas en los pecados.

2. Pero para hacer bien esta confesion, segun que os dije en el sermón anterior, es necesario que retirándose algun tanto el hombre de los cuidados del siglo entre en el secreto de su conciencia, y allí escudriñe todos sus males, y una y otra vez vuelva y revuelva todos los senos de su conciencia, para que todo cuanto hallare allí súa lo amontone como en un hacedillo, y lo eche fuera por la confesion de boca. Y es digno de admiracion considerar con qué orden tan oportuno y con qué razon quiso el Señor antiguamente figurar una imágen de esto. Porque á su pueblo, que tenia puesto sitio á la ciudad de Jericó, le mandó que en siete dias continuos rodeasen la ciudad, yendo los sacerdotes y llevando el arca de la alianza en silencio ², y que al dia séptimo despues de este circuito vociferasen, y que los sacerdotes tocasen las bocinas de que usaban en el año de jubileo; porque así sucederia que se arruinarian los muros de la ciudad rebelde. Esto sucedió así claramente, y la ciudad se cogió y se combatió con este orden. ¿Qué género, pregunto, de luchar es este? ¿Qué quiere significar esta manera de pelear tan nueva y nunca usada? No dudo que el Señor con esta como imágen quiso representar la victoria del mundo, del demonio y del pecado. Pues cualquiera que quiere destruir el reino del pecado, que está oculto dentro de sus entrañas, debe antes explorar en silencio todos los escondri-

¹ Psalm. cxi. — ² Josue, vi.

jos de su alma como los muros de una ciudad, y registrar siete veces todos los sentidos de su cuerpo y las potencias de su alma. Y despues de hecho esto con cuidado y diligencia en quietud y silencio, vocifere inmediatamente en la confesion, descubriendo sus pecados con una oracion lamentable; y entonces sonando la bocina de la voz sacerdotal, de la cual se usó en el año de jubileo, esto es, de la remision, los muros de Jericó caerán radicalmente, porque todas las fuerzas de los demonios, que estaban puestas en nuestros pecados, se destruirán luego.

3. Pues en este ejemplo se nos avisa que con un diligente exámen escudriñemos en silencio la vida pasada, para que así finalmente propongamos á la curacion del médico espiritual todas las llagas de nuestra alma. Esto lo hacen muchos al contrario, pues sin exámen alguno corren á los piés del confesor pidiéndole que él les busque sus pecados, porque dicen que ellos no se acuerdan de nada. ¿Qué cosa puede haber mas absurda que esta? ¿Qué cosa mas desordenada que de un tan grande monton de males que cogiste para perdicion tuya no sepas siquiera coger un manojito para que te puedas aliviar de tanto peso de pecados, y habiéndote precipitado en todos los pecados, sin embargo eres tan necio para buscar su medicina? Y ¿de dónde viene esta necedad tan grande, que teniendo muy patentes las costumbres y pecados de todos tus vecinos, y refiriéndolos con frecuencia á los otros, ignores totalmente los tuyos? Y sabiendo muy bien qué es lo que se hace y pasa en la casa ajena, ¿ignoras qué es lo que pasa y se hace en la tuya, y eres como un peregrino en tu misma tierra? ¿Quereis saber la causa de esto? La causa es que muchos perdieron casi todo el sentido espiritual, y así pecan sin sentimiento alguno de dolor. Porque si se punzaran por esto segun deben de los remordimientos de su conciencia cuando pecan, el mismo dolor no dejaria que ignoraran y se olvidaran del pecado, porque dejaria el aguijon clavado en el ánimo. Así el apóstol san Pedro, que lloró su culpa amargamente, nunca apartó de su memoria su pecado. Porque ninguno se olvida de la injuria ó grave ofensa que le han hecho. ¿Por qué así? Á saber, porque el pesar acre del ánimo no deja olvidar lo que causó dolor. Pues si los pecados cometidos molestasen nuestra mente, ciertamente que su mismo dolor nos refrescaria y renovaria su memoria.

4. Yo os expodré cuánto sea el peligro de este olvido. Si alguno confiesa de modo que se olvida de algun pecado en la confesion, este olvido que procede del exámen negligente de la conciencia, como

antes dije, no lo excusa, sino que antes lo acusa, pues proviene de una causa condenable. Pues ¿qué cosa mas peligrosa que el que tú te creas bien confesado, cuando sin embargo tu confesion no es entera á los ojos del Criador? Últimamente, tampoco los doctores tienen por entera semejante confesion: de la misma manera que aquella en la cual el hombre á sabiendas y con conocimiento callase algun pecado. Porque así como semejante confesion es nula y se debe reiterar, así tambien aquella de que ahora os trato se dice confesion dimidiada; porque lo mismo es callar de industria el pecado, que examinarse con tanta negligencia que necesariamente se haya de omitir alguna culpa. Porque así como está obligado á la restitution no solo aquel que hurtó algo del depósito que se le confió, sino aquel tambien que lo guardó con tanta negligencia, que dió lugar á que otro lo hurtara fácilmente; así se hace reo de reiterar la confesion aquel que de industria ocultó los pecados, y aquel que los descubre por su negligencia crasa y supina. Esto en la realidad juzgo yo aun de mas grave peligro. Porque aquel que á sabiendas y queriendo calló algo, sabe ciertamente que él no solamente pecó, sino que tambien está en obligacion de reiterar la confesion. Mas el que en este negocio de tanta gravedad fue desidioso y negligente, no siendo sabedor de pecado alguno dejado en la confesion, obra seguro, vive con seguridad, y muere seguramente, y no piensa sobre el remedio aquel que juzga que no tiene necesidad de él. Veis, pues, hermanos, cuánto peligro haya en esto, el cual, á la verdad, cuanto mas se oculta, otro tanto mas se debe temer ciertamente. Pues para que no caigamos en esta hoya, trabajemos antes de la confesion para traer á la memoria por un diligente exámen nuestros pecados, para que de este modo al fin sea entera nuestra confesion. El modo oportuno de hacer esto es recorrer los mismos mandamientos de Dios. Porque como el pecado no sea otra cosa que una prevaricacion de la ley divina, y una inobediencia de los mandamientos celestiales, es necesario ponerse primero delante de los ojos los preceptos para que veamos claramente sus transgresiones. Porque sabéis bien que los contrarios puestos juntos se ilustran entre sí mutuamente. Y de qué manera esto se deba hacer os lo comenzaré á explicar ya. Mas esto lo haré de manera que con un mismo trabajo, no solamente os enseñe el modo de confesaros, sino que tambien os prescribiré el método de vivir; esto es, no solo cómo hayais de descubrir vuestros pecados, sino tambien cómo los debais detestar, porque lo uno no se debe separar de lo otro.

Primera parte.

5. Pero antes de dar principio á ello quiero esteis advertidos que no basta confesar el género y especie de los pecados, si no explicais tambien en cuanto os sea posible el número de ellos. Porque no es bastante que digas he perjurado, he codiciado, he hurtado, si no dices el número de delitos, para que plenamente muestren al médico la enfermedad de tu ánimo. Y si no te ocurrieren un cierto número, lo debes exponer del modo que ocurriere. Y si ni aun esto puedes, explica siquiera si tienes costumbre de este pecado, cual suele ser en muchos la costumbre de jurar y perjurar; ó si alguna vez resistes á este vicio y estás ajeno de esta costumbre. De esta manera, pues, manifestarás de algun modo al médico tu llaga. Pero si el pecado es de aquellos que están mucho tiempo fijos en el ánimo, como son los odios inveterados y pecados carnales, si ignoras el número de los pecados, declara á lo menos el espacio de tiempo que has permanecido en estas maldades.

6. Tambien debes procurar explicar no solamente los pecados, sino tambien aquellas circunstancias que lo agravan notablemente: como si el hijo de familias entregase al criado el dinero que hurtó á su padre para que corrompiera con él el ánimo de una doncella. Esto en la realidad es un pecado, porque es una obra; sin embargo, tiene cuatro malicias ó deformidades que deben explicarse en la confesion, á saber: el hurto, el estupro y dos escándalos; uno con que haces tercero de tu pecado al criado, y otro con que solicitas la doncella para una accion impura. Todas estas cosas se han de manifestar de modo que, en cuanto sea posible, no infames á aquellos que tuviste por socios en tu pecado, y manifiestes sus nombres. Porque no debes ser delator de los pecados de otros, sino acusador de los tuyos. Esto supuesto, resta que recorriendo los preceptos del Decálogo expliquemos qué sea lo que se nos manda en la ley divina, y de cuántos modos suceda que la quebrantemos.

7. Y es constante que entre los beneficios máximos de nuestro Dios, se debe poner que él mismo se dignase bajar al monte Sínai y dñese leyes á los hombres, con las cuales manifestase, ya los arcanos de su voluntad, y ya la norma de la verdadera piedad y justicia, y ya el camino para la gloria de la inmortalidad; cuyo beneficio apreció tanto Moisés, que dijo al pueblo ¹: Pregunta sobre los

¹ Deut. iv.

dias antiguos que precedieron antes de tí, desde el día que el Señor Dios crió el hombre sobre la tierra, desde el Oriente hasta el Occidente, si alguna vez acaeció una cosa semejante, ó alguna vez se conoció que el pueblo oyese la voz del Señor Dios, que hablaba desde el medio del fuego, como tú lo oíste y lo viste. Últimamente se dignó el Señor, no solo declarar con voz clara esta ley, que oyó con sus oídos todo el pueblo, sino que se dignó tambien, para mayor gloria de ella, escribirla con su dedo. Para esto quiso que se dispusiesen dos tablas de piedra, en las cuales escribió en la una los tres primeros preceptos, que pertenecen al culto de la Divinidad, y en la otra los siete postreros, que pertenecen á conservar la paz con el prójimo. En el sermón presente os explicaré los preceptos de la primera tabla, y en el siguiente los de la segunda.

Primer mandamiento.

8. El primer precepto, pues, del Decálogo, nos pide que reverenciemos á Dios. Y como dice san Agustín: Dios es reverenciado con aquellas tres virtudes que se llaman teologales; á saber, con fe, esperanza y caridad. Porque estas miran á Dios y lo honran del modo que es debido: respecto que cada una de ellas en su modo corresponde á la grandeza de la Majestad divina. Porque en cuanto Dios es la primera y suma verdad, nos pide que demos plena fe á sus palabras, y creamos que antes se arruinarán el cielo y la tierra; que el que falte su verdad; y que acerca de su Majestad sintamos aquellas cosas que es razón creer, de suma equidad, justicia y bondad. Y porque Dios tiene de suyo una clemencia y bondad infinita, y tambien una continua providencia de las cosas que crió, mayormente de los hombres, nos pide, no solo que esperemos de su misericordia la vida eterna, para la cual nos crió él, sino que acudamos humildemente á su auxilio y patrocinio en todas las calamidades, tentaciones y presuras que por todas partes nos rodean, y espere-mos de él con confianza el alivio de los males, el remedio de las calamidades, y la expulsion y libertacion de todos los peligros, y esperemos que estaremos seguros y defendidos bajo la sombra de sus alas. Este cargo y oficio es cierto que pertenece á la virtud de la esperanza.

9. Y la suma é infinita bondad de Dios, su hermosura y los beneficios que nos ha hecho (porque él nos crió) á su imagen y semejanza; él en el vientre de nuestra madre compaginó y coligó todos los miembros de nuestro cuerpo, los distinguió con sentidos y ór-

ganos; él despues de habernos sacado á luz, nos guardó recibiéndonos en la benignidad de su providencia; él nos libró de innumerables peligros de cuerpo y alma; y lo que es mas, y excede todo esto, él con su sangre y tormento acerbísimo de su cruz nos redimió de la tiranía del diablo y del pecado) merecen todo esto con suma razon y derecho; de modo que aunque tuviéramos las lenguas y facultades de todos los Ángeles y de todos los hombres, deberíamos alabarle con todas ellas, darle gracias, y amarle sobre todas las cosas. Este oficio, á la verdad, pertenece á la caridad, que es la virtud excelente entre todas. Pues con los oficios y prácticas de estas tres virtudes reverenciamos piadosamente á Dios, cuando lo que es debido con sumo derecho se lo damos á proporcion, y segun la facultad de nuestra pequeñez.

10. Esto supuesto, se ve claramente de qué manera pequen los hombres contra este primer mandamiento. Porque, lo primero, pecan aquellos que se apartaron de la fe, lo que no permita Dios, y aquellos que usaron de agüeros, encantos, sortilegios, ó de invocaciones tácitas ó expresas de los demonios, y de otros semejantes sacrilegios, todo lo cual está próximo á la infidelidad. Porque de estas maneras se peca contra la fe. Y contra la esperanza pecan, lo primero, aquellos que oprimidos de varias calamidades acuden, no al auxilio y misericordia de Dios Padre clementísimo, sino á los socorros humanos, y en estos y no en Dios ponen la esperanza de su salud. Y por razon contraria pecan contra la misma virtud aquellos que, confiados en la esperanza y bondad de la misericordia divina, pecan mas libremente, prometiéndose de ella su salvacion, sin embargo que no quieren apartarse de sus malas obras. Y contra la caridad pecan aquellos que ni aman sobre todas las cosas á su Hacedor y autor de su salud, ni le dan las debidas gracias por tantos y tan grandes beneficios, ni se acuerdan de él, sino solamente quando juran por su santo nombre, ó perjuran, así como él mismo se queja por Jeremías¹: Acuérdanse, dice, de mí, no en juicio, jurando en mi nombre con mentira. Y como el Señor tenga dicho que allí está nuestro corazon donde está nuestro tesoro, ¿de qué modo prueban que Dios es su tesoro y sumo bien aquellos que apenas piensan alguna vez en aquel de quien solo debieran gozar, en quien únicamente se debieran deleitar, y en quien debieran reposar y gastar los dias y las noches²?

¹ Jerem. vii. — ² Matth. vi.

11. Contra este precepto pecan tambien aquellos que agitados del furor y la ira ponen en el cielo su boca sacrilega, cuya maldad imita aquel atroz delito de los que crucificaron á Jesucristo Señor nuestro. Porque alguna vez los hombres facinerosos agitados de las furias de los demonios de tal suerte se enloquecen contra Dios que, si por entonces pudieran, con sus dientes y sus uñas en cierto modo despedazarian al mismo Dios: finalmente, es tal y tan grave este delito, que por él una noche mató el Señor en el ejército de Sennaquerib ciento y ochenta y cinco mil hombres¹: á saber, porque este con boca impía se atrevió á blasfemar contra Dios. Y aunque este horroroso pecado pertenezca solo á los hombres desalmados, fieros y crueles, sin embargo, algunas mujeres suelen dar á entender una cosa semejante. Porque cuando se ven acosadas de angustias y aflicciones, como unos vasos débiles puestos al fuego saltan, se repelan y se arañan, y arrojan voces impías al cielo, y quieren reñir y disputar hasta con el mismo Dios: ¿por qué les da aquella vida miserable y acerba? ¿por qué las hace mas infelices que á las otras? Y á este tenor derramian y sueltan otras voces locas y temerarias semejantes á estas, con las cuales acusan á Dios, y le hacen inhumano, cruel, y que desatiende las cosas humanas. ¿Qué cosa puede haber mas execrable que esta? Porque ¿qué otra cosa hacen los condenados cuando son atormentados de los tormentos del infierno? De esto consta claramente que esta locuela no es tanto de hombres cuanto de demonios, ó de aquellos ciertamente que caminan á sus penas y á su compañía. Porque así es como la locuela, que es propia de condenados, arguye y convence que los que usan de ella son ciudadanos del infierno.

12. Pecan tambien contra este precepto, no de muy diversa manera, aquellos que, ó á sí mismos, ó á otros, maldicen y ofrecen al demonio. Porque estos en cierto modo parece que invocan al demonio para que se los lleve á ellos mismos ó á los otros. Esto claramente es una impiedad cuando se entrega al demonio lo que se crió á imagen de Dios. Y á la verdad que alguna vez, permitiéndolo Dios, viene el demonio invocado, y arrebatá y lleva ó los cuerpos ó las almas de los que se le ofrecen. Y al modo que los que blasfeman con frecuencia á Dios en esta vida mueren con una muerte violenta é infeliz, así tambien son atormentados con un castigo semejante aquellos que se ofrecen á sí mismos al demonio. Por rela-

¹ IV Reg. XIX.

cion cierta supe que cierto labrador, yendo en un carro, agitado de la ira y furor porque los bueyes se apartaron algun tanto del carril, ofreció al demonio el carro, los bueyes, y aun á sí mismo; y luego inmediatamente echando á correr los bueyes por las cuestas y peligros, se precipitaron, y se hicieron pedazos el carro, el carretero y los bueyes. Esto claramente merecen aquellos que á sí mismos y sus cosas las encomiendan á semejantes patrones. Hasta aquí el primer precepto de la tabla primera.

Segundo mandamiento.

13. Síguese luego el segundo mandamiento, por el cual se prohíben los perjurios. En cuya explanacion me parece debo decir cuatro cosas brevemente acerca del modo de jurar. Estas son, qué sea el juramento, y de cuántas maneras; de qué modo se quebrante este precepto, y de cuánta gravedad sea su transgresion. Jurar, como defienden los teólogos, es hacer á Dios testigo de la cosa que afirmamos: por lo cual, si juramos verdad, le hacemos testigo de ella, y si mentira, testigo de su falsedad: esto es una cosa impía y sacrilega. Y cuando usamos de aquella execracion que era familiar á los hebreos: *Esto me haga el Señor, y esto me añada ó suceda*, ó de otra semejante, se dice tambien juramento execratorio; con el cual no solo hacemos á Dios testigo de nuestros dichos, sino tambien juez, para que él tome venganza de nuestros perjurios, á la que nos obligamos nosotros jurando.

14. Y los teólogos distinguen tres géneros de juramentos: uno con el que afirmamos, otro con el que prometemos, y otro con el que amenazamos. Y á la verdad que en el primer modo de jurar pecamos de dos maneras; esto es, cuando afirmamos lo falso por lo verdadero, ó lo que es dudoso y no lo tenemos bastante explorado lo afirmamos constantemente, y lo aseguramos con juramento. Porque ninguno debe afirmar con juramento sino lo que con una fe y creencia cierta conoce y tiene explorado. Y cuando prometemos alguna cosa jurando, podemos pecar de tres maneras: lo primero, si prometemos falsamente; esto es, cuando no tenemos intencion ni ánimo de cumplir lo que prometemos. Tambien si teniendo ánimo de cumplir, pero arrepentidos despues, no cumplimos lo que prometimos. Últimamente, si prometemos lo que es injusto, ó afirmamos con juramento que de ningun modo harémos lo que es pio y honesto; porque ambas cosas militan contra la religion del juramento. Y semejantes juramentos no tenemos obligacion á cumplir-

los, porque el juramento no debe ser ni vínculo de la iniquidad, ni impedimento de la virtud. Y si cuando uno con juramento prometió á su prójimo que no le ha de prestar, ó que no se ha de dignar de hablarle, ó que no le ha de perdonar la injuria que le hizo, peca á la verdad cuando así promete con juramento, y no está obligado á cumplirlo. Y lo que he dicho del juramento de promesa lo mismo se debe sentir del voto; respecto que el voto es tambien una promesa hecha á Dios, la cual, aunque no esté confirmada con juramento, sin embargo se debe guardar con no menor religion, sino antes bien con tanto mayor cuanto es mayor aquel á quien se hace la promesa; y así de tantos modos como el juramento de promesa se viola y quebranta el voto, como fácilmente podrá cualquiera advertir.

15. Tambien en el juramento con que amenazamos sucede pecarse de tres maneras. Lo primero, á la verdad, cuando para meter miedo á los criados ó á los hijos les amenazamos algun castigo sin ánimo de cumplirlo, porque entonces juramos falso. Tambien cuando no cumplimos aquello que hemos amenazado, siendo justo y conforme á razon. Aunque si despues nos pareciese mejor usar de clemencia, es lícito perdonar el castigo y conceder el perdon, respecto que el juramento no debe ser impedimento de mejor propósito y consejo. Últimamente, pecamos cuando juramos ó que hemos de hacer un castigo injusto, ó amenazamos alguna pena ó venganza á aquellos que están fuera de nuestra potestad, la cual podemos aplicar por nuestra autoridad, ó en estos nos dejamos llevar mas del deseo de la venganza que del deseo de la equidad y justicia.

16. Contra este precepto pecamos tambien cuando juramos sin necesidad ó sin utilidad alguna. Porque tres deben ser los cómites del juramento, segun dice san Jerónimo explanando aquellas palabras del Señor por Jeremías ¹: Y jurarás, dice, en mi nombre en verdad, y justicia y juicio. Y á la verdad pertenece que no juremos falso; á la justicia, que jurando no prometamos alguna cosa torpe ó deshonesto, y al juicio pertenece que no usurpemos temerariamente, esto es, por causas leves, el venerable nombre de Dios. Aunque el jurar por justa causa sea acto de religion, como alguna vez juraron los santos Patriarcas y los Apóstoles, sin embargo, el juramento, como dice santo Tomás, es como un medicamento de la humana incredulidad. Y es constante que los medicamentos se re-

comiendan con razon en el tiempo de la enfermedad, mas fuera de ella se arrojan como inútiles. Pues así se alaba el juramento cuando se hace para sentenciar los pleitos, ó para dar á cada uno lo que es suyo, ó para apaciguar los ánimos exasperados de los amigos porque sospecharon alguna falsedad de nosotros, y si alguna cosa de estas falta, no carece de culpa abusar del nombre y autoridad de la Majestad divina en cosas vanas y supérfluas. Pero pecan mucho mas gravemente que todos estos aquellos que sin discrecion y juicio multiplican los juramentos, jurando casi tantas veces como palabras hablan. Cualquiera, pues, que tiene esta mala costumbre de jurar á cada paso sin discrecion ni distincion de verdad ó mentira, si este alguna vez, como suele suceder, jura falso sin advertirlo, no por eso se excusa del pecado porque lo hizo sin querer, pues ya lo quiso aquel á quien no desagrada esta costumbre. Porque á quien agrada la causa del mal, agrada tambien aquello que casi suele seguirse de ella. Por lo cual os ruego y pido encarecidamente, hermanos, que desde este lugar y tiempo que oís esto detesteis esta abominable y perniciosa costumbre, y pongais desarraigarla en un todo de vosotros y de vuestras familias, no sea que si alguna vez jurais por descuido se os impute esto á pecado. Porque al que ya desagrada la costumbre, desagrada tambien todo lo que de ella se sigue, y esto ya no se imputará á vicio. Y para que este propósito sea mas firme y saludable proponed ahora el aplicaros alguna pena siempre que jureis sin causa, ó bien haciendo alguna breve oracion ó alguna limosna, para que con estos como estímulos y frenos os acordeis siempre de este propósito, y de este modo poco á poco borreis esta mala y detestable costumbre; la cual así como se arraigó con la impiedad continua, así tambien se borrará con el cuidado y religion contraria; porque para ambos extremos vale mucho la costumbre. De esto, pues, que os he dicho cada uno entenderá fácilmente de qué manera se deba acusar de los pecados cometidos contra este precepto.

17. Expuesto esto, se debe explicar la gravedad de esta culpa. En esto yerran con mucho riesgo aquellos que, porque ven que este delito no se castiga con las leyes como los homicidios y los hurtos, lo reputan por cosa tan leve, que ninguna otra cosa se les cae de la boca con mas frecuencia, de modo que en su trato cotidiano casi son mas los juramentos que las palabras. Porque apenas se puede referir sin dolor grande con qué facilidad y á cada paso quebrantan todos estos preceptos, séanse los niños y niñas, séanse ya

los hombres y mujeres. Sin embargo de esto su transgresion es tan grave que, segun los dogmas de la verdadera teología, si se considera solo el objeto y especie de pecado, es de mas gravedad el perjurio que el homicidio, de que tanto se horrorizan los hombres. Porque el pecado de homicidio milita contra el hombre, y el perjurio contra Dios, á quien en el hecho mismo de jurar hacemos mentiroso, como se ha dicho antes. Este pecado tambien lo castiga Dios frecuentemente, no solo en el siglo y vida venidera, sino en la presente. Por esto leemos en el Eclesiástico ¹: El hombre que jura mucho se llenará de maldad, y no se apartará la plaga de su casa. Y así en este siglo y vida presente se castiga con dos penas graves: lo primero con la ruina en muchos delitos, y lo segundo con la ruina tambien de su casa, y con las plagas que continuamente le envia Dios, vengador de su honra. Esto, á la verdad, se mostró de una manera nueva y admirable al profeta Zacarías ². Porque así es como dice: Y volvíme; y levanté mis ojos, y miré, y veo un volúmen que vuela. Y me dijo: ¿Qué ves tu? Y dije: Yo veo un volúmen que vuela: su longitud es de veinte codos, y su latitud de diez codos. Y me dijo: Esta es la maldicion que sale sobre la faz de toda la tierra; porque todo ladron, segun allí está escrito, será juzgado, y todo el que jura por esto será juzgado del mismo modo. Sacarélo, dice el Señor de los ejércitos, y vendrá á la casa del ladron y á la casa del que jura en mi nombre con mentira, y morará en medio de su casa, y la consumirá hasta sus maderos y sus piedras. Ved, os ruego, ¡con qué acerbidad de penas son castigados los hombres que juran en falso! Por tanto, con razon el Sábio nos aparta de esta mala costumbre, diciendo ³: No acostumbres tu boca á los juramentos, porque hay muchas caidas en ellos.

Tercer mandamiento.

18. Síguese despues el tercer mandamiento, el que nos manda que santifiquemos las fiestas. En él se nos piden tres cosas, de las cuales dos caen bajo de precepto, y la tercera está muy próxima á él. Lo primero, se nos pide que nos abstengamos de toda obra servil; lo segundo, que oigamos misa, y lo tercero, que este dia, como consagrado á Dios, lo pasemos en mayor devocion y religion. Por estas tres cosas se ve de cuántos modos pecan los hombres contra este precepto. Porque así como se nos piden estas tres cosas, así tam-

¹ Eccli. xxiii. — ² Zach. v. — ³ Eccli. xxiii.

bien pecamos de tres maneras contra él. Para cuya inteligencia os habré de tocar algunas cosas brevemente.

19. Lo primero, por lo que hace á la prohibicion de las obras serviles, no peca mortalmente aquel que por una hora hace una obra servil. Porque los cristianos no santifican sus fiestas con una tal supersticion, cual establecia la necedad de los escribas y fariseos, los cuales reputaban por un pecado mortal untar en el sábado con lodo los ojos de un ciego de nacimiento. Porque es sentencia comun que la materia parva de los delitos no llega á pecado mortal, como se puede ver en el hurto. Porque no peca mortalmente el que hurta una cosa pequeña, aunque el hurtar de su género sea pecado mortal. Tambien se debe advertir que cuando se dice la misa en los templos asistamos en ellos con temor y temblor, y con la debida atencion. Porque allí en la misa se sacrifica por nosotros aquella misma hostia que se ofreció por la salud del mundo. Y de aquí se deja ver fácilmente cuán gravemente deben ser reprendidos aquellos que en este tiempo asisten á estos tremendos misterios con solo el cuerpo, y con la mente están fuera ó negociando, ó mirando en este sagrado lugar ó con curiosidad ó liviandad, y lo que es aun más grave, con deshonestidad; mirando en la casa sagrada y de oración lo que seria maldad mirar aun en los teatros; ó aquellos tambien que gastan en ellos el tiempo en cuentecillos y conversaciones inútiles. Estos, á la verdad, no asisten todos á los sagrados misterios, antes bien la mayor y mejor parte de ellos está fuera del lugar sagrado.

20. Contra este precepto pecan aquellos que gastan casi todo el día de fiesta en juegos y cosas vanas. Porque hay muchos que esperan estos dias, no para santificar, sino antes bien para profanar el sábado; no para redimir los pecados antiguos, sino para añadir nuevos; no para en ellos reverenciar á Dios, sino para mas servir al mundo y al demonio; no para aprender en ellos á refrenar las pasiones y los deleites, sino antes bien para soltar las riendas á los torpes apetitos y gastar todo el dia en juegos y en los náipes, en lo que no pocas veces intervienen porfías, quimeras, perjurios, y aun horrendas blasfemias. Últimamente, nunca los hombres perdidos enloquecen mas que en estos dias, en los cuales debieron llorar sus pecados, venerar á Dios y arreglar sus costumbres. Este culto de los dias festivos lo llora Jeremías, diciendo ¹: Viéronla los enemi-

¹ Thren. i.

gos, y burlaron sus sábados. Á la verdad que es digno de risa y aun mas de llanto ver de qué manera santifica hoy el vulgo las fiestas de los cristianos, las cuales habiendo sido instituidas por Dios, para que los hombres se santificaran en semejantes solemnidades, está tan léjos de que hagan esto, que antes en ellos se empeoran. Apenas hay otra cosa por la cual yo entienda mejor el miserable estado y peligro de este nuevo siglo; porque es la última señal de una enfermedad sin remedio, cuando los medicamentos, no solo no aprovechan, sino que tambien dañan. Pues en este estado vive hoy claramente el mundo, cuando aquello que la Iglesia ha instituido para remedio de nuestros males agrava y aumenta las enfermedades del alma.

21. Pecan tambien aquellos que siendo padres de familias no cuidan de que los hijos, los criados y criadas encomendados á su cargo oigan misa los dias de fiesta. Porque así como no hay cosa que amanse la fiereza de los hombres como la religion y el santo temor de Dios, así si este falta, poco á poco los hombres se harán fieras, bárbaros, inhumanos, que nada saben mas que las cosas terrenas, y que con su mismo método de vida atestiguan que todo se acaba con la vida, y que nada resta despues del sepulcro. Y en esto suelen parar aquellos que ni van á las iglesias, ni oyen sermones, ni asisten á los oficios divinos. Porque con este no uso se oscurece su fe como con orin ó moho, de donde nace aquella conciencia cauterizada que encallecida perdió casi todo el sentido espiritual. Y así á estos sucede lo que algunos suelen decir: El que no quiere entrar humilde por las puertas de la Iglesia, este deberá entrar forzosamente condenado por las puertas del infierno. Por lo tanto atiendan con cuidado los que tienen en sus casas criados, criadas y esclavos, que los dias de fiesta les manden ir de mañana á la iglesia para que satisfagan al precepto, y despues se vuelvan á sus respectivos cargos. De lo contrario temen no sea que la transgresion de este precepto caiga sobre ellos y busque Dios de las manos de los amos la sangre de los criados. De lo dicho hasta aquí cada uno podrá advertir fácilmente de cuántos modos violó este precepto, para que así en fin aprenda á acusarse en la confesion.

22. Hasta aquí os he tocado brevemente lo que se podía decir atendida la razon del tiempo y del asunto acerca de los preceptos de la tabla primera; en el sermón siguiente proseguiré los preceptos de la tabla postrera, que pertenecen al amor y provecho del pró-

jimo. Ahora, hermanos, pensad estas cosas que os he dicho, revolvedlas continuamente dentro de vosotros, reponedlas en vuestra memoria para que, instruidos en estos documentos, merezcáis arreglar la vida y confesaros bien, y de esta manera conseguir el perdón de los pecados y la gracia, y finalmente concediéndonosla el Señor, la eterna salud y la gloria. Amen.

SERMON

DE LA

SEGUNDA PARTE DE LA PENITENCIA.

SOBRE LA CONFESION.

Convertare ad Dominum, et relinque peccata, etc. (Eccli. xvii).

Conviértete al Señor, y deja los pecados, etc.

1. Habiéndoos dicho, hermanos carísimos, en el sermón precedente que los preceptos del Decálogo los escribió el Señor en dos tablas, y habiéndoos ya explicado los preceptos de la primera, resta que en el sermón presente os explique los contenidos en la segunda tabla con este orden: que lo primero sepamos y consideremos qué sea lo que nos manda Dios, y después os exponga de qué manera violamos ó quebrantamos estos mandamientos. Porque á cualquiera le será fácil entender en qué haya pecado en esta parte, si antes tiene conocido qué es á lo que está obligado. Pues el primer precepto de esta segunda tabla y el cuarto, en el orden de los otros, recomienda á los hijos el honor que deben á sus padres. De este precepto se coligen tres recíprocas obligaciones. La primera es de los hijos á sus padres, y también la de los padres á sus hijos. La segunda de los criados á los amos, y de los amos á los criados. La tercera del marido respecto de su mujer, y de la mujer respecto de su marido. Pues de estas tres obligaciones diré por su orden brevemente según la condición del tiempo.

2. Y por lo que hace á la obligación y oficio de los hijos respecto de sus padres, que en términos expresos recomienda el Señor en este precepto, se debe advertir lo primero, que este precepto, lo defendió y lo fortificó como con dos murallas, á saber, la del premio y la del castigo. Porque al hijo obsequioso y obediente promete la longitud de vida, cuando después del precepto dice ¹: Para que seas

¹ Exod. xx.

de vida larga sobre la tierra que el Señor tu Dios te ha de dar; y al desconocido y rebelde le pone una grave pena, cuando dice¹: El que maldijere al padre ó madre muera irremisiblemente, contra el cual se fulmina tambien en los Proverbios aquella horrible maldicion²: El ojo del que subsana ó burla al padre, y el que desprecia el parto de su madre, sáquenselo los cuervos de los torrentes, y cómanle los hijos del águila. Ved, os ruego, ¡con qué maldicion se castiga la insolencia de los hijos con sus padres! No tendré á mal referir aquí sobre esto un ejemplo memorable. En la ciudad de Valencia, habiendo sido condenado á horca cierto jóven por un falso delito que le imputaron, y habiéndole puesto la horca nueva en un lugar y sitio diferente del acostumbrado, luego que llegó al suplicio, admirándose y exclamando, dijo: Á la verdad que justamente me ahorcan, no por este delito, del cual he sido falsamente acusado, sino porque en este mismo lugar castigué á mi misma madre; en cuya ocasion agitada del justo dolor, me echó esta execracion: ¡ojalá que en este mismo lugar te vea ahorcado aquel que en él te vió castigar á tu misma madre! Por este ejemplo dejad vosotros, padres, dejad, os ruego, de maldecir á vuestros hijos, no sea que la sentencia del cielo confirme la execracion que mereció su vicio. Y vosotros, hijos, considerad por cuántos títulos estais obligados á honrar á vuestros padres. Porque á ello os incita la ley misma de la naturaleza esculpida en vuestros ánimos, á ello os estimula la ley grabada en tablas de piedra por los dedos del mismo Dios; á ello os estimula la vida larga prometida á los hijos obsequiosos á sus padres, y los tormentos gravísimos propuestos para los ingratos é inobedientes. ¿Quién, pues, será tan rebelde y contencioso que se atreva á quebrantar y romper todos estos vínculos y fueros divinos y humanos? Es consiguiente, pues, que nos pongamos todos á la vista aquella amonestacion del Eclesiástico³, que á todos los hijos aconseja en estos términos: El que teme al Señor honra á sus padres, y como á sus dueños y señores servirá á aquellos que le engendraron. En toda obra y palabra y con toda paciencia honra á tu padre, para que venga sobre tí la bendicion de Dios, y su bendicion en lo último permanezca. Con estas palabras, pues, somos amonestados, hermanos, que con todo género de oficios honremos á nuestros padres; lo primero con el honor y reverencia, tambien con una humilde y pronta obediencia,

¹ Levit. xx. — ² Prov. xxx. — ³ Eccli. iii.

y últimamente con el socorro, con el obsequio, con el servicio y la paciencia, con la cual llevemos á bien sus reprensiones, su austeridad, sus clamores importunos y aun sus yerros; respecto que ellos muchas veces sobrellevaron á los hijos rebeldes, ya en la puericia y ya en la juventud. Sírvanos para esto el ejemplo de un jóven, aunque gentil, llamado Eliano, el cual (segun se refiere entre los apotegmas ilustres de los varones esclarecidos) volviendo á la Ercia despues de una larga peregrinacion, le preguntó su padre qué ciencia ó disciplina habia estudiado en aquel largo intermedio; y él le respondió prometiéndole que en breve se la mostraria. Castigándole, pues, el padre á poco despues por cierto pecado que cometió el hijo, postrándose humildemente al padre para que le castigara, dijo: que esto habia aprendido, obedecer á sus padres cuando le castigasen, y llevar en paciencia y con resignacion sus indagaciones y golpes. Pero de una piedad y obediencia perfecta dió ejemplo Pomponio Ático en la muerte de su madre, que ya era de mas de noventa años, y él tenia ya sesenta: este se glorió muchas veces de que nunca tuvo necesidad de reconciliarse con su madre, y que nunca riñó con su hermana, que casi era igual á él. Esto dicho escribe Cornelio Nepote que se lo oyó á él mismo. Pues avisados de estos ejemplos de gentiles, nosotros que somos cristianos esforcémonos porque en esta parte no nos venzan los paganos. Y cualquiera que apetezca el premio de esta piedad y obediencia póngase á la vista la obediencia de los hijos de Jonadab, hijo de Recab, la cual describe latamente el profeta Jeremías; y entenderá fácilmente cuán agradable sea al Padre celestial este obsequio de los hijos á sus padres. Y así cualesquiera que teneis padres procurad con todo afecto hacerles estos oficios. Porque así sucederá que merezcáis recibir la bendicion de ambos padres, esto es, de el del cielo y de el de la tierra, y aquella longitud de vida prometida á los hijos obedientes, no solamente en esta vida que es frágil y caduca, sino en aquella que es eterna, y está llena de todos los bienes.

3. Pero no es menor la obligacion de los padres para con los hijos, ni expuesta á menores premios y castigos. Porque respecto que son padres, no solamente de los cuerpos, sino tambien en cierto modo de los ánimos, por lo tanto deben tener un cuidado diligentísimo de ambas partes, atendida la dignidad de cada una de ellas; esto es, que procuren con mayor anhelo las cosas mayores, y con menor afan las menores, que son las que pertenecen al

cuerpo. Están obligados, pues, no solo á sustentar sus hijos, sino mucho mas á criarlos en el santo temor de Dios. Y esto principalmente se debe hacer cuando aun la edad tierna se da y cede fácilmente al que la forma é instituye. Porque al modo que las comadres forman y componen con las manos el cuerpo recién nacido del infante; así un padre piadoso, cuando todavía es como nuevo el feto, lo debe imbuir é instruir en los preceptos de las virtudes para que al mismo tiempo crezca en la edad y en las buenas costumbres. San Jerónimo, describiendo en sus cartas la educacion de cierta niña, al modo, dice, que en la orilla el agua sigue por la carrera que hace el dedo que precede, así la edad blanda y tierna es flexible hácia ambas partes, y se va por donde la llevares. Esto mismo enseña Plutarco con un símil vulgar y oportuno: la edad nueva para formarse es fácil y tierna, y en los ánimos de los niños cuando todavía están tiernos se instalan ó enseñan mejor las disciplinas. Y con mucha mas dificultad las cosas que ya se han endurecido. Porque al modo que los sellos se imprimen en las ceras blandas, así tambien la doctrina se graba con facilidad en los ánimos de los niños. Porque de este modo sucederá que las costumbres bien instituidas pasen en cierta manera á naturaleza; y así finalmente se verificará lo que respondió aquel otro lacedemonio siendo preguntado qué utilidad traeria la buena enseñanza de los niños. Hará, dijo, que las cosas honestas les sean fáciles. Hasta aquí Plutarco.

4. Y cuánta sea la virtud y poder de esta educacion para uno y otro extremo lo declaró aquel Licurgo que dió leyes á los lacedemonios con un muy exquisito y oportuno ejemplo. Porque empuñándose en trasladar á sus conciudadanos de sus malas costumbres á una vida mas arreglada, y aficionarlos á la virtud y honestidad, porque estaban corrompidos con las delicias, crió dos cachorros hermanos de padre y madre; de los cuales al uno quiso criar en su casa con comida abundante, y al otro lo enseñó luego y ejercitó en la caza. Despues sacando los dos á la plaza á la vista de una multitud del pueblo, puso allí mismo unos espinos, y entre ellos unas comidas muy delicadas, y luego soltó una liebre; y yéndose cada uno de ellos á lo que estaba acostumbrado, el uno se encaminó á la comida, y el otro se fué siguiendo la liebre. ¿No veis, vecinos, dijo entonces á los circunstantes, estos dos cachorros, qué siendo de una misma descendencia y origen, sin embargo por su distinta educacion han salido tan desemejantes entre sí, y que va-

le mas para el oficio y la obligacion una educacion honesta que la naturaleza? Por tanto nada nos aprovechará, ó ciudadanos, la nobleza que admira en nosotros el vulgo de los hombres y nuestra descendencia y prosapia de Hércules, si no hacemos aquellas cosas mismas por las cuales este héroe se hizo el nobilísimo y generoso entre los mortales, y en toda nuestra vida aprendamos y ejercitemos lo honesto. Halló este varon ingenioso un camino por donde á la multitud, no bastante idónea para percibir las razones filosóficas, le pusiera á la vista una imágen de la virtud. Á la verdad que la naturaleza es una cosa eficaz, pero es mas poderosa la institucion, la cual corrige la índole mala, y la convierte en buena. En nuestra mano no está el cómo nazcan los hijos; pero está en nuestra potestad el que salgan buenos con la buena enseñanza.

5. Aquí acaso habrá algun padre cuidadoso que quiera saber qué sea lo que debe hacer para educar recta y honestamente á sus hijos. Á este le respondo yo, que ante todas cosas debe él arreglar honestamente su conducta, para que se la proponga á sus hijos como regla de buen vivir. Así, pues, los carpinteros, que con una regla de madera miden sus obras, procuran lo primero que la regla sea muy derecha, y despues por ella nivelan las otras obras. Pues el padre que desea imbuir sus hijos en buenas costumbres, muéstrese él antes y hágase tal cuales desea que sean sus hijos. No le oigan jurar ó maldecir á los criados, ó dejarse arrebatar de la ira, ó jugar á los náipes ú otros juegos, ó decir palabras deshonestas; no sea que arrebaten de él mismo estas cosas antes que lleguen á conocer qué son vicios.

6. Y no contentándose con esto, procure imitar á aquel santo anciano Tobías¹, quien al hijo que tuvo le enseñó desde su niñez á temer á Dios y abstenerse de todo pecado. Y aunque todos los pecados se deben detestar, sin embargo, la mentira, el hurto, la glotonería y la ociosidad (á los qñe esta edad suele estar muy propensa) se deben evitar y huir principalmente. Y abriendo la ociosidad la puerta á todos los vicios, entonces principalmente hace haraganes é inútiles á toda práctica de trabajo y de virtud á los niños que están continuamente acostumbrados á la ociosidad y á los juegos. Aquellos, pues, que han nacido en pobreza cuiden de instruir y enseñar á sus hijos en artes manuales; esto es, cuiden de enseñarles algun arte ú oficio. Porque el arte, como dijeron recta-

¹ Tob. 1.

mente los antiguos, es el puerto de la pobreza; y los nobles, si quieren serlo verdaderamente, procuren instruirlos en las artes liberales. Porque con elegancia dijo Apolonio: ¿Quién es riquísimo? el sábio. ¿Quién pobre? el necio. Por tanto, con razon dijo cierto insigne filósofo, que mas queria una miga ó gota de cerebro que una vasija ó tinaja de fortuna. Aquel grande Alejandro confesaba que mas debia él á un Aristóteles que á su mismo padre; porque de este habia recibido el vivir, y de aquel el vivir bien.

7. Tambien se debe ver no sea que dejen pecar impunemente á sus hijos. Porque está escrito¹: La necesidad se coligó en el corazon del niño; mas la vara de la disciplina, esto es, del castigo, la ahuyentará. Porque como por ley natural y divina la institucion y castigo de los hijos esté encomendada á los padres, aquel que no castiga los delitos de sus hijos los hace suyos; y no dará menos cuenta al Juez supremo de los pecados de sus hijos que de los suyos propios. Y de cuánto peligro sea despreciar esto, con bastante claridad lo declara aquel ejemplo del sacerdote Heli, el cual porque fue algo negligente en corregir y reprender los vicios de sus hijos sufrió unos castigos gravísimos así él como su familia, y todo el pueblo que le estaba encomendado. Bien sabida es la historia que se cuenta en el libro I de los Reyes, capítulos II, III y IV, la cual podrá referir aquí el predicador. Pues si tan grandes penas sufrió el que con menor severidad castigó á sus hijos, ¿qué deben esperar aquellos que dejan sin castigo alguno sus defectos, aunque pequen gravemente?

8. Últimamente se debe añadir que los hijos no se crien con delicadeza y regalo. Porque las delicias inutilizan los hombres totalmente para el trabajo y para todos los ejercicios de virtud. Sobre esto, así es como dice Fabio Quintiliano: La educacion blanda, que llamamos indulgencia, rompe y quiebra los nervios todos de la mente y del cuerpo. Porque ¿qué no deseará siendo adulto el que se arrastra en las púrpuras? Porque no bien pronuncia las primeras palabras, y ya entiende y conoce la grana, ya pide la púrpura. Antes instruyen y excitan su paladar y gusto que abren la boca y les enseñan á hablar. Crecen y se hacen grandes en las carrozas, si tocan la tierra se las tienen levantadas con las manos de ambos lados. Nos alegramos y celebramos si dicen alguna palabra licenciosa: recibimos á risa y con besos unos dichos que no se deben permitir ni en los mas estragados y dados á las delicias. No hay

¹ Prov. xxii.

que extrañar : nosotros los enseñamos, en todos los convites resueñan las tonadas obscenas, se ven cosas vergonzosas de decirse. De estas cosas se hace costumbre, y de la costumbre naturaleza : estas cosas aprenden los infelices antes que sepan qué son vicios. De aquí disolutos y resueños, no aprenden ni reciben estos males en las escuelas, sino antes ellos los llevan á ellas. Hasta aquí Fabio. Esto he dicho de los oficios y obligaciones de los padres y de los hijos : vengamos ahora á los criados y á los amos.

9. Es, pues, la primera obligacion de los criados para con sus amos el servirles con diligencia y cuidado, ni sirviéndoles al ojo como para agradar á los hombres, sino para agradar á Cristo, como aconseja el Apóstol¹. Y por el contrario, el principal cuidado de los amos debe ser, lo primero, darles las cosas necesarias para no ponerlos en la precision de que se las roben ; tambien estando enfermos curarlos con cuidado como á hijos, y providenciar que se les administren los Sacramentos oportunos. Y tres cosas principalmente deben cuidar y procurar en ellos. La primera, que los aparten de todo pecado mortal, y especialmente de la deshonestidad, porque los que adolecen de este vicio se hacen esclavos del diablo; y así los enredados en este lazo casi toda la vida perseveran en estado de condenacion, en el cual tambien los coge miserablemente la muerte, cosa que consta ser el último y sumo peligro. La segunda, que les hagan que oigan misa los domingos y demás dias de fiesta, de cuyo precepto á nadie exenciona la servidumbre. Y cuán al contrario suceda esto, todos lo veis, aunque nadie siente, nadie llora esta general calamidad. La tercera es, procurar con diligencia que sepan y entiendan bien los rudimentos de la fe, esto es, el Credo, los Mandamientos, el Padre nuestro y el Ave María. Porque cualquiera que profesó la fe está obligado á saber todas estas cosas distintamente, mayormente los artículos de la fe. Porque los demás misterios de la fe, que son mas ocultos, basta creerlos en la fe de la Iglesia. Pero estos, que son los elementos de la fe cristiana, y principalmente los misterios de la santísima Trinidad y de la Encarnacion del Señor, se deben creer explícitamente.

10. Y aquí no puedo menos de llorar la suerte miserable de aquellos esclavos que se traen de la Etiopia ó de la India, de los cuales muchos están casi toda la vida en estado de condenacion, no

¹ Ephes. vi.

solo por un título, sino por dos, y lo que es aun cosa mas grave, por tres; cuando ni ellos ni sus dueños cuidan cosa alguna de las tres que he insinuado y tocado, pues ni saben la doctrina cristiana, ni oyen misa los dias de fiesta, ni se contienen en el vicio de la lujuria. Porque de este vicio impuro libra á los hombres ó el temor del Señor ó el miedo de la deshonra é infamia. Y de estos dos frenos carecen los mas de estos esclavos, porque no tienen cuidado alguno ó del temor del Señor, ó del pudor y vergüenza de los hombres, ó de la fama y honra, y así caen desenfrenados y precipitados como un caballo y un mulo en este feo vicio. Pues si cualquiera de estos pecados basta para una eterna condenacion, ¿qué esperanza de salvacion restará para aquellos que están enredados y atados con estos tres nudos y cordeles de condenacion? Y no es menos de temer que este peligro amenace menos á sus señores, y los haga tambien participantes de su condenacion, si en cuanto puedan no cuidan y procuran que los esclavos y encomendados á su cuidado se libren por su industria y trabajo de este tan grande riesgo. Porque truena el Apóstol: Si alguno no tiene cuidado de los suyos, mayormente de sus domésticos, negó la fe, y es peor que un infiel. Pues estas cosas son las que principalmente se deben guardar con semejantes esclavos.

11. Tambien es otra la obligacion de la mujer al marido, y del marido á la mujer ¹. Porque á aquella toca principalmente gobernar con diligencia su familia, aplicarse á la labor, y amar y respetar á su marido, hacer con prudencia la voluntad de este en sabiéndola, quitarle las ocasiones todas de odio, de ira, y sobre todo no consumirse ni vejarse á sí misma y á su marido con el espíritu y pasion de los celos. Y al marido pertenece aquello del Apóstol ²: Hombres, amad vuestras mujeres, y no querais ser amargos para ellas. Porque hay algunos de un ánimo tan vil y bastardo, que no parece se casaron sino para tener con quien poderse enfurecer impunemente, y soltar todas las riendas á su furor. De este furor los retrae el Eclesiástico, diciendo ³: No quieras ser como un leon en tu casa, arruinando á tus domésticos. Pues si no es decente enfurecerse contra los domésticos, mucho menos lo es contra la mujer que se dió por compañera de la vida y de la dignidad. Tambien se debe hacer consideracion de la flaqueza y fragilidad mujeril, lo cual quiso el apóstol san Pedro ⁴ que se considerase, cuando á los mari-

¹ I Tim. v. — ² Colos. iii. — ³ Eccli. iv. — ⁴ I Petr. iii.

dos aconsejó en estos términos: Maridos, habidad unánimes segun la ciencia, esto es, prudencia, haciendo honor á vuestras mujeres como á vasos mas débiles, y como á coherederas de la gracia de la vida, para que no se impidan vuestras oraciones. Y claramente el ánimo de la mujer lo llamó vaso débil, con lo cual quiso dar á entender que al modo que diferentemente tratamos los vasos de plata y los de vidrio; aquellos con menos miedo, porque son sólidos y firmes, y estos los solemos tocar y llevar con mayor cautela, porque son mas frágiles y mas expuestos á romperse: así es necesario tratar mansamente los ánimos débiles de las mujeres, no sea que si se las trata con dureza y aspereza se les dé á ellas y á los maridos materia de ira y de perturbacion. Esto ciertamente es un impedimento grande para la oracion, la cual requiere una mente quieta y tranquila, para que se eleve á Dios sin las rémoras ni aguijones de los cuidados y de las iras.

Quinto mandamiento.

12. Síguese luego el quinto mandamiento: *No matarás*. En este precepto se prohíbe en la realidad, no solamente el homicidio externo, sino tambien el interno. Porque dirá alguno: yo á ninguno maté. Como quiera que así sea, sin embargo si deseaste verdaderamente y de corazon la muerte de alguno, ó deseaste la venganza ó te vengaste de alguno, ya delante de Dios mataste: así como el que ve la mujer para desearla¹ ya adulteró en su corazon. Tambien si tuviste odio contra tu hermano, ya delante de Dios le despedazaste. Porque así lees²: El que aborrece á su hermano es homicida. Y sabéis que todo homicida no tiene herencia en el reino de Cristo y de Dios. Y á la verdad, que este pecado, además de que es gravísimo, porque milita contra la caridad, en la cual consiste la suma de la ley de Dios, no es de aquel género de pecados que juntamente se cometen y pasan, cual es la blasfemia, de la cual cási se arrepiente el hombre inmediatamente que enloqueció de esta manera; sino que suele estar y permanecer mucho tiempo en el alma, como la herejía y el amor impuro, que no cesa inmediatamente, sino que permanece mucho tiempo ó para siempre. Este pecado es á manera de una herida que deja clavada dentro del ánimo la punta del puñal, que siempre engendra un humor pernicioso y corrompido. Porque de esta fuente manan todos los dias in-

¹ Matth. v. — ² I Joan. III.

numerables pecados, es decir, deseos innumerables de hacer daño. Esto lo entiendo yo cuando es capital el odio, cuando alguno se arde en deseos de venganza y desea y maldice de corazon la perdicion ó cualesquiera otros graves daños al prójimo. Mas donde solamente hay contra él algun desabrimiento ó amargura de corazon que no desea cosa semejante, esto á la verdad no es odio perfecto ni tampoco pecado mortal, sino alguna vez culpa venial, y alguna otra acaso no será pecado alguno. Pues si alguno quiere volver á la gracia de Dios, reconcíliese primero con su prójimo. Porque está tan junta la amistad de Dios con la amistad de los hombres, que la una no puede existir sin la otra.

13. Pero me reconcilio, dices, depongo el odio y deseo de venganza: ¿por ventura estoy obligado á hacer alguna cosa mas? Á esta pregunta se debe responder con cautela y discrecion: porque ó tú injuriaste á tú prójimo, ó él te injurió á tí, ó no os hicisteis injuria el uno al otro; sino que arrastrándose mas de lo que era razon cada uno de su pasion, os habeis desavenido con un odio capital. Pues si tú le has agraviado estás obligado á satisfacerle, ó con obras ó con palabras, ó con ambas cosas, segun lo pida el asunto. Porque esto pide el orden de la justicia, que á quien hiciste daño procures aplacarlo y satisfacerlo. Y yo no siempre alabo á aquellos que repentinamente van á sus prójimos que se hallan ofendidos, para pedirles perdon humildemente. Porque cogiéndolos muchas veces desprevenidos y agitados de la memoria de la injuria reciente, se ofenden y perturban alguna vez de su ida y vista, de modo que frecuentemente se levantan y mueven de esto mayores tragedias. Será, pues, conveniente tratar antes este negocio con la industria y consejo de los amigos de ambos, y antes de juntarse amansar y apaciguar los ánimos de los enemigos, al modo que hacen los barberos, que antes de abrir la vena la suavizan con aceite, y bañan con agua caliente la barba antes de cortarla con la navaja. Pero si el odio, hermanos, estuvo dentro del ánimo, y no se declaró con alguna señal exterior, no es necesario que pidas perdon al hermano, como lo hacen algunos rudos é imperitos, no sea que despiertes al prójimo que duerme, y en nada menos piensa que en esto, y solo por esto le irritas contra tí. Y si alguno te injurió á tí, y te pide humilde perdon del agravio, estás obligado ciertamente, á lo menos en el fuero de la conciencia, á perdonarle la injuria que te hizo, para no escandalizarlo y no excitar su odio contra tí, cuando tú le declaras que todavía perseveras en su odio, respecto

que echas de tí y desprecias al que te pide humilde el perdón.

14. Y aquí se debe notar que no basta, cuando algunos se tienen odio entre sí, deponer el odio del ánimo; sino que además es necesario hablar de aquel á quien aborreciste, y no negarle aquellas señales comunes de benevolencia que se acostumbran con otros de semejante calidad. Estas principalmente se deben hacer á aquel que, ó pide perdón de su pecado, como dije antes, ó te saluda cortesmente. Porque de lo contrario, si tú de corazón no lo perdonas ni resaludas al que te saluda, tú mismo das materia y fomentos de odio á tí propio y á él también. Porque tú mismo con esta exterior significacion de malevolencia te confirmas en la misma, y á él también le das motivos é indicios claros del odio, con los cuales irritas su ánimo y lo enciendes para un odio recíproco. Porque, ¿cómo creará que le amas de modo que ofrezcas tu vida por él, si la necesidad lo pidiere, tú que no te dignas de concederle aquellas palabras que á nadie niegas? Y también das materia de escándalo á los otros que creen que están desavenidos entre sí con el odio aquellos que así se niegan las obras comunes de benevolencia debidas á todos. Ni parece que basta, como dicen algunos, para remover esta materia de tropiezo, que vean que á tiempos determinados te confiesas y recibes la sagrada Eucaristía, respecto que se escandalizan mas con este argumento, y juntamente hacen reos al penitente y al confesor. Pues siendo esto así, con todo alguna vez puede suceder que se nieguen justamente estas señales comunes de benevolencia; como cuando el padre con una severidad semejante quiere castigar al hijo que pecó, ó también cuando de esta conversacion ó sociedad (lo cual puede suceder alguna vez) amenaza peligro, ó de deshonestidad, ó de algun otro vicio. En esta ocasion será razon que, si algunos se escandalizan de esto, les quitemos con alguna honesta razon esta causa de escándalo, y les protestemos que interiormente no les tenemos odio alguno. Alguna vez también la buena fama y opinion de la vida del penitente y del confesor podrá ser bastante para remover esta materia de escándalo.

15. Hay otro homicidio espiritual tanto mas grave, cuanto es mayor la excelencia del alma que la del cuerpo. Porque matar el cuerpo es apartar el alma del cuerpo; y matar el alma es apartar á Dios de ella: lo cual en la realidad es tanto mas grave, cuanto la vida del alma es mas digna que la vida del cuerpo. Y con este género de homicidio peca cualquiera que escandaliza á su prójimo, esto es, aquel que lo solicita á lo malo: con esta obra, desposeyén-

dolo de la herencia celestial, lo abate á lo profundo, y lo hace de hijo de Dios esclavo de Satanás, y de templo vivo de Dios cueva del demonio. Porque el que con persuasiones continuas, el que con dádivas, y el que con billetes y promesas quita al fin la honestidad y fama de una doncella (con lo que sucede que perdida la vergüenza y miedo á los hombres caiga despues de unas maldades en otras), ¿acaso esto no es un homicidio espiritual que con un cruel parricidio degolló el alma de una inocente? ¿Y cómo podrá satisfacer á Dios por esta tan grave maldad? En este pecado y peligro andan tambien aquellos que parte con adulaciones y parte con malos consejos exhortan y estimulan á otros á que se venguen de sus enemigos. Porque estos se hacen participantes de aquel delito, del cual fueron autores y consejeros, y no están menos obligados á resarcir los daños del escándalo y de la injuria que aquellos mismos que la hicieron. Últimamente, de este modo pecan todos aquellos que inducen á otros á pecar; como los amos que gastan casi toda la vida en el juego de trucos, ó los náipes ú otros semejantes; cuyos criados siguiendo su mal ejemplo gastan en esto mismo los dias y las noches. Tambien pecan los padres y las madres cuya boca está llena de maldiciones, juramentos y amargura; de lo cual con su ejemplo dejan herederos á sus hijos y nietos de sus culpas. Porque recibiendo esta herencia de impiedad de sus padres, la comunican á los descendientes, y estos darán á Dios cuenta de tantas almas, cuantas se perdieron por su ejemplo.

Sexto mandamiento.

16. Segufase el que os dijera alguna cosa del sexto mandamiento de la ley de Dios, de su violacion, y de la gravedad de este pecado. Porque á la verdad este pecado es un fuego devorador hasta la consumacion ¹, y que arranca de raíz todas las plantas; y tambien es una mancha y fealdad muy súcia, que ensucia toda la vida del hombre carnal, todos sus hechos, todas sus palabras y todos sus pensamientos. Sin embargo tengo por mejor no tocar esta tan grande fealdad, que explicarla con brevedad y ofender con su explicacion los oidos honestos. Y así solamente os diré algo del modo solo de confesar este pecado. En él además del número de pecados (que es necesario explicar en todos ellos) necesariamente se deben indicar otras dos circunstancias. Una es la condicion de la persona

¹ Job, xxxi.

con la que se pecó, como si v. gr. era mujer casada, ó doncella, ó parienta, ó consagrada á Dios; porque cada una de estas circunstancias varia la especie y gravedad del pecado: y la otra es la circunstancia de escándalo; es decir, si tú con promesas y malos ardides induciste á esta indigna maldad á una doncella que resistia y era inocente; porque entonces eres tambien reo, como poco antes se dijo, del pecado ajeno y de la muerte que diste á su alma. Esta circunstancia en la realidad es mas grave alguna vez que el mismo pecado, respecto que ella mata á la alma del prójimo, y abre muchas veces la puerta para otros muchos pecados. Por tanto esta deformidad que se junta al pecado se ha de manifestar en la confesion callando el nombre de la persona.

17. Últimamente se debe notar tambien que muchas veces interviene en este pecado la obligacion de restituir. Porque cualquiera que solicitó con vehemencia á una doncella, y así la quitó su honestidad y su fama, está obligado ó á casarse con ella, ó si fuere de una muy inferior condicion debe dotarla al arbitrio de un varon prudente; respecto que quien dió la causa para el daño, se debe juzgar que hizo el daño. Sin embargo muchos dejan de cumplir esto; de lo que sucede que muchos están en peligro de condenacion, cuando no se desempeñan de esta obligacion de justicia.

Séptimo mandamiento.

18. Síguese despues el séptimo mandamiento, que prohíbe el hurto. Por este precepto no solo se nos prohíbe el hurtar lo ajeno, sino tambien el retenerlo contra la voluntad de su dueño. Y el quebrantar este mandamiento es pecado mortal, y de aquel género de pecados que no pasan luego que se cometieron, como el perjurio, la blasfemia; sino que persevera y permanece mucho tiempo fijo en el alma, como los odios envejecidos, de que os hablé antes, porque mientras que retienes lo ajeno contra la voluntad de su dueño, tanto tiempo estás y perseveras en estado de pecado. Pues si esto es así, ¿qué cosa mas necia, por no decir qué cosa mas mala, que ó hurtar ó retener lo ajeno, respecto que todo aquel tiempo en que lo retienes estás en estado de condenacion, y al fin lo debes restituir, aunque sea en la muerte, á no ser que quieras condenarte por toda una eternidad? Porque bien sabido es aquello que oís con mucha frecuencia: de ningún modo se perdona el pecado, si no se restituye lo quitado. Pues ¿qué mayor locura que estar toda la vida en pecado, y confesar y comulgar en pecado, acostarse,

dormir, comer y beber en pecado, y nunca merecer para con Dios con ninguna buena obra, estando en pecado? ¿Qué locura es, repito, con tanto detrimento de tu alma, y sin provecho alguno temporal hurtar ó retener lo ajeno?

19. En este lugar se debe notar que hay muchos géneros de personas, las cuales están obligadas á la restitucion. Porque además de aquel que hurtó ó hizo el daño, están tambien obligados á la restitucion todos los compañeros y participantes en el hurto: como, por ejemplo, aquel ó que dió el consejo ó auxilio, ú ocultó al ladron; y tambien el gobernador de la república que por oficio está obligado á evitar los daños, si no los evita; y tambien el testigo que con daño de la parte ofendida calla en el juicio la verdad, y finalmente todos los que dieron causa al daño. Todos estos, pues, y cada uno de por sí está obligado á restituir los daños á la parte agraviada, y los demás á aquel que satisfizo enteramente. Esto algunos lo atienden poco. Y en este orden se colocan tambien aquellos que compran alguna cosa de los criados, de los hijos de familias ó de otros de quien es verosímil que vendan lo ajeno; ó los que jugando con los hijos de familias les ganan aquello que no es suyo, sino de sus padres.

20. Los abogados tambien que defienden pleitos injustos ó con ardides insenos dilatan mucho tiempo la sentencia del juez; y mucho mas aquellos que intentan semejantes pleitos están obligados á resarcir todos los daños que se ocasionan á las partes inocentes. Y nadie duda que los usureros estén obligados á la restitucion. Y son usureros aquellos que en el contrato de compañía negocian teniendo á salvo y asegurado su capital. Y tambien los mercaderes que, por la paga ó dilatada ó anticipada, minoran ó aumentan el justo precio. Esto principalmente tiene lugar cuando con este género de venta los mercaderes hacen su negocio, y miran por su mayor utilidad, porque no encuentran compradores de sus géneros á dinero contado. Porque esto es vender en precio el mismo tiempo. Sin embargo en este caso de los tres precios justos que distinguen los teólogos en todas las cosas podrán pedir el precio sumo, mas el justo; porque de no, son reos de usura. Tambien por causa de los rudos se debe notar que no basta que uno tenga ánimo de restituir pasado algun tiempo, ó mandarlo en su testamento, si esto lo puede hacer inmediatamente sin mucho daño suyo, principalmente si el acreedor se ve urgido de la pobreza. Porque en este caso el deudor está obligado á restituir con detrimento suyo, con tal que

no esté en una necesidad extrema ó se vea compelido para esto á vender los instrumentos de su arte. Y si este está en suma pobreza, se libra de esta obligacion hasta tanto que venga á mejor fortuna, porque, como vulgarmente suele decirse, nadie está obligado á un imposible.

Octavo mandamiento.

21. Síguese despues el octavo mandamiento: *No dirás falso testimonio*. Oportunamente, á la verdad, se juntó esta á las leyes arriba puestas. Porque cuatro son los bienes externos del hombre, á saber: la vida, y la compañera inseparable de la vida, la mujer, las riquezas tambien, y la fama y el honor. Para cada una de estas cosas dispuso sus socorros aquel custodio y legislador supremo del género humano, para que cada uno pudiera tener sus cosas con seguridad. Porque la vida la defendió, cuando dijo: No matarás; y la mujer cuando dijo: No adulterarás; y las riquezas, cuando mandó: No hurtarás; y la fama tambien y el honor, cuando despues de esto puso: *No dirás falso testimonio*. En esto se deja ver la suma bondad y providencia de nuestro Dios para con nosotros, cuando nos manda aquellas cosas que nos son muy saludables, y las que un padre piadoso hubiera podido desear para sus hijos amados, y mandarlas por un afecto paternal; y por estas mismas cosas que nos son tan saludables nos promete el premio de la felicidad eterna. Á la verdad, ¿qué cosa se podia esperar mas dulce y benigna del piélago de aquella inmensa bondad? Así, pues, dice¹: No hablarás contra tu prójimo falso testimonio. Diréis, acaso, exento estoy de esta tan grave maldad; sea así á la verdad: sin embargo hay otras maneras con las cuales, aun diciendo la verdad, podemos quitar la fama al prójimo. Porque si el delito del prójimo está oculto, y la cosa es oscura, si lo escondido lo manifestas, con lo que se infama la reputacion del prójimo, y aquel de quien hasta aquí se hablaba bien comienza por causa tuya á oir sus faltas, de lo cual no pocas veces se siguen graves daños, ¿acaso no violaste este precepto, que está destinado para conservar la fama del prójimo?

22. Añado otro vicio bastante frecuente entre las mujeres, porque cuando estas son agitadas de los celos como con una cierta erinias ó furia infernal, llevadas de qualquiera leve conjetura, creen sea rea del pecado que sospechan cierta determinada persona; y no

¹ Exod. xx.

solamente lo creen, sino que estimuladas de su dolor y pasión des-
 parraman y divulgan temerariamente lo que creyeron sin funda-
 mento. ¿Acaso estas no dicen algo mas que un falso testimonio?
 Porque tambien es vicio y pecado mortal juzgar temerariamente lo
 que ignoras; y mucho mas grave aun hablar temerariamente lo
 que juzgas. De un modo semejante pecan tambien cuando alguno
 por casualidad las hurtó algo de su casa; y conmovidas del senti-
 miento se impelen aun de un leve indicio para creer autor del
 hurto ó al criado ó al vecino, y no solamente lo creen, sino que
 tambien lo publican, sin embargo de que semejantes conjeturas no
 pocas veces engañan el juicio. En este caso como en el antecedente
 juzgan mal, y hacen peor en manifestar lo que juzgaron. Y no pe-
 can menos gravemente aquellos que con sus dichos siembran dis-
 cordias entre los hermanos, cuando con chismes cuentan aquello
 que puede excitar la ira y las enemistades. De donde no solo na-
 cen odios inveterados, sino que tambien se originan con frecuen-
 cia muertes y homicidios, de los cuales es causa la lengua perversa
 del que murmura. Porque así es como dice el Eclesiástico¹: El
 chismoso y de dos lenguas maldito; porque turbó á muchos que
 tenían paz. La lengua tercera, esto es, la lengua doble, conmue-
 ve á muchos, porque los agitó y los esparció de gente en gente,
 destruyó las ciudades muradas: y las demás cosas, que son muchas
 y muy ilustres, que se contienen [para confirmacion de esta senten-
 cia en el capítulo xxviii. De estas palabras se colige claramente la
 gravedad de esta culpa. Y cuanto sea lo que Dios detesta este pe-
 cado, lo declaran aquellas palabras de Salomon²: Seis cosas son
 las que aborrece el Señor, y la séptima la detesta su alma. Y con-
 tadas estas seis, pone la séptima que detesta el Señor; y es aquel
 que siembra discordia entre los hermanos. ¡Oh, cuántos males se
 derivan de este pecado! ¡Oh, cuánto peligro amenaza aquí á todos,
 y principalmente á las mujeres! Porque estas lo que no pueden con
 las manos lo hacen con la lengua; y muchas veces sus heridas son
 mucho mas perniciosas que las de todos los dardos y saetas. Porque
 así se lee en el Eclesiástico³: La plaga y golpe del azote hacen car-
 denal, mas la plaga de la lengua hace menudos pedazos los huesos.
 Últimamente, á la violacion de este mandamiento se reduce la reve-
 lacion de los secretos, los cuales se encomendaron bajo de sigilo á
 la fidelidad de alguno. El revelar estos es de su género pecado

¹ Eccli. xxviii. — ² Prov. vi. — ³ Eccli. xxviii.

mortal, á no ser que por la parvidad de materia se excuse de esta gravedad.

23. Últimamente en este lugar se debe advertir que en este pecado tambien interviene la obligacion de restituir, si alguno manifestó el delito oculto, ó él malamente lo supuso. Y si él fue el que lo supuso, puede jurar, y alguna vez debe, que él dijo aquello falsamente; pero si dijo verdad, no puede ni jurar ni mentir, sino que por otro medio se debe resarcir la fama quitada al prójimo; ó recomendando y alabando la persona, ó acusando y reprendiendo la procacidad de la lengua humana, y la credulidad ligera de los hombres, respecto que puede propalar á todos lo que se le antoje, y se cree prontamente, etc. Sin embargo, en este caso enseñan los teólogos que se debe examinar antes la utilidad de esto. Porque si en ello no se ve utilidad alguna, sino que esto será despertar al dormido, renovando, ó ya lo olvidado, ó confirmándose mas el oyente acaso en la opinion que habia antes formado, será mejor en este caso no tentar medio alguno.

24. Y de lo que hasta aquí os he dicho se colige fácilmente que en estos cuatro preceptos puestos arriba, instituidos para conservar los bienes de los prójimos, tiene lugar la restitucion. Porque en el primero se encuentra la restitucion de la injuria; en el segundo de la honestidad quitada; en el tercero de las cosas ajenas; en el cuarto de la denigracion de la fama. Examine, pues, con diligencia el verdadero penitente los senos de su alma, y vea de cuántas maneras haya pecado contra este precepto, y á qué quede tambien obligado.

Nono y décimo mandamientos.

25. Siguen despues los dos últimos mandamientos: *No desearás la mujer ni las cosas de tu prójimo.* Esto aunque se cautelaba bastante en el sexto y séptimo mandamiento, sin embargo no sin mucho y grande consejo se ha añadido aquí, para que así los mas rudos entendieran que la ley de Dios no solo contiene y prohíbe la mano, sino tambien el ánimo; y que no solamente pide la pureza del cuerpo, sino tambien la del corazon, la cual no pide la ley humana, porque ni la puede ver, ni la puede juzgar. Además estos dos preceptos tambien se han añadido para la mas firme custodia y observancia de los otros. Porque así como las plazas muy fortalecidas están rodeadas, no solamente de murallas, sino de antemural; así el Señor quiso guardar tan intactas é ilesas las cosas de los hombres, que quiso guarecerlas con esta doble muralla. Porque el muro es,

no hurtarás; y el antemural, no codiciarás las cosas de tu prójimo; porque es lo mismo que si dijera: quiero que estés tan lejos de perjudicar las cosas ajenas, que ni aun te es lícito el desearlas. Á la verdad que cualquiera que tema el codiciar, mucho mas temerá el hurtar y dañar. Cerró la entrada y el camino para lo malo el Legislador sapientísimo cuando vedó aun desearlo y codiciarlo.

26. Y no se debe pasar aquí sin cuidado y á la ligera, que el Legislador en este nono precepto no dice: No desearás el varon ajeno, sino no desearás la mujer de tu prójimo, prohibiéndose igualmente ambas cosas en este mandamiento. Porque el Señor quiso en este modo de hablar atender al honor de las mujeres, y denotar la destemplanza de los hombres. Porque, á la verdad, estos son los que con malas artes, esto es, los que con cartas ó billetes, con promesas, con terceros, ponen asechanzas no pocas veces á la honestidad ajena; y por tanto el Legislador prudente allí principalmente aplicó la medicina de la prohibicion donde entendió que estaba la fuerza y gravedad de la enfermedad.

27. Con estos preceptos se nos avisa tambien que debemos confesar no solamente las palabras y las obras, sino tambien los pensamientos; y esto no solo en estos preceptos, sino tambien en todos los otros, y principalmente en el quinto mandamiento, en el cual no solamente se prohibe el homicidio, sino tambien todo deseo de hacer mal y todo odio. Y el pensamiento malo que tenemos obligacion á confesar es aquel por el qual ó dimos consentimiento al mal deseo, aunque no lo pongamos por obra, ó nos deleitamos torpemente en el mismo mal pensamiento, á cuyo pecado llaman los teólogos delectacion morosa, por la que nos complacemos no en el hecho ú obra, sino en el mismo torpe pensamiento ó en el deseo de venganza, etc. Ambas cosas son igualmente pecado, aquel á la verdad mas claro, y este mas oscuro; sin embargo ambos se deben confesar.

28. Hasta aquí he dicho brevemente, atendida la condicion del tiempo, de los diez preceptos; porque no he querido decir aquí todas las cosas, sino abrir camino á los penitentes para la confesion. Á estos se juntan los siete pecados capitales, los cuales del mismo modo se deben examinar, para que con su aviso se ayude tambien nuestra memoria, y nada dejemos en la confesion. Ahora, hermanos, pensad una y otra vez esto en vuestros ánimos, rumiadlo con diligencia como animales mudos; reponed estas cosas en vuestra consideracion y memoria para que, instruidos en estos divinos man-

damientos, entendais de qué manera debais dirigir vuestra vida á la norma de la ley divina, y tengais prontamente el modo, órden y manera con que podais acusar en la confesion vuestros pecados. Resta la tercera parte de la penitencia, que consta de la satisfaccion, la que os explicaré en el sermón siguiente. Y si esta la juntáis á las demás partes, haréis una plena y perfecta penitencia llena de todos sus números, la cual os alcanzará felizmente la misericordia del Señor, el perdon de los pecados, la vida espiritual, la gracia perdida, y finalmente la gloria de la felicidad eterna; esto es, aquella herencia incorruptible, incontaminada é inmarcesible conservada en los cielos, en la cual limpiará Dios toda lágrima de los ojos de los santos; y ya no habrá mas llanto, ni clamor, ni dolor alguno, porque los primeros se pasaron. Esta se digne concedérmola Jesucristo Hijo de Dios, el cual con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina en los siglos de los siglos. Amen.

SERMON

DE LA

TERCERA PARTE DE LA PENITENCIA.**SOBRE LA SATISFACCION.**

Convertere ad Dominum, et relinque peccata, etc. (Eccl. XVII).

Conviértete al Señor, y deja los pecados, etc.

1. Dije, hermanos, en el sermón primero de la penitencia que la entera y plena penitencia contenía tres partes. Y habiéndolos ya explicado las dos primeras, resta para cumplir mi intento que os explique brevemente la última, que es la satisfaccion. Pero porque el fruto y el fin de la verdadera penitencia consiste en la pureza é integridad de vida, la cual conseguimos por virtud de la misma penitencia, la razón pide que os explique de qué manera podamos retener y conservar esta integridad adquirida por la virtud del Sacramento. Porque nos aprovechará poco haber alcanzado y conseguido la pureza del alma, si inmediatamente con nuevas manchas de culpas la ensuciamos. Entonces á la verdad se nos podrá echar en cara aquel dicho profético ¹: El que congregó riquezas las echó en saco roto. Pues estos dos puntos y capítulos principales de la verdadera penitencia me esforzaré á explicar en el sermón presente. Y para que esto pueda yo hacerlo y cumplirlo cómodamente, imploremos humildemente el auxilio celestial por la intercesion de la sacratísima Virgen: *Ave María*.

Primera parte.

2. Porque os he de hablar en primer lugar de la satisfaccion, es necesario ante todas cosas que os manifieste su causa y origen. Pero

¹ Aggæi, 1.

dirá acaso alguno : si el sacramento de la Penitencia quita verdaderamente todos los pecados del penitente, ¿qué necesidad hay (perdonada la culpa) de tomarse una pena voluntaria con la cual satisfacemos á la divina justicia por los pecados cometidos, principalmente cuando el sacramento del Bautismo quita los pecados de modo que no necesite de satisfaccion alguna el que recibió este Sacramento? Para responderos á esta pregunta os debo explicar la diferencia que hay entre el Bautismo y la Penitencia. Porque de un modo perdona el Bautismo los pecados y de otro los perdona la Penitencia. El Bautismo, á la verdad, es una cierta regeneracion y nacimiento del hombre interior; y la penitencia es una medicina del alma enferma. Y vemos que en el nacimiento y nueva produccion de las cosas nace una tan nueva criatura, que nada queda en ella de la forma antigua. Porque cuando de nuevo nace un pollo nada queda en el pollo del huevo de donde nació. Pero en la curacion de las enfermedades alguna vez sana el enfermo, de modo que nada queda en él ni de la antigua enfermedad, ni de la debilidad ó flaqueza; pero alguna vez quedan en él algunas reliquias, ó de la antigua enfermedad, ó de la flaqueza y debilidad. Pues como el Bautismo (como antes dije) sea una regeneracion y nacimiento del hombre interior, es necesario que no quede cosa alguna en aquel que lo recibió del hombre viejo, sino que se levante una nueva criatura. Y como el hombre viejo sea deudor de culpas y de penas, unas y otras quita el nuevo nacimiento, y así finalmente es como renace en Jesucristo una nueva criatura sin débito ni de culpa ni de pena. Mas en el sacramento de la Penitencia, que dije que era curacion del alma enferma, alguna vez hay un dolor y arrepentimiento del ánimo tan intenso, que como en el Bautismo se borran juntamente y se quitan la culpa y la pena. Y alguna vez es menor que es la grandeza de las culpas, y en esta ocasion se perdona, á la verdad, la culpa, y la pena eterna debida á la culpa, y vuelve el hombre á la gracia y amistad antigua de Dios, y tambien se perdona alguna parte de la pena temporal. Pero si toda esta no se perdona, no se ha de atribuir tanto á este Sacramento, quanto á nuestra negligencia : que nos llegamos menos dispuestos á él, respecto que no igualamos con la grandeza de la contricion y dolor la grandeza de las culpas. Y esta debilidad de la contricion se ha de resarcir con el trabajo de la satisfaccion. Y esto hacemos cuando recibimos la pena impuesta por el sacerdote, y nosotros mismos nos la imponemos, con la cual satisfacemos á las leyes y equidad de la justicia divina, y así nosotros

mismos hacemos oficio de acusador, de juez y de verdugo, cuando acusamos nuestros pecados y nos imponemos pena por ellos, y la recibimos voluntariamente cuando se nos impone. Cuando esto hacemos cumplimos aquello del Apóstol ¹: Si nos juzgáramos á nosotros mismos, ciertamente que no seríamos juzgados. Y cualquiera que rehusa hacer esto, sepa que esta pena se ha de pagar con el fuego del purgatorio.

3. Y si me preguntáreis á mí con qué penas principalmente podamos satisfacer á la divina justicia y redimir las penas que debemos, á esto respondo, que todas las obras de las virtudes, principalmente aquellas que ocasionan alguna molestia al cuerpo, tienen virtud de satisfacer. Porque consta que los contrarios se curan con los contrarios, y que los pecados cometidos se castigan con las penas legítimas; de modo que lo que pecamos con el deleite, lo expiemos con la amargura. De aquí es que dice san Gregorio: Dios no se sustenta con nuestros tormentos, pero cura la enfermedad de los deleites con medicamentos contrarios: para que los que embelados con los deleites nos apartamos de él, con la amargura de los llantos volvamos á él; y los que resbalándonos por las cosas ilícitas caímos, nos levantemos negándonos aun las cosas lícitas. Por esto los santos Padres enseñan que tres son las obras principales de virtudes con las cuales se hace esta satisfaccion, á saber: oracion, limosna y ayuno. Estas tres cosas insinuó el ángel san Rafael á Tobías cuando le dijo ²: Buena es la oracion con el ayuno y la limosna, mas que reponer tesoros de oro; porque la limosna libra de la muerte, y ella misma es la que purga los pecados y hace que se halle la vida eterna. Es tanto su poder para con el Padre de las misericordias, que nuestro mismo Juez dice ³: Dad limosna, y ved todas las cosas son limpias para vosotros. De aquí es que Santiago apóstol dice: Sobresale la misericordia al juicio ⁴; esto es, se gloria la misericordia contra el juicio, ó la misericordia es superior al juicio, y así sale superior en aquella causa: en la cual toma la defensa de un varon misericordioso contra el juicio.

4. Y entre todas las limosnas tiene el primero y mas alto lugar la remision y perdon de las injurias, á la cual por testimonio de la verdad divina está prometido el perdon de los pecados. Porque así dice ⁵: Si perdonáreis á los hombres sus pecados, el Padre celestial os perdonará vuestros delitos. Y así el Salvador puso oportuna-

¹ I Cor. xi. — ² Tob. xii. — ³ Luc. xi. — ⁴ Jacob. i. — ⁵ Matth. vi.

mente en la oracion del Padre nuestro esta peticion: Perdónanos nuestras deudas, asi como nosotros perdonamos á nuestros deudores. Y á la verdad que con la interposicion de esta partícula nos dió una facultad admirable con que podamos llamar y como reconvenir á Dios, y con la imitacion de nuestra virtud inclinarle á la misericordia. Esto san Gregorio Niseno, explanando este lugar, lo amplifica en estos términos ¹: El pensamiento que sobre esto viene á mi ánimo es á la verdad temerario aun solo concebirlo con la mente; y tambien es temeridad declarar con palabras el pensamiento y concepto de ella. Porque al modo que Dios está propuesto para imitacion de los que obran bien y rectamente, como dijo el Apóstol ²: Sed imitadores míos, como yo de Jesucristo; así por el contrario quiere que tu inclinacion sea ejemplo para lo bueno á Dios. Y en cierta manera se trastorna el orden, para que nos atrevamos, segun que en nosotros se perfecciona lo bueno por la imitacion del divino nombre, á esperar suceda que imite Dios nuestros hechos cuando hiciéremos alguna cosa buena, de modo que tú mismo digas á Dios: lo que yo hice hazlo tú: imita, Señor, á tu siervo pobre y necesitado, tú que tienes el reino y dominio de todas las cosas: perdoné las deudas, tampoco tú me las pidas: he temido repeler al humilde y rogador, ni tú tampoco apartes ni repelas al que te suplica: alegre y contento envié á mi deudor, quede tambien tal el que lo es tuyo: no dejes tú, Señor, mas triste á tu deudor que ha quedado el mio: ambos igualmente y unánimes hagan gracias á los que pidan; concédase á los dos un mismo perdon, esto es, á tu deudor y al mio, y yo lo soy tuyo: el ánimo mismo que yo tuve para él, y la misma sentencia que seguí con él, está misma obtenga yo y alcance tambien: pagué, paga: perdoné, perdona: yo á mi prójimo le hice una grande misericordia, imita tú, Señor, la humanidad de tu siervo. Es verdad que mas graves son mis pecados contra tí que los que este cometió contra mí: esto yo no lo niego; pero considera y advierte cuánto es lo que te aventajas en toda bondad; y á la verdad que es justo que nos concedas á nosotros que pecamos una misericordia conveniente á la excelencia de tus facultades. Yo hice una humanidad pequeña, porque de nada mas era capaz mi naturaleza; pero tu munificencia, Señor, no se retarda ni prohibe por la cortedad y pequeñez de mi poder para que des cuanto quieras y gustes. Hasta aquí san Gregorio Niseno.

¹ In orat. dominic. — ² I Cor. XI.

5. Y á la verdad que de esta manera la misericordia merece el perdón para con el Padre de las misericordias, porque el hombre practicó la misericordia con el hombre. El ayuno también lo aplaca de otro modo, porque molesta á la carne, para con la amargura del dolor compensar la delectación tomada del pecado, y aflige con la penitencia á aquella que pecando se deleitó torpemente. Y no solo hace esto el ayuno, sino que extenuando la carne quebranta y quiebra el vigor y fuerza de la concupiscencia; y de esta manera no solamente satisface por los pecados, sino que también contiene en las culpas. Mas dirá alguno: yo no puedo hacer ninguna cosa de estas que has dicho hasta aquí. Y no solo yo, sino también hay otros muchos que, combatidos ya de males y ya de la necesidad; ni pueden mortificar su cuerpo débil; ni tienen bienes con que poder socorrer la miseria de los otros. Resta luego lo tercero, esto es, la oración, de la que os diré después, y su práctica no se impide ni por la debilidad del cuerpo ni por la escasez de medios, respecto que para ella no hay necesidad ni de riquezas externas ni de robustez de cuerpo, sino solamente necesita de entendimiento y voluntad.

6. Á estas añadiré también otras obras satisfactorias, que no necesitan ni de robustez de cuerpo ni de riquezas. Entre ellas tiene el primer lugar la caridad, la cual, como dice el apóstol Santiago ¹, cubre la multitud de los pecados. Y el Salvador también, hablando de la pecadora, se le perdonaron, dice, muchos pecados ², porque amó mucho. Exponiendo este lugar san Gregorio compara la caridad al fuego. Porque al modo, dice, que el fuego purga el orín del hierro, así el fuego de la caridad expele y quita del alma el orín del pecado. La tribulación también no solamente se compara al fuego, sino á la lima también; porque así como la lima quita el orín del hierro y le da la blancura y resplandor de la plata, así la lima de las calamidades y tribulaciones, si alguno las lleva con mansedumbre y resignación por Dios, consume las manchas y el orín del pecado. Por tanto aquella santa mujer, hablando con Dios, decía ³: Bendito sea tu nombre, Dios de nuestros padres, porque cuando te airares harás misericordia, y en el tiempo de la tribulación perdonas los pecados á aquellos que te invocan. Hay también otra especie de ayuno mucho mas agradable á Dios y mas eficaz y poderoso para satisfacer, y es cuando hacemos que ayunen los apetitos rebeldes del ánimo y las pasiones; cuando las prohibimos aquellas cosas que

¹ Jacob, v. — ² Luc. vii. — ³ Tob. i.

apetecen inmoderadamente, y hacemos que se abstengan de las cosas que desean. Porque en el ayuno corporal nos abstenemos solamente de las comidas del cuerpo; mas este ayuno se extiende á mas, respecto que comprende todas aquellas cosas que busca con ardor nuestra concupiscencia. Y esto es negarse á sí mismo, y ofrecer á Dios el sumo sacrificio, cuando el hombre se sacrifica á sí mismo y su propia voluntad en obsequio de Dios. Esta es tambien aquella mirra saludable que tantas veces predica la esposa en los Cantares, la cual cuanto mas amarga es á la carne, es tanto mas eficaz y poderosa para purificar al alma.

7. A estos añade tambien el Eclesiástico otro género de sacrificio y satisfaccion, cuando dice ¹: Sacrificio saludable es atender á los mandamientos y apartarse de toda iniquidad; y aplacar y alcanzar la propiciacion con sacrificios: sobre las injusticias y la deprecacion por los pecados apartarse de la injusticia. Porque si principalmente aquellas obras que son molestas á la carne conducen mucho para pagar las deudas de los pecados, ninguno se aparta con todo el afecto y anhelo de su voluntad de la injusticia, y emprende el propósito de una mejor vida sin que moleste muchas veces su carne con varios trabajos, con tal que esté bueno. Porque así está escrito ²: La vigilia de la honestidad seca las carnes, y su pensamiento quita el sueño. Pues, hermanos, estas son las obras con las cuales redimen los verdaderos penitentes sus pecados, y satisfacen á la divina misericordia de modo, que cuando salen de esta vida nada tienen que deba expiarse con el fuego del purgatorio. Con esto sucederá que inmediatamente que saliere el alma de las prisiones de este cuerpo volará á aquella ciudad soberana, la cual toda es un oro limpio, es semejante al vidrio puro, en la cual no entra cosa alguna súcia é inmundada. Pues ¿cuán grata y apetecible debe ser aquella virtud que da al hombre una tan grande felicidad, que en la misma muerte, que á todos mete miedo, su alma, como la de Lázaro, es llevada al cielo en manos de Ángeles y presentada á la beatísima Trinidad, y entra en la posesion de la felicidad eterna? Y así lo que se atribuye á la fuente sagrada del Bautismo, que si alguno muriere inmediatamente despues de haberlo recibido sea llevado sin tardanza alguna á los reinos celestiales, esto mismo concedemos á la satisfaccion plena. Aun mas, lo que es propio del martirio, que es que el alma del mártir camine derecha al cielo, esto tam-

¹ Eccli. xxxv. — ² Ibid. xxxi.

bien conviene á la satisfaccion perfecta. Pues ¿qué cosa mayor ni mas alta se puede decir en recomendacion de esta virtud que el que la comparemos, en la celeridad de la retribucion, no solamente al Bautismo, sino tambien al martirio? Hasta aquí os he expuesto lo que, atendida la circunstancia del tiempo, podia decirse sobre la satisfaccion. Resta que disertemos sobre el fruto y fin de este Sacramento, al cual se ordenan estas tres partes.

Segunda parte.

8. Pienso, hermanos, que ninguno de vosotros ignora que la razon de aquellas cosas que se ordenan á algun fin se debe pedir del mismo fin, y que son frustráneas aquellas que de ningun modo lo consiguen. Á la verdad que navegó en vano aquel que, caminando á un puerto, agitado de la violencia de una borrasca, no pudo llegar al fin. Tambien usó vanamente de varias medicinas aquel que no recobró la salud que buscaba. Y ¿cuál es el fin de la Penitencia? Y por mejor decir, ¿cuál es el fin de todos los Sacramentos instituidos por Jesucristo Señor nuestro, sino aquel que brevemente expuso Isaías cuando dijo ¹: Este es todo el fruto, que se quite la iniquidad? Pues la destruccion del pecado y su detestacion, y un nuevo método de vida que nada retenga de la vida pasada, es el fruto y el fin de este Sacramento. Si este no se consigue, vanamente se consume todo el trabajo de la penitencia; y aun lo que es mas, como diserté en el primer sermón hablando de la falsa penitencia, cede en máximo perjuicio y daño del hombre ofender otra vez con nuevos pecados la majestad divina, despues de haber obtenido la gracia del perdon. Esto ciertamente insinúan aquellas palabras que dijo el Señor al paralítico ²: Mira, ya has quedado sano, no quieras pecar mas, no te suceda alguna cosa peor. Y ¿qué cosa peor puede acaecer á un hombre que vive en la muerte del pecado sino ó la condenacion eterna, ó la obstinacion en lo malo? Porque constando que el pecado es el sumo de todos los males, ¿qué cosa puede haber mas grave que este mal tan grande, sino el último tormento? Finalmente, quitado el remedio de la penitencia, ¿qué otra esperanza nos resta de la salvacion? Porque para esto se instituyó la penitencia cuadragesimal, para que pusiéramos fin á los pecados, y señalásemos límites y coto á la licenciosidad antigua. Pues suce-

¹ Isai. xxvii. — ² Joan. v.

diendo esto muy de distinto modo, y convirtiéndonos en veneno la medicina, ¿qué esperanza nos puede restar? Por tanto oportunamente decia san Juan Bautista á aquellos que venian á él traídos del espíritu de la penitencia ¹: Haced frutos dignos de penitencia. Esto es, si os habeis propuesto en vuestros ánimos hacer verdadera penitencia, haced los frutos dignos de ella. Y ¿cuáles son estos frutos, sino el apartarse de la iniquidad y practicar la justicia? Porque así como cuando nos pide el Apóstol ² que andemos dignamente para Dios, nos pide que, en cuanto nos sea posible, mostremos una piedad y culto correspondiente á la bondad y majestad divina; así cuando san Juan nos pide frutos dignos de penitencia, requiere en nosotros lo que pide la condicion y naturaleza de la verdadera penitencia. Y como la penitencia sea como una cierta medicina contra el pecado, entonces hacemos frutos dignos de penitencia cuando de nuestras costumbres desterramos el pecado; porque de esta manera se adquiere la salvacion y la vida eterna. Y si alguno me pregunta á mí en qué cosa está la suma de toda la filosofía cristiana, le responderé en una palabra: está en que mantenga en su ánimo un propósito fijo é inmutable de padecer antes todos los males, que ceder al pecado mortal. Porque este propósito del ánimo comprende la obediencia de todos los mandamientos, en la cual está toda la suma de nuestra salud y felicidad.

9. Y cuál deba ser la firmeza de este propósito lo declaran aquellas nunca bastante alabadas palabras del Apóstol ³: ¿Quién nos separará de la caridad de Jesucristo? ¿Acaso la angustia, la tribulacion, el hambre, la desnudez, el peligro, la espada, etc.? Y viniendo á casos y ejemplos singulares, la firmeza de este propósito la retuvo de un modo maravilloso aquella santa Susana ⁴, la cual puesta por dos ancianos entre las angustias, ó de consentir al pecado y á una maldad torpe, ó de tolerar la nota de infamia y la sentencia de ser apedreada, quiso antes tolerar estos dos males, que son los que se reputan gravísimos en esta vida, que caer en pecado mortal y quebrantar la ley de Dios. ¿Cuán de diverso modo hizo aquella tan alabada Lucrecia, que reducida á las mismas angustias, para no perder la fama de la honestidad, quiso perder la misma honestidad! En lo cual cometió dos pecados, uno porque prostituyó torpemente su cuerpo, y otro porque despues se quitó la vida. Este suceso declara que ella no estuvo tan solícita de la honestidad cuanto

¹ Luc. iii. — ² I Thes. ii. — ³ Rom. viii. — ⁴ Dan. xiii.

de la fama y del honor, y agitada de este loco amor cometió ambos pecados. Tales casi eran las virtudes de los gentiles, que miraban no á Dios, sino á los hombres, y no tanto deseaban la justicia, cuanto la fama y la gloria. Estas virtudes realmente ni aun el mismo Aristóteles, gentil tambien, las reputa dignas de este nombre. Y así no atribuye la virtud de la fortaleza ni á Aquiles, ni á Hector, porque ambos fueron á la guerra, no por el amor de la virtud ó bien de la patria, sino ó por miedo de la infamia, ó por el deseo de la gloria, ó por alguna otra razon semejante. Pero nuestra Susana desatendió la fama de la honestidad para conservar ileso la castidad. Y de cuánta bondad sea este argumento lo enseña prudentemente Séneca por estas palabras: Ninguno parece que estima mas la virtud, ninguno parece que es tan devoto de ella como aquel que perdió la fama de hombre bueno, por no perder su conciencia. ¿Qué cosa mas santa, pregunto, pudo decirse, que lo que dijo este hombre gentil? Pudiera aquí referiros el ejemplo nobilísimo de los siete Macabeos y de su madre ¹, la cual, para no faltar á la ley de Dios, permitió que sus siete hijos fuesen hechos trozos, desollados, ajusticiados y atormentados de mil modos á vista suya, por no violar, aunque urgida del rey Antíoco, un solo precepto de la ley divina. Pero tengo por mejor pasar en silencio este ejemplo, que minorar con una breve y baja oracion un suceso que excede toda admiracion. Sin embargo otro no os puedo pasar, el cual aunque no mayor, con todo por su misma novedad parece que excede todos los ejemplos de griegos y latinos. Porque aquella santa mujer tuvo otras que imitasen su fe y su constancia. Pues santa Felcitas y Sinforosa fueron tambien madres de siete hijos, las cuales sufrieron que á su vista muriesen sus hijos con varios tormentos, por no pecar de la misma suerte. No obstante este ejemplo que ahora os referiré es singular, y hasta ahora, que yo sepa, no ha tenido imitador. Y para que alguno no lo tenga por fabuloso, daré por autor de él á san Jerónimo en la vida de san Pablo, primer ermitaño. Así pues es como dice: Á los principios de la Iglesia el enemigo antiguo, buscando tormentos tardos para la muerte, queria degollar las almas, no los cuerpos. Y por tanto excogió esta nueva invencion, con la cual precipitara al pecado á un mártir que resistia. Decio, emperador, mandó que á cierto jóven ² floreciente por su edad juvenil se le llevase á unos jardines, y que allí entre los cándidos li-

¹ II Mach. vii. — ² Nicetas.

rios y encarnadas rosas, y en donde un rio que corria hacia un murmullo blando, y con el suave viento las hojas de los árboles hacian un silbo apacible; en este sitio, digo, mandó que se echase sobre unos colchones de pluma, y para que no pudiera saltar de ellos se le dejara atado con unos nudos flojos. Á este lugar, retirándose todos, llegó una meretriz procaz, la cual comenzó luego á darle tiernos y apretados abrazos. Y lo que da empacho y pudor de decirse, comenzó á torpes acciones, para que estimulado de la concupiscencia quedara vencedora la deshonestidad de esta mujer prostituta. ¿Qué haria este soldado de Jesucristo? ¿Hacia dónde se volveria? ¿Huiria acaso? Pero estaba atado y aprisionado. ¿Echaria á empujones y puñadas á esta rufiana? Mas tenia las manos atadas. Pues ¿qué haria? Á quien no habian vencido los tormentos, ¿le venceria el deleite? Por último, inspirado del cielo, haciéndose tajadas la lengua, á bocados la escupia en el rostro de quien le acariciaba, y así con la grandeza del dolor superó y venció el sentido y ardor de la lascivia. ¿Qué admiraré aquí primero? ¿Qué cosa diré antes? ¿Acaso la constancia de la fe, el elogio de la fortaleza, la novedad del consejo, que en un caso desesperado excogitó una tan nueva y desusada manera de escapar del peligro? Y á la verdad que no ignoraba el mártir invencible lo que santa Lucía virgen respondió al tirano que le amenazaba una tal deshonor: Si hicieres que contra mi voluntad quede violada, la castidad se me doblará para la corona. Y así aquella deshonor no tanto hubiera sido pecado, cuanto sombra, y una cierta imágen de pecado. Mas este jóven santo era tanto el odio que habia concebido en su ánimo contra la culpa, que descubrió esta nueva invencion, con la cual expeliera de sí hasta la sombra é imágen del pecado. Pues un propósito semejante tienen, hermanos, aquellos que tienen ojos con los cuales miran la hermosura inmensa de la bondad divina, y la aman con el amor que deben: por tanto mas quieren padecer todos los males, por extremados que sean, que caer de su amor y de su gracia. Pues esto es lo primero que debe proponerse y determinar el verdadero penitente.

10. Y consiendiendo (como antes se ha dicho) la suma de toda la filosofía cristiana en la fuga y detestacion del pecado, debemos esforzarnos á practicar con diligencia aquellas cosas que nos puedan ayudar á esto. Y para la fuga del pecado apenas ayuda cosa alguna mas que el huir las ocasiones de pecar; porque sino, como dice el Sábio ¹, el que ama el peligro, perecerá en él. Si alguno cogiendo

¹ Eccli. iii.

la extremidad del vestido empujara con violencia á un hombre enfermo y débil, sostenido sobre un báculo, y que apenas puede tenerse en pié, ¿acaso no lo derribaria y postraria fácilmente en tierra? Pues como la naturaleza humana despues de la caída comun en el pecado haya quedado tan enferma, tan débil y tan propensa á lo malo, y conteniendo dentro de sí misma tantas semillas de males, ¿qué esperamos sucederá si por fuera tambien está á nuestra vista la oportunidad y ocasion de pecar? ¿Quién, á la verdad, podrá dudar que caiga, cuando muchas veces ella por sí misma, sin que nadie la empuje ni impela, se precipita á lo malo? ¿Cuántos hay que aborrecen de verdad la maldad, á quienes la ocasion que les ocurrió los impelió á ella? Pues esto es lo que nos amonestan las palabras propuestas al principio, cuando nos persuaden que quitemos los tropiezos; esto es, las ocasiones de pecados. De aquí es que el Salvador nos avisa en el Evangelio con una oracion acre que evitemos semejantes peligros, diciendo ¹: Si tu mano ó tu pié te escandaliza, córtatelos, arrójalos de tí, etc. Y si tu ojo te escandaliza, etc. Apenas el Maestro celestial pudo recomendar esto con palabras mas acres, pues tenia tan bien conocida y explorada la flaqueza de la naturaleza humana.

11. Y si preguntas cuáles ocasiones debemos evitar con mayor diligencia, la primera es la compañía de los hombres malos. Porque así leemos ²: El que toca la pez, se ensucia con ella, y el que comunica con el hombre soberbio, se revestirá de soberbia. Porque cada uno se hace tal cuales son aquellos con quienes se junta y tiene amistad. De aquí viene aquello: El que anda con sábios, será sábio; el amigo de necios será semejante á ellos. Si al hierro lo echares en el fuego, se hará fuego; mas si hicieres que esté mucho tiempo en la tierra ó entre sal, se convierte en sal y tierra aquella dura é indomable naturaleza, y lo que es mas, hasta las mismas fieras y los leones crueles, si viven entre los hombres, deponiendo su natural fiera, se amansan. Tanto vale y puede la compañía de aquellos con quienes tratamos. De aquí es que dice el Apóstol ³: Os escribí en mi carta que no os mezcleis si aquel que entre vosotros se llama hermano es lujurioso, ó avaro, ó maldiciente; con semejante hombre ni aun comais. Ved cuán alejados quiso el Apóstol que estuviéramos de la compañía de los malos, cuando ni aun siquiera nos permite que comamos con ellos. Acordábase ciertamen-

¹ Matth. v. — ² Eccli. xiii. — ³ 1 Cor. v.

te que él mismo había dicho ¹: Corrompen las buenas costumbres las conversaciones malas ²; y que poca levadura corrompe toda la masa.

12. Pero sin embargo es mucho mas peligrosa la compañía y comunicacion entre hombres y mujeres cuando la edad está viciosa, y tambien las vistas y frecuente trato. Por esto san Agustin escribe: Digo sin duda alguna, el que no quiere evitar la familiaridad con las mujeres presto caerá en la ruina. Y con esta ocasion dice que vió él hombres insignes en méritos y piedad que cayeron miserablemente, de cuya caída no dudaba mas que la de un san Ambrosio y la de san Jerónimo. Ciertamente que con mucha mas verdad dijo el mismo san Jerónimo: La lascivia doma hasta los corazones de hierro: puesto junto á la serpiente no estarás mucho tiempo sin lesion, y arrimándote al fuego, aunque seas hierro, te quemarás. Y que aquello de Salomon ³: Encontré, dice, á la mujer mas amarga que la muerte, la cual es lazo de cazadores, y red su corazon: sus manos son grillos y esposas. Considerad, os ruego, con cuántos símiles amplificó el poder de la mujer para coger y enredar las almas. De esto, siendo casi innumerables los ejemplares que hay, ninguno puede traerse ni mas admirable ni mas formidable que el del mismo Salomon, el cual habiendo sido declarado por el mismo Dios el mas sábio entre todos cuantos conoció el mundo, llegó al sumo de todos los males cuando adoró los ídolos, por no haberse querido separar de la compañía de las mujeres extranjeras que le prohibió el Señor por la grandeza de su riesgo. Con este delito no solamente se perdió á sí mismo, sino que tambien perdió á casi todos los hijos de Israel, los cuales por esta execrable maldad, permitiéndolo el Señor para venganza suya, separándose de la casa de David y del culto del templo sagrado de la religion, se dieron al culto y adoracion de los ídolos. Y consta que este mal tan grande, que no es capaz de explicarse con oracion alguna, tuvo origen de que Salomon no quiso evitar la ocasion de este peligro.

13. Y no solo se debe evitar el trato de hombres y mujeres, sino tambien las vistas de unos y otros. Porque así leemos: No mires por las calles de la ciudad, ni vagues por sus plazas ⁴; porque muchos cayeron arruinados por la hermosura de la mujer, y por esto la concupiscencia arde como fuego. Y que de aquí tuvo origen

¹ I Cor. xv. — ² Ibid. v. — ³ Eccles. vii. — ⁴ Eccli. ix.

la destruccion de Jerusalem lo insinúa el profeta Jeremías cuando, llorando la calamidad miserable de la ciudad, dice ¹: Mi ojo aprehendió mi alma en todas las hijas de mi pueblo. De cuya maldad de ningún modo hubiera hecho mencion en sus lamentaciones, si ella tambien con los otros delitos no hubiera acarreado la destruccion y desolacion á esta ciudad miserable. ¿Y quién es capaz de explicar cuántos pecados cometan los hombres por esta licenciosidad de los ojos, por cuya razon dice el Eclesiástico ²: ¿Qué cosa se ha criado mas malvada que el ojo? Dicen los escritores anatómicos que la fábrica y artificio de los ojos es admirable entre todos los miembros del cuerpo humano. Porque así como este sentido (atestiguándolo aun el mismo Aristóteles) tiene entre todos el principal lugar, su fábrica tambien excede toda admiracion. Sin embargo, es tal la perversidad y la ingratitud de los hombres, que abusan principalmente, para infamia y ofensa de su Criador, de esta obra y beneficio sumo de Dios, por el cual debieran hacer inmortales gracias á su Bienhechor. Porque constando ser verdad lo que dijo el Salvador: Si alguno viere la mujer para codiciarla, ya adulteró en su corazon; ¿cuántos habrá á quienes se podrá echar en cara aquello del apóstol san Pedro ³, que tienen ojos llenos de adulterio y de un delito incesable? Por esta causa aquel sábio no dudó decir: ¿Qué cosa se crió mas mala que el ojo? Nada, pues, hay en el cuerpo humano, si miras la fábrica de Dios, mas admirable que el ojo, como antes dije; y nada mas malo y execrable que el ojo, si consideras la lascivia del hombre. Por tanto, cualquiera que desea conservar la pureza de su alma esfuércese lo primero á refrenar la licenciosidad de los ojos; porque de esta manera con un golpe cortará y atajará la materia de muchos trabajos, cuidados, dolores y tentaciones.

14. Síguense luego en cuarto lugar los juegos; los cuales, omitiendo los otros males y molestias de ellos, y principalmente la pérdida de tiempo, dan ocasiones á perjurios, á riñas, á contiendas, y alguna vez tambien á blasfemias. Estos tambien evitará cualquiera que quiera librarse de estos males. Pues esto, hermanos, es uno de los dos remedios de los pecados, por lo cual se nos avisa en las palabras propuestas que minoremos los tropiezos de los pecados; esto es, que evitemos con cuidado todas las ocasiones y peligros de pecar.

¹ Thren. iii. — ² Eccl. xxxi. — ³ II Petr. ii.

Tercera parte.

15. Resta el otro, que es orar ante la presencia del Señor. Porque de esta manera queria el Señor armar á sus discípulos contra los combates del demonio, quando dijo ¹: Velad y orad para que no entreis en la tentacion. Y en el nombre de oracion entiendo la elevacion del alma á Dios, séase quando le pedimos su auxilio y socorro, séase quando consideramos y meditamos las cosas divinas con la mente: esta meditacion á la verdad ayuda de un modo maravilloso contra los dolos y engaños de la serpiente antigua. De donde viene aquella voz del Profeta ²: Si no fuera porque tu ley es la meditacion mia, entonces acaso hubiera perecido en mi humildad, esto es, en mi afliccion. Y así como esta piadosa meditacion de las cosas divinas preserva del pecado, así por el contrario su descuido y omision precipita en todos los males. Porque así leemos del malo ³: Dios no está á su vista; ó como otros vierten, no está en algunos pensamientos suyos. De aquí se sigue aquello que pone despues: Ensuciáronse sus caminos en todo tiempo. ¿Quién de vosotros, hermanos, podrá darme la razon de qué intentó el Señor quando quiso que aquella admirable é insuperable fortaleza de Sanson estuviera en los cabellos? ¿Qué conduce para la fortaleza la melena de cabellos, bastando dar y conceder este valor y fuerza en los brazos y demás miembros del cuerpo? Pues ¿qué entendemos místicamente en el nombre de cabellos? Esto lo explicó claramente san Jerónimo, el cual explanando aquel lugar de Isaías: Habrá en lugar de los cabellos encrespados calva, entiende én el nombre de cabellos las prácticas de oraciones devotas y santas meditaciones, de las cuales (permitiéndolo Dios) están destituidos los malos. Porque así como los cabellos se derivan de lo mas alto del hombre exterior, así los incentivos de oraciones devotas y meditaciones santas manan de la parte última y suma del hombre interno, esto es, de la mente; y en ellas está y consiste toda la fortaleza del hombre mismo contra todo el poder y máquinas del diablo: respecto que por ellas nos viene prontamente el auxilio de la virtud divina ⁴; cuya fortaleza, como decia él, es semejante al rinoceronte. Por tanto, si alguno hay que desea verdaderamente y de corazon contenerse en adelante de todo pecado mortal, tenga por

¹ Matth. XIV. — ² Psalm. CXVIII. — ³ Ibid. IX. — ⁴ Num. XXIII.

cierto que nunca le faltará el auxilio y fortaleza celestial, con la cual venza y quede superior en todos los peligros y tentaciones del diablo, mientras que su alma esté adornada y armada de semejantes cabellos, esto es, de santas meditaciones y oraciones devotas. Mas si el hombre está destituido de estos cabellos, debe temer mucho, no sea que (como le sucedió á Sanson) quede débil como los demás hombres. Porque esto nos denota claramente la debilidad de un Sanson, que se siguió de la rasura de los cabellos. Por lo cual inmediatamente le cogieron los enemigos, le sacaron los ojos, y lo expusieron á todas las befas y malos tratamientos. ¡Oh quién tuviera tanta facundia y energía de hablar que fuera capaz de persuadirnos esta verdad, y ponerla ante vuestros ojos; esto es, cuánta sea la fortaleza que tiene para repeler y resistir á todos los dardos del demonio aquella alma que está adornada de estos cabellos, y cuánta tambien sea la flaqueza y debilidad de aquella que está destituida y despojada de ellos! Por tanto, entre todo lo que nos puede conservar exentos del contagio de los pecados, tiene el primer lugar lo que habéis oído en las palabras propuestas: **Orad ante la presencia del Señor.** En ellas se nos recomienda la continuacion y el ejercicio de la oracion. Porque no basta orar una ú otra vez, ó revolver muchas palabras sin atencion ni entendimiento; porque es necesario una larga, fervorosa y cotidiana oracion. Así lo enseñó claramente el Eclesiástico cuando dijo¹: El que guarda la ley multiplica la oracion. Pues porque el enemigo antiguo intenta siempre retraernos de la observancia de la ley, nosotros tambien debemos implorar contra él siempre el auxilio del Señor. Esto nos lo expresó el Apóstol en una palabra², cuando enseñó á orar en todo tiempo en espíritu contra las asechanzas del diablo. En estas palabras recomendó su continuacion, el fervor y devocion de ella. Cualesquiera que practicaron esta virtud, aprendieron, no leyendo, sino experimentando, cuánta fuerza añadida á los que la practican: apenas creen que pueda alguno perseverar mucho tiempo en caridad y justicia, si totalmente está destituido del auxilio de esta virtud. Porque ¿quién (dejando ahora los combates y trabajos de las otras virtudes) puede conservar ilesa la castidad mucho tiempo sin el auxilio de la oracion, á la cual por todas partes se la ponen tantos lazos, tantos peligros, tantas asechanzas, y la cual puede violarse no solamente con la suciedad del cuerpo, sino con solo el

¹ Ecclí. xxxv. — ² Ephes. vi.

pensamiento? ¿Quién, pues, dice san Jerónimo, se gloriará de que tiene su corazon casto? Pues si no carecen de este peligro los que imploran con ruegos continuos el auxilio celestial, ¿en qué peligro no andarán aquellos que no tienen práctica alguna de esta virtud? A la verdad, ¿qué podrá esperarse de estos, sino que, cortados los cabellos de las oraciones devotas, queden débiles como los demás hombres, y al modo que Sanson queden expuestos á las burlas de sus enemigos? Estos son, hermanos, los dos principales remedios contra el pecado que se os dan en las palabras que yo os he propuesto: á saber, evitar las ocasiones y tropiezos de los pecados, y orar ante la presencia del Señor. Ambos á dos, hermanos carísimos, deseo que os sean de mucho aprecio.

16. Y además de estos remedios hay tambien otros que conducen mucho para esto: estos por la estrechez del tiempo mas os puedo numerar que explicar. El primero y sumo de ellos es el uso frecuente de los Sacramentos, respecto que (como antes dije) la gracia sacramental da una cierta virtud y fortaleza contra los pecados. Despues ayuda tambien mucho ocurrir luego inmediatamente en el principio á los pensamientos malos cuando llaman á la puerta de nuestro corazon, y dar la muerte al enemigo cuando es pequeño, sin dejarlo que ocupe el castillo de la mente ó que arroje raíces en el alma. Esto, á la verdad, lo harémos, si acudimos con la mayor presura que podamos á las llagas de Jesucristo. Añadé á esto tambien el exámen diario de la conciencia, en el cual el hombre entra consigo en juicio y explora con diligencia en qué manera gastó aquel dia, y se acusa ante Dios su juez, y propone allí evitar sus caidas. Y para que el hombre cristiano tome con mas gusto este mi consejo ó remedio del pecado, le pondré dos ejemplos de filósofos gentiles que hacian esto con cuidado: uno de Sestio, filósofo estóico, y otro de Séneca. Ambos los describe Séneca por estas palabras: Sestio, pasado ya el dia, cuando ya se iba á acostar, preguntaba á su ánimo: ¿qué mal has curado hoy? ¿á qué vicio has contradicho? ¿en qué parte has hecho mejor? Acabará la ira, y será mas moderada, la cual sabe que todos los dias ha de venir ante su juez. Pues ¿qué cosa mas bella que esta costumbre de examinarse todos los dias? ¿Qué sueño se sigue despues de haberse reconocido á sí mismo? ¿Cuán tranquilo, alto y libre, cuando ó se alabó el ánimo ó se corrigió, y especulador de sí mismo y censor secreto conoce sus costumbres? Tambien luego Séneca pone esto de sí mismo: Uso yo de esta potestad, y todos los dias sentencio de mí. Cuan-

do ya se ha apagado la luz y calló mi mujer, sabedora ya de mi costumbre, escudriño entre mí todo el día, y atraigo á medida mis hechos y mis dichos. Nada me escondo, nada me paso; pues ¿por qué temeré alguno de mis errores, cuando puedo decir: Ve no hagas mas esto, ahora te perdono: en aquella disputa hablaste con porfía y altercacion; no quieras juntarte en adelante con los imperitos? No quieren aprender los que nunca aprendieron: á aquel otro le aconsejaste con mayor libertad que debias, y así no le enmendaste, sino que le escandalizaste. Mira en adelante no solamente si es verdad lo que dices, sino tambien si aguanta la verdad aquel á quien se dice. Hasta aquí Séneca. Esto, hermanos, sirvanos de ejemplo, y avergoncémonos de no hacer por amor de la patria celestial lo que estos solian hacer por solo amor á la virtud, la cual juzgaban era lo último que habia que apetecer.

17. Y así como en la noche nos pedimos razon del día presente, así tambien luego que amanezca se ha de proponer y proveer el orden y manera de pasar el día, y de qué vicios principalmente nos hemos de guardar, y en qué prácticas y ejercicios nos debemos ocupar, y pedir al Señor su auxilio para que podamos cumplir lo que hemos propuesto y determinado. Últimamente, se debe huir el ocio torpe, el cual abriendo puerta á todo lo malo suministra ardores é incendios para los pecados carnales. Porque con mucha verdad dijeron los filósofos que el amor deshonesto era el negocio de los hombres ociosos. Por tanto dijo el poeta:

*Finem qui queris amori,
Cedit amor rebus; res age;
Tutus eris.*

Tú que quieres poner fin al amor, este cede á las ocupaciones; ocúpate y trabaja, y estarás seguro. Pues este mismo consejo quiero yo, hermanos, que os sea de mucha recomendacion. Y si la condicion de nuestra vida no admite género alguno de ocupacion, á lo menos con la leccion de libros devotos y ejercicios de la oracion podréis apartarlo de vosotros con mucho fruto.

18. Y á todos estos añado el último remedio; y es, que debiéndose detestar y temer con todo afecto todos los pecados, sin embargo la culpa primera con la cual caemos de la gracia y amistad de Dios, y quedamos desnudos é inermes entre los dardos de los enemigos, se debe temer y evitar mas que todos, porque esta culpa primera abre la puerta para las demás. Vemos, á la verdad, que cuando un hombre estrena algun vestido cuida mucho de que no le

caiga mancha alguna; mas luego que por descuido comenzó á mancharse, inmediatamente se deja aquel cuidado, y en esta parte se porta el hombre con mayor desidia. Este ejemplo, á la verdad, tiene mucho mas lugar en la renovacion de la vida antigua, la cual si alguno la mancha con algun nuevo pecado, no solo la ensucia, sino que además la desnuda de la fortaleza y virtud de la divina gracia; y así desnuda é inerte la presenta á las saetas de los enemigos. De esto os pondré á la vista un ejemplo insigne. Aquella imágen de Samuel, que anunció y expuso al rey Saul ¹ que á otro día moriria, le denunció é hizo saber tambien la causa de esta tan grande calamidad, á saber: porque este no se airó contra Amalec como se lo habia mandado el Señor. Cosa á la verdad maravillosa que habiendo Saul, agitado de un furor increíble, quitado la vida á sesenta sacerdotes del Señor vestidos con el efod y habiendo incendiado la ciudad de Nobe, que no tenía culpa alguna, y habiendo pasado á cuchillo la oveja y el buey (cosa que Neron, cruelísimo entre todos los mortales, nunca se cuenta que hiciese; porque contentándose con sola la muerte de los hombres, nunca su furor y crueldad se endureció con los animales y bestias), sin embargo se pasa en silencio esta tan grave maldad, y solo se menciona aquella indiscreta piedad por la cual se preparaba contra él la venganza en el cielo. ¿Por qué esto? Á saber, porque por aquel primer crimen de inobediencia le abandonó el Señor, y lo despojó de su espíritu y de su gracia. Esta culpa fue la fuente y origen de los otros pecados suyos. Y si alguna vez acaso por sugestion del diablo cayésemos en algun pecado, debemos trabajar inmediatamente con cuanta celeridad sea posible por salir de él, y con la medicina y remedio de la confesion y penitencia procuremos recuperar la gracia antigua; no nos suceda que despojados de esta ayuda celestial nos arruinemos en mas y mas pecados. Porque al modo que el que quiera conservar entero é incorrupto el techo de su casa inmediatamente que advierte alguna gotera luego al punto pone el remedio, no sea que si desatendiere aquel pequeño agujero se pudran los maderos contiguos, y así poco á poco se hunda todo el techo y se arruine la casa; así tambien cualquiera que quiera conservar pura y entera la casa de su conciencia, si por casualidad padeció alguna ruina ó quebranto, ponga inmediatamente el remedio de la penitencia saludable, no sea que una caída ocasione otra,

¹ I Reg. xxviii.

y una culpa cause otra, y así venga el hombre al extremo de los males. De aquí es que dice san Crisóstomo : Á cualquiera á quien no muerde ni entristece una herida que le hicieron, este ciertamente recibe otra, y recibida esta recibe tambien la tercera. Porque no cesa hasta el último aliento aquel malvado y enconado enemigo de hacer llagas, siempre que encuentra al alma descuidada y que desprecia las primeras heridas.

19. Todas estas cosas, como habeis visto, hermanos, mas os las he recorrido que explicado; parte precisado de la estrechez del tiempo, y parte porque reservo el inculcaros todos los dias y trataros con mas abundancia estos mismos remedios de vuestra salud. Porque es necesario, dice san Gregorio, que se recuerde muchas veces aquello que compele el mundo á que se olvide. Y si á alguno le parece mucho lo que pido, póngase ante sus ojos los divinos beneficios, la muerte y pasion de Jesucristo, la gloria celestial prometida á los justos, y los tormentos eternos y llamas vengadoras que están preparadas para los malos. Piense tambien que por cosas caducas y que han de fenecer muy pronto emprenden y padecen los hombres cosas mucho mayores y mas acerbos. Porque, ¿cuántos hay que por causa de unas cortas ganancias navegan todos los mares, y van á las naciones extrañas y bárbaras? ¿Cuántos los que presentan sus vidas á unos peligros ciertísimos en las guerras, haciendo frente á las espadas y bombas? Pues ¿cuánto menos es lo que yo os pido aquí á vosotros para que consigais la vida, la salud, la gracia, la amistad de Dios, la justicia, la paz, la tranquilidad de conciencia, la adopción de hijos y juntamente la herencia del patrimonio celestial? Esta se digne concedernos Jesucristo Señor nuestro, que con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina en los siglos de los siglos. Amen.

SERMON

SOBRE LA FELICIDAD DE LOS JUSTOS.

*Beati qui lugent, quoniam ipsi conso-
labuntur.* (Matth. v, 3).

Bienaventurados los que lloran, porque
ellos serán consolados.

1. Si como es Jesucristo quien habla con V. M. hablara el mundo, no usaria de este estilo. Feliz el príncipe, os diria, que nunca peleó sino para vencer, que nunca vió un gran número de potencias coligadas contra sí sino para concederlas una paz mas gloriosa, y que siempre fue mayor que el peligro ó que la victoria. Feliz el príncipe que en el discurso de un reinado largo y floreciente goza en paz los frutos de su gloria, el amor de sus pueblos, el respeto de sus enemigos, la admiracion del universo, la utilidad de sus conquistas, la magnificencia de sus obras, la sabiduría de sus leyes, la augusta esperanza de una numerosa sucesion, y que solo le queda que desear el conservar por mucho tiempo lo que posee.

2. De este modo hablaría el mundo; pero, señor, Jesucristo no habla de este modo. Feliz, os dice, no el que es la admiracion de su siglo, sino el que principalmente se ocupa en el siglo venidero, y que vive despreciándose á sí mismo y á todo lo presente; porque de este será el reino de los cielos: *Beati pauperes spiritu, quoniam ipsorum est regnum celorum*¹. Feliz, no aquel cuya historia hará que eternamente viva su reinado y sus acciones en la memoria de los hombres, sino aquel cuyas lágrimas borrarán de la memoria del mismo Dios la historia de sus pecados; porque este será eternamente consolado: *Beati qui lugent, quoniam ipsi consolabuntur*². Feliz, no aquel que con nuevas conquistas habrá extendido los límites de su imperio, sino aquel que habrá sabido contener sus deseos y pasiones dentro de los términos de la ley de Dios; porque este poseerá una tierra mas durable que el imperio del universo: *Beati mites, quoniam ipsi possidebunt terram*³. Feliz, no aquel que exal-

¹ Matth. v, 3. — ² Ibid. 5. — ³ Ibid. v, 4.

tado por la voz de sus pueblos sobre los príncipes sus predecesores goza tranquilamente de su grandeza y de su gloria, sino aquel que no hallando, aun en el trono, cosa alguna que sea digna de su corazon, solo busca en la tierra la perfecta felicidad, que consiste en la virtud y en la justicia; porque este se verá satisfecho: *Beati qui esuriunt, et sitiunt justitiam, quoniam ipsi saturabuntur*¹. Feliz, no aquel á quien los hombres dieron los gloriosos títulos de grande é invencible, sino aquel á quien los pobres, en la presencia de Jesucristo, darán el título de padre y de misericordioso; porque este será tratado con misericordia: *Beati misericordes, quoniam ipsi misericordiam consequentur*². Feliz, finalmente, no el que árbitro siempre de la fortuna de sus enemigos ha dado muchas veces la paz á la tierra, sino el que ha podido dársela á sí mismo, y desterrar de su corazon los vicios y afectos desarreglados que turban la tranquilidad; porque este será llamado hijo de Dios: *Beati pacifici, quoniam filii Dei vocabuntur*³.

3. Estos son, señor, á los que Jesucristo llama bienaventurados; y el Evangelio no conoce mas felicidad en la tierra que la inocencia y la virtud. ¡Oh gran Dios! no consiste la prosperidad del mayor de los reyes en las incomparables felicidades con que habeis favorecido su reinado. Es verdad que por ellas es grande, pero no consiste en ellas su felicidad; esta empezó por su piedad: lo que no santifica al hombre no le puede hacer dichoso. Cuanto se halla en el corazon del hombre, no siendo Vos, ó Dios mio, son falsos bienes que le dejan vacío, ó verdaderos males que le llenan de inquietud; y una conciencia pura es la única raíz de las verdaderas felicidades. Á esta verdad reduce hoy, católicos, la Iglesia nuestra madre todo el fruto de la solemnidad que nos propone. Como el mundo está en el error de que la vida de los Santos fue triste y desagradable, se vale principalmente de este artificio para impedirnos que los imitemos; pero la Iglesia, renovando hoy su memoria, nos acuerda á un mismo tiempo que no solo gozan de una felicidad inmortal en el cielo, sino tambien que solo ellos fueron felices en la tierra: *Beati*, etc. Que el que encierra en su corazon la iniquidad siempre está acompañado de la turbacion y del miedo; y que aun en este mundo es infinitamente mas suave y tranquila la suerte de los buenos que la de los pecadores.

4. Pero ¿en qué consiste la felicidad de los justos en esta vida?

¹ Matth. v, 6. — ² Ibid. 7. — ³ Ibid. 9.

Consiste en manifestar la verdad oculta á los sábios del mundo, y en gozar del deleite de la caridad, el que está negado á los amadores del mundo. Consiste en que las luces de la fe, que suavizan todas las penas del alma fiel, hacen mas amargas las del pecador. Esta será la primera parte. Y en las dulzuras de la gracia que calman todas las pasiones, y que, negándose al corazon corrompido, le dejan entregado á sí mismo. Esta será la segunda. Manifestaré estas dos verdades tan propias para hacer amable la virtud, y útiles los ejemplos de los Santos. Pero antes de empezar imploremos los auxilios del Espíritu Santo por medio de la intercesion de María: *Ave María.*

Primera parte.

5. La raíz de todos nuestros pesares regularmente consiste en nuestros errores; y solo somos infelices, dice un santo Padre¹, porque nos equivocamos en el juicio que hacemos de los bienes y de los verdaderos males: *Causa laboris ignorantia est.* Los justos, que son hijos de la luz, son mucho mas felices que los pecadores, porque están mas ilustrados. Las mismas luces que corrigen sus juicios suavizan sus penas; y la fe que les manifiesta el mundo cómo es en sí les muda en motivo de consuelo los mismos sucesos en que las almas entregadas á sus pasiones hallan el principio de todas sus inquietudes.

6. Para daros á conocer, católicos, esta verdad, de la que tanto honor resulta á la virtud, os suplico repareis en que ya sea que una alma movida de Dios se acuerde de lo pasado y de aquellos tiempos de disolucion que precedieron á su penitencia; ya sea que considere lo que actualmente pasa en el mundo á su vista; ya, finalmente, se ponga á pensar en lo futuro, todo la consuela, todo la confirma en el partido de la virtud que ha abrazado; todo hace que su estado sea infinitamente mas feliz que el del alma que vive entregada al desórden, y que en estos tres estados solo halle amarguras y secretos temores.

7. Porque, en primer lugar, por mas entregado que esté un pecador á todos los desórdenes de su corazon, nunca le arrastran tanto los deleites presentes, que alguna vez no vuelva la vista á aquel cúmulo de años llenos de iniquidad que se van quedando atrás. Aquellos dias de tinieblas, que consagró á la disolucion, no

¹ S. Ambros.

han perecido tan absolutamente, que no presenten en ciertos tiempos á su memoria ideas importunas que le turban, que le fatigan, que de tiempo en tiempo le despiertan de su letargo, representándole como reunido en un punto el monstruoso cúmulo de delitos, los que no le horrorizaban tanto cuando los cometia, porque entonces solo los veia sucesivamente: se le representan de un golpe las gracias despreciadas, las inspiraciones resistidas, el indigno uso que ha hecho de un natural feliz y formado, segun parece, para la virtud: represéntansele unas flaquezas de que se avergüenza, y unos horribles mónstruos á quienes cási no se atreve á mirar.

8. Esto es lo que detrás de sí deja el pecador, por lo que es infeliz si mira á lo pasado. Toda su felicidad parece está reducida al momento presente; y para ser dichoso es necesario que no piense, sino que como los animales mudos se deje llevar del atractivo de los objetos presentes, y que apague y ofusque su corazon, si quiere vivir tranquilo. De aquí se siguen aquellas máximas tan indignas de la humanidad y tan comunes en el mundo: que el demasiado talento es un don molesto; que las reflexiones echan á perder los deleites de la vida, y que para ser feliz se ha de pensar muy poco. ¡Oh hombre! ¿te dió acaso el cielo la razon que te ilustra para hacerte infeliz, ó para ayudarte á buscar la verdad, la que solamente puede hacerte dichoso? Esta luz divina que adorna tu ser ¿puede por ventura ser antes castigo que don del Criador? ¿Te distinguirás tan gloriosamente con ella de las bestias, solo para ser de peor condicion que ellas?

9. Católicos, tal es el destino de una alma infiel: la embriaguez, el desórden, la extincion de todo discurso es solamente quien la hace feliz; y como esta situacion solo dura un instante, luego que calma y vuelve en sí el espíritu, cesa el deleite, desaparece la felicidad, y se halla el hombre solo con su conciencia y sus delitos.

10. Pero, ¡oh Dios mio, y qué distinta es la suerte de una alma que camina segun vuestras leyes! ¡Y qué digno es de compasion el mundo que no os conoce! Á la verdad, católicos, los pensamientos mas agradables de una alma justa son los que le acuerdan su vida pasada; es cierto que en ellos se ve la parte de su vida que entregó al mundo y á sus pasiones: confieso que esta memoria la cubre de vergüenza en presencia de la santidad de su Dios, y la hace derramar lágrimas de compuncion y tristeza; pero ¡qué consuelos no halla en sus lágrimas y en su dolor! Porque, católicos, una alma que se ha vuelto á Dios no puede acordarse de sus pa-

sados desvíos sin descubrir en ellos la conducta que con ella usó la divina misericordia ; los caminos singulares por donde su sabiduría la condujo , como por grados , al instante feliz de su conversión ; tantas circunstancias no esperadas de favor , de desgracias , de pérdidas , de muerte , de perfidia , de preferencia y de aflicción , gobernadas todas por una cuidadosa providencia para facilitarla los medios de romper sus cadenas ; aquellos particulares cuidados que Dios usaba con ella , aun cuando seguía los caminos injustos ; aquellos disgustos que su bondad la hacía experimentar aun en medio de los placeres ; aquellas secretas instancias con que sin cesar la llamaba á su obligacion y á la virtud ; la voz interior que en todas partes la seguía , y que no cesaba de decirla como en otro tiempo á san Agustín : Insensato , ¿ hasta cuándo has de andar buscando deleites que no pueden hacerte dichoso ? ¿ Cuándo darás fin á tus inquietudes con tus delitos ? ¿ Necesitas por ventura mas para desengañarte del mundo que las mismas molestias y desgracias que experimentas sirviéndole ? Haz la prueba de si es mayor bien el ser mio , y de si yo soy bastante para el alma que me posee. Esto es lo que presenta la memoria de lo pasado á una alma compungida ; mira á los cómplices de sus antiguos deleites entregados aun por la justicia de Dios á los desórdenes del mundo y de las pasiones , y ella sola escogida , separada y llamada al conocimiento de la verdad.

11. ¡ Oh católicos , y cómo llena de paz y de consuelo esta memoria á una alma fiel ! En este estado exclama con el Profeta : ¡ Oh Dios mio , y qué infinitas son vuestras misericordias ! Desde el seno de mi madre me acogisteis bajo vuestra proteccion ; me habeis seguido muy de cerca en todos mis caminos. ¿ Qué es lo que yo he hecho mas que otros pecadores , á quienes no os dignásteis abrir los ojos , ni manifestar la severidad de vuestros juicios y de vuestra justicia ? ¡ Oh Dios mio ! qué admirables son vuestras obras ! y cuán bien conoce mi alma lo que os debe y lo que habeis hecho por ella ! *Mirabilia opera tua , et anima mea cognoscit nimis* ¹. Esta es la primera felicidad de las almas justas : aun la memoria de sus pasadas infidelidades las consuela.

12. Pero , en segundo lugar , si la memoria de lo pasado es para ellas un manantial de sólidos consuelos , no consuela menos su piedad lo que á su vista pasa en el mundo , y aquí veréis , católicos , cuán útil es la virtud para la felicidad de la vida , y cómo el mismo

¹ Psalm. CXXXVIII , 14.

mundo, que forma á los pecadores todas sus pasiones, y por consiguiente todas sus inquietudes, es el ejercicio mas agradable y que mas consuela la fe de los justos.

13. Á la verdad, fieles, ¿qué es el mundo, aun para los mismos mundanos que le aman, que están embriagados con sus placeres, y que no pueden vivir sin él? El mundo es una eterna servidumbre, en donde ninguno vive para sí, y en donde para ser feliz es necesario besar sus cadenas y amar su cautiverio. El mundo es una diaria revolucion de sucesos, que unos despues de otros despiertan en el corazon de sus secuaces las mas violentas y mas funestas pasiones, los rencores crueles, las indiferencias odiosas, los temores amargos, los celos que consumen y los pesares que molestan. El mundo es una tierra de maldicion, en la que aun los mismos deleites están llenos de espinas y amargura. El juego cansa con sus furores é inconstancias; las conversaciones molestan con la oposicion de genios y contrariedad de opiniones; las pasiones é inclinaciones pecaminosas tienen sus disgustos, sus contratiempos y sus ruidos desagradables; los espectáculos, no siendo por lo comun los asistentes mas que unas almas torpemente disolutas é incapaces de conmoverse sino con los mas horribles excesos del desórden, fastidian; y solo mueven aquellas pasiones delicadas que no hacen mas que manifestar de léjos el delito, y poner lazos á la inocencia. Finalmente, es el mundo un lugar en donde aun la misma esperanza, que se mira como una pasion tan halagüeña, hace todos los hombres desgraciados; en donde aun los que nada esperan se tienen por mas infelices; donde aun lo que agrada nunca agrada mucho tiempo, y en donde el enfado es casi siempre el destino mas suave y soportable que de él puede esperarse. Este es el mundo, católicos, y advertid que no hablo del mundo oscuro, que no conoce ni los grandes deleites, ni los encantos de la prosperidad, del favor y de la opulencia; hablo del mundo brillante, del mundo de la corte; hablo con vosotros mismos que me escuchais, católicos. Este es el mundo; y no creais que esta es una de aquellas pinturas imaginarias cuyo original en ninguna parte se encuentra: yo pinto al mundo por vuestro corazon; esto es, le pinto del mismo modo que vosotros le conoceis y le experimentais todos los dias.

14. No obstante, este es el lugar en que todos los pecadores buscan su felicidad: esta es su patria; aquí es donde quisieran eternizarse; este es el mundo que prefieren á los bienes eternos y á todas las promesas de la fe. ¡Oh gran Dios! qué justo sois cuando

castigais al hombre con sus propias pasiones, permitiendo que ya que no quiere buscar su felicidad en Vos que sois solo la verdadera paz de su corazon, se forme una felicidad fantástica de sus temores, de sus disgustos, de sus molestias y de sus crueles inquietudes!

15. Pero lo que mas favorece en esto á la virtud, católicos, es que este mismo mundo, tan molesto y tan insufrible para los pecadores que buscan en él su felicidad, es un motivo de reflexiones que consuelan á los justos que le miran como destierro y país extraño.

16. Porque, primeramente, la inconstancia del mundo, tan terrible para los que están entregados á él, ofrece al alma fiel mil motivos de consuelo. Nada le parece constante ni inmutable en la tierra; ni las mas altas fortunas, ni las mas estrechas amistades, ni la mas brillante fama, ni los mas deseados favores. Ve una soberana sabiduría que parece se divierte en burlarse de los hombres, levantando á unos sobre las ruinas de otros, degradando á los que estaban en lo alto de la rueda para colocar allí á los que estaban abatidos, pasando la felicidad de todos en un instante, presentando todos los dias nuevos héroes en el teatro, y haciendo que se oscurezcan los que el dia antes hacian un papel sobresaliente, ofreciendo siempre nuevas escenas al mundo. Ve á los hombres que pasan toda su vida en agitaciones, proyectos y medidas, cuidando siempre ó de engañar ó de no ser engañados; siempre hábiles y prontos para aprovecharse del retiro, de la desgracia ó de la muerte de sus competidores, y en formar de estas grandes lecciones, que debían servirles para despreciar el mundo, nuevos motivos de ambicion y codicia; ocupados siempre ó en sus temores ó en sus esperanzas; siempre inquietos ó con lo presente ó con lo que está por venir; nunca tranquilos, trabajando todos por el descanso, y siempre apartándose mas de él.

17. ¡Oh hombre! ¿por qué discurre tanto para ser infeliz? Esto es lo que entonces piensa una alma fiel. La felicidad que esta busca es menos costosa. No es necesario ni atravesar mares, ni conquistar reinos; sin salir de sí misma, halla su felicidad.

18. ¡Oh católicos! qué suaves le parecen á un hombre virtuoso las amarguras de la virtud cuando las compara con los crueles pesares y eternas inquietudes de los pecadores! ¡Qué contento está con haber hallado un lugar de reposo y seguridad, mientras que ve á los amadores del mundo tristemente agitados con la violencia de las pasiones y de las esperanzas humanas! De este modo los is-

raelitas, despues que salieron del mar Rojo, viendo de léjos á Faraon y á todos los grandes de Egipto hechos juguete de las olas, gustaban el deleite de su seguridad : tenian por suaves y agradables los caminos del desierto ; no sentian su molestia ; y comparando su suerte con la de los egipcios, léjos de quejarse y murmurar, cantaban con Moisés aquel cántico de alabanza y accion de gracias en que con tanta magnificencia se celebran las misericordias y maravillas del Señor.

19. En segundo lugar, la injusticia del mundo, tan cruel para los que le aman, cuando se ven olvidados, despreciados y sacrificados á indignos competidores, es un principio fecundo de reflexiones de consuelo para un alma que le desprecia y que solo teme al Señor. Porque ¿qué consuelo ha de tener un pecador que, despues de haber sacrificado al mundo y á sus señores su reposo, su conciencia, sus bienes, su mocedad y su salud, sin haber tenido mas recompensa que desprecios, fatigas, abatimientos y frívolas esperanzas, ve que de repente se le cierran las puertas de la elevacion y de la fortuna, y que le quitan de entre las manos los puestos que habia merecido y de los que ya se juzgaba en posesion ? ¿amenazado, si se queja, de perder los que posee ; obligado á doblar la rodilla delante de sus rivales mas felices que él, y á vivir dependiente de aquellos á quienes antes aun no los tenia por dignos de que le sirviesen ? ¿Se retirará del mundo para vengarse, murmurando eternamente de la injusticia de los hombres ? Pero ¿qué ha de hacer en su retiro, sino dar mas lugar á sus pesares y menos diversion á sus penas ? ¿Se consolará acaso con el ejemplo de sus semejantes ? No por cierto ; porque cuando nosotros miramos nuestras desgracias, nunca creemos que se parecen á las de otros. Además de que, ¿qué consuelo puede haber en ver renovarse sus penas segun va descubriendo la imagen y la memoria de ellas en las de los demás ?

20. ¿Podrá confiar en una vana filosofía y en las luces de su entendimiento ? No ; porque la razon, cuando la dejan sola, pronto se cansa ; el que es filósofo para el público, para sí mismo siempre es hombre. ¿Recurrirá á entregarse todo á los placeres é infames sensualidades ? No ; porque el corazon que varia en las pasiones solo muda de tormento. ¿Podrá esperar que hallará en la inaccion la dicha que no encontró en sus vivas y eficaces pretensiones ? No ; porque una conciencia delincuente, aunque pueda conseguir la indiferencia, no consigue la tranquilidad : bien podrá el hombre no

sentir sus desgracias é infortunios , pero siempre sentirá sus infidelidades y sus culpas : el pecador desgraciado , católicos , no tiene recurso ; todo falta á una alma mundana cuando la llegó á faltar el mundo.

21. Pero el justo , en el mismo desprecio que de él hace el mundo , aprende á despreciarle : la injusticia de los hombres le sirve solamente para acordarse de que sirve á un Señor mas justo , que no se apasiona ni se deja engañar , que solo ve en nosotros lo que en la realidad hay ; que para decidir de nuestra suerte se gobierna por nuestros corazones , y que para con él no debemos temer mas que á nuestra propia conciencia , y que así es felicidad el servirle ; que no hay que recelar de su ingratitude , pues está escrito cuanto se hace por él ; que en vez de no hacer caso ó de olvidarse de nuestros trabajos y servicios , cuenta hasta nuestros descos , y que con él solo se pierde lo que se deja de hacer por agradarle.

22. ¡Qué motivos de consuelo no halla una alma fiel en estas luces de la fe ! Qué poco la mueve el mundo , sus reveses ni sus malos tratamientos cuando le contempla de este modo ! Entonces arrojándose en el seno de su Dios , y mirando con ojos cristianos la nada y vanidad de las cosas humanas , siente mudarse en ella repentinamente aquellas inquietudes inseparables de la naturaleza en una suave paz : ve un rayo de luz que alumbra su alma y restablece en ella la tranquilidad ; un dardo de consuelo que penetra su corazon y dulcifica en él toda la amargura . ¡ Ah , católicos , y qué felicidad es servir á todo aquel Señor que puede hacer felices á todos los que le sirven ! ¡ Oh dichosa condicion de la virtud , y qué mal que te conocen los hombres ! ¿ En qué consiste que te tengan por suerte desagradable y triste , cuando sola tú puedes consolar á los infelices que están en este destierro y suavizar todas sus penas ?

23. Finalmente , los juicios del mundo , que para los mundanos son motivos de tantos pesares , acaban también de consolar al alma fiel ; porque es un suplicio para los amadores del mundo el estar siempre expuestos á sus juicios ; esto es , á la censura , á la befa y á la malicia de todos . Por mas que uno desprecie á los hombres , siempre quiere ser estimado de los mismos que desprecia . Por mas elevado que uno se halle sobre los demás , la elevacion le expone mas á la vista y á las conversaciones de la multitud , y aun se sienten mas vivamente las censuras de aquellos de quienes no se debian esperar sino respetos . Por mas que se goce de los públicos aplausos , los desprecios son tanto mas sensibles , quanto son me-

nos comunes y mas raros ; por mas que uno se venga de estas censuras con otras mas vivas y mordaces, la venganza siempre supone el resentimiento y el dolor, y por otra parte es mucho menos el gusto que se experimenta en despreciar que el pesar que se recibió en ser despreciado. Finalmente, desde que vivís solo para el mundo, y que vuestros deleites ó pesares dependen solamente de él, no podeis mirar con indiferencia sus juicios.

24. No obstante, entre estas contradicciones se ha de buscar la alegría. Os disputan todo lo que ó la verdad ó la vanidad os atribuye, vuestros talentos, vuestro nacimiento, vuestra reputacion, vuestros servicios, vuestros aciertos, vuestra prudencia, vuestro honor : si quereis hacer valer vuestra nobleza, se la disputan á vuestros antepasados ; si vivís en el olvido, echan la culpa á vuestra poca habilidad ; si salís bien con vuestras empresas, se atribuye ó á la casualidad ó al mérito de vuestros subalternos ; si gozais de la estimacion del público, apelan de su error al juicio de los mas prudentes ; si sabeis agradar, dicen al instante que habeis sabido aprovecharos bien de vuestro talento ; si vuestra conducta es extraordinaria, luego satirizan vuestro genio. Finalmente, seais el que fuéreis, grande, pequeño, príncipe ó vasallo, el estado mas feliz que podeis desear para complacer vuestra vanidad es ignorar el juicio que de vosotros hace el mundo. Las mismas pasiones con que estamos unidos nos desunen ; la envidia oscurece aun nuestras mas nobles circunstancias ; y son censores de nuestros placeres aun aquellos mismos que los imitan.

25. Pero una alma fiel está libre de todas estas inquietudes. Como no desea la estimacion de los hombres, tampoco teme sus desprecios ; como no tiene por fin el agradarles, tampoco extraña no haberles dado gusto. Dios solo, que es quien ve su corazon, es el único juez á quien teme, y el que al mismo tiempo la consuela en los juicios que de ella hacen los hombres. Su gloria es el testimonio de su conciencia : busca su fama en el cumplimiento de su obligacion ; mira los aplausos del mundo como un escollo de la virtud ó como recompensa del vicio, y sin atender á sus juicios se contenta con darle buen ejemplo. Pero ¡qué es lo que digo, católicos ! Aun el mismo mundo, estando como está tan lleno de desprecios, de censuras y de malicia para con aquellos que le adoran, se ve obligado á venerar la virtud de los que le desprecian y aborrecen : él mismo parece que imprime en la persona de un verdadero justo no sé qué dignidad, no sé qué cosa divina, que se gran-

jea la veneracion y cási el culto de las almas mundanas ; parece que su íntima union con Jesucristo hace que brille en él, como antiguamente en los tres discípulos que estaban en el santo monte, una parte de aquel celestial resplandor que derramó el eterno Padre sobre su Hijo querido , y que no deja libertad para no respetarlos ; este es un derecho inseparable que tiene la virtud sobre los corazones de los hombres , y el mundo , siempre inconsecuente, desprecia las mismas pasiones que inspira, y venera la virtud que contradice. No quiero decir que la estimacion del mundo, tan digna de ser despreciada, sea de gran consuelo para el alma fiel ; pero la consuela el ver que el mundo se condena á sí mismo , que declaman contra los placeres los mismos que los buscan, que los pecadores son los apologistas de la virtud , y que la vida del mundo se pasa tristemente haciendo lo mismo que él condena, y huyendo de lo que aprueba.

26. De este modo el mismo mundo es motivo de consuelo para una alma cristiana ; pero aun mas , si piensa en lo por venir, halla en esta reflexion muchos consuelos, que para el pecador no son mas que continuos y secretos sobresaltos ; y esta es la última utilidad que sacan los justos de las luces de la fe. Mantiénense y se consuelan con la magnificencia de sus promesas ; esperan la bienaventurada esperanza, y aquel feliz instante en que serán agregados á la Iglesia del cielo, reunidos á los hermanos que perdieron en la tierra, recibidos por ciudadanos eternos de la Jerusalem celestial, incorporados en la congregacion inmortal de los escogidos de Dios, en donde la caridad será la ley que los una, la verdad la luz que los ilumine , y la eternidad la medida que pondrá fin á su dicha.

27. Estas reflexiones son de tanto mayor consuelo para los justos, cuanto están mas fundadas sobre la verdad del mismo Dios. Saben que sacrificando todo lo presente nada sacrifican ; que todo pasa en un instante ; que lo que se ha de acabar no puede durar mucho ; que ese momento de tribulacion es nada respecto al inmenso peso de gloria que él nos dispone , y que la rapidez de las cosas presentes no merece el que se cuente por años ni por siglos.

28. Sé muy bien que la fe puede subsistir aun entre costumbres depravadas , y que muchas veces se pierde la gracia santificante sin perder la sincera sumision á las verdades que el espíritu de Dios nos ha revelado ; pero, esta certidumbre de la fe, que es de tanto consuelo para el alma justa, para el pecador que aun cree no es mas que un abismo inagotable de remordimientos secretos y

de temores crueles , porque cuanto mas ciertas os parezcan las verdades de la fe á los que teneis sepultada la conciencia en una vida llena de desórdenes , tanto mas inevitables os deben parecer los suplicios con que amenaza á los pecadores como vosotros , y tanto mas cierta os parecerá vuestra desgracia. Todas las verdades que la doctrina santa presenta á vuestra fe despiertan en vosotros nuevos sobresaltos. Estas luces divinas , raíz de todo consuelo para las almas fieles , se os representan como luces de venganza que os amedrentan , os turban y os juzgan ; os manifiestan continuamente lo que nunca quisiérais ver ; os enseñan , á pesar vuestro , lo que siempre quisiérais ignorar ; ponen á vuestra vista lo que á lo menos por algun tiempo quisiérais tener en olvido. Vuestra misma fe os adelanta el suplicio. Vuestra religion , aquí en la tierra , si es lícito decirlo así , es vuestro infierno ; y cuanta mayor es vuestra sumision á la verdad , tanto mas infeliz es vuestra vida. ¡ Oh Dios mío ! y qué grande es vuestra bondad para con el hombre , pues quisisteis que la virtud fuese necesaria aun para su sosiego ; y le llamais para Vos , permitiendo que sin Vos no pueda ser dichoso !

29. Permitidme , amados oyentes míos , que os haga reflexionar estas verdades dentro de vosotros mismos. Aun cuando no fuera tan lastimoso el destino de un alma pecadora en el siglo venidero , reflexionad si es digno de envidia aun en este mundo. Sus aflicciones son irremediables , sus desgracias no tienen consuelo , sus mismos placeres están llenos de inquietudes : padece infinitos sobresaltos acerca de lo presente ; sus pensamientos acerca de lo pasado y de lo por venir son funestos y tristes ; su fe la atormenta , y sus luces la desesperan. ¡ Qué estado tan triste ! ¡ qué destino tan fatal ! ¡ Qué terribles mutaciones ocasiona un solo pecado en lo exterior é interior del hombre ! ¡ Cuánto trabajo le cuesta el prepararse á las eternas penas ! ¡ No es , pues , cierto , católicos , que el camino del mundo y sus pasiones es mucho mas penoso que el del Evangelio , y que el reino del infierno , si es lícito explicarse de este modo , padece aun mas violencia que el del cielo ? ¡ Oh inocencia de corazon , y cuántos bienes traes contigo al hombre ! ¡ Oh hombre , cuánto pierdes cuando pierdes la inocencia de tu corazon ! Pierdes todos los consuelos de la fe , que son la ocupacion mas deliciosa de la piedad de los justos , y te privas tambien á tí mismo de todas las dulzuras de la gracia , que tan envidiable hace en este mundo la suerte de los justos.

Segunda parte.

30. Cuando prometemos, dice san Agustín, á las almas mundanas consuelos y dulzuras en la observancia de la ley de Dios, miran nuestras promesas como un lenguaje piadoso de que usamos para alabar la virtud; y como el corazón que no gustó nunca estos castos deleites tampoco puede comprenderlos, nos vemos precisados, continúa este santo Padre, á responder: ¿cómo quereis que os persuadamos? No podemos deciros: gustad, y veréis cuán suave es el Señor¹; porque un corazón enfermo y desarreglado no puede gustar las cosas del cielo: dadnos un corazón que ame, y él entenderá todo lo que decimos.

31. No es ahora mi principal intento manifestar todas las secretas operaciones de la gracia en el corazón de los justos, sino contraponer el feliz estado en que los constituye acá en la tierra á la triste situación de los pecadores, y acabar con este paralelo de confundir el vicio y alentar á la virtud. Digo, pues, que la gracia da á las almas justas en la tierra dos géneros de consuelos: unos interiores y secretos, otros exteriores y sensibles, ambos tan esenciales para la felicidad de esta vida, que no hay en la tierra ningún placer que á ellos equivalga.

32. La primera utilidad interior que facilita la gracia á una alma fiel es el establecer en su corazón una paz sólida y reconciliarla consigo misma. Porque, católicos, todos tenemos dentro de nosotros mismos los principios naturales de equidad, de pudor y de rectitud. Nacemos, como dice el Apóstol, con las reglas de la ley escritas en nuestros corazones; aun cuando nuestras primeras inclinaciones no sean á la virtud, á lo menos conocemos que ella es nuestra primera obligación; por mas que la pasión intente algunas veces persuadirnos en secreto que nacimos para el deleite, y que las inclinaciones que en nosotros ha puesto la naturaleza no pueden ser verdaderamente culpables, nunca podrá esta extraña persuasión asegurar á una alma pecadora. Es verdad que esto se desea, porque quisiéramos que todo lo que nos deleita fuese lícito; pero esta persuasión es falsa, es un sofisma, porque nos gloriamos de no dejarnos arrastrar de las máximas vulgares, pero en el fondo nada tiene de convincente esta persuasión. Siempre lleva-

¹ Psalm. xxiii, 9.

mos dentro de nosotros mismos un juez incorruptible que sin cesar se pone de parte de la virtud contra las pasiones que mas nos lisonjean, que mezcla con las que mas nos arrastran las ideas importunas de nuestra obligacion, y que nos hace infelices en medio de nuestros deleites y de nuestra abundancia.

33. Este es el estado de una conciencia impura y manchada: el pecador es quien se acusa á sí mismo en lo íntimo de su corazon; á todas partes lleva consigo una inquietud que con nada se sosiega, es desgraciado por no poder vencer sus desarregladas inclinaciones; pero aun lo es mucho mas por no poder sofocar sus importunos remordimientos: arrastrado de su flaqueza y avisado por sus luces, se disputa á sí mismo el delito que se permite; y en el mismo tiempo en que goza del deleite injusto se le está reprendiendo á sí mismo. ¿Qué ha de hacer, pues? ¿Combatirá sus luces para sosegar su conciencia? ¿Dudará de su fe para gozar con mas tranquilidad de sus delitos? Pero ¡ay! que la incredulidad es un estado aun mucho mas infeliz que la misma culpa: vivirá sin Dios, sin culto, sin principio y sin esperanza; creará que los excesos mas abominables y las mas puras virtudes no son mas que nombres; mirará á todos los hombres como aquellas figuras viles y ridículas á quienes se les hace que se muevan y hablen en un teatro, y que solo sirven para divertir á los concurrentes: ¿se mirará á sí mismo como produccion del acaso y eterna posesion de la nada? pero ¡ay! que estos pensamientos tienen en sí una tan funesta oscuridad, que no los puede mirar el alma sin horror; porque la incredulidad mas es desesperacion del pecador que alivio del pecado. ¿Qué ha de hacer, pues? Obligado á huir continuamente por el miedo de encontrarse con su propia conciencia, corre de objeto en objeto, de pasion en pasion, de precipicio en precipicio. Cree que á lo menos con la variedad de los placeres podrá llenar su vacío y su insuficiencia: no deja alguno que no pruebe; pero en vano ofrece su corazon sucesivamente á todas las criaturas; todos los objetos de sus pasiones le responden, dice san Agustin: No te engañes en amarnos; no somos nosotros la felicidad que buscas, ni podrémos hacerte feliz: levántate sobre las criaturas, y vé á buscar en el cielo al que nos formó, y allí sabrás si es mayor y mas amable que nosotros. Este es el destino del pecador.

34. No quiero decir que el corazon de los justos goce en esta vida una tranquilidad tan inalterable que no experimente alguna vez acá en la tierra tribulaciones, disgustos é inquietudes; pero es-

tas son unas nubes pasajeras que solo cubren , por decirlo así , la superficie de su alma. En su interior reina siempre aquella calma profunda, aquella serenidad de conciencia, aquella sencillez de corazon, aquella igualdad de espíritu, aquella confianza viva, aquella resignacion pacífica, aquella tranquilidad de pasiones, y aquella paz universal que aun desde esta vida es ya principio de la felicidad de las almas inocentes. Criaturas vanas, ¿qué poder tendréis sobre un corazon que no hicisteis vosotras, y que no se hizo para vosotras? La paz del corazon es el primer consuelo de la gracia.

35. El segundo es el amor que suaviza á los justos los rigores de la ley, y muda, segun la promesa de Jesucristo, su yugo, que parece insoportable á los pecadores, en yugo suave y de consuelo para ellos. Porque una alma fiel ama á su Dios aun con mas viveza, mas tiernamente y con mas solidez que habia antes amado al mundo y á las criaturas. Cuanto intenta por él, aunque sean los mayores trabajos, ó no cuestan nada á su corazon, ó le sirven de deleite. Porque es carácter del amor santo, cuando es dueño del corazon, ó suavizar las penas que causa, ó mudarlas en santos placeres. Y así, una alma enamorada de Dios, quiero explicarme de este modo, perdona con alegría, sufre con confianza, se mortifica con gusto, huye de buena gana del mundo, ora con consuelo, y desempeña sus obligaciones con una santa complacencia. Cuanto mas crece su amor, mas se suaviza su yugo. Cuanto mas ama, tanto es mas feliz; porque no hay mayor felicidad que el amar aquello que ya tenemos por necesario.

36. Al contrario el pecador, cuanto mas ama al mundo, es tanto mas infeliz; porque cuanto mas ama al mundo, mas se multiplican sus pasiones, mas se encienden sus deseos, mayor estorbo halla en sus proyectos, y mas se agrian sus inquietudes. Su amor es el motivo de todas las desgracias, su inquietud es la raíz de todas sus penas, porque el mundo, que es el que las causa, no puede remediarlas. Cuanto mas ama al mundo, mas siente su vanidad una preferencia, su soberbia una injuria; tanto mas le confunde un proyecto desconcertado, le aflige un deseo en que halló oposicion, y le confunde una pérdida impensada. Cuanto mas ama al mundo, le son mas necesarios sus placeres; y como ninguno de ellos puede llenar la inmensidad de su corazon, es tanto mas insufrible su molestia, porque la molestia es la recompensa de todos los deleites. Y en medio de todos estos placeres, el mundo, desde que es mundo, no cesa de quejarse de su enfado.

37. Y no creais, señores, que por honrar á la virtud exagero demasiado la desgracia de las almas mundanas. Sé muy bien que parece se halla también felicidad en el mundo, y que en medio de este conjunto de cuidados, de movimientos, de temores y de inquietudes suele verse un corto número de dichosos, cuya felicidad es envidiada, y que parece gozan de una suerte suave y tranquila; pero sondead esas vanas exterioridades de felicidad y de alegría, y hallaréis pesares verdaderos, corazones oprimidos y conciencias agitadas: llegaos á esos hombres que os parecen los felices de la tierra, y os admiraréis de hallarlos tristes é inquietos, llevando sobre sí con gran trabajo el peso de una conciencia delincuente; oidlos en aquellos instantes mas tranquilos, en que mas sosegadas las pasiones dejan algun uso á la razon; todos ellos convienen en que no son felices, y que el resplandor de su fortuna solo brilla de lejos, y solo es digno de envidia para aquellos que no le conocen; confiesan que en medio de sus placeres y prosperidades nunca gozaron de la alegría pura y verdadera; que si se piensa seriamente en lo que es el mundo se halla ser nada; que ellos mismos están admirados de que se le pueda amar conociéndole, y que solo son felices en el mundo los que saben huir de él y servir á Dios. Unos suspiran deseando ocasiones para un honroso retiro; otros se proponen todos los dias entablar unas costumbres mas arregladas y cristianas; todos convienen en la felicidad de los justos; todos desean serlo, y todos dan testimonio contra sí mismos: no buscan los placeres, sino que se hallan encadenados en ellos; detiéndoles en los lazos del mundo y del pecado, no el gusto, sino la costumbre y la flaqueza; lo conocen, se quejan, lo confiesan, y con todo eso se entregan á la corriente de una suerte tan triste. ¡Ah mundo engañoso! haz felices si puedes á los que te sirven, y entonces abandonaré yo la ley del Señor por servir á la vanidad de tus promesas.

38. Vosotros mismos, amados oyentes, vosotros que tantos años há servís al mundo, ¿cuánto habeis adelantado en vuestra felicidad? Poned en un peso á un lado todos los momentos y dias felices que habeis pasado en él, y á otro todas las amarguras que habeis padecido, y ved cuál de los dos pesa mas. Acaso habréis dicho en algunos instantes de placer, de exceso y de furor: aquí estamos bien: *Bonum est nos hic esse*¹; pero aquello fue una embria-

¹ Matth. xvii, 4.

guez que duró poco tiempo, cuya ilusion os manifestó el instante siguiente, sepultándoos de nuevo en vuestras primeras inquietudes. En este mismo instante en que os estoy hablando preguntad á vuestro corazon si está tranquilo. Preguntadle si le falta algo para su felicidad; si teme, si desea, si conoce que Dios está con él; si quisiera vivir y morir en el estado en que se halla; si está contento con el mundo; si es fiel sin remordimientos al Autor de su ser; si todas las doce horas del dia le son igualmente gustosas, y si hasta ahora ha podido conseguir el tener tranquila la conciencia entre los delitos.

39. Aun cuando os habeis sepultado en el abismo para apagar allí vuestros remordimientos, y os persuadais poder ahogar con los excesos de la iniquidad aquellas reliquias de la fe que en vuestro corazon defienden aun el partido de la virtud, ¿no mandó el Señor á la serpiente, como lo dice él mismo por su Profeta, que fuese á picaros y á morderos hasta el fondo del abismo en donde os habeis escondido para libertaros de ella? ¿No sentisteis allí la mordedura secreta de este gusano cruel? *Et si celaverint se ab oculis meis in profundo maris, ibi mandabo serpenti, et mordebit eos* ¹. ¿No es verdad que los dias mas felices de vuestra vida fueron aquellos que consagrasteis á Dios con alguna de las obligaciones de la Religión, renovando vuestra conciencia en el tribunal de la confesion, y que solo habeis vivido cuando teniendo pura vuestra conciencia habeis vivido con Dios? ¿No dice el Profeta santamente irritado: El Dios que adoramos no es un Dios engañador ó incapaz de consolar á los que le sirven, como los dioses que adora el mundo, y para esto no apelo á otros jueces que á los mismos mundanos: *Non enim est Deus noster ut dii eorum, et inimici nostri sunt iudices* ²?

40. ¡Oh gran Dios! ¿quién es el hombre para oponerse de este modo toda su vida á sí mismo, y querer ser feliz sin Vos, para declararse contra Vos, para conocer sus desgracias y amarlas, para huir de su verdadera felicidad al mismo tiempo que la conoce? ¿Quién es el hombre, ó Dios mio, y quién podrá comprender lo profundo de sus fines y la eterna contradiccion de sus desórdenes?

41. Pero que pueda yo, católicos, extenderme mas en la idea que me propuse al principio de este discurso, para persuadiros que lo que hace mas digna de nuestros deseos la suerte de los justos es que, cuando les llegan á faltar los consuelos interiores, tienen los

¹ Amos, ix, 3. — ² Deut. xxxii, 31.

socorros exteriores de la piedad, el consuelo de los Sacramentos, los que para el pecador, que tiene precision de llegar á ellos, no son mas que una triste ceremonia que le fastidia y embaraza; los ejemplos de los Santos y la historia de sus milagros que nos presenta todos los dias la Iglesia á nuestra vista, de los que la aparta el pecador, por no ver en ellos su condenacion; los adorables misterios que se ofrecen todos los dias sobre nuestros altares, que las mas veces no dejan al pecador mas que el pesar de haberlos profanado con su existencia; los santos cánticos y las preces de la Iglesia que sirven al pecador de tristo molestia, y, finalmente, el consuelo de las divinas Escrituras, en las que no halla mas que amenazas y anatemas.

42. ¿Qué descanso, católicos, para una alma fiel, cuando al salir de las vanas conversaciones del mundo, donde solo se ha tratado de la elevacion de una familia, de la magnificencia de un edificio, de los que en el mundo hacen un papel sobresaliente, de las calamidades públicas, de los defectos de los que están al frente de los negocios, de los sucesos de la guerra, de las faltas de que siempre se acusa al Gobierno, finalmente, donde siendo terrenos, solo se ha tratado de cosas terrenas; qué consuelo siente una alma fiel cuando al salir de estas conversaciones toma en sus manos el libro de la ley para descansar un poco de la fatiga de estos vanos discursos, y halla que en todas partes está escrito: que de nada sirve al hombre el ganar el mundo entero si pierde su alma; que la memoria de las mas celebradas conquistas se sepultó en el olvido con la vanidad de sus conquistadores; que pasarán el cielo y la tierra, que los reinos del mundo y toda su gloria perecerán con el uso, como un vestido, pero que Dios solo durará siempre, y que solo á él es á quien debemos unirnos? Entonces, dice esta alma con el Profeta: ¡Oh Dios mio, los insensatos me contaron fábulas; pero cuán diferentes son de vuestra ley!

43. Y á la verdad, fieles, ¡de cuánto consuelo son las promesas que se ofrecen en estos libros santos! ¡Qué poderosos motivos de virtud! ¡qué oportunas precauciones contra el vicio! ¡qué sucesos tan instructivos! ¡qué dardos tan felices que hieren al alma! ¡qué ideas de la grandeza de Dios y de la miseria del hombre! ¡qué pinturas de la fealdad del pecado y de la falsa felicidad de los pecadores! No tenemos necesidad de vuestra alianza¹, escribió Jona-

¹ I Mach. xii, 9.

tás y todo el pueblo de los judíos á los de Esparta, que teniendo entre nuestras manos los libros santos que nos consuelan, podemos pasarnos sin el socorro de los hombres: *Nos, cum nullo horum indigeremus, habentes solatio sanctos libros, qui sunt in manibus nostris.* Y ¿sabeis, fieles, quiénes son los hombres que hablan de este modo? Las desgraciadas reliquias de la crueldad de Antíoco, errantes por las montañas de Judea, despojados de sus bienes y de su fortuna, arrojados de Jerusalem y del templo, en el que había sucedido al sacrificio del santo Dios la abominacion de los ídolos; y apenas habian salido de un tan triste estado, no necesitaban de nada, porque tenian entre sus manos los libros santos: *Nos, cum nullo horum indigeremus, habentes solatio sanctos libros, qui sunt in manibus nostris.* Y en una tan nueva extremidad, cercados por todas partes de naciones enemigas, no teniendo en su ejército ni el arca de Israel, ni el tabernáculo santo, llorando aun la reciente muerte del invencible Judas que era la salud del pueblo y el terror de los incircuncisos, habiendo visto degollar en su presencia á sus mujeres é hijos, estando ellos mismos para perecer á cada instante, ó por la perfidia de sus falsos hermanos, ó por las emboscadas de sus enemigos, el solo libro de la ley les bastaba para consolarse y defenderse, y creen poderse pasar sin los socorros á que tenian derecho por una antigua alianza: *Nos, cum nullo horum indigeremus, habentes solatio sanctos libros, qui sunt in manibus nostris.*

44. Viendo esto, no me admiro, amados oyentes míos, de que los primeros discípulos del Evangelio, con el consuelo de las Escrituras santas, olvidasen todo el furor de las persecuciones, ni de que no habiéndose podido determinar á apartar de sí en todo el tiempo de su vida este libro divino, quisiesen que aun después de su muerte se enterrase con ellos en un mismo sepulcro, como para que allí sirviese á sus cenizas de fiador de la inmortalidad que les habia prometido, y para presentarle, segun parece, á Jesucristo en el dia de la revelacion, como sagrado título que les daba derecho á los bienes celestiales y á las promesas hechas á los justos.

45. Estos son los consuelos de las almas fieles en la tierra. ¡Qué cosa tan terrible es, pues, católicos, el vivir lejos de Dios, bajo la tiranía del pecado, peleando siempre consigo mismo, sin gusto alguno verdadero en el corazón, con tanto disgusto las mas veces en los placeres como en la virtud; odiosos á los hombres por la bajeza de nuestras pasiones, insufribles á nosotros mismos por la altanería de nuestros deseos, aborrecidos de Dios por los horrores de

nuestra conciencia; sin las dulzuras de los Sacramentos, porque nuestros delitos nos separan de ellos; sin el consuelo de los libros santos, porque no hallamos en ellos mas que anatemas y amenazas; sin el alivio de la oracion, porque una vida tan disoluta, ó nos quita la libertad, ó nos la hace olvidar por la falta de uso! ¿Qué es, pues, el pecador mas que el desprecio del cielo y de la tierra?

46. ¿Sabeis, pues, católicos, cuáles serán los desconsuelos de los réprobos en aquel gran día en que á cada uno se le premiará segun sus obras? ¿Creeis acaso que les pesará de su felicidad pasada, y que dirán: pasáronse nuestros días felices, y se acabó ya el mundo, en el que disfrutamos de tan agradables momentos: nuestros placeres no han durado mas que los sueños, acabóse nuestra felicidad, y van á empezar nuestros suplicios? Os engañais, fieles; no usarán de este estilo: oid cómo hablan en la Sabiduría, y cómo nos asegura el Espíritu Santo que hablarán en aquel día: Nunca gustamos, dirán, alegría verdadera en el pecado; siempre caminamos por caminos ásperos y tristes. Pero ¡ay! que esto solamente es el principio de nuestras desgracias y de nuestras penas ¹: *Ambulavimus vias difficiles*. Nos cansamos en los caminos de la iniquidad: nuestras pasiones nos fueron siempre mas penosas que nos pudieran haber sido las mas austeras virtudes; y mas nos ha costado el perdersenos, que nos pudiera haber costado el salvarnos, y merecer hoy subir con los escogidos al descanso de la inmortalidad: *Lassati sumus in via iniquitatis, et perditionis* ². ¡Qué necios fuimos en buscar por caminos tan tristes y desgraciados unos males que nunca se acabarán! *Nos insensati* ³.

47. ¿Quereis, pues, católicos, vivir felices en la tierra? Vivid cristianamente. La piedad es útil para todo; la inocencia del corazón es la raíz de los verdaderos deleites. Mirad á todas partes, y hallaréis que no hay paz para el impío, como dice el Espíritu Santo. Gustad de todos los placeres, y veréis que no pueden curar aquella raíz de tristeza que en todas partes os acompaña. No mireis la suerte de las almas justas como una suerte triste y desagradable; no juzgueis de su felicidad por las apariencias que os engañan: veis que lloran, pero no veis la mano invisible que enjuga sus lágrimas; veis que su carne gime bajo el yugo de la penitencia, pero no veis la unción de la gracia que la suaviza; veis unas costumbres austeras y tristes, pero no veis su conciencia siempre alegre y tranquila. Son

¹ Sap. v, 7. — ² Ibid. — ³ Ibid. v, 4.

semejantes al arca de Israel en el desierto, solo está cubierta de pieles de animales, las apariencias son viles ó despreciables; esta es la condicion de este triste desierto, pero si pudiéseis registrar su corazón, aquel divino santuario, ¡qué nuevas maravillas se ofrecerian á vuestros ojos! Le hallaríais vestido de purísimo oro; veríais allí la gloria de Dios que le llena; admiraríais la suavidad de los perfumes y el fervor de las oraciones que sin cesar suben al Señor; el fuego sagrado que nunca se apaga sobre aquel altar; aquel silencio, aquella paz, la majestad que allí reina, y al mismo Señor que la ha escogido por morada, y que de ella hace sus mayores delicias.

48. ¡Oh, y cómo os mueve su felicidad á una emulacion santa! En vosotros solo consiste el imitarlos: acaso en otro tiempo fueron cómplices de vuestros placeres; ¿por qué, pues, no podréis vosotros ser imitadores de su penitencia? Estableced, finalmente, una paz sólida en vuestro corazón; empezad á cansaros de vosotros mismos. Hasta aquí no habeis gozado perfectamente de la vida, pues no es vivir no pudiendo vivir en paz consigo mismo. Volved á vuestro Dios que os llama y os espera; desterrad de vuestra alma la iniquidad, y desterraréis al mismo tiempo la raíz de vuestras penas, gozaréis de la paz de la inocencia, viviréis felices en la tierra, y esta felicidad temporal será el principio de la bienaventuranza que nunca se acabará. Así sea.

SERMON

SOBRE LA MUERTE DEL PECADOR

Y LA DEL JUSTO.

Beati mortui, qui in Domino moriuntur. (Apo. XIV, 13).

Felices los muertos, que mueren en el Señor.

1. Tienen las pasiones humanas un no sé qué de admirable é incomprensible. Todos los hombres quieren vivir, y miran la muerte como la última de sus desgracias; todas sus pasiones los aficionan á la vida, y al mismo tiempo sus pasiones son las que sin cesar los dirigen hácia esta muerte que tanto aborrecen, y parece que solo viven para darse prisa á morir. Todos se lisonjean de que morirán con la muerte de los justos; lo esperan y lo desean. No pudiendo prometerse ser eternos en la tierra, cuentan á lo menos que antes de este último instante se apagarán las pasiones que actualmente los dominan y seducen. Represéntanse la suerte de un pecador que muere aborrecido de Dios como una suerte formidable, y con todo eso van disponiendo para sí, sin inquietud y con tranquilidad, esta misma suerte. Aquel horrible término de la vida humana, que es la muerte en el pecado, los atemoriza y espanta; y con todo eso caminan alegres como insensatos por el camino que conduce á él. Por mas que se les predique que el morir es semejante al vivir, quieren vivir como pecadores y morir como justos.

2. Hoy, pues, quiero, católicos, no desengañaros de una ilusión tan comun y tan grosera (esto lo dejo para otra ocasion), sino ya que la muerte del justo os parece tan apetecible y la del pecador tan formidable, exponeros aquí una y otra despertando sobre ambas vuestros deseos y vuestro espanto. Como necesariamente habeis de morir en uno de estos dos estados, importa que os acerqueis al espectáculo para que, registrando con los ojos de la consideracion el retrato formidable del uno y la imágen consoladora del otro, podais pronosticar con el tiempo cuál de los dos destinos os espera, y tomar vuestras medidas para que la decision os sea favorable.

3. En el retrato del pecador que muere veréis á dónde va á parar, por último, el mundo con todos sus deleites y toda su gloria. En la relacion de la muerte del justo conocerémos á dónde goia la virtud con todos sus trabajos. En el uno veréis el mundo con los ojos de un pecador que va á morir, y os parecerá vano, frívolo y diferente de lo que parece hoy. En el otro veréis la virtud con los ojos del justo que espira, y os parecerá grande y digna de estimacion. En el uno comprenderéis toda la desgracia de una alma que ha vivido olvidada de Dios; en el otro la felicidad de aquella que solo ha vivido para servirle y agradarle. En una palabra, el espectáculo de la muerte del pecador os hará desear vivir la vida del justo, y la imagen de la muerte del justo os inspirará un santo horror á la vida del pecador. Imploramos, etc.: *Ave María.*

Primera parte.

4. Por mas que apartemos de nosotros la imagen de la muerte, cada dia de los que vivimos nos la va acercando. Apágase la juventud, precipítanse los años, y semejantes, dice la Escritura, á las aguas que salen del mar, y que nunca vuelven hácia su corriente, nos arrojamos con rapidéz en el abismo de la eternidad, en donde sepultados para siempre, no volverémos atrás para aparecer otra vez sobre la tierra: *Et quasi aquæ dilabimur in terram, quæ non revertuntur* ¹.

5. Bien sé que todos los dias hablamos de la incertidumbre y brevedad de la vida. La muerte de nuestros parientes, de nuestros súbditos; de nuestros amigos, de nuestros amos, muchas veces repentina, siempre inopinada, nos ofrece mil reflexiones acerca de la fragilidad de todo lo que pasa. Continuamente estamos repitiendo que el mundo es nada, que la vida es un sueño, y que es muy insensato el que se fatiga por cosa que tan poco ha de durar. Pero esto no es mas que hablar; no lo sentimos así. Son discursos de costumbre, y la misma costumbre hace que se olviden.

6. Pues, católicos, figuraos acá en la tierra una suerte á vuestro gusto; dilatad en vuestra imaginacion vuestros dias, aun mas allá de vuestras esperanzas; quiero dejaros gozar de esta dulce ilusion; pero, finalmente, será preciso caminar por el camino que caminaron vuestros padres. Veréis, por último, llegar aquel dia que no tiene si-

¹ II Reg. xiv, 14.

guiente, y este será para vosotros el día de vuestra eternidad feliz, si morís en el Señor, ó de vuestra eterna desgracia, si morís en la culpa. Permitidme, pues, que yo os acuerde el tiempo de vuestra muerte, y que en él os manifieste estos dos espectáculos de esta última hora tan terrible para el pecador, y de tanto consuelo para el justo.

7. Digo terrible para el pecador que, dormido en las vanas esperanzas de conversion, llega finalmente á este último momento lleno de deseos, vacío de buenas obras, cási sin haber conócido á Dios, y sin poder ofrecerle mas que sus delitos, y el pesar de ver acabarse unos días que juzgaba habian de ser eternos. Digo, pues, señores, que no hay cosa mas terrible que la situacion de este infeliz en los últimos instantes de su vida, y que á cualquiera parte que se vuelva, ya sea que se acuerde de lo pasado, ya considere lo que actualmente pasa á su vista, ya finalmente penetre con los ojos del alma aquel porvenir fatal que está ya tocando, todos estos objetos, que son los que por entonces pueden solamente ocuparle y presentársele, no le ofrecen mas que tristeza y desesperacion, despertando en él unas imágenes las mas funestas y tristes. Porque, católicos, ¿qué puede ofrecer el tiempo pasado á un pecador que tendido en el lecho de la muerte empieza á no contar con su vida, y que en el rostro de todos los que le rodean lee la terrible noticia de que para él se acabó todo? ¿Qué ve en la larga sucesion de días que ha pasado en la tierra? Ve trabajos inútiles, deleites que solo han durado un instante y delitos que van á durar eternamente.

8. Trabajos inútiles: preséntasele de un golpe toda su vida pasada, y no ve en ella mas que una violencia y una agitacion eterna é inútil; se acuerda de todo lo que ha sufrido por el mundo que le huye, por una fortuna que se desvanece, por una reputacion que no le acompaña en la presencia de Dios, por unos amigos que pierde, por unos señores que van á olvidarle, por un nombre que solo quedará escrito sobre las cenizas de su sepulcro. ¿Qué pena entonces para este desdichado el ver que habiendo trabajado toda su vida nada ha ganado para sí! ¿Qué pesar el haberse hecho tantas violencias, sin haber podido adelantar nada para el cielo, haberse tenido siempre por muy débil para el servicio de Dios, y haber tenido fuerza y constancia para ser mártir de la vanidad de un mundo que va á perecer! Entonces el pecador, fatigado y atemorizado con su ceguedad y engaño, no hallando sino un gran vacío en una vida á quien solo el mundo ha ocupado, viendo que apenas ha empezado

á vivir despues de tantos años de vida, dejando acaso llenas las historias de sus hechos, los monumentos públicos cargados de los sucesos de su vida, el mundo lleno de la fama de su nombre, sin dejar nada que merezca ser escrito en el libro de la eternidad, ni que le pueda acompañar en la presencia de Dios; entonces es cuando empieza, aunque tarde, á hablar consigo mismo en un estilo que hemos oído muchas veces: ¿Con qué, no he vivido sino para la vanidad? ¿Que no haya yo hecho por Dios lo que he hecho por mis señores! ¿Ay de mí! ¿habia acaso necesidad de tantos trabajos y molestias para perderse? ¿Es posible que no haya yo de recibir á lo menos mi consuelo en este mundo? Á lo menos hubiera gozado de lo presente, de este instante que se me huye, y no lo hubiera perdido todo; pero toda mi vida ha estado llena de inquietudes, de esclavitud, de fatigas, de violencias, y todo para adquirirme una eterna desgracia. ¿Qué locura ha sido el haber sufrido para perderme lo que no hubiera tenido necesidad de sufrir para salvarme, y haber tenido la vida de los justos por una vida triste é insufrible, pues nada han hecho por Dios tan difícil que no haya yo hecho cien veces por el mundo, que es nada, y de quien por consiguiente nada pudiera esperar! *Ambulavimus vias difficiles... erravimus à via veritatis* ².

9. Sí, católicos, en este último instante se os representará todo con muy diferentes ideas de las que hoy os figurais. Contais al presente los servicios hechos al Estado, los puestos que habeis ocupado, las acciones en que os habeis distinguido, las heridas que dan testimonio de vuestro valor, el número de vuestras campañas y lo distinguido de vuestros empleos; todo esto os parece verdadero. Los aplausos públicos que lo acompañan, las recompensas que lo siguen, la fama que lo publica, las distinciones á ello anejas os acuerdan vuestros días pasados como días completos, ocupados, señalados cada uno con memorables acciones, y con sucesos dignos de conservarse en la posteridad. Aun dentro de vosotros mismos os distinguís de aquellos hombres inútiles de vuestra clase, que siempre han vivido en una vida oscura, cobarde é inútil, y que han deshonrado su nombre con el ocio y costumbres afeminadas que los han dejado sepultados en el olvido; pero en la hora de la muerte, en aquel último instante en que el mundo huye y la eternidad se acerca, se abrirán vuestros ojos, se mudará la escena, se disipará

¹ Sap. v, 7, 6.

la ilusion que os aumenta estos objetos, todo lo veréis al natural, y todo lo que os parecia tan grande, como solo lo hicisteis por el mundo, por la gloria, por la fortuna, os parecerá nada : *Aperiet oculos suos*, dice Job, *et nihil inveniet*¹. Solo hallaréis verdadero en vuestra vida lo que hubiéreis hecho por Dios; solo digno de alabanza las obras de fe y de piedad; solo grande lo que sea digno de la eternidad, y un vaso de agua fria dada en nombre de Jesucristo, una sola lágrima derramada en su presencia, la mas leve violencia sufrida por él os parecerá mas precioso, mas digno de estimacion que todas las maravillas que admira el mundo y que perecerán con él.

10. No solo halla en su vida pasada el pecador que muere trabajos perdidos, halla tambien la memoria de sus placeres; y esta memoria es la que le consterna y le consume. Halla unos placeres que solo han durado un instante; ve que ha sacrificado su alma y su eternidad á un momento fugitivo de deleite y embriaguez. ¡Infeliz! Hábiale parecido demasiado larga la vida para consagrarla toda entera á Dios: no se atrevia á emprender en tiempo el partido de la virtud, temiendo no poder sufrir la molestia, sus dilaciones y las resultas; miraba los años que aun le faltaban como un espacio inmenso que era preciso andar, llevando sobre sí la cruz, viviendo separado del mundo y ejercitándose en obras cristianas. Este solo pensamiento detuvo siempre sus buenos deseos; esperaba para volverse á Dios la última edad, como en la que es mas segura la perseverancia. ¡Qué espanto el ver en esta última hora que lo que le había parecido tan largo no ha durado mas que un instante, que su niñez y su vejez se tocan tan de cerca, que no forman mas que un solo día, y que desde el seno de su madre hasta el sepulcro no ha dado mas que un paso! Aun no es esta la mayor amargura que halla en la memoria de sus deleites: desaparecieron estos como un sueño; pero el que en otras ocasiones se preciaba de ellos se halla ahora cubierto de confusion y vergüenza; á sus altanerías ha sucedido la flaqueza y cobardía: preciábase delante de los hombres de talento, de elevacion, de valentía: ¡oh Dios mío! al presente se halla el mas débil y despreciable de todos los pecadores. Acaso su vida fue prudente en la apariencia, pero en la realidad estuvo llena de la infamia de los sentidos y de la puerilidad de las pasiones; una vida acaso gloriosa en la presencia de los hombres, pero á los ojos de Dios la mas vergonzosa, la mas digna del opro-

¹ Job, xxvii, 19.

bio y del desprecio; una vida á la que acaso acompañó siempre la felicidad, pero en lo interior la mas insensata, la mas frívola, la mas vacía de reflexiones y prudencia: finalmente, halla placeres que han sido también la raíz de todos sus pesares, que emponzoñaron toda la dulzura de su vida, que mudaron sus días mas alegres en días de furor y de tristeza; placeres que compró siempre muy caros, y de los que solo sacó molestia y amargura. Á esto se reduce esta vana felicidad. Sus pasiones son las que le ocasionaron una vida desgraciada, y no tuvo en toda ella un instante de tranquilidad, sino aquel en que estuvo libre de ellas. Los días de mis deleites se huyeron, dice entonces el pecador hablando consigo mismo, pero con distintas disposiciones que el santo Job: estos días, que han sido el motivo de todas las desgracias de mi vida, que han turbado mi sosiego y aun la tranquilidad de la noche, me la han mudado en pensamientos lúgubres y tristes: *Dies mei transierunt, cogitationes meae dissipatae sunt torquentes cor meum* ¹. Y con todo eso, ¡oh gran Dios, castigaréis los pesares é inquietudes de mi vida desgraciada! ¿Escribís contra mí en el libro de vuestra indignacion todas las amarguras de mis pasiones, y preparais una desgracia eterna y sin medida á los deleites que han sido siempre el motivo de todas mis desgracias? *Scribis enim contra me amaritudines, et consumere me vis peccatis adolescentiæ meæ* ²?

11. Esto es lo que halla el pecador cuando muere en la memoria de lo pasado: delitos que durarán eternamente, las flaquezas de la niñez, las disoluciones de la juventud, las pasiones y escándalos de una edad mas avanzada, y aun acaso tambien los desórdenes vergonzosos de una licenciosa vejez. ¡Ah católicos! mientras tenemos salud no vemos mas que la superficie de nuestra conciencia; no tenemos mas que una vaga y confusa memoria de nuestra vida; solo vemos en nuestras pasiones la que actualmente nos cautiva: un hábito vicioso no nos parece mas que un solo delito; pero al tiempo de morir se disipan las tinieblas que cubren la conciencia del pecador. Cuanto mas sondea su corazon, halla en él mayores manchas; cuanto mas penetra este abismo, ve en él mayores mónstruos: piérdese en este cáos; no sabe qué partido tomar para empezar á aclararle: necesitaría para esto una vida entera; pero ¡ay! el tiempo pasa, y apenas le quedan mas que algunos instantes; tiene precision de hacer una confesion precipitada, para la que apenas bastaria un

¹ Job, xiii, 26. — ² Ibid.

largo espacio de tiempo, y á la que en el instante siguiente sucederá el terrible juicio de la divina justicia. ¡Oh Dios mio! mientras dura la vida nos quejamos de la infelicidad de nuestra memoria, de que todo se nos olvida, y es necesario que supla el confesar nuestra falta de atencion, y nos ayude á juzgarnos y á conocernos á nosotros mismos; pero en este último instante no tendrá el pecador que muere necesidad de este socorro: la divina justicia, que durante el tiempo de su salud le habia entregado á la profundidad de sus tinieblas, le alumbrará entonces en su indignacion. Cuanto rodea el lecho de su muerte hace venir á su memoria algun nuevo delito: los criados á quienes escandalizó, los hijos de quienes no tuvo cuidado, la esposa á quien contristó con ajenas pasiones, los ministros de la Iglesia á quienes despreció, las pecaminosas imágenes de sus pasiones, pintadas aun sobre aquellas paredes, los bienes de que abusó, el lujo que le rodea con el que han padecido los pobres y sus acreedores, la soberbia de sus edificios levantados acaso con los bienes de la viuda, del huérfano ó con la miseria del público, todo, finalmente, el cielo y la tierra, dice Job, se levanta contra él, y le acuerda la terrible historia de sus pasiones y delitos: *Revelabunt celi iniquitatem ejus, et terra consurget adversus eum* ¹.

12. De este modo la memoria de lo pasado forma uno de los estados mas terribles del pecador que muere, porque no halla en él sino trabajos perdidos, placeres que solo han durado un instante, y delitos que han de durar eternamente. Pero aun no es menos triste para este desgraciado todo lo que actualmente pasa en su presencia: *Sus sustos, sus separaciones, sus mudanzas*.

13. *Sus sustos*. Habíase siempre gloriado de que no le asustaría el dia del Señor: cuanto acerca de esto habia oído decir en los púlpitos no le estorbaba el prometerse que ordenaria su conciencia antes de este último instante; y ahora se ve ya en él cargado de todos sus delitos, sin preparacion, sin haber dado un paso para aplacar á su Dios: ya llegó este instante sin que haya pensado en él, y ya va á ser juzgado.

14. *Sus sustos*. Hiérole Dios cuando está en lo mas fuerte de sus pasiones, al tiempo que mas léjos estaba de su alma la memoria de la muerte, cuando habia llegado á ciertos puestos que habia deseado con ansia, y que semejante al necio del Evangelio exhortaba á su alma á que descansase y gozase en paz el fruto de sus traba-

¹ Job, xx, 27.

jos. En este mismo instante le acomete la divina justicia, y ve acabarse de un golpe su vida y todas sus esperanzas.

15. *Sus sustos.* Va á morir, y permite Dios que nadie se atreva á decirle que ya no debe contar con la vida. Sus parientes le lisonjean, sus amigos le dejan en su error; lo lloran en secreto como muerto, y aun le muestran esperanzas de vida; engañanle para que se engañe á sí mismo. Es necesario que se cumplan las Escrituras, que sea asaltado el pecador en este último instante; Vos lo profetizásteis, ¡oh Dios mio! y vuestras palabras son verdaderas.

16. *Sus sustos.* Abandonado de todos los socorros del arte, entregado solamente á sus males y á sus dolores, aun no puede persuadirse que va á morir, aun se lisonjea, aun espera; parece que la divina justicia no le deja aquel rastro de razon mas que para que le emplee en engañarse. Al ver sus miedos, su espanto, sus inquietudes, se conoce bien que aun no ha creído que se muere; se atormenta, se agita, como si pudiera huir de la muerte, y sus agitaciones no son mas que un pesar de perder la vida, y no un dolor de haberla empleado mal. Es preciso que el ciego pecador lo esté hasta el fin, y que su muerte sea semejante á su vida.

17. Finalmente: *Sus sustos.* Ve entonces que el mundo siempre le ha engañado, que siempre le ha llevado de ilusion en ilusion, de esperanza en esperanza; que nunca le han sucedido las cosas como él se habia prometido, y que siempre ha sido engañado con sus propios errores. No comprende cómo puede haber sido tan constante su desprecio, cómo ha podido obstinarse tantos años en sacrificarse por un mundo, por unos señores que nunca le han pagado sino con vanas promesas, y que su vida no ha sido mas que una indiferencia del mundo para con él, y una embriaguez en él para con el mundo. Pero lo que mas le aflige es que el error no tiene ya remedio, que no se muere mas que una vez, y que una vez mal concluida la carrera, no se puede volver atrás para empezarla de nuevo. Vos sois justo, ¡oh Dios mio! y quereis que el pecador pronuncie de antemano su sentencia contra sí, para juzgarle Vos por su propia boca.

18. Muy terribles son los sustos del pecador que muere, pero no lo son menos las cosas de que se separa en este último instante. Cuanto mayor apego tenia al mundo, á la vida y á todas las criaturas, tanto mas padece cuando ha de separarse de ellas; cuantos son los lazos que debe romper, tantas son las heridas que le pene-

tran; cuantas son las cosas de que debe separarse, otras tantas nuevas muertes experimenta.

19. *Sepárase* de sus bienes, los que habia acumulado con tan largas y tan penosas fatigas, y acaso por caminos dudosos para su salud, los que se habia obstinado en conservar á pesar de los remordimientos de su conciencia, y que con gran dureza de su corazon habia negado á la necesidad de sus prójimos; húyensele ahora, este vaso de barro se quiebra en su presencia, solamente lleva consigo el amor, el pesar de perderlos, el delito de haberlos adquirido.

20. *Sepárase* de la magnificencia que le rodea, de la vanidad de sus edificios, en los que creia haberse edificado un asilo contra la muerte; del lujo, de la vanidad, de sus alhajas, de las que no le quedará mas que la lúgubre mortaja que le ha de envolver en el sepulcro, de aquella opulencia en que siempre habia vivido: todo huye de él, todo le abandona; empieza á mirarse como extraño en medio de sus palacios, en donde siempre debia haberse mirado como tal, como un desconocido que no es dueño de nada de cuanto en ellos hay, como un infeliz á quien en su presencia van á despojar de todo, y á quien solo permiten gozar aun por algun tiempo de la vista de sus despojos para aumentar sus penas y su suplicio.

21. *Sepárase* de sus cargos, de sus honores, los que acaso va á dejar á un rival suyo, á los que habia llegado por entre tantos peligros, trabajos y ruindades, y de los que con tanta insolencia habia gozado; ya está en la hora de la muerte despojado de todas las señales de su dignidad, sin conservar de todos sus títulos mas que el de pecador, del que entonces usa, aunque tarde y en vano. ¡Oh Dios mio! Contentárase en este último instante con ser de la condicion mas vil; aceptaria como una especial gracia el estado mas oscuro y abatido, con tal que le alargasen la vida; envidia la suerte de sus esclavos que deja en el mundo. Camina con gran prisa hácia la muerte, y aun vuelve con ansia los ojos á la vida.

22. *Sepárase* de su cuerpo, para quien siempre vivió, con quien contrajo tan estrechos lazos, favoreciendo todas sus pasiones; conoce que se arruina esta casa de barro; ve que poco á poco se va muriendo en cada uno de sus sentidos; solo está unido á la vida por medio de un cadáver que se apaga, por los crueles dolores que sus males le hacen padecer, por el excesivo amor que la tiene, el que es mas vivo cuanto mas cerca está de separarse:

23. *Sepárase* de sus parientes, de sus amigos, á quienes ve al rede-

dor de su cama, cuyos llantos y tristeza acaban de oprimirle el corazón, y le hacen sentir con mayor crueldad el dolor de perderlos.

24. *Sepárase* del mundo, en el que ocupaba tantos puestos, y en el que se había establecido, ensalzado y extendido, como si debiera ser este lugar el de su eterna permanencia; del mundo, sin el que nunca pudo vivir, en el que fue siempre uno de los principales actores, en cuyos sucesos siempre tuvo tanta parte, en donde siempre se mostró tan placentero y con talentos tan propios para agradarle: su cuerpo va á dejarle, pero su corazón y todas sus acciones se quedan aun en él. El mundo muere para él, pero él, aunque muere, todavía no muere para el mundo.

25. *Sepárase*, finalmente, de todas las criaturas. Todo se aniquila en su presencia: extiende las manos á todos los objetos que le rodean como para agarrarse á ellos, y no agarra mas que fantasmas y un humo que se disipa y que no deja cosa alguna verdadera entre sus manos: *Et nihil invenerunt omnes viri divitiarum in manibus suis*¹.

26. Entonces es cuando Dios parece grande al pecador que muere. En este terrible instante es cuando desvaneciéndose el mundo, huyendo de su vista, no ve quedar mas que solo Dios, el que todo lo llena, el que solo es eterno é inmutable: quejábase en otro tiempo, con un estilo irónico y lleno de impiedad, de que era difícil poder conocer con viveza alguna cosa de un Dios que es invisible, y no amar á unas criaturas que se ven y ocupan todos nuestros sentidos. Pero ¡ay! en este último instante no ve mas que á solo Dios: el invisible será visible para él; sus sentidos, ya amortiguados, se negarán á todos los objetos sensibles; todas las cosas de que está rodeado desaparecerán, y Dios ocupará el lugar de todas estas ilusiones con que se entretuvo mientras le duró la vida. De este modo se muda todo para este desgraciado; y estas mudanzas, estos sustos, este separarse de las cosas, es la última amargura del espectáculo de su muerte.

27. *Múdase* su crédito y su autoridad: cuando ya no hay esperanza de su vida, empieza el mundo á no contar con él, sus fingidos amigos se retiran, sus criaturas buscan ya en otra parte protectores y dueños; aun sus mismos esclavos andan solícitos en asegurarse despues de su muerte una fortuna proporcionada; apenas queda con él quien pueda recoger sus últimos suspiros; no hay cosa que no le abandone, todo le desampara; ya no ve cerca de sí aquel gran

¹ Psalm. LXXV, 6.

número de aduladores; acaso caminan ya todos á la casa del que creen que ha de ser su sucesor, mientras que él, dice Job, solo en la cama de su dolor, solamente cercado de los horrores de la muerte, entra ya en aquella triste soledad que le prepara el sepulcro, y hace amargas reflexiones sobre la inconstancia del mundo y sobre lo poco que hay que fiar en los hombres: *Affligetur relictus in tabernaculo suo* ¹.

28. *Múdase* la estimacion pública con que habia estado embriagado. ¡Oh Dios mío! Ya le ha olvidado el mundo que tanto le alabó. La mutacion que su muerte va á hacer en la escena, dará aun por algunos días motivo á las conversaciones públicas; pero pasado este corto tiempo caerá en el olvido y en la nada: apenas habrá quien se acuerde de que ha vivido; todo el cuidado será ponderar los prodigios de su sucesor y ensalzarle sobre las ruinas de su reputacion y su memoria: experimenta ya este olvido, ve que no le resta mas que morir, que su hueco se llenará muy pronto, que no quedará ni aun señal de él en el mundo, y que solos los justos, que le habian visto cercado de tanta gloria, se dirán unos á otros: ¿En dónde está ahora? ¿Qué se han hecho aquellos aplausos que le granjeaban su poder? En esto viene á parar el mundo, y esto es lo que se gana con servirle: *Et qui eum viderint, dicent: ubi est* ²?

29. *Múdase* su cuerpo: aquella carne á quien tanto habia halagado é idolatrado, aquella vana hermosura que le habia granjeado tanta atencion y corrompido tantos corazones ya no es mas que un espectáculo de horror, cuya vista apenas puede sufrirse; no es ya mas que un cadáver á quien da miedo arrimarse: esta desgraciada criatura que habia encendido tantas injustas pasiones, ¡oh Señor! sus amigos, sus parientes, aun sus mismos esclavos huyen de ella, se apartan, no se atreven á arrimarse sino con recelo; no la tributan mas servicios que los de cortesía y de temor; aun ella misma tiene trabajo en sufrirse, y se mira con horror. Pero ¿qué era lo que otras veces me granjeaba todas las atenciones? se dice á sí misma con el santo Job: mis esclavos, á quienes llamo, no se atreven á acercarse á mí, y aun mi mismo aliento es infeccion, y una infeccion mortal para mis hijos y parientes: *Servum meum vocavi, et non respondit... halitum meum exhorruit uxor mea, et orabam filios uterí mei* ³.

30. Finalmente: *Múdase* todo lo que le rodea. Buscan sus ojos

¹ Job, xx, 26. — ² Ibid. xx, 7. — ³ Ibid. xix, 16, 17.

algun objeto en que fijarse, y no hallan por todas partes mas que imágenes lúgubres de la muerte. Pero nada es esto para el pecador que muere; la memoria de lo pasado, el espectáculo de lo presente seria muy poco si á solo esto se ciñeran todas sus penas: la memoria de lo que está por venir es lo que le horroriza y desespera; este porvenir, esta region de tinieblas en donde va á entrar él solo, sin mas compañía que la de su conciencia; este porvenir, esta tierra incógnita, de la que ningun mortal ha vuelto, donde no sabe lo que ha de hallar ni lo que le espera; este porvenir, este abismo inmenso en donde se pierde y se confunde su entendimiento, y en donde va á sepultarse, incierto de su destino; este porvenir, este sepulcro, esta morada de horror en donde va á tomar lugar con las cenizas y cadáveres de sus mayores; este porvenir, esta eternidad espantosa, cuya primera vista no puede sufrir; este porvenir, finalmente, este terrible juicio en que va á parecer ante la ira de Dios, y á dar cuenta de una vida cuyos instantes casi todos han sido delitos. ¡Ah! mientras miraba de lejos este terrible porvenir, hacia vanidad de no temerle; preguntaba sin cesar con un tono blasfemo é irrisible: ¿Quién ha vuelto del otro mundo? Burlábase de los temores vulgares, y hacia gala de valiente; pero luego que le hirió la mano de Dios, luego que la muerte se manifestó de cerca, y se le abrieron las puertas de la eternidad, y que toca, finalmente, á este porvenir terrible, contra el que se había manifestado tan valiente, ¡ah! muéstrase entonces cobarde, afligido y lloroso, levantando las manos al cielo en acción de suplicar, ó triste, taciturno y agitado, revolviendo entre sí pensamientos terribles, sin esperar mas socorro de parte de Dios en la debilidad de sus lamentos y lágrimas, que en sus furores y desesperacion.

31. Sí, católicos. Este infeliz, que se había dormido siempre en sus desórdenes, que había siempre confiado vanamente en que no había necesidad de mas que de un buen instante y de un movimiento de compuncion en la muerte para mitigar la cólera de Dios, desespera entonces de su clemencia: por mas que se le hable de sus eternas misericordias, conoce lo indigno que es de ellas. Por mas que el ministro de la Iglesia procure asegurarle de sus temores, abriéndole el seno de la clemencia divina, estas promesas le mueven poco, porque conoce bien que la caridad de la Iglesia, aunque nunca desespera de la salud de sus hijos, con todo eso en nada muda los formidables decretos de la justicia de Dios; por mas que se le prometa el perdón de sus delitos, una voz secreta y terrible le dice en lo íntimo

de su corazon que no hay salud para el impío, y que mas debe creer á la verdad que á las esperanzas que le ofrecen en sus desgracias: por mas que se le exhorte á que recurra á los últimos remedios que ofrece la Religion á los que mueren, los mira como aquellos remedios desesperados que se dan á Dios y á dicha cuando ya no hay esperanza, y que mas sirven de consuelo á los vivos que de utilidad á los que mueren: llaman á los siervos de Jesucristo para que le consuelen en esta última hora, y él lo mas que puede hacer es envidiar en su interior su suerte y detestar la infelicidad de la suya: pónenle en la boca las palabras de los Libros santos, las expresiones de un rey penitente, y conoce muy bien que su corazon desaprueba estas divinas expresiones, y que las palabras formadas por una caridad ardiente y una compuncion perfecta no convienen á un pecador asaltado como él en sus desórdenes. Sus amigos y parientes vienen al rededor de su cama á recoger sus últimos suspiros, y él aparta sus ojos, porque aun halla entre ellos la memoria de sus delitos: el ministro de la Iglesia le presenta un Crucifijo, y este objeto de tanto consuelo y tan propio para excitar su confianza le arguye mudamente de sus ingratiitudes y del abuso perpétuo de sus gracias. Entre tanto se acerca la muerte: el sacerdote procura mantener con las preces que se dicen en la agonía aquel resto de vida que aun le anima. Camina, alma cristiana, le dice: *Proficiscere, anima christiana*. No le dice: caminad, príncipe, grande de este mundo: mientras vivió apenas bastaron los monumentos públicos para lo numeroso y vano de sus títulos; en este último instante no le dan mas título que el que recibió en el Bautismo, el único de que no hacia caso, y el que solo le debe durar eternamente: *Proficiscere, anima christiana*. Camina, alma cristiana. ¡Oh Dios mio! Habia vivido como si no tuviera mas ser que su cuerpo; habia procurado persuadirse á que su alma no era nada; que el hombre era solamente obra de la carne y de la sangre, y que todo moria con nosotros; y ahora le hacen ver que su cuerpo no era mas que un poco de barro que va á disolverse, que su ser inmortal es esta alma, esta imágen de la Divinidad, esta inteligencia capaz ella sola de amarle y de conocerle, y que va á separarse de su casa terrena, y á parecer en el tremendo tribunal. Camina, alma cristiana: habíais mirado á la tierra como á vuestra patria, y no era mas que un lugar de peregrinacion de donde es necesario partir: la Iglesia creia que anunciándoos la disolucion de vuestro cuerpo terrestre, el fin de vuestro destierro, el término de vuestras miserias, os anunciaba

una nueva de alegría. Pero ¡ay! que no os anuncia sino una nueva lúgubre y espantosa, y el principio de vuestras desgracias y penas. Camina, alma cristiana: *Proficiscere, anima christiana*. Alma sellada con el sello de salud que borraste, rescatada con la sangre de Jesucristo que has pisado, lavada con la gracia de la regeneración que mil veces has manchado, ilustrada con las luces de la fe que siempre has despreciado, llena de todas las misericordias del cielo que siempre indignamente has profanado, camina, alma cristiana, vé á presentar á Jesucristo este augusto título que debia ser la señal magnífica de tu salud, y que será el mayor de tus delitos: *Proficiscere, anima christiana*.

32. Entonces el pecador que agoniza, no hallando en la memoria de lo pasado sino remordimientos que le consumen, en cuanto se presenta á sus ojos imágenes que le afligen, y en la reflexion de lo porvenir horrores que le espantan, no sabiendo á quién recurrir, ni á las criaturas que se lo huyen, ni al mundo que se desvanece, ni á los hombres que no podrían librarle de la muerte, ni á un Dios justo á quien mira como á un enemigo declarado, de quien no debe esperar perdon, da vueltas cavilando en sus propios horrores: se atormenta, se agita por huir de la muerte que se acerca, ó á lo menos para huir de sí mismo; sale de sus ojos un no sé qué oscuro y terrible que da bien á entender los furios de su alma; arroja del seno de su tristeza unas palabras mezcladas de suspiros que apenas se perciben, y que no se sabe si es el arrepentimiento ó la desesperacion quien las forma; se vuelve hácia el Dios crucificado con unas terribles miradas que dejan bastante duda de si proceden de temor ó de esperanza, de odio ó de amor. Empieza á padecer violentas conmociones, y no se sabe si provienen del cuerpo que se disuelve, ó del alma que percibe la llegada de su juez. Suspira profundamente, é ignora si estos suspiros nacen de la memoria de sus delitos, ó de la desesperacion de perder la vida. Finalmente, en medio de estos tristes esfuerzos, se le fijan los ojos, desfigúrasele el rostro, pónesele cárdena la boca, y se le abre por sí misma: estremécese todo el cuerpo, y con este último esfuerzo se arranca su desgraciada alma, como por fuerza, de este cuerpo de barro, cae entre las manos de Dios, y se halla sola á los piés del tribunal terrible.

33. Católicos, así mueren los que han vivido olvidados de Dios, y así moriréis los que me oís, si os acompañan vuestros delitos hasta aquel último instante. Todo se mudará entonces á vuestra vista, sin que vosotros os mudeis: moriréis, y moriréis pecadores como ha-

beis vivo, y vuestra muerte será semejante á vuestra vida. Prevaled esta desgracia, vivid como los justos, y será vuestra muerte semejante á la suya, acompañada de gozo, de dulzura y de consuelo, que es lo que vamos á ver en la

Segunda parte.

34. Bien sé que la muerte es siempre terrible, aun para las almas mas justas: los juicios de Dios, cuyos impenetrables secretos temen siempre; las tinieblas de su propia conciencia, en que siempre se figuran manchas ocultas y conocidas solo de Dios; la viveza de su fe y de su amor que aumenta siempre á su vista aun las faltas mas leves; finalmente, la sola disolucion del cuerpo terreno y el natural horror al sepulcro, todo esto deja siempre en la muerte un no sé qué de terrible para la naturaleza, que hace que aun los mas justos, como dice san Pablo, quisieran ser revestidos de la inmortalidad que les está prometida, pero sin ser despojados de la mortalidad que los rodea.

35. Pero tambien es verdad que la gracia vence en ellos este horror tan natural á la muerte, y que ya se acuerden de lo pasado, dice san Bernardo, ya consideren lo que actualmente pasa, ya atiendan á lo por venir, hallan en la memoria de lo pasado el fin de sus penas: *Requies de labore*; en lo que actualmente pasa, una novedad que los llena de santa alegría: *Gaudium de novitate*; en la consideracion de lo venidero, la seguridad de la eternidad que los consuela: *Securitas de æternitate*. De modo que los mismos estados que causan la desesperacion del pecador que muere son entonces un manantial de consuelos para el alma fiel.

36. Dije, ya sea que se acuerde de lo pasado; y á la verdad, católicos, representaos á una alma fiel, próxima á morir, que desde mucho tiempo antes se estaba preparando para este último instante, que con la práctica de las obras cristianas juntaba un tesoro de justicia para no presentarse vacía en la presencia de su Juez, y que vivía con la fe para morir en la paz y en el consuelo de la esperanza; representaos esta alma que llegó por fin á esta última hora, la que nunca habia perdido de vista, y á la que siempre habia referido todas sus penas, todos los gustos de que se habia privado, todas sus violencias, todos los sucesos de su vida mortal; vuelvo á decir que no hay para ella cosa de mas consuelo que la memoria de lo pasado, de sus sufrimientos, de sus penitencias y de las cosas de que se

privó en todos los estados en que se ha hallado: *Requies de labore.*

37. Sí, católicos, al presente os parece cosa molesta el padecer por Dios: las mas leves violencias que os pide la Religion os parecen pesadísimas; un solo ayuno os debilita y os ofende; el acercarse los días santos de la penitencia os aflige y entristece; mirais como desgraciados á los que llevan sobre sí el yugo de Jesucristo, y que renuncian al mundo y á todos sus placeres por agradarle. Pero la memoria de mayor consuelo para una alma fiel, cuando está para morir, es acordarse de las violencias que se ha hecho por su Dios. Conoce entonces todo el mérito de la penitencia, lo insensatos que son los hombres en disputar á Dios un instante de violencia, que debe ser pagado con una felicidad sin fin y sin medida: la consuela el que solo ha sacrificado placeres instantáneos, de los que no la hubiera quedado mas que la confusion y la vergüenza; que cuanto hubiera padecido por el mundo era para ella perdido en este último instante, pero que al contrario, cuanto ha padecido por Dios, una lágrima, una violencia, el mortificarse en un gusto, reprimir una viveza, sacrificar una vana satisfaccion, nada de esto se olvidará jamás, y durará tanto como el mismo Dios. La consuela el que de todos los placeres y deleites humanos lo mismo queda en el lecho de la muerte al pecador que los disfrutó que al justo que siempre se abstuvo de ellos; que respecto de ambos pasaron igualmente, pero con esta diferencia, que al uno le acompaña eternamente el delito de haberse entregado á ellos, y al otro la gloria de haberlos sabido vencer.

38. Esto es lo que ofrece al alma justa que está próxima á morir la memoria de lo pasado: ve las violencias, las aflicciones que han durado poco, y de las que va á recibir el eterno consuelo; pasado el tiempo de los peligros y de las tentaciones, acabados los combates que presentaba el mundo á su fe, disipados los peligros en que habia corrido tanto riesgo su inocencia, distantes para siempre las ocasiones en que su virtud habia estado tan á pique de naufragar, finalizados los combates eternos que tuvo que sufrir contra las pasiones, y, finalmente, aniquilados los obstáculos que la carne y la sangre opusieron siempre á su piedad: *Requies de labore.* ¡Qué alegría se experimenta despues de haber llegado al puerto en acordarse de la tempestad y la borrasca! ¡Cuánto deleita el recorrer con la imaginacion, despues de haber vencido en la carrera, los parajes de ella mas señalados por los trabajos, los obstáculos y las dificultades que los han hecho célebres! *Requies de labore.* Parece que el

justo se halla en este lance como otro Moisés muriendo en la montaña santa, en donde el Señor le habia señalado su sepulcro: *Ascende in montem, et morere*¹; el que antes de espirar volviendo la cabeza desde lo alto de este sagrado lugar, y echando la vista sobre aquella extension de tierras, de pueblos y de reinos por donde habia pasado y ya dejaba atrás, registra los innumerables peligros de que se ha libertado, los combates de tantas naciones vencidas, las fatigas del desierto, las emboscadas de Madian, las murmuraciones y calumnias de sus hermanos, las peñas abiertas, las dificultades de los caminos vencidas, huidos los peligros de Egipto, facilitado el paso de las aguas del mar Rojo, vencidas el hambre, la sed y el cansancio, y tocando felizmente el término de tantos trabajos, y saludando desde lejos aquella tierra prometida á sus padres, canta un cántico de accion de gracias; muere lleno de gozo por acordarse de tantos peligros de que se ha librado, y á la vista del lugar de descanso, que el Señor le manifiesta desde lejos, mira la montaña santa á donde va á espirar como recompensa de sus trabajos y término feliz de su carrera: *Requies de labore*.

39. Es verdad que la memoria de lo pasado, al mismo tiempo que acuerda al justo que muere los combates y peligros de la vida pasada, le acuerda tambien sus infidelidades y caidas; pero estas son unas caidas expiadas con los llantos de la penitencia; unas caidas felices por haberse con ellas renovado el fervor y la fidelidad que las han subseguido; unas caidas que le acuerdan las misericordias de Dios para con su alma, que fueron motivo de que sus delitos sirviesen á su penitencia, sus pasiones á su conversion, y sus culpas á su salud. El dolor de sus defectos en este último instante es para ella un dolor de consuelo y de ternura: las lágrimas que aun le saca su memoria son lágrimas de alegría y de agradecimiento; las antiguas misericordias que el Señor ha usado con ella la llenan de confianza, y la hacen esperar otras nuevas; todo el modo de proceder que Dios ha tenido con ella hasta entonces la asegura y parece que la responde de lo por venir: no se le presenta entonces como en los días de su tristeza y penitencia, bajo la idea de un juez terrible á quien habia ultrajado, y cuya indignacion debia mitigar, sino como un Padre de misericordia y un Dios consolador que va á recibirle en su seno y aliviarle en todas sus penas.

40. Levántate, alma fiel, la dice entonces en el interior su Se-

¹ Deut. xxxii, 49, 50.

ñor y su Dios: *Elevare, consurge Jerusalem* ¹. Tú que bebiste toda la amargura de mi cáliz, olvida ya tus pasadas lágrimas y penas: *Quæ bibisti calicem usque ad fundum* ². Ya se te acabó el tiempo de sufrir y de llorar ³: *Non adjicies, ut bibas illum ultra*. Deja, pues, hija de Jerusalem, el vestido de luto y de tristeza que has llevado hasta ahora; deja los tristes despojos de tu mortalidad; ponte tus vestidos de gloria y de magnificencia; entra en la alegría de tu Señor, en la ciudad santa que yo he escogido para mi eterna morada: *Induere vestimentis gloriæ tuæ, Jerusalem, civitas sancti* ⁴. Rompe, por último, los lazos de tu cautiverio, sal de en medio de Babilonia, en donde ha tanto tiempo que lloras los rigores y duracion de tu destierro: *Solve vincula colli tui, captiva filia Sion* ⁵. Ya no habitarán contigo los incircuncisos; los escándalos de los pecadores no afligirán tu fe; ya por fin es tiempo de que yo vuelva á tomar lo que me pertenece, de que yo tome posesion de mi herencia, de que te saque de en medio del mundo, pues no eres suya, ni él es digno de tí, y de que te una con la Iglesia del cielo, de quien eres una parte pura é inmortal: *Non adjiciet ultra, ut pertranseat per te incircumciscus, et immundus* ⁶. Este es el primer consuelo del alma justa que está próxima á espirar; la memoria de lo pasado: *Requies de laboribus*. Pero lo que actualmente pasa en su presencia, el mundo que se huye, todas las criaturas que desaparecen, aquella fantasma de vanidad que se deshace, aquella mutacion, aquella novedad, es para ella un manantial de nuevos é infinitos consuelos: *Gaudium de novitate*.

41. Á la verdad, fieles, que es un gran motivo de desesperacion para el pecador que muere, como habeis oido, el ver lo que actualmente pasa á su vista, sus sustos, las cosas de que se separa, y sus mudanzas; y esto justamente es el mayor consuelo del alma fiel en este último instante. Nada la sobrecoge, de nada se separa, y nada se muda á su vista.

42. *Nada la sobrecoge*. No la espanta el dia del Señor, porque le esperaba, porque le deseaba: la memoria de esta última hora tenia parte en todas sus acciones, en todos sus proyectos, arreglaba todos sus deseos, animaba toda la conducta de su vida; cada hora, cada instante la parecía aquel en que el justo Juez iba á pedirle la estrecha cuenta en que han de ser juzgadas aun las virtudes; de este modo habia vivido, disponiéndose continuamente para

¹ Isai. LI, 17. — ² Ibid. — ³ Ibid. 22. — ⁴ Ibid. LU, 1. — ⁵ Ibid. 2. — ⁶ Ibid. 1.

esta última hora; de este modo muere tranquila, consolada, sin susto, sin temor, en la paz del Señor, viendo entonces tan de cerca á la muerte como la habia estado mirando toda su vida; sin morir entonces para sí mas de lo que estaba muriendo cada dia, y sin hallar diferencia entre el dia de su muerte y los dias regulares de su vida mortal.

43. Por otra parte, lo que mas sorprende y desespera al pecador moribundo es el ver que el mundo en quien habia puesto toda su confianza es nada; no es mas que un sueño que desaparece y que huye. Pero el alma fiel en este último instante mira al mundo con los mismos ojos que le habia mirado todos los dias de su vida, como una figura que pasa, como un humo que solo engaña de lejos, y tocado de cerca nada tiene de real ni sólido; experimenta entonces una santa alegría por haber siempre juzgado del mundo como debe juzgarse de él, por no haberse engañado, por no haber tenido apego á lo que habia de desaparecer en un instante, por no haber puesto su confianza sino en solo Dios, que siempre dura para recompensar eternamente á los que esperan en él. ¡Qué consuelo entonces para el alma fiel el poderse decir á sí misma: Yo escogí el mejor partido; con razon no me unia yo sino á solo Dios, pues él solo era lo que me debía quedar; miraban mi eleccion como locura; el mundo se burlaba y tenia por cosa ridícula y extraña el que no me conformase con él; pero, por fin, este último instante responde de todo! La muerte es la que decide quién ha sido prudente ó insensato, y quién de los dos tenia razon, ó el mundano, ó el fiel.

44. Así mira el alma justa en la hora de su muerte al mundo y á toda su gloria. Cuando los ministros de la Iglesia llegan á hablarla conversaciones de Dios y de la nada de todas las cosas humanas, estas verdades, que tan nuevas son para el pecador en este último instante, son para ella objetos familiares, luces habituales que nunca habia perdido de vista. Entonces estas verdades consoladoras son su mas suave ocupacion: las medita, las gusta, las saca de lo íntimo de su corazon, en donde siempre las habia tenido, para ponerlas á la vista; no es para ella idioma nuevo ni extraño el que le habla el ministro de Jesucristo, es el idioma de su corazon y los pensamientos de toda su vida; nada la consuela entonces tanto como el oir hablar del Dios á quien siempre ha amado, de los bienes eternos que siempre ha deseado, de la felicidad de la otra vida por la cual siempre ha suspirado, de la nada del mundo á quien siempre despreció; cualquiera otra conversacion la es insufrible: no quiere

oir contar sino las misericordias del Dios de sus padres, y detesta los instantes que entonces es preciso emplear en arreglar una casa terrena, y disponer de la sucesion de sus antepasados. ¡Gran Dios! ¡qué luz! ¡qué paz! ¡qué consuelos tan dichosos! ¡qué santos movimientos de amor, de alegría, de confianza, de accion de gracias pasan entonces en esta alma fiel! Su fe se renueva, su amor se inflama, su fervor se excita, y su compuncion se despierta. Cuanto mas se acerca la disolucion del hombre terreno, tanto mas el nuevo se perfecciona y completa. Cuanto mas se desmorona su casa de barro, tanto mas se eleva y purifica su alma. Cuanto mas se destruye el cuerpo, tanto mas se desembaraza y renueva el espíritu: así como la pura llama, que se eleva y parece mas resplandeciente á proporcion que se separa del resto de la materia que la retenia, y que se consume y disipa el cuerpo á que estaba unida.

45. ¡Ah! las conversaciones de Dios fatigan entonces al pecador que está para morir, aumentan sus males, molestan su cabeza y turban su reposo: es necesario atender á su debilidad, no diciéndole mas que algunas palabras á tiempo; buscar las ocasiones, porque no le importune la molestia; escoger los instantes para hablarle del Dios que la va á juzgar, y á quien nunca conoció: es necesario usar de santos artificios, y casi engañarle para hacerle acordar de su salvacion; aun los ministros de la Iglesia se le acercan pocas veces, porque se conoce bien cuánto le molestan: los apartan de allí como á profetas tristes y desagradables; procuran apartar las conversaciones de la salvacion como nuevas de muerte y discursos lúgubres que cansan; solo procuran aliviar sus males contando los negocios y vanidades del mundo que le habian ocupado todo el tiempo de su vida. ¡Oh gran Dios! ¿es posible permitais el que á este desgraciado acompañe hasta en la muerte el disgusto de la verdad? ¿que aun esté ocupado en este último instante con las imágenes del mundo, y que teman hablarle del Dios á quien siempre temió servir y conocer?

46. Pero no perdamos de vista al alma fiel. No solo ve, cuando está próxima á morir, cosa alguna que le atemorice, sino que tampoco se separa de cosa alguna que la cueste sentimiento; porque, católicos, ¿de qué podria separarla la muerte, que la costase aun pesares y lágrimas? ¿Del mundo? ¡Ah! ¿De un mundo en donde siempre vivió como extraña, en donde nunca halló sino escándalos que aligian su fe, escollos que hacian temblar su inocencia, cortesías que la molestaban, rendimientos que, aunque contra su vo-

luntad, la dividian entre el cielo y la tierra? No se siente perder lo que nunca se ha amado; ¿sentirá acaso perder sus riquezas y su tesoro? ¡Oh Dios! su tesoro estaba en el cielo, sus riquezas eran los bienes de los pobres; no los pierde, va á hallar los inmortales en el seno del mismo Dios. ¿Sentirá acaso perder sus títulos y dignidades? ¡Oh! que estas son para ella un yugo que rechaza; el solo título que siempre estimó fue el que recibió en el sagrado Bautismo, el que debe llevar á la presencia de Dios, y que le da derecho á las eternas promesas. ¿Sentirá acaso separarse de sus parientes, de sus amigos? ¡Oh! sabe muy bien que no es mas que un instante lo que se adelanta á ellos, que la muerte no separa á los que la caridad unió en la tierra, y que reunidos presto en el seno de Dios formarán con ella la misma Iglesia y el mismo pueblo, y gozarán las dulzuras de una sociedad inmortal. ¿Sentirá acaso separarse de sus hijos? Déjalos al Señor por padre, por herencia sus instrucciones y buen ejemplo, sus súplicas y bendiciones por último consuelo; y, como David, muere pidiendo para su hijo Salomon, no las prosperidades temporales, sino un corazon perfecto, el amor de la ley y el temor del Dios de sus padres: *Salomoni quoque filio meo, da cor perfectum*¹. ¿Sentirá el apartarse de su cuerpo? ¡Ah! de su cuerpo, á quien siempre había castigado y crucificado, á quien miraba como á su enemigo, que la tenia ligada á los sentidos y á la carne, que la consumia con el peso de tantas necesidades; de aquella casa de barro que la tenia cautiva, que dilataba los dias de su destierro y servidumbre, y la impedía el ir á unirse con Jesucristo; deseaba como Pablo su disolucion, era para ella un vestido extraño de que se desembaraza, una muralla de separacion entre ella y su Dios, que se arruina, que la deja libre y en estado de abrir sus alas y volar hácia las montañas eternas. De este modo la muerte no la separa de nada, porque la fe la habia separado de todo.

47. No quiero añadir que las mudanzas que suceden en la hora de la muerte, y que de tanta desesperacion son para el pecador, nada inmutan al alma fiel. Es verdad que se apaga su razon, pero ya habia mucho tiempo que la habia cautivado bajo el yugo de la fe, y apagando sus vanas luces en presencia de la luz divina y profundidad de sus misterios; oscurécense sus ojos moribundos, y se cierran para todas las cosas visibles, pero ya hacia mucho tiempo que no miraba sino las invisibles; su lengua inmóvil se traba, pero ya ha-

¹ I Par. xxix, 19.

cia mucho tiempo que la habia puesto una guarda de circunspeccion, y meditaba en el silencio las misericordias del Dios de sus padres; túrbanse todos sus sentidos, y pierden su uso natural, pero ya hacia mucho tiempo que ella misma se le habia prohibido; y aunque en diferente sentido que los ídolos vanos, tenia ojos, y no veia; oidos, y no oia; olfato, y no usaba de él; sabor, y solo gustaba las cosas del cielo. Finalmente, disípanse los rasgos de una vana hermosura, pero ya hacia mucho tiempo que toda su hermosura estaba en el interior, y solo se ocupaba en adornar su alma con los dones de la gracia y de la justicia.

48. Nada, pues, se muda para esta alma cuando muere: su cuerpo se destruye, todas las criaturas desaparecen, la luz se retira, toda la naturaleza se vuelve á su antigua nada, y en medio de todas estas mudanzas ella sola no se muda, ella sola permanece siempre la misma. ¡Oh católicos, y qué grande hace la fe á la alma justa que está para espirar! ¡Qué espectáculo el de el alma fiel en este último instante, tan digno de Dios, de los Ángeles y de los hombres! Entonces es cuando esta alma parece dueña del mundo y de todas las criaturas; entonces es cuando esta alma, participando ya de la grandeza é inmutabilidad con quien va á unirse, se levanta sobre todas las cosas: sobre el mundo, sin tener parte en él; sobre el cuerpo mortal, sin tenerle apego; en medio de sus parientes y amigos, sin verlos y conocerlos; entre las lágrimas y gemidos de los suyos, sin oirlos; en medio de los estorbos y movimientos que ocasionan su muerte á su vista, sin perder su tranquilidad. Está libre entre los muertos ¹; inmóvil en el seno de Dios, en medio de la destruccion de todas las cosas. ¡Oh y qué cosa tan grande es, vuelvo á decir, el haber vivido en la observancia de la ley del Señor y morir en su temor santo! ¡Cómo se manifiesta á el alma fiel en este último instante la grandeza de la fe! Este es el instante de sus glorias y de sus triunfos; es el punto en que se reúne todo el resplandor de su vida y de sus virtudes. ¡Cómo deleita ver entonces al justo caminar con paso tranquilo y majestuoso hácia la eternidad, y cómo tenia razon aquel profeta infiel para decir antiguamente, viendo entrar al pueblo de Israel en la tierra de promision, el triunfo de su marcha y la confianza de sus cánticos: Ojalá muera mi alma en la muerte de los justos, y mi fin les sea semejante ²!

49. Lo que últimamente, católicos, acaba de llenar al alma fiel

¹ Psalm. LXXXVII, 6. — ² Num. XXIII, 10.

de consuelo y alegría en aquellos últimos instantes es la memoria de lo futuro: *Securitas de aternitate*. El pecador, mientras le dura la salud, mira con tranquilidad lo porvenir; pero en este último instante, viéndolo ya cerca, se muda su tranquilidad en terror y espanto. Por el contrario el alma justa, mientras vivía en esta vida mortal, no se atrevía á mirar sin miedo la profundidad de los juicios de Dios; trabajaba para su salvacion con temor, estremecíase con solo pensar en este porvenir terrible, en que apenas se salvarán los justos, si son juzgados sin misericordia; pero que al contrario, cuando está para espirar, el Dios de paz que se la manifiesta calma todos sus sustos; cesan de repente sus temores y se mudan en una suave esperanza, penetra ya con sus ojos medio muertos la nube de la mortalidad que la rodea, y ve, como otro san Estéban, al Hijo del Hombre que está á la diestra de su Padre dispuesto á recibirla: ve aquella patria inmortal por la que tanto habia suspirado, y en la que siempre habia habitado en espíritu; aquella Sion santa, llena de la presencia y gloria del Dios de sus padres, en la que embriaga á sus escogidos con un torrente de delicias, y les da á gustar todos los dias los incomprensibles bienes que tiene preparados para los que le aman; aquella ciudad del pueblo de Dios, morada de los Santos, habitacion de los justos y Profetas, en donde hallará á sus hermanos, con quienes estuvo unida por caridad en la tierra, y con bienes bendecirá eternamente las misericordias del Señor, y cantará con ellos las alabanzas de su gracia.

50. ¡Oh católicos! cuando los ministros de la Iglesia llegan últimamente á anunciar á esta alma que ha llegado su hora, y que se acerca la eternidad; cuando van á decirle en nombre de la Iglesia que los envía: Camina, alma cristiana: *Proficiscere, anima christiana*; sal finalmente de esta tierra en que has sido tanto tiempo extranjera y cautiva: ya se ha acabado el tiempo de los trabajos y de las tribulaciones; ya llega, por fin, el justo Juez á romper las cadenas de tu mortalidad; vuelve al seno de Dios de donde saliste; deja ya un mundo que no te merecia: *Proficiscere, anima christiana*: ya, por fin, el Señor se compadeció de tus lágrimas; ya viene á abrirte el camino de los santos y las puertas eternas: camina, alma fiel, vé á unirte con la Iglesia del cielo que te espera; pero acuérdate de tus hermanos, los que dejas acá en la tierra, expuestos aun á las tentaciones y borrascas; compadécete del triste estado de la Iglesia militante, que te engendró en Jesucristo, y que te ve con envidia salir del mundo; ruega para que se acabe su cautiverio y se

una eternamente con su esposo, del que aun está separada: *Proficiscere, anima christiana*. Los que duermen en el Señor no mueren eternamente; pues nosotros, aunque te perdamos en la tierra, es para volver á hallarte dentro de poco con Jesucristo en el reino de los santos; el cuerpo que ahora dejas para que sea presa de los gusanos y de la corrupcion te seguirá muy pronto inmortal y glorioso; no perecerá ni un cabello de tu cabeza; en tus cenizas quedará una semilla de inmortalidad hasta el día de la resurreccion, en que tus huesos áridos volverán á cobrar vida, y parecerán mas resplandecientes que la luz. ¡Qué felicidad la tuya, de salir por último de tantas miserias, que aun nos afligen á nosotros; de no estar ya expuesta como tus hermanos á perder al Dios que vas á poseer; de cerrar finalmente los ojos á todos los escándalos que nos afligen, á la vanidad que nos engaña, á los ejemplos que nos llevan tras sí, á las inclinaciones que nos dividen, á las agitaciones que nos disipan! ¡Qué felicidad el salir por último de un lugar en donde todo nos disgusta, todo nos mancha, en donde somos molestos aun á nosotros mismos, en donde solo vivimos para hacernos desgraciados, é ir á una morada de paz, de alegría, de serenidad, en donde no hay mas ocupacion que gozar del Dios que se ama! *Proficiscere, anima christiana*.

51. ¡Qué nueva esta de gozo y de inmortalidad para el alma justa! ¡Qué órden tan feliz! ¡Con qué paz, con qué confianza, con qué accion de gracias la aceptará! Levanta entonces al cielo sus ojos ya casi muertos, como otro viejo Simeon, y mirando á su Señor que viene hácia ella, le dice con su corazon: Romped, ¡oh Dios mio! cuando gustáreis estas reliquias de la mortalidad, estos débiles lazos que aun me detienen; espero en paz el efecto de vuestras eternas promesas. De este modo, purificada con las expiaciones de una vida santa y cristiana, fortalecida con los últimos remedios de la Iglesia, lavada con la sangre del Cordero, confortada con la esperanza de las promesas, consolada con la secreta suavidad del espíritu que habita en ella, muere para vivir eternamente; cierra sus ojos con alegría á todas las criaturas; se duerme tranquilamente en el Señor, y vuelve al seno de Dios de donde habia salido.

52. Católicos, inútiles son aquí las reflexiones: este es el fin de los que han vivido en el temor del Señor; su muerte es preciosa en la presencia de Dios, como lo ha sido su vida; este es el fin deplorable de los que le han olvidado hasta esta última hora. La muerte

116 SERMON SOBRE LA MUERTE DEL PECADOR Y LA DEL JUSTO.

de los pecadores es abominable á los ojos de Dios, como su vida; si vivís en el pecado, moriréis con los horrores é inútiles pesares del pecador, y vuestra muerte será una muerte eterna; si vivís en la justicia, moriréis en la paz y confianza del justo, y vuestra muerte no será mas que un tránsito á la bienaventuranza. Así sea.

SERMON

SOBRE EL JUICIO UNIVERSAL.

Tunc videbunt Filium Hominis venientem in nube cum potestate magna et majestate. (Luc. XXI, 27).

Verán entonces al Hijo del Hombre que vendrá sobre una nube con gran poder y majestad.

1. Este ha de ser el último espectáculo que acabará las revoluciones eternas, que la figura de este mundo ofrece cada día á nuestra vista, y que, ó nos divierten con su novedad, ó nos engañan con sus encantos; tal será la venida del Hijo del Hombre, el día de su revelacion, el cumplimiento de su reino y la entera redencion de su cuerpo místico; tal el día en que se manifiesten las conciencias, aquel día de calamidad y desesperacion para unos, y de paz, alegría y consuelo para otros; la esperanza de los justos, el terror de los pecadores; el día en que se decidirá la suerte de todos los hombres. Esta imagen siempre presente que las profecías del Salvador acerca de este terrible día habian dejado á los primeros fieles los hacia pacientes en las persecuciones, alegres en los trabajos, gloriosos en los oprobios; esta fue la que mantuvo despues la fe de los mártires, animó la constancia de las vírgenes, suavizó á los anacoretas los horrores del desierto; esta la que aun hoy puebla las soledades religiosas que levantó la piedad de nuestros padres contra el contagio del siglo.

2. Vosotros mismos, católicos, acordándoos alguna vez del formidable aparato de este gran suceso, no habeis podido menos de compungiros y temer con su memoria; pero estos temores han sido pasajeros, se disiparon al instante con otras ideas suaves y alegres que sucedieron, y que os restituyeron á vuestra antigua calma. ¡Oh Dios! en los tiempos felices de la Iglesia se hubiera tenido por apostasía de la fe el no desear el día del Señor; todo el consuelo de los primeros discípulos era el esperarle, y aun era menester que acerca de esto moderasen los Apóstoles la santa ansia de los fieles;

y hoy es necesario que la Iglesia se valga de todo el terror de nuestro ministerio para hacer acordar de él á los cristianos, y todo el fruto de nuestros discursos se reduce á hacerle temer. No obstante no es mi intento referiros aquí toda la historia de esta terrible venida; quiero ceñirme á una de aquellas circunstancias que me ha parecido siempre mas propia para hacer impresion en los corazones, y es la manifestacion de las conciencias.

3. Es, pues, mi intento manifestar que el pecador en la tierra nunca se conoce tal como es, ni es mas que medio conocido de los hombres; vive por lo comun desconocido á sí mismo por su ceguedad, y á los demás por sus disimulos y artificios. En este gran dia se conocerá y será conocido: el pecador manifestado á sí mismo, y el pecador manifestado á las criaturas, son los dos puntos sobre que he determinado hacer algunas sencillas y edificantes reflexiones. Imploremos, etc.: *Ave María*.

Primera parte.

4. «Todo se reserva para lo por venir, dice el Sábio, y queda incierto en la tierra, porque todo sucede igualmente al justo y al injusto, al bueno y al malo, al puro y al impuro, al que ofrece víctimas y al que desprecia los sacrificios¹.» Porque á la verdad, católicos, ¿qué idea formaríamos de la Providencia en el gobierno del universo, si juzgásemos de su sabiduría y de su justicia por los diversos destinos que en el mundo da á los hombres? ¿Seria posible que los bienes y los males se dispensasen en la tierra sin distincion, sin eleccion y sin respeto? ¿Habia de gemir el justo casi siempre en la afliccion y en la miseria, viviendo el impío al mismo tiempo cercado de gloria, de placer y de abundancia? Y despues de tan diferentes fortunas, de costumbres tan contrarias, ¿habian ambos de caer igualmente en un eterno olvido, sin que el Dios justo y vengador, que han de hallar despues, se dignase pesar sus obras y discernir sus méritos? ¡Oh Señor! Vos sois justo, y á cada uno le daréis segun el mérito de sus obras.

5. Supuesto este gran punto de la fe cristiana, tan conforme á la equidad natural, digo: que en este terrible dia, en que á vista de todo el universo parecerá el pecador ante el terrible tribunal acompañado de sus obras, será la manifestacion de las conciencias el

¹ Ecles. ix, 2.

mayor suplicio del alma infiel: Primeramente se hará patente á sí misma con un riguroso exámen, cuyas circunstancias voy á manifestaros.

6. No quiero detenerme en ponderar los títulos propios del que os ha de examinar y que anuncian todo el rigor de que ha de usar cuando pese en su peso vuestras obras y pensamientos; será un legislador severo, celoso de la santidad de su ley, y que os juzgará segun ella: se desvanecerán todas las mitigaciones, todas las vanas interpretaciones, introducidas por la costumbre ó inventadas por una falsa ciencia; las disipará todas el resplandor de la ley; caerán las vanas salidas con que habian halagado al pecador, y el legislador irritado examinará casi con mas rigor las falsas interpretaciones que habian alterado su pureza que las transgresiones manifestadas con que habia sido violada; será su juez encargado de los intereses de la gloria de su Padre contra el pecador, establecido para juzgar entre Dios y el hombre; y este dia será el dia de su celo por el honor de la Divinidad contra los que no la hayan tributado el honor que la es debido: será un salvador que os manifestará sus llagas para echaros en cara vuestra ingratitud; cuanto ha hecho por vosotros se volverá contra vosotros; su sangre, precio de vuestra salud, levantará su voz y pedirá vuestra perdicion; y el desprecio de sus favores se contará entre vuestros mayores delitos: será el escrutador de los corazones, á cuya vista se manifestarán los mas ocultos consejos y los mas secretos pensamientos. Finalmente, será un Dios de una majestad terrible, en cuya presencia se desharán los cielos, se confundirán los elementos, se trastornará toda la naturaleza, y se hallará el pecador solo y precisado á sufrir su exámen y el terror de su presencia.

7. Ved aquí, pues, las circunstancias de este terrible exámen. Primeramente, será el mismo respecto de todos los hombres: *Et congregabuntur ante eum omnes gentes*¹, dice otro Evangelista. No se atenderá á la diferencia de siglos, de edades, de países, de condiciones, de nacimiento, ni de temperamento; y como el Evangelio por donde habeis de ser juzgados es la ley de todos los tiempos, de todos los estados, y que propone unas mismas reglas al noble y al plebeyo, al príncipe y al vasallo, á los grandes y al pueblo, al solitario y al que vive en los negocios del mundo, al fiel que vivia en el fervor de los primeros tiempos y al que ha tenido la desgracia

¹ Matth. xxv, 32.

de vivir en la relajacion de estos siglos, no habrá distincion alguna en el modo de examinar á los culpados. Las excusas fundadas en la dignidad, en el nacimiento, en los peligros de su estado, en las costumbres de su siglo, en la debilidad del temperamento serán vanas, no se admitirán; y el justo Juez pedirá entonces tan exacta cuenta acerca de la castidad, de la modestia, de la ambicion, del perdon de las ofensas, de la negacion de sí mismo, de la mortificacion de los sentidos, al griego como al bárbaro, al pobre como al rico, al que vivió en el mundo como al que vivió en la soledad, al príncipe como al simple ciudadano; finalmente, á los cristianos de estos últimos tiempos como á los primeros discípulos del Evangelio: *Et congregabuntur ante eum omnes gentes.*

8. ¡Oh vanos juicios de la tierra, qué habeis de hacer entonces tan extraordinariamente confundidos! ¡Qué poco caso harémos de la nobleza de la sangre, de la gloria de nuestros mayores, del resplandor de la reputacion, de la distincion de los talentos, y de todos los pomposos títulos con que acá en la tierra procuran los hombres exaltar su baja y sobre los que fundan tantas distinciones y privilegios, cuando veamos en aquel monton de culpados al soberano confundido con el esclavo, los grandes con el pueblo, los sábios puestos sin orden entre los ignorantes y simples, los dioses de la guerra, aquellos hombres invencibles y gloriosos, que habian llenado el mundo con el ruido de su nombre, puestos al lado del rústico, del labrador! ¡Oh Dios mio! Vos solo teneis la gloria, el poder, la inmortalidad; los demás títulos de soberbia serán destruidos y aniquilados con el mundo que los inventó, y cada uno parecerá rodeado solamente de sus obras.

9. En segundo lugar, este exámen será universal; esto es, se harán en él presentes todas las edades y todas las circunstancias de esta vida, las flaquezas de la niñez que se os han olvidado, los excesos de la juventud, en la que casi todos los instantes fueron otros tantos delitos, la ambicion y cuidados de una edad mas madura, la obstinacion y los pesares de una vejez acaso lasciva. ¡Qué espanto, católicos, cuando volviendo á pasar por las diversas escenas que habeis representado en el mundo os halleis en todas profano, disoluto, voluptuoso, sin virtud, sin penitencia, sin buenas obras, sin haber pasado por todos estos estados mas que para juntar mayor tesoro de indignacion, y habiendo vivido en todos como si todo hubiera de morir con vosotros!

10. La variedad de sucesos que acá en la tierra se suceden unos

á otros, y que dividen nuestra vida, no fijan nuestra atencion mas que á lo presente, y no nos permiten que nos acordemos de ella toda entera, ni que veamos todo lo que somos : nunca registramos mas de lo que nos ofrece nuestro estado presente ; la última situacion es siempre por la que juzgamos de nosotros mismos. Un pensamiento de salvacion con que Dios nos favorece alguna vez calma en nosotros la insensibilidad de muchos años : un día empleado en ejercicios de piedad nos hace olvidar toda una vida delincuente : el confesar nuestros pecados en el tribunal de la Penitencia los borra de nuestra memoria, y nos olvidamos de ellos como si nunca los hubiéramos cometido : en una palabra, nunca vemos mas que lo presente del estado de nuestra conciencia ; pero delante del terrible Juez todo se presentará junto, se manifestará la historia toda entera : desde el primer pensamiento que formó vuestro corazon, hasta su último suspiro, todo se pondrá á la vista. Aquí se reunirán todas las iniquidades repartidas por las diferentes edades de vuestra vida, sin que se oculte ni una accion, ni un deseo, ni un pensamiento, ni una palabra. Verémos revivir toda la carrera de nuestros años, que estaba como aniquilada para nosotros, y que no obstante vivia en la presencia de Dios : hallarémos en ella, no las historias perecederas en que debian conservarse para la posteridad nuestras vanas acciones ; no aquellas relaciones lisonjeras de nuestras militares hazañas y de aquellos admirables sucesos que habian llenado tantos volúmenes y agotado tantas alabanzas ; no aquellas memorias públicas en que estaba señalada la elevacion de nuestro nacimiento, la antigüedad de nuestro origen, la gloria de nuestros antepasados, las dignidades que los condecoraron, el lustre que nosotros hemos añadido á su nombre, y toda la historia, por decirlo así, de las ilusiones y errores humanos : esta inmortalidad tan ponderada que nos prometíamos será sepultada entre las ruinas del universo ; pero al mismo tiempo verémos la historia mas terrible y mas exacta de nuestro corazon, de nuestro espíritu, de nuestra imaginacion ; esto es, aquella parte interior é invisible de nuestra vida, tan desconocida á nosotros mismos como á los demás hombres.

11. Sí, católicos, además de la historia exterior de nuestras costumbres, que toda se hará presente, lo que mas nos admirará será la historia secreta de nuestro corazon, que entonces se manifestará toda entera á nuestra vista ; de este corazon que nunca habíamos sondeado ni conocido ; de este corazon que sin cesar se nos

ocultaba á nosotros mismos, y que con nombres especiosos nos disfrazaba la vergüenza de sus pasiones; de este corazon cuya grandeza, rectitud, magnificencia, desinterés y bondad tanto habíamos ponderado; á quien el público error y la adulación habian mirado como tal, y que nos habia colocado sobre los demás hombres. Tantos vergonzosos deseos que apenas se habian formado cuando procurábamos ocultarlos aun á nosotros mismos; tantos ridículos proyectos de fortuna y elevacion, halagüenos errores á que nuestro corazon engañado se entregaba sin cesar; tantas envidias ruines y secretas, las que por soberbia disimulábamos, siendo no obstante como eran el principio invisible de toda nuestra conducta; tantas disposiciones pecaminosas que mil veces nos indujeron á desear el que fuesen eternos ó que quedasen sin castigo los delitos de los sentidos; tantos odios y rencores que corrompieron nuestro corazon aun sin saberlo nosotros; tantos pensamientos obscenos y viciosos de los que con tanta gracia nos gloriábamos; tantos proyectos infames á los que solo faltó la ocasion, de los que no hicimos caso porque no salieron de nuestro corazon; en una palabra, aquella variedad de pasiones que siempre se sucedieron unas á otras en nuestro interior. Todo esto es lo que se manifestará á nuestra vista. Verémos salir, dice san Bernardo, como de una emboscada, delitos sin número de los que nunca nos habíamos creído culpables: *Prodient ex improviso, et quasi ex insidiis*. Serémos manifestados á nosotros mismos, se nos hará entrar en nuestro corazon, en el que nunca habíamos habitado. Una repentina luz iluminará este abismo; se revelará este misterio de iniquidad, y verémos que lo que mas ignorábamos de nosotros era á nosotros mismos.

12. Al exámen de los males que hemos hecho sucederá el de los bienes que dejamos de hacer. Se nos acordarán entonces las infinitas omisiones de que ha estado llena nuestra vida, y de las que ni aun remordimientos habíamos tenido: tantas circunstancias en que por nuestro carácter estábamos obligados á dar gloria á la verdad, y en que la hicimos traicion por viles intereses, ó por condescendencias indignas; tantas ocasiones de hacer bien como Dios nos habia presentado, y las despreciábamos casi siempre; tantas ignorancias culpables y voluntarias por haber temido siempre á la luz, y huido de los que nos podian instruir; tantos sucesos tan propios para abrirnos los ojos, y que solo sirvieron de aumentar nuestra ceguedad; tanto bien como pudiéramos haber hecho con nuestros talentos ó ejemplo, y lo hemos estorbado con nuestros vicios; tan-

tas almas á quienes con nuestras liberalidades hubiéramos podido conservar en la inocencia, y las hemos dejado perecer por no haber querido cercenar nada de nuestras profusiones; tantos delitos como hubiéramos podido hacer evitar á nuestros inferiores ó iguales con reprensiones discretas y consejos útiles, los que la indolencia, la cobardía, ó acaso otros fines mas culpables, nos han hecho suprimir; tantos dias, tantos instantes como hubiéramos podido aprovechar para el cielo, pasados inútilmente y en una indigna ociosidad. Y lo mas terrible es, que esta será la parte mas inocente de nuestra vida que se presente á nuestra vista, y que á lo mas ofrece un gran vacío á nuestra memoria.

13. ¡Qué pesar entonces para el alma infiel el ver tantos dias perdidos, sacrificados á la inutilidad y al mundo que ya pereció, cuando un solo instante consagrado á un Dios, fiel en sus promesas, hubiera podido merecer la felicidad de los santos! ¡El ver tantas bajezas, tantos remordimientos por unos bienes y una fortuna miserable que no habian de durar mas que un instante, cuando una sola violencia sufrida por Jesucristo hubiera podido asegurarla un reino inmortal! ¡Qué pena el ver que no hubiera tenido necesidad de tantos cuidados ni de tantos trabajos para salvarse como ha padecido para perderse, y que un solo dia de esta larga vida de los que empleó para el mundo le hubiera bastado para la eternidad!

14. Á este exámen sucederá, en cuarto lugar, el de las gracias de que habeis abusado: tantas inspiraciones santas despreciadas ó mal obedecidas; tantos cuidados y atenciones de la divina Providencia con vuestra alma inutilizados; tantas verdades como os hemos predicado, que en otros fieles han obrado la penitencia y la salud, y siempre han caido en vano en vuestros corazones; tantos contratiempos y aflicciones como os envió el Señor para llamaros á sí, de las que no quisisteis aprovecharos; tantos dones, aun de naturaleza, que debian fundar en vuestras esperanzas de virtud, y de que os valisteis para fomentar vuestros vicios. ¡Ah! si el siervo inútil solo por haber escondido su talento fue arrojado á las tinieblas exteriores, ¿qué perdon podréis esperar vosotros que recibisteis tantos, y los habeis empleado todos contra la gloria del Señor que os entregó?

15. ¡Qué cuenta tan terrible será esta! Jesucristo os pedirá el precio de su sangre: os quejais algunas veces de que Dios no hace bastante por vosotros; que os hizo nacer flacos, y de un temperamento del cual no sois dueños, y no os da los auxilios necesarios

para resistir á las ocasiones en que estais metidos. ¡Ah! y cómo veréis entonces que toda vuestra vida ha sido un continuo abuso de sus dones! Veréis como entre tantas naciones infieles que no le conocian fuisteis los privilegiados, ilustrados, llamados á la fe, mantenidos con la doctrina de la verdad, y con la virtud de los Sacramentos, socorridos continuamente con sus inspiraciones y gracias. Os admiraréis al ver cuánto ha hecho Dios por vosotros, y lo poco que vosotros habeis hecho por Dios. Vuestras quejas se mudarán en una confusion profunda, que no hallará mas consuelo que la desesperacion.

16. Hasta ahora el justo Juez solo os ha examinado de los delitos que son propios vuestros. Pero ¿qué será cuando entre en cuenta con los pecados ajenos, de que fuisteis ocasion ó causa en vuestros prójimos, y que por consiguiente se os han de imputar? ¡Qué nuevo abismo! Os presentarán todas las almas á quienes fuisteis motivo de ruina ó de escándalo; todas las almas á quienes vuestras conversaciones, vuestros consejos, vuestros ejemplos, vuestras sollicitaciones, vuestras inmodestias precipitaron con vosotros en una perdicion eterna; todas las almas cuya flaqueza engañásteis, cuya inocencia corrompísteis, cuya fe pervertísteis, cuya virtud trastornásteis, cuyo libertinaje autorizásteis, cuya impiedad asegurásteis con vuestras persuasiones ó con el ejemplo de vuestra vida. Jesucristo, de quien son, y que las rescató con su sangre, os las pedirá como su mas estimada herencia, como su mas preciosa conquista, que injustamente le habeis usurpado. Y si el Señor señaló á Cain con una señal de reprobacion cuando le pidió cuenta de la sangre de su hermano, juzgad con qué señal os marcará cuando os pida cuenta de su alma.

17. Pero aun no es esto todo. Si fuisteis hombre de república y autoridad, ¡cuántos abusos autorizados! ¡cuántas injusticias disimuladas! ¡cuántas obligaciones sacrificadas, ó á vuestros intereses, ó á las pasiones é intereses ajenos! ¡cuántas acepciones de personas contra la equidad y la conciencia! ¡cuántas injustas empresas aconsejadas! Y aun acaso ¡cuántas guerras, cuántos desórdenes, cuántos males públicos de que fuisteis ó el autor ó el indigno ministro! Veréis que vuestra ambicion ó vuestros consejos fueron como la fatal raíz de una infinidad de desgracias y calamidades de vuestro siglo, de males que se perpetúan y pasan de padres á hijos; y os admiraréis al ver que vuestras iniquidades han vivido mas que vosotros, y que aun mucho tiempo despues de vuestra

muerte érais culpable en la presencia de Dios de una infinidad de delitos y desórdenes que sucedian en la tierra. Aquí es, católicos, donde se conocerá el peligro de los cargos públicos, los precipicios que rodean aun al mismo trono, los escollos de la autoridad, y con cuánta razon llama felices el Evangelio á los que viven en la oscuridad de una condicion privada, con cuánta prudencia nos inspiraba la Religion el horror á la ambicion, la indiferencia á las grandezas de la tierra, el desprecio de lo que solo es grande á los ojos de los hombres, y nos aconsejaba el no amar sino lo que siempre debe amarse.

18. Pero ¿os parece que si estais libres de todos estos vicios que se acaban de referir, aplicados ya ha mucho tiempo á las obligaciones de la vida cristiana, que no os tocará este terrible juicio, ó á lo menos que os presentaréis en él con mas confianza que el alma delincuente? Sin duda que sí, católicos, este dia será el dia del triunfo y de la gloria de los justos, el dia que justificará los tan ponderados excesos de retiro, de mortificacion, de modestia y delicadeza de conciencia, que tanto habia censurado el mundo, y de que tanto se habia burlado: sin embargo se presentará el justo ante este terrible tribunal con mayor confianza que el pecador; pero con todo eso parecerán en él, y serán juzgadas hasta sus mismas buenas obras: vuestras virtudes, vuestras obras santas serán expuestas á este exámen rigoroso. El mundo, que muchas veces niega los elogios debidos á la virtud mas verdadera, suele algunas veces darlos con ligereza á las apariencias de virtud. Muchos justos hay que se engañan á sí mismos, y que solo deben este nombre á la reputacion y error público; por esto dice el Señor: No solo visitaré á Tiro y Sidon en el dia de mi furor, esto es, á los pecadores, cuyos delitos parece los confunden con los infieles y habitantes de Tiro y de Sidon, sino que llevaré la luz de mis juicios hasta Jerusalem; esto es, examinaré, inquiriré, sondearé los motivos de aquellas obras santas que parecian igualaros con las almas mas fieles de la santa Jerusalem: *Scrutabor Jerusalem in lucernis*¹.

19. Registraré hasta el primer motivo de aquella conversion que tanto ruido hizo en el mundo, y veré si acaso fue su raz alguna desesperacion secreta, la decadencia de la edad ó de la fortuna, algunos ocultos fines de favor y elevacion, y no el horror al pecado y el amor á la justicia: *Scrutabor Jerusalem in lucernis*.

20. Cotejaré las liberalidades con los pobres, las visitas de mi-

¹ Sophon. I, 12.

sericordia; el celo de las obras de piedad, y la proteccion concedida á mis siervos con las complacencias, los deseos de estimacion, la ostentacion, los fines humanos que las han inficionado; y acaso hallaré que mas son frutos de la vanidad que efectos de la gracia y obra de mi espíritu: *Scrutabor*, etc. Llamaré á juicio aquella frecuencia de Sacramentos, de oraciones, de santos ejercicios de que hicisteis costumbre, sin que en vosotros despertase movimiento alguno de compuncion; y entonces sabréis como la tibieza, la negligencia, el poco fruto que los acompañaba eran en mi presencia otras tantas infidelidades, por las que seréis juzgados sin misericordia: *Scrutabor*, etc. Examinaré aquel retiro del mundo y de los deleites, aquella singularidad en vuestra conducta, aquella afectacion de modestia y gravedad; y acaso hallaré que mas provenia de humor, de temperamento y de pereza que de fe, y que en una vida mas regular y mas retirada, al juicio de los hombres, todavía conservais todo vuestro amor propio, toda la pasion á vuestro cuerpo, todas las delicias de la sensualidad, y, en una palabra, todas las inclinaciones de las almas mundanas: *Scrutabor*, etc.

21. Registraré exactamente aquel fingido celo de mi gloria, que tanto os hacia gemir por los escándalos que veáis, que os movia á condenarlos con tanta satisfaccion y confianza, y á declamar tan vivamente contra los desórdenes y flaquezas de vuestros hermanos; y acaso este celo á mi vista no será mas que una aspereza de genio, una malignidad del natural, una inclinacion á censurar y maldecir, un celo indiscreto, celo de ostentacion y de vanidad, y lejos de parecer en mi presencia celo de mi gloria y de la salvacion de vuestros prójimos, pareceréis injusto, terrible, maligno y temerario: *Scrutabor*, etc. Os pediré cuenta de aquellos prodigiosos talentos que empleásteis, al parecer, en mi gloria y en la instruccion de los fieles, que os granjearon las bendiciones de los justos y los aplausos aun de los mundanos; y acaso los obsequios, el deseo de la estimacion y de aventajarse á los demás, y la complacencia en las alabanzas de los hombres no dejarán ver en vuestras obras mas que las obras de un hombre y los frutos de la vanidad, y yo maldeciré estos trabajos nacidos de tan perversa raíz: *Scrutabor*, etc..

22. ¡Gran Dios! ¡Cuántas de las obras con que yo habia contado se hallarán entonces muertas en vuestra presencia! ¡Oh qué exámen tan terrible! De todas cuantas acciones ejecutamos por Vos, ¡qué pocas serán las que querréis tener por vuestras y que sean juzgadas dignas de recompensa!

23. No infirais de aquí, católicos, que es inútil el trabajar por la salvacion, pues parece que el justo Juez solo intenta perder á los hombres. ¡Qué es lo que deéis! Al contrario, solo vino para salvarlos, y sus misericordias excederán á sus justicias. Lo que debeis inferir es, que si estas almas justas, á quienes tantas veces habeis acusado de exceso y de escrúpulo en la práctica de las obligaciones de la vida cristiana, como si en esto cometieran exceso, si estas almas puestas en la presencia de Dios parecerán tibias, sensuales, imperfectas, y acaso delinquentes, ¿qué será entonces de vosotros, que vivís entre los peligros y placeres del mundo; que solo empleais los mas inútiles instantes de vuestra vida en obsequio de la Religion y de la salvacion; que apenas ejecutais una obra de piedad en un año entero de disolucion é inutilidad? Si aun correrán peligro los que están cargados de buenas obras que poder presentar, vosotros que no podréis ofrecer mas que una vida mundana, ¿qué suerte debeis temer? Si al leño verde se le trata con tanto rigor, ¿qué sucederá al seco? Y si apenas se salva el justo, el alma mundana (no digo el pecador, que ese ya está juzgado) que vive sin vicios ni virtudes, ¿cómo se atreverá á presentarse?

24. Muchas veces nos decís, católicos, que vuestra conciencia no os acusa de delitos enormes, que no sois ni buenos ni malos, y que vuestro solo pecado es la indolencia y la pereza. ¡Ah! y cómo os conoceréis en el tribunal de Jesucristo! Veréis que el testimonio de vuestra conciencia, que no os remordía de delito alguno, que no os ofrecia casi nada que decir al confesor, era una ceguedad terrible, á la que os habia entregado la justicia de Dios. Veréis, por el temor con que estarán los justos, lo que debeis temer vosotros mismos, y si la confianza con que siempre vivísteis era la paz de la conciencia buena ó la falsa seguridad de la mundana.

25. ¡Oh Dios mío! exclama san Agustín, si pudiera yo ver ahora el estado de mi alma del mismo modo que me le manifestaréis entonces! *O si jam nunc faciem peccatricis animæ liceret oculis corporis intueri!* ¡Si yo pudiera despojarme de estas preocupaciones que me ciegan, desconfiar de estos ejemplos que me aseguran, de estas costumbres que me sosiegan, de estas alabanzas que me engañan, de esta elevacion y estos títulos que me sacan de mí, de estos talentos que oscurecen mi vista, de estas condescendencias de un director que me asegura, de este amor propio que es la raíz de todos mis errores, y pudiera yo verme solo á vuestros piés y á vuestra luz! ¡Oh Dios mío! ¡qué horror tendria yo de mí mismo!

O si jam nunc faciem peccatricis animæ liceret oculis corporis intueri!
 ¿Y qué medidas tomaria yo, confundiéndome en vuestra presencia, para evitar la pública confusion de aquel temible día en que se manifestarán los consejos del corazon y los mas secretos pensamientos? Porque, católicos, no solo se hará presente el pecador á sí mismo, sino que se manifestará tambien á todas las criaturas.

Segunda parte.

26. Dos desórdenes nacen en el mundo de la inevitable confusion de los buenos con los malos en la tierra. Primeramente el vicio, con el favor de esta confusion, se oculta de la vergüenza pública que le es tan debida, y la virtud desconocida no recibe los elogios que merece. En segundo lugar, exaltado las mas veces el pecador, ocupa los primeros puestos; mientras el justo vive en el abatimiento, y está hollado á sus piés como un esclavo. En este día se manifestarán dos cosas que repararán estos dos desórdenes. Primeramente, se distinguirán los justos de los pecadores por la pública manifestacion de su conciencia. En segundo lugar, se distinguirán los justos en estar separados de ellos y en la diferencia de los lugares y puestos que les serán señalados en los aires: *Et separabit eos ab invicem, sicut pastor segregat oves ab hædis*¹. Estadme atentos.

27. Para comprender bien toda la confusion que padecerá el alma pecadora cuando sea manifestada á todas las criaturas y expuestos al público aun sus mas secretos vicios, no hay mas que atender primeramente al número y carácter de los que han de ser testigos de su vergüenza. En segundo lugar, al cuidado que ella habia tenido de ocultar sus flaquezas y disoluciones á los ojos de los hombres cuando vivia en la tierra. En tercer lugar, finalmente, á las cualidades personales, que harán aun mas profunda y molesta su confusion.

28. Figuraos aquí, católicos, al alma delincuente ante el tribunal de Jesucristo, rodeada de Ángeles y de hombres: los justos, los pecadores, sus parientes, sus súbditos, sus señores, sus amigos, sus enemigos, todos mirándola atentamente; presentes al terrible exámen que el justo Juez hará de sus acciones, de sus deseos y de sus pensamientos, obligados, aunque por fuerza, á asistir á

¹ Matth. xxv, 32.

su juicio y á ser testigos de la justa sentencia que contra ella pronunciará el Hijo del Hombre : la faltarán al alma infiel en este dia todos los remedios que acá en la tierra pueden aliviar la mas terrible confusion.

29. *Primer remedio.* Acá en la tierra, cuando hemos cometido algun delito que nos ha hecho caer en desprecio, todo pasa en la presencia de cierto número de testigos que se hallan en nuestra nacion ó en los lugares de nuestro nacimiento : despues podemos apartarnos de ellos para no tener continuamente á nuestra vista la memoria y el argumento de nuestra pasada vergüenza : podemos mudar de domicilio y buscar en otra parte, entre hombres desconocidos, la reputacion que ya habíamos perdido. Pero en este gran dia todos los hombres justos oirán la historia secreta de vuestras costumbres y de vuestra conciencia; no podréis ir á ocultaros de la vista de los asistentes, buscar nuevas regiones ni huir á los desiertos como Cain : cada uno estará quieto é inmóvil en el lugar que se le hubiere señalado, teniendo escrita en su frente la sentencia de su condenacion y toda la historia de su vida, con la precision de sufrir las miradas de todo el universo y la vergüenza de sus flaquezas. No habrá entonces lugar separado en donde poderse ocultar de la vista del público. La luz de Dios, la sola gloria del Hijo del Hombre llenará el cielo y la tierra, y en los vastos espacios que os rodearán no descubriréis mas que los ojos atentos de todos los que os miran.

30. *Segundo remedio.* Acá en la tierra, aun cuando es pública nuestra vergüenza y hemos sido degradados de nuestro honor para con los hombres, siempre se hallan á lo menos algunos pocos amigos que nos favorezcan, cuya estimacion y trato nos alivia en algun modo del público desprecio, y cuya benignidad nos ayuda á sufrir los furores de la pública censura. Pero en este dia la presencia de nuestros amigos será el objeto mas insufrible á nuestra vergüenza : si son pecadores como nosotros, nos echarán en cara nuestros comunes placeres y nuestros ejemplos, en los que acaso hallaron el primer escollo de su inocencia; si son justos, como la vista de los Santos es sencilla, y nos tuvieron siempre por hijos de luz, nos echarán en cara el que abusamos de su buena fe y el que engañamos su amistad : amábais al justo, nos dirán, y aborrecíais la justicia; protegíais la virtud, y en vuestro corazon colocábais sobre el trono al vicio; amábais en nosotros la rectitud, la fidelidad, la seguridad que no hallábais en vuestros amigos mundanos, y no

buscábais al Señor que formaba en nuestro corazon todas estas virtudes. ¡Oh! ¿es posible que el Autor de todos nuestros dones no mereciese ser mas amado y mas buscado que nosotros?

31. Y ved aquí el *tercer remedio* que faltará á la confusion del alma pecadora. Porque caso que acá en la tierra no hallemos amigos que se interesen en nuestras desgracias, á lo menos hay muchas personas indiferentes á quienes no ofenden nuestros defectos y no se declaran contra nosotros. Pero en aquel terrible dia no habrá quien nos mire con indiferencia. Los justos, que tanto sienten en este mundo las calamidades de sus prójimos, que son tan ingeniosos para buscar excusas á sus defectos, ó á lo menos para cubrirlos con el velo de la caridad y minorarlos á vista de los hombres, cuando no pueden hallar alguna aparente excusa; los justos, desnudos entonces, á imitacion del Hijo del Hombre, de aquella benignidad, de aquella misericordia de que habian usado en la tierra con sus prójimos, silbarán al pecador, dice el Profeta, le insultarán, y pedirán al Señor que le castigue para venganza de su gloria: se pondrán de parte de su celo y de su justicia, y dirán burlándose: Ved al hombre que no quiso poner su confianza en el Señor, y que quiso mas confiar en la vanidad y en la mentira ¹: *Ecce homo, qui non posuit Deum adiutorem suum*. Ved al insensato, que creia ser el solo sábio en la tierra, que tenia por locura la vida de los justos, y se fiaba en el favor de los grandes, en la vanidad de los títulos y dignidades, en la extension de sus posesiones y dominios, en la estimacion y alabanza de los hombres, apoyos de barro que habian de parecer con él. ¿Dónde están ahora aquellos señores, aquellos dioses de carne y sangre á quienes habia sacrificado su vida, sus cuidados y trabajos? Vengan aquí á aliviarle y defenderle; vengan á libertarle de los males que le amenazan, ó, por mejor decir, á librarse ellos de la condenacion que les espera: *Ubi sunt dii eorum in quibus habebant fiduciam? Surgant, et opitulentur vobis, et in necessitate vos protegant* ². Los pecadores no se compadecerán ya de su desgracia: los aborrecerán con tanto horror como á sí mismos; la compañía en la infidelidad que debia unirlos no será mas que un odio eterno que los separe, una insensibilidad bárbara que solamente engendrará en su corazon pensamientos de crueldad y de furor para con sus prójimos, y aborrecerá en los otros los mismos delitos que son causa de sus penas. Finalmente, los

¹ Psalm. LI, 9. — ² Deut. xxxii, 37, 38.

hombres que vivian mas léjos de vosotros, las naciones mas bárbaras á quienes no habia sido anunciado el nombre de Jesucristo, llegando entonces, aunque tarde, al conocimiento de la verdad, se levantarán contra vosotros y os arguirán diciendo : que si los prodigios que Dios obró, aunque en vano, con vosotros, los hubiera obrado con ellos; que si hubieran sido ilustrados como vosotros con las luces del Evangelio y fortalecidos con los socorros de la fe y de los Sacramentos, hubieran hecho penitencia, *in cinere, et cilicio*, y se hubieran aprovechado para su salvacion de las gracias de que vosotros habeis abusado para perderos eternamente.

32. Tal será la confusion del alma reprobada, maldecida de Dios: verá al mismo tiempo que es el desprecio del cielo y de la tierra, el oprobio y anatema de todas las criaturas; aun las inanimadas, á quienes obligó á que sirviesen á sus pasiones, y que gemian, como dice san Pablo, con la esperanza de librarse de esta vergonzosa servidumbre, se levantarán contra ella á su modo. El sol, de cuya luz habia abusado, se oscurecerá como para no alumbrar mas á sus delitos. Los astros desaparecerán, como para decirle que bastante tiempo han sido testigos de sus injustas pasiones. Se abrirá la tierra debajo de sus piés, como para arrojar de su seno á un mónstruo á quien ya no podia sufrir. Y todo el universo, dice el Sábio, se armará contra él para vengar la gloria de su Señor á quien ultrajó : *Et pugnabit pro eo orbis terrarum contra insensatos*¹. ¡Oh! Acá deseamos tanto ser compadecidos en nuestras desgracias, que la sola indiferencia nos enfada é irrita; y allá no solo estarán cerrados todos los corazones á nuestros males, sino que todos los que estén presentes nos insultarán, y no tendrá el pecador mas recurso que su confusion, su desesperacion y sus delitos. Esta es la primera circunstancia de la confusion del alma pecadora, la que consiste en la multitud de los testigos.

33. La segunda se infiere del cuidado que habia tenido el pecador, mientras vivió en la tierra, de disfrazarse á la vista de los hombres; porque, católicos, el mundo es un gran teatro donde cada uno representa un personaje fingido : como estamos llenos de pasiones, y estas siempre tienen en sí alguna cosa ruin y despreciable, todo nuestro cuidado consiste en ocultar la ruindad y dar á entender lo que no somos. La iniquidad es siempre engañosa y disimulada : toda vuestra vida, ó vosotros particularmente que me

¹ Sop. v, 21.

escuchais y que mirais los dobleces de vuestra intencion como la ciencia del mundo y de la corte, toda vuestra vida no fue mas que un continuo disfraz y artificio : aun vuestros mas sinceros é íntimos amigos no os conocian perfectamente ; á todos os ocultábais , mudábais de aspecto , de dictámen y de inclinacion segun las ocasiones y calidad de aquellos á quienes queríais agradar : de este modo os habíais acreditado de sábio y de prudente , y en este dia no se verá mas que una alma vil sin rectitud , sin verdad , y cuya mayor virtud fue ocultar su indignidad y su bajeza.

34. Tú tambien, alma infiel, á quien un sexo mas celoso del honor te hizo tan cuidadosa [en ocultar tus flaquezas á la vista de los hombres ; tú que con tanta destreza te librabas de la vergüenza de ser sorprendida , que tan de léjos y con tanta seguridad tomabas tus medidas para engañar la vista de un esposo , la vigilancia de una madre , y aun acaso la buena fe de un confesor ; que cualquiera accidente que hubiera frustrado tus precauciones y artificios te hubiera costado la vida ; considera que son inútiles todos estos cuidados, que no cubres tus desórdenes, dice el Profeta, mas que con una tela de araña, la que con solo el aliento de su boca romperá el Hijo del Hombre en este gran dia. Yo juntaré, dice el Señor, al rededor de tí, en presencia de todas las naciones, á todos los amantes profanos : *Congregabo super te omnes amatores tuos*. Verán aquella eterna continuacion de ficciones, de artificios y de ruindades ; aquel vergonzoso comercio de protestas y juramentos de que te valias para contentar á un mismo tiempo muchas pasiones, y hacer que se durmiesen en su credulidad ; las verán , y registrando hasta la raíz las fingidas expresiones que les hacias, hallarán que no nacieron de su mérito, como se lo quisiste persuadir, sino de tu perverso carácter, de un corazon naturalmente inclinado á la disolucion, cuando al mismo tiempo te preciabas de tenerle tan noble y tan sincero, que nada sino el mérito podia moverle : *Congregabo super te omnes amatores tuos* ¹ ; *et videbunt omnem turpitudinem tuam*. Y todo esto pasará á vista de todo el universo : de tus amigos, los que conservaste con una apariencia de modestia ; de tus parientes, los que ignoraban tu deshonra ; de un confesor á quien siempre engañaste ; de un esposo que vivia muy satisfecho de tu fidelidad : *Et videbunt omnem turpitudinem tuam*.

35. ¡ Oh Dios mio ! ¿ qué abismos podrá entonces haber en la

tierra tan profundos, que le parezcan al alma infiel suficientes para esconderse? En el mundo no ven los hombres en nuestros vicios mas que la exterioridad y los escándalos, y aun esta confusion nos es comun con los que todos los dias se hallan culpados de los mismos delitos; pero en el tribunal de Jesucristo se verán vuestras flaquezas en vuestro mismo corazon; esto es, su nacimiento, sus progresos, sus mas secretos motivos y mil circunstancias vergonzosas y personales que os ocasionarán mas sonrojo que los mismos delitos. Esta será para vosotros una confusion particular, que no dividiréis con nadie: *Et videbunt omnem turpitudinem tuam.*

36. Finalmente, la última y la terrible circunstancia de la vergüenza del pecador serán sus cualidades personales. Pasais plaza de amigo fiel, sincero, generoso, y entonces se verá que érais infame, pérfido, interesado, sin fe, sin honra, sin probidad y sin conciencia. Habíais pasado plaza de una alma superior á las flaquezas vulgares, y manifestaréis entonces las mas indignas bajezas y ciertos lances en que el alma mas vil se hubiera muerto de vergüenza. Os miraban en el mundo como á un hombre íntegro y de incontrastable rectitud en la administracion de vuestro empleo; acaso esta fama os granjeó nuevos honores y la confianza del público, mientras que abusábais de la credulidad de los hombres: este exterior de equidad ocultaba una alma infcua y vil, y la fortuna y el interés habian mil veces hecho traicion en vuestro interior á vuestra fidelidad y corrompido vuestra inocencia. Parecíais adornado de santidad y de justicia; os manifestábais siempre semejante á los justos, os tenian por amigo de Dios y fiel observador de su ley; y no obstante vuestro corazon no era recto en la presencia del Señor. Cubríais con el velo de la Religion una conciencia manchada y muchos misterios de ignominia. Caminábais pisando las cosas santas, para llegar con mas seguridad á vuestros fines. ¡Ah! que en este día de revelacion vais á ver cómo se desengaña todo el universo! Los que os vieron en la tierra, admirados de vuestra nueva suerte, buscarán al hombre justo en el réprobo; la esperanza del hipócrita estará entonces confundida: gozásteis injustamente de la estimacion de los hombres, pero entonces seréis conocido, y Dios quedará vengado. Finalmente, pero ¿cómo me he de atrever á decirlo aquí, ni revelar la vergüenza de mis hermanos? Si acaso érais dispensador de los santos misterios y ensalzado en dignidad del templo de Dios; si se os habia entregado el depósito de la fe, de la doctrina y de la piedad; si os presentábais todos los dias en el

santuario revestido de las terribles señales de vuestra dignidad, ofreciendo dones puros y sacrificios sin mancha ; si se os confiaba el secreto de las conciencias, si confortábais en la fe á los débiles, si hablábais de la sabiduría entre los perfectos, y bajo el velo mas augusto y santo de la Religion ocultábais las mayores execraciones de la tierra ; si érais un impostor , un hombre de pecado sentado en el templo de Dios ; si enseñábais á los otros sin saberos enseñar á vos mismo ; si inspirábais el horror de los ídolos y contábais vuestros dias por vuestros sacrilegios ; ¡ah! por último se manifestará el misterio de iniquidad , y os conocerán por lo que siempre fuisteis, anatema del cielo y vergüenza de la tierra : *Et videbunt omnem turpitudinem tuam.*

37. Esta es, católicos, la confusion que cubrirá al alma reprobada, y esta no será de poca duracion. En el mundo lo mas penoso que se experimenta en una culpa es la primera vergüenza ; el ruido se desvanece poco á poco , otras nuevas aventuras ocupan el lugar de las nuestras, y la memoria de nuestras caidas parece con el ruido que las habia publicado ; pero en aquel gran dia quedará eternamente la vergüenza con el alma pecadora : no acacerán despues otros sucesos que hagan perder de vista sus delitos y su oprobio ; no habrá mas mudanza , todo permanecerá fijo y eterno. Lo que se hubiere manifestado ante el tribunal de Jesucristo estará patente para toda la eternidad ; aun el carácter de las penas publicará sin cesar la naturaleza de los delitos, y su vergüenza se renovará cada dia con sus tormentos. Católicos, inútiles son aquí las reflexiones. Si ha quedado aun en vosotros alguna fe , á vosotros toca registrar vuestras conciencias y tomar desde ahora las medidas para poder sufrir la manifestacion de este terrible dia.

38. Pero despues de haberos explicado la confusion pública que cubrirá al pecador, quisiera poder exponeros aquí ¡cuál será la gloria y el consuelo del verdadero justo cuando se hagan patentes á la vista del universo los secretos de su conciencia y todo el misterio de su corazon : de aquel corazon , cuya hermosura, oculta á los ojos de los hombres, solo era conocida de Dios ; de aquel corazon en quien siempre creyó ver manchas é impurezas, habiéndole su humildad ocultado toda su santidad é inocencia ; de aquel corazon en quien solamente habitó Dios, y á quien siempre procuró adornar y enriquecer con sus dones y sus gracias ! Qué nuevas maravillas va á presentar á la vista de todo el universo este divino santuario, tan impenetrable hasta entonces, cuando se corra el velo que le cu-

bria! ¡Qué fervorosos deseos! ¡qué secretas victorias! ¡qué sacrificios heróicos! ¡qué súplicas tan puras! ¡qué gemidos tan tiernos! ¡qué excesos de amor! ¡qué fel! ¡qué grandeza! ¡qué magnanimidad! ¡qué superioridad sobre los vanos objetos que forman todos los deseos y todas las esperanzas de los hombres! Entonces se verá que no había en el mundo cosa mayor ni mas digna de admiracion que un verdadero justo; y que estas almas á quienes teníamos por inútiles, porque lo eran para nuestras pasiones, cuya vida oscura y retirada despreciábamos, se verá entonces que lo que pasaba en el corazon de una alma fiel era mas grande y admirable que los mayores sucesos de la tierra; que solo esto merecia ser escrito en los libros eternos, y que ofrecia á la vista de Dios un espectáculo mas digno de los Ángeles y de los hombres que las victorias y conquistas que llenan en el mundo la vanidad de las historias, á las que se levantan soberbios monumentos para eternizar su memoria, y serán miradas entonces como juegos pueriles, ó como el fruto de la vanidad ó de las pasiones humanas. Este es el primer desórden que se reparará en aquel gran dia, el vicio escondido acá en la tierra de la pública vergüenza y la virtud privada de los elogios que merece.

39. El segundo desórden que nace en el mundo de la confusion de los buenos con los malos es la desigualdad de sus condiciones y el injusto cambio de sus suertes. Sucede en el presente siglo lo que sucedia con la estatua cuyo misterio explica Daniel; los justos, como un barro que se pisa, ó como un hierro endurecido con el fuego de las tribulaciones, no ocupan acá regularmente sino los puestos mas bajos y despreciables, pero los pecadores y mundanos, figurados en el oro y en la plata, objetos vanos de sus pasiones, se hallan casi siempre en la cabeza y en los mas eminentes puestos; esto era un desórden, y aunque de este modo se ejercitan los buenos y se obstinan mas los pecadores, aunque esta confusion de bienes y males entra en el órden de la Providencia, y aunque Dios se vale de caminos y medios impenetrables para conducir á sus fines al justo y al pecador, con todo eso es preciso que el Hijo del Hombre lo restablezca todo: *Instaurare omnia in Christo* ¹, y que, por último, se vea la diferencia que se debe hacer entre el justo y el impío, entre el que sirve al Señor y el que le desprecia: *Quid sit inter justum, et impium, inter servientem Deo, et non servientem*

¹ Ephes. i, 10.

ci¹. Ved, pues, el espectáculo de este último día: se establecerá el orden; los buenos serán separados de los malos; los unos colocados á la diestra y los otros á la siniestra: *Et statuet oves quidem à dextris suis, hædos autem à sinistris*².

40. En primer lugar, será una separacion absolutamente nueva. Para daros el lugar que os pertenece en esta formidable escena no os preguntarán vuestro nombre, vuestro nacimiento, vuestros títulos, ni vuestras dignidades. Esto no era mas que humo, que se fomentaba con el error público: solamente se examinará si sois un animal inmundo ó un cordero inocente. No será separado el príncipe del vasallo, el noble del plebeyo, el pobre del rico, el conquistador del vencido; solamente se separará la paja del grano, los vasos de honor de los de ignominia, los cabritos de las ovejas: *Et statuet oves quidem à dextris suis, hædos autem à sinistris*.

41. Verémos al Hijo del Hombre que desde lo mas alto de la esfera registra con sus ojos los pueblos y naciones confundidas y juntas debajo de sus piés, leyendo en este espectáculo la historia del universo, esto es, los vicios ó virtudes de los hombres. Le verémos cómo junta sus escogidos de las cuatro partes de la tierra, cómo los escoge entre todas las lenguas, entre todos los estados, entre todas las naciones: cómo reúne á los hijos de Israel derramados por la tierra: cómo refiere la historia secreta de un pueblo santo y nuevo; cómo manifiesta al público los héroes de la fe, desconocidos hasta entonces del mundo, sin distinguir los siglos por las victorias de los conquistadores, por la fundacion ó decadencia de los imperios, por la política ó barbarie de los tiempos, por los grandes hombres que han florecido en cada edad; sino por los diversos triunfos de la gracia, por las victorias ocultas de los justos contra sus pasiones, por el establecimiento de su reino en su corazon y por la heroica firmeza de un fiel perseguido. Le veréis que muda la cara de todas las cosas, que cria un nuevo cielo y una nueva tierra, y que produce esta infinita variedad de pueblos, de títulos, de condiciones y de dignidades á un pueblo santo y á un pueblo reprobado: *Et statuet, etc.*

42. En segundo lugar, esta separacion será cruel. El padre será separado del hijo, el amigo de su amigo, el hermano de su hermano; se tomará uno y se dejará otro. La muerte, que nos arrebató las personas mas queridas y que nos hace arrojar tantos suspiros

¹ Malach. iii, 18. — ² Matth. xxv, 33.

y derramar tantas lágrimas, nos deja á lo menos un consuelo en la esperanza de reunirnos con ellos algun dia ; pero aquí la separacion será eterna : ya no habrá mas esperanza de reunion ; ya no habrá mas parientes, mas padre, mas hijo, mas amigo ; ya no habrá mas vínculo que el de las eternas llamas, que nos unirán para siempre con los réprobos.

43. En tercer lugar, esta separacion será ignominiosa. Sentimos tanto un desaire cuando nos dejan olvidados en una ocasion de lucimiento ; sentimos tanto cuando en la distribucion de las gracias vemos á los subalternos llevarse los primeros puestos dejando olvidados nuestros servicios, y que aquellos á quienes siempre habíamos tenido por inferiores son elevados y puestos sobre nuestras cabezas ; pero en aquel grande dia la preferencia será acompañada de las circunstancias de mayor desprecio para el alma pecadora. Veréis en medio de aquel universal silencio, entre aquella terrible esperanza en que estará cada uno de la decision de su suerte, al Hijo del Hombre que viene por los aires trayendo en una mano coronas y en la otra la vara de su furor ; que llega y saca de vuestro lado á un justo, cuya inocencia acaso calumniásteis con temerarios discursos ó cuya virtud despreciásteis con graciosidades impías ; á un fiel que acaso nació vasallo vuestro ; á un Lázaro que os importunó inútilmente con la relacion de sus necesidades y miseria ; á un competidor á quien siempre mirásteis con desprecio y sobre cuyas ruinas os elevásteis con artificios y mañas. Veréis que el Hijo del Hombre le pone en su cabeza una corona de inmortalidad, le hace sentar á su diestra, al mismo tiempo que tú, como otro soberbio Aman, despreciado, humillado y degradado, no tendrás á tu vista mas que el aparato de tu suplicio.

44. Sí, católicos. Cuanto tiene de sensible un desaire se hallará en este. Un salvaje convertido á la fe tendrá su asiento entre las ovejas ; y el cristiano, heredero de las promesas de Jesucristo, se quedará entre los cabritos. El lego se levantará como un águila acercándose al Señor, y el ministro de Jesucristo quedará en la tierra cubierto de vergüenza y de oprobio. El hombre del mundo pasará á la derecha, y el solitario á la izquierda. El prudente, el sábio, el investigador del siglo será arrojado al lado de los animales inmundos, y el idiota, que ni aun responder sabia á las bendiciones comunes, será colocado sobre un trono de gloria y de luz. Rahab, mujer pecadora, subirá á la Sion celestial con los verdaderos israelitas, y la hermana de Moisés, la esposa de Jesucristo, será sepa-

rada del campo y de las tiendas de Israel, y parecerá cubierta de una vergonzosa lepra: *Et statuet oves quidem à dextris suis, hædos autem à sinistris*. Nada quereis, Dios mio, que falte á la desesperacion del alma infiel. ¿No bastaria el oprimirla con el peso de su desgracia, sino que tambien la habeis de hacer padecer un nuevo suplicio en la felicidad de los justos que la serán preferidos, cuando los vea conducidos por los Ángeles al seno de la inmortalidad?

45. ¡Qué mutacion de escena en el universo, católicos! Entonces arrancados todos los escándalos del reino de Jesucristo y separados enteramente los justos de los pecadores, formarán una nacion escogida, una generacion santa y la Iglesia de los primogénitos, cuyos nombres estaban escritos en el cielo. Entonces el comercio con los malos, que en la tierra les era inevitable, no molestará su fe, ni hará temblar su inocencia. Entonces, no siendo su suerte comun con los infieles é hipócritas, no se verán precisados á ser testigos de sus delitos, y aun algunas veces ministros involuntarios de sus pasiones. Entonces, rotos ya los lazos de sociedad y autoridad ó de dependencia que los unian acá en la tierra con los impíos y mundanos, no dirán con el Profeta: ¿Por qué, Señor, dilatais nuestro destierro y nuestra habitacion? Nuestra alma se seca de dolor á vista de los delitos y prevaricaciones con que está inficionado el mundo. Entonces, finalmente, sus llantos se mudarán en alegría y sus gemidos en acciones de gracias. Pasarán á la diestra como ovejas escogidas, dejando la siniestra para los impíos: *Et statuet, etc.*

46. Dispuestas de este modo las cosas del universo, separados todos los pueblos de la tierra, inmóvil cada uno en el lugar que le haya tocado, pintado en el rostro de los unos el susto, el terror, la desesperacion, la confusion; y en el de los otros la alegría, la serenidad, la confianza: los justos con los ojos levantados, mirando al Hijo del Hombre de quien esperan su libertad; los impíos mirando de un modo terrible hácia la tierra, y penetrando con su vista hasta el abismo, como señalando ya el lugar que les espera: el Rey de la gloria, dice el Evangelio, puesto en medio de los dos pueblos se adelantará, y volviéndose hácia los que están á su derecha, con un semblante lleno de agrado y majestad, capaz él solo de consolarles de todas las pasadas penas, les dirá: *Venid, benditos de mi Padre, á poseer el reino que os está preparado desde el principio del mundo*¹. Los pecadores os miraron siempre como la mas inútil

¹ Math. xxv, 34.

porcion de la tierra ; sepan, pues, hoy que el mundo subsistia solamente por vosotros, que todo estaba hecho para vosotros, y que luego que estuvo completo vuestro número, todo se acabó. Salid, por último, de la tierra en que siempre fuisteis extraños y pasajeros. Seguidme por los inmortales caminos de mi gloria y de mi felicidad, como me seguisteis en los de mis trabajos y fatigas. Vuestros trabajos han sido momentáneos, la felicidad de que vais á gozar será eterna : *Venite, benedicti Patris mei, possidete paratum vobis regnum à constitutione mundi* ¹.

47. Volviéndose despues hácia la izquierda, llenos sus ojos de furor y venganza, echando terribles miradas á una y otra parte, como rayos vengadores, sobre aquella multitud de culpados, con una voz, dice el Profeta, que hará abrir las entrañas del abismo para tragarlos, dirá, no como en la cruz : Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen ; sino : Retiraos, malditos, al fuego eterno, que está preparado á Satanás y á sus ángeles. Vosotros érais los escogidos del mundo, ahora sois los malditos de mi Padre ; vuestros delitos fueron breves y momentáneos, vuestras penas serán eternas : *Discedite à me, maledicti, in ignem æternum, qui paratus est diabolo, et angelis ejus* ². Entonces los justos levantándose en el aire con el Hijo del Hombre empezarán á cantar el cántico celestial : ¡Qué rico sois, Señor, en misericordia ; y cómo habeis coronado vuestros dones, recompensando nuestros méritos ! Los impíos maldecirán al autor de su ser y al fatal dia que presidió á su nacimiento ; ó por mejor decir, se enfurecerán contra sí mismos como contra los autores de su perdicion y sus desgracias. Se abrirán los abismos, bajarán los cielos ; los réprobos, dice el Evangelio, irán al eterno suplicio, y los justos á la vida eterna : *Ibunt hi in supplicium æternum, justi autem in vitam æternam* ³. Esta es una suerte que nunca se mudará.

48. Despues de una relacion tan formidable y tan propia para hacer impresion aun en los mas endurecidos corazones, me es preciso acabar usando de las mismas palabras con que en otro tiempo habló Moisés á los israelitas, despues de haberles manifestado las terribles amenazas y consoladoras promesas contenidas en el libro de la ley : Hijos de Israel, les decia este sábio legislador, hoy os propongo una bendicion y una maldicion : *En propono in conspectu vestro hodie benedictionem, et maledictionem* ⁴. Una bendicion, si obe-

¹ Matth. xxv, 34. — ² Ibid. xxv, 42. — ³ Ibid. 47. — ⁴ Deut. xi, 26.

deceis á los preceptos de vuestro Dios y Señor, *benedictionem, si obedieritis mandatis Domini* ¹; y una maldicion, si saliéseis del camino que yo os enseñaré por servir á dioses extraños: *Maledictionem si recesseritis de via, quam ego nunc ostendo vobis, et ambulaveritis post Deos alienos.*

49. Esto mismo os digo yo, católicos, al acabar una materia tan terrible. En vosotros consiste el elegir y declararos. Aquí está la diestra y la siniestra, las promesas y las amenazas, las bendiciones y las maldiciones: vuestra suerte camina sobre esta terrible alternativa; ó estaréis al lado de Satanás y sus ángeles, ó al de los escogidos con Jesucristo y sus Santos. No hay medio, católicos; yo os he manifestado el camino que conduce á la vida, y el que lleva á la perdicion. ¿Por cuál de los dos caminais? ¿Á qué lado os pondríais, si en este instante hubiérais de parecer ante el terrible tribunal? La muerte es como la vida: temed que la suerte que hoy os toca sea la que os toque eternamente; salid desde ahora de vuestros caminos de iniquidad; empezad á vivir como los justos, si quereis en aquel último dia ser colocados á la diestra y subir en su compañía á la feliz morada de la inmortalidad. Amen.

¹ Deut. xi, 27.

SERMON

SOBRE EL PERDON DE LAS INJURIAS.

Audistis quia dictum est antiquis: Diliges proximum tuum, et odio habebis inimicum tuum. Ego autem dico vobis: Diligite inimicos vestros. (Matth. v, 43, 44).

Habéis oído que se dijo á los antiguos: Amarás á tu prójimo, y aborrecerás á tu enemigo. Pero yo os digo: Amad á vuestros enemigos.

1. Comunmente se cree que el Legislador de los judíos usó de una especie de condescendencia y de cuidado al tiempo de publicar la ley del perdon de las ofensas, y que obligado á contemporizar con la flaqueza de un pueblo carnal, y persuadido además de esto á que entre todas las virtudes el amor de los enemigos era la que costaba mas repugnancia al corazon del hombre, se contentó con reglar la venganza, y ponerla límites; no porque quisiese con esto, como dice san Agustin, autorizar los males menores para precaver los mayores excesos. Esta ley, como todas las demás, tenia su santidad, su bondad y su justicia; pero mas era un estatuto político que una regla de piedad. Era muy á propósito para mantener la tranquilidad exterior del Estado; pero no tocaba al corazon, y no llegaba á la raíz de los rencores y de las venganzas. Con ella solo se intentaba contener al agresor, amenazándole con la misma pena con que él hubiese molestado á su hermano; ó poner freno á lo sensible de la ofensa, dejándole el temor de que si se excedia en la satisfaccion se exponia á padecer él mismo el exceso de su venganza.

2. Aun la moral de los filósofos habia puesto el perdon de las ofensas en el número de las virtudes; pero esto mas era pretexto de vanidad que regla de disciplina; y consistia en que les parecia que la venganza tenia en sí no sé qué baja, que hubiera desfigurado el retrato y la soberbia tranquilidad de su sabiduría, y porque les parecia cosa vergonzosa el no poderse manifestar superiores á una ofensa. Y así el perdon de los enemigos solo se fundaba en el

desprecio que de ellos se hacia. Se vengaban, menospreciando la venganza; y la soberbia fácilmente se desquitaba del gusto de vengarse de los que habian ofendido, en la gloria que se sentia en despreciarlos.

3. Pero la ley del Evangelio en orden al amor de los enemigos no lisonjea á la soberbia, ni condesciende con el amor propio. El cristiano no debe hallar mas consuelo en perdonar las ofensas, que el de obedecer é imitar á Jesucristo, los títulos que en un enemigo le presentan un hermano, y la esperanza de hallar en el juez inmortal la misma indulgencia que él hubiera usado con los hombres. Su caridad no debe tener límites, porque la caridad no los tiene. No conoce excepcion de lugares, ni de personas, y nunca debe apagarse. Y aun cuando la religion de los cristianos no tuviera mas prueba contra la incredulidad que lo grande de esta máxima, tendria siempre este grado de santidad, y por consiguiente de verosimilitud, sobre las sectas que se han visto en el mundo.

4. Manifestemos, pues, los motivos y las reglas de este esencial punto de la ley. Los motivos, probando la equidad del precepto con los mismos pretextos que parece le impugnan. Las reglas, descubriendo la ilusion con que cada uno justifica en sí mismo las infracciones. Esto es, la injusticia de nuestros odios y la falsedad de nuestras reconciliaciones. Imploremos, etc.: *Ave María.*

Primera parte.

5. Los tres principios mas comunes que unen á los hombres entre sí, y que forman todas las conexiones y amistades humanas, son el gusto, la concupiscencia y la vanidad. El gusto: Seguimos cierta inclinacion de la naturaleza, la que haciéndonos hallar en alguna persona mas semejanza con nuestras inclinaciones, y aun acaso mas complacencia en nuestros defectos, nos une á ella, y nos hace hallar en su trato una suavidad que se muda en enfado para con los demás hombres. La concupiscencia: Buscamos amigos útiles; estos son merecedores de nuestra amistad desde el punto que son necesarios para nuestros placeres ó para nuestra fortuna. El interés es un grande atractivo para la mayor parte de los corazones: los títulos que nos hacen poderosos se mudan muy pronto en cualidades que nos hacen parecer amables; y jamás faltan amigos á los que pueden pagar la amistad de los que los aman. Finalmente, la vanidad: Siempre estimamos á los amigos que nos hon-

ran ; con tener su amistad nos parece que participamos de la distincion que ellos tienen en el mundo ; queremos adornarnos con su reputacion , por decirlo así ; y no pudiendo llegar á su mérito , nos honramos con su compañía , para dar á entender , á lo menos , que no hay mucha distancia de ellos á nosotros , y que solamente gustamos de nuestros semejantes.

6. Estos son los tres poderosos lazos de las amistades humanas. La religion y la caridad á casi nadie juntan ; y de aquí proviene que luego que los hombres nos disgustan , que no son favorables á nuestros intereses , ó que ofenden nuestra reputacion y nuestra vanidad , se rompen los lazos humanos y frágiles que nos unian á ellos , se aparta de ellos nuestro corazon , y no halla en ellos mas que sentimiento y amarguras ; y estos son los tres mas universales principios de los rencores que entre sí mantienen los hombres , los que de las dulzuras de la sociedad hacen una carnicería eterna , que emponzoñan todo el gusto de las conversaciones y toda la inocencia de los comercios , y que combatiendo á la Religion en lo vivo , se nos presentan , no obstante , bajo de unas apariencias de equidad , que los justifican á nuestra vista , y nos tranquilizan.

7. Dije , luego que los hombres nos disgustan ; y este es el primer pretexto y la primera raíz de nuestra desunion y de nuestros rencores para con nuestros prójimos. Decís que sois incompatibles con aquella persona ; que en ella todo os disgusta y enfada ; que la teneis una antipatía , de que no sois dueños ; que todas sus acciones son las mas propias para enfadaros ; que el verla no serviría mas que de aumentar la natural aversion que la teneis ; y que la naturaleza ha puesto en nosotros rencores y amores , semejanzas y aversiones de las que solo ella puede dar razon.

8. Á esto pudiera desde luego responderos , estableciendo los fundamentos de la doctrina cristiana en orden al amor de nuestros prójimos. Aquel hombre , aunque os desagrade , aunque no sea de vuestro gusto , ¿deja de ser vuestro hermano , hijo de Dios , ciudadano del cielo , miembro de Jesucristo y heredero de las eternas promesas ? Su condicion y su genio , sea el que fuere , ¿borra alguna de aquellas augustas señales que recibió en el sagrado Bautismo , que le unen á vosotros con lazos divinos é inmortales , y os le deben hacer amable y respetable ? Cuando Jesucristo nos manda amar á nuestros prójimos como á nosotros mismos , ¿quiere acaso imponer un precepto que no cueste repugnancia al corazon , y en cuyo cumplimiento no hallemos pena ni dificultad ? ¡ Ah ! ¿qué necesidad

habia de que nos mandase amar á nuestros prójimos, si en virtud de este precepto solamente estuviéramos obligados á amar á aquellos que nos agradan, y para con los que sentimos una inclinacion natural? En este particular no necesita el corazon de preceptos; él mismo es su propia ley. El precepto, pues, supone dificultad de nuestra parte. Jesucristo previó que nos habia de costar trabajo el amar á nuestros prójimos, que habíamos de hallar en nosotros antipatías y repugnancias que nos apartarian de ello, y por eso unió tan gran mérito á la observancia de este solo punto, y nos declaró tantas veces que en su observancia consistia la de toda ley: luego la aversion á nuestros prójimos, léjos de justificar nuestro despego para con ellos, nos hace mas precisa la obligacion de amarlos, y nos pone personalmente en el caso del precepto. Pero además de esto, ¿un cristiano se debe gobernar por el gusto y por el genio, ó por los principios de la razon, de la fe, de la Religion y de la gracia? Y ¿desde cuándo el gusto natural, contra el cual nos manda pelear el Evangelio, se ha hecho privilegio que nos exima de sus reglas? Si la repugnancia que sentimos á nuestras obligaciones fuera título de excepcion, ¿qué fiel no estaria dispensado de toda ley? Y cuanto mas desarreglado tuviera su corazon, mas fácilmente hallaria en él su justificacion y su inocencia. ¿Consiste por ventura nuestra ley en nuestros gustos? ¿Acaso la Religion es el descanso, y no el remedio de la naturaleza? ¿No se tiene por flaqueza, aun segun el mundo, el no reglar nuestros pasos y nuestros pensamientos, nuestros odios y nuestros amores para con los demás hombres, mas que por la extravagancia de un gusto de que no podemos nosotros darnos razon á nosotros mismos? Y esta especie de hombres ¿honran, no digo á la Religion, pero ni aun á la humanidad? ¿No sirven, aun al mismo mundo, de un espectáculo de desprecio, de irrision y de censura? ¿Qué confusion seria la sociedad, si solamente el gusto decidiera de las obligaciones y respetos, y si no hubiera otra ley que uniese á los hombres entre sí? Pues si las reglas de la sociedad piden que no sea el gusto solamente el único principio de nuestra conducta para con los demás hombres, ¿habia de ser el Evangelio mas indulgente en este punto? El Evangelio que nos predica que nos neguemos á nosotros mismos? El Evangelio que nos manda que en todo nos violentemos, y que nos opongamos á nuestros gustos y aficiones? El Evangelio, finalmente, que quiere que el fin de nuestras acciones sea superior á la carne y á la sangre, y que sacrifiquemos á la santidad de la fe, y á lo

sublime de sus reglas, no solamente nuestras voluntariedades, sino tambien nuestras mas legítimas inclinaciones?

9. Luego es necesidad el alegar por excusa la aversion á vuestro prójimo, cuando esta es vuestro mismo delito. Os quejais de que vuestro prójimo os desagrada, y que no está en vuestra mano el sufrirle y contempORIZAR con él; pero ¿os parece que vosotros no desagradaréis á nadie? ¿Nos podréis asegurar que gustais á todo el mundo, y que todos os aplauden y aprueban vuestra conducta? Pues si quereis que os disimulen lo molesto de vuestras acciones, atendiendo á la sencillez de vuestro corazon y á las cualidades esenciales de que os preciais; si os parece ajeno de razon el enfadarse por ciertas bagatelas, y por algunas prontitudes de que muchas veces no somos dueños; si quereis que se juzgue de vosotros por la conducta, por la realidad y por la rectitud de vuestros procederes, y no por aquellas acciones que son efecto de la indisposicion del ánimo, en orden á las que es imposible estar siempre alerta contra sí mismo, usad de la misma equidad con vuestro prójimo; aplicaos á vosotros la misma regla; sufridle del mismo modo que vosotros teneis necesidad de que os sufran; y no justifiqueis vuestro desvío con las injustas aversiones que pueden tener para con vosotros mismos. Y esta regla es mas equitativa, porque basta mirar lo que sucede todos los dias en el mundo para quedar convencidos de que los que mas publican los defectos de sus prójimos son los mas insufribles, el terror de la sociedad, y los mas molestos á los demás hombres.

10. Y aquí pudiera preguntaros, amados oyentes míos, si esa oposicion que os hace tan insufrible vuestro hermano no depende mas de vosotros, esto es, de vuestra soberbia, de la extravagancia de vuestro humor, y de la incompatibilidad de vuestro genio, que de él. Quisiera preguntaros, si todo el mundo ve en él lo que os parece que veis vosotros; si sus amigos, sus parientes y sus iguales le miran con los mismos ojos que vosotros. Y aun quisiera preguntaros si no son sus buenas prendas lo que en él os desagrada; si no mueven mas la aversion que le teneis, sus talentos, su reputacion, su fama y su fortuna, que sus defectos; y si no ha sido hasta ahora todo su pecado para con vosotros la clase en que se halla, ó el mérito que le adorna. Muy fácil es el engañarse á sí mismo en este punto: la envidia es una pasion que tiene grande habilidad para disfrazarse; como esta pasion es en sí vil y cobarde, y nos manifiesta interiormente nuestra bajaiza, siempre se nos presenta

con exterioridades extrañas que nos las ocultan ; pero registrad bien vuestro corazon, y hallaréis que todos aquellos sujetos que os hacen sombra, ó que son mas estimados que vosotros, tienen la desgracia de desagradaros ; que solamente estimais á los que nada os pueden disputar ; que todo lo que os excede ó iguala os enfada y molesta, y que para poder aspirar á vuestra amistad es necesario no formar derecho alguno á vuestras pretensiones ni á vuestras esperanzas.

11. Pero paso mas adelante, y os suplico que me esteis atentos. Quiero concederos que vuestro prójimo tiene aun mas defectos de los que le imputais. ¡ Ah ! sois tan benignos y cariñosos con aquellos de quienes esperais vuestra fortuna y vuestra colocacion, siendo así que su genio, su soberbia y sus modales os irritan ; sufrís su altivez, sus desaires y sus desprecios ; disimulais sus inconstancias y sus desigualdades, y no desistís por eso ; siempre es vuestra paciencia mas fuerte que vuestra oposicion y repugnancia, y nada dejais de hacer por agradarles. ¡ Ah ! si mirárais á vuestro prójimo como á aquel de quien depende vuestra eterna salud, como á quien sois deudor, no de una fortuna de barro y perecedera, sino de la misma dicha de vuestra eternidad, ¿ seguiríais para con él la extravagancia de vuestro gusto ? ¿ No venceríais la injusta oposicion que os separa de él ? ¿ Os costaria tanto trabajo el combinar vuestras inclinaciones con vuestros intereses eternos, y haceros una violencia útil y necesaria ? ¿ Nada rehusais padecer por el mundo y por la vanidad, y teneis por injusticia el que se os pida únicamente que deis un paso trabajoso por la eternidad ?

12. Y no me digais que estas son unas repugnancias de la naturaleza, de las que no podemos dar razon, y que nosotros no somos dueños de nuestros gustos y de nuestras pasiones, porque aunque en parte decís bien, hay otro amor de la razon y de la Religion que debe siempre vencer á la naturaleza. El Evangelio no os pide que os guste vuestro hermano, lo que os pide es que le ameis ; esto es, que lo sufrais, que le excuseis, que oculteis sus defectos, que le sirvais ; en una palabra, que hagais por él lo que quisiérais que los demás hicieran por vosotros. No consiste la caridad en un gusto ciego y antojadizo, en una inclinacion natural, en una simpatía de genios y temperamentos, sino en un amor justo, ilustrado, racional, en un amor que nace de los movimientos de la gracia y de los fines de la fe. El amar á nuestros prójimos solamente por gusto no es propiamente amarlos ; esto es amarse á sí mismo.

Solamente la caridad es quien hace que los amemos como se debe, y la que puede formar amigos sólidos y verdaderos. Porque el gusto continuamente se muda, y la caridad nunca muere. El gusto se busca á sí mismo, y la caridad no mira mas intereses que los del objeto que ama. El gusto no resiste á una pérdida, á un mal proceder, á una desgracia, y la caridad es mas fuerte que la muerte. El gusto solamente ama lo que le acomoda, y la caridad se acomoda á todo, y todo lo sufre por el objeto amado. El gusto es ciego, y muchas veces nos hace amables los vicios de nuestros prójimos, y la caridad nunca aplaude la iniquidad, y solo ama la verdad en los demás hombres; luego son mucho mas constantes los amigos que nos da la gracia que los que hace la inclinacion natural, pues el mismo gusto que une los corazones, muchas veces en el instante siguiente los separa; pero los lazos formados por la caridad duran eternamente. La injusticia é inconstancia de nuestro gusto es el primer principio de nuestro amor y de nuestro aborrecimiento; el segundo es el interés, porque no hay cosa mas frecuente que el oíros justificar vuestros rencores, diciéndonos que tal persona no ha omitido diligencia alguna para perderos; que ha trastornado vuestra fortuna; que todos los dias os está armando nuevos lazos; que en todos los negocios os encontrais con él, y que es cosa muy difícil el haber de amar á un enemigo tan declarado contra vosotros.

13. Pero supongo que decís verdad, y os respondo: ¿Por qué quereis añadir á los demás males que os ha hecho vuestro prójimo, el de aborrecerle, que es el mayor de todos; pues con los demás solo ha conseguido quitaros unos bienes frívolos y perecederos, y este pierde vuestra alma, y os priva para siempre del derecho que teneis al reino inmortal? Mas daño os haceis á vosotros mismos aborreciéndole, que cuanto pudo haceros toda su malicia. Quiero concederos que ha trastornado vuestra fortuna temporal; pero si vosotros le aborreceis, trastornais todo el fundamento de vuestra salud eterna: demos que os ha usurpado el patrimonio de vuestros padres; pero para vengaros es preciso que renunciéis la herencia del Padre celestial y el eterno patrimonio de Jesucristo: luego viene á caer la venganza sobre vosotros mismos, y para consolaros en los males que os ha hecho vuestro prójimo os disponéis á vosotros mismos un mal sin fin y sin medida.

14. Además de esto, el odio á vuestro prójimo ¿os restituye las utilidades que él os ha quitado? ¿Mejorais así de condicion?

¿Qué provecho sacais de vuestro rencor y sentimiento? Os consolais, decís, con aborrecerle, y esto es el único consuelo que os queda; pero ¿qué consuelo es, ¡gran Dios! el del aborrecimiento? esto es, el de una pasion infame y violenta, que despedaza el corazon, que derrama la iniquidad y la tristeza en nuestras almas, y que empieza castigándonos y haciéndonos infelices? ¡Qué gusto tan cruel el del aborrecimiento, esto es, el llevar sobre el corazon un peso de amargura que emponzoña toda la vida! ¡Qué modo tan bárbaro de consolarse! ¿No sois dignos de lástima cuando buscáis un alivio para vuestros males, que no hace mas que eternizar, con el aborrecimiento, una ofensa tránsitoria?

13. Pero dejemos este estilo humano. Hablemos con el estilo del Evangelio, al que están consagrados nuestros labios. Si fuérais cristianos, amados oyentes míos, si no hubiérais perdido la fe, léjos de aborrecer á aquellos de quienes se ha valido Dios para trastornar vuestras esperanzas y vuestros proyectos de fortuna, los miraríais como instrumentos de las misericordias de Dios para con vuestra alma, como ministros de vuestra santificacion, y como felices escollos que han servido para libertaros del naufragio. En el estado de elevacion y crédito, os hubiérais perdido, os hubiérais olvidado de Dios; vuestra ambicion se hubiera aumentado con vuestra fortuna, y os hubiera sobrecogido la muerte en la confusion del mundo, de las pasiones y de las esperanzas humanas; pero el Señor, para preservar vuestra alma, os suscitó con su gran misericordia unos obstáculos que os detuvieron en el camino; se sirvió de un envidioso y de un rival para abatiros, para apartaros de los favores, y ponerle entre vosotros y el precipicio en que íbais á caer y á perecer sin remedio. Favoreció, por decirlo así, su ambicion y sus intentos, y por un exceso incomprensible de bondad para con vosotros trastornó los vuestros. Ensalzó á vuestros enemigos en lo temporal para salvaros á vosotros en lo eterno. Debeis, pues, adorar los designios de su justicia y de su misericordia para con los hombres; mirar á vuestro prójimo como la feliz ocasion de vuestra salud; pedir á Dios que pues se sirvió de su ambicion ó de su mala voluntad para salvaros, le inspire un sincero arrepentimiento, y no permita que perezca el que tanto ha contribuido á vuestra eterna salud.

16. Sí, católicos, nuestros odios únicamente provienen de nuestra poca fe. ¡Ah! si miráramos todo lo que pasa como un humo que no tiene consistencia; si estuviéramos persuadidos de que cuan-

to hay en el mundo es nada, y que la salvacion es el principal negocio; que nuestro tesoro y nuestras verdaderas riquezas solamente existen en la eternidad, á la que hemos de pasar dentro de un instante: si estuviéramos persuadidos de esto, miraríamos á los hombres que se resienten, se alteran y tienen entre sí disputas y quimeras por las dignidades de la tierra, como á niños que riñen entre sí por unos juguetes que solo sirven de diversion á su edad, en la que los odios y rencores pueriles solo se fundan en unas bagatelas, que solamente la infancia y falta de razon aumenta á su vista. Estos viven tranquilos en medio de los mayores y mas funestos sucesos, de la pérdida del patrimonio de sus padres, de la ruina de su familia, y sienten vivamente el que les quiten los frívolos objetos que sirven de diversion á su niñez. De este modo ¡oh Dios mio! los hombres insensatos y pueriles no sienten la pérdida de su patrimonio celestial, de aquella inmortal herencia que les dejó Jesucristo, y de la que ya gozan sus hermanos en el cielo; miran con tranquilidad la pérdida del reino de Dios y de los verdaderos bienes, y se enfurecen unos contra otros, como niños, cuando se llega á sus pueriles diversiones, y cuando les quitan los juguetes que no tienen mas valor que para engañar su débil razon, y para servir de divertimento á su niñez. Luego el interés es para el Cristianismo un pretexto indigno y culpable del odio á sus prójimos; pero aun admite menos excusa la vanidad, que es la última raíz.

17. Porque, católicos, nosotros queremos que nuestros defectos sean aplaudidos y aprobados como si fueran virtudes; y aunque conozcamos nuestras flaquezas, somos tan injustos, que queremos que no las vean los demás, y que nos alaben ciertas cualidades que nosotros nos reprendemos á nosotros mismos como vicios. Quisiéramos que los hombres no abriesen la boca sino para publicar nuestras alabanzas, y que el mundo, que á nadie perdona, que no disimula aun á sus soberanos, admirase en nosotros lo que en los demás censura.

18. Á la verdad, os quejais de que vuestro enemigo os ha desacreditado en público y en secreto; que á la calumnia ha añadido la murmuracion; que os ha tocado en lo mas vivo y sensible, y que no ha omitido diligencia alguna para quitaros el honor y la reputacion con los hombres. Pero antes de responderos os podia decir desde luego: Dudad siempre de lo que os cuentan que ha dicho vuestro prójimo, porque las mas inocentes conversaciones llegan siempre á nuestra noticia emponzoñadas por la malicia de las

lenguas por donde pasan. Hay muchos aduladores indignos que quieren agradar á costa de los que no agradan. Hay muchos espíritus viles y perversos que solo se deloitan en descubrir mal donde no le hay, y en ver reinar la discordia entre los hombres. Hay muchos genios indiscretos é inconsiderados que refieren, sin ser del caso y con un tono malicioso, lo que solo se habia dicho antes con inocente intencion. Hay muchos hombres naturalmente ponderativos, en cuya boca todo crece, todo se aumenta, todo excede los límites de la verdad sencilla y natural. No quiero mas testigos que á vosotros mismos. ¿No os ha sucedido alguna vez que hayan dado siniestro sentido á vuestras mas inocentes conversaciones, y añadido á ellas algunas circunstancias que no os habian pasado por el pensamiento? ¿No os quejásteis entonces de la injusticia y de la maldad de la relacion? Pues ¿por qué no habréis podido ser engañados en la que os han hecho? Sí lo que pasa por tantos conductos se altera regularmente, y nunca llega á nosotros como se dijo en el principio, ¿por qué habeis de querer que solamente las conversaciones que se dirigen á vosotros estén libres de este destino, y merezcan mas atencion y creencia?

19. Me responderéis sin duda que aquí no vienen estas máximas generales, pues los hechos de que os quejais no son dadosos. Está muy bien, pero os pregunto: ¿Vuestro prójimo no tiene las mismas quejas de vosotros? ¿Han hallado en vosotros sus defectos mas indulgencia y caridad? ¿Habeis hecho siempre justicia á sus buenas prendas? ¿Habeis impedido el que se hable mal de él en vuestra presencia? ¿No habeis contribuido á la malignidad de estas conversaciones con una fingida moderacion, y con unas medias palabras, que solo sirvieron de encender el fuego de la detraccion, y de dar armas contra vuestro prójimo? Os pregunto: ¿Habeis usado de esa circunspeccion con los demás hombres? ¿Os habeis compadecido de las flaquezas ajenas? ¿No está siempre vuestra lengua bañada de hiel y ajenjos? ¿No ha corrido siempre peligro entre vuestras manos la reputacion mas bien fundada? Los lances mas funestos y secretos ¿no se hacen públicos inmediatamente por vuestra malicia é imprudencia? ¡Oh hombre, y qué delicado eres en lo que mira á tu propia persona! nosotros necesitamos valernos de todo el terror de nuestro ministerio y de los mas poderosos motivos de la Religion para persuadirte á que perdones á tu prójimo una sola conversacion, ó una palabra que acaso dijo por descuido, por casualidad, movido de la ocasion, ó de un justo senti-

miento, y la libertad de tus conversaciones para con los demás ¿no ha de conocer ni aun los límites de la cortesía y buena crianza que prescribe el mundo?

20. Quiero concederos que en nada faltaís á la moderacion que debéis tener con vuestro prójimo. Pero ¿qué haceis con aborrecerle? ¿Borrais con eso las siniestras impresiones que pudieron dejar sus dichos en el espíritu de los demás hombres? Haceis una nueva llaga en vuestro corazon, y os atravesais vosotros mismos un puñal que da la muerte á vuestra alma; le quitais la espada de sus manos, si es lícito decirlo así, para atravesaros vosotros con ella. Hacednos ver en la inocencia de vuestras costumbres y en la integridad de vuestra conducta la injusticia de sus dichos. Disipad con una vida irrepreensible las ideas que puede haber dado contra vosotros. Haced con las virtudes opuestas á los vicios que os imputa que caiga sobre él la bajeza y la iniquidad de sus calumnias. Este es el modo justo y lícito de vengaros. Triunfad de su malicia con vuestras costumbres y con vuestro silencio. De este modo pondréis, como dice la Escritura, carbones encendidos sobre su cabeza; el público se pondrá de vuestra parte; á vuestro enemigo no le quedará mas que la vergüenza de sus excesos é imposturas. Pero el aborrecerle es venganza de cobardes, es el triste consuelo de los culpados; en una palabra, es el recurso de aquellos que no le pueden hallar en la virtud y en la inocencia.

21. Pero, finalmente, dejemos todas estas razones, y vamos al punto esencial. Se os manda que ameís á los que os maltratan y calumnian; que rogueis por ellos; que pidais á Dios que los convierta, que mude su perverso corazon, que les inspire pensamientos de paz y de caridad, y que los coloque en el número de sus Santos. Se os manda que los mireis anticipadamente como á ciudadanos de la Jerusalem celestial, con los que habeis de bendecir eternamente las riquezas de la divina misericordia, reunidos con ellos en el seno de Dios, participando de su misma felicidad, formando con ellos una misma voz para cantar las alabanzas inmortales de la gracia. Se os manda que mireis las injurias como beneficios, como castigo de vuestros ocultos pecados, por los que tantas veces habeis merecido ser confundidos en la presencia de los hombres, y como premio del reino de Dios, el que solo está prometido á los que sufren con piedad las persecuciones y calumnias. Porque, finalmente, es preciso venir á parar en esto. El amor propio bastaria para amar á los que nos aman, á los que nos alaban y

Segunda parte.

26. No hay precepto en toda la ley de Dios que deje menos lugar á la duda y al engaño que el que nos obliga á amar á nuestros prójimos ; y, no obstante, no hay ninguno cerca del cual nos formemos mas ilusiones y falsas máximas. Verdaderamente, casi todos nos dicen que han perdonado de todo corazón á su prójimo , y que en este punto se halla tranquila su conciencia ; y, no obstante, no hay cosa mas rara que el perdonar ; apenas hay reconciliación que mude los corazones y que no sea una falsa apariencia de amistad, ya sea que se considere en su principio, ya sea que se examine en sus medios y en sus consecuencias.

27. Dije en su principio ; porque, católicos, para que una reconciliación sea sincera y real es preciso que nazca de la caridad y de un amor cristiano á nuestro prójimo. Pero, por lo comun, los motivos humanos son la principal causa de una obra que no puede ser sino obra de la gracia. Nos reconciliamos por ceder á las instancias de nuestros enemigos, por evitar el ruido que pudiera resultar de una enemistad declarada, cuyas funestas consecuencias acaso serian contra nosotros mismos, por no privarnos de ciertas concurrencias á las que no podríamos asistir si nos obstinásemos en permanecer irreconciliables con nuestro prójimo ; nos reconciliamos por condescender con los grandes que nos piden este favor, por adquirir fama de moderación y de grandeza de alma, por no dar al público un espectáculo que no corresponderia á la idea que queremos se forme de nosotros, por atajar las continuas quejas y los dichos perjudiciales de un enemigo que acaso nos conoce demasiado, y que ha sido antes tan confidente nuestro que tiene bien merecido que usemos con él de respetos y que le hagamos callar con la reconciliación. ¿Qué mas he de decir? Acaso tambien nos reconciliamos, como Saul, para ofender con mas seguridad al enemigo y engañar sus precauciones y vigilancias.

28. Estos son los mas frecuentes motivos de las reconciliaciones que se ven todos los dias en el mundo ; y es esto tan evidente, que muchos pecadores en quienes no se observa rastro alguno de piedad, con todo eso se reconcilian todos los dias con sus prójimos, y no pudiendo vencerse en orden á las mas fáciles obligaciones de la vida cristiana, parecen héroes en el cumplimiento de esta que es la mas difícil de todas ; pero estos son héroes de la vanidad, y no

de la caridad, pues separan de la reconciliacion lo que en esta es verdaderamente penoso y heróico en la presencia de Dios, que es el olvido de la injuria y la mudanza de nuestro corazon para con nuestro prójimo; y solamente retienen lo que es glorioso para con los hombres, que es una apariencia de moderacion, y una facilidad de vencerse, que el mismo mundo alaba.

29. Pero si son falsas la mayor parte de las reconciliaciones examinados los motivos, no lo son menos si se atiende á sus medios. Mirad ¡cuántas medidas, cuántas negociaciones, cuántas formalidades, cuántos trabajos para llegar á efectuarla! ¡Qué atenciones no hay que guardar, qué arbitrios no hay que vencer, qué intereses que conciliar, qué obstáculos que quitar, y qué pasos que medir! Por eso vuestra reconciliacion no es obra de la caridad, sino de la prudencia y de la habilidad de vuestros amigos: es un negocio mundano, y no un paso de religion; es un tratado que se concluye felizmente, y no cumplimiento de la obligacion de la fe; es obra del hombre, y no de Dios; en una palabra, es una paz que nace de la tierra, y no una paz que viene del cielo. Porque, á la verdad, los hombres que con su industria y con la habilidad de sus medidas os han reconciliado con vuestro prójimo ¿han podido al mismo tiempo hacer revivir la caridad que estaba apagada en vuestro corazon? ¿Han podido restituiros este tesoro que habéis perdido? Estos bien habrán podido hacer que cesen los escándalos de un rompimiento declarado, y restablecer entre vosotros y vuestro prójimo las obligaciones exteriores de la sociedad; pero no han podido mudar vuestro corazon, el que solamente Dios tiene en sus manos; no han extinguido el odio, al que solamente puede aniquilar la gracia. Es verdad que os habeis reconciliado, pero aun no amais á vuestro prójimo; porque si le amáis sinceramente, no hubiera habido necesidad de tantos mediadores para reconciliaros con él. El amor es medianero ó intérprete de sí mismo. La caridad es aquella palabra compendiosa que hubiera excusado á vuestros amigos los infinitos cuidados que tuvieron que emplear para poder reduciros. La caridad no es tan mesurada: manifesta con sencillez lo que sinceramente siente; pero vosotros pusísteis mil condiciones antes de rendiros, disputásteis todos vuestros pasos, no quisísteis pasar de cierto punto, y pedísteis que vuestro prójimo se adelantase. La caridad, católicos, no conoce regla alguna de estas; no tiene mas que una, que es olvidar la injuria, y amar al prójimo como á sí mismo.

30. Confieso que en este asunto se deben observar ciertas reglas de prudencia, y que muchas veces unos pasos demasiado precipitados é intempestivos podrian no salir bien, y aun acaso irritar mas á nuestro prójimo. Pero digo que todas estas reconciliaciones efectuadas con tanto trabajo, en las que por una y otra parte no se cede mas que hasta cierto punto, y con unas precauciones tan severas y precisas, en las que entran tantas mediaciones y misterios, son frutos de la prudencia de la carne: corrigen las acciones exteriores, pero no llegan al corazon; unen las personas, pero no los afectos; restablecen la correspondencia, pero dejan los mismos sentimientos; en una palabra, hacen que cese el escándalo del odio, pero no el pecado. Jesucristo nos manda simplemente que nos reconciliemos con nuestro prójimo: *Vade reconciliari fratri tuo*¹. No nos dice: No te adelantes demasiado, porque puede tu prójimo abusar de tu bondad; asegúrate antes de que él ha de andar la otra mitad del camino. No le busques tú, no sea que mire esa accion como apología de sus quejas, como una confesion tácita de tu mal proceder, y como una sentencia que pronuncias contra tí mismo: Jesucristo nos dice simplemente: vé á reconciliarte con tu prójimo. Quiere que únicamente la caridad sea la medianera de vuestra reconciliacion. Supone que para amar á nuestros prójimos no tenemos necesidad de medianeros, y que nuestro corazon no debe necesitarlos. Estos son los medios de las reconciliaciones; y siendo casi siempre humanos los motivos y los medios viciosos, las consecuencias no pueden menos de ser vanas é inútiles. Digo las consecuencias; porque, católicos, ¿en qué vienen á parar la mayor parte de las reconciliaciones que todos los dias vemos en el mundo? ¿Cuál es su fruto? ¿Qué es lo que se llama reconciliarse con su enemigo? Vedlo aquí.

31. Nos decís primeramente que os habeis reconciliado con vuestro prójimo, que le habeis perdonado de todo corazon; pero que habeis hecho ánimo de no verle mas, y de no tratar en adelante con él. Y de este modo vivís tranquilos. Creeis que no manda mas el Evangelio, y que ni el confesor tiene derecho para pedirnos mas. Pero yo os digo claramente que no habeis perdonado á vuestro prójimo, y que para con él estais aun en un rencor, en la muerte y en el pecado. Porque, os pregunto: ¿Se puede temer el ver á lo que se ama? Y si vuestro enemigo se ha hecho ya vuestro

¹ Matth. v, 24.

hermano, ¿qué puede tener su presencia que os sea tan funesto y odioso? Decís que le habeis perdonado, que le amais; pero que por evitar casualidades, y por temor de que su presencia despierte en vosotros algunas ideas molestas, os parece mas seguro privaros de su vista. Pero ¿qué amor es este, que solamente con la presencia del objeto amado se irrita contra él, y se muda en rencor é indignacion? Decís que le amais, y acaso quereis decir que no intentais dañarle ni ofenderle; pero no basta esto: la Religion os manda tambien que le améis, porque para no querer dañar á un amigo basta el honor, la indiferencia, la moderacion, el temor y la falta de ocasion; pero para amarle es preciso ser cristiano, y esto es justamente lo que vosotros no quereis.

32. Decidme: ¿quisiérais que Dios os amase con condicion de que nunca os habia de ver? ¿Estaríais satisfechos de su bondad y de sus misericordias si os apartara para siempre de su divina presencia? Pues bien sabeis que el Señor os ha de tratar del mismo modo que hubiéseis tratado á vuestro prójimo. Si el príncipe os mandara que nunca pareciérais en su presencia, ¿creeríais que estábais muy adelante de su gracia? Continuamente estais diciendo que es desgraciado el hombre á quien no se le permite presentarse ante el soberano, ¿y nos quereis persuadir á que amais á vuestro prójimo, y que no teneis ya rencor alguno contra él, cuando al mismo tiempo solamente su presencia os molesta é irrita? Y ¿qué señal mas evidente se puede dar del odio al prójimo, que no poder sufrir ni aun su presencia? Este es el último exceso del rencor y del aborrecimiento; porque hay algunos odios mas moderados y tranquilos, que á lo menos se ocultan, se vencen, dan en lo exterior lo que es debido á la atencion y á la buena crianza, y que aunque niegan el corazon á la obligacion, tienen bastante poder sobre sí mismos para cumplir con el mundo. Pero vuestro odio ha llegado á tal exceso, que no se puede disimular, que no conoce moderacion ni cortesía, y ¡con todo eso nos quereis persuadir que no aborreceis! Manifestais aun las mas violentas señales de rencor, ¡y quereis que las tengamos por señales indubitables de un amor cristiano y sincero!

33. Pero, por otra parte, ¿se hicieron los cristianos para no verse, y para vivir privados de toda correspondencia entre sí? Los cristianos, los miembros de un mismo cuerpo, los hijos de un mismo padre, los discípulos de un mismo maestro, los herederos de un mismo reino, las piedras de un mismo edificio, las porciones

de una misma masa, los cristianos que son la participacion de un mismo espíritu, de una misma redencion y de una misma justicia; los cristianos que salieron de un mismo seno, reengendrados con las mismas aguas, incorporados con la misma Iglesia, rescatados con un mismo precio, ¿han de haber sido formados para huir unos de otros, para tener por molestia el verse, y para no poder sufrirse mutuamente entre sí? Toda la Religion nos enlaza y nos une unos á otros; los Sacramentos de que participamos, las preces públicas y las acciones de gracia que cantamos, el pan de bendicion que ofrecemos, las ceremonias del culto de que nos gloriamos, la congregacion de los fieles á que asistimos, todas estas exterioridades son símbolos de la union que nos enlaza mutuamente. Toda la religion no es mas que una santa sociedad, una comunicacion divina de oraciones, de sacrificios, de obras y de méritos; todo nos enlaza, todo nos une; todo hace de nosotros y de nuestros prójimos una familia, un cuerpo, un corazon y una alma; ¿y os parece á vosotros que amais á vuestro prójimo, que conservais con él los mas sagrados lazos de la Religion, al mismo tiempo que estais rompiendo los de la sociedad, y no podeis sufrir ni aun su presencia?

34. Aun mas: ¿cómo podréis participar con él de la misma esperanza? Pues por razon de esta esperanza comun debeis vivir eternamente con él, ser feliz con él, tener su felicidad por propia vuestra, estar unidos con él en el seno de Dios, y cantar con él las eternas alabanzas de la gloria. ¡Ah! ¿cómo podréis esperar el estar eternamente unidos con él, y hacer de esta esperanza el mas suave consuelo de vuestra vida, si os parece cosa tan suave el vivir separado de él, y si su sola presencia os sirve de suplicio? Renunciad, pues, á las promesas y á las esperanzas de la fe; separaos como un anatema de la comunion de los fieles; privaos del altar y de los tremendos misterios; desterraos de la congregacion de los santos; no vayais á ofrecer vuestras oraciones, pues todas estas obligaciones de la Religion os suponen unido con vuestro hermano, y si no lo estais se convierten en irrisiones, dan testimonio contra vosotros en presencia de los altares, y os intiman que salgais de la congregacion de los santos como un publicano y un infiel.

35. Acaso atemorizados con estas grandes verdades nos diréis, por último, que os conformaréis con ver á vuestro prójimo, con vivir en paz con él, que no faltaréis á la correspondencia regular; pero que en lo demás sabeis muy bien lo que habeis de hacer, y que él no tiene que contar mucho con vuestra amistad.

36. ¡No faltaréis á las correspondencias regulares! Y ¿os parece, amados oyentes míos, que esto es perdonar, reconciliarse con su prójimo, y amarle como á sí mismo? Sabed que la caridad que nos manda el Evangelio está en el corazon: esta no consiste en una simple correspondencia, en una vana exterioridad, en una ceremonia inútil, sino en una disposicion verdadera, en un amor efectivo, en un afecto sincero y pronto á manifestarse en las obras. Amais como judíos y fariseos, pero no amais como cristianos y como discípulos de Jesucristo. La ley de la caridad es la ley del corazon, arregla los pensamientos, muda las inclinaciones, derrama el aceite de la paz y de la suavidad sobre las llagas de una voluntad irritada y herida, y vosotros haceis de ella una ley absolutamente exterior, una ley farisáica y superficial, que solo regula las exterioridades, que no dirige sino los movimientos, y que solamente se cumple con vanas apariencias.

37. Pero no solamente se os manda que no falteis para con vuestro prójimo á las reglas de la buena crianza, y que cumplais con las mútuas obligaciones que nos impone la sociedad: esta es una ley que os prescribe el mundo, estas son sus reglas y sus costumbres; pero Jesucristo os manda que le ameis, y mientras tengais apartado de él vuestro corazon, de poco sirve el que le concedais aquellas exterioridades de buena crianza; negais á la Religion lo que la es mas esencial, solamente os aventajais á los pecadores que rehusan el ver á sus prójimos en que os sabéis contener por respeto al mundo, y no sabéis violentaros por la salvacion.

38. Y á la verdad, católicos, que si los hombres solamente estuvieran unidos entre sí con los lazos exteriores de la sociedad, bastaría sin duda el tributarse estas obligaciones exteriores, y mantener aquel mútuo comercio de cuidados, atenciones y cortesías, en que consiste toda la armonía del cuerpo político; pero nosotros estamos mútuamente unidos con los íntimos y sagrados lazos de la fe, de la esperanza, de la caridad y de la Religion. Componemos en el mundo una sociedad absolutamente interior y santa, cuyo lazo invisible es la caridad, y que en todo es distinta de la sociedad civil que establecieron los legisladores. Por eso cumpliendo en orden á vuestros prójimos con correspondencias exteriores, cumplís con las obligaciones de la sociedad civil, pero no con las de la Religion. No turbais el orden político, pero trastornais el de la caridad; sois un buen ciudadano, pero no ciudadano del cielo; sois un hombre de este siglo, pero no del siglo venidero. El mundo podrá quedar sa-

tisécho, y no pediros mas; pero nada habeis hecho para con Dios, porque no habita la caridad en vosotros, y vuestra condenacion es indefectible. Decidnos ahora que no faltaréis á la buena correspondencia, y que esto es lo mas que nos pide la Religion: luego esta no pediria mas que ficciones, exterioridades y vanas apariencias. No pediria cosa alguna real y verdadera que mudase el corazón. Y el gran precepto de la caridad, en la que únicamente consiste la realidad de todas nuestras obras, no seria mas que una falsa apariencia y una vana hipocresía.

39. Pero no me creais á mí en este punto, consultad al público. Mirad si, no obstante las apariencias de que usais con vuestro prójimo, no es fama pública en el mundo que no le amais, y si el mismo mundo no procede consiguiente á esta persuasion. Mirad si los que dependen de vosotros, los que os tratan ó tienen con vosotros alguna conexión, no fingen tambien el apartarse de vuestro prójimo; mirad si todos los que le aborrecen, que tienen intereses contrarios á los suyos, no buscan vuestra amistad, no entablan con vosotros nuevas conexiones, y si esta persuasion no os da por amigos á todos aquellos que no lo son de vuestro prójimo; mirad si los que esperan de vosotros algunos favores no empiezan por abandonarle, y si no les parece que os hacen la corte no haciéndosela á él: bien veis que el mundo os conoce mejor que os conoceis vosotros mismos; que no se engaña acerca de las disposiciones de vuestro corazón, y que no obstante las vanas apariencias que usais con vuestro hermano, es tan evidente que le teneis un odio mortal, que en este punto el mismo mundo se conforma con nosotros, siendo así que en todo lo demás tenemos que contradecirle.

40. En esto vienen á parar la mayor parte de las reconciliaciones que todos los dias suceden en el mundo. Nos volvemos á ver, pero no nos reunimos; nos prometemos una mútua amistad, pero no la cumplimos; nos juntamos, pero los corazones siempre perseveran distantes; y por eso tuve yo razon para decir que son eternos los rencores, y casi todas las reconciliaciones fingimientos; que perdonamos la ofensa, pero nunca al ofensor; que dejamos de tratar á nuestro prójimo como á enemigo, pero que nunca le miramos como á hermano. Y esto es lo que estamos viendo todos los dias. Vemos en el mundo personas condecoradas, familias ilustres que observan entre sí ciertas reglas de correspondencia, las que no pueden quebrantar sin escándalo, y que no obstante esto mantienen ideas muy opuestas, públicos y declarados afectos de envidia, de

celos y mútuos rencores; se destruyen, se miran con enemistad, hacen á todos sus dependientes partidarios de sus quejas y de su aversion; dividen el mundo, la corte, la ciudad, hacen causa pública de sus disensiones domésticas, y establecen en el mundo la opinion y el escándalo de que no se aman; que quisieran arruinarse mútuamente, que aunque es verdad que observan ciertas apariencias de amistad, en la realidad los intereses y afectos están para siempre divididos sin remedio; y no obstante por ambas partes se vive con fama de piedad y en el ejercicio de las buenas obras. Tienen confesores distinguidos, de gran reputacion en el mundo; y no obstante, fiados en que se tributan mútuamente ciertos respetos, aunque por otra parte viven en un rompimiento público y declarado, frecuentan los Sacramentos y asisten á los sagrados misterios; llegan con serenidad al altar, se presentan con frecuencia y sin escrúpulo en el tribunal de la Penitencia, y en vez de confesar en él su rencor delante del Señor, y de gemir por el escándalo que padece el público, se quejan de su enemigo; en vez de acusarse á sí mismos, le acusan á él; ponderan los exteriores respetos que le rinden, como señales de que no está irritado el corazon. ¿Qué mas diré? Aun los mismos ministros de la Penitencia, que deberian ser jueces de nuestros odios, son las mas veces sus apologistas: se dividen con el público, toman partido en las enemistades y preocupaciones de sus penitentes, publican la equidad de su queja, y hacen que el único remedio destinado á curar el mal solo sirva de revestirle con apariencias de bien, y hacerle mas incurable.

41. ¡Gran Dios! Vos solo podeis cerrar las heridas que una soberbia delicadeza ha hecho en mi corazon, manteniendo en él odios injustos. Haced, Señor, que yo me olvide de unas ofensas leves, para que Vos os olvidéis de los delitos de toda mi vida. ¿He de ser yo, ó Dios mio, tan sensible é inexorable á los mas leves ultrajes, cuando tengo tanta necesidad de que useis conmigo de indulgencia y de una gran misericordia? ¿Igualan acaso las injurias de que yo me quejo á aquellas con que mil veces he deshonorado vuestra suprema grandeza? ¿Es posible, gran Dios, que un gusano de la tierra se haya de irritar y enfurecer con los menores desprecios, cuando vuestra Majestad soberana ha tanto tiempo que sufre con tanta bondad sus rebeldías y ofensas? ¿Quién soy yo para que me muevan tanto los intereses de mi gloria! ¿Yo que en vuestra presencia no me atrevo á poner los ojos en mis ocultas ignominias, que merezco ser el oprobio de los hombres y el desprecio del pueblo! ¿Yo que nada

tengo que sea digno de alabanza , aun segun el mundo, sino la felicidad de haberle ocultado mis flaquezas y mis excesos! ¡Yo que debiera mirar los mayores ultrajes como un castigo muy benigno! ¡Yo, finalmente, que no puedo esperar mi salud eterna, si Vos no os olvidais de vuestra propia gloria, la que tantas veces he ultrajado!

42. Pero no, ¡Dios mio! Vos habeis puesto vuestra propia gloria en perdonar al pecador, y yo pondré tambien la mia en perdonar á mi prójimo. Recibid, Señor, ese sacrificio que os hago de mis resentimientos. No juzgueis de su valor por el leve de las ofensas que yo olvido, sino por la soberbia que las habia aumentado, y me las habia hecho tan sensibles, y pues me habeis prometido el perdon de mis ofensas luego que yo perdone las de mi enemigo, cumplid, Señor, vuestras promesas; con esta esperanza me atrevo á contar con vuestras eternas misericordias. Amen.

SERMON

SOBRE

LA VERDAD DE OTRA VIDA ETERNA.

Ibunt hi in supplicium eternum, justi autem in vitam eternam. (Matth. xxv, 46).

Estos irán á un eterno suplicio, y los justos á la vida eterna.

1. Ved aquí, católicos, en lo que vendrán á parar por último los deseos, las esperanzas, los consejos y las empresas de los hombres. Ved, aquí, finalmente, el término de las vanas reflexiones de los sábios y de los entendimientos rebeldes, de las dudas é incertidumbres eternas de los incrédulos, de los vastos proyectos de los conquistadores, de los monumentos de la gloria humana, de los cuidados de la ambicion, de las distinciones de los talentos, de las inquietudes de la fortuna, de la prosperidad de los imperios, y de todas las frívolas revoluciones de la tierra. Esta será la terrible solución que nos manifestará por último los misterios de la Providencia en orden á los diversos destinos de los hijos de Adán, y que justificará su conducta en el gobierno del universo. Esta vida no es mas que un rápido instante y el principio de otra vida eterna; la suerte de todos los hombres se dividirá en unos tormentos que nunca se han de acabar, ó en las delicias de una felicidad inmortal, y nuestro destino ha de ser uno de estos dos extremos.

2. Con todo eso la imagen de este grande espectáculo, que en otro tiempo fue suficiente para asustar la ferocidad de los tiranos, para hacer temblar la constancia de los filósofos, para turbar las delicias y el regalo de los Césares, para domesticar á los pueblos mas bárbaros, para formar tantos mártires, para poblar los desiertos, y sujetar todo el universo al yugo de la cruz; esta imagen tan terrible hoy ya casi no está destinada mas que para asustar la timidez del pueblo sencillo: aquellos grandes objetos han venido á ser pinturas vulgares, que casi no nos atrevemos á exponer á la falsa delicadeza de los poderosos y de los sábios del mundo; y el fruto que regularmente sacamos de este género de discursos es el que al sa-

lir de ellos pregunten si todo sucederá como lo hemos dicho.

3. Porque, católicos, vivimos en un tiempo en que ha naufragado la fe de muchos; en que una fatal filosofía, como un mortal veneno, se esparce ocultamente, y pretende justificar las abominaciones y los vicios contra la fe de las penas y de las recompensas futuras. Esta plaga ha pasado de los palacios de los grandes hasta el pueblo, y en todas partes se ofende á la piedad de los justos con conversaciones de irreligion y máximas de libertinaje.

4. Y á la verdad, católicos, no me admiro de que unos hombres disolutos duden de la eternidad, y procuren combatir y debilitar una verdad tan propia para turbar sus pecaminosas delicias. Terrible cosa es el esperar una infelicidad eterna. El mundo no tiene placer que dure á vista de un pensamiento tan triste, y por eso ha procurado siempre borrarle del corazon y del espíritu de los hombres. Conoce muy bien que la fe de lo por venir es un freno que incomoda las pasiones humanas, y que nunca podrá conseguir el que los hombres disolutos estén sosegados y tranquilos, si antes no los hace incrédulos. Quitemos, pues, católicos, á la corrupcion del corazon humano un apoyo tan débil y tan monstruoso. Hagamos ver á las almas disolutas, que han de sobrevivir á sus desórdenes, que no todo muere con el cuerpo, que esta vida acabará sus delitos, pero no sus desgracias; y para mejor confundir la impiedad, impugnemos los vanos pretextos en que se funda.

5. Primeramente, nos dice el impío: ¿Quién sabe si todo muere con nosotros? ¿Es cierta la otra vida de que nos hablan? ¿Quién ha vuelto de allá para decirnos lo que allí pasa? En segundo lugar: ¿Es compatible con la grandeza de Dios, dicen tambien, el abatirse á cuidar de lo que pasa entre los hombres? ¿Qué le importa el que unos gusanos de la tierra, como nosotros, se degüellen, se engañen, se despedacen, que vivan con placeres ó con templanza? ¿No es soberbia del hombre el creer que cuida de él un Dios tan grande? Finalmente añaden: ¿Qué apariencia puede haber de que habiendo Dios hecho nacer al hombre segun él es, castigue como delitos unas inclinaciones á los placeres que se hallan dentro de nosotros, y que nos dió la naturaleza? Esta es toda la filosofía de las almas sensuales: la incertidumbre de la eternidad, la grandeza de un Dios á quien no puede ofender una vil criatura, y la flaqueza natural del hombre, á la que seria cosa indigna acusar de delito.

6. Manifestemos, pues, desde luego, contra la incertidumbre de los impíos, que la verdad de la otra vida se justifica con las mas

puras luces de la razon : en segundo lugar, contra la indigna idea que se forman de la grandeza de Dios, que esta verdad corresponde á su sabiduría y á su gloria; finalmente, contra el pretexto sacado de la flaqueza del hombre, que se justifica por el mismo juicio de su propia conciencia. La certidumbre de la otra vida, su necesidad, y el dictámen interior de la conciencia que nos la persuade, serán el asunto de mi discurso.

7. ¡Oh Dios mío! no mireis el ultraje que hacen á vuestra gloria las blasfemias de la impiedad. Considerad y ved solamente de lo que es capaz un entendimiento á quien no iluminais. Reconoced en los monstruosos extravíos del espíritu humano la severidad de vuestra justicia, cuando esta le abandona, para que cuanto mas descubra yo aquí las insensatas blasfemias del impío, le tengáis por mas digno de vuestra piedad y de las riquezas de vuestra misericordia : *Ave María.*

Primera parte.

8. Sin duda que es cosa terrible el haber de justificar en presencia de unos fieles la verdad de mayor consuelo que tiene la fe; el haber de probar á unos hombres á quienes se les ha anunciado á Jesucristo que su ser no es un extravagante conjunto, ni un funesto efecto de la casualidad; que un artífice sábio y omnipotente ha presidido á nuestra formacion y á nuestro nacimiento; que un soplo de inmortalidad anima nuestro barro; que una porcion de nosotros mismos nos ha de sobrevivir, y que nuestra alma al salir de esta casa terrestre ha de volver al seno de Dios de donde habia salido, y ha de ir á habitar la region eterna de los vivos, en donde á cada uno se le ha de dar segun sus obras.

9. Por esta verdad empezó san Pablo á anunciar la fe en el Areopago ¹. Nosotros somos la descendencia inmortal de Dios, decia á aquella asamblea de sábios, y el Señor ha establecido un dia para juzgar al universo. Por esta parte empezaron los hombres apostólicos á poner los primeros cimientos de la doctrina de la salud entre las naciones infieles y corrompidas. Pero nosotros, católicos, que llegamos al fin de los siglos despues que la plenitud de las naciones ha entrado en la Iglesia, despues que todo el universo ha creído, despues que han sido aclarados todos los misterios, cumpli-

¹ Act. xvii, 19, 31.

das todas las profecías, Jesucristo glorificado, abierto y franqueado el camino del cielo; nosotros que venimos al mundo en los últimos tiempos, cuando el día del Señor está mucho mas cercano que cuando creyeron nuestros padres... ¡ah! ¿cuál debe ser nuestro ministerio sino el preparar á los fieles para esta grande esperanza, y enseñarles á estar dispuestos para parecer ante Jesucristo, que está para venir á impugnar todavía aquellas máximas monstruosas é insensatas que borró del universo la primera predicacion del Evangelio?

10. La falsa incertidumbre de la otra vida es el primer fundamento de la seguridad de las almas incrédulas. Nadie sabe lo que pasa en el otro mundo de que nos hablan, suelen decir: ningún muerto nos lo ha venido á contar, y puede ser que todo se acabe con la muerte: gocemos de lo presente, y dejemos al acaso lo por venir, ó lo que no existe, ó, á lo menos, lo que no quisiéramos conocer. Digo, pues, que esta incertidumbre es sospechosa, por razon del principio de que procede; es insensata, por las razones en que se funda, y terrible, por sus consecuencias. Estadme atentos.

11. Es sospechosa por razon del principio de que procede; porque, católicos, ¿cómo se ha formado en el espíritu del impío esta incertidumbre de lo por venir? Para averiguar si una opinion se ha formado en la tierra por los intereses de la verdad, ó por los de las pasiones, basta averiguar su origen. El impío nació con los principios de religion natural comunes á todos los hombres; halló escrita en su corazon una ley que prohibía la violencia, la injusticia, la perfidia y todo cuanto él no quisiera padecer en sí mismo: la educación fortificó estos dictámenes de la naturaleza, le enseñaron á conocer á un Dios, á amarle y á temerle; le enseñaron la virtud en los preceptos, se la hicieron amable con los ejemplos; y aunque halló en sí inclinaciones opuestas á la obligación, cuando le sucedia dejarse arrastrar de ellas, su corazon se ponía en su interior de parte de la virtud contra su propia flaqueza. De este modo empezó á vivir el impío en la tierra. Adoró con todos los demás hombres á un Ser supremo, respetó sus leyes, temió sus castigos, y esperó sus promesas; ¿de qué proviene, pues, que ya no conoce á Dios, que los delitos le parezcan prohibiciones de la política humana, el infierno una preocupacion, la otra vida una químera, y el alma un alicento que perece con el cuerpo? ¿Por qué grados ha llegado á estos conocimientos tan nuevos y extraordinarios? ¿Por qué medios ha podido conseguir el deshacerse de sus antiguas preocupaciones, tan recibidas entre los hombres, tan conformes á los dictámenes de su

corazon y á las luces de su entendimiento? ¿Las ha examinado? ¿Ha consultado? ¿Se ha valido de todas aquellas serias precauciones que pide el negocio mas importante de su vida? ¿Se ha retirado del comercio de los hombres para dar mas lugar á las reflexiones y al estudio? ¿Ha purificado su corazon, temiendo que le engañasen las pasiones? ¿Qué cuidados no se necesitan para desvanecer las primeras idas de que ha sido imbuida el alma desde el principio!

12. Escuchadlos, católicos, y admirad aquí la justicia de Dios para con los hombres corrompidos que entrega á la vanidad de sus discursos. Á proporcion que se han ido desarreglando sus costumbres, les han ido pareciendo sospechosas las reglas; á proporcion que se han ido entorpeciendo, han procurado persuadirse que el hombre era semejante á la bestia; para hacerse impío el hombre ha cerrado todos los caminos que podian guiarle á la verdad, no mirando la Religion como un negocio sério, no examinándola sino para deshonorarla con blasfemias y graciosidades sacrílegas; no ha llegado á ser impío sino procurando obstinarse contra los gritos de su conciencia, y entregándose á los mas infames deleites. Este es el camino por donde ha llegado á los conocimientos raros y sublimes de la incredulidad; estos son los grandes esfuerzos que ha hecho para llegar á descubrir una idea que todos los hombres hasta él habian ignorado ó detestado.

13. El desórden del corazon es la raíz de la incredulidad. Sí, católicos, enseñadme, si podeis, unos hombres prudentes, veraces, castos, arreglados, sóbrios, que no crean en Dios, que no esperen en la eternidad, que tengan á los adulterios, á las abominaciones, á los incestos, por inclinaciones y juegos de una naturaleza inocente; si ha habido en el mundo algunos impíos que parecian prudentes y sóbrios, era ó porque ocultaban mejor sus desórdenes para dar mas crédito á su impiedad, ó porque saciados de los deleites habian llegado á esta falsa templanza. Los excesos fueron siempre la primera raíz de su irreligion. Ya estaba corrompido su corazon antes que naufragase su fe; tenian interés en creer que todo muere con el cuerpo antes de habérselo llegado á persuadir; y aunque el demasiado uso de los deleites pudo disgustarlos de la culpa, no pudo hacerles amable la virtud.

14. ¡Oh qué consuelo, católicos, para nosotros que creemos, el saber que es preciso renunciar á las buenas costumbres, á la probidad, al pudor y á todos los pensamieptos de humanidad, antes de

renunciar á la fe, y dejar de ser hombre para no ser cristiano! Ved ya la incertidumbre del impío sospechosa en su principio. Pero en segundo lugar es insensata por las razones en que se funda.

15. Porque, católicos, para abrazar el funesto partido de no creer cosa alguna, y vivir tranquilos en orden á todo lo que nos dicen de la futura eternidad, se necesitan sin duda unas razones muy decisivas y convincentes. No es cosa natural que el hombre aventure un interés tan sério como es el de su eternidad, fundado en pruebas leves y frívolas; aun menos natural es el que en este asunto abandone el comun dictámen, la fe de sus padres, la religion de todos los siglos, el consentimiento de todos los pueblos, las preocupaciones de su educacion, si no se hallara como precisado por la evidencia de la verdad. Si el impío no está bien asegurado de que todo muere con el cuerpo, no hay cosa igual á su locura y extravagancia; y ¿podrá estar bien seguro de esto? ¿Cuáles son las poderosas razones que le han determinado á tomar este fatal partido? No sabemos, dice, lo que pasa en el otro mundo de que nos hablan. El justo muere como el impío, el hombre como la bestia, y ninguno vuelve de allá para decirnos cuál de los dos se engañó. Apurad aun mas, y os espantaréis de ver la flaqueza de la incredulidad, los discursos vagos, las dudas despreciables, las incertidumbres eternas, y las suposiciones quiméricas, que no serian suficientes para arriesgar la felicidad ó desgracia de uno de sus dias; y se atreve, fundado en ellas, á aventurar una eternidad toda entera.

16. Ved aquí las invencibles razones que opone el impío á la fe de todo el universo; ved aquí aquella evidencia que excede en su entendimiento á lo mas evidente y mejor fundado que hay en la tierra. No sabemos lo que pasa en el otro mundo de que nos hablan. ¡Oh hombre! abre aquí los ojos. Una sola duda basta para hacerte impío, ¿y no han de bastar todas las pruebas de la Religion para hacerte fiel? Dudas si hay otra vida, ¿y no obstante vives como si no la hubiese? No tienes mas fundamento de tu opinion que tu propia incertidumbre, ¿y reprendes nuestra fe como una credulidad vulgar? Pero yo os suplico, católicos, que me digais de parte de quién está la credulidad en este punto, si está de parte del impío, ó del fiel. El fiel cree en la eternidad fundado en la autoridad de las divinas Escrituras, esto es, en el libro que sin contradiccion merece la mayor creencia; en el testimonio de los hombres apostólicos, esto es, de unos hombres justos, sencillos, milagrosos, que derramaron su sangre por dar gloria á la verdad, y á cuya doc-

trina ha dado la conversion del universo un testimonio que hasta el fin de los siglos se levantará contra el impío; en el cumplimiento de las profecías, esto es, en la única señal de verdad que no puede imitar la impostura; en la tradicion de todos los siglos, esto es, en unos hechos que han tenido por ciertos los mayores hombres que ha habido en el mundo desde su creacion, y que han confesado los justos, y en los pueblos mas sábios y políticos; en una palabra, en unas pruebas que, aun cuando no fueran ciertas, á lo menos son verosímiles. El impío niega la eternidad fundado en una simple duda, ó en una pura sospecha. ¿Quién hizo esta eternidad? nos dice. ¿Quién ha vuelto de allá? No tiene razon alguna sólida ni decisiva para impugnar la verdad de lo por venir, y sino dígala, y nos daremos por vencidos. No hace mas que desconfiar de que haya otra vida despues de esta, y lo cree así sin mas fundamento que su desconfianza.

17. Ahora os pregunto, ¿cuál de los dos es el crédulo? ¿Es acaso el que funda su creencia en lo que por lo menos tiene mas verosimilitud entre los hombres y es mas conforme á la razon, ó el que fundado en la debilidad de una simple duda se determina á creer que no hay eternidad? Con todo eso, al impío le parece que se aprovecha mas de su razon que el fiel. Nos mira como á hombres flacos y crédulos; se considera á sí mismo como un espíritu superior á las preocupaciones vulgares, y solo cede á la razon, y no á la opinion comun. ¡Oh Dios! ¡qué terrible sois cuando entregais el pecador á su ceguedad, y cómo sabeis sacar vuestra gloria de los mismos esfuerzos que hacen vuestros enemigos para combatirla!

18. Pero quiero pasar mas adelante: aun cuando hubiera algun fundamento para la duda que se forma el impío de lo por venir, y aun cuando las vanas incertidumbres que le hacen incrédulo contrapesasen á las sólidas y evidentes verdades que nos prometen la inmortalidad, digo que, aun cuando esta igualdad fuera cierta, debiera á lo menos desear que fuese verdadero lo que propone la fe en orden á la inmortalidad de nuestras almas, una creencia que tanto honor hace al hombre, que le enseña que su origen es celestial y eternas sus esperanzas; debiera desear que la doctrina de la impiedad fuese falsa; una doctrina tan funesta y de tanto abatimiento para el hombre que le confunde con las bestias, que le hace vivir solo para el cuerpo, que no le da ni fin, ni destino, ni esperanza, que limita su suerte al corto número de dias rápidos, inquietos y dolorosos que vive en la tierra. Aun en iguales circunstan-

cias, un entendimiento sublime quisiera mas engañarse honrándose que abrazando un partido ignominioso á su ser. ¡Qué alma puede ser la que el impío ha recibido de la naturaleza, pues escoge el creer, fundado en tan débiles razones, que solo ha sido hecho para la tierra, y se complace en mirarse como un vil conjunto de barro, y compañero de los bueyes y toros! Pero ¡qué digo, católicos! ¡Qué monstruo debe ser el impío en el universo, pues solamente desconfía de la opinion comun, porque es demasiado gloriosa para su naturaleza, y porque cree que solamente la vanidad de los hombres la ha introducido en la tierra, y les ha persuadido á que eran inmortales!

19. Pero no, católicos, estos hombres de carne y sangre tienen razon para rehusar el honor que la Religion hace á su naturaleza, para persuadirse á que su alma es toda de barro, y que todo muere con el cuerpo; unos hombres sensuales, impúdicos, afeminados, que no tienen mas freno que un brutal instinto, mas regla que el exceso de sus deseos, mas ocupacion que el excitar con nuevos artificios el apetito, ya casi amortiguado; á unos hombres de esta condicion no les debe costar mucho trabajo el creer que no tienen en sí principio alguno de vida espiritual, que todo su ser consiste en el cuerpo; y como imitan las costumbres de las bestias, merecen excusa quando se atribuyen su naturaleza; pero no juzguen de los demás hombres por sí mismos: aun hay en la tierra algunas almas continentes, castas y sóbrias que no acusan á la naturaleza de las vergonzosas inclinaciones de su voluntad; no degraden, pues, á toda la humanidad por haberse ellos indignamente degradado; busquen á sus semejantes entre los hombres, y hallándose casi todos en el universo, verán que mas son monstruos que obras regulares de la naturaleza.

20. Además de esto, no solamente es insensato el impío, porque en iguales circunstancias debieran su corazon y su gloria decidir en favor de la fe, sino porque esta cederia tambien en interés propio suyo; porque, católicos, ¿qué aventura el impío, como ya he dicho otra vez, en creer? ¿Qué malas consecuencias puede tener su credulidad, aun quando se engañara? Él viviria con rectitud, con honor, con inocencia; seria pacífico, afable, justo, sincero, religioso, amigo generoso, esposo fiel y amo equitativo; moderaria unas pasiones que pudieran serle causa de todas las desgracias de su vida; se abstendria de los deleites y excesos que le prepararian una vejez dolorosa y una triste suerte; gozaria de la reputacion de la virtud y de la estimacion de los pueblos: esto es lo

que aventura, aun cuando todo se acabara con esta vida; este seria el único modo de pasarla feliz y tranquilamente, y en creer no se halla mas inconveniente que este. Aun cuando no hubiera premios eternos, ¿qué perderia por esperarlos? Lo mas que perderia serian algunos placeres sensuales y rápidos, que muy pronto, ó le cansan con el disgusto que se subsigue, ó le tiranizan con los nuevos deseos que despiertan; perderia la funesta satisfaccion de ser, para un instante que ha vivido en la tierra, cruel, desnaturalizado, sensual, sin fe, sin buenas costumbres, sin conciencia, y aun acaso despreciado y deshonrado en su pueblo. No me parece que puede haber mayor desgracia que el persuadirse á que ha de reducirse á la nada, aun cuando su error no tuviera otras consecuencias. Pero si hay una vida eterna, y si se engaña no queriendo creerla, ¿á qué no se expone? á la pérdida de los eternos bienes y de la posesion de vuestra gloria ¡oh Dios mio! con la que habia de ser eternamente dichoso. Pero esto no es mas que el principio de sus desgracias; hallará un fuego abrasador, un suplicio sin fin y sin medida, una eternidad de horror y de desesperacion. Comparad, pues, estas dos suertes, y ved qué partido debe tomar el impío. ¿Deberá arriesgar la corta duracion de algunos dias, ó una eternidad toda entera? ¿Se fiará de lo presente, que se ha de acabar mañana, y con lo que no puede ser feliz, ó temerá lo por venir, que no tiene mas límites que la eternidad, y que ha de durar tanto como el mismo Dios? ¿Qué hombre prudente, aun cuando fuera igual la incertidumbre, se atreverá á dudar en este punto? ¿Y qué nombre darémos al impío, cuando no teniendo en su favor mas que unas dudas frívolas, y viendo por parte de la fe la autoridad, los ejemplos, la prescripcion, la razon, la voz de todos los siglos y al mundo entero, él solo toma el funesto partido de no creer? Muere tranquilo como si no hubiera de vivir mas; pone su eterno destino en manos de la casualidad, y va con indiferencia á experimentar la decision de tan importante suceso. ¡Oh Dios mio! ¿es este un hombre á quien gobierna una razon clara, ó un furioso que no espera mas remedio que su desesperacion? Luego la incertidumbre del impío es una necedad, si se atiende á las razones en que se funda.

21. Pero, en último lugar, tambien es terrible por sus consecuencias. Permitidme aquí que deje por ahora las poderosas razones de la doctrina, y que hable solamente con la conciencia del incrédulo, valiéndome para prueba de lo que siente en su interior.

Ahora bien, si todo se ha de acabar con nosotros; si el hombre nada debe esperar despues de esta vida; si esta es nuestra patria, nuestro origen, y la única felicidad que podemos prometernos, ¿por qué no somos felices en ella? Si no nacemos mas que para los deleites de los sentidos, ¿cómo pueden estos satisfacernos, y dejan siempre molestias y tristezas en nuestro corazon? Si el hombre en nada excede á la bestia, ¿por qué no pasa sus dias como ella, sin cuidado, sin inquietud, sin disgusto y sin tristeza, en la felicidad de los sentidos y de la carne? Si el hombre no tiene que esperar mas felicidad que la temporal, ¿cómo no la halla en cosa alguna de la tierra? ¿De qué proviene que le inquieten las riquezas, que le fatiguen los honores, que le cansen los deleites, que las ciencias le confundan, y aviven su curiosidad en vez de satisfacerla; que la fama le moleste y embarace, que todas estas cosas juntas no puedan llenar la inmensidad de su corazon, y que siempre le quede algo que desear? Las demás criaturas contentas con su suerte parecen felices á su modo en la condicion en que las colocó el Autor de la naturaleza: los astros tranquilos en el firmamento no dejan su puesto por ir á iluminar otros países; la tierra arreglada en sus movimientos no se sube á ocupar el lugar de los astros; los animales andan por los campos, sin envidiar la suerte del hombre que habita en las ciudades y suntuosos palacios; los pájaros se alegran por los aires, sin pensar si hay criaturas mas felices que ellos en la tierra. Todas las cosas son felices, por decirlo así; cada una ocupa su lugar en la naturaleza. Solamente el hombre está inquieto y descontento: solamente el hombre está entregado á sus deseos, se deja despedazar de los temores, halla su suplicio en sus esperanzas, y su tristeza y desgracia en medio de sus placeres: solamente el hombre no halla en la tierra en dónde poder fijar su corazon.

22. ¿De qué proviene esto? ¡oh hombre! ¿No consiste en que la tierra no es tu propio lugar, en que fuiste hecho para el cielo, en que tu corazon es mayor que el mundo, en que la tierra no es tu patria, y en que todo lo que no es Dios es nada para tí? Responded, si teneis qué, ó por mejor decir, preguntad á vuestro corazon, y seréis fiel. En segundo lugar, si todo muere con el cuerpo, ¿quién pudo persuadir á todos los hombres, en todos los siglos y en todos los países, que su alma era inmortal? ¿De dónde le pudo venir al género humano esta extraña idea de inmortalidad? Un pensamiento tan distante de la naturaleza del hombre, si solamen-

te hubiera nacido para las funciones de los sentidos, ¿cómo había de haber podido prevalecer en la tierra? Porque si el hombre fue hecho para lo temporal como la bestia, no puede haber cosa mas incomprensible para él que la idea de la inmortalidad. Unas máquinas fabricadas de barro, que no hubieran de tener mas vida ni mas objeto que una felicidad sensual, ¿hubieran podido nunca atribuirse ó hallar en sí mismas tan nobles pensamientos y tan sublimes ideas? Con todo eso, esta idea tan extraordinaria ha llegado á ser la idea de todos los hombres; esta idea tan opuesta á los sentidos, pues, á lo que ven los ojos, el hombre muere como la bestia, se ha establecido universalmente en la tierra. Este pensamiento, que ni aun hallar hubiera podido un inventor en el mundo, ha hallado una docilidad universal en todos los pueblos, así en los mas bárbaros como en los mas civiles, en los mas cultivados como en los mas rústicos, y en los mas infieles como en los mas sujetos á la fe.

23. Registrad todos los siglos desde su nacimiento; recorred todas las naciones; leed la historia de los reinos y de los imperios; escuchad á los que vienen de las islas mas remotas; todos los pueblos del universo han creído siempre y aun hoy creen la inmortalidad del alma. El conocimiento de un solo Dios ha podido borrarse en la tierra: su gloria, su poder, su inmensidad, han podido aniquilarse, si es lícito decirlo así, en el espíritu de los hombres; algunos pueblos enteros de bárbaros puede ser que vivan todavía sin culto, sin religion y sin Dios en este mundo; pero todos esperan otra vida: las ideas de la inmortalidad del alma no se han podido borrar de su corazon; todos se figuran una region en donde han de habitar nuestras almas, despues de nuestra muerte, y aunque se hayan olvidado de Dios, no han podido olvidarse de sí mismos. ¿De qué proviene, pues, que unos hombres tan diferentes en genio, en culto, en países, en opiniones, en intereses, y aun en la figura, y que apenas parecen entre sí una misma especie, no obstante convengan todos en este punto, y todos quieran ser inmortales? Esto no ha sido por una secreta inteligencia; porque ¿quién podrá hacer que todos los hombres de todos los países conviniesen entre sí en un mismo pensamiento? Tampoco puede consistir en una preocupacion de la crianza; porque los usos, las costumbres, el culto, que por lo comun son efectos de las preocupaciones; no son los mismos en todos los pueblos; pero la opinion de la inmortalidad es comun á todos. Tampoco puede consistir en.

que esta opinion sea una secta ; porque además de ser la religion universal del mundo , este dogma nunca tuvo protector ni cabeza. Los hombres se lo han persuadido ellos mismos , ó por mejor decir , la naturaleza se lo ha enseñado sin socorro de maestro , y es el único que desde el principio del mundo ha pasado de padres á hijos , y se ha mantenido siempre en la tierra. Ó tú cualquiera que creas ser un conjunto de barro , sal del mundo en donde eres solo de esta opinion. Vé á buscar en otra tierra hombres de otra especie , y semejantes á las bestias , ó , por mejor decir , horrorízate de tí mismo al verte como solo en el universo , rebelde contra toda la naturaleza , y desconocido á tu propio corazon , ó acaba de conocer en la comun opinion de todos los hombres la impresion comun del Autor que los formó á todos.

24. Finalmente , y concluyo con esta última razon. La universal sociedad de los hombres , las leyes que nos unen á unos con otros y las obligaciones mas sagradas é inviolables de la vida civil , todo está fundado sobre la verdad de la otra vida , y así , si todo muere con el cuerpo , es preciso que el universo reciba otras leyes , otras costumbres , otros usos , y que todo mude de cara en la tierra ; si todo muere con el cuerpo , las máximas de la equidad , de la amistad , del honor , de la buena fe , del reconocimiento , no son mas que errores vulgares ; pues no debemos obligacion alguna á unos hombres que nada son para nosotros , á los que no estamos unidos con lazo alguno comun de culto y de esperanza , que mañana han de caer en la nada , y acabarse para siempre. Si todo muere con nosotros , los dulces nombres de padre , de hijo , de amigo y de esposo son unos nombres fabulosos y unos vanos títulos que nos divierten ; pues la amistad , aun la que proviene de la virtud , no sería un vínculo durable. Nuestros padres , que nos han precedido , ya no existirían ; tampoco nuestros sucesores , porque la nada , en la que nosotros habríamos de venir á parar , no produce efecto alguno. El sagrado lazo del matrimonio no sería mas que una union brutal , de la que por una union casual y fortuita resultarían unas criaturas semejantes á nosotros , pero no tendrían de comun con nosotros mas que la nada.

25. ¿Qué mas diré ? Si todo muere con nosotros , los anales domésticos y la sucesion de nuestros antepasados no es mas que una sucesion quimérica , pues no hubiéramos tenido abuelos , ni habríamos de tener nietos : los cuidados de la fama y de la posteridad serían cuidados frívolos ; el honor que se tributa á la memo-

ria de los hombres ilustres seria un error pueril, porque es cosa ridícula el honrar á lo que no existe; la religion de los sepulcros seria una ilusion vulgar; las cenizas de nuestros padres y de nuestros amigos un vil polvo, merecedor de ser arrojado al aire, y que á nadie perteneceria; las últimas voluntades de los que mueren, tan sagradas aun entre los pueblos mas bárbaros, no serian mas que el último sonido de una máquina que se deshace; y para decirlo en una palabra, si todo muere con nosotros, las leyes no son mas que una necia servidumbre; los reyes y los sábios unas fantasmas elevadas por la flaqueza de los pueblos; la justicia una usurpacion de la libertad de los hombres; la ley de los matrimonios un escrúpulo vago; la vergüenza una preocupacion; el honor de la rectitud una quimera; los incestos, los parricidios, las infames perfidias, juguetos de la naturaleza, y nombres inventados por la política de los legisladores. Á esto se reduce la sublime filosofía de los impíos: esta es la fuerza, la razon y la sabiduría que nos están continuamente ponderando. Confesad sus máximas, y todo el universo vendrá á reducirse á un horrible caos: todo quedará confundido en la tierra: se trastornarán todas las ideas del vicio y de la virtud; se desvanecerán las mas inviolables leyes de la sociedad: perecerá la disciplina de las costumbres; el gobierno de los Estados é imperios quedará sin regla; se desconocerá toda la armonía del cuerpo político, y el género humano no será mas que un conjunto de insensatos, de bárbaros, de impúdicos, de furiosos, de malvados, de desnaturalizados, sin mas ley que la fuerza, sin mas freno que sus pasiones, y el temor de la autoridad superior, sin mas lazo que la irreligion y la independencia, y sin mas Dios que ellos mismos. Este es el mundo de los impíos; y si este fatal plan de república os agrada, formad, si podeis, una sociedad de estos hombres monstruosos. No podemos deciros mas, sino que sois dignos de ocupar lugar en ella.

26. 1 Que digno es del hombre, católicos, el esperar un destino eterno, reglar sus costumbres por la ley, y vivir como que algun dia ha de dar cuenta de sus acciones en presencia de aquel Señor que pesará los talentos, y sorprenderá á los sábios en su sabiduría! Luego la incertidumbre del impío es sospechosa en su principio, insensata por las razones en que se funda, y funesta por sus consecuencias; y despues de haberos manifestado que no hay cosa mas opuesta á la recta razon que la duda que forma el impío de la eternidad, acabaré de confundir sus pretextos probando que no hay

cosa mas opuesta á la idea de un Dios sábio y al dictámen de la propia conciencia.

Segunda parte.

27. Sin duda, católicos, que admira el que el impío busque en la misma grandeza de Dios la proteccion de sus delitos; y que no hallando en su interior cosa alguna que pueda justificar los horrores de su alma, quiera hallar en la terrible majestad del Ser supremo una indulgencia que no puede hallar en la misma corrupcion de su corazon. Y á la verdad, ¿puede convenir á la grandeza de Dios, dice el impío, el ocuparse en lo que pasa entre los hombres, el contar sus vicios ó sus virtudes, el estudiar hasta sus pensamientos y sus infinitos y frívolos deseos? Los hombres, unos gusanos de la tierra, que solo con que el Señor los mire desaparecen, ¿pueden merecer el que los observe con toda atencion? El dar á un Dios, que nos dicen ser tan grande, una ocupacion que no seria digna ni aun de un hombre, ¿no es pensar de él con demasiada bajeza?

28. Pero antes de aclarar toda la extravagancia de estas blasfemias os suplico, católicos, que advertais que el mismo impío es quien en esto degrada la grandeza de Dios, y le hace semejante al hombre. Porque, ¿necesita Dios acaso acercarse á observar á los hombres para conocer sus acciones y pensamientos? ¿Necesita de cuidado y observacion para ver lo que pasa en la tierra? ¿No vivimos, no nos movemos y estamos en él? ¿Podemos nosotros evitar el que nos vea, ó puede él dejar de ver nuestros delitos? ¿Qué locura, pues, la del impío cuando supone que lo que pasa en la tierra serviria de cuidado y de ocupacion á la Divinidad, si quisiera observarlo! La única ocupacion de Dios es el conocerse y gozar de sí mismo.

29. Supuesta esta reflexion, respondo primeramente: si fuera conveniente á la grandeza de Dios dejar á los buenos y á los malos sin castigo y sin recompensa, lo mismo importaria el ser justo, sincero, amable y caritativo que cruel, salaz, pérfido y desnaturalizado. Dios en tal caso no amaria mas la virtud, la vergüenza, la rectitud y la religion que la deshonestidad, la mala fe, la impureza y el perjurio; pues el justo y el injusto, el puro y el impuro tendrian la misma suerte, y la eterna aniquilacion los igualaria y confundiria muy pronto para siempre en el horror del sepulcro. Pero ¡qué digo, católicos! Acá en la tierra parece que el mismo

Dios se declara contra el justo en favor del impío : eleva á este como al cedro del Líbano, le llena de honores y riquezas, favorece sus deseos y facilita sus proyectos, porque los impíos casi siempre son felices en la tierra ; por el contrario, parece que se olvida del justo, le abate, le aflige, le entrega á la calumnia y al poder de sus enemigos, porque en la tierra la afliccion y el oprobio son regularmente el patrimonio de los justos. ¡Qué mónstruo seria la Divinidad si todo se acabara con el hombre, y si no hubiera mas bienes ni mas males que esperar que los de esta vida ! En este caso la Divinidad seria la protectora de los adulterios, de los sacrilegios y de los mas horribles delitos ; la perseguidora de la inocencia, del pudor, de la piedad y de las mas puras virtudes ; sus favores serian premio del delito, y sus castigos la única recompensa de la virtud. ¡Oh qué Dios de tinieblas, de flaqueza, de confusion y de iniquidad se forma el impío !

30. ¿Os parece, católicos, que seria propio de la grandeza de Dios dejar al mundo que crió en un desórden tan universal ? ¿el ver prevalecer casi siempre al impío contra el justo ? ¿al inocente destronado por el usurpador ? ¿al padre hecho víctima de la ambición de su hijo desnaturalizado ? ¿al esposo espirando con los golpes de una esposa bárbara é infiel ? ¿Estaria Dios mirando con indiferencia en lo sublime de su grandeza estos fatales sucesos, sin interesarse en ellos ? Por lo mismo que es grande, ¿habia de ser un Dios sin poder, ó injusto ó bárbaro ? Por lo mismo que los hombres son tan miserables, ¿les habia de ser permitido el ser, ó disolutos sin pecado, ó virtuosos sin mérito ? ¡Oh Dios mio ! si este fuera el carácter de vuestro Ser supremo ; si os hubiéramos de adorar, formando de Vos unas ideas tan infames, yo no os reconoceria por mi padre, por mi protector, por consolador de mis trabajos, por alivio de mi flaqueza y remunerador de mi fidelidad. No seriais sino un bárbaro tirano, que sacrificaria todos los hombres á su vana fiereza, y que solamente los hubiera sacado de la nada para hacerlos servir de juguete á sus pasatiempos ó á sus antojos.

31. Porque, por último, católicos, si no hubiera eternidad, ¿qué fin hubiera podido proponerse, que fuese digno de su sabiduría, en criar á los hombres ? ¿No habia de haber tenido mas fin en formarlos que en formar las bestias ? El hombre, este ser tan noble que halla en sí tan altos pensamientos, tan vastos deseos, ideas tan grandes capaces de amor, de verdad y de justicia ; el hombre, que entre todas las criaturas es la única capaz del alto destino de

conocer y de amar al Autor de su ser; este hombre ¿no habia de haber sido hecho mas que para la tierra, para pasar un corto número de dias, como las bestias, en ocupaciones frívelas ó en deleites sensuales? ¿Se habia de reducir su suerte á hacer una figura tan ridícula? ¿No habia de haber venido á la tierra mas que para servir de irrisión, y ser tan digno de lástima? Y despues de esto, ¿habia de volver á caer en la nada, sin haber hecho uso alguno del vasto entendimiento y del gran corazon que le dió el Autor de su ser? ¿Oh Dios mio! ¿qué seria de vuestra sabiduría, si no hubiera hecho una tan grande obra mas que para un poco de tiempo, si no hubiera criado á los hombres mas que para servir de juguete á vuestro poder, y divertirlos con la variedad de estos espectáculos? *Numquid enim vane constituisti omnes filios hominum* ¹? Luego el Dios que se forman los impíos solo es grande por ser mas injusto, mas inconstante y mas despreciable que el hombre. Seguid estas ideas, si podeis conformaros con su extravagancia.

32. ¿Qué cosa, pues, hay mas digna de Dios, católicos, que velar sobre el universo, gobernar los hombres que ha criado con leyes de justicia, de verdad, de caridad, de inocencia, y hacer de la razon y de la virtud el vínculo y el fundamento de la sociedad humana? ¿Qué cosa mas digna de Dios que amar en sus criaturas las virtudes que á él mismo le hacen amable; el aborrecer en ellas los vicios con que desfiguran su imágen, el no confundir para siempre al justo con el impío, el hacer felices en su compañía á las almas que solamente han vivido para él, el entregar á su propia desgracia á las que han creído hallar fuera de él su felicidad? Este es el Dios de los cristianos, esta la Divinidad sabia, justa y santa que nosotros adoramos; y las ventajas que llevamos al impío consisten en que este es el Dios de un corazon inocente y de una razon pura, el Dios que nos anuncian todas las criaturas, que han invocado todos los siglos, que han reconocido hasta los sábios del paganismo, y cuya idea ha grabado la naturaleza en lo mas profundo de nuestro ser.

33. Pero supuesto que este Dios es tan justo, dice el impío, ¿cómo ha de castigar como delitos unas inclinaciones al deleite que nacieron con nosotros, y que él mismo nos dió? Última blasfemia de la impiedad y última parte de este discurso. Voy á concluir.

34. Pero primeramente, seais quien fuéreis los que hablais tan

¹ Psalm. LXXXVIII, 48.

neciamente, si quereis justificar todas vuestras obras con las inclinaciones que os mueven á ellas; si todo lo que deseamos es lícito; si nuestras inclinaciones deben ser la única regla de nuestra obligación, fundados en este principio no teneis mas que hacer que envidiar la fortuna de vuestro prójimo para que os sea permitido despojarle de ella; desear su mujer con un corazon corrompido, para autorizarla transgresion, violando la santidad del lecho nupcial, sin que á esto puedan oponerse los mas sagrados derechos de la sociedad y de la naturaleza; no teneis mas que desconfiar de un enemigo para tener derecho á perderle; no tener paciencia para sufrir la autoridad de un padre, ó la severidad de un amo, para bañar vuestras manos en su sangre; en una palabra, no teneis mas que hacer que tener en vosotros las inclinaciones á todos los vicios, para que todos os sean permitidos; y como cada uno halla en sí estas funestas raíces, ninguno estará exento de este horrible privilegio. Necesita, pues, el hombre de otras leyes para gobernarse mas que sus pasiones, y otra regla mas que sus deseos.

35. Aun en los siglos paganos se reconoció la necesidad de una filosofía, esto es, de una luz superior á los sentidos, que arreglase las costumbres, é hiciese de la razon freno para las pasiones humanas. Sola la naturaleza los guiaba al conocimiento de esta verdad, y les enseñaba que el ciego instinto no debia ser la única guia de las acciones del hombre; y así es preciso, ó que este instinto no provenga de la primera institucion de la naturaleza, ó que sea un desórden, pues todas las leyes que ha habido en el mundo solo se han hecho para moderarle; ninguno de aquellos hombres que en todos los siglos han sido reputados por sábios y virtuosos siguió sus impresiones. En todos los pueblos se han tenido siempre por monstruos y oprobio de la humanidad aquellos hombres infames que se entregaban sin cautela y sin vergüenza á la brutal sensualidad; y una vez establecida la máxima de que nuestras inclinaciones y deseos no son pecaminosos, no puede subsistir la sociedad entre los hombres, deben separarse para vivir seguros, ir á habitar á los bosques, y vivir como las bestias.

36. Por otra parte: hagamos justicia al hombre, ó por mejor decir al Autor que le formó. Así como hay en nosotros inclinaciones al vicio, ¿no las hay tambien á la virtud, al pudor y á la inocencia? Si la ley de los miembros nos lleva hácia los deleites de los sentidos, ¿no tenemos otra ley escrita en nuestros corazones que nos llama á la castidad y á la templanza? ¿Por qué ha de decidir el

impío entre estas dos inclinaciones, que la que nos inclina á los sentidos es mas conforme á la naturaleza del hombre? ¿Es acaso por ser mas violenta? Pues su misma violencia prueba su desorden; porque lo que proviene de la naturaleza debe ser moderado. ¿Es acaso por ser siempre la mas fuerte? Muchas almas hay justas y fieles en las que siempre está sujeta á la razon. ¿Es por ser mas agradable? La prueba de que este placer no puede hacer feliz al hombre es que siempre le sigue inmediatamente el disgusto; además de que la virtud tiene en sí mas atractivos que el vicio para el justo. ¿Es, finalmente, por ser mas digna del hombre? Me parece que no os atreveréis á decirlo, pues es la que confunde al hombre con las bestias. Pues ¿por qué os declarais en favor de los sentidos contra la razon, y quereis que sea mas conforme al hombre el vivir como una bestia que como una criatura racional?

37. Finalmente, si todos los hombres estuvieran corrompidos, y si todos se entregaran ciegamente, como los animales irracionales, á su brutal instinto y al imperio de los sentidos y de las pasiones, acaso tendríais razon para decirnos que estas eran unas inclinaciones inseparables de la naturaleza, y hallaríais en el comun ejemplo excusa á vuestros desórdenes. Pero miradlo bien. ¿No hallais algunos justos en la tierra? No hablo aquí de aquellos vanos discursos que tantas veces haceis contra la piedad, y cuya injusticia conoceis vosotros mismos; hablad de buena fe, y dad gloria á la verdad. ¿No hay algunas almas fieles, castas, timoratas, que viven en el temor del Señor y en la observancia de su santa ley? Pues ¿por qué vosotros no habeis de tener el mismo imperio que estos justos sobre vuestras pasiones? ¿No han heredado ellos de la naturaleza las mismas inclinaciones que vosotros? Los objetos de las pasiones ¿no despiertan en su corazon los mismos pensamientos que en el vuestro? ¿No tienen dentro de sí las raíces de las mismas miserias? ¿Qué mas tienen los justos que vosotros sino la fuerza y la fidelidad que á vosotros os falta?

38. ¡Oh hombre, imputas á Dios una flaqueza que es obra de tus propios desórdenes! ¡Acusas al Autor de la naturaleza de los desórdenes de tu voluntad! ¡No te basta el ultrajarle, sino que quieres hacerle responsable de los ultrajes que le haces! ¡Y quieres que el fruto de tus delitos sea título de tu inocencia! ¡Qué quimeras no se forma un corazon corrompido para justificarse á sí mismo la vergüenza y la infamia de sus vicios!

39. Luego Dios es justo, católicos, cuando castiga las transgre-

siones de su ley. No se consuele, pues, el impío con decirse á sí mismo que la recompensa del justo será la resurreccion á una vida inmortal, y el castigo del pecador la eterna aniquilacion de su alma, porque este es el último recurso de la impiedad.

40. Pero ¿qué castigo podrá ser para el impío el dejar de ser? Él mismo desea esta aniquilacion, él se la propone como su mas suave consuelo; vive tranquilo en medio de sus placeres con esta agradable esperanza. Pero ¿os parece que el Dios justo habia de castigar al pecador dándole un destino á medida de sus propios deseos? ¡Ah! Dios no castiga de este modo. Porque ¿qué pesar pudiera hallar el impío en su aniquilacion? ¿Seria acaso el ser privado de su Dios? Nunca le amó, no le conoció, no le quiso, y no tuvo mas Dios que á sí mismo. ¿Seria acaso el dejar de ser? Pero ¿qué cosa podria haber de mas consuelo para un mónstruo que saber que despues de la muerte no podria vivir sino para padecer y expiar los horrores de una vida abominable? ¿Seria por haber perdido los deleites del mundo y todos los objetos de sus pasiones? Pero el que no existe ya no los desea. Imaginad, si podeis, una suerte mas feliz para el impío, y esta seria por último el feliz término de sus excesos, de sus horrores y de sus blasfemias. No, católicos, la esperanza del impío perecerá; pero sus delitos no perecerán con ella. Sus tormentos serán tan eternos como lo hubieran sido sus deleites si él fuera dueño de su suerte; él hubiera querido poderse eternizar en la tierra con el uso de los sensuales placeres; la muerte ha terminado sus delitos, pero no sus infames deseos; el justo Juez que penetra los corazones proporcionará el castigo á la ofensa, las eternas llamas á unos deleites que hubiera querido que fuesen inmortales, y la misma eternidad será una justa compensacion y una igualdad de su delito: *Ibunt hi in supplicium æternum, justi autem in vitam æternam* ¹.

41. Y ¿qué debemos inferir de este discurso? Que es digno de lástima el impío por buscar en una funesta incertidumbre acerca de las verdades de la fe la mas suave esperanza de su suerte. Que es digno de lástima por no poder vivir tranquilo, sino viviendo sin fe, sin culto, sin Dios y sin confianza. Que es digno de lástima si, para que no sea eternamente infeliz, es menester que el Evangelio sea una fábula, la fe de todos los siglos una credulidad, el dictámen de todos los hombres un error vulgar, los primeros principios de la na-

¹ Matth. xxv.

turalaleza y de la razon preocupaciones de la niñez, la sangre de tantos mártires, á los que la esperanza de la otra vida mantenía en los tormentos, un juego concertado para engañar á los hombres, la conversion del universo una empresa humana, el cumplimiento de las profecías una casualidad; y, por decirlo de una vez, si para que no sea eternamente desgraciado es preciso que sea falsa toda la doctrina mas bien fundada del mundo, ¡qué locura es el aspirar á vivir tranquilos entre tantas suposiciones insensatas!

42. ¡Oh hombres, yo os manifestaré un camino mas seguro para que vivais sosegados! Temed la eternidad, que tantos esfuerzos hacéis para no creer. No nos preguntéis ya qué es lo que pasa en la otra vida de que hablamos, sino preguntaos á vosotros mismos qué es lo que hacéis en esta en que vivís. Sosegad vuestra conciencia con la inocencia de vuestras costumbres, y no con la impiedad de vuestros pensamientos; sosegad vuestro corazon llamando á Dios y no dudando que os mira: la paz del impío no es mas que una funesta desesperacion; buscad vuestra felicidad, no sacudiendo el yugo de la fe, sino experimentando su suavidad; poned en ejecucion las máximas que os ordena, y no rehusará vuestro entendimiento el someterse á los misterios que ella manda creer: luego que dejéis de vivir como los que limitan toda su felicidad al corto espacio de su vida, dejará de pareceros increíble la eternidad; entonces lejos de temerla la desearéis; suspiraréis por aquel día feliz en que el Hijo del Hombre, el Padre del futuro siglo, ha de venir á castigar á los incrédulos, y á llevar á su reino á todos los que hubieren vivido con la esperanza de la feliz inmortalidad. Amen.

SERMON

SOBRE EL PELIGRO

DE LAS PROSPERIDADES TEMPORALES.

Respondens Petrus, dixit ad Jesum: Domine, bonum est nos hic esse. (Matth. xvii, 4).

Y respondiendo Pedro dijo: Señor, bueno es que nos estemos aquí.

1. ¿Por qué advertirá el Evangelio que no sabia Pedro lo que decia cuando exhortaba á su divino Maestro á que fijase su mansion en el Tabor? Para enseñarnos que es no conocer al Cristianismo el querer gozar de reposo y tranquilidad antes de los trabajos y sufrimientos; fue preciso que Cristo padeciese, para que de este modo entrase en su gloria. Este fue el camino de la cabeza, y el mismo debe ser el de los miembros. Es preciso que los cristianos padezcan acá en la tierra, si quieren participar algun día de la gloria del Señor; no podemos entrar en la morada de las delicias que nos están prometidas sino por la puerta de los trabajos. Por eso parece que solamente tiene anatemas la Religion para los que reciben su consuelo en esta vida. En todas partes llama la Escritura desgraciados á los que rien y están hartos; solamente ofrece las consoladoras promesas á los que padecen acá en la tierra: asegura que este mundo está entregado á los impíos como su posesion y herencia; que la recompensa de los santos en la tierra son las lágrimas y las aflicciones. Finalmente, que su reino no es de este mundo.

2. No quiero decir con esto que no sea posible la salvacion en todos los estados, ó que la Religion condene las distinciones del nacimiento, de la fortuna, del estado y de la autoridad, establecidas por el mismo Dios, y tan necesarias para la subordinacion de los pueblos y tranquilidad de los imperios. Los reyes fueron llamados al establo de Belen del mismo modo que los pastores. La Iglesia tuvo en sus principios fieles en la casa del César: *Qui de Cæsaris domo sunt*¹, como en la tienda de Simon el curtidor. En todos tiempos ha habido en la corte almas escogidas como en los claustros; y aun

¹ Philip. iv, 22.

hoy vemos el trono mas respetable por la piedad que por el poder y majestad del soberano que le ocupa. Los favores temporales tambien son obra del Criador, y en el órden de la sabiduría deben servir de medios para la salvacion, y no de instrumentos de perdicion y de vicio. Con todo eso, la corrupcion los ha sacado de su uso natural, ha hecho que los dones de Dios sirvan á la injusticia; y así como la serpiente deja un peligroso veneno en las frutas que muerde, el primer pecador, usando de los bienes de la tierra contra el órden de Dios, los inficionó, é hizo de ellos, por decirlo así, un mortal veneno para toda su posteridad; y así los peligros de la abundancia no son efecto de la institucion de la naturaleza, sino del desórden del pecado: el hombre nació para ser feliz, y la tierra solamente recibió su fecundidad para servir á sus inocentes delicias; pero el hombre abusó de los beneficios de Dios; desde entonces como se le prohibieron todos los placeres en la tierra, porque la alegría solamente conviene á la inocencia, y por otra parte la es mas fácil á la voluntad el abstenerse que el usar de ellos sin exceso, y así como todo es puro para los que están puros, del mismo modo todo está corrompido para el que lo estaba ya con su transgresion.

3. Este es el fundamento de las severas máximas de Jesucristo contra los que son felices en el mundo; pero ¿cuál puede ser mi intento en proponeros el peligro de este estado? Sin duda debiera ser el consolar á los que la Providencia deja acá en este mundo en la necesidad y en la miseria; pero esta instruccion no seria aquí del caso, que esta especie de infelices no habita en los palacios de los reyes, por lo que solamente se dirige á dar á conocer á los que se ven apartados de las gracias, á los que se tienen por infelices, á los que continuamente se quejan de la injusticia de sus jefes, y miran con un amargo dolor la elevacion y felicidad de sus competidores, especie de malcontentos que nunca faltan en las cortes; para hacerles ver, vuelvo á decir, que no conocen el don de Dios, y las especiales muestras de misericordia que les da su bondad, y enseñar á los que todo les sale bien, y parece que nada tienen que desear en la tierra, que si su estado parece digno de envidia segun el mundo, es terrible á los ojos de la fe; primeramente, porque en él son casi inevitables las caidas; en segundo lugar, porque en él es casi imposible la penitencia: en este estado todo favorece á las pasiones, y todo aparta las gracias, y en él no descubre la fe otra cosa mas que ocasiones de pecado y obstáculos para la conversion. Estas dos importantes verdades voy á manifestaros : *Ave María.*

Primera parte.

4. El mundo, dice san Agustín, es mas de temer cuando nos halaga que cuando nos maltrata; y los favores que nos le hacen amable son mas temibles que los reveses que hacen que le despreciamos: *Periculosior est blandus, quam molestus* ¹. Y á la verdad, ya se consideren las prosperidades temporales respecto de la impresion que hacen en el corazon para corromperle, ó de las facilidades que proporcionan á las pasiones cuando el corazon está ya corrompido: es preciso confesar que la salvacion es tan difícil en este estado de felicidad y de abundancia, que el alma justa debe mirar las prosperidades temporales como regalos que Dios regularmente ofrece á los hombres en su indignacion.

5. Dije, ya sea que se consideren respecto de las impresiones que hacen en el corazon para corromperle. Porque primeramente una alma cristiana debe vivir como extranjera en la tierra; su origen, dice Tertuliano, su habitacion, su esperanza, su nobleza y su corona está en el cielo. Su corazon debe estar en donde estará su tesoro: si deja de suspirar un instante por su patria, deja de pertenecer al siglo futuro y á la Iglesia de los primogénitos; si está contenta con su destierro, no es digna de la herencia. Toda su piedad en la tierra consiste en su inquietud, y no debe hallar mas consuelo que en su esperanza. Pero esta disposicion, tan esencial á la fe, se borra por la primera impresion que hace en el corazon la prosperidad, y es una impresion de apego á la tierra. Y, á la verdad, es fácil de comprender cuán bien puede un alma afligida vivir como peregrina en la tierra. Porque ¿cómo puede tener apego á unas criaturas que la han abandonado? Tampoco puede costarla mucho trabajo el apartar sus afectos de un mundo que la niega sus favores, ni el mirarse como extranjera en un lugar en donde nada posee. Por el contrario, entonces son mas suaves los pensamientos de la fe; nada consuela con tanta solidez sus desgracias como el poder decirse á sí misma que este mundo no es su patria; que solamente la han despojado de lo que no la era lícito amar; que los verdaderos bienes del alma fiel son interiores, y no se los puede quitar el mundo, si ella no quiere; que la única pérdida que puede padecer una alma cristiana es la de la gracia; que importa poco el perder ó po-

¹ Epist. XLIV.

seer lo que no se puede conservar siempre, y que estándonos prohibido el fijar nuestro corazon en la tierra, el estado que menos nos une á ella debe parecernos el mas digno de ser deseado.

6. Pero estos pensamientos que inspiran todas las cosas en el estado de la afliccion nos los borran en el de prosperidad: porque, católicos, es muy difícil el que nos desagrade un lugar que en todo nos lisonjea, el mirar como destierro una tierra de delicias, el no ser de este mundo cuando parece que él solamente fue hecho para nosotros, el no fijar nuestro tabernáculo en donde estamos tan bien hallados, el gemir como el Profeta por lo largo de nuestra peregrinacion, cuando no experimentamos en ella trabajos ni amarguras, y caminar sin cesar hácia la patria, cuando en el camino hallamos tantos atractivos que nos detienen. Aquel necio del Evangelio, viéndose con riquezas para muchos años, convidaba á su alma á que descansase: *Anima mea, requiesce* ¹. Descansa, alma mia, esta es la primera impresion que hizo en su corazon la prosperidad; le aficionó á la tierra, y le hizo que buscasse un injusto sosiego en las criaturas. Pero si me preguntais en qué consiste el delito de esta disposicion, pues en la corte, mas que en alguna otra parte, en donde solo se conoce la superficie de la Religion, no parecen estas verdades mas que unas inútiles especulaciones; si me lo preguntais, vuelvo á decir que, como dice san Agustin, si vuestros deseos fueran la regla de vuestra felicidad, estaríais contentos con ser inmortales en la tierra, tendríais por una especial gracia el privilegio de poder vivir eternamente apartados de Dios, usando de los bienes y deleites de los sentidos; es decir, que si el mundo pudiera ser vuestro Dios, vuestra recompensa y vuestra eterna morada, nunca buscaríais otra; que si se os permitiera escoger entre la tierra y el cielo, entre el siglo futuro y el presente, entre Dios y la criatura, pronto haríais la eleccion, y preferiríais lo visible á lo que solamente veis con los ojos de la fe; en un palabra, que no sois cristianos, porque el cristiano es hijo de las promesas, hombre del futuro siglo, ciudadano del cielo, una porcion de Jesucristo, que espera continuamente su reunion con aquel cuerpo místico que de dia en dia se va formando y perfeccionando, y solo conseguirá su eterna perfeccion y plenitud en la eternidad; y no solamente se limitan á la tierra vuestros deseos, sino que la esperanza de los justos y el reino de Jesucristo os parece el pensamiento mas funesto y triste.

¹ Luc. xii, 19.

7. Bien sé que esta injusta disposicion está en lo íntimo del alma, y que ni aun nosotros mismos la conocemos. Con todo eso ella es la que forma todos nuestros deseos, la que regula todos nuestros pasos, la que decide de todas nuestras inclinaciones; es el principal móvil de todo el cuerpo de nuestras obras exteriores: ella establece en medio de nuestro corazon un estado de culpa, y de aquel género de culpas que, no siendo conocidas por señal alguna sensible y particular, y consisliendo solamente en un desórden habitual de nuestro amor propio, nunca son conocidas ni expiadas, y por consiguiente nunca se perdonan; de aquellas culpas que, no siendo, por decirlo así, otra cosa mas que nuestra propia voluntad, son la raz de todas las demás, sin que ellas lo parezcan; de aquellas culpas, finalmente, compatibles con la probidad, con la regularidad de las costumbres, con el ejercicio de ciertas obligaciones de la Religion, y aun con la delicadeza de conciencia; en una palabra, con todo lo que nos puede hacer parecer justos á la vista del mundo, al mismo tiempo que estamos condenados en la presencia de Dios. Y no me respondais que estas son puras sutilezas, y que, habiendo nacido con nosotros el amor á la comodidad, si hay algun delito, será en abusar de ella, pero no en amarla. ¿Es acaso pura sutileza el deciros que nacisteis para el cielo, que la tierra es para vosotros una mansion extraña y un lugar de maldiciou, del que continuamente deben estar deseando salir los hijos de Dios, y que el que no siente la tristeza de vivir distante de su patria, pierde el derecho y el privilegio de conciudadano de los Santos? ¿Es pura sutileza el deciros que el hacer del mundo una ciudad permanente es vivir como los paganos, que no tienen esperanza? que el vivir solamente pensando en una fortuna perecedera, es haber renunciado á la fe, y que el tener la salvacion y la eternidad por el negocio menos importante de todos aquellos en que os ocupais es estar ya juzgados? Si estas son sutilezas, el Evangelio, aquella filosofia tan prudente, tan sencilla, tan admirada aun de los mismos paganos, no seria mas que un vano sistema de un entendimiento ocioso, y al mundo reprobado perteneceria instruirnos en un idioma mas prudente, y darnos reglas mas sólidas para anunciar los caminos de la salvacion.

8. Esta es la primera impresion que hace la prosperidad en los corazones; una impresion de apego á la tierra. La segunda es el amor desordenado á nosotros mismos. La fe nos enseña que somos aborrecibles, porque no hay cosa alguna amable sino el buen ór-

den, y nosotros hemos salido de él; no hay cosa ninguna amable sino la verdad y la justicia, y nosotros nos hemos apartado de ellas; no hay cosa alguna amable sino la obra de Dios, y nosotros somos obra del pecado: debemos, pues, aborrecernos á nosotros mismos, porque sino serémos injustos, y harémos contradiccion á los mas claros testimonios de nuestra conciencia. Porque, en la realidad, por mas que nos desvanecemos con los respetos que nos tributan, bien conocemos que no somos dignos de ser amados. ¡Ah! hay tantos instantes en que somos molestos á nosotros mismos, en que todo lo que hay en nosotros nos enfada, en que apenas nos podemos sufrir, y así necesitamos de diversiones y entretenimientos que nos aparten de la vista interior, que nos humilla con nuestros propios defectos, y nos impide el que nos consideremos á nosotros mismos. El mundo llama molestia á este estado, pero esta molestia es el hombre manifestado á sí mismo, que no puede sufrir ni un solo instante la vista de su propia miseria. Señal infalible de que somos aborrecibles, y que el amarse á sí mismo es un desórden; quiero decir, amarse siendo pecador, y viviendo en la corrupcion de la naturaleza.

9. Pero toda vuestra vida, ¡oh vosotros á quienes se dirige este discurso! toda vuestra vida no es mas que un continuo querer agradaros á vosotros mismos; por eso todo lo que os da gusto, lo que os lisonjea, lo que puede alimentar la vida de los sentidos, os parece cosa tan necesaria, que no podeis vivir sin ella; por eso no haceis caso de las santas leyes de la Iglesia, siempre que halleis el menor trabajo en su observancia; por eso os mirais como centro de todas las criaturas que os rodean: parece que todo se hizo para vosotros, que todo vive para vosotros, que todo subsiste para vosotros, y que todo lo que no dice relacion á vosotros es nada; que debe trastornarse el mundo entero, ó por facilitaros un gusto, ó por excusaros el mas ligero pesar: por eso todos los que están cerca de vosotros no cuidan mas que de acomodarse con vuestros deseos, seguir vuestras ideas y conformarse con vuestro amor propio; estudian vuestros gustos, adivinan vuestras inclinaciones, solamente se introducen en vuestra gracia por medio de vuestras flaquezas; nadie os contradice, vuestras inclinaciones deciden siempre de cuanto os pertenece, y aun todos previenen vuestros deseos: no sé si me acusaréis aun de sutileza; lo que sí sé es que si hay para vosotros alguna divinidad, no puede ser otra mas que vosotros mismos. Porque os pregunto: ¿qué mas hicieron por Dios los

mayores Santos que lo que haceis vosotros por vosotros mismos? Dios era el único objeto y el único fin de todas sus acciones; ¿no lo sois tambien vosotros mismos de las vuestras? Ellos vivian solamente para Dios; ¿para quién vivís vosotros mas que para vosotros mismos? Ellos despreciaban todo lo que no se ordenaba á su Majestad; y ¿qué caso haceis vosotros de todo lo que no se ordena á vosotros mismos? Pasad mas adelante con la comparacion, y veréis que mas os mirais vosotros como vuestro ídolo y vuestra divinidad que miran los que aman é invocan al Señor como á su Dios. ¿Es posible, católicos, que hayamos de tener horror á los grandes delitos, y que no hayamos de hacer caso de vivir sin culto, sin amor de Dios, de no contar para nada en toda nuestra vida con su divina Majestad; esto es, que hemos de vivir como si solamente hubiéramos venido al mundo para nosotros solos, y como si debiéramos limitar nuestros afectos, nuestros temores, nuestros deseos y nuestras esperanzas á nosotros mismos?

10. La tercera impresion que hace la prosperidad en el corazon es la soberbia; no hablo de aquella soberbia bárbara y declarada, que hacia decir á un príncipe de Babilonia: Me ensalzaré, pondré mi trono sobre las nubes, y seré semejante al Altísimo; hablo de otros pensamientos mas proporcionados al corazon del hombre, y casi inseparables de la grandeza. Bien sé que hay algunas personas que, ó por la buena educacion que han tenido, ó por haberlas dotado la naturaleza de un genio suave y dócil, ó, finalmente, por querer con una refinada soberbia parecer mas de lo que son, saben despojarse de todo el fausto, hacerse tratables, y allanar con su humanidad todos los caminos á los que tienen que tratar con ellos. Pero no fundo yo el peligro de la prosperidad en la arrogancia; lo ridículo de este vicio casi basta por sí solo para corregirle. Lo fundo en cierto dictámen de propia excelencia, que acostumbra al alma á que se mire como elevada por sus propios dones sobre todas aquellas personas á quienes la hace superior su clase ó su prosperidad. Lo fundo en un oculto error de vanidad, que hace que confundamos nuestra fortuna con nosotros mismos; que contemos el nacimiento, la grandeza, los títulos, las dignidades y las riquezas en la idea que formamos de lo que somos, y que de todas estas utilidades, que nos son extrínsecas, y que por consiguiente no pertenecen á nuestro ser, nos formemos una grandeza imaginaria, que tenemos por intrínseca á nuestras personas; finalmente, en un error que nos persuade que somos á los ojos de Dios,

y en el orden de su providencia, criaturas privilegiadas, y tan distinguidas como los hombres, y como en el orden exterior de la sociedad. Su prosperidad, dice el Profeta, los exime de los trabajos y de las miserias comunes á los demás hombres, y por esto se apodera de su corazon una secreta soberbia : *In labore hominum non sunt... ideo tenuit eos superbia* ¹. Por eso el primer consejo que el Apóstol encarga á Timoteo dé á los grandes del mundo es el que no se ensoberbezcan : *Non sublimé sapere* ².

11. Por otra parte, en lo exterior todo confirma á los grandes en esta peligrosa idea. Sus vicios son aplaudidos, se oculta lo corto de sus talentos con el artificio de las alabanzas, se justifica su soberbia con los magníficos nombres de grandeza de ánimo y elevacion de pensamientos : en ellos se estudian todas sus acciones, y todo se dirige á persuadirles que están hechos de distinta masa que los demás hombres. Aun nosotros mismos, que somos ministros de la verdad, que debe estar en nuestros labios como en un sagrado depósito, damos á las mas leves virtudes de los grandes unos elogios que desaprueba la Religion, y con pretexto de animar los débiles principios de su piedad, los corrompemos en su nacimiento ; tal es la desgracia de los grandes, todo se dirige, ó á disfrazarles sus vicios, ó á hacerles perder el mérito de sus virtudes. Pero aun cuando pudieran defenderse de la injusticia y torpeza de estas alabanzas, siempre se forma de estos emponzoñados discursos un género de idea de propia estimacion que nunca se borra, y corrompe el corazon para siempre. Herodes, entre las aclamaciones de un pueblo bárbaro, no podia tenerse por un Dios bajado á la tierra para hablar á los hombres ; esta alabanza era demasiado necia para ser creída ; pero con todo eso oye con gusto unos aplausos que parece le tributan honores divinos, y que le trataban de Dios, y de inmortal ; su corazon se deja arrastrar de ellos, y aunque no ofusquen su entendimiento, con todo eso no desprecia como blasfemia los títulos y elogios que solamente son debidos al Rey inmortal de los siglos ; y los gusanos que al mismo tiempo le consumen nos dan bien á entender que fue el exceso de su impía vanidad, pues mereció ser castigado con tan cruel suplicio.

12. Estos son los primeros peligros de la prosperidad, sacados de las impresiones que hace en el corazon para corromperle. Pero me parece que no son menos de temer las facilidades que ofrece á

¹ Psalm. LXXXII, 5, 6. — ² I Tim. VI, 17.

las pasiones cuando el corazon está corrompido. Continúad con vuestra atencion.

13. Porque, primeramente, del apego de las cosas de la tierra nacen como de una funesta raíz aquellos infinitos é insaciabiles deseos de que habla san Pablo, que matan al alma; esto es, mirais la tierra como á vuestra patria, no pensais mas que en engrandeceros en ella, y ocupar en ella algun gran puesto, y quisiérais vosotros solos poseerla toda entera: añadís, dice un Profeta, la heredad de vuestros vecinos á la de vuestros padres; pasais los límites que la moderacion de vuestros mayores habia puesto con tanta prudencia á vuestras riquezas y á vuestra fortuna; llamais las tierras con vuestros propios nombres, y parece que apenas puede bastar todo el universo á la extension de vuestros proyectos; obligais muchas veces á un Nabot á que os ceda su heredad y la inocente sucesion de sus padres; juzgais que todo lo que os acomoda os pertenece; formais derechos incontrastables, de los que son muy dudosos, y obligais á la equidad á que ceda al poder; siempre juzgais que os convienen las dignidades que os permite adquirir vuestra opulencia; no examinais si lo corto de vuestros talentos os hace incapaces de ellas, ni si tendrá que padecer el público, sino solamente si con ellas asegurais á vuestros hijos una fortuna mas durable; la suerte de estos no la decide la vocacion del cielo, sino vuestros intereses temporales; la Iglesia se ve precisada á recibir de manos de vuestra codicia unos sacrificios que aborrece; trasplantaís al campo del Señor todo lo que ocupa inútilmente la tierra en el vuestro, por no dividir vuestros bienes, y por mantener el vano honor de vuestro nombre despedazais y afrentais la heredad de Jesucristo; colocais en el santuario unos vasos de desprecio y de ignominia, y aun algunas veces comprais el don de Dios; y como aquella madre de Micas, de quien se habla en la Escritura santa, empleais vuestras riquezas en levantar para vuestro hijo en vuestra misma casa un nuevo sacerdocio y un nuevo templo; acaso en una fortuna mas regular y moderada hubiérais conservado mas inocencia. No os parezca que hablo aquí de aquella opulencia que se mantiene con la sangre de los pueblos, de aquellos hombres nuevos á quienes vemos manifestar sin vergüenza en la magnificencia de sus palacios los despojos de las ciudades y provincias: la reforma de estos abusos no pertenece á nuestros sermones, sino á la severidad de las leyes, y á la justa indignacion de la autoridad pública: vosotros mismos, católicos, vosotros que me estais escu-

chando sois los que regularmente os burlais, y censurais este modo de proceder : no podeis sufrir con paciencia que unos hombres levantados, por decirlo así, del polvo de la tierra se atrevan á competir con vosotros en fausto y magnificencia ; á adornar su oscuro y bajo nacimiento con vuestros magníficos nombres , y aun á insultar con necias profusiones la pública miseria , de la que ellos mismos han sido bárbaros artífices : vosotros mismos conoceis todo el horror de una prosperidad nacida de la injusticia , y no conoceis los peligros de la del nacimiento. Yo no hallo mas diferencia , sino que la una empieza por el pecado , y la otra siempre acaba en él ; los unos gozan de unos bienes injustamente adquiridos , y los otros abusan de una prosperidad legítima.

14. En segundo lugar, del amor á nuestro propio cuerpo, que es la segunda impresion que hace en los corazones la prosperidad, nacen todas aquellas ignominiosas pasiones que deshonran en nosotros el templo de Dios. ¿Quién ignora que la prosperidad proporciona mil caminos á este vergonzoso vicio? Quiero pasar ahora en silencio que solo el regalo, inseparable de la abundancia, es un camino casi infalible para la libertad de las costumbres, y que una vida ociosa, la que es muy regular en la opulencia, está muy cerca de la disolucion. ¡Ah! ¿dónde nacen los monstruos y las execrables pasiones sino en los palacios de los grandes? En ellos no agradan los vicios comunes, y para avivar á estas almas sensuales es preciso que unos excesos extraordinarios y una enorme singularidad de culpas dé á la iniquidad nuevos encantos. Leed las divinas Escrituras, y hallaréis que de esto provino la caída de David, los necios desórdenes de Salomon, el exorbitante lujo de Baltasar, y el escándalo de la corte de Herodes.

15. Tampoco quiero deciros que muchas veces debe el alma su inocencia á la dificultad de la transgresion ; que no suelen gustar los placeres que cuestan demasiado ; que los obstáculos que hallamos para nuestros deseos en una mediana fortuna hacen muchas veces que un alma fiel tome una resolucion generosa , y se sujete á la obligacion con lazos mas santos y durables. Pero en los grandes sus deseos son la única regla de sus pasiones ; su voluntad no tiene mas freno que á sí misma ; los deleites no les cuestan mas trabajo que el desearlos. Apenas deseó David beber del agua de la cisterna de Belen, cuando tres jóvenes hebreos, venciendo las dificultades que se oponian al deseo del Monarca, atraviesan por medio del ejército enemigo, y entre mil peligros consiguen poner á

sus piés una agua que era el precio de su sangre y el peligro de su vida : todo es fácil para las pasiones de los grandes. ¡Ah! si la culpa, aun entre contradicciones y trabajos, siempre agrada conseguida, ¿qué encantos no tendrá cuando son fáciles todos los caminos para lograrla, y cuando le cuesta dificultad al corazon el privarse de ella?

16. Finalmente, quiero tambien omitir que una virtud comun, y aun algunas veces sola la pereza, bastan para apartarnos de buscar las ocasiones del desórden; pero que ni aun la virtud de los Santos basta para defendernos contra las ocasiones, cuando ellas nos buscan. Los grandes y felices de la tierra se hallan entre estas ocasiones á cada paso: su vista encuentra escollos en todas partes; todos los objetos procuran agradarles; todos se dirigen á corromper su corazon; todos se precian de haberlo conseguido; la culpa se presenta á su vista acompañada de todos los atractivos mas propios para hacerse amable, de todos los artificios que ha podido inventar la corrupcion, ó para precaver los disgustos, ó para divertir la inconstancia, ó para justificar la pasion: los consejeros de la iniquidad, los ministros del apetito, de los que siempre está cercada la prosperidad, procuran agradar á su señor lisonjeando sus pasiones; se hacen sus impíos apologistas, disfrazan su horror, ocultan su vergüenza y su vileza, y avivan el deseo. Apenas se dejó ver Sara en los reinos de Faraon y de Abimelec, cuando los cortesanos, conociendo la vergonzosa fragilidad de sus príncipes, empiezan á ponderarles su hermosura, inflaman su pasion, y les inspiran injustos deseos. En un estado tan peligroso ¡oh Dios mio! caerian aun los justos; pues ¿cómo será posible que se defienda un alma corrompida ya con la prosperidad?

17. Finalmente, de la soberbia, que es la última impresion que hace en nuestros corazones la prosperidad, nacen los deseos ambiciosos, las emulaciones, las perfidias, los rencores, las venganzas, y todas las pasiones que ella favorece. *La soberbia de los que os aborrecen, ó Dios mio, dice el Profeta, siempre va creciendo*¹: las riquezas, los empleos, el nacimiento, son una especie de ley que nos manda ser ambiciosos; nos avergonzaríamos de lo distinguido de nuestro nacimiento, si no pensáramos en ser mas; el saber contenerse dentro de los límites de su propio estado, y tenerse por feliz en él, es una filosofía que deshonra, y á la que trata el mundo de

¹ Psalm. LXXIII, 13.

pusilanidad ó de singularidad ridícula. Luego que veais que la ambicion se ha apoderado de un corazon hasta cierto punto, no hay cosa, por injusta é indigna que sea, que no debais esperar de él: arruinará á sus competidores, se levantará sobre las ruinas de la Religion y de la conciencia, será traidor, disimulado, pérfido, y todo ménos cristiano. Se alegrará de las desgracias de su prójimo, cuando estas sirvan á sus adelantamientos; le pesará de su elevacion, cuando le sirva de estorbo; aborrecerá todo lo que se oponga á sus pretensiones; se conformará con las pasiones de aquellos á quienes tiene interés en agradar; desacreditará hasta la virtud y el mérito que le sirva de obstáculo. Sacrificará el interés público á sus intereses particulares, y de su fortuna hará su religion y su Dios. Estos son los primeros peligros de la prosperidad: inspira las pasiones al mismo tiempo que corrompe el corazon, y las favorece cuando ya le ha corrompido.

18. Pero ¿qué fruto debemos sacar de estas importantes verdades? ¿Deberémos acaso renunciar los bienes y los títulos que hemos heredado de nuestros mayores, y salir del estado en que nos colocó la Providencia? No, católicos. Pero primeramente nos debemos decir á nosotros mismos que, aunque poseamos todo lo que puede servir de felicidad á los sentidos, no por eso nos es lícito el satisfacerlos; que el grado de nuestra inocencia, y no el de nuestra fortuna, es el que ha de decidir del derecho que tenemos aun á los mas lícitos placeres; que el pecador, por mas elevado que se halle, no tiene mas patrimonio que las lágrimas y las mortificaciones; que sus delitos le han hecho inútiles casi todas las comodidades de su abundancia, y que su elevacion, en vez de mitigarle su penitencia, le sirve de nueva dificultad para ella.

19. En segundo lugar, debemos conocer que todo lo que nos ensalza á la vista de los hombres nada añade á lo que en realidad somos en la presencia de Dios; que á su vista no tendríamos mas títulos que nuestras virtudes, y que quedando sepultado con nosotros en el sepulcro todo el fausto y todas las dignidades que nos rodean, quedarémos aturdidos al vernos solos en su terrible tribunal.

20. Finalmente, debemos mirar los reinos del mundo y toda su gloria como un espectáculo que solamente nos presenta el tentador desde léjos: *Ostendit ei omnia regna mundi, et gloriam eorum* ¹. Este es un aspecto falso. Solamente con esta distancia puede engañar á

¹ Matth. v, 8.

los sentidos y á la razon este vano conjunto de gloria y de grandeza; pero apenas le tocais cuando cesa el encanto, muda de cara el objeto, y nada hallais en él de cuanto os habia prometido el error de la imaginacion. Entre todas las fortunas y grandezas que nos figuramos en la tierra solamente el deseo y la esperanza son los que nos lisonjean y embriagan. El esperar es cosa muy agradable, y el único deleite que el hombre puede prometerse en este mundo. Cuando se han cumplido ya todos vuestros deseos, y no teneis mas á que aspirar, quedais infelices, ó vienen á divertirlos ó engañaros otros nuevos deseos y esperanzas; es preciso que nos sostenga el error de lo futuro, porque en nada estimamos lo presente, sea lo que fuere. Por eso el tentador siempre nos deja algo que desear: *Hæc omnia tibi dabo*. Y este es todo su artificio: siempre nos muestra desde lejos los objetos que irritan nuestras pasiones; sabe muy bien que el único secreto para engañar á los hombres no es el contentar sus deseos, sino el inspirárselos; y por eso, católicos, debiérais vosotros estar mas desengañados del mundo que los que nacen en una mediana fortuna. Quanto menos felices sois en vuestra elevacion, mas debeis conocer el vacío de todo lo que inquieta y mueve á otros hombres. Como vosotros gozais de todo lo que los demás hombres desean, le quedan menos arbitrios al tentador para engañaros, y debiérais tener por privilegio de la grandeza y de la prosperidad el que estas os dan á conocer que el mundo entero es nada para el hombre; que toda la gloria de la tierra, aunque pueda embriagar al corazon por un instante, nunca puede llenarle; que nosotros hemos nacido para el cielo; que los verdaderos placeres del hombre en la tierra consisten en la inocencia, y no en la elevacion; que si nos compadecemos interiormente del error de aquellos que siendo de nacimiento inferior al nuestro nos tienen por felices, debemos tambien llorar nuestra propia ceguera en creer que podemos hallar una felicidad mas sólida en una clase superior á la nuestra. De este modo se engañan todos los hombres, porque no conocen los disgustos del estado en que se hallan, y para desengañarlos bastaria el que se manifestasen el corazon unos á otros.

21. Por eso, ó Dios mio, habeis querido que los peligros de cada estado puedan servir de medios de salvacion al alma fiel en cualquiera de ellos que se halle; y para que ningun hombre pueda tener excusa, habeis permitido que vuestros siervos se santifiquen en medio de los mismos escollos en que han visto perecer tantas almas mundanas. Estas son las ideas de la fe en orden á las prosperidades

temporales. Ya habeis visto cómo estas sirven de ocasion al pecado; ahora es preciso manifestaros cómo tambien son obstáculos para la penitencia.

Segunda parte.

22. Un estado en que las gracias especiales son mas raras, en que la concupiscencia pone en el corazon mil obstáculos á las santas inspiraciones, en que aun las dificultades exteriores para la salvacion son de tal naturaleza, que regularmente no se pueden vencer sino con iguales auxilios de la gracia; un estado como este es sin duda un grande obstáculo para la penitencia. Pues estas son las tres razones en que fundo mi segunda proposicion acerca del peligro de las prosperidades temporales. Estadme atentos.

23. Dije primeramente que las prosperidades temporales sirven de grande obstáculo á la conversion, porque en este estado son mas raras las gracias especiales: registrad las Escrituras santas, y hallaréis repetida en ellas muchas veces esta terrible verdad. En todas partes se lee que el Señor solamente gusta de conversar con los pequeños y sencillos; que mira desde lejos á los que su nacimiento ó su soberbia ensalza sobre los demás. En todas partes se ve quebrado el arco de los poderosos, y revestidos de fortaleza los flacos. En todas partes se lee que deja secar la yerba que crece sobre los techos, y que no por estar mas elevada es mas favorecida de los rocíos de la gracia, cuando al mismo tiempo adorna de hermosura á las azucenas que nacen en los mas profundos valles y entre las espinas. Que rompe los cedros del Líbano, que parecen estar mas seguros, al mismo tiempo que el árbol plantado á la orilla de las aguas lleva fruto á su tiempo. En todas partes se ve que no se cuentan muchos nobles y poderosos en Jesucristo, esto es, entre sus discípulos. Esta verdad de que hablo se halla establecida en las figuras y máximas de los Libros santos. No porque en Dios haya acepcion de personas, como ya he dicho: la gracia de Jesucristo abraza todos los estados; el Señor nunca falta á sus criaturas, y sin contar los augustos ejemplos que tenemos presentes, un David, un Ezequías, una Ester, una Judit y un san Luis, prueban que en el estado de elevacion podemos ser aun mas ricos en dones de la gracia que en bienes de la fortuna.

24. Pero primeramente el orden de la Providencia parece pide que haya una especie de compensacion en esta desigualdad de for-

tunas y de condiciones que se halla entre los hombres, y que en la confusion que hay en la tierra, en donde casi siempre se halla ensalzado el pecador, al mismo tiempo que el justo gime oprimido en la oscuridad y abatimiento, pueda descubrir en ella la fe un órden secreto y un modo de igualdad que justifique en el espíritu del fiel la providencia de Dios y la sabiduría de sus consejos en la dispensacion de las cosas humanas. El terrible secreto de esta divina compensacion consiste en que las riquezas de la gracia son como herencia y patrimonio del pobre y del afligido, al mismo tiempo que el hombre feliz goza de los favores de la tierra como recompensa y patrimonio propio suyo; quiero decir, que la inocencia, el pudor, la rectitud, la sencillez y el temor del Señor están reservados para las almas oscuras, así como los títulos, las dignidades y las grandezas humanas están entregadas á los poderosos y felices del mundo. Por esto todo se halla en el universo dispuesto con una economía digna del Autor de la naturaleza y de la gracia; por esto la abundancia de unos está destinada para suplir á la necesidad de otros. El rico debe hacer al pobre partícipe de sus bienes, y el pobre debe socorrer al rico con sus bendiciones espirituales, y ofrecer por él el sacrificio de sus oraciones y trabajos. Y así, católicos, todos los dias vemos unas almas sencillas, nacidas en el estado mas vil y despreciable, favorecidas de los mas extraordinarios dones; de una inocencia sin igual, de una fe incontrastable, de una conciencia tan delicada, que se ofende solamente de la apariencia del pecado, de una oracion tan elevada, que admira á aquellos á quienes confia con sencillez las operaciones de la gracia en su alma; al mismo tiempo que los que habitan en los palacios de los reyes apenas conocen las primeras verdades de la Religion, al mismo tiempo que vemos todos los dias á algunas personas de cierta clase, que llegan á envejecerse sin pensamiento alguno de fe ni de devocion, que conservan en la edad decrepita el mismo gusto al mundo, la misma embriaguez por la corte, por el favor, por los placeres, el mismo pesar por el mas leve desaire del soberano que la edad mas viva y floreciente, y que aunque hagan algunos esfuerzos para entablar una vida mas cristiana, hallan siempre en ella mucho disgusto y repugnancia, y se les hace insufrible é insípido todo lo que se ordena á su salvacion.

25. Esta ha sido en todos tiempos la conducta de la gracia: los grandes dones siempre han estado reservados para las personas mas viles, segun la carne; los poderosos del mundo no son tan á pro-

pósito para los designios de Dios; y si alguna vez se sirve de ellos su sabiduría, es valiéndose de sus pasiones, ó para castigar la soberbia de los pecadores, ó para excitar la fe de los justos.

26. En segundo lugar, en la prosperidad no son tan abundantes las gracias, porque, como dice san Agustin, los favores temporales son recompensa que la justicia divina concede regularmente á algunas virtudes naturales de los pecadores, para tener mas derecho de excluirlos para siempre de las promesas de la gracia. Acaso por razon de un buen natural sois sincero, afable, fiel en vuestras palabras, equitativo en vuestros juicios, amigo fiel, príncipe generoso, enemigo de la violencia y de la injusticia: estas virtudes destituidas absolutamente de caridad, obra de la naturaleza, é inútiles para la eternidad, son útiles para el mundo presente; con ella se mantiene la paz de los Estados, la tranquilidad de las familias, la buena fe de los comercios y el orden de la sociedad: Dios, pues, halla en el mundo con qué recompensar unas virtudes puramente mundanas; proporciona favores temporales á unos justos temporales, por decirlo así, porque este juez equitativo ninguna virtud deja sin recompensa, como tampoco ningun delito sin castigo. Pero estas recompensas son terribles á los ojos de la fe; son como unas exclusiones de aquella gracia que forma los santos, y unos favores que dispensa Dios en su indignacion. Bien sé que esta regla no es universal y que el justo ve algunas veces *la paz en su virtud y la abundancia en su casa*¹. Pero estas excepciones son muy raras y á nadie deben asegurar; y particularmente vosotros, si no os valéis de la prosperidad mas que para hacerla servir á la felicidad de vuestros sentidos y vivir en la torpeza y en el olvido de Dios, teneis gran motivo para temer y deciros continuamente á vosotros mismos: Acaso estoy recibiendo mi recompensa en este mundo: yo no siento dentro de mí mismo deseo alguno vivo de salvacion, ni impresion alguna de la gracia que me guie á una sólida penitencia: entre todos los negocios, el de la eternidad es el que menos me mueve y me interesa. Yo hallo en mí inclinaciones á mis amigos, al favor, á la fortuna, al adelantamiento y elevacion de mi casa, al servicio del príncipe y á la gloria de la nacion; pero no hallo deseo alguno de mi eterna salud, y el corazon nunca me habla en orden á las obligaciones de la Religion y al servicio del Rey de los reyes de la tierra. ¡Oh gran Dios! ¿es posible que me habeis de haber abandonado

¹ Psalm. cxxi, 7

interiormente, cuando en el exterior me estais llenando de favores? ¡Ah! castigadme en la tierra, y reservadme vuestros dones para una vida mas permanente: si el estado en que me colocó mi nacimiento sirve de obstáculo á mi salvacion, degradadme de él, ¡oh Dios mio! y haced que vuelva á caer en el polvo de que salí; el estado que mas me acerque á Vos será siempre para mí el mas amable, y preferiré al trono mismo el muladar en que Job estaba sentado, si esto fuese necesario para agradaros. Estas son, católicos, las disposiciones que deben hallarse en vosotros.

27. Finalmente, en el estado de prosperidad no son tan abundantes las gracias, porque muchas veces no es este estado el que Dios nos habia preparado en su misericordia, y solamente permite que seamos colocados en él para conformarse con nuestros depravados deseos; y en vez de pedirle su gracia que debilite nuestras pasiones y los dones eternos, nunca le ha dirigido nuestro corazon súplicas y deseos, sino para la tierra y para los bienes y gloria que estima el mundo. Registrando el Señor nuestros corazones, é indignado de no hallar en ellos cosa alguna digna de su Majestad, se ha acomodado á nuestros deseos, y nos ha castigado con favorecerlos, como dice san Agustin: ha sido para nosotros un Dios terrible cuando se nos ha manifestado propicio; nos ha habierto los mas felices caminos para que consigamos nuestros intentos; ha apartado todos los obstáculos que podian oponerse á nuestros ambiciosos fines; ha juntado las circunstancias menos separadas para conducirnos al término de nuestros deseos; nos ha llevado él mismo sobre sus alas, por decirlo así, á lo alto de la rueda, á donde hemos llegado con tanta rapidez; no obstante, sus primeros designos para con vosotros eran el prepararos el camino de los disgustos y de las desgracias, como el mas seguro para vuestra salvacion y el mas conveniente á la fragilidad de vuestro corazon y á la naturaleza de vuestras inclinaciones; le habeis obligado, si es lícito decirlo así, á que mude este orden: se ha visto precisado á seguir vuestros proyectos, cuando vosotros debíais haber seguido los suyos; pero como esa prosperidad no es obra suya, en castigo de este desórden no toma parte en ella; os entrega á todos los peligros de un estado en que solo os ha puesto para castigar el ansia con que le deseáis; os deja en manos de vuestras pasiones y en los caminos que ellas mismas se han fabricado; sois á su vista como aquel hijo pródigo; le habeis obligado á que os entregue unos bienes que no os habia destinado su sabiduría, y despues os deja andar entregados á vuestros

desordenados deseos, sin ejercitar con vosotros los cuidados y amor de padre: si vuestra elevacion fuera obra suya, los escollos, que nunca pueden faltar, se mudarian para vosotros en medios de salvacion; pero, siendo obra de vuestras pasiones, los mismos medios de salvacion que en ella pueden hallarse se os convertirán en escollos. Es cierto, pues, que la prosperidad es un obstáculo para la penitencia, porque en este estado son mas raras las gracias con que se forma el arrepentimiento; pero, además de esto, digo en segundo lugar, que la prosperidad es obstáculo para la penitencia, porque pone en el corazon infinitas oposiciones á las gracias de conversion que pudiera Dios conceder á los grandes y felices de la tierra: segunda razon, y los motivos en que la fundo son los siguientes:

28. Primeramente, pudiera deciros que uno de los medios mas eficaces de que Dios se vale para atraer á sí á un pecador es la instruccion y el celo de los ministros de la Penitencia, que le hablan en el sagrado tribunal con toda la sinceridad que Dios les inspira; pero los grandes del mundo no gustan de oírlos, ó por una oposicion natural á la verdad, ó porque el ministro, por una cobardía indigna de la santidad y autoridad del sacerdocio, no se atreve á decírsela: lo cierto es que los grandes y poderosos rara vez hallan hombres fieles á su ministerio, y en los que no se vea aprisionada la palabra de Dios cuando se trata de entrar en juicio con su conciencia; los Natanes y los Bautistas no son para todos los siglos. Solamente la presencia de los grandes basta para acobardar la verdad en nuestras bocas: tememos á los que debiéramos instruir; respetamos sus pasiones como su clase y sus títulos; el juez tiembla en la presencia del reo; el que ha de pronunciar la sentencia parece que él mismo la espera del culpado á quien debe condenar; con tal de que no alabemos sus delitos, casi nos alabamos de haber tenido valor para tolerarlos. Los ministros, aun los mas rectos, están persuadidos de que en esto es necesario usar de condescendencia; se valen de arbitrios que ofenden la obligacion; acomodan la regla á las pasiones, en vez de juzgar las pasiones por la regla; ponen excepciones en donde no debieran poner mas que la ley: de este modo nunca se les manifiesta la verdad á los grandes sino bajo un velo de mitigaciones y respetos, y rara vez hacen penitencia, porque rara vez se les instruye: de esto se quejaba en otro tiempo Jeremías: *Prophetae tui viderunt tibi falsa, et stulta, nec aperiebant iniquitatem, ut te ad poenitentiam provocarent* ¹.

¹ Thren. ii, 14.

29. Pero quiero conceder que los grandes y poderosos hallen ministros que no hagan distincion de personas, segun la carne, porque aun hay profetas en Israel : la gracia de la penitencia es una gracia de docilidad y de sumision ; es preciso entregarse enteramente á la mano que nos guia, sujetar el genio á los consejos útiles, y saber caminar por sendas que nos hayamos escogido nosotros mismos. Pero vosotros, que estais acostumbrados á ver que todos los que andan al rededor de vosotros ceden á vuestros dictámenes, respetan vuestros errores, y aplauden hasta vuestras locuras, nunca podréis resolveros á dejaros gobernar por las impresiones de un director ilustrado : lo quereis atraer á vuestro parecer, en vez de caminar á la verdad con él, y por medio de su direccion ; pretendéis que respete lo que debiera censurar ; intentais imponer leyes, cuando debiérais sujetaros á las que se os imponen. Naaman elevado á los primeros puestos de una corte soberbia escucha burlándose los sábios consejos del profeta Eliseo, y tiene por simpleza el remedio que le señala el hombre de Dios y la santa autoridad de su ministro. Queremos ser grandes en donde solo debemos ser penitentes.

30. Otra razon : algunos grandes van al tribunal de la Penitencia muy pagados de su entendimiento, y preciados de una capacidad sublime, que siempre se opone á la gracia de la Penitencia, porque esta es una gracia de sencillez y de infancia cristiana. Si el ministro santo no habla segun el estilo del mundo, si no atiende á las preocupaciones anejas al puesto y al nacimiento, si les anuncia las mismas verdades que al comun de los fieles, si les señala las mismas obligaciones, si les pronostica las mismas desgracias y las mismas penas, si halla en sus pasiones la misma enfermedad, si les aconseja los mismos remedios, tratan su celo de simpleza, y sus talentos no son mas que una ignorancia del mundo y de sus costumbres : no le juzgan á propósito para guiar á la salvacion á las personas de cierta clase ; parece que para ellos haya otro Evangelio distinto de el del pueblo ; que en Jesucristo hay distincion de griego y de bárbaro, de noble y de plebeyo, y que para guiarlos á la salvacion se necesita de otra ciencia distinta de la de los Santos.

31. Luego la gracia de la Penitencia halla infinitos obstáculos en los corazones de los grandes y felices del mundo ; pero aun los halla mas invencibles fuera de su corazon y en los efectos de la prosperidad ; última razon.

32. No quiero deciros, primeramente, que un corazon feliz con

la abundancia nada busca fuera de sí; que nada aviva su amor á los verdaderos bienes, porque este amor está como dormido y saciado con los bienes aparentes. La gracia necesita pérdidas, disgustos, aflicciones, y casi nada puede con las almas que viven en la prosperidad. ¿En qué se ocupa el rico del Evangelio en medio de su abundancia? En derribar sus trojes, y edificar otras nuevas; despues en descansar, comer, beber y regalar, sin pensar en Dios. No recurrimos al Señor, sino cuando no somos bastantes para nosotros mismos; no buscamos el descanso en el Autor de nuestro ser, sino cuando no le hallamos en las criaturas. Adonías no abraza el altar hasta que ve decretada su muerte: Manasés no invoca al Dios de sus padres sino en el horror de su prision y bajo el peso de sus cadenas: el hijo pródigo no piensa en restituirse á la casa paterna hasta que empieza á experimentar los rigores del hambre. Vosotros mismos que me estais oyendo os habeis vuelto á Dios en aquellos instantes en que os ha afligido, y entonces abristeis los ojos para ver el engaño de este mundo miserable; pero luego que volvió el favor y la prosperidad, se restituyeron á vuestra imaginacion ideas mas agradables y halagüeñas, y os entregásteis al mundo luego que el mundo volvió á entregarse á vosotros; os hubiérais salvado por el camino de los disgustos y de las aflicciones, y pereceréis en la prosperidad.

33. Pero ¿qué seria si yo examinase aquí el abuso que habeis hecho de vuestras dignidades, de que habeis de dar rigurosa cuenta en el tribunal de Jesucristo, y por el que estais obligados á infinitas restituciones, sin las que vuestra penitencia siempre será falsa y reprobada de Dios? ¡Oh qué nuevos abismos, si la brevedad de un discurso permitiera examinarlos! Si habeis sido alguno de los jefes de los ejércitos de Israel, ¡qué libertades, qué robos, qué violencias! ¡De cuántas públicas y particulares desgracias os pedirá Dios cuenta algun dia! Si por razon de vuestros empleos habeis estado al frente de los pueblos y de los públicos negocios, ¡cuántas personas indignas favorecidas! ¡Cuántos sucesos públicos y funestos acaso han tenido su origen, ó en vuestras secretas envidias, ó en vuestros particulares intereses! ¡Qué injustas condescendencias han alcanzado acaso de vosotros el favor, la amistad, la sangre, y aun puede ser las conexiones pecaminosas! ¡Cuántos abusos, ó tolerados por vuestra negligencia, ó autorizados por vuestros ejemplos! ¡Cuántas quejas mal oidas, cuántas opresiones disimuladas, ó por no molestarse en examinarlas, ó por no desacreditar la eleccion

que habeis hecho, y descubrir las iniquidades de los subalternos que eran causa de esas opresiones, solo porque os eran deudores de sus empleos y de su fortuna ! ¿Dónde están los grandes que hacen estas menudencias, y esta multitud de culpas ajenas tengan parte en las restituciones de su penitencia ?

34. Finalmente, no quiero hablar de los obstáculos exteriores que opone la prosperidad á la penitencia. El retiro os seria necesario; pero vuestra clase y vuestros empleos os tienen en medio de los tumultos del mundo y de los negocios. Mas mortificaciones serian el único remedio que podria expiar vuestras pasadas culpas; pero las delicadezas de vuestra educacion ó los respetos de vuestra autoridad os las impiden. El huir de los honores serviria de expiacion á los pasados excesos de vuestra ambicion; pero para mantener la grandeza de vuestro nombre es preciso que aspireis á nuevas gracias. Los abatimientos curarian la soberbia de vuestro corazon; pero es preciso que recibais los respetos, y que, como Saul despues de su pecado, pidais que se os honre á vista de los hombres, para que no padezca vuestra dignidad el desprecio con que mirarian vuestra persona. La oracion sostendria vuestros débiles deseos de penitencia; pero las ocupaciones de vuestra fortuna, ó no os dejan tiempo para ella, ó hacen que perdais la costumbre. La prosperidad que os facilita todos los caminos del pecado os cierra todos los de la penitencia.

35. Por eso, católicos, es regularmente tan imperfecta la penitencia de los grandes y poderosos. Parece que es preciso contentarse con la que ellos quieren hacer : sus mas débiles esfuerzos se publican como heróicas virtudes; apenas han dado algun paso para salir de sus desórdenes, cuando se les tributan los elogios debidos á una virtud consumada; se les alaba por los males que dejan de hacer, mas que por los que reparan; se aprecia todo lo que hacen, una conversacion, un deseo, un pensamiento; las señales de devocion se tienen por devocion verdadera, y el no ser pecadores es para ellos la virtud mas sublime.

36. Pero en vuestra presencia, ó Dios mio, en donde los títulos y dignidades nada añaden á nuestras obras, no juzgais de nuestra penitencia sino por los delitos que tenemos que expiar, y no por el puesto que los autoriza entre los hombres; y la elevacion solo añade á nuestras acciones de penitencia el que siendo ocasion de que tengamos mas deleites y mas delitos que reparar, pide penitencias mas severas.

37. Es verdad tambien que la penitencia de los grandes mas consiste en obras exteriores y públicas que en actos penosos y secretos de la fe y de la piedad : favorecen el culto y la religion ; amparan á los justos ; se ejercitan en obras de misericordia ; mantienen los asilos públicos de la miseria ó de la inocencia , pero no conocen aquella vida de fe , de violencia , de abnegacion , de aborrecimiento de sí mismo , que es lo mas esencial de la penitencia y de la piedad cristiana ; se hacen mas religiosos , pero no mas penitentes ; son mas útiles para la virtud , pero no mas rigurosos consigo mismos ; emplean su autoridad para defender lo bueno , pero se creen dispensados de ejecutarlo ; sirven á los fines de Dios para con su Iglesia , sosteniendo las empresas que le glorifican , pero no satisfacen á su justicia expiando las culpas con que la han ultrajado ; en una palabra , sirven para la salvacion de otros , pero rara vez se salvan ellos mismos. La hija de Faraon favorece al pueblo de Dios oprimido , libra de las aguas á Moisés , emplea sus bienes y autoridad en la educacion del capitan de Israel que ha de libertar algun dia á sus hermanos , le adopta y pone en el número de sus propios hijos , pero no pasa adelante su virtud ; contentándose con favorecer al pueblo de Dios , no imita su fe y su inocencia ; y aunque sea protectora de Moisés , no por eso deja de ser esclava de las vanidades y costumbres de Egipto. Estos son los peligros de la prosperidad ; facilita todas las pasiones , y pone infinitos obstáculos á la penitencia.

38. Este es , pues , el fruto de este discurso. ¿Nacisteis en la elevacion y en la abundancia ? pues pensad que los favores temporales no están prometidos á los cristianos , y que si la Providencia los ha derramado sobre vosotros , no es mas que para proporcionaros el mérito de despreciarlos , y ocasiones de ejercitar la misericordia , dando con liberalidad lo que graciosamente habeis recibido. Pensad que la elevacion ó baja del cristiano consiste en la inocencia , ó en el desórden de sus inclinaciones ; y que el pecador es la mas vil , la mas despreciable y la mas ínfima de todas las criaturas en la presencia de Dios. Pensad que , pues se aumentan los peligros con la fortuna , ¿teneis necesidad de mas vigilancia , de mas oracion y de mas precauciones que los que nacen en un estado infeliz ; que pereceréis con unas virtudes medianas , que en la oscuridad hubieran sido suficientes para salvaros. Pensad que vuestra elevacion no os concede privilegio alguno en orden á las leyes del Evangelio , y que os pedirá hasta la última dracma como al esclavo.

vo mas vil. Pensad, finalmente, que todos los objetos agradables que os proporciona la prosperidad no deben servir os mas que de continuas ocasiones de negaros á ellos; que mas os sirven de lazo y tentacion que de utilidad, y que si no teneis que padecer y gozais de toda vuestra prosperidad, habeis recibido todo vuestro premio, y no estais en el orden de Dios.

39. ¿Os afligís en las pérdidas y desgracias? Acordaos de que las recompensas temporales no son dignas de los que sirven al Rey inmortal de los siglos. Acordaos de que es felicidad el perder lo que no es lícito amar, y lo que seria preciso despreciar si aun se poseyera. Acordaos, finalmente, que las aflicciones han sido siempre el sello y la recompensa de los justos; que no se puede llegar á la gloria de los santos sino por la cruz; que cuantos menos consuelos haya en esta vida, mas deben esperarse en la otra, y que cuando esteis para morir no querríais trocar vuestras aflicciones y vuestros trabajos por los cetros y coronas de la tierra. Meditad estas verdades de tanto consuelo, y en cualquiera estado que os haya colocado la Providencia, de felicidad ó de afliccion, de favor ó de desgracia, *pasad de tal modo por las cosas temporales; que no perdais las eternas. Amen.*

SERMON

SOBRE EL RICO AVARIENTO.

Crucior in hac flamma. (Luc. xvi, 24).

Estoy tormentado en este fuego.

1. ¿Cuáles son, católicos, los terribles delitos que sepultaron á este infeliz en aquel abismo de tormentos, y que avivan el fuego vengador que le consume? ¿Fue acaso profanador de su propio cuerpo? ¿Bañó sus manos en la sangre inocente? ¿Hizo de la viuda y del huérfano presa de sus injusticias? ¿Ó fue un hombre sin fe, sin rectitud, sin conciencia, ó un monstruo de iniquidad? Oídlo, señores, los que estais persuadidos de que una vida sosegada y pacífica, en la que nada se concede á las pasiones extremadas, pero que tampoco se niega cosa alguna al amor propio, es una vida cristiana, y que todo el Evangelio consiste en no obrar mal. Este réprobo que hoy sale del abismo para instruiros era rico, dice Jesucristo; estaba vestido de púrpura y de finísimo lino; comia con esplendidez; pero no atendia, como era razon que atendiese, á las necesidades de Lázaro que perecia de hambre á la puerta de su casa. Estos son todos sus delitos. Seria cosa inútil el buscar otros en la disolucion de sus costumbres, pues no se le reprende de mas. Habia adquirido grandes riquezas, y disfrutaba sus comodidades. Abraham no expone otro motivo de su condenacion; y seria temeridad en nosotros el atribuirle desórdenes que no refiere su historia, y de los que parece le da por libre Jesucristo con su silencio; y tambien nos opondríamos en esto al intento del Salvador, trastornando el sentido y el espíritu de esta historia, y destruyendo todo el fruto que el mismo Señor intenta sacar de ella.

2. Y á la verdad, ¿qué necesidad habia, católicos, de que Jesucristo nos abriese el abismo para que viésemos los tormentos de un lascivo, de un sacrílego, ó de un público pecador? Bien sabido es que los fornicarios, los impíos y los ladrones no han de tener parte en su reino: toda la Escritura es una continua prediccion de las desgracias que les están preparadas; y si hoy abre á nuestra

vista el seno del infierno, es para manifestarnos un réprobo que no esperábamos, y cuyo mayor pecado fue el no tener virtudes, para enseñarnos que la vida mundana por sí sola, sin pasar mas adelante, y sin caer en mayores excesos, es una vida culpable en su presencia y digna del infierno y de sus llamas.

3. Este es el espíritu y el fin de la historia que nos refiere hoy Jesucristo, y á esta verdad, acaso la mas importante que puede tratarse en la moral cristiana, quiero reducir con piadosas reflexiones toda la série de nuestro Evangelio. En la pintura que nos hace Jesucristo del rico avariento veréis el retrato de una vida ociosa y mundana, que no está acompañado de vicios ni virtudes; en la historia de su suplicio veréis su condenacion y deplorable suerte; esto es, veréis explicada y condenada la inocencia del mundo. Esta es todo el asunto de este discurso. Impléremos, etc.: *Ave María.*

Primera parte.

4. Poco importa para nuestra instruccion, católicos, el averiguar si Jesucristo quiso contarnos aquí una historia verdadera, sucedida en Jerusalem, ó si, segun su costumbre, quiso solamente ocultar con parábolas la verdad de su doctrina. Que se nos represente este Señor como un pastor amoroso que corre apresurado por medio de los montes en busca de una oveja perdida, lleno de gozo por haberla hallado, y poniéndola sobre sus hombros; ó que efectivamente vaya á Samaria en busca de una pecadora para sacarla de sus desórdenes, no despierta menos la conciencia del pecador la parábola que la historia; y así que la condenacion del desgraciado rico del Evangelio sea un hecho verdadero ó figurado, no es menos cierta la verdad que con él se intenta probar, ni son menos legítimos los motivos de nuestro temor.

5. Habia, pues, en Jerusalem, dice Jesucristo, un hombre rico: *Homo quidam erat dives*¹. Este parece que era su primer delito. Nació feliz: *Erat dives*. Nada añade Jesucristo á esta circunstancia que la haga odiosa: no nos dice que siendo de bajo nacimiento, descendiente de alguna familia oscura, y habiendo salido de alguna de las mas pequeñas ciudades de Judá, viniese á Jerusalem pobre y necesitado de todo, y que con los mas bajos ministerios, con los mas viles tráficos, por los mas ignorados y siempre sospechosos ca-

¹ Luc. xvi, 46.

minos, llegase á tanta abundancia y prosperidad con que despues se dejó ver en el mundo, ni que gozase con insolencia de unos bienes que hubiera adquirido indignamente. Este no era otro Zaqueo, que hubiese levantado su monstruosa fortuna á costa de la pública miseria, que hubiese cobrado por sí los tributos debidos al César, y que despues á costa de dinero hubiese comprado su nobleza, y ensalzado su bajo nacimiento con el resplandor de las dignidades y distincion de los títulos; tampoco hay motivo para sospechar que hubiese nacido de un padre avaro y perverso, y que hubiese escogido una sucesion de iniquidad. El silencio de Jesucristo le justifica en todos estos puntos: *Erat dives*. Gozaba tranquilamente del patrimonio de sus padres, libre de ambicion, exento de cuidados, lleno de placeres y tranquilidad en su casa. ¿Hay entre vosotros, católicos, alguno que posea sus riquezas con mas inocentes circunstancias? No obstante, ved el primer grado de su reprobacion: era rico: *Erat dives*.

6. En segundo lugar, estaba vestido de púrpura y finísimo lino: *Induebatur purpura, et bysso*. Es verdad que la púrpura era una tela preciosa, pero no dice el Evangelio que en esto excediese los límites que las costumbres de aquel tiempo señalaban á su clase y nacimiento. No nos dice que no alcanzando sus bienes á sus profusiones perjudicase con su vanidad y gastos excesivos al mercader y al oficial; ni, finalmente, como dice el Profeta, que su soberbia y ostentacion excediesen sus fuerzas: *Superbia ejus, et arrogantia ejus... plusquam fortitudo ejus*¹. Aun no se conocian en su siglo los desórdenes que son tan comunes en el nuestro, en el que el lujo confunde todos los estados, en el que un poco de prosperidad es motivo de que el simple ciudadano dispute con los príncipes del pueblo; en el que al paso que las calamidades públicas aumentan las murmuraciones, parece aumentan tambien la profusion; en el que no se conocen ni los hombres por su nombre, ni las mujeres por su rostro, y en el que se tiene por modestia el no exceder los límites que ha establecido el lujo, y el conformarse con el exceso y locura de la costumbre: á este rico desgraciado no se le reprende de que tuviese fines pecaminosos en el cuidado de su adorno, ni de que le faltase aquella rectitud de intencion que tanto alegan las mujeres del mundo para justificar la indecencia y artificio de sus adornos. En una palabra, este rico vestía soberbiamente, gustaba del es-

¹ Psalm. xvi, 6.

plendor y de la magnificencia; en la Sinagoga, donde el culto aun era sensible y material, donde se juzgaba que solamente la magnificencia del templo y el aparato de los sacrificios honraban al Señor, donde toda la majestad consistia en el exterior esplendor de las ceremonias, donde aun el mismo Dios solamente se manifestaba bajo de símbolos de grandeza y de gloria, parece que era mas digno de perdon este exceso que en el Evangelio, donde Jesucristo, pobre y abatido á un mismo tiempo, ha impuesto obligacion, y da ejemplo de modestia y sencillez á todos los fieles.

7. En tercer lugar, comia espléndidamente: *Epulabatur quotidie splendide*. Pero la ley de Moisés solamente prohibia los excesos, y no mandaba aquel rigoroso cuidado con los sentidos que nos ha impuesto despues la ley del Evangelio. Entre las promesas hechas á los hijos de Abraham se contenian leche y miel, y así parece que tenian algun derecho á gozar de una abundancia, y que les proponia como recompensa de su fidelidad. Por otra parte, se le acusa de que comia espléndidamente, pero no se le arguye de que usase de las comidas prohibidas por la ley, ni de que faltase á la observancia de los ayunos ni de las abstinencias que en ella se mandaban. No se valia del pretexto de su nacimiento, de sus riquezas y de su regalo para excusarse de aquellas rigorosas leyes. Observaba fielmente las tradiciones de sus padres, y así distinguia los tiempos y los dias; y aunque vivia entre delicias, sabia cuándo era necesario afligirse con su pueblo, y á lo menos expiaba de algun modo los cotidianos deleites de su mesa con las observancias de la ley.

8. Es verdad que todos los dias comia con abundancia: *quotidie*; pero sus rentas alcanzaban á mantener aquellos gastos. No solo era abundante la comida, sino tambien suntuosa: *splendide*; pero no dice el Evangelio que en su mesa hubiese excesos ni desórdenes, que asistiesen á ella los impíos y libertinos, ni que se sazonasen las viandas con conversaciones impuras: tampoco dice que desde la mesa se iba al espectáculo profano para pasar el tiempo, y descansar de las fatigas del banquete; que estuviese poseído del furor del juego, y que fuese este su ocupacion regular, y arriesgase á una sola suerte la fortuna de sus hijos y el patrimonio de sus mayores; ni, finalmente, que ocupase lo restante del dia en concurrencias peligrosas y en incentivos de las pasiones: tampoco se le reprehende de culpa alguna en orden á la fe y religion de sus padres; no se preciaba de incrédulo, ni hacia gala de proponer dudas escandalosas en orden á las maravillas que antiguamente habia Dios

obrado en favor de su pueblo, ni de sus apariciones á los Patriarcas; no tenia la comun creencia por preocupacion vulgar; no infería de la supersticion de los fariseos, de los errores de los saduceos, y de las disputas y oposicion de las dos sectas que dividian la Sinagoga, que no eran ciertas sus leyes y su culto, y que la Religion era una invencion puramente humana: ofrecia los sacrificios que estaban señalados, y practicaba las absoluciones de la ley; en una palabra, el Evangelio no le llama amo cruel, amigo pérfido, enemigo irreconciliable, esposo infiel, hombre soberbio, injusto, desleal; no se valia de sus riquezas para corromper la inocencia, no violaba el lecho de su prójimo, no envidiaba, ni murmuraba de la prosperidad y reputacion ajena; segun el modo con que nos le pinta el Evangelio, era un hombre que comia espléndidamente, que hacia mucho gasto en Jerusalem, que vivia con tranquilidad y alegría, pero sin faltar á lo esencial de la rectitud, siendo de unas costumbres arregladas, viviendo una vida irrepreensible, y segun quiere el mundo que vivan los que tienen conveniencias: que admitia á su mesa á los ciudadanos y extranjeros; finalmente, uno de aquellos hombres á quienes alaba el siglo, á quienes exalta la voz pública, á quienes propone por modelos, y á los que la misma piedad no se atreveria á condenar.

9. Ahora bien, católicos, ¿os parece demasiado culpable como os lo acabo de pintar, que es como en la realidad era, y si alguno hubiera dicho antes de Jesucristo que este camino guia á la perdicion, y que este hombre merecia el infierno, no hubiérais reclamado contra la dureza é indiscrecion de su celo? ¿No hubiérais dicho con indignacion, como en otro tiempo todo el ejército de Israel, cuando condenó Saul á su hijo Jonatás, pues en qué ha pecado? ¿Es posible que ha de morir por haber probado un poco de miel? *Ergo ne Jonathas morietur* ¹? Las preocupaciones de la niñez han formado en vosotros una falsa idea de este rico; pero veamos la verdad del hecho: no añadais cosa alguna á lo que dice el Evangelio. Era rico, vestia magníficamente, y comia con regalo; ¿qué excesos hallais en esto? Si yo he de juzgar por vuestras costumbres y por vuestras máximas, no solamente no le hallo tan culpable, sino que me parece virtuoso; y segun la depravacion que hoy se ve en el mundo, si yo hubiera de hablar como un sábio mundano os le propondria como modelo á quien debiérais seguir.

¹ I Reg. xiv, 44.

10. ¿Qué es lo que continuamente decís de los que se parecen á él? Fulano vive con honor, come sus rentas con estimacion, su mesa es abundante y bien servida; en lo demás es hombre de bien, amigo fiel, y tiene aquella rectitud de costumbres en que consiste la verdadera religion y sólida virtud. No os contentais con alabarle, sino que haceis, ó Dios mio, unas comparaciones que son injuriosas á la piedad de vuestros siervos: decís que de este modo es como se debe vivir en el mundo, y no como N. y N., á quienes la devocion ha trastornado el entendimiento, y desacreditan la verdadera virtud con ridículas extravagancias y con indiscretas singularidades. Este es el mundo, católicos, y lo que mas me hace temblar es que el único réprobo que Jesucristo nos presenta en su Evangelio acaso seria hoy entre nosotros el mas justo.

11. Pero me opondréis la dureza que usó con Lázaro, y diréis que á lo menos en esto no os pareceis á él. Á este motivo que teneis de confianza os respondo desde luego con san Pablo, que en vano repartiréis todos vuestros bienes con los pobres, si no teneis en el corazon aquella caridad que lo cree todo, que todo lo espera, que todo lo sufre, y que todo lo perdona, que no es vana, envidiosa, interesada, ni sensual; si la abundancia de vuestras liberalidades no se sostiene con la santidad de vuestras costumbres, nada haceis, y nada sois en la presencia de Dios: *Nihil sum* ¹. La limosna ayuda á expiar los pecados, supuesto el arrepentimiento; pero no nos justifica mientras no nos arrepentimos. Esta es una de nuestras obligaciones, pero no es la única; y aunque el faltar á ella sea hacerse culpable de todas las demás, el cumplir con ella no es observar toda la ley.

12. Pero por otra parte, veamos cuál es en este asunto el delito de nuestro rico avariento, y acaso os hallaréis mas culpados que él. *Habia, continúa Jesucristo, un pobre llamado Lázaro, cubierto de llagas, echado á la puerta de este rico, que se contentaria con coger las migas que caian de su mesa, pero nadie queria dárselas* ². Confieso que en este modo de proceder habia un género de crueldad que se opone á todos los sentimientos de humanidad. El espectáculo de un gloton sentado á una mesa cubierta de manjares exquisitos, é insensible á los trabajos de un infeliz que se pone en su presencia, cubierto de llagas, y reducido á desear las migajas para remediar el hambre que le consume, forma desde luego una oposicion monstruosa, y basta una virtud mundana para indignarse de esta har-

¹ I Cor. xiii, 2. — ² Luc. xvi, 20, 21.

baridad. Pero atended á todas las circunstancias, y veréis que no tanto quiso Jesucristo representarnos á este rico como un mónstruo de inhumanidad, cuanto como un hombre perezoso, entregado á sus placeres, y sin atender á las miserias de Lázaro: veréis que el hacer mencion de este pobre en la historia no es mas que como un incidente, y que el asunto principal de ella es la vida regalada y sensual del rico.

13. Primeramente: Lázaro era un público mendigo, *mendicus*; pero por lo comun no se hace tanto caso de estos públicos mendigos, porque tienen á toda la ciudad por testigo y recurso en su miseria, y suele haber motivo para creer que sus continuas importunidades son puro artificio, y que sus clamores y miserias mas son efecto del ocio que de verdadera necesidad. En una palabra, nuestro rico podia valerse para con Lázaro de los mismos pretextos de que os valeis vosotros todos los dias para despreciar á estos pobres vagos. Puede ser que otras necesidades secretas, y otras obras de misericordia que lisonjeasen mas su vanidad le hallasen mas misericordioso y compasivo.

14. En segundo lugar: Es verdad que Lázaro, cubierto de llagas, estaba sentado á la puerta de este rico: *Ulceribus plenus, jacebat ante januam divitis*. Sin duda que un objeto tan digno de compasion debiera haberle enternecido; pero á lo menos alguna estimacion merece el que se permitiese á la puerta de su casa, sin echarle de ella, un espectáculo tan horrible á la vista como Lázaro; que el rico nunca se quejase ni diese muestras de enfado, estándole continuamente viendo este objeto, y que permitiese que este infeliz se hubiese formado asilo de la puerta de su casa. Acaso vosotros, amados oyentes míos, os hubiérais dado mucha priesa á socorrerle con una limosna; pero mas hubiera sido por apartar de vuestra vista un objeto tan fastidioso que por socorrer á un miembro de Jesucristo; tambien puede ser que por excusar á vuestra delicadeza un solo instante de disgusto no os hubiera parecido vuestro infeliz hermano digno de recibir este beneficio de vuestras propias manos, y que encargáseis á uno de vuestros criados que se la diese de vuestra parte, en vez de reconocer entonces en una carne llagada la imagen de vergonzosas llagas que presenta vuestra alma á la vista de Dios, y de expiar todos los delitos de vuestra vista, fijándola en un objeto desagradable, y así puede ser que hubiérais sido mas culpables en la presencia de Dios por un exceso de delicadeza, que el réprobo de nuestro Evangelio por su indiferencia y olvido.

15. Finalmente: No quiso darle ni aun las migas que caian de su mesa, pero tampoco se nos dice que Lázaro las pidiese; solamente refiere el Evangelio que las deseaba, *cupiebat*. No se acusa á nuestro rico de habérselas negado, sino solamente se dice que no había quien se las diese: *Nemo illi dabat*. No se dice que Lázaro le hablase, que le importunase, que le expusiese su hambre y sus miserias. Lázaro calla, y deja hablar en su favor á sus heridas. Esta modestia parecia solicitar con mas viveza la piedad de aquel rico; pero su clase, su distraccion y sus deleites no le daban lugar á reparar en eso. Puede ser que hubiese mandado con tibieza á unos criados infieles que socorriesen á este mendigo, porque á esto vemos reducida todos los dias la piedad de sus semejantes; en una palabra, no nos le representa el Evangelio tan culpable de dureza, como de indiferencia y falta de atencion.

16. Por eso cuando Abraham desde lo alto de la celestial morada le manifiesta el motivo de su condenacion, no le dice, como dirá Jesucristo algun dia á los réprobos: Lázaro estaba desnudo, no le vestiste; tenía hambre, y no le alimentaste; estaba enfermo, y no le consolaste; sino que solamente le dice: Hijo mio, acuérdate de que en tu vida gozaste de muchos bienes: *Fili, recordare quia recepisti bona in vita tua*. Acuérdate de que tuviste que padecer en la tierra, y no se consiguen de este modo los premios prometidos á mi posteridad. Tus padres siempre anduvieron vagos, fugitivos y peregrinos en la tierra, nada poseyeron en ella, y ahora gozan en mi seno de la herencia prometida, por la que tanto habian suspirado; tú buscaste tu consuelo en la tierra, y así no perteneces al pueblo de Dios, no eres hijo de las promesas, no te alcanza la bendicion que á mí se me concedió, y tu destino es con los infieles; del lugar de tu peregrinacion hiciste el lugar de tus delicias; aquella injusta felicidad no podia durar; aquí todo muda de semblante, aquí se enjugan las lágrimas de Lázaro, y recibe el consuelo de sus aflicciones; pero tus risas y alegrías se mudan en llanto y crujido de dientes, y tus deleites instantáneos en tormentos que nunca se acabarán: *Recordare, fili, quia recepisti bona in vita tua, et Lazarus similiter mala; hic consolatur, tu vero cruciaris*. Este es todo su delito, el haber pasado toda su vida en los deleites de la abundancia y en el regalo, y este fue el motivo de su condenacion; y seria temeridad en nosotros buscar otras razones mas que las que el espíritu de Dios nos ha dejado señaladas en el Evangelio.

17. ¿Os admirais de esto, católicos? ¿Acaso ignorais que entre

los cristianos es delito el no tener virtudes? ¿Os parece que el infierno solamente está destinado para los adúlteros, para los impíos y para los injustos? ¡Ah! si un discípulo de Moisés, viviendo bajo su ley, aun imperfecta y carnal, la que no pedia tan sublimes virtudes, en la que el despegó del mundo no era tan rigoroso, ni tan severo el uso de los sentidos, se halla reprobado por haber vivido una vida regalada, deliciosa, sin vicios ni virtudes; un miembro de Jesucristo crucificado, un hijo de la nueva ley, un discípulo del Evangelio, en el que son tan perfectas las virtudes que se mandan, tan continua la mortificación, tan prohibidos los deleites, tan necesarios los trabajos, en el que el uso de los sentidos está rodeado de tantos preceptos y de tan rigurosos consejos, en el que la cruz es el sello de los que están predestinados, ¿os parece que será tratado mas favorablemente, si nada niega á los sentidos, y si solamente se abstiene, como este rico, de los excesos enormes y de los deleites injustos y vergonzosos? Pues, católicos, sabed que es una verdad de eterna salud que el cristiano no puede ser predestinado, si acá en la tierra no se conforma con la imagen de Jesucristo, y si sus costumbres no son una expresion de las suyas: si el Padre no halla en vosotros la semejanza de su Hijo, si los miembros no se conforman con la cabeza, y estando unidos con ella hacen una monstruosa disonancia, seréis arrojados como una imagen infiel, como una piedra inútil, que no ha sido labrada por la mano del artífice, y que no puede ser colocada en el edificio, como un miembro disforme, que no puede ser unido con lo restante del cuerpo.

18. Ahora os pregunto, católicos, para parecerse á Jesucristo ¿basta no ser impío, sacrilego ni injusto? ¿Se contentó Jesucristo con no hacer mal á nadie, con no sublevar los pueblos, con no negar al César lo que le pertenecía, con no ser gloton, con que sus mismos enemigos no pudiesen argüirle de pecado grave, en una palabra, con no ser samaritano y enemigo de la ley? ¿Limitó á esto todas sus virtudes? ¿No fue manso y humilde de corazón? ¿No rogó por sus enemigos? ¿No reprobó al mundo en vez de amarlo? ¿Se conformó acaso con el mundo cuando vino á corregirle y reprenderle? ¿No nos dió á entender que la salvacion no era para el mundo, cuando dijo que no rogaba por el mundo? *Ego autem pro eis rogo, non pro mundo.* ¿No maldijo los deleites en vez de amarlos? ¿No declaró que el mundo se alegraria, pero que sus discípulos no tendrian parte en sus vanas alegrías y estarían tristes? ¿Pudo buscar los honores y distinciones humanas el que nunca buscó su glo-

ria, sino la de su Padre, y que se ocultó cuando quisieron aclamarle por rey? ¿Pudo vivir con tranquilidad y descanso el que llevó su cruz desde el primer instante de su vida mortal, y que consumó su carrera con la consumacion de sus trabajos? Este es vuestro modelo; seais del mundo ó solitario, cortesano ó religioso, consagrado á Dios ó dividido entre el Señor y los cuidados del matrimonio, si no procurais pareceros á Jesucristo, estais perdidos.

19. No obstante, con tal que vivais con aquella regularidad que aprueba el mundo, y que no os arguya la conciencia de vicios enormes, nada temeis en orden á vuestra suerte: es tan evidente el que en este estado no padeceis susto alguno en orden á vuestra salvacion, que si os persuadimos de que imiteis el ejemplo de los que despues de haber vivido como vosotros han conocido el peligro y se han retirado de los placeres y distracciones del mundo, dedicándose á la oracion, al retiro, á la mortificacion y al ejercicio de las obras santas, respondeis que es cosa peligrosa el subir tan alto; os parece mayor prudencia el evitar lo que llamais exceso, y nada juzgais tener que mudar en vuestro género de vida. San Agustin se quejaba antiguamente de que algunos paganos de su tiempo rehusaban el convertirse á la fe, porque hacian una vida arreglada segun el mundo: cuando se les exhortaba, dice este santo Padre, á que abrazasen el Cristianismo, respondian que bastaba el vivir bien: *Bene vivere opus est.* ¿Qué podrá mandarme Jesucristo á quien me predicais? *Quid mihi præcepturus est Christus?* ¿Que haga una vida irreprochable? *Ut bene vivam?* Pues ya ha mucho tiempo que lo hago así: yo no hago mal á nadie, no mancho el lecho de mi prójimo, no le usurpo sus bienes por caminos injustos: *Jam bene vivo, nullo adulterio contaminor, nullam rapinam facio.* Pues ¿por qué necesidad tengo de mudar de religion y abrazar otra nueva? Si mi vida fuera culpable, razon tendríais para persuadirme una ley que regla las costumbres y prohíbe los excesos, pero estos los evito sin la ley de Jesucristo; y así, ¿qué necesidad tengo ya de Jesucristo? *Quid mihi necessarius est Christus?*

20. Este es precisamente, católicos, el estado de aquellos cristianos sensuales y tibios, de aquellos virtuosos del siglo, de aquellas personas irreprochables segun el mundo, de quienes voy hablando. Cuando los exhortamos á una vida mas cristiana, mas conforme á las máximas del Evangelio, á los ejemplos de los Santos y de Jesucristo; cuando les anunciamos que no se puede ser su discípulo sin renunciar al mundo y á sus deleites, como se lo prometimos en el

sagrado Bautismo, nos responden que importa poco el privarse ó no de ciertos deleites, el ir á recrearse en un espectáculo, el hacer escrúpulo de esta diversion, el conformarse con las costumbres en orden al gasto, al adorno y al modo de vivir, ó el afectar singularidad; que lo que importa es vivir bien: *Bene vivere opus est*. El ser buen ciudadano, esposo fiel, amo desinteresado, generoso, justo y sincero; que esto es lo principal, que estas virtudes bastan para salvarse, y que no es necesario lo demás que se añade á la devoción: *Jam bene vivo, quid mihi necessarius est Christus* ¹?

21. Pero oid lo que el mismo santo Padre dice en otra parte sobre el mismo asunto. Su conducta es irrepreensible segun el mundo, son hombres honrados, mujeres regulares, reverencian á sus padres, no engañan á sus prójimos, son fieles á sus promesas, no cometen injusticias, pero no son cristianos: *Christiani non sunt*. ¿por qué? Porque los cristianos han crucificado su carne con sus deseos, y vosotros manteneis y halagais continuamente á estos enemigos domésticos; los cristianos no son de este mundo, y vosotros sois sus esclavos, sus partidarios y apologistas; los cristianos están siempre gimiendo en lo íntimo de su corazon por los peligros de los sentidos y por los objetos de vanidad de que están rodeados, y vosotros los amais; los cristianos se hacen una continua violencia, y vosotros vivís en una inaccion y en una profunda paz con vosotros mismos; los cristianos son pasajeros en la tierra, no se detienen en ella, desprecian cuanto encuentran en el camino, y están continuamente suspirando por su patria, y vosotros quisisteis poder fabricaros acá en la tierra una ciudad permanente y eternizaros en este valle de lágrimas y de dolor; los cristianos aprovechan el tiempo, que es corto, y todos sus dias son llenos en la presencia del Señor, y toda nuestra vida no es mas que un gran vacío, y aun la parte mas inocente de ella es la inutilidad; los cristianos miran las riquezas como embarazo, las dignidades como escollo, la grandeza como la altura de un precipicio, las aflicciones como gracias, las prosperidades como infortunios, la figura de este mundo como un sueño; ¿mirais vosotros todas estas cosas con los mismos ojos? En una palabra, los cristianos son espirituales, y vosotros sois aun terrestres: *Christiani non sunt*.

22. ¡Ah! si para ser cristianos bastara el no cometer excesos, ¿no tenemos en el paganismo bastantes hombres prudentes, arre-

¹ S. Aug. in Joan. xlv.

glados y templados, bastantes mujeres fuertes, de una austera virtud, de un modo de vida heroico, dedicados á la obligacion por la fama y el honor? Los hombres mas virtuosos de nuestro siglo ¿se parecen en algo á la austeridad de aquellos antiguos modelos? Luego el ser cristianos no consiste en evitar los desórdenes, sino en practicar las virtudes evangélicas: las costumbres irrepreensibles á la vista de los hombres no constituyen al cristiano, sino el espíritu de Jesucristo crucificado; tampoco le constituyen las cualidades que admira el mundo, el honor, la probidad, la buena fe, la generosidad, la rectitud, la moderacion, la humildad; sino una fe viva, una conciencia pura y una caridad fingida: en la vida con que no se puede merecer el cielo ¿cómo faltará pecado? La vida que no es digna de un Santo es indigna de un cristiano. El árbol que no lleva mas que hojas es herido de maldicion, como árbol muerto y sin raíces, y el Evangelio condena á las mismas eternas tinieblas y á los mismos suplicios al siervo infiel y al inútil. Y así, despues de haberos manifestado en las costumbres de nuestro rico réprobo la imágen de una vida sensual y mundana, aunque exenta de culpas y desórdenes, es necesario enseñaros en su castigo cuál es su destino y su fin.

Segunda parte.

23. *Sucedió, pues, prosigue Jesucristo, que murió este pobre, y fue llevado por los Angeles al seno de Abraham; murió tambien el rico, y fue sepultado en el infierno.* ¡Oh católicos, qué nuevo orden de destino! Lázaro muere el primero, porque el Señor se da prisa á visitar á sus escogidos, y abreviar sus dias con sus trabajos; el rico le sobrevive, porque el Señor se porta muy al contrario con los pecadores, abriéndoles lentamente las puertas de la muerte, para esperarlos mas tiempo á que hagan penitencia; pero finalmente muere el rico, porque aunque las grandes riquezas nos aficianan á la vida, no nos hacen inmortales. Es sepultado, *sepultus*; circunstancia que no se nota en la muerte de Lázaro: sin duda que tributaron á su memoria los honores fúnebres, y que la pompa y vanidad se manifestarian hasta en su sepulcro. Ensalzarian con soberbios monumentos su nada y cenizas; pero su alma desamparada y precipitada con el peso de sus iniquidades ha penetrado ya hasta lo profundo del eterno abismo: *Sepultus est in inferno*. Lázaro muere, su cuerpo abandonado apenas halla un breve espacio de tierra que

le sirva de sepulcro; en su muerte no recibe honor alguno de los hombres, pero su alma gloriosa es llevada en triunfo por todos los espíritus celestiales al seno de Abrahán: *Factum est autem, ut moreretur mendicus, et portaretur ab Angelis in sinum Abraham*. Muere el rico, y toda Jerusalem habla de su muerte; alaban sus virtudes, ponderan su magnificencia, sus amigos le lloran, sus parientes, para consolarle en su pérdida, procuran eternizar su memoria con títulos é inscripciones: ¡oh inútiles cuidados de los hombres! ya ni aun su nombre sabemos, y solamente le conocemos por sus desgracias; solamente sabemos que era rico, y que fue réprobo. Su tribu, su nacimiento, su familia, todo perció con él; porque los impíos, como dice el Espíritu Santo, perecen como los que nunca han existido, y aunque nacieron, es como si no hubieran nacido: *Perierunt quasi qui non fuerint, et nati sunt quasi non nati* ¹. Lázaro muere, y aun en Jerusalem se ignora si ha vivido; su muerte es oscura como su vida; el mundo, que no le habia conocido, no tiene trabajo en olvidarle; pero su nombre escrito en el libro de la vida ha merecido tambien ser conservado en nuestros santos Libros, y resonar en nuestros cristianos púlpitos; *porque el cuerpo de los justos es sepultado en paz, y su nombre vivirá por todos los siglos* ². En una palabra, Lázaro muere, y es llevado por los Ángeles al seno de Abrahán: muere el rico, y es sepultado en el infierno; este es un destino que nunca se mudará. ¡Oh qué necios somos, católicos! ¿Qué nos importa el que Dios nos coloque en este ó aquel estado, para el rápido instante que hemos de vivir en la tierra? ¿Por qué no hemos de pensar en lo que hemos de ser eternamente? Pero prosigamos la historia de nuestro Evangelio, y examinemos todas las circunstancias del castigo que padece este infeliz en el lugar de los tormentos.

24. Primeramente, apenas llegó al lugar de su suplicio, dice Jesucristo, cuando levantó los ojos, y vió á Abrahán y á Lázaro que descansaban en su seno: *Elevans oculos*. Desde luego empieza levantando los ojos; ¡qué sobresalto! es decir, que en toda su vida no los habia abierto ni una sola vez para ver el peligro de su estado; es decir, que nunca se le habia ocurrido el dudar si el camino por donde iba, tan seguro en la apariencia, y tan aprobado en el mundo, podia guiarle á la perdicion. Porque los pecadores declarados, las almas entregadas enteramente á la culpa, bien conocen que su vida es vida de reprobacion, y solamente se sosiegan con la

¹ Eccli. XLIV, 9. — ² Ibid. 24.

esperanza de salir de ella algun dia, y vivir mejor; pero aquellas almas entregadas al ocio, al regalo y á los deleites, de quienes hablo, que se abstienen de los excesos y desórdenes, mueren regularmente sin haber sabido que habian vivido delincuentes. El rico reprobado ve desde lejos á Lázaro en el seno de Abrahan revestido de gloria y de inmortalidad; primera circunstancia de su suplicio. Aquel mendigo cubierto de llagas, á quien en otro tiempo no se habia dignado de mirar, está en el seno de la paz y del refrigerio, al mismo tiempo que él se está consumiendo en las llamas. ¡Oh qué paralelo este! ¡Qué deseos de haberse parecido á él! ¡Qué rabia interior por no serle semejante! Ve al mismo tiempo la grandeza de los bienes que ha perdido, y los irreparables males que se ha preparado. Mira aquella paz, aquella serenidad, aquellas delicias, siempre nuevas, de que goza Lázaro; vuelve á mirarse á sí mismo con desesperacion, y sus desgracias se le presentan todas juntas. Mas le atormenta la imágen que tiene siempre de la felicidad de que está privado, que el horror de las penas que padece. El cielo, dice san Juan Crisóstomo, le abrasa mas que el infierno.

23. Sí, católicos, de este modo manifestará Dios el seno de su gloria por toda la eternidad; de este modo abrirá los cielos en presencia de la multitud de réprobos que su venganza ha precipitado en el abismo, y allí manifestará á cada condenado el objeto mas propio para mantener su furor y aumentar sus penas. Acaso vosotros, católicos que me estais oyendo, levantaréis los ojos desde lo profundo de aquel abismo, como el réprobo de nuestro Evangelio, y por toda la eternidad estaréis viendo en el seno de Abrahan aquel padre sabio y piadoso, cuya piedad y fe os habian siempre parecido una simplicidad de entendimiento y una flaqueza de la edad; os acordaréis de las últimas instrucciones con que procuró corregir vuestras perversas inclinaciones cuando ya estaba para morir; os acordaréis de las señales de amor que os dió, de las súplicas que os hacia en aquella última hora para que viviéseis bien, de aquel último instante en que parecia avivarse en vuestro favor su religion y su amor; y vuestras disoluciones, los bienes que habeis disipado, la ruina de vuestros negocios y vuestra presente desgracia se os presentarán con sus paternos reprensiones, y con los ejemplos de piedad que os habia dado. Vosotras, que en un estado de viudez y desconsuelo, vivís entre las delicias, y estais muertas en la presencia de Dios, tambien levantaréis los ojos, y desde lo profundo de aquellas llamas veréis eternamente en la morada de la gloria aquel esposo con quien

en otro tiempo no formábais mas que un corazon y una alma, sobre cuyas cenizas derramásteis tantas lágrimas, y que movido de vuestra fidelidad os hizo depositarias de sus bienes y de sus hijos, como de su amor; y este objeto, tan querido en otro tiempo, os echará continuamente en cara las infidelidades que despues habeis hecho á su memoria, la vergüenza de vuestro modo de vida, los bienes, que os habia dejado para consuelo de vuestra afliccion, empleados en deshonorarle, y sus hijos, las preciosas prendas de su memoria y de su amor, abandonados y sacrificados á otros amores injustos.

26. Sí, católicos, estos hijos de ira verán desde en medio de las llamas en el seno de Abraham, por toda la eternidad, que sus hermanos, sus amigos y sus parientes con quienes habian vivido gozan de la gloria de los santos; verán que son felices, porque poseen al mismo Dios á quien habian servido; solamente este espectáculo será para ellos motivo de mayor desesperacion que todas sus penas. Conocerán que habian nacido para gozar de la misma felicidad; que su corazon habia sido criado para poseer al mismo Dios: la presencia de aquel bien que no es propio, ó que nunca se ha amado, no mueve tanto á los infelices que están privados de él; pero aquí el corazon de estos desgraciados será llevado hácia el Dios, para quien solamente fue criado, con un movimiento mas rápido que el que imprime una robusta mano en la saeta que arroja del arco, y al mismo tiempo otra mano invisible le apartará del mismo Señor. Continuamente se sentirán despedazar por ños violentos esfuerzos que hará su alma para reunirse á su Criador, á su fin y al centro de todos sus deseos, y por las cadenas de la divina justicia que les apartarán de él, y con las que estarán atados á las eternas llamas. Aun el mismo Dios de la gloria, para aumentar su desesperacion, se les manifestará mas grande y magnífico, si es posible, de lo que se manifiesta á sus escogidos. Hará patente á su vista toda su majestad, para despertar en su corazon los mas vivos movimientos de un amor inseparable de su ser; y su clemencia, su bondad y su liberalidad los atormentará mas cruelmente que su indignacion y su justicia. Nosotros no conocemos en la tierra, católicos, la fuerza del amor natural que nuestra alma tiene á su Dios, porque los falsos bienes de que estamos rodeados, y que tenemos por verdaderos, ó la ocupan, ó la dividen; pero separada el alma del cuerpo, se desvanecerán todas estas fantasmas que la engañaban; aparecerán todas las aficiones extrañas; ya no podrá amar sino á su Dios,

porque no conocerá cosa alguna digna de ser amada sino su majestad; todas sus inclinaciones, todas sus luces, todos sus deseos, todos sus movimientos y todo su ser se reunirán en este solo amor; todo la arrebatará, todo la precipitará, si es lícito decirlo así, hácia el seno de su Dios, y el peso de su iniquidad la hará continuamente volver á caer sobre sí misma; eternamente se verá forzada á querer subir al cielo, y eternamente será rechazada hácia el abismo; y será mas infeliz por no poder dejar de amar que por experimentar en sí los terribles efectos de la justicia y de la venganza de lo que ama.

27. ¡Oh qué suerte tan terrible! El seno de la gloria estará siempre abierto á estos infelices; continuamente se dirán á sí mismos: Aquel es el reino que nos estaba preparado, aquella la suerte que nos esperaba, aquellas las promesas que se nos hicieron, aquel el Señor solamente digno de ser amado, solamente poderoso, solamente misericordioso, solamente inmortal, para quien fuimos criados; á todas estas felicidades hemos renunciado por un sueño, por unos placeres que no han durado mas que un instante. ¡Ah! aun cuando no padeciéramos mas en esta morada de horror y de desesperacion, ¿podiera ser bastantemente llorada esta pérdida? Esta es la primera circunstancia que nos refiere Jesucristo del rico reprobado. Es infeliz por tener siempre presente la imágen de la felicidad que ha perdido.

28. Pero tambien es infeliz por acordarse de los bienes que recibió en su vida; segunda circunstancia de su suplicio. Hijo mio, le dice Abrahan, acuérdate de los bienes que recibiste durante tu vida: *Fili, recordare quia recepisti bona in vita tua*. Y ¡qué multitud de pensamientos infaustos no despertaria Abrahan en su alma con esta memoria! El desprecio que hizo del privilegio de descender de un pueblo santo y de una raíz bendita; el haber inutilizado para sí las promesas hechas á la posteridad de Abrahan; el ser infructuosos para su salvacion el templo, el altar, los sacrificios, la ley, las instrucciones de los Profetas y los ejemplos de los justos de la Sinagoga; el ver que empleó en regalar á un cuerpo destinado á arder eternamente los bienes temporales de que se hubiera podido servir para comprar una corona inmortal: *Recordare quia recepisti bona in vita tua*. Y así el alma reprobada oirá continuamente por toda la eternidad en medio de sus tormentos aquella amarga voz: *Acuérdate de los bienes que recibiste durante tu vida*, acuérdate de aquellos dias que pasaste en la abundancia, de aquella multitud de es-

clavos que solo atendian á adivinarte tus deseos, de las públicas distinciones que tanto te lisonjearon, de aquellos sobresalientes talentos que te granjearon el aplauso y admiracion de los pueblos: *Recordare*, acuérdate. ¡Qué suplicio será para aquella alma el paralelo de lo que fue con lo que entonces será! Cuanto mas agradable sea la imágen de su pasada felicidad, mas molesta será entonces la amargura de su condicion; porque es propio de la adversidad aumentarnos y traernos continuamente á la memoria los placeres de nuestro antiguo estado y las desgracias inseparables de nuestra condicion presente.

29. Aun mas; entonces se la harán presentes todos los bienes de la gracia de que abusó: *Recordare quia recepisti bona*. Acuérdate de que eras hijo de los Santos, de que naciste en medio de un pueblo fiel; recibiste todos los socorros de una educacion cristiana, te doté de una alma buena, de un corazon defendido con mil inclinaciones buenas; casi todos los instantes de tu vida fueron señalados ó por alguna secreta inspiración, ó por algun público suceso que te llamaba á los caminos de la salvacion. Te hice nacer en unas circunstancias tan favorables para la piedad, te cerqué de tantos obstáculos contra tus pasiones, y de tantas facilidades para la virtud, que mas te ha costado el perderte de lo que te hubiera costado el salvarte: *Recordare*, acuérdate. Acuérdate tambien de todas las gracias de que has abusado con tanta ingratitud, y de lo fácil que te hubiera sido el evitar la desgracia en que has venido á caer. Entonces el alma reprobada, repasando todas las facilidades para la salvacion que Dios le habia proporcionado, se enfurece contra sí misma: cuanto mas conoce su ceguedad, mas la exaspera y consume su desgracia; mas crece y se aumenta su furor, y la ocupacion menos molesta en su desesperacion es aborrecerse eternamente á sí misma. ¡Oh Dios! ¡qué justo sois en el modo de castigar al pecador, pues le haceis á él mismo el mas terrible instrumento de su suplicio! Segunda circunstancia de los tormentos del réprobo de nuestro Evangelio: es infeliz por acordarse de lo pasado.

30. Tambien es desgraciado por las penas que al presente experimenta: *Crucior in hac flamma*; padezco crueles tormentos en este fuego. Tercera circunstancia de su suplicio: la proporcion de sus tormentos con sus culpas. Unas llamas eternas abrasan su deshonesto lengua; una sed ardiente le consume; pide una gota de agua, no para apagar, sino para mitigar aquel fuego vengador en que se

abrasa, y no se le concedo. En lugar de la púrpura y finísimo lino con que en otro tiempo cubria su cuerpo, está hoy rodeado de un vestido de fuego; en una palabra, hoy son sus tormentos á proporcion de lo que fueron sus placeres. Nosotros, católicos, no sabemos lo que padece, ni yo tampoco pretendo explicároslo, ni desfigurar con pinturas vulgares una imágen tan terrible; pero sabemos que ha mas de dos mil años que está gritando en medio de las llamas: *Padezco extremos tormentos en estas llamas: Crucior in hac flamma*. Sabemos que padece lo que nunca vieron los ojos, ni oyeron los oídos, y lo que el entendimiento del hombre no puede conocer. Sabemos que están pegadas á su cuerpo unas eternas llamas, encendidas por la divina justicia, y que padece todo cuanto Dios puede hacer á un culpado, á quien tiene empeño en castigar: sabemos que en la morada del horror y de la desesperacion se conservará la víctima con un fuego eterno; que se consumirá continuamente, y continuamente renacerá de sus cenizas. Sabemos que un secreto y cruel gusano, colocado por la mano de Dios en medio de su corazon, le estará despedazando por todos los siglos. Sabemos que sus lágrimas nunca apagarán las llamas que le han de consumir, y que no pudiendo él mismo consumirse, la rabia suplirá á este fatal deseo. Sabemos que cansado de blasfemar en vano contra el Autor de su ser, será su lengua pasto de su propio furor; y que su cuerpo humeando como un negro tizon será, como dice el Profeta, juguete de los espíritus inmundos, á los que había servido de asilo en la tierra. Finalmente, sabemos que en el ardor de su pena maldecirá eternamente el dia en que nació y el vientre en que estuvo; que llamará á la muerte, y que esta no parecerá; que el mas suave consuelo de sus penas será el deseo de una eterna aniquilacion; lo sabemos, y estas son las expresiones con que se explican los Libros santos.

31. Continuamente nos estais diciendo, católicos, en un tono deplorable de confianza, decia en otro tiempo san Juan Crisóstomo ¹ á los grandes de Constantinopla, para calmar en vosotros el miedo de lo por venir, que quisiérais que viniera alguno del otro mundo á deciros lo que allá pasa. Pues bien, continuaba aquel elocuente Obispo, satisfaced hoy vuestra curiosidad: oid á este infeliz, á quien llama Jesucristo, que os cuenta la terrible relacion de sus desgracias y de su suerte. Este es un predicador que os envia el

mismo infierno. Cuando nosotros os hablamos de los tormentos de la otra vida es necesario suavizar nuestras expresiones, por no ofender vuestra falsa delicadeza. Una verdad que asustó á los Césares, convirtió á los tiranos, y mudó el universo, hoy casi solamente está destinada á mover las almas sencillas y vulgares : estas imágenes puestas en nuestra boca se oyen con desprecio, y se dejan para el pueblo ; pero hoy debéis creer á un infeliz que no os cuenta mas que su propia desgracia , que mas os habla con sus gritos y con su desesperacion que con sus palabras. Estais oyendo con tanta atencion á los que volviendo de las mas remotas islas os refieren los usos y costumbres de unos países á donde nunca habeis de ir ; pues ¿ por qué no habeis de escuchar con mas atencion á un desgraciado que os viene á decir lo que pasa en un lugar de donde nadie sino él ha vuelto, y que acaso será vuestra eterna morada ?

32. Pero sus tormentos son mucho mas terribles, porque conoce que nunca se han de acabar ; cuarta circunstancia de su suplicio. Además, le responde Abrahan, *hay un grande abismo entre vosotros y nosotros ; de modo que los que están aquí, aunque quisieran pasar á dónde tú estás, no podrían, como tampoco pueden venir acá los que están en ese lugar.* Y así el alma reprobada extiende su vista por toda la eternidad sin poder ver en ella el término de sus desgracias ; las penas que se han de acabar siempre admiten algun consuelo, y la esperanza sirve de alivio á los desgraciados. Pero aquí el mas terrible de sus tormentos es el pensar en lo futuro : cuanto mas se adelanta en los infinitos espacios de la eternidad, mas camino le falta que andar. Solamente la eternidad es la medida de sus penas. Quisiera poder á lo menos apartar de sí la memoria de esta terrible eternidad ; pero la justicia de Dios la presenta continuamente esta funesta imagen, la obliga á que la mire, á que la examine, á que piense en ella, y á que la sirva del mas cruel de todos sus suplicios : cada instante es para ella un tormento eterno, porque cada instante no es mas que el principio de sus penas, y en ningun tormento halla esperanzas : sufre crueles castigos, padece una eternidad en cada instante, padece sin esperanza, y continuamente está empezando de nuevo su suplicio : esta es la suerte de esta alma desgraciada. No quiero detenerme mas en estas circunstancias : hay algunas verdades que basta el apuntarlas, y que por sí mismas dan motivo á grandes reflexiones, y así deben dejarse á la consideracion de los que las oyen.

33. Finalmente, la última circunstancia de sus penas es el des-

orden de sus hermanos, que aun vivian, y á los que el ejemplo de su vida descansada y sensual les habia parecido un modelo digno de seguirse, y por consiguiente les era motivo de ruina y de escándalo. *Padre Abrahan*, exclama, á lo menos envid á *Lázaro* á la casa de mi padre para que avise á los cinco hermanos que he dejado en ella, y no vengan ellos tambien á este lugar de tormentos; porque si no resucita alguno de los muertos, no los han de creer. Padece por los pecados ajenos; todas las culpas en que aun caen sus hermanos aumentan el furor de sus llamas, porque son efectos de sus escándalos, y pide su conversion como alivio de sus penas. ¡Ah, católicos, cuántas almas reprobadas habrá en el infierno, con las que en otro tiempo habeis vivido, y que son atormentadas por las culpas que aun estais vosotros cometiendo! Acaso aquella infeliz persona, que fue la primera que corrompió vuestra inocencia, clama actualmente en el lugar de su suplicio, y hace rabiosas instancias á su juez para que se le permita venir á manifestaros aquel horrible espectáculo que en otro tiempo encendió en vuestra alma, todavía inocente, deseos impuros, de los que se ha seguido la libertad de vuestras costumbres. Acaso aquel impío que os enseñó á dudar de la fe de vuestros padres, y que inficionó vuestro espíritu y vuestro corazon con máximas de irreligion y libertinaje, levanta su voz en la morada del espanto y de la desesperacion, y desengañado, aunque tarde, pide que se le deje venir á él mismo á desengañaros, y aliviar sus tormentos corrigiendo vuestra incredulidad. Acaso aquel escritor profano y lascivo, cuyas obras, veneno del pudor, están continuamente haciendo tan funestas impresiones en vuestra inocencia, está continuamente gritando entre las llamas, y solicita, aunque en vano, que algun compañero de su suplicio venga á informaros de las desgracias de su suerte. Acaso el inventor de aquellos espectáculos pecaminosos, á donde acudís con tanta aficion, conociendo que se aumenta el rigor de sus penas á proporcion de que los peligrosos é irreparables frutos de su arte introducen un nuevo veneno en vuestras almas, acaso hace subir sus lamentos hasta el seno de *Abrahan*, suplicando el poder volver, con su cadáver asqueroso y consumido por el fuego eterno, á presentarse en aquellos infames teatros que levantó él mismo con sus manos, y á corregir con el asombro de este nuevo espectáculo el peligro de los que le deben su nacimiento, y á los que él debe su eterna desgracia.

34. Pero ¿qué respuesta se da desde el seno de *Abrahan* á to-

das las almas reprobadas? Allá teneis á Moisés y á los Profetas, y además los preceptos de Jesucristo; y si no os enmendais con las verdades de las Escrituras, seria inútil el que resucitasen los muertos para convertirlos; y aun os dejaría incrédulos este espectáculo: *Habent Moysen et Prophetas; si Moysen et Prophetas non audiunt, neque si quis ex mortuis resurrexerit credent.* ¿Os parece que un milagro, que un muerto resucitado, que un Ángel que viniese á hablaros de parte de Dios os haría renunciar al mundo y mudar de vida? Siempre estais diciendo esto, pero os engañais, católicos: aun hallaríais razones para dudar; vuestro corrompido corazon todavía hallaría pretextos para defenderse contra la evidencia de la verdad: los milagros de Jesucristo no corrigieron la hipocresía de los fariseos ni la incredulidad de los saduceos; con ellos se hacian mas inexcusables, pero no mas fieles; el mayor milagro de la Religion es lo sublime de su doctrina, la santidad de su moral, la magnificencia y divinidad de nuestras Escrituras; si con esto no os moveis, no os ilustrais, no os mudais, todo lo demás seria inútil: *Habent Moysen et Prophetas; si Moysen et Prophetas non audiunt, neque si quis ex mortuis resurrexerit credent.* Leed, pues, los sagrados Libros, católicos, empezad el día con esta leccion, y acabadla con ella, pues este es el único medio que hoy nos propone Jesucristo para evitar la suerte del réprobo de nuestro Evangelio. ¡Ah! católicos, si meditárais estos Libros divinos, no tendríamos necesidad de haceros ver que una vida mundana y sensual, aunque esté exenta de los desórdenes, es una vida culpable y digna del infierno: no tendríamos necesidad de enseñaros que el reino de los cielos padece violencia; que el no negarse continuamente á sí mismo, el buscar su consuelo en este mundo, el no usar de él como si no se usase, y el vivir solamente para el cuerpo, es perder el alma, y no ser discípulo de Jesucristo. Estas son las verdades mas sencillas y mas familiares del Evangelio, y los primeros fundamentos de la doctrina de la salvacion.

35. Y á la verdad, en cualquiera estado de opulencia y de prosperidad que hayais nacido, como nuestro rico réprobo, no son tan dilatados los dias de nuestra peregrinacion que, ó podais entregaros tranquilamente á los deleites, ó asustaros con las penosas obligaciones que os aseguran mejor suerte. Nosotros no vivimos mas que un instante en la tierra, y á un volver de cabeza todo desaparece, y volvemos á entrar en el abismo de la eternidad; pues ¿qué impresion pueden hacer en nuestros corazones unos deleites

que se han de acabar mañana, y que nada nos dejan de verdadero sino el pesar de haberlos gozado? Si en el espacio de una larga vida no hubiérais de gozar mas que un solo sueño agradable, y todo lo restante de ella estuviera destinado á expiar con indecibles tormentos el deleite de aquel corto sueño, ¿os parece que seria digna de envidia vuestra suerte? Pues este es el destino, dice san Juan Crisóstomo, de los que vivís en las delicias y en el olvido de Dios: os pareceis á un hombre que se sueña feliz, y que despues del contento de este pasajero engaño despierta al ruido de una voz terrible, y ve con espanto que desaparece aquella fantasma de felicidad que divertia sus sentidos adormecidos; todo se aniquila á su vista, todo desaparece á sus ojos, y se abre un abismo eterno en donde las llamas vengadoras han de castigar por toda la eternidad el fugitivo error de un sueño agradable. Meditad estas santas verdades, católicos. Aprended cuál es la esperanza, y cuáles las obligaciones de vuestra vocacion, para que despreciando las cosas perecederas nunca perdais de vista los bienes eternos. Amen.

SERMON

SOBRE EL HIJO PRÓDIGO.

Peregre profectus est in regionem longinquam, et ibi dissipavit substantiam suam vivendo luxuriose. (Luc. xv, 13).

Se fué á un país extraño muy distante, y allí gastó toda su hacienda en excesos y desórdenes.

1. La parábola del pródigo penitente es uno de los pasajes de la Escritura de mas consuelo para los pecadores, y como hoy intento manifestaros todas sus circunstancias, me parece necesario deciros desde luego qué fue lo que dió motivo á esta parábola. Un gran número de publicanos y gente de mala vida, movidos de las palabras de gracia y de salud eterna que salian de la boca del Salvador, se habian apartado de sus desórdenes, y seguian al Señor entre sus discípulos. Este celestial Médico, que solamente habia venido para aquellos que tenian necesidad de ser curados, honraba sus casas con sus visitas, sus personas con su familiaridad, y aun sus mesas con su presencia; tanta bondad no tardó mucho en escandalizar la soberbia de los escribas y fariseos, porque la falsa devocion siempre es cruel: de la íntima conexion que Jesucristo tenia con los pecadores tomaron motivo para murmurar, y de este modo de proceder inferian que era semejante á ellos en las costumbres; le desacreditan con el pueblo por aquella parte que mas debia granjearle el amor y estimacion, y le hacen pasar plaza de pecador y de hombre entregado á los regalos.

2. Á unas calumnias formadas únicamente por la envidia, á una obstinacion tan indigna de los que eran tenidos por pastores del rebaño, y cuyo principal cargo era ofrecer sacrificios por los pecadores, solamente responde Jesucristo con tres parábolas, que todas contienen un mismo sentido, y guian á una misma verdad. Ya se presenta bajo la imágen de un pastor, que deja las noventa y nueve ovejas, y corre en busca de una sola que se le habia descarriado; ya bajo la figura de una mujer, que parece hace poco caso de las nueve piezas de plata que la quedaban, y busca con extraordina-

rios cuidados é inquietudes la décima que habia perdido; ya, finalmente, bajo el símbolo de un padre de familias, que habiendo perdido al mas jóven de sus hijos, á quien la libertad y desórden de la edad habian hecho andar vagando por regiones extranjeras, lleno de gozo al verle volver, le da unas señales de cariño que nunca habia dado á su hijo mayor, que siempre habia sido fiel. El fin de todas estas parábolas era dar á conocer á los fariseos que la conversion de un solo pecador causa mas alegría en el cielo que la perseverancia de un gran número de justos, y que los mismos desórdenes que irritaron á Dios contra nosotros mueven su clemencia y su piedad luego que ve en nuestros corazones un sincero arrepentimiento.

3. Para darnos, pues, en esta parábola una idea mas viva de su bondad para con los pecadores, nos refiere Jesucristo por menor los excesos y desórdenes en que las pasiones y la edad habian precipitado al pródigo. Nos le pinta atado con las cadenas de un vicio vergonzoso; y entre todos los pecados elige aquel que parece pone mayores obstáculos á su gracia, y que deja en el alma pecadora menos esperanzas de arrepentimiento. Para explicar, pues, hoy las intenciones del Salvador, y animar á los pecadores que me oyen á una sincera penitencia con estas imágenes tan vivas, y de tanto consuelo, de la misericordia de Dios, os explicaré en la primera parte de esta homilía todas las circunstancias de los desórdenes del pródigo, y en ellas veréis lo que puede la fuerza de esta infame pasion en un pecador que se deja arrastrar de ella. En la última os manifestaré los cuidados del padre de familias en favor del hijo que ha parecido, y en ellos admiraréis con mucho consuelo hasta dónde se extiende la bondad de Dios para con un pecador que se convierte á su Majestad. El primer punto será el exceso de la pasion en los desórdenes del hijo pródigo. El segundo los excesos de la misericordia de Dios en los cuidados del padre de familias.

4. ¡Dios mio! purificad mis labios, y dadme unas expresiones puras para que pueda referir los excesos de un pecador lascivo, sin ofender á la virtud, cuyo amor vengo á inspirar á los que me oyen, porque aunque el mundo no conoce moderacion en este vicio, quiere, no obstante, que nosotros observemos mucha circunspeccion en el lenguaje con que le condenamos. Imploramos, etc.: *Ave María.*

Primera parte.

5. El vicio cuyas funestas consecuencias intento hoy manifestar, vicio tan universalmente esparcido en la tierra, y que con tanto furor destruye la heredad de Jesucristo, vicio de que limpió al mundo la religion cristiana, y que hoy ha prevalecido contra la misma Religion, tiene ciertas propiedades que se advierten en la historia de los desórdenes del hijo pródigo. Primeramente, no hay vicio que tanto aparte de Dios al pecador. En segundo lugar, no hay vicio que despues de haberle apartado de Dios le deje menos arbitrio para volverse á él. En tercer lugar, no hay vicio que le haga mas despreciable, aun á la vista de los hombres. Reparad en todas estas propiedades que se hallan en la historia del pecador de nuestro Evangelio.

6. La primera propiedad del vicio de que hablamos es poner como un abismo entre Dios y el alma sensual, y casi no dejar esperanza de conversion al pecador. Por eso el pródigo de nuestro Evangelio se fué desde luego á un país muy remoto, en donde no podia haber comunicacion entre él y el padre de familias: *Peregre profectus est in regionem longinquam*. Á la verdad, en los demás vicios parece que el pecador aun está unido á Dios, aunque con lazos débiles. Hay vicios que respetan á lo menos la santidad del cuerpo, y no fortifican sus desarregladas inclinaciones. Hay otros que no derraman tan profundas tinieblas sobre el corazon, y que á lo menos permiten que pueda hacerse algun uso de las luces del entendimiento; finalmente, hay otros que, aunque se apoderen del corazon, es de modo que no le quitan absolutamente el gusto para todo lo que pudiera volverle á Dios; pero la infame pasion de que hablo deshonra al cuerpo, apaga la razon, hace insípidas todas las cosas del cielo, y levanta un muro de separacion entre Dios y el pecador, que parece le quita toda esperanza de poder volverse á unir con su Majestad: *Peregre profectus est*, etc.

7. Y, primeramente, deshonra al cuerpo del cristiano, profana el templo de Dios en nosotros, hace que los miembros de Jesucristo sirvan á la ignominia, mancha una carne que se sustenta con su cuerpo y con su sangre; una carne consagrada por la gracia del Bautismo; una carne que ha de recibir la inmortalidad, y ha de ser conforme á la semejanza gloriosa de Jesucristo resucitado; una carne que ha de descansar en el lugar santo, y cuyas cenizas espera-

rán al pié del altar del Cordero el día de la revelacion, mezcladas con las cenizas de las Vírgenes y de los Mártires; una carne mas santa que estos augustos templos en donde descansa la gloria del Señor, mas digna de poseerse con honor y respeto que los mismos vasos del santuario consagrados á los terribles misterios que encierran. Pues ¿qué barrera no opone el oprobio de este vicio para que Dios vuelva á habitar en nosotros? Un Dios santo, en cuya presencia se tienen por impuros aun los mismos celestiales espíritus, ¿podrá nunca apartarse suficientemente de una carne cubierta de vergüenza y de ignominia? El ser la criatura polvo y ceniza sería bastante para que la bondad de Dios padeciese en humillarse hasta ella; pues ¿qué puede prometerse el pecador que junta á su nada y á su bajeza las ignominias de un cuerpo infamemente deshonorado? *Peregre profectus est in regionem longinquam.*

8. En segundo lugar, este vicio no solamente deshonor al cuerpo, sino que tambien apaga en el alma todas sus luces, y el pecador se hace incapaz de aquellas saludables reflexiones con que muchas veces se convierte una alma infiel. El pródigo de nuestro Evangelio, ciego ya con su pasion, no ve el daño que se le sigue en apartarse de la casa paterna, ni la ingratitud de que se hace culpable para con el padre de familias, ni los peligros á que se expone queriendo él solo ser árbitro de su destino, ni el respeto á que falta yéndose á un país extraño sin el consejo y consentimiento de aquel á quien debe la obediencia y sumision que inspira la naturaleza; y así marcha sin ver mas de lo que le permite su pasion: *Peregre profectus est in regionem longinquam.*

9. Esta es la propiedad de esta desgraciada pasion. Pone sobre el entendimiento una especie de nube. Muchos hombres prudentes, sábios é ilustrados pierden repentinamente en este asunto toda su habilidad y toda su prudencia, y en un instante se borran todos los principios de su buen proceder, se forman un nuevo modo de pensar, del que destierran todas las ideas comunes. Sus pasos se gobiernan por una inclinacion impetuosa, y no por la luz y por el consejo; se olvidan de lo que deben á los demás, y de lo que se deben á sí mismos; se ciegan en orden á su fortuna, á su obligacion, á su fama, á sus intereses, y aun á aquellos respetos que tanto los detienen en otras pasiones, y al mismo tiempo que sirven de espectáculo al público, no se ven á sí mismos; se ciegan en orden á su fortuna, y Amnon pierde la vida y la corona por no haber podido vencer su injusta flaqueza; se ciegan en orden á la obliga-

cion, y la precipitada mujer de Putifar no se acuerda de que José es un esclavo, olvida su nacimiento, su reputacion, su vanidad, y nada ve en aquel hebreo mas que el objeto de su infame pasion; se oscurece su razon, y David no tiene ojos para ver ni la infelicidad de Urías, ni la ingratitud de que se va á hacer culpable para con Dios, que le habia levantado del polvo de la tierra para colocarle en el trono de Judá; luego que fue herido su corazon, se oscurecieron todas sus luces: se ciegan en orden á los peligros, y el hijo del rey de Siquem, sin atender á que expone la casa de su padre al justo sentimiento de los hijos de Jacob, roba á Dina, y solo cuida de contentar su pasion; se ciegan en orden al honor, y los dos viejos de Susana no atienden ni á lo venerable de su edad, ni á la gravedad de su carácter, ni al puesto que ocupan en Israel; arrastrados de su deplorable fragilidad no conocen la indecencia, ni se avergüenzan de su misma confusion; se ciegan en orden á las conversaciones del público, y Herodías no repara en tener á todo un reino por testigo de su infamia y su flaqueza. Finalmente, se ciegan aun en orden á la indignidad del objeto que los cautiva, y Sanson, no obstante la experiencia que ya tiene de la perfidia de Dálila, no deja de confiarla su secreto y su amor. De este modo; oh Dios mio! castigais las pasiones de la carne con las tinieblas del entendimiento; vuestra luz no alumbra á las almas adúlteras y corrompidas, cuyo insensato corazon se oscurece: *Peregre profectus est in regionem longinquam.*

10. Finalmente, esta deplorable pasion pone en el corazon un disgusto invencible para las cosas del cielo. Nada hay que pueda moverle: cansado de sus propias miserias quisiera algunas veces volverse á Dios, y todo le aparta de su Majestad, y le vuelve contra sí mismo: un fatal disgusto se apodera de él, y le sepulta en sus propias flaquezas; y acostumbrado á no gozar mas que unos deleites injustos, desfallece, y no halla en sí movimiento alguno para la virtud. Aun mas, no gusta de cosa alguna que no esté señalada con el infame carácter de la sensualidad: las obligaciones de la sociedad, las funciones de su empleo, el honor de su dignidad, los cuidados domésticos, todo le cansa, todo le es insípido menos su pasion. Baltasar no cuida del gobierno de sus pueblos, ni sabe que el enemigo que está ya á las puertas de su capital le ha de quitar al dia siguiente la corona y la vida. Salomon tiene mas cuidado de edificar templos profanos á los dioses de las mujeres extranjeras que de aliviar á sus pueblos oprimidos por sus profusio-

nes con el peso de las cargas públicas. Los hijos de Helí desprecian las funciones del sacerdocio. La mujer de Babilonia, entregada á las delicias, dice en su corazon : Solamente quiero dejarme adorar, y para mí no habrá cuidados ni pesares : *Sedeo regina... et luctum non videbo* ¹. La mujer de quien se habla en los Proverbios no puede sufrir el estar en el recinto de su casa; la presencia de sus propios criados la es molesta : *Nec valens in domo consistere pedibus suis* ². De aquí proviene el ocuparse solamente en aquellas cosas que se dirigen á fomentar el apetito ; en los espectáculos profanos, en la lección perniciosa, en las armonías lascivas y en las pinturas obscenas. Herodes no halla gusto sino en las danzas y festines. Salomon multiplica los conciertos, y en todo su palacio resuenan cánticos de sensualidad y regocijo. Manasés pone en el mismo templo del Señor las imágenes de sus infames deleites. Este es el carácter de esta pasión ; ocupa el corazon todo entero, y en nada le deja pensar sino en ella ; trae al hombre embriagado y fuera de sí ; todos los objetos le representan sus funestas imágenes ; todo aviva sus injustos deseos ; el mundo, la soledad, la presencia, la ausencia, los objetos mas indiferentes, las ocupaciones mas serias, aun el mismo templo, los sagrados altares y los misterios terribles, se los traen á la memoria ; todo es impuro, como dice el Apóstol, para el que es impuro : *Peregre profectus est in regionem longinquam*.

11. Pero si no hay vicio que mas aparte al alma de Dios, tampoco le hay que deje menos recurso para volverse á su Majestad despues de haberse una vez apartado de él ; segunda propiedad de esta pasión, y segunda circunstancia de los desórdenes del pródigo. *Disipó toda su hacienda en desórdenes*, dice Jesucristo, y despues que la habia disipado sobrevino una grande hambre en aquella region : *Dissipavit substantiam suam, vivendo luxuriose*. Disipó todos sus bienes ; los de la gracia y los de la naturaleza.

12. La pérdida de la gracia es el comun efecto de todo pecado que mata al alma ; pero este aun pasa mas adelante : no solo priva al pecador de aquella justicia que le hacia amigo de Dios, sino que borra los dones del Espíritu Santo hasta en su raíz. La fe, aquel fundamento de todos los dones, y basa del ser cristiano, se trastorna inmediatamente en el corazon del pecador impúdico. De la dissolution á la impiedad hay muy poco camino : para sosegar el pecador en orden á los remordimientos de una vida desarreglada se

¹ Apoc. XVIII, 7. — ² Prov. VII, 11.

persuade fácilmente que todo muere con el cuerpo ; sacude inmediatamente el yugo de la creencia comun, dejándose arrastrar del apetito, y muy pronto se forma máximas de libertinaje. En el principio sus disoluciones provenian de flaqueza, pero luego son fundadas en la impiedad: los deleites que se compran á costa de remordimientos cuestan caros, y el pecador quiere gozar con tranquilidad de sus delitos; busca en los libros mas monstruosos y en las compañías mas impías arbitrios para asegurarse contra las ideas de la educacion, é inventa nuevas impiedades para acabar de obstinarse; como no se propone otra felicidad mas que la de las bestias, tampoco espera otro fin despues del sepulcro, y el mismo deleite que corrompe el corazon corrompe muy pronto hasta los primeros principios de la fe : *Dissipavit substantiam suam vivendo luxuriose.*

13. No solamente se disipan los bienes de la gracia, sino tambien los de la naturaleza. Recibisteis de Dios una alma tan pura, un natural tan modesto y vergonzoso, un pundonor tan noble y delicado, que parece que el cielo se habia complacido en formaros para la virtud, y en poner en vosotros mil inclinaciones y mil lazos con que uniros á la obligacion; y una injusta pasion ha forzado las felices barreras que la misma naturaleza oponia á vuestros desórdenes; aquel pudor que os dió vuestro nacimiento ya no es mas que una indigna flaqueza, incapaz de detenerse con freno alguno; y todo el fruto que habeis sacado de ella se reduce á cometer mas excesos, y no guardar tantas precauciones como otros luego que se rompió ese primer dique : *Dissipavit substantiam suam vivendo luxuriose.*

14. Los bienes de la naturaleza : érais de un natural afable, tranquilo, familiar; estábais dotados de un corazon sencillo y sincero, de un candor de alma, de un genio pacífico, en el que se hallaban mil disposiciones favorables á la sinceridad cristiana y á la paz de una conciencia pura; pero despues que esta infame pasion corrompió vuestro corazon, despues que entró en vuestra alma este fuego impuro, ya nadie os conoce; sois semejantes, dice san Judas, á un mar agitado con las mas violentas olas, os habeis vuelto melancólicos, impertinentes, inquietos y disimulados; se apagó aquella serenidad que provenia de la inocencia, aquella tranquilidad que nacia de la calma de las pasiones, y ya no hay mas que un caos inagotable de impertinencias y ridiculeces; aquel candor que manifestaba vuestra alma como era en sí ya no deja ver mas que

pensamientos infames y disimulados : habeis perdido todo lo que os hacia amables para con los hombres , y lo que os podia hacer agradables á la vista de Dios ; y el que os busca en vosotros mismos ya no os halla : *Dissipavit*, etc.

13. Finalmente, los bienes de la naturaleza : estábais dotados de unos talentos felices ; vuestra juventud anunciaba grandes esperanzas, y todos creian que habíais de seguir los pasos de vuestros mayores y resucitar su nombre, su dignidad y su fama : aquellos primeros rasgos de las prendas que forman los grandes hombres daban ya mil señales lisonjeras, y abrian á vuestros parientes los mas remotos caminos de elevacion y de fortuna ; pero la sensualidad acabó con todos esos talentos : un infame vicio sepultó esas grandes esperanzas ; esos principios de gloria acabaron en infamia é ignominia ; ese entendimiento tan superior, tan capaz de cosas grandes, se ha envilecido, le habeis empleado en servir á vuestras pasiones y en adelantar en los infames deleites ; vosotros, que sin esta pasion hubiérais podido servir al Estado, ser alivio de la patria, y aun honrar vuestro siglo, y servir de ornamento á nuestras historias, vivís confundidos con los demás ciudadanos, ocultando entre ellos las reliquias de un mérito ofuscado, sin sacar mas fruto de las ventajas con que os habia adornado la naturaleza que dar motivo para que todos puedan decir de vosotros : hubiera sido otro hombre si hubiera sabido vencerse á sí mismo. ¡Oh ciudad fiel! exclama un Profeta, tú que naciste adornada de tanta rectitud y equidad, ¿cómo has llegado á tanta infamia? En tí habitaba la justicia, y ahora no se hallan mas que delitos ; la hermosura de tu plata se ha mudado en cieno, y la fuerza de tu vino ha degenerado en la flojedad del agua : *Dissipavit*, etc. No quiero hablar de los bienes de la fortuna que se sepultan en este abismo. ¡Ah! si registráramos la historia de las familias, si fuéramos á ver el principio de su decadencia, si revolviéramos las cenizas de aquellos grandes nombres, cuyos títulos y riquezas han pasado á los extraños, si llegáramos hasta el primero de sus antepasados que dió el primer golpe á la fortuna de su posteridad, acaso hallaríamos el origen de esta infame pasion. Veríamos que los excesos de un lascivo eran la causa de las desgracias que padecen sus descendientes ; y sin ir á buscar ejemplares en los tiempos pasados, ¿cuántas familias ilustres, ya casi olvidadas, están pagando hoy á vuestra vista los desórdenes de este vicio? ¿Cuántas casas medio aniquiladas ven todos los dias acabarse con los desórdenes y quebrantada salud de un desho-

nesto toda la esperanza de su posteridad y toda la gloria de los títulos que una larga sucesion de siglos les habia adquirido, y que tanta sangre y trabajos habian costado á la virtud de sus mayores? *Dissipavit substantiam suam vivendo luxuriose.* De este modo ¡oh Dios mío! castigais á los pecadores con sus mismas pasiones, y delineais en la decadencia de las cosas humanas, y en las desgracias y revoluciones sensibles de los títulos y fortunas, los eternos suplicios que preparais á las almas impuras.

16. Pero, en tercer lugar, este infame vicio no solamente llega á ser castigo del pecador deshonesto, destruyendo en él los bienes de la naturaleza y de la gracia, sino que le castiga principalmente con las inquietudes y remordimientos que deja en lo interior de su alma; tercera propiedad del vicio de que hablamos, y tercera circunstancia de los desórdenes del pródigo. *Despues que gastó sus bienes,* continúa Jesucristo, *succedió una grande hambre á aquel país, y él mismo empezó tambien á padecer necesidad: Et ipse capít egere.* De este modo este vicio hace al pecador insufrible á sí mismo por las inquietudes que deja en una conciencia impura. Bien sé que la inquietud interior es pena de todos los pecados que matan al alma, que la culpa nunca halla sosiego, y que la religion de la iniquidad siempre es un triste teatro del hambre y de la mas funesta miseria: *Facta est fames valida in regione illa.* Pero en este vicio de que hablo hay yo no sé qué cosa tan opuesta á la excelencia de la razon y á la dignidad de nuestra naturaleza, que hace que el pecador continuamente se esté reprendiendo á sí mismo su propia flaqueza, y que se avergüence en su interior de no poder sacudir el yugo que le oprime: este vicio deja en el corazon una tristeza que le consume, que le sigue á todas partes, y derrama una secreta amargura en todos sus placeres: el deleite huye y pasa, pero la conciencia impura nunca puede huir de sí misma; el pecador se cansa de sus inquietudes, y no tiene valor para acabarlas; se disgusta de sí mismo, y no se atreve á mudar de vida; quisiera poder huir de su propio corazon, y le halla en todas partes; envidia la suerte de aquellos pecadores obstinados á quienes ve tranquilos en la culpa, y no puede conseguir esta funesta tranquilidad; intenta sacudir el yugo de la fe, y al principio le causa mas horror este pensamiento que el mismo delito. Finalmente, los placeres de que goza solo son instantáneos y fugitivos, pero los crueles remordimientos forman el estado permanente de toda una vida pecaminosa.

17. En segundo lugar, es insufrible á sí mismo por los disgus-

tos, las envidias, los furoros, las violencias, los sustos y los funestos sucesos que son inseparables de esta pasión: ¿qué cosa no hay que temer por parte de la reputacion y la fama? Es preciso comprar el injusto deleite á costa de las mas molestas precauciones, y si llega á faltar una, todo está perdido. Es preciso aguantar las conversaciones del público y la murmuracion de los criados; sufrir el autojo, las inconstancias, los desprecios y aun acaso la perfidia del objeto que os cautiva; mantener vuestras obligaciones, vuestras correspondencias, vuestros intereses, los que siempre son incompatibles con vuestros placeres; sufrirse á sí mismo contra sí mismo. ¡Ah! en los principios de la pasión todo se manifiesta risueño y agradable: los primeros pasos que se dan en el camino de la iniquidad son sobre flores; los primeros excesos, de este vicio particularmente, ofuscan la razon y no la dan lugar á que pueda conocer su miseria; las ideas que entonces se forman de la pasión todavía son nobles y lisonjeras; su estilo corresponde á estas ideas; á esta pasión llaman regularmente en el principio elevacion de pensamientos, bondad de corazón, discrecion, honor, buena fe, distincion del mérito y conformidad en las inclinaciones. Entonces todo lisonjea todavía á la vanidad. Pero sus resultados, dice el Espíritu Santo, siempre son amargas como el ajeno. Resfriada la pasión, conocido lo injusto del deleite, entibiados los primeros afectos con la familiaridad y largo uso, desengañada la vanidad con la infamia de la pasión, entonces empiezan las molestas inquietudes, las murmuraciones públicas, las disensiones domésticas, la ruina de los negocios, los atrasos de la fortuna, las sospechas, los celos, los disgustos, las infidelidades y los furoros. ¿Qué otra cosa te queda entonces, alma infiel, mas que las terribles reflexiones que haces acerca de tí misma? Un peso de amargura sobre tu corazón, una vergüenza interior de tu flaqueza, un pesar de no haber seguido otros consejos mas prudentes, unas tristes reflexiones del sosiego, de la fama y de la felicidad que podias prometer en la obligacion y en la inocencia; ¿has podido hasta ahora conseguir el vivir sosegado, y con una conciencia tranquila en la culpa? *Et ipse capit egere.*

18. En tercer lugar, es insufrible á sí mismo por los nuevos deseos que continuamente despierta este vicio en el corazón: de las cenizas de una pasión nace otra nueva; satisfecho un deseo nace otro nuevo deseo; siempre está disgustado el pecador, sin estar nunca satisfecho. Es propiedad de esta infeliz pasión, dice el Após-

tol, el ser insaciable, *insatiabilis delicti*; no sabe poner límites á su infame deseo; los mas monstruosos excesos no son capaces de satisfacer el furor de una alma impura; los mas excesivos desórdenes siempre dejan algo que desear al desórden de los sentidos; busca con ansia nuevos delitos en el mismo delito; forma, como el pródigo, deseos mas infames, que exceden á la misma infamia de las acciones: *Cupiebat implere ventrem de siliquis, quas porci manducabant*. Todo yugo es pesado é insufrible; la molestia de las reflexiones, inseparable de la condicion humana, desagrada y fatiga; llega á tal extremo que envidia la suerte de las bestias: *Cupiebat implere ventrem de siliquis, quas porci manducabant*. Tiene por mas feliz la suerte de estas que la del hombre, porque nada se opone á su instinto brutal. El honor, la obligacion, las reflexiones ni el respeto humano jamás sirven de estorbo á sus placeres, porque una ciega inclinacion es la única obligacion que los gobierna, y la sola ley que los guia: *Cupiebat implere ventrem de siliquis, quas porci manducabant*. ¡Dios mio! ¿es posible que un deseo tan impío, tan monstruoso, tan vergonzoso á toda la naturaleza, tan sacrilego en la boca de un cristiano que tiene la dicha de ser miembro de vuestro Hijo, haya de resonar todos los dias en los teatros infames, y servir de adorno á las impresiones que hace en el alma una poesía lasciva? ¡Oh pueblo mio! dice el Señor, ¿quién te ha embriagado con el vino de la fornicacion? ¿Quién ha mudado mi heredad en habitacion de espíritus impuros? ¿Y quién ha entregado á Jerusalem á todos los excesos de las naciones?

19. En cuarto lugar, es insufrible, si es lícito decirlo así, por las funestas consecuencias de sus desórdenes, las que casi siempre le hacen pagar en un cuerpo cargado de dolores la infamia de las pasiones de su juventud; le hacen pasar unos dias tristes y desgraciados, y sentir en todos los instantes de su vida el indigno uso que de ella ha hecho: *Et ipse cepit egere*.

20. Finalmente, no hay vicio que haga al pecador mas vil y despreciable á la vista de los demás hombres; última circunstancia de los excesos del pródigo, y última propiedad de esta pasion. Cayó en una ruindad que no se puede leer sin horrorizarse. Púsose á servir á uno de los habitantes de aquel país: envíole este á un cortijo á que guardase los puercos, y allí deseaba remediar su hambre con las bellotas que comian aquellos inmundos animales, y no habia quien se las diese. ¡Qué imagen esta! ¡Y qué propia para representar toda la infamia y toda la indignidad del vicio de que ha-

blamos! Sí, católicos; en vano ha dado el mundo nombres gloriosos á esta infame pasion. En vano una deplorable y necia costumbre ha procurado ennoblecerla con la pompa de los teatros, con el adorno de los espectáculos, con la fineza de las expresiones, y con todo el arte de una poesía lasciva. En vano prostituyen sus plumas y sus talentos los escritores profanos, haciendo infames apologías de este vicio. Las alabanzas que le tributan nada tienen de verdaderas mas que las escenas en donde se publican: en los teatros fabulosos se representa como pasion de héroes, y es la mayor flaqueza de las almas grandes; porque en saliendo de allí, esto es, cuando se considera la verdad y realidad de las cosas en la conducta regular de la vida, esta pasion es una vileza que afrenta al hombre y al cristiano; es un borron que mancha las mas brillantes acciones, y una nube que oscurece la vida mas digna de aplausos. Es una bajeza que, léjos de hacernos semejantes á los héroes, nos confunde con las bestias; y á la verdad, vosotros que segun parece haceis gala de ella delante de los hombres, ¿quisiéráis que se hiciesen públicas todas vuestras secretas flaquezas, todas las indignidades, todos los pasos, todos los necios pensamientos, todas las pueriles acciones en que os ha precipitado esta pasion, las que Dios ha visto claramente, y que hará patentes su justicia en el dia de sus venganzas? ¿Gustaríais de que aquella parte de vuestra vida, tan oculta, tan infame, tan diferente de lo que parece á la vista de los hombres, se hiciese tan pública y conocida como ciertas acciones de honor, con las que acaso os habeis granjeado la estimacion pública, y la fama que durará por todos los siglos? ¡Oh hombre! tus pasiones siempre te están engañando á tí mismo: verdaderamente, católicos, el mismo mundo, este mundo tan corrompido respeta el pudor, cubre con una eterna ignominia á los que le abandonan, se burla y murmura de ellos, les da á conocer con su olvido y sus desprecios lo indigno de su conducta; es decir, que no obstante el puesto que ocupais en el mundo, todos os despojan de aquel nacimiento, de aquellos títulos, de aquel esplendor de que estais rodeados; solamente ven en vosotros á vosotros mismos, esto es, la infamia de vuestras inclinaciones. Cuanto mas ensalzados os hallais, mas os abaten, mas se habla de vuestras flaquezas, y acaso se perpetúan para todos los siglos en los públicos anales; y vuestra ignominia se aumenta á proporcion de vuestra fama: *Secundum gloriam ejus, multiplicata est ignominia ejus* ¹.

¹ II Mach. I, 42.

21. Pero el alma entregada á los desórdenes no ve esta confusión, no conoce la vergüenza, dice el Espíritu Santo, no repara en el nacimiento, en el carácter, en la dignidad ni en el sexo : nada sirve de freno á un alma entregada á esta deplorable pasión ; por todo atropella sin detenerse ; la avisa lo sagrado de su carácter, pero no importa ; ve que en el puesto en que se halla todo es reparado, pero no hace caso ; que su mismo traje anuncia virtud, é inspira continencia, pero no se ve á sí misma, que en su sexo solamente la sospecha es una mancha, y que todo su mérito consiste en el pudor, pero quiere constituirle en la disolución ; que el público murmura, pero aun habla mas alto la pasión ; que el esposo clama, y que la disension doméstica será muy pronto asunto de las públicas conversaciones , pero para una persona poseida de esta infeliz pasión no hay mas mundo que el infame objeto que se la inspira ; en nada estima todo lo demás de la tierra ; nada ve de cuanto sucede en el mundo ; solo vive para su pasión, y no ve mas objeto que ella, como si no hubiera en el mundo otra cosa mas que el infeliz objeto que le abrasa. Abre los ojos, alma infiel ; atiende á que todos te están mirando , que tus pasiones son la fábula pública , que tu nombre representa en todas partes la imagen de tu oprobio ; contempla por un instante el papel que haces en el mundo : *Et misit illum in villam, ut pasceret porcos.*

22. Ved aquí, católicos, los desórdenes del pecador de nuestra parábola, y las funestas consecuencias de un vicio, hasta cuyo nombre prohibia en otro tiempo san Pablo á los cristianos, y el que con mas razon jamás debiérais oirnos á nosotros en este santo lugar, en el que continuamente se ofrece el Cordero sin mancha, y en estos cristianos pulpitos destinados á anunciaros la casta ley del Señor y las palabras de la vida eterna. ¡ Ah! en aquellos felices tiempos en que aun tenia sus mártires la castidad, en que los tiranos creían castigar mas rigurosamente á las vírgenes cristianas con la pérdida de esta virtud que con la de su vida ; en aquellos felices tiempos los pulpitos cristianos solamente estaban destinados á hacer elogios de la castidad ; los primeros pastores, los Ciprianos, los Ambrosios, los Agustinos, solo se ocupaban en las asambleas de los fieles en animar á las vírgenes inocentes, manifestándolas la excelencia y las utilidades de su estado ; y en los preciosos monumentos de su celo y de su ciencia, que se han conservado hasta nuestros tiempos, se hallan mas elogios de la virginidad que invectivas contra los deshonestos y adúlteros, que en-

tonces eran muy raros entre los fieles. Pero hoy, que este vicio ha inficionado todas las edades, todos los sexos y todos los estados; hoy, que ha borrado en todo el Cristianismo aquellos primeros rasgos de pudor que distinguian á nuestros padres de las naciones corrompidas y perversas; hoy finalmente, que la pública libertad y la fuerza del mal ejemplo pretenden quitarle hasta la infamia que le habia quedado, ¡ah! nos es preciso levantar la voz; es preciso que no nos avergoncemos de prohibiros lo que vosotros cáis os preciais de permitiros, y que os digamos con la santa libertad de nuestro ministerio que Dios ha de perder eternamente al que mancha y profana su templo en su propio cuerpo.

23. Estas son las amarguras, la indignidad, la servidumbre, el oprobio, los furores y las inquietudes que trae consigo esta pasion, aun en esta vida. No quiero hablar del fuego eterno que la está preparado en la otra, porque mas quiero proponeros sus remedios que sus castigos, y haceros ver en la conversion del pródigo hácia el padre de familias los medios, los motivos y la imágen de un verdadero penitente.

Segunda parte.

24. No basta el haberos explicado en los excesos del hijo pródigo la imágen de los desórdenes y desgracias de un pecador lascivo; es necesario proponeros tambien en su conversion el modelo y los consuelos de su penitencia. Á la verdad, católicos, al volver á la casa de su padre halla en ella cuanto habia perdido en sus desórdenes; su arrepentimiento repara todas las resultas de sus excesos, y los mismos pasos que habia dado para seguir los caminos injustos vienen á ser como el modelo de los que da para salir de ellos. Sigamos la historia de nuestro Evangelio, y vamos reparando en todas estas circunstancias.

25. El primer efecto de su deplorable pasion habia sido el poner como un abismo entre él y la gracia con las tinieblas con que habia ofuscado su entendimiento, con el fatal disgusto que le habia infundido para las cosas del cielo, y con la esclavitud de los sentidos al imperio de la sensualidad: *Peregre profectus est in regionem longinquam*. Pero el primer paso de su penitencia aparta todos estos obstáculos.

26. Primeramente, su penitencia le abre los ojos para que vea el vergonzoso estado á que le habia reducido la pasion: *In se au-*

tem reversus. El encanto que le cegaba se deshace de repente; se asusta al verse á sí mismo cubierto de oprobio, confundido con los mas viles animales, participando de sus deleites y de sus sustentos. Entonces se desvanecen todas las falsas y halagüeñas ideas con que se habia representado su pasion, aquella falsa constancia, aquella bondad de corazon, aquella nobleza de pensamientos, aquel afecto que nace con nosotros, aquel inevitable destino de nuestras inclinaciones; estas expresiones vanas con que la corrupcion procura cubrir la vergüenza del vicio, todas mudaron de nombre á su vista, y solo ve su infame ceguedad, la depravacion de un corazon entregado por la justicia de Dios á sus propios deseos, y una vileza que le llena de confusion; ya no se mira sino como el desprecio de su pueblo, vergüenza de la Religion, oprobio de la humanidad, y como un mónstruo á quien solamente debiera mirar el Padre celestial para castigarle, y sepultarle en el abismo su persona y su ignominia: *In se autem reversus.*

27. Entonces el pecador movido, y ya iluminado, se acuerda con unas lágrimas de compuncion, que empiezan á caer de sus ojos, de aquella primera estacion de su vida, cuando aun se hallaba inocente, cuando educado á la vista del padre de familias gustaba del regalo y abundancia de su casa; compara el candor y tranquilidad de sus primeras costumbres con los pesares y amarguras de las pasiones que las sucedieron, ve que solamente han sido felices en su vida aquellos primeros años en que su corazon tranquilo é inocente no habia experimentado las crueles turbaciones é inquietudes de las conexiones profanas; que entonces sus alegrías eran puras, sus deseos arreglados y tranquilos, sus costumbres rectas y sosegadas; que con aquellas impuras centellitas que encendieron su corazon le vinieron todas las desgracias, y que desde aquel fatal instante todos sus dias han sido señalados con funestos pesares, su vida siempre ha sido agitada é inquieta, y aun sus deleites tristes y funestos: *In se autem reversus.*

28. En segundo lugar, disipadas sus tinieblas, aquel fatal disgusto que tenia á las cosas del cielo se muda en un santo deseo de virtud y de justicia: *¿Cuántos criados en la casa de mi padre tienen pan con abundancia, y yo aquí muero de hambre!* Cuando en otro tiempo la sola idea de la regla y de la virtud le hacia temblar, le molestaba la presencia de los justos, y no podia sufrir el ver la casa del padre de familias, ahora empieza á envidiar la suerte de sus criados y de aquellas almas fieles que le sirven; y comparándola

á la suya, compara la abundancia de aquellos al hambre que le aflige, la decencia de su estado al oprobio del suyo, su tranquilidad con sus inquietudes, la estimacion en que viven entre los hombres á la vergonzosa infamia en que él ha caído. Cuanto mas examina la condicion de los justos, mas insufrible le parece su estado. ¿Es posible, se dice á sí mismo, que cuando tantas almas fieles gozan de las utilidades de la casa de mi padre, de los socorros de la Religion, de los interiores consuelos de la gracia, y aun de la estimacion de los hombres; que comiendo ellos el pan de los hijos, y teniendo esperanza de no ser excluidos de la herencia, yo me he de ver aquí hecho presa de las infames pasiones, disgustado, consumido, tiranizado por mi propio corazon, viviendo sin consuelo, y aun sin honor para con los hombres? ¡Ah! ¿hasta cuándo esta injusta flaqueza se ha de oponer á mi sosiego, á mis talentos, á mis verdaderos intereses y á mi eterno destino? *Quanti mercenarii in domo patris mei abundant panibus, ego autem hic fame perco!*

29. De este modo, católicos, nuestro feliz penitente quiere entrar al instante en la compañía de los justos, y aumentar el número de los siervos del padre de familias: *Fac me sicut unum de mercenariis tuis*. No se contenta con simples descos de imitarlos, como sucede todos los dias en el mundo respecto de aquellas personas cuya virtud nos vemos obligados á respetar. No se contenta con decir que ellos han escogido la mejor parte, que solamente aquello es lo verdadero, que es felicidad el serles semejantes, que todo lo demás nada vale, y que no pierde las esperanzas de imitar algun día su ejemplo. Vanos discursos ¡oh Dios mío! con que nos engañamos á nosotros mismos, y que solamente sirven de calmar en nosotros los secretos remordimientos de una conciencia delincuente.

30. Nuestro pródigo arrepentido no espera mas adelante. No alaba la virtud con la vana esperanza de seguir algun día sus santas reglas. No pondera las desgracias de una vida pecaminosa, persuadiéndose á sí mismo que algun día saldrá de ella. El verdadero dolor es tardío en hablar y pronto en ejecutar; conoce que aquel instante es para él el instante de eterna salud. Combatido de aquellas inquietudes que dividen el corazon cuando está para mudarse, de aquella agitacion de pensamientos con que se defiende y se acusa, buscando las tinieblas y la soledad para entregarse á ellos mas libremente, derramando arroyos de lágrimas, no siendo ya dueño de su dolor, bajando los ojos de vergüenza, sin atreverse á mirar.

al cielo, de donde no obstante espera su salud y libertad ; pues ¿qué tardo, dice con una voz mezclada de suspiros? ¿qué es lo que aun me detiene en los vergonzosos lazos que respeto? ¿Los placeres? ¡Ah! ya ha mucho tiempo que no los gozo ; y mis dias están llenos de enojo y amargura. ¿Las conexiones profanas y la constancia que mil veces he prometido? Pero ¿acaso era mio mi corazon para poder disponer de él? Y ¿por qué he de querer ser yo fiel con unas criaturas que nunca lo han sido conmigo? ¿El ruido que hará en el mundo mi conversion? Pero con tal que Dios la apruebe, ¿qué me importa lo que digan los hombres? ¿No será razon que sean testigos de mi penitencia todos los que lo han sido de mis escándalos? Por otra parte, ¿qué puedo yo temer del público, despues del desprecio y vergüenza que me he adquirido con mis desórdenes? ¿La incertidumbre del perdon? ¡Ah! tengo un padre compasivo y misericordioso, no desea mas de que su hijo vuelva á su casa, y al verme se despertará todo su amor. Voy, pues, á levantarme : *Surgam* ; procuraré vencer la vergüenza y mi propia flaqueza que me detienen : iré á su santa casa, donde siempre está dispuesto para recibir y escuchar á los pecadores : *Ibo ad patrem*. Es verdad que yo soy un hijo ingrato, rebelde, desnaturalizado, indigno de su nombre ; pero todavía es mi padre, *ibo ad patrem* ; iré, y derramaré á sus piés toda la amargura de mi alma, y allí, dejando hablar á mi dolor, le diré : *Padre mio, pequé contra el cielo, y en presencia vuestra*. Contra el cielo, con los escándalos y públicos desórdenes de mi vida ; contra el cielo, con los discursos de impiedad y libertinaje que yo me formaba para sosegar me y afianzarme en la culpa ; contra el cielo, porque como un vil animal nunca levanté los ojos para mirarle, ni para acordarme que allí estaba mi patria y mi origen ; contra el cielo, por el infame abuso que he hecho de su luz y de los dias de que se ha compuesto mi vida triste y culpable : *Peccavi in cælum*. Pero lo que se ha visto de mis desórdenes ha sido la parte menos infame de ellos ; los delitos de que Vos solo habeis sido testigo merecen mucho mas vuestra indignacion. He pecado en vuestra presencia : *Peccavi in cælum, et coram te*. En vuestra presencia, con tantas obras de tinieblas, que han sido patentes á vuestros ojos invisibles, con las mas infames circunstancias, con cuya memoria tiemblo y me confundo. En vuestra presencia, por el indigno uso que he hecho de los dones y talentos con que me habeis favorecido. En vuestra presencia, finalmente, despreciando tantos interiores auxilios con que me

habeis socorrido desde mi infancia ; y habiendo sido para mí el mejor de todos los padres, yo he sido para vos el mas desnaturalizado de todos los hijos : *Peccavi in cælum, et coram te.*

31. ¡Qué mudanza y qué ejemplo de tanto consuelo para los pecadores! La gracia abunda en donde habia abundado el pecado. Parece ; oh Dios mio! que gustais de ser particularmente padre de los ingratos, bienhechor de los culpados, Dios de los pecadores y consuelo de los penitentes ; y como si todos los gloriosos títulos con que se explica vuestra grandeza y poder no fueran dignos de Vos, quereis ser llamado *el Padre de misericordias y el Dios de todo consuelo* ¹. No, amados oyentes míos, no se acobarde vuestra confianza con el exceso de vuestras iniquidades : el celestial Médico gusta de curar los males mas desesperados, y los mayores pecadores acreditan mas su piedad y su misericordia ; sin duda que el haber permitido que cayéseis en ese abismo, y que nada faltase á vuestras desgracias, fue para que resplandeciese mas en vosotros el poder y las riquezas de su gracia. ¿Por ventura no se manifiesta mas grande cuando saca á Jonás de lo profundo del abismo que cuando no hace mas que sostener á Pedro que empezaba á hundirse en las aguas? Si vuestros pecados han llegado al mayor exceso, ¡ah! acaso ese es el momento de su gracia, acaso la misericordia de Dios tiene señalado el primer instante de sus favores para el último de vuestros delitos ; lo que mas debe temerse en nuestros males es la desconfianza del remedio. Pero si no es suficiente para moveros el perdón que el padre de familias concedió al pródigo de nuestro Evangelio, á lo menos acaben de vencer vuestra resistencia los consuelos que acompañan á su arrepentimiento.

32. Sí, católicos, esta es la tercera circunstancia de la conversion de nuestro feliz penitente. Los frutos de la iniquidad habian sido para él amargos como el ajeno, y los primeros pasos de su penitencia están acompañados de mil consuelos.

33. Primeramente, le sirven de consuelo las facilidades que halla en la santa empresa de su conversion. Apenas ve el padre de familias desde léjos á su hijo, cuando viéndole flaco, extenuado, inquieto, y cúsi sin poderse tener, corre á él ; corre, dice san Ambrosio, y va apresurado á sostenerle, temiendo que encuentre en el camino algun obstáculo que le detenga : *Accurrit ne quis impediatur*. Poco necesita un pecador en el principio de su carrera para detenerse ; se halla como un hombre que por mucho tiempo ha

¹ I Cor. 1, 8.

padecido los golpes de las olas y de la borrasca, y cuando se levanta está aturrido, y sin poderse tener en pié, si alguna mano caritativa no le socorre para que no caiga : una ocasion, un disgusto, un obstáculo, cualquiera cosa es capaz entonces de apagar en una alma las primeras operaciones de la gracia ; el mismo demonio, mas atento entonces que nunca á que no se le escape la presa de las manos, esparce mil nubes sobre su espíritu, y presenta á una alma movida al arrepentimiento unas dificultades insuperables en su empresa ; la representa dificultades por parte del mundo, con el que aun quisiera guardar respetos ; dificultades por parte de sus pretensiones y de sus esperanzas humanas, las que teme perder ó atrasar ; dificultades por parte de sus conexiones, de sus parientes, de sus amigos, de su clase, de su nacimiento, de sus empleos, las que son otras tantas fantasmas que la representa el demonio como verdades, aumentándolas y pintándolas con mucha viveza en la imaginacion, y presentándolas continuamente al alma tímida que no acaba de resolverse. De modo que vacilando muchas veces entre sus temores y sus buenos deseos, entre sus resoluciones y sus desconfianzas, entre sus antiguos errores y sus nuevas luces, suele detenerse, delibera, se desanima, vuelve atrás, y despues de haber echado por mucho tiempo la cuenta de los gastos y de sus fuerzas, segun la frase del Evangelio, no pasa mas adelante, y no llega á poner ni aun la primera piedra del edificio. Pero ¿qué hace entonces el cuidadoso amor del padre de familias? Corre hácia donde está su hijo, se da prisa á sostenerle, le asegura contra sus temores y contra su propia flaqueza, calma sus inquietudes y disipa sus nubes : *Accurrit ne quis impediat*. Aun no se contenta con esto. Junta mil circunstancias para facilitarle el camino, aparta los obstáculos en que pudiera tropezar su flaqueza, destruye los proyectos que pudieran exponerle á nuevos peligros, proporciona los sucesos de modo que le sirvan de nuevas facilidades para romper sus cadenas : *Accurrit ne quis impediat*. Todo parece que ayuda á esta alma movida al arrepentimiento, todo la sostiene, todo la favorece ; se allanan como con un repentino encanto aquellas montañas que la parecia ver delante de sí, y que nunca las podria atravesar, y aquellas dificultades tan terribles se desvanecen ; cuanto mas adelanta mas fácil se le hace el camino, y los mismos obstáculos que le asustan le sirven de facilidad para su penitencia : *Accurrit ne quis impediat*.

34. En segundo lugar, la sirven de consuelo las secretas dul-

zuras que halla en los primeros pasos de una nueva vida. No se contenta el padre de familias con correr hácia donde está su hijo, sino que se arroja á su cuello, le abraza y le besa; apenas basta su corazon para contener su paternal amor: *Cecidit super collum ejus, et osculatus est eum*. Halla el hijo que habia perdido: *Perierat, et inventus est*. Es verdad que le halla súcio, asqueroso, desgarrado, y esto, que debiera ser motivo de encender mas su ira, solo sirve de avivar su amor; ve en él sus desgracias, y no sus delitos: *Perierat, et inventus est*. No se ha olvidado que era un hijo ingrato y rebelde; pero esta misma memoria es la que mas le mueve: ve revivir un hijo que para él estaba muerto, y halla lo que habia perdido: *Cecidit super collum ejus, et osculatus est eum*. Imágen tierna y consoladora de la alegría que causa en el cielo la conversion de un solo pecador y de los interiores consuelos que Dios hace experimentar al alma en los principios de su conversion: *Cecidit super collum ejus, et osculatus est eum*. ¡Oh paternal clemencia! ¡oh fuente inagotable de bondad! ¡oh misericordia de mi Dios! ¿Qué utilidad sacais de la salvacion de la criatura?

35. En tercer lugar, la sirve de consuelo la participacion de sus santos misterios, de que por tanto tiempo habia vivido privado por sus desórdenes. El padre de familias manda matar un gordo cabrito, convida á su hijo convertido á este celestial convite, y le alimenta con la vianda de los escogidos: *Adducite vitulum saginatum, manducemus, et epulemur*. Despues de haber vivido tantos años sin Dios, sin religion, sin esperanza, separado del altar y de los sacrificios, excludido como un anatema de la congregacion santa, de la sociedad de los justos y de todos los consuelos de la fe, ¡qué gozo se experimenta en hallarse al pié del altar santo en compañía de sus hermanos, en ser sustentado con el mismo pan, mantenido con la misma vianda, esperando las mismas promesas, socorrido con sus oraciones, fortalecido con sus ejemplos, animado con la armonía de los santos cánticos que acompañan la solemnidad y la alegría de aquel divino banquete! *Et cum veniret, audivit symphoniam et chorum*. ¡Alma feliz! ¿echas menos entonces los infames placeres de que acabas de disgustarte la gracia? ¿Ves por ventura en el mundo, en donde pasaste unos dias tan llenos de amargura, alguna cosa que te pueda volver á aficionar á él, que te parezca digna de tu corazon? Un solo dia en la casa del Señor al pié del altar santo ¿no es para tí de mas consuelo que años enteros pasados en los placeres y en las concurrencias de los pecadores?

36. Finalmente, la última circunstancia de los desórdenes del pródigo fue el desprecio y vileza en que llegó á caer; y el honor y la gloria son el último privilegio de su penitencia: se le vuelve á poner en posesion de los antiguos derechos que habia perdido; le ponen un vestido de dignidad y de inocencia, y en su dedo una señal de poder y autoridad; se le prefiere á su hermano mayor; es decir, que la virtud hace que se olvide la locura y el desprecio que habia en nuestras pasiones, ó, por mejor decir, nadie se acuerda de ellas sino para dar mas estimacion á las virtudes que las han sucedido; muda en estimacion y respeto el desprecio que nos habian granjeado nuestros vicios; nos restablece en todos los derechos de nuestro nacimiento, de nuestros títulos y de nuestras dignidades, que estaban envilecidas con nuestras disoluciones; nos saca del cieno y de la oscuridad de los desórdenes, para restituirnos á las funciones públicas; nos aparta de la compañía infame y vergonzosa de los hombres viles y disolutos, para reunirnos á los hombres prudentes é ilustres de nuestra clase y de nuestro estado; en una palabra, cuando antes éramos, como el pródigo, oprobio del cielo y de la tierra, nos hace alegría de los justos, consuelo de los pastores, gloria de la Religion, admiracion de los mismos mundanos, y un espectáculo digno de los Ángeles y de los hombres.

37. Pues ¿qué mas se necesita, amados oyentes míos, para animaros á seguir este ejemplo? Ha tanto tiempo que como el pródigo andais descaminados por regiones extrañas, entregados á la infamia y al oprobio de vuestras pasiones; ¿por qué habeis de rehusar el arrojarnos al seno que hoy os abre el Padre celestial con tanta misericordia? Os ha sufrido vuestros excesos de vuestra desarreglada juventud, se prometia que, pasados aquellos primeros desórdenes, la edad, la experiencia y la gracia moverian por último vuestro corazón; ya ha llegado este tiempo, pues ¿qué esperais para volveros

él? Los primeros desórdenes de vuestra vida pudieron hallar excusa en la fuerza de las pasiones y en la licencia de la edad, pero ahora, ¿qué excusa podeis tener? Veis que se pasan los años, que huye la mejor estacion de vuestra vida, que se acaba la juventud, que se os desfigura el rostro, y que todas las cosas con su mudanza os están continuamente avisando que ya es tiempo de que tambien vosotros os mudeis; cada dia os disgusta mas el mundo, porque cada dia sois vosotros menos á propósito para él; veis que todo lo que os rodea, ú os enfada por lo mucho que lo habeis usado, ó apartándose poco á poco de vosotros os da á conocer que no debeis con-

tar con un mundo en el que no servís mas que de incomodar, y que es locura el correr tras lo que huye de vosotros, y obstinaros en huir de un Dios que os busca; pues ¿qué podeis esperar?

38. Y en la realidad, ¿qué infeliz es vuestra vida! sin fe, sin religion, sin el consuelo de los Sacramentos, sin poder volveros á Dios en vuestras oraciones, sin ninguna verdadera alegría en el corazón, cansados de los placeres que aun buscáis, enfadados de un mundo en el que lleváis arrastrando el peso de vuestros disgustos y de vuestras culpas. Pues ¿qué esperáis para acabar vuestras penas y vuestras desgracias con vuestros desórdenes? Los santos misterios que se acercan, el tiempo de propiciacion en que nos hallamos, toda la Iglesia que está ocupada en la conversion de los pecadores, la voz de sus ministros que en todas partes os exhorta á penitencia, vosotros mismos que os halláis movidos y excitados con todo este aparato de religion, ¿á qué esperáis? ¿Habeis de llegar con vuestras impurezas y con vuestra ignominia hasta el fin de la Pascua, y hasta la solemnidad de la Resurrección? ¿Habeis de permanecer anatemas en medio de vuestros hermanos, separados del altar y de los sacrificios, mientras que ellos participan todos del ázimo-sagrado, y celebran el día del Señor?

39. ¿Qué alegría para vosotros, amados oyentes míos, si movidos hoy de compuncion, si tomando al salir de aquí unas sólidas medidas de penitencia; si encaminándoos á algun hombre de Dios, á cuyos piés pongais ese peso de iniquidad que os oprime, os vemos sentados á la mesa del Padre celestial en los días solemnes que esperamos! ¿Qué alegría si le oímos decir: *Mi hijo estaba muerto, y ha resucitado; se habia perdido, y acaba de parecer!* ¿Qué divinos consuelos experimentará entonces vuestra alma! Los espíritus que están al rededor del trono de Dios solemnizarán este feliz día con cánticos celestiales. Los santos que habitan en la tierra bendecirán las riquezas de la divina misericordia; aun los mismos pecadores admirarán vuestra mudanza, y seguirán el ejemplo de vuestra penitencia. ¡Ojalá os movierais, amados oyentes míos, con unos motivos tan poderosos! y Vos ¡oh Dios mío! haced que no sean vanos mis deseos; oid las ansias de mi corazón y mis ardientes votos por la salvacion de mis hermanos, y derramad sobre los pecadores que me oyen un espíritu de compuncion, para que saliendo de sus desórdenes os hallen dispuesto á recibirlos en el seno de vuestra gloria y de vuestra inmortalidad. Amen.

SERMON

SOBRE LA SAMARITANA.

Venit Jesus in civitatem Samariam, quæ dicitur Sichar. (Joan. iv, 5).

Llegó Jesús á una ciudad de Samaria llamada Sicar.

1. No siempre son los mismos, católicos, los caminos de la gracia en orden á la conversion de los pecadores. Unas veces es esta un rayo vivo y penetrante, que saliendo del seno del Padre de las luces, ilumina, hiere, abate y lleva tras sí el corazon; otras veces es una claridad mas moderada que tiene sus progresos sucesivos, que parece disputa por algun tiempo la victoria con las nubes que quiere disipar, y que no acaba de vencer hasta despues de mil alternativas, en las que hace dudar por quién quedará la victoria. Unas veces es un Dios fuerte que de un solo golpe trastorna los cedros del Líbano; otras un Dios sufrido que lucha con un simple hijo de Abraham, y le permite que por algun tiempo haga triste experiencia de sus fuerzas, ó, por mejor decir, de su flaqueza. Con todo eso, ¡oh Dios mio! Vos siempre sois el mismo, aunque bajo de tan diferentes aspectos: aunque nos dejéis en manos de nuestro consejo, siempre obráis como dueño absoluto de los corazones; y si las dudas y dilaciones de un apóstol dieron en otro tiempo mas gloria á la verdad de vuestra resurreccion que la pronta sumision de los demás discípulos, puede tambien decirse que las resistencias y oposiciones de una mujer de Samaria casi hacen resplandecer mas el poder de vuestra gracia que las prontas conversiones de las pecadoras y Saulos. Á lo menos, católicos, cuando el Señor triunfa de un corazon sin pelear, parece que triunfa solamente por su gloria; y así es un prodigio en que solamente quiere que se admire su poder y el imperio que tiene sobre nuestros corazones. Pero cuando la conversion de una alma pecadora es fruto de los repetidos esfuerzos de su gracia, entonces triunfa para enseñarnos, y así es una leccion en que quiere que entendamos que nada hace en nosotros sin nosotros, y que nunca llevará su gracia nuestros corazones á él, si nuestro corazon no se entrega por sí mismo. Y á la verdad, ¿qué

Si pudo tener aquel Señor que con una sola palabra hizo que los hijos del Zebedeo abandonasen sus redes, Leví su ocupacion, y Zaqueo sus injusticias, en impugnar hoy por tanto tiempo las pasiones y preocupaciones de una mujer extranjera, sino el ponernos á la vista en las artificiosas excusas, y en las resistencias que opone antes de rendirse, la imagen de las que nosotros estamos continuamente oponiendo á su gracia?

2. Pero yo advierto tres excusas principales que la sirven como de baluarte contra todas las misericordiosas instancias de Jesucristo. La excusa del estado: es samaritana, y por eso rehusa conceder al Salvador lo que la pide su bondad: *Quomodo bibere à me porcis, quæ sum mulier Samaritana* ¹? La excusa de la dificultad: es profundo el pozo, dice, y no hay con qué poder sacar el agua: *Puteus altus est, neque in quo haurias habes* ². Finalmente, la excusa de la variedad de opiniones y doctrinas, la que la persuade que, siendo dudoso si se debe adorar en Jerusalem ó Garizim, no tiene obligacion de creer á este extranjero que la habla, y puede permanecer en el deplorable estado en que se halla: *Patres nostri in monte hoc adoraverunt, et vos dicitis quia Jerosolymis est locus ubi adorare oportet* ³.

3. En las excusas, pues, que opone esa mujer á las instancias de Jesucristo se ven claramente, dice san Agustín, las que nosotros oponemos todos los dias á su gracia: *Audiamus ergo in illa nos, et in illa agnoscamus nos*. La excusa del estado: en el estado en que nos hizo nacer la Providencia hallamos pretexto para autorizar una vida absolutamente mundana. La excusa de la dificultad: esta la hallamos en la impracticable idea que formamos de la virtud. Finalmente, la excusa de la variedad de opiniones y doctrinas en orden á la regla de las costumbres. En estas falsas incertidumbres y contradicciones hallamos motivos de seguridad, con los que nos sosegamos aun en las transgresiones mas manifestas. Hoy, pues, intento confundir estas tres excusas, exponiendo la historia de nuestro Evangelio; este será mi asunto despues de haber implorado, etc.: *Ave María*.

Primera parte.

4. En la conducta del Salvador para con esta mujer samaritana, y en los obstáculos que parece que ella opone á las misericordias del Señor para con ella, todo está lleno de instrucciones y mis-

¹ Joan. iv, 9. — ² V. 11. — ³ V. 20.

terios, dice san Agustin. Por una parte queriendo Jesucristo, al parecer, sobrellevar la flaqueza y las pasiones de esta pecadora, no acomete desde luego á cara descubierta : se acomoda á sus preocupaciones para mejor vencerlas; la habla en el estilo de sus errores para tener ocasion de manifestarla la verdad; disimula por algun tiempo sus miserias para disponerla á que las conozca mejor, y temiendo que su corazon se rebele contra la mano que le va á curar, procede con cautela, y la oculta, por decirlo así, todo el aparato y el rigor de sus remedios : *Paulatim intrat in cor*. Pero por otra parte esta pecadora atenta, segun parece, á evadirse de todas las misericordiosas disposiciones de Jesucristo, no opone á la bondad y sabiduría de sus precauciones mas que evasiones y artificios, y parece tan ingeniosa en huir de la gracia, como la gracia se manifiesta cuidadosa de seguirla : no omite excusa alguna para dorar sus repugnancias, ó para diferir el momento de su libertad.

5. La primera excusa que opone á Jesucristo es la que yo he llamado excusa de estado. Se persuade de que siendo mujer samaritana no tiene el Señor derecho á pedirla que use con su Majestad aquellos oficios que la pide : *Quomodo bibere à me poscis, quæ sum mulier Samaritana?* Unos oficios que en todo tiempo habia prohibido la costumbre en Samaria, y los que parece queria hoy mandarla ejecutar este hombre desconocido : *Non enim contuntur Judæi Samaritanis*.

6. Esta es tambien la primera excusa que todos los dias nos oponen los hombres para justificar sus costumbres absolutamente profanas y mundanas. Cuando os proponemos el modelo de una vida cristiana; cuando queremos reducir el juego continuado y excesivo á los límites de una honesta recreacion; cuando queremos desterrar los espectáculos, ocupar la ociosidad y pereza, reducir á la modestia el fausto é indecencia de las modas, prohibir ciertos placeres, y enmendar ciertos abusos; cuando aconsejamos el uso de la oracion, el amor al retiro, la leccion espiritual, el trabajo de manos, las obras de misericordia, la frecuencia de Sacramentos, los cuidados domésticos, la oracion comun; en una palabra, todo el conjunto de las cristianas costumbres, nos respondeis que esta grande exactitud no puede convenir á unas personas que tienen precision de seguir la corte, y que han contraido empeños con el mundo : *Quomodo bibere à me poscis, quæ sum mulier Samaritana?* Nos decís que queremos confundir vuestras obligaciones con las de los claustros y desiertos, y que no es posible juntar la vida que nosotros

aconsejamos con las costumbres que ha establecido el uso: *Non enim coutuntur Judæi Samaritanis*. Os quejais de que nosotros condenamos al mundo sin conocerle, que la idea que proponemos de la virtud es una singularidad ridícula; que es preciso que cada uno se salve viviendo conforme á su estado, y que no seria razon pedir á los que tienen precision de vivir en la corte, y en medio del mundo, lo que se nos podria pedir á nosotros.

7. Pero primeramente, católicos, la Religion no distingue más que dos géneros de obligaciones: unas es verdad que son consiguientes al estado, y que solamente convienen al que cada uno de nosotros ha elegido; pero son diferentes las de príncipe, de vasallo, de hombre de república, de padre de familias y de ministro del altar. Las otras son inseparables del Bautismo, y comunes á todos aquellos que han sido reengendrados en Jesucristo, sin distincion de judío y de gentil, de príncipe y de vasallo, de cortesano y de solitario. Supuesto este principio, os pregunto, católicos, ¿dejais de ser cristianos por seguir el mundo y la corte? ¿Hay para vosotros otra esperanza, otro Evangelio, otro Bautismo distinto del de los que habitan los desiertos? ¿Dejais por eso de ser miembros de Jesucristo, discípulos de la cruz, y extranjeros en la tierra? ¿Qué puede añadir ó quitar vuestro estado de persona del mundo ó de la corte á las obligaciones esenciales de la fe? ¿Dejó Jesucristo otro Evangelio aparte para la corte y el mundo? ¿Dejó señaladas en el suyo excepciones favorables para el mundo? ¿Ha declarado acaso que no es su intento comprender al mundo en el rigor de sus máximas? Lo que sí ha dicho es, que el mundo se opondria á estas máximas santas, pero seria juzgado por ellas. Ahora, pues, siendo ley nuestra la que nos juzga, ¿seríamos nosotros juzgados como transgresores de estas máximas, si ellas no nos obligaran? Decís que sois persona del mundo, tambien lo era la pecadora del Evangelio; y no por eso creyó que estaba dispensada de hacer penitencia, y de llorar lo restante de su vida los desórdenes de su juventud. David era del mundo, y estaba sentado sobre el trono, y tampoco se persuadió que este título debia moderar la abundancia de sus lágrimas y el rigor de sus austeridades. Leed sus divinos cánticos, que fueron fruto de ellas, y serán sus eternos monumentos. Una Judit, una Ester, una Paula, una Marcela eran del mundo, y descendientes de una sangre ilustre. ¿Acaso por esto fueron mundanas y sensuales? ¿Vivieron acaso entregadas al fausto, á la ociosidad, á la indecencia y á los placeres? Bien sabeis que no, y seria inútil el repetir las

noticias que sabemos de sus costumbres y de su modo de vida.

8. Además de que, ¿de dónde ha venido á la Iglesia, católicos, esta distincion de los que son del mundo, y de los que no son de él? ¿No ha provenido de la corrupcion de las costumbres y de la relajacion de la fe? Entre los primeros fieles ¿habia distincion de los que eran del mundo y de los que no lo eran? ¡Ah! todos habian renunciado al mundo. Los ministros del altar, los santos confesores, las vírgenes puras, las mujeres que estaban divididas entre Jesucristo y los cuidados del matrimonio, los simples fieles, y aun aquellos que eran de la casa del César, todos vivian separados del mundo, y no tenian cosa alguna comun con él, porque todos sabian que la salvacion no era para el mundo; entonces era una misma cosa ser cristianos y no ser del mundo, y en este punto no habia entre ellos distincion alguna. Vosotros sois del mundo, amados oyentes míos; pues siendo ese vuestro delito, ¿cómo quereis alegarlo por excusa? El cristiano no es de este mundo, es ciudadano del cielo, es hombre del futuro siglo, es juez y enemigo del mundo. Para el alma fiel ya no hay mundo; cuanto sucede lo mira como pasado; todo lo percedero ya no existe á su vista. Vos, ó Dios mio, venisteis á condenar al mundo, ¿y hemos de querer nosotros que nuestra conformidad con él sea título de nuestra inocencia, y que nos justifique contra vuestra propia ley?

9. Además de esto, cuando nos respondeis que sois del mundo, ¿qué quereis decir con eso? ¿Acaso que estais excusados de hacer penitencia? Razon tendríais, si el mundo fuera la morada de la inocencia, el asilo de todas las virtudes y fiel protector del pudor, de la santidad y de la templanza. ¿Acaso que no teneis tanta necesidad de la oracion? Tambien os lo concederia, si fueran menos frecuentes los peligros en el mundo que en la soledad; si en él fueran menos peligrosos los lazos, menos frecuentes los engaños, mas raras las caídas, y si se necesitara menos gracia para conservarse. ¿Acaso que viviendo en el mundo no teneis obligacion á valeros del retiro? Esto seria cierto, si en él fueran mas santas las conversaciones, mas inocentes las concurrencias, y si todo cuanto en él se oye y se ve elevara á Dios, aumentara la fe, avivara la piedad y sirviera para mantener la gracia. ¿Acaso que en el mundo no debe costar tanto trabajo el salvarse? Verdad seria, si en él tuviérais menos pasiones que combatir y menos obstáculos que vencer; si el mundo os facilitara todas las obligaciones del Evangelio, la humildad, el olvido de las injurias, el desprecio de las grande-

zas humanas, la alegría en las aflicciones, el buen uso de las riquezas, etc. ¡Oh hombre! es tal tu ceguedad, que cuentas tus desgracias entre tus privilegios; te persuades que lo que multiplica tus cadenas aumenta tu libertad, y juzgas que tu seguridad está en tus mismos peligros.

10. Pero con todo eso, diréis, es preciso hacer alguna diferencia, es indubitable que los que viven en los claustros están obligados á ser mas perfectos que los que viven en el mundo. Os engañais, católicos, porque es necesario estar mas firmes en la fe, mas radicados en la caridad, y mas constantes contra los peligros viviendo en el mundo que en la soledad; y así os digo que si no estais mas vigilantes, en orden á los movimientos de vuestro corazon, que el solitario y el anacoreta; si no orais con mas fervor, si no resistís con mas fidelidad, si no alcanzais para vosotros mas socorros del cielo, estais perdidos. Los peligros que se hallan en cada estado son la regla de la virtud que se requiere para vivir en él; las virtudes flacas hallan á lo menos asilo y remedio con la seguridad de los claustros, y en los socorros de una santa disciplina; pero aun las mas sólidas virtudes no hallan en el mundo sino escollos que las deshacen, ó engaños que las debilitan. Y para confundir esta iguorancia y este error tan universal y tan injurioso á la piedad cristiana, decidme, vosotros que quereis que haya tan grande diferencia entre las obligaciones de vuestro estado y las de los claustros y desiertos, ¿cuál os parece que fue el fin de aquellos santos fundadores que juntaron á los hombres en las soledades, y los sujetaron á las leyes de una mas severa disciplina? ¿Os parece que fue su intento proponer á sus discípulos un nuevo Evangelio, ó añadir rigores inútiles á las máximas que propone Jesucristo al comun de los fieles? Pues oidlo, católicos. Cuando los cristianos formaban aun en medio del mundo una congregacion de santos, de la que el mismo mundo no era digno; cuando las mujeres manifestaban la piedad de su pudor y su modestia; cuando los fieles brillaban como purísimos astros en medio de las naciones corrompidas, y cuando hasta los mismos paganos respetaban en la pureza de sus costumbres la santidad de su moral, entonces hubiera sido inútil el retirarse á las soledades, porque la congregacion de los fieles aun era asilo de la virtud, y la vida comun de ellos un camino que guiaba á la salud eterna. Pero despues que extendiéndose la fe empezó á enfriarse, y que, habiéndose hecho cristiano el mundo, trajo consigo á la Iglesia su corrupcion y sus máximas, entonces aque-

llos á quienes quiso preservar el espíritu de Dios, viendo las iniquidades y contradicciones de las ciudades, viendo que la vida común no era ya en ellos vida cristiana, y que las costumbres habian prevalecido contra la ley, buscaron un asilo en la soledad, levantaron unos lugares seguros en medio de los desiertos, juntaron hombres para que allí se librasen de la corrupcion general; pero el fin que se propusieron fue renovar las antiguas costumbres de los cristianos, que estaban muy alteradas, las que era muy difícil practicar en el mundo, y facilitar á sus discípulos la observancia del Evangelio, que es la regla universal de todos, y que todos tienen obligacion de observar. De modo que todas las precauciones de retiro, de silencio, de austeridad, que miramos como tan ajenas de nuestro estado, no fueron mas que unos medios que estos santos penitentes tuvieron por necesarios para observar unas obligaciones que les eran comunes con nosotros. Es verdad que se obligaron á ciertos ejercicios particulares que no propone el Evangelio como preceptos; pero con los socorros de estos ejercicios particulares no intentaron mas que llegar con mas seguridad á la observancia de los preceptos. De este modo renunciaron el sagrado lazo del matrimonio para facilitarse la pureza y la castidad mandada á todos los fieles; se sujetaron á las leyes de un rigoroso silencio para evitar con mas seguridad las conversaciones de vanidad, de ociosidad, de malicia y de disolucion prohibidas á todos los cristianos; renunciaron absolutamente los bienes y esperanzas del mundo para llegar con mas facilidad á aquella pobreza de espíritu y á aquel desprecio de las cosas perecederas que á cada uno de nosotros se nos manda en el Evangelio; se encerraron dentro de los muros de un austero retiro para apartarse para siempre de los placeres y pompas del mundo, á las que todos hemos renunciado en nuestro Bautismo; se impusieron el yugo de los ayunos, de las vigiliass, de las maceraciones para domar una carne que todos estamos obligados á crucificar continuamente, y para hacer como por una ley doméstica la penitencia que nos manda á todos el Evangelio como ley indispensable.

11. ¿Y qué se infiere de aquí, católicos? que teniendo nosotros menos socorros que ellos, tenemos no obstante que cumplir con las mismas obligaciones; que sin aquella facilidad que nace de la práctica de los consejos para observar lo esencial de la ley estamos obligados á cumplir con todos sus preceptos; que sin renunciar como ellos todas las cosas tenemos obligacion á ser pobres de

corazon como ellos, y á usar de este mundo como si no usáramos de él; que viviendo en medio de todos los halagos de la carne, y en el santo vínculo del matrimonio, debemos poseer como ellos el vaso de nuestro cuerpo con santidad, y hacer pacto con nuestra vista de ni aun pensar en los objetos peligrosos; que en el uso de las viandas y en la libertad de los banquetes debemos mantener una rigurosa modestia en nuestros sentidos, y conservar como el mas penitente anacoreta toda la frugalidad evangélica; que sin el yoto y la religion del silencio, debemos poner una guardia de circunspeccion á nuestra lengua, para que no se nos escape ni una palabra ociosa, y que todas nuestras conversaciones sean de Dios; que en una vida como la del comun de los hombres es necesario hallar el secreto de llevar su cruz, negarse continuamente á sí mismo, ser discípulo de Jesucristo, y seguirle sin el socorro de un retiro exterior; vivir en medio de las conversaciones y trato de los hombres como en una soledad, y tener en lo íntimo del corazon una calma en que pueda habitar el Dios de paz; renunciar al mundo, despreciarle y aborrecerle, sin salir de él; y sin estar vestidos de pelo de camello como el solitario, tener debajo del oro y de la seda un hombre penitente, y un cuerpo revestido de la mortificacion de Jesucristo; y, en una palabra, que sin privaros de todo lo que puede halagar los sentidos os priveis de todo deleite sensual.

12. Replicadnos ahora, dice san Juan Crisóstomo: luego será preciso retiraros á los montes, y desamparar las ciudades. ¿Se hizo acaso el Evangelio solamente para los solitarios? ¿Por ventura la castidad, la templanza, la pobreza de corazon, el desprecio del mundo, la abnegacion de sí mismo, son virtudes que solo pertenecen á los claustros y á los desiertos? ¡Oh qué error es en las gentes del mundo el dejar para los solitarios y personas retiradas todas las austeridades de la vida cristiana! ¡Ah! mucho mas trabajo cuesta á los fieles el salvarse en medio del mundo que á los solitarios en lo oculto de su retiro. Mas difícil es ser casto en medio de los peligros, humilde entre las distinciones del puesto y del nacimiento, templado entre la libertad de los banquetes, pobre entre la abundancia de los bienes de la tierra, penitente entre las continuas ocasiones del regalo y de los deleites, manso y pacífico en las frecuentes concurrencias de intereses y pasiones; y con todo eso, si no teneis estas virtudes, estais perdidos. ¡Dios mio! los santos rigores de una severa disciplina parecen menos necesarios en lo interior de los desiertos, donde por la distancia de los peligros no se

necesitan tantas precauciones; pero deben ser indispensables en el mundo, en donde la virtud, estando mas expuesta, no puede conservarse sino con diligentes cuidados.

13. No obstante, católicos, á pesar de la seguridad de los claustros y de los desiertos, y de todas las precauciones que tomaron el celo y experiencia de los santos fundadores para preservar la inocencia, los que habitan estos piadosos asilos no dejan de temer de su flaqueza, y están continuamente atentos para que no los sorprenda el enemigo : les cuesta trabajo el defenderse de sí mismos, y hallan en el mismo lugar de la paz y de la seguridad combates é inquietudes en que mil veces se ven á pique de perder en un instante el fruto de toda una vida penitente y retirada ; ¿ y os ha de parecer á los que vivís en medio de los peligros que teneis privilegio para vivir con mas seguridad, y condescender con vuestros deseos ? Vosotros, que estais siempre rodeados de todo lo que es capaz de corromper el corazon , que os hallais en un estado en que todo sirve de lazo y tentacion , ¿ os habeis de persuadir que en él no es peligrosa una perpétua ociosidad , una inutilidad de vida, que lo sería aun en el mas austero retiro, y una falta de mortificacion, que aun distante de los peligros serviria de peligro ella misma ? ¿ De cuándo acá, ¡ oh Dios mío ! los que están expuestos á los peligros de la berrasca tienen menos obligacion de velar para su salud que los que gozan de la seguridad y sosiego de un santo asilo ?

14. Cuando David, escondido en los desiertos y montañas de Judea para librarse del furor de Saul, propuso á los que le acompañaban que saliesen de sus cavernas y bosques para ir á acometer á los filisteos, respondieron : Señor, no estamos seguros aun estando escondidos entre estos bosques, y cada instante nos vemos expuestos á caer en manos de nuestro enemigo ; pues ¿ qué será si bajamos á la llanura para ir á acometer á los filisteos ? *Eccē nos hic in Judæa consistentes timemus ; quanto magis si ierimus adversus agmina philistinorum* ¹ ? Pues esto mismo os podría yo decir aquí : nosotros tememos en lo interior de nuestros retiros ; somos para nosotros mismos una continua tentacion en la seguridad de los asilos á donde nos llevó la Providencia desde nuestra primera edad ; trabajamos allí para nuestra salvacion con temblor ; oramos, suspiramos, y conocemos que aun el mismo retiro nos sirve de escollo, si no trabajamos continuamente en la guarda de los sentidos y en la mortifi-

¹ 1 Reg. iii, 3.

cacion de las pasiones: *Eccen nos hic in Judæa consistentes timemus.* ¿Y quereis vosotros persuadirnos que tendríamos menos que temer; que no tendríamos necesidad de tanta vigilancia, de tantas precauciones, de tanta oracion, si viviéramos como vosotros en medio del mundo, cercados de lazos, de engaños, de ilusiones, de malos ejemplos, y, en una palabra, de los enemigos que os rodean? *Quanto magis si ierimus adversus agmina philistinorum?* La seguridad de nuestros retiros consiste únicamente en la penitencia, ¿y os habeis de persuadir vosotros que el regalo y los placeres no han de servir de peligro aun en medio del mismo mundo?

13. Pero además de esto, católicos, no hagais comparacion, si os parece, de los infinitos peligros que hallais en el mundo, y de las precauciones de mortificacion, de oracion, de continuo sacrificio y de vigilancia de que teneis necesidad contra estos mismos peligros, con la seguridad de los claustros y desiertos, que no parecen piden tanto cuidado; comparad solamente la historia de vuestra vida, la disolucion de vuestras pasadas costumbres, con la de los santos penitentes que habitan en ellos; las satisfacciones que vosotros debéis á Dios, con las que ellos le deben. ¿Os parece que unas almas retiradas é inocentes, que llevan el yugo del Señor desde su tierna edad, y que educadas en lo interior de su tabernáculo, no solo no han sido inficionadas con la corrupcion del mundo, sino que ni aun la han conocido, y cuyas culpas casi serian para vosotros virtudes; os parece que estas almas deben estar gimiendo toda su vida bajo la ceniza y el cilicio, negándose contiamente á sus sentidos, sin vivir mas que para morir cada dia, al mismo tiempo que vosotros, cuyos delitos, por decirlo así, se han anticipado á la edad, vosotros, que casi no os atrevéis á mirar los horrores de vuestra vida pasada, cuyos abismos y esterbos tanto os detienen al primer paso que quereis dar para mudar de vida; vosotros, vuelvo á decir, nos quereis persuadir que son menos austeras vuestras obligaciones? que os están menos prohibidos los juegos, los placeres, los espectáculos, las profusiones, las sensualidades y los excesos de los banquetes? que el cielo os ha de costar mas barato que á estas almas puras é inocentes? que á ellas, y no á vosotros, corresponden las lágrimas, los ayunos, las vigiliass y las mortificaciones? que á ellas les corresponde el padecer, el orar, el gemir y el mortificarse, y á vosotros el vivir en la ociosidad, y gozando de todo lo que lisonjea á los sentidos? ¿Gran Dios! qué injustos,

qué insensatos y temerarios parecerán los hombres algún día mirados á la luz de la verdad!

16. Se engañaba, pues, aquella mujer de Samaria, oponiendo á la gracia de Jesucristo la cualidad de samaritana. Si fuera hija de Abraham, nacida en Jerusalem, el socorro del templo y de los sacrificios, las instrucciones de la ley y de los Profetas, la ventaja de ser descendiente de un pueblo santo, al que habian sido hechas las promesas, todo esto pudiera darla motivo para formar de su estado excusa y razon de seguridad. Pero ¿qué quiere dar á entender con decir que es samaritana, sino que habita en medio de un pueblo reprobado, en un país en donde se halla corrompido el culto del Señor, donde las costumbres son abusos, los ejemplos escollos, las máximas errores; en una palabra, en un estado que la aparta de la salvacion, y la incluye en la maldicion general pronunciada contra todos los habitantes de Garizim? Pues esta misma es vuestra ilusion: os excusais con decir que sois del mundo; si viviérais en una casa santa y retirada tendríais mas razon para valeros de vuestro estado como de pretexto de seguridad; y creer que viviendo de este modo apartados de los peligros no teníais necesidad de tanta austeridad y vigilancia; pero alegar que sois del mundo es mirar las dificultades para la salvacion, anejas á vuestro estado, como mitigaciones que os la allanan: acaso me diréis que esas mismas dificultades son las que os detienen, y que os ponemos tan difícil el camino, que os desanimais. Esta es la segunda excusa que opone la Samaritana á Jesucristo; la dificultad de la empresa.

Segunda parte.

17. Cási no hay pecador que por mas deplorable que sea el estado de su vida no cuente con su futura conversion como con una cosa muy fácil, y que con esta confianza no viva tranquilo en sus culpas. Ninguno hay que cuando se llega á tratar de que se convierta no mire esta empresa como una obra imposible, y que en este asunto no se vuelva atrás y pierda el ánimo. Este es el pretexto que la Samaritana opone á las nuevas instancias de la gracia; se figura dificultades invencibles en las promesas de Jesucristo: la profundidad del pozo, la falta de medios para sacar el agua, todo la da motivo á persuadirse de que es un imposible el beneficio que la prometen: *Puteus altus est, neque in quo haurias habes.* Y esta es la

excusa que oponemos todos los dias, católicos, á los interiores movimientos de la gracia que nos insta para que mudemos de vida; la falta de medios y la imposibilidad de la empresa. En primer lugar, hallamos unos profundos abismos en nuestra conciencia. Ha mucho tiempo que vivimos en la disolucion, sin fe, sin culto y sin Sacramentos; pues ¿cómo nos hemos de determinar á registrar este caos, y á profundizar estos fatales abismos? *Puteus altus est.* Por otra parte, somos de una condicion tan frágil, nacimos tan vivamente inclinados á los deleites, que parece no tenemos disposicion alguna para la devocion. Pues ¿cómo hemos de mudar de condicion y hacernos unos nuevos hombres? *Puteus altus est.* Finalmente, la vida cristiana del modo que nos la pintan es una empresa que hace temblar; ¿quién se ha de condenar á un perpétuo retiro, á pasar los dias en la oracion, en la leccion espiritual y en obras de misericordia, á mortificar los sentidos, á privarse de todo lo que agrada, y á romper con todo el universo? Dichosos los que tienen valor para ejecutar todas estas cosas! pero este valor no se ha concedido á todos: *Puteus altus est.*

18. Pero examinemos todos estos pretextos. Primeramente, hallais unos profundos abismos en vuestra conciencia, y no sabeis por dónde empezar. Pero ese mismo deplorable estado ¿no debiera ser la razon mas poderosa que os moviese á no dejar cosa alguna por hacer? ¿Es posible que el conocimiento que teneis de vuestros males os haya de apartar del remedio? ¿Habeis de mirar vuestra libertad como pena? Os pareceis á un esclavo que no quisiera adquirir su libertad, por estar gimiendo bajo su antiguo cautiverio, y cargado con el peso de infinitas cadenas. ¿Por ventura os cuesta menos trabajo el llevar sobre vuestro corazon ese peso de iniquidad? ¿Padeceis menos ocultando vuestras heridas que manifestándolas al caritativo médico que las cura y purifica? ¿Qué dificultad es la que os propone? Que aclareis una conciencia, cuyos remordimientos no podeis sosegar; que arrojeis de vosotros unas serpientes que os despedazan; que os descubrais á un ministro de Jesucristo que juntará sus lágrimas á las vuestras; que en vez de escandalizarse de vuestras flaquezas se compadecerá de vuestras desgracias; que animará vuestra esperanza, repitiéndoos muchas veces que ha habido pecadores mucho mas culpados que vosotros, de los que la gracia ha hecho grandes santos; que con sus oraciones y gemidos os ayudará á salir del deplorable estado en que os hallais; que os consolará en vuestro dolor, confortará vuestra flaqueza, y os asegu-

rá en vuestra confusion, y que mas será un amigo en la adversidad y un caritativo confidente de vuestras penas que juez de vuestra conciencia. ¡Ah! apenas le habréis manifestado ese corazon que no podeis sufrir, cuando conoceréis que renace en vuestro interior la alegría y la serenidad: veréis arrancarse esa espada que os tiene atravesados, caerse ese peso que os oprime, espirar ese gusano que os roe, y desaparecer esos funestos pensamientos que oscurecen vuestro espíritu; no cesaréis de bendecir el feliz momento en que tomásteis una resolucion tan necesaria para vuestra eterna salud, y aun para el sosiego de vuestra vida. La gran dificultad que yo hallo aquí es que podais vivir en el estado en que os hallais, el que podais resistir á la voz del cielo que os está llamando, y á la de vuestra conciencia que os condena; que os podais sufrir á vosotros mismos, siendo enemigos de Dios, despues de haberle conocido; que podais vivir separados de los Sacramentos, de los consuelos de la gracia, y solos con vosotros mismos, esto es, con vuestra conciencia y vuestras culpas. Este es todo el trabajo; la conversion que se os propone es el alivio y su mas seguro remedio.

19. Pero, en segundo lugar, decís que parece que no nacísteis para los ejercicios de la piedad; que nunca podréis adelantar en ciertos puntos por donde es preciso empezar, y que todas vuestras inclinaciones son justamente opuestas á lo que se llama virtud y devocion: *Puteus altus est*. Pero, primeramente, aun cuando esto os costara algo mas trabajo que á otros, ¿no teneis que reparar mas culpas y mas sensualidades que otros? Por otra parte, ¿no merece la eternidad que os hagais alguna violencia? ¿No os habeis violentado alguna vez para servir al mundo? ¿No habeis vencido muchas veces esas inclinaciones, cuya inflexibilidad tanto nos ponderais, por motivos de fortuna, de fama y de respetos mundanos? ¿No os veis todos los dias en unas circunstancias en que os es preciso violentaros y oponeros á ese infeliz temperamento que continuamente nos estais alegando? ¿Qué es la vida del mundo, y con especialidad la de la corte, mas que una continua violencia, una molestia que nunca se acaba, una sucesion de ocupaciones opuestas á vuestro genio, una escena en la que siempre es preciso representar un personaje fingido? ¡Ah! vosotros, con especialidad los que habitais en los palacios de los reyes, no alegueis que vuestras inclinaciones no están acostumbradas á sufrir yugo alguno, ni que por larga costumbre que habeis adquirido de vivir en la independencian no las podeis sujetar, pues habeis aprendido á venceros y sacrificar conti-

nuamente vuestras inclinaciones á otros intereses mas fuertes. Desde que teneis pasiones habeis tenido necesidad de vencerlas ó disimularlas, de lisonjear á los que despreciais, de acariciar á los que aborreceis, de echaros por tierra delante de aquellos á quienes teneis precision de ceder, sin que en esto halle consuelo vuestra soberbia, y de dejar el placer por la obligacion. El mundo os enseña lo que debeis hacer para ser virtuosos, y las violencias del mundo y de las pasiones han dispuesto mas de lo que pensais para la mortificacion del Evangelio.

20. ¿Qué mas diré? Acaso os hubiera costado mas trabajo el venceros en vuestra juventud, porque entonces, estando mas vivas las pasiones, siendo las reflexiones menos serias y graves, encantando mas los deleites con la novedad, acaso dejaban menos libertad á vuestra flaqueza para poderse defender; pero ya que cansados con vuestra propia experiencia habeis conocido su nada y su amargura; ya que la edad, los empleos, y aun los mismos respetos humanos os piden costumbres mas serias y arregladas; ya que los disgustos, los contratiempos y la experiencia que teneis de la inconstancia, falsedad y perfidia de las criaturas os ha enseñado, bien á costa vuestra, lo que debíais esperar de las pasiones y de las amistades profanas; ya que no siendo á propósito para el mundo empieza él á entibiarse con vosotros, y á enseñaros que ya es tiempo de que busqueis otros placeres y otras ocupaciones distintas de las suyas; ya que entre sus diversiones teneis inquieta la conciencia, y os acompaña un enfado mortal al que nada puede divertir, porque nace de la tristeza y enfermedad de vuestra alma, la que solamente Dios puede aliviar, reflexionad que os costará menos trabajo de lo que pensais el abandonar al mundo, olvidarle y despreciarle: ya teneis en vuestro interior los principios de estas felices disposiciones; la razon, el disgusto, y aun la inconstancia del corazon bastan ya para que no le ameis; pues ¿que será cuando la gracia ayude á estas disposiciones de la naturaleza? Entonces le aborreceréis por un principio de fe y de piedad, porque la luz del cielo os manifestará toda su corrupcion, todos sus peligros, toda su nada y toda su miseria.

21. Finalmente, ¿os parece que solamente debeis contar con vuestras fuerzas? Confieso que si la obra de la conversion fuera obra de solo el hombre, debírais desconfiar; pero ¿ignorais que lo que no es posible al hombre solo lo es al hombre ayudado de Dios; que nada hay difícil para la gracia; que los corazones mas

frágiles y corrompidos son algunas veces en los que está obra mayores maravillas, y que muchas veces lo grande de nuestras miserias es la mas favorable disposicion para recibir lo excesivo de sus misericordias? ¡Ah! la pecadora de Jerusalem era frágil, estaba embriagada del mundo, llena de pasiones, y no parecía haber nacido para la virtud; y no obstante eso, ¿se vió jamás amor más vivo á Jesucristo, penitencia mas pronta, mas fervorosa, ni más constante que la suya? Agustino era flaco. ¿Quién ha visto flaqueza igual á la de sus deseos, de sus recaídas, de sus ansiedades, de sus inútiles esfuerzos para libertarse del cieno en que inmediatamente le volvía á sumergir el peso de sus pasiones? Con todo eso, ¿ha visto la Iglesia conversion mas gloriosa para la gracia de Jesucristo? Y sin salir de nuestro Evangelio, la Samaritana era flaca: la multitud de sus matrimonios no la habian podido reducir á unas costumbres mas regulares, y siempre vencía su mala inclinacion; con todo eso, ¿no triunfa hoy el Salvador de su flaqueza? La gracia muda las inclinaciones, corrige el temperamento, y renueva todo el hombre; los vasos de inmundicia, puestos en manos del soberano Artífice, se convierten muy pronto en vasos de eleccion, mas sólidos que el bronco, mas brillantes que la luz, y mas puros que el mas precioso metal. En una palabra, la gracia es mas fuerte que la naturaleza.

22. Pero, en último lugar, os espantan los rigores de la vida cristiana, porque decís que teneis poca confianza de vosotros mismos, y que si hubiérais de tomar el partido de la virtud, no habia de ser para no cumplir con él, como otros muchos; que si una vez llegárais á declararos, habia de ser de veras, sin excepcion ni limitacion alguna; pero que eso mismo es lo que os asusta. Es verdad que no sabemos, añadís, lo que nos pasará despues de esta vida; pero la exacta observancia del Evangelio no parece se hizo para unos hombres tan flacos como nosotros: *Puteus altus est, neque in quo haurias habes*. Á esto se os puede responder que el Evangelio es una ley dada por Dios: debeis suponer que tiene en sí las divinas cualidades de su Legislador; que es una ley prudente, equitativa, moderada, conforme á nuestras necesidades, proporcionada á nuestra flaqueza y útil á nuestras miserias; que es remedio, y no lazo, socorro, y no desesperacion en nuestra enfermedad: el Señor no es ningun bárbaro tirano, que solamente haga leyes para hallar en la imposibilidad de su observancia pretextos para perdersenos. Es un Padre misericordioso, que solo piensa en facilitar á

sus hijos los caminos para la vida eterna : es un Señor generoso que, aun en los mismos preceptos que nos ordena, atiende mas á nuestros intereses que á su propia gloria. Pues ¿qué idea debeis formar de su santa ley? Es una ley razonable, llena de consuelos, y capaz por sí sola de remediar nuestras penas, y de establecer una paz sólida en nuestro corazon : ¿qué otro interés sino el nuestro pudo mover al Señor á dar leyes á los hombres? ¿Necesita acaso de nuestros respetos? ¿Saca alguna utilidad de nuestras virtudes? ¿Se interesa su felicidad en nuestras fidelidades? ¿Le resulta alguna gloria de sujetar á los hombres con unas leyes ridículas, de modo que se le pudiera decir que no buscaba mas que el honor de hacerse obedecer, y dominar en las conciencias con los terrores y amenazas con que acompaña á sus preceptos? El Señor solamente ha buscado nuestro interés y consuelo intimándonos los admirables preceptos de su santa ley : el no dar ley á los hombres, y el dejarlos yivir á discrecion de las pasiones, seria mantener entre ellos las pasiones, que son el principio de las inquietudes y el origen de todas las desgracias ; seria hacer de la sociedad una confusion horrible, sin union, sin regla, sin equidad y sin dependencia, en la que solamente las pasiones que arman á los hombres unos contra otros serian las que los uniesen entre sí, y en la que solamente los deseos decidirian de nuestros derechos ; y así, poniendo límites á nuestras inclinaciones, los puso tambien á nuestras penas ; señalándonos nuestras obligaciones, nos ha manifestado nuestro remedio ; no dejándonos entregados á nosotros mismos, y en manos de nuestras pasiones, ha impedido el que seamos nuestros propios tiranos ; y sujetándonos á su ley, no ha intentado tiranizar nuestro corazon, sino fijar sus inquietudes.

23. Este es el artificio del demonio, dice san Agustin ; en el nacimiento de la fe procuraba arruinar la obra de Dios, y destruir el Evangelio, haciendo despreciable á Jesucristo. ¿Qué es lo que adorais, decia á los cristianos por boca de los sábios del paganismo? Á un judío, á un muerto, á un crucificado, á un hombre despreciable y que no pudo librarse á sí mismo de la muerte : *Antea quid dicebat, quem colitis? Judæum, mortuum, crucifixum, nullius momenti hominem, qui non potuit à se mortem depellere.* Luego que vió que era inútil este medio, continúa este santo Padre, que estas blasfemias no se oian sin horror, que los pueblos corrian en tropel á adorar á Jesucristo, y que no obstante el poder de los Césares, el furor de los tiranos, la sabiduría de los filósofos y la antigua pres-

cripcion de la idolatría mantenida con la majestad de las leyes del imperio, con la credulidad de todos los siglos, y con la magnificencia de las supersticiones, se destruian los templos, se derribaban los ídolos, y la locura de la cruz triunfaba del universo; al ver que un suceso tan extraordinario, tan favorable solamente á la causa de los cristianos, tan señalado por los caracteres de divinidad, tan superior á la posibilidad de las empresas humanas, y que tenia en su favor el cumplimiento de las profecías, no dejaba que decir contra la verdad del Evangelio, se valió de otro artificio: ya no se atrevió á tratar á la doctrina de Jesucristo de fábula ó impostura; convino en su santidad, y en lo sublime y perfecto de sus máximas: la ley cristiana, dijo por boca de los mismos mundanos, es una ley admirable, santa y divina; es preciso confesarlo, no hay cosa mas grande ni excelente que los preceptos de Jesucristo; pero ¿quién los practica, ni cómo es posible el observarlos? ¿Puede ponerse por obra en esta vida su grande perfeccion? ¿Puede llegar á ellos la humana flaqueza? Si en otro tiempo hubo algunos hombres que siguieron á la letra las reglas del Evangelio, sin duda que eran de otra masa que nosotros: *Cœpit à fide alio modo deterrere: Magna lex est christiana: potens lex illa, divina, ineffabilis, sed quis illam implet?* Las blasfemias de la impiedad se desvanecieron por sí mismas; las de la imposibilidad hallan el día de hoy partidarios y apologistas en medio de un mundo perverso, y que se precia del nombre de cristiano.

24. Por otra parte, la mayor injusticia de los juicios que suelen formarse contra la posibilidad de la vida cristiana es, que los que de este modo se quejan jamás han hecho la prueba de ella: en este punto abrazan un estilo que han hallado establecido en el mundo; y sin tener mas conocimiento de la piedad que el dictámen que los aparta de ella, afirman que las máximas de Jesucristo son imposibles de practicar, porque ellos quisieran que lo fuesen; pero bien pudiera yo deciros: Haced experiencia de la virtud antes de quejaros de ella; si hubiérais empezado á fabricar el edificio, segun la expresion del Evangelio, y no le hubiérais podido acabar, aunque el mal suceso de la empresa debiera atribuirse á vuestra imprudencia, segun dice Jesucristo, y á la falta de precaucion, con todo eso pudiérais decirnos que la obra excedia á vuestras fuerzas; pero si hasta ahora no habeis dado verdaderamente un paso para la salvacion, si vuestra vida ha sido hasta ahora sensual, distraida, llena de pasiones é inutilidades, ¿por qué

habeis de sentenciar acerca de lo que no conoceis? Sentenciad enhorabuena acerca de la vida del mundo, de la nada y amargura de sus placeres, de la inquietud y furor de sus reveses é injusticias, de sus inquietudes y del tormento de sus esperanzas, de la perfidia é inconstancia de sus amistades y promesas: en este punto podeis sentenciar con fundamento; en este punto sois jueces legítimos, particularmente los que vivís en las cortes: declamad, exagerad las dificultades, los trabajos, los disgustos de la vida mundana y de la corte; de esto podeis hablar, porque os hallais muy bien instruidos por vuestra propia experiencia para podérnoslo enseñar; pero á vosotros no os corresponde hablar de los rigores y trabajos de la vida cristiana; este es un asunto en que solamente puede decidir la experiencia: experimentadla primero, romped con el mundo, acabad con vuestras pasiones; empezad á vivir para la eternidad, y entonces nos diréis si el yugo de Jesucristo es tan pesado como os le figurais, y si el vicio es mas amable que la virtud, entonces os oirémos: poneos en estado de poder decidir, esto es lo que os pedimos; puede suceder que al instante os rindais á la dificultad, y entonces nos podeis reprender la obstinacion de nuestras promesas; pero tambien puede ser que os cueste menos de lo que pensais; y si esto fuese así, ¿no seréis dignos de lástima por negar á vuestra salvacion unos esfuerzos tan leves como los que se os piden?

25. Cuando los israelitas estaban para entrar en la tierra de Canaan se asustaron con la dificultad de la empresa, y no queriendo avanzar, decian que sus ciudades eran inconquistables, sus pueblos invencibles, y que aquella tierra estaba cubierta de mónstruos y gigantes que tragaban á sus habitantes: *Nequaquam ad hunc populum valemus ascendere, quia fortior nobis est: terra decorat habitatores suos*¹. Josué y Caleb, que acababan de visitar aquella tierra feliz, y que conocian sus delicias, su fertilidad y abundancia, les hablaron de este modo: Hijos de Israel, venid vosotros mismos á ver esta tierra deliciosa que os propone el Señor y que ha de ser vuestra eterna posesion: veréis que por todas partes mana leche y miel; os tragaréis á esos feroces pueblos, que tanto asustan vuestra flaqueza, como se traga el pan que sirve de sustento al hombre; allí hallaréis el término de vuestros trabajos, el descanso de vuestras fatigas, el consuelo de vuestras penas, la tranquili-

¹ Num. xiv, 7, 8.

dad que tantos años há buskais en vano, finalmente; los consuélos que nunca habeis gustado, ni en el cautiverio de Egipto ni en los caminos áridos y penosos del desierto; nosotros mismos la hemos recorrido, y venimos aquí al pié del tabernáculo santo y en presencia de todo Israel para ser testigos de la verdad y fiadores de las promesas que el Señor hizo á nuestros padres: *Terra quam circumvimus valde bona est, et tradet Dominus humum lacte, et melle manantem.*

26. Esto mismo podemos deciros nosotros, católicos, nosotros que por las obligaciones de nuestro santo estado y por el largo uso del yugo de Jesucristo debemos conocer cuáles son sus dulzuras y sus consuelos, y que al menos podemos dar testimonio á la verdad de Dios y á la gloria de su gracia: ¿por qué os habeis de acobardar con unas dificultades que aun no habeis experimentado? Venid vosotros mismos á ver lo que pasa en esta feliz tierra donde os figurais tan invencibles dificultades. Léjos de hallar en ella aquellos mónstruos que os espantan, y que se figura el error de vuestra imaginacion; léjos de hallar en ella aquellas molestias, aquellos disgustos, aquellos horrores que tanto temeis, y que os detienen, veréis que corren por ella con abundancia leche y miel; en ella hallaréis unos manantiales de sólidos consuelos, el sosiego que ha tanto tiempo que andais buscando, la paz del corazon que no dan el mundo ni las pasiones, y que aun no habeis hallado vosotros, todos los alivios de la gracia de que habeis estado privados hasta ahora; nosotros mismos hemos hecho la experiencia con felicidad, y nos ponemos aquí delante del altar santo y en presencia de la congregacion de los fieles para dar testimonio á las misericordias del Señor de lo que pasa á las almas que se convierten á él con una sincera penitencia: *Terra quam circumvimus valde bona est, et tradet Dominus humum lacte, et melle manantem.*

27. Sí, católicos, si conociérais el don de Dios, como dice hoy el Salvador á la Samaritana: *Si scires donum Dei*¹; si pudiérais comprender la alegría que derrama la gracia sobre las obligaciones, aun las mas rigurosas, de la vida cristiana, y cuáles son los interiores consuelos que acompañan á los mas penosos sacrificios que se hacen á Dios: *Si scires*; si se os pudiera dar á conocer anticipadamente el poco caso que hace una alma movida de Dios de los honores, de los placeres, de las pretensiones, de las esperan-

¹ JOAN. IV, 18.

zas y de todo este conjunto de humo y vanidad : *Si scires* ; si pudiérais comparar las inquietudes que os despedazan y las dificultades que os oponen á vuestras pasiones, con la tranquilidad de que gozaríais en la virtud , y con las facilidades que en ella proporciona la gracia á nuestra flaqueza ; en una palabra, si pudiérais comparar el agua de los pozos de Jacob, figura de los placeres del mundo, con el agua que promete el Salvador á la Samaritana, imagen de los consuelos de la virtud : *Si scires* ; si se abrieran vuestros ojos, y conociérais el don que Dios comunica á una alma cuando la libra de sus pasiones, y pone en el lugar que estas ocupaban en su corazon la paz, la caridad y la justicia : *Si scires donum Dei* ; ¡ah! en vez de dilatar vuestra conversion, no tendríais bastante corazon para pedir este don celestial, ni bastantes lágrimas para llorar los dias y los años que habeis estado privados de él. La raíz de nuestros temores está en nuestro corazon, y solo tememos la virtud porque no la conocemos.

28. Pero dirá alguno que no todos hablan como nosotros, y que esto que nosotros facilitamos tanto es muy difícil para otros. Última excusa que opone la Samaritana á las instancias de Jesucristo ; la variedad de opiniones y doctrinas : *Patres nostri in monte hoc adoraverunt ; Et vos dicitis quia Hierosolymis est locus ubi adorare oportet*. Esta es la última reflexion, seré breve.

29. Jesucristo Señor nuestro condujo insensiblemente á esta pecadora al punto esencial de su conversion, haciéndola presente aquella pasion vergonzosa que sola se oponia en su corazon á la gracia. La habia manifestado todo el pecaminoso secreto de su dissolution y modo de vida ; no podía disimular al Salvador unos desórdenes de que le veia tan sabedor ; empiezan á nacer en su alma la turbacion, la vergüenza y los remordimientos ; pero aun no estaba rendido el corazon : *Bien veo que sois profeta* ¹, le dice, y á esto parece que se reduce todo el fruto de la verdad que la condena ; semejante en esto á la mayor parte de aquellas almas mundanas que, al salir de un sermón en que un celoso ministro de Dios ha hecho patente toda la infamia de sus mas secretas flaquezas, y puesto á la vista la pintura de su corazon, como si ellas mismas le hubieran instruido de cuanto pasa en él, se contentan con decir que es un profeta : *Video quia propheta es tu* ; que se conocen á sí mismas en todo lo que dice, que parece que está viendo los cora-

¹ Joan. viii, 19.

zones y las mas secretas inclinaciones de los que le están oyendo ; y á esto se reduce todo el fruto. Le tributan unas alabanzas que él desprecia, y por las que llora en la presencia de Dios ; pero no se enmiendan , cuando esto seria su gloria, su corona y su consuelo.

30. *Nuestros padres*, continúa la pecadora, *adoraron en este monte, y vosotros decís que Jerusalem es el lugar en donde se debe adorar.* Nuevo artificio de que se vale esta mujer para apartarse de la conversacion de sus costumbres, que la molesta y desagrada ; introduce con destreza una cuestion de doctrina. Las disputas entre Jerusalem y Garizim, acerca de la verdad de su culto y de la santidad de su templo, no se habian acabado desde que el traidor y ambicioso Manasés levantó el sacrílego altar sobre el monte de Samaria ; y defendiendo cada uno la gloria de su casa y la majestad de sus sacrificios, se acusaban mutuamente, como regularmente sucede, de supersticion é idolatría. Ved, pues, lo que dió motivo á la respuesta de la Samaritana. Con esta variedad de opiniones y doctrinas parece que quiere justificar sus desórdenes y dar á entender que la incertidumbre que alegaba acerca del lugar y de las reglas del verdadero culto bastaba para autorizar su tranquilidad en el deplorable estado en que se hallaba, que es lo mismo que si respondiera á Jesucristo : Pero, Señor, ¿qué es lo que hemos de creer? Vosotros los judíos defendeis que es necesario adorar en Jerusalem, y no tratar con los samaritanos. Nuestros padres siempre adoraron en este monte, y nos permitieron lo que vosotros condenais. ¿Á quién hemos de seguir en esta variedad de sentencias? Conformaos primero en las obligaciones que nos impone el Señor, convenid acerca del templo y del altar que ha escogido, y despues de esto yo oiré vuestras instrucciones, y podré seguir la sabiduría de vuestros consejos y máximas.

31. Y de este mismo pretexto de la variedad de opiniones acerca las reglas de las costumbres se valen tambien algunos en el mundo para confundirse en orden á las mas terribles verdades de la Religion. No sabemos á quién creer, nos dicen. Unos nos condenan, otros nos salvan ; unos aprueban ciertos puntos, otros los reprueban ; en una parte se observa la ley con mitigaciones, en otra el mitigarla se tiene por transgresion ; unos alegan razones para prohibir, otros para permitir. En una palabra, segun una sentencia somos santos, y segun otra no hemos empezado á ser cristianos ; y de aquí infiere el pecador insensato ¡oh Dios mio! que puede vivir tranquilo en sus desórdenes ; que el Evangelio no incluye mas

que opiniones y problemas ; que cada uno le explica segun las preocupaciones de su entendimiento , y que en la realidad nada hay cierto de cuanto le decimos de vuestra santa ley . Pero no quiero detenerme aquí en confundir un pretexto tan injurioso á la verdad y á la piedad cristiana . Solamente quiero preguntaros : ¿ Consiste en la uniformidad de opiniones el que vosotros abandonéis vuestras pasiones infames ? ¿ Por qué nos habeis de alegar vosotros esta variedad de doctrinas en orden á las reglas de las costumbres ? Unas almas religiosas y timoratas pudieran oponernos estas perplejidades y estas incertidumbres ; como á estas almas las parece que nunca van por camino bastante seguro , que sus obligaciones son incompatibles con su estado , y que siempre es difícil la decision , pudiera suceder que en una parte del santuario hallasen una condescendencia que las asegurase , y en otra una severidad que las asustase , y que de este modo quedasen dudosas del partido que deben seguir . Pero vosotros ¿ habeis acaso hallado variedad de opiniones en orden al desórden de vuestras costumbres , y de la indignidad de vuestras pasiones ? ¿ Son opuestas nuestras resoluciones en orden á la infamia del estado en que os hallais ? En este asunto ¿ no oís en todas partes unos mismos oráculos , esto es , que los impíos , los adúlteros , los impúdicos y los adoradores de los ídolos no han de poseer el reino de Dios ? ¿ Acaso esta conformidad de opiniones no os atrae á la verdad , que no podeis disimularos á vosotros mismos ? Y no obstante esto , vosotros solo os quejais de que no sabeis lo que habeis de seguir ; porque los que mas desarregladamente viven en el mundo son los que usan de este estilo , siendo así que todas las opiniones se conforman en condenarlos .

33. Imitais en esto á la Samaritana . Á ella no la importaba saber si se debía adorar en Jerusalem ó en Garizim , pues habia llegado el tiempo , como la respondió Jesucristo , en que tendria su Padre adoradores en espíritu y verdad en toda la tierra . Esta diferencia de opiniones no la tocaba á ella , por decirlo así ; y aunque dudase en este punto , no se la imputaba á culpa el ignorarle . En lo que no podia dudar era en el desórden de su conducta y en sus pecaminosos tratos . En este punto , ni en Jerusalem ni en Garizim habia ley que la autorizase ; bien conocia acerca de esto sus obligaciones , y que debía cumplir con ellas ; pero en vez de empezar por la obligacion que era clara , y que la tocaba á ella sola , va á buscar pretextos en la variedad de opiniones que no la importan . Empezad arrancando de vuestras costumbres lo que conoceis en ellas

visiblemente contrario á la ley de Dios, y lo que condenan de comun acuerdo todas las sentencias y opiniones. Despues de esto, podréis quejaros de nuestras disputas, y nos podréis reprender como gustáreis la diferencia de sentencias y opiniones. ¿De qué os sirve el echarnos en cara que no sabeis, por decirlo así, en dónde se ha de adorar, ni lo que habeis de hacer para caminar con seguridad, y conocer lo que Dios os manda? Aun no estais en ese estado. Esa dnda es demasiado sublime y piadosa para vosotros. Dejad unas disputas que os son inútiles, y apartaos de unos desórdenes que no solo no tienen voto alguno que los favorezca, pero ni aun vosotros os los podeis justificar á vosotros mismos. En una palabra, adorad en espíritu y verdad, como dijo hoy Jesucristo á la Samaritana, y entonces os serán indiferentes todas las disputas humanas. En todas partes hallaréis á Dios, porque no buscaréis mas que á Dios. La variedad de sentencias solamente os servirá de motivo de llorar la triste suerte de la verdad, expuesta siempre en la tierra á la contradiccion, esto es, ó á la severidad indiscreta, ó á la excesiva condescendencia de los hombres. Gemiréis delante del Señor, le pediréis que manifieste su verdad á la tierra, que derrame el espíritu de paz y de sabiduría sobre aquellos á quienes está confiada la fe, la instruccion y la doctrina; que pacifique, que una y que proteja á su Iglesia; que la dé pastores fieles y celosos que la edifiquen, príncipes religiosos que la defiendan. ¿Qué mas? Que dilate la vida del glorioso monarca que destierra los escándalos, que sosiega las disensiones, que las precava con su prudencia, que repara las ruinas, que mantiene la gloria y majestad, y que tanto honor da á su Iglesia; que dé á nuestra posteridad reyes que le imiten, pues no podemos desear mayor felicidad á nuestros sucesores.

34. Estas son las disposiciones que os piden la razon y la Religion. No os precieis de sábios en órden al negocio de la salvacion: vosotros no sabeis lo que adorais, como decia Jesucristo á la Samaritana: *Vos adoratis quod nescitis*¹. Quereis conservar la verdad de la religion de vuestros padres, como los samaritanos, mezclando con ella costumbres profanas y favorables á las pasiones; bien conocéis que la conciencia no aprueba esta confusion, y que os repugna aun á vosotros mismos; pero para sosegaros quereis persuadiros de que nosotros estamos tambien discordes entre nosotros mismos; quereis formaros de nuestras disputas una necia razon de

¹ Joan. iv, 22.

paz y seguridad. Os alegráis de que se impugne y oscurezca la verdad, para poderos persuadir de que apenas existe en parte alguna; y os halláis contentos cuando podeis añadir á vuestras culpas la desgracia de vivir tranquilos en ellas.

33. Esta era la disposicion de la Samaritana; no pudiendo defenderse contra las instancias del Salvador, ni contra los remordimientos de su propia conciencia, confusa con sus pasados desórdenes, y movida de los consuelos que se la prometen en unas costumbres nuevas, quisiera todavía retardar su conversion para un tiempo mas favorable: *Cuando venga el Mesías*, respondió á Jesucristo, *nos manifestará todas las cosas* ¹. Á esto se redujo todo el fruto que sacó de las palabras de Jesucristo; un vano proyecto de mudar de vida mas adelante, una esperanza frívola de que llegaria tiempo en que se apartaria verdaderamente de sus desórdenes, y á esto viene á reducirse tambien regularmente todo el fruto de nuestros sermones: movemos las conciencias, pero no las mudamos; inspiramos deseos, pero no conseguimos obras; oímos formar muchos buenos proyectos, pero no vemos adelantar un paso: no permitió el Salvador que esta pecadora se engañase en un punto tan peligroso. Yo soy el mismo Mesías que estoy hablando contigo, la dice, no espereis otro profeta; mira en mí al mismo que os envia el cielo para sacaros de vuestros extraviados caminos; no dilates tu conversion para otro tiempo; si yo salgo de las fronteras de Samaria, si dejas perder este feliz instante, si me aparto de tu corazon, perecerás sin remedio: *Ego sum qui loquor tecum* ². Y esto mismo es lo que os está diciendo en vuestro corazon á cada uno de vosotros, amados oyentes míos: ved aquí ya el don de Dios, la hora de vuestra eterna salud y el momento de mi misericordia; no espereis otro, ya ha mucho tiempo que os estais valiendo de dilaciones, que os estais engañando á vosotros mismos con tardanzas y proyectos inútiles de conversion; segun se van aumentando vuestros años, se van desvaneciendo y apartando vuestros deseos de mudar de vida. En otro tiempo os persuadíais de que la edad os contendria, y aunque la edad lo ha mudado todo en vosotros, no ha mudado vuestro corazon; os lisonjeábais de que hallándoos en un estado mas tranquilo, tendríais mas tiempo para pensar en vuestra salvacion; llegó ese tiempo, y aun no os ha venido la voluntad de servirme: os decís á vosotros mismos que despues de haber roto ciertos lazos y acaba-

¹ Joan. iv, 23. — ² V. 16.

do con ciertos empeños pondréis en orden las cosas de vuestra conciencia; ya se rompieron esos lazos, ya se acabaron esos empeños, y vuestras pasiones aun son las mismas. ¡Ah! ¿hasta cuándo habeis de servir de juguete á vuestras vanas esperanzas? No despreciéis mi gracia, que hoy os mueve y os llama: ¿por ventura no es bastante favor que yo venga á buscaros hasta un país infiel? que venga á inspiraros deseos de conversion hasta en los palacios de los reyes, que son el centro de los placeres y de las pasiones humanas? Si conocieras el don de Dios, si consideraras que al mismo tiempo que está cubierto de profundas tinieblas todo cuanto te rodea, y que mi nombre apenas es conocido de aquellos con quienes vives, tú sola eres buscada, iluminada y movida, en vez de dilatar tu conversion, mirarías este feliz momento como el decisivo para tu eternidad, esto es, ó como el conjunto de mis misericordias eternas para con tu alma, ó como el fatal término de mi bondad y de mi paciencia.

36. ¡Gran Dios! disipad como polvo los vanos obstáculos que todavía opongo á vuestra gracia; sostened mis débiles fuerzas y mis resoluciones, que tantas veces han sido infieles; no permitáis que mi flaqueza triunfe mas de vuestro poder; no peleéis ya conmigo sino para vencerme, y volved á tomar un corazon que, aunque yo solo he bastado para quitárosle, no basto yo para volvérosle, para que siendo yo conquista de vuestra gracia pueda bendecir á mi libertador por todos los siglos. Amen.

SERMON

SOBRE LA LIMOSNA.

Accipit Jesus panes, et cum gratias egisset, distribuit discumbentibus. (Joan. vi, 11).

Tomó Jesús los panes, y habiendo dado gracias, los distribuyó á los discípulos, y estos á los que estaban sentados.

1. No sin misterio junta hoy Jesucristo á los discípulos para el prodigio de la multiplicación de los panes, sirviéndose de su ministerio para distribuir el sustento milagroso á un pueblo acosado del hambre y de la miseria. ¿No podía hacer que lloviese maná en el desierto, y excusar á sus discípulos el cuidado de una tan molesta distribucion? ¿No pudo tambien, cuando resucitó á Lázaro, no valerse de su auxilio para desatarle? Su voz omnipotente, que acaba de romper las cadenas de la muerte, ¿podria hallar resistencia en los débiles lazos que habia formado la mano del hombre? No por cierto, sino que con esta accion quiso significarles anticipadamente el sagrado ejercicio de su ministerio, la parte que en adelante habian de tener en la resurreccion espiritual de los pecadores, y que todo cuanto desatasen en la tierra seria desatado en el cielo. Tambien podia, cuando se trataba de pagar el tributo al César, pasarse sin las redes de Pedro para buscar una moneda de plata en las entrañas de un pez; pues el que de las piedras podia suscitar hijos de Abrahan, mucho mejor podria convertirlas en un metal precioso, y pagar con él el debido tributo; pero en la persona de la cabeza de la Iglesia quiso enseñar á todos sus ministros á que respetasen á los que tienen la espada, y á que respetando y pagando el tributo á las potestades establecidas por Dios, diesen ejemplo de sumision á los demás fieles.

2. Del mismo modo, valiéndose hoy de la mediacion de los Apóstoles para distribuir á las turbas el pan milagroso, intenta acostumar á todos sus discípulos á la misericordia y á la liberalidad para con los necesitados; os declara ministros de su Providencia, y no multiplica los bienes de la tierra en vuestras manos sino para que desde ellas se repartan entre la multitud de infelices que os rodean.

Sin duda que el Señor podia alimentar por sí mismo á las turbas como sustentó en otro tiempo á los Pablos y á los Elías en el desierto; bien podia sin valerse de vosotros socorrer á unas criaturas hechas á su imágen, pues su invisible mano dispone el alimento á los polluelos de los cuervos que le invocan en su desamparo; pero os quiere asociar al mérito de su liberalidad; quiere ponerlos entre sí y los pobres, como nubes fecundas dispuestas siempre á derramar sobre ellos los benéficos rocíos que para ellos solamente habeis recibido. Este es el orden de la Providencia: era preciso que proporcionase á todos los hombres medios para su eterna salud; las riquezas corromperian el corazon, si la caridad no expiara sus abusos; la miseria cansaria á la virtud, si los socorros de la misericordia no suavizaran su amargura; los pobres facilitan á los ricos el perdón de sus placeres, y los ricos animan á los pobres á que no pierdan el mérito de sus trabajos.

3. Atended, pues, todos á la relacion del Evangelio: si os hallais oprimidos con el yugo de la miseria, os consolará el amor y el cuidado de Jesucristo en las necesidades de un pueblo errante y falto de provisiones; si habeis nacido ricos, os instruirá el ejemplo de los discípulos: veréis en primer lugar confundidos los pretextos que suelen oponerse á la obligacion de dar limosna, y en segundo, cuáles son las reglas de esta obligacion; esto es, en la primera parte de este discurso probaré esta obligacion contra las vanas excusas de la concupiscencia; en la segunda os instruiré acerca del modo con que debeis cumplirla contra los mismos defectos de la caridad: este es el asunto mas natural que nos ofrece la historia de nuestro Evangelio. Imploramos la asistencia del Espíritu Santo por la intercesion de María; *Ave María*.

Primera parte.

4. Nadie duda en el mundo que la ley de Dios nos obliga á dar limosna: el Evangelio está tan claro acerca de esta obligacion; el espíritu de la Religion nos guía á ella tan naturalmente; la idea que tenemos de la Providencia en la distribucion de las cosas temporales deja en este punto tan poco lugar á la opinion ó á la duda, que aunque muchos ignoran toda la extension de esta obligacion, con todo eso no hay quien no confiese la verdad de este precepto. Porque ¿quién puede ignorar que el Señor, cuya providencia ha arreglado todas las cosas con un orden tan admirable, * provisto de

alimentos hasta á los animales, habia de querer dejar á los hombres, que crió á su imágen y semejanza, entregados al hambre y á la miseria, al mismo tiempo que derrama á manos llenas sobre un corto número de felices el rocío del cielo y la abundancia de la tierra, si no hubiera querido que la abundancia de los unos supliese á la necesidad de los otros? ¿Quién puede ignorar que todos los bienes en su origen pertenecían á todos los hombres en comun? que la simple naturaleza no conocia ni propiedad, ni division, y que desde luego dejaba á cada uno de nosotros en posesion de todo el universo? Pero, para poner límites á la avaricia y evitar las disensiones y guerras, estableció el comun consentimiento de los pueblos que los mas prudentes, los mas misericordiosos y los mas íntegros fuesen tambien los mas ricos; que además de aquella porcion de bienes que les destinaba la naturaleza se cargasen tambien con los de los mas débiles, para ser sus depositarios, y defenderlos contra las usurpaciones y violencias; de modo que fueron establecidos por la misma naturaleza como tutores de los infelices, y su abundancia no es mas que el patrimonio de sus hermanos confiados á su cuidado y equidad.

5. ¿Quién ignora, finalmente, que los lazos de la Religión han apretado mas estos primeros nudos que formó la naturaleza entre los hombres? que la gracia de Jesucristo, que produjo los primeros fieles, no solamente hizo de ellos un corazon y una alma, sino tambien una sola familia, de la que estaba desterrado todo género de propiedad; y que mandándonos el Evangelio amar á nuestros prójimos como á nosotros mismos, ya no nos permite ni ignorar sus necesidades ni ser insensibles á sus penas? Pero en la obligacion de la limosna sucede lo que en todas las obligaciones de la ley; generalmente hablando nadie se atreve á negar la idea de esta obligacion, pero cuando llega la circunstancia de cumplir nunca faltan pretextos, ó para excusarse del todo, ó para no cumplirla como se debe. Parece, pues, que el Espíritu Santo quiso descubrirnos todos estos pretextos en las respuestas que dieron los discípulos á Jesucristo para excusarse de socorrer á aquella multitud hambrienta que le habia seguido en el desierto.

6. Primeramente, le representan que apenas tienen ellos con que socorrer sus propias necesidades, y que no se hallaban mas que con cinco panes de cebada y dos peces: *Est puer unus hic, qui habet quinque panes hordeaceos et duos pisces* ¹. Y este es el primer pre-

¹ JOH. VI, 9.

texto que opone el amor propio á la obligación de la misericordia; apenas tenemos lo necesario, tenemos precision de mantener en el mundo el nombre de nuestra familia y nuestra dignidad, que colocar los hijos, que satisfacer á los acreedores, que desempeñar los mayorazgos, que contribuir á las cargas públicas, y que hacer infinitos gastos que ha introducido la costumbre; pues una renta que no es infinita ¿cómo puede alcanzar para tantos gastos? *Sed hæc quid sunt inter tantos* ¹? De este modo hablan todos los dias en el mundo aun los mas poderosos. Bien sé, católicos, que no son unos mismos en todos los estados los límites de lo necesario; que los gastos se aumentan á proporcion de la clase y del nacimiento; que una estrella, como dice el Apóstol, debe diferenciarse en claridad de otra estrella; que aun en los siglos apostólicos habia en la congregacion de los fieles algunos hombres revestidos con un hábito distinguido, que llevaban en el dedo un anillo de oro, cuando al mismo tiempo otros de inferior condicion se contentaban con tener con que cubrir su desnudez; que la Religion no confunde los estados, y que aunque prohíbe á los que habitan en los palacios de los reyes el excesivo regalo y el fausto indecente de los vestidos, no por eso les manda la pobreza y simplicidad de los que habitan en los campos, y del mas ínfimo pueblo; bien lo sé.

7. Pero, católicos, es una verdad indubitable que no sois dueños de lo que os sobra de vuestros bienes, que esto es el patrimonio de los pobres, y que no debeis contar por propio en vuestros bienes sino lo necesario para mantener el estado en que os colocó la Providencia: ahora os pregunto, ¿quién debe arreglar estas necesidades, la codicia, ó el antojo? ¿Os atreveríais á querer que todas las vanidades que la costumbre ha hecho ley se os contasen en la presencia de Dios como gastos inseparables de vuestro estado? que todo cuanto os lisonjea, cuanto os acomoda, cuanto sirve de fomento á vuestra vanidad, y de satisfaccion á vuestros antojos, y cuanto corrompe vuestro corazon os haya de ser por eso necesario? ¿Os atreveríais á querer que todo lo que sacrificais á la fortuna de un hijo para elevarle sobre sus antepasados, que todo lo que arriesgais en un juego excesivo, que ese fausto que, ó no conviene á vuestro nacimiento, ó es un puro abuso, sean unos derechos sobre vuestros bienes mejor fundados que los de la caridad? ¿Habíais de querer, finalmente, que porque un padre de oscuro nacimiento, y que se

¹ Joan. vi, 9.

escapa, por decirlo así, de entre la multitud, os ha dejado heredero de sus riquezas, y acaso tambien de sus injusticias, os haya de ser permitido el olvidaros de vuestro pueblo y de la casa de vuestro padre, frisar con los de mas alto nacimiento, y mantener el mismo tren que ellos, porque teneis con que poder sufrir los mismos gastos?

8. Si esto es así, católicos, si solamente contais por supérfluo lo que queda de vuestros placeres, de vuestras profusiones y de vuestros antojos, no teneis mas que hacer que ser sensuales, antojadizos, disolutos y pródigos para estar dispensados de la obligacion de la limosna. Cuantas mas pasiones tengais que satisfacer, mas se minorará la obligacion de ser caritativos; y los mismos excesos que el Señor os manda expiar con la misericordia, os servirán de privilegio para eximiros de ella: es preciso, pues, que en esto haya alguna regla y algunos límites distintos de los del antojo; vedla aquí, y es la regla de la fe. Todo aquello que se ordena á alimentar la vida de los sentidos, á lisonjear las pasiones y á autorizar las pompas y los abusos del mundo, todo eso es supérfluo para un cristiano, y esto es lo que debe separarse y aborrase; ved aquí el caudal y la herencia de los pobres; vosotros solamente sois depositarios, y no podeis llegar á ello sin ser usurpadores é injustos; el Evangelio, católicos, reduce á poco todo lo necesario para un cristiano, por mas distinguido que sea en el mundo; la Religion excusa muchos gastos, y si viviéramos segun las reglas de la fe, serian muchas menos nuestras necesidades, pues no las multiplicarian las pasiones; hallaríamos que nos eran inútiles la mayor parte de nuestros bienes, y como sucedia en la primera edad de la fe, no veria la Iglesia necesitado alguno entre los fieles: todos los dias se aumentan nuestros gastos, porque todos los dias se multiplican nuestras pasiones; la opulencia de nuestros padres es para nosotros un estado pobre é infeliz, y nunca nos alcanzan las mayores riquezas, porque nada basta á quien de nada se priva.

9. Y para explicar esta verdad con toda la claridad que pide el asunto os pregunto, en segundo lugar, católicos, la elevacion y abundancia en que nacisteis ¿os dispensan de la sencillez, de la frugalidad, de la modestia, de la mortificacion evangélica? Por haber nacido grandes no dejais de ser cristianos. En vano habeis juntado mas maná que vuestros hermanos, como los israelitas en el desierto, pues no podeis guardar mas que lo que necesitais para vuestro uso, que es la medida señalada por la ley: *Qui multum,*

*non abundavit*¹; y si esto no fuera así, Jesucristo solamente hubiera prohibido el fausto, las pompas y los placeres á los pobres é infelices, en quienes la desgracia de su condicion haria esta prohibicion inútil. Y así, supuesta esta verdad fundamental, si segun la regla de la fe no es permitido usar de vuestras riquezas para la felicidad de los sentidos; si el rico está obligado á llevar su cruz, á no buscar su consuelo en este mundo, y á negarse continuamente á sí mismo como el pobre, ¿cuál puede haber sido el fin de la Providencia en derramar sobre vosotros los bienes de la tierra, y qué utilidad podeis sacar de ellos para vosotros mismos? ¿Acaso el fomentar con ellos vuestras desordenadas pasiones? No, porque ya no sois deudores á la carne para vivir segun la carne. ¿Será para que mantengais la vanidad de vuestra clase y nacimiento? No, porque todo lo que dais á la vanidad lo quitais á la caridad. ¿Será para que atesoreis para vuestros descendientes? No, porque vuestro tesoro solamente debe estar en el cielo. ¿Será para que paseis la vida con mas regalo? No, porque si no llorais, si no padecéis, si no peleais, estais perdidos. ¿Será para que tengais mas apego á la tierra? No, porque el cristiano no es de este mundo, sino ciudadano del siglo venidero. ¿Será para que aumenteis vuestras posesiones y patrimonio? No, porque no haríais mas que ensanchar el lugar de vuestro destierro, y seria inútil el que adquiriéscis todo el mundo, si perdíais vuestra alma. ¿Será para que cubrais vuestras mesas con exquisitos manjares? No, porque bien sabeis que el Evangelio no prohibe menos la vida sensual y regalada al rico que al pobre: examinad todas las utilidades que podeis sacar, segun el mundo, de vuestra prosperidad, y veréis que acaso todas os están prohibidas por la ley de Dios.

10. Luego á ninguno de estos fines ha atendido Dios en proporcionaros las riquezas, y en haberos hecho nacer en la abundancia; luego no habeis nacido grandes para vosotros. El Señor, como decia en otro tiempo Mardoqueo á la piadosa Ester, no os ha elevado á ese punto de grandeza en que os hallais para vosotros, sino para su afligido pueblo, y para que seais protectores de los infelices. *Et quis novit utrum idcirco ad regnum veneris, ut in tali tempore parareris*²? Si no correspondest á los designios de Dios, continuaba el prudente hebreo, se valdrá de otra persona que le sea mas fiel; pondrá sobre su cabeza la corona que te estaba destinada; sa-

¹ II Cor. VIII, 15. — ² Esther, IV, 14.

brá remediar por otro camino la afliccion de su pueblo, porque nunca permite que perezcan los suyos; pero perecerás tú y la casa de tu padre: *Per aliam occasionem liberabuntur Judæi, et tu, et domus patris tui peribitis* ¹. Vosotros no sois en los designios de Dios mas que ministros de su providencia para con las criaturas miserables; vuestras riquezas no son mas que sagrados depósitos que ha puesto su bondad en vuestras manos, para que así estén mas seguros de la usurpacion y de la violencia, y guardados para la necesidad de la viuda y del huérfano; vuestra abundancia, en el orden de la sabiduría, solo está destinada á socorrer sus necesidades; vuestra autoridad á protegerlos, vuestras dignidades á vengar sus intereses; vuestra clase á consolarlos con vuestros buenos oficios; cuanto sois lo sois para ellos; no seria vuestra grandeza obra de Dios, y serian maldicion suya las riquezas que gozais, si os las hubiera dado para otro uso. Y así no nos alegueis, para excusar vuestra dureza con vuestros prójimos, unas necesidades que condena la ley de Dios; justificad sí su providencia con las criaturas que padecen. Dadlas á conocer, obedeciendo sus órdenes, que hay un Dios para ellas como para vosotros; hacedlas que alaben los adorables consejos de su sabiduría en la distribucion de las cosas de la tierra, pues en vuestra abundancia las ha proporcionado tantos consuelos.

11. Pero, por otra parte, católicos, ¿en qué se pueden aumentar esas necesidades que tanto nos ponderais, por conceder las moderadas limosnas que se os piden? El Señor no os pide una parte de vuestra hacienda y de vuestras heredades, aunque todo es suyo, y tiene derecho para despojaros de ello; os deja tranquilos poseedores de esas tierras, de esos palacios que os distinguen en vuestro pueblo, y con los que en otro tiempo la piedad de vuestros mayores enriquecia vuestros templos. No os manda, como á aquel joven del Evangelio, que lo renunciéis todo, que distribuyais todo vuestro patrimonio entre los pobres y que le sigais; no os impone una ley, como antiguamente á los primeros fieles, para que pongais vuestros bienes á los piés de vuestros pastores; no os maldice, como á Ananías y Safira, solamente por haberse atrevido á retener una parte de los bienes que habían recibido de sus padres, siendo así que vosotros acaso debeis el aumento de vuestra fortuna á las públicas desgracias y á unas ganancias ilícitas ó sospechosas: consiente en que llameis á vuestras tierras con vuestros propios nombres, como

¹ Esther, iv, 11.

dice el Profeta, y que dejéis á vuestros hijos las posesiones que habeis recibido de vuestros mayores; solamente quiere que separeis una corta porcion para aquellos infelices á quienes ha dejado en la miseria; quiere que al mismo tiempo que gastais en la indecencia y en el fausto de los adornos lo que pudiera bastar para sustentar un pueblo entero de desgraciados, tengais con que cubrir la desnudez de sus siervos que no tienen dónde reclinar su cabeza; quiere que de esas abundantes mesas, en las que apenas alcanzan vuestros bienes para satisfacer vuestra sensualidad y para las profusiones de una excesiva delicadeza, dejéis caer algunas migas con que se remedien los Lázaros oprimidos del hambre y de la miseria; quiere que al mismo tiempo que las paredes de vuestros palacios están adornadas con unas pinturas de excesivo precio, alcancen vuestras rentas para honrar á las imágenes vivas de vuestro Dios; quiere, finalmente, que cuando nada escaseais para satisfacer el furor del juego, y cuando todo va á parar á este abismo, no vengais á contaros vuestros gastos, á medir vuestras fuerzas, á legarnos la escasez de vuestra fortuna y la confusion de vuestros negocios, cuando se trate de consolar la afliccion de un cristiano; así lo quiere el Señor, y justamente: ¿es posible que habeis de ser ricos para el mal y pobres para el bien? ¿Han de alcanzar vuestras rentas para perderos, y no han de alcanzar para salvaros y para comprar el cielo? Y porque os excedais en amaros á vosotros mismos, ¿os ha de ser lícito el ser crueles con vuestros prójimos?

12. Pero ¿en qué consiste, católicos, que solamente en este asunto minorais vosotros mismos la fama de vuestras riquezas? En los demás puntos siempre quereis ser tenidos por poderosos, os preciais de tales, y aun ocultais algunas veces con exterioridades brillantes lo arruinado de vuestra fortuna para mantener la vana reputacion de vuestra opulencia, y solamente os abandona esta vanidad cuando os acordamos la obligacion de la misericordia; entonces, no contentos con confesar lo corto de vuestra fortuna, lo exagerais, y la dureza vence en vuestro corazon, no solo á la verdad, sino tambien á la vanidad. ¡Ah! en otro tiempo reprendia el Señor á un obispo en el Apocalipsi de este modo: *Dices: soy rico, estoy lleno de bienes, y no sabes que estás pobre, desnudo y miserable á mi vista* ¹. Pero hoy mudaria de estilo en la reprension para con vosotros, y os diria: os quejais de que sois pobres y de que estais faltos de todo, y

¹ Apoc. III, 17.

no quereis ver que sois ricos, que estais llenos de bienes y que al mismo tiempo que todos los que os rodean padecen, vosotros solos de nada careceis á mi vista.

13. Y este es el segundo pretexto que suele oponerse á la obligacion de la limosna: la general miseria; por eso los discípulos responden en segundo lugar al Salvador, para excusarse de socorrer á aquella multitud hambrienta, que el lugar era desierto y estéril, que se habia pasado la hora, y que era preciso despedir al pueblo para que en las aldeas y casas vecinas comprasen su alimento: *Desertus est locus hic, et jam hora præterit*¹. Nuevo pretexto de que se valen para excusarse de la misericordia: la desgracia de los tiempos y la esterilidad y miseria de los años.

14. Pero, primeramente, ¿no hubiera podido responder Jesucristo á sus discípulos, como dice san Juan Crisóstomo, por lo mismo que el lugar es desierto y estéril, y que ese pueblo no puede hallar en él con que socorrer su hambre; por lo mismo no se le ha de enviar en ayunas, porque puede desfallecer? Esto mismo pudiera yo responderos, católicos; son malos los tiempos, son estériles los años, por lo mismo debéis tener mas cuidado y compadeceros mas de las necesidades de vuestros prójimos. Si para vosotros es desierto y estéril el lugar, ¿qué será para tantos infelices? Si vosotros os quejais de la miseria de los tiempos, ¿qué no padecerán los que no tienen los arbitrios que vosotros? Si las plagas de Egipto llegaban hasta los palacios de los grandes y del mismo Faraon, ¿cuál seria el desconsuelo en la choza del pobre y del labrador? Si los príncipes de Israel, en la aflicción de Samaria, no hallaban remedio en sus eras y lagares, segun la expresion del Profeta, ¿á qué extremidades se hallará reducido el pueblo inferior? ¿puede ser que aunque no se sustente, como aquella madre infeliz, con la sangre de su hijo, se vea precisado á comprar el remedio de su necesidad á costa de su inocencia y de su alma...!

15. Pero, por otra parte, los azotes que nos afligen, y de que tanto os quejais, son castigo de vuestra dureza para con los pobres: Dios venga en vuestros bienes el mal uso que de ellos haceis; los gritos y los gemidos de los infelices á quienes abandonais atraen la indignacion del cielo sobre vuestras tierras y sobre vuestros campos; en medio de estas calamidades públicas es cuando debéis daros prisa á aplacar la indignacion divina con la abundancia de vuestras libe-

¹ Marc. vi, 35.

ralidades; entonces mas que nunca debeis interesar á los pobres en vuestras desgracias. ¡Ah! procurais dirigir al cielo vuestras súplicas, invocar con rogativas generales á los Santos protectores de esta monarquía, para alcanzar estaciones mas felices, que cesen las calamidades públicas, y que vuelva la serenidad y la abundancia; pero no deben solamente reducirse á esto vuestros votos y súplicas, no hallaréis á los Santos propicios en vuestras aflicciones, mientras no lo seais vosotros con vuestros prójimos; en la tierra teneis á los dueños de los vientos y de las estaciones; buscad á los pobres, ellos, por decirlo así, tienen las llaves de los cielos; sus súplicas arreglan los tiempos y las estaciones, nos traen los días funestos ó serenos, suspenden ó granjean los favores del cielo, porque solamente para su alivio viene á la tierra la abundancia, y el cielo os favorece ó os castiga solamente por respeto á ellos.

16. Pero para acabar de convenceros, vosotros, católicos, que con tanta eficacia nos alegais las miserias de los tiempos, ¿minorais algo de vuestros placeres por esas desgracias? ¿Qué es lo que padecen vuestras pasiones en las públicas calamidades? Si la miseria de los tiempos os obliga á minorar vuestros gastos, cercenad primeramente en ellos lo que condena la Religión en el uso de vuestros bienes, reformad vuestras mesas, vuestras galas, vuestros juegos, vuestros trenes y vuestros edificios sobre el pié del Evangelio, y sea lo último la reforma de las limosnas; ahorrad los gastos que sirven á las culpas antes que los que sirven á la obligacion; el fin de Dios, cuando hiere á las provincias y á los reinos con la esterilidad, es quitar á los grandes y poderosos las ocasiones de los excesos y de la disolucion: entrad, pues, en el orden de su justicia y de su sabiduría; miraos como públicos pecadores á quienes el Señor castiga con públicas calamidades; decidle como David, cuando vió que Dios descargaba la mano sobre su pueblo: Sobre mí solo, Señor, que soy el único culpado que ha traído vuestra indignacion sobre este reino, abusando de mí prosperidad, y entregándome á las infames pasiones; sobre mí solo debe caer el furor de vuestro brazo: *Vertatur, obsecro, manus tua contra me* ¹. Pero este pueblo pobre y afligido, estos infelices, que en su miseria comen el pan con el sudor de su rostro, ¿qué han hecho, Señor, para que estén expuestos al furor de vuestra venganza? *Ego sum qui peccavi, ego inique egi: isti, qui oves sunt, quid fecerunt* ²?

¹ II Reg. XXIV, 17. — ² Ibid.

17. Ved aquí, católicos, vuestro modelo. Haciendo que cesen vuestros desórdenes, cesará la causa de vuestras desgracias. Ofreced á Dios en las personas de los pobres la reforma de vuestros placeres y de vuestras profusiones, como el único sacrificio de justicia, capaz de desarmar su indignacion; y pues estas calamidades vienen á la tierra solamente para castigar los abusos que habeis hecho de la abundancia, caiga tambien solamente sobre vosotros la pena y la amargura, reformando esos abusos, pero ¡que no se conozcan las públicas calamidades, ni en el fausto de los equipajes, ni en la sensualidad de los banquetes, ni en la magnificencia de los edificios, ni en el furor del juego, ni en el ansia por los placeres, sino solamente en vuestra inhumanidad con los pobres! ¡Que, en lo exterior, los espectáculos, las concurrencias profanas, los públicos regocijos, que todo esto siga del mismo modo, y que solamente se haya de resfriar la caridad! ¡Que el lujo se vaya aumentando cada día, y que solamente la misericordia se disminuya! ¡Que el mundo y el demonio nada pierdan en las desgracias de los tiempos, y que solamente haya de padecer Jesucristo en sus miembros afligidos! ¡Que el rico, defendido con su opulencia, no haya de ver sino de lejos los efectos de la indignacion del cielo, al mismo tiempo que el pobre y el inocente la sirven de triste víctima! ¡Gran Dios! ¿es posible que solamente habeis de querer castigar á los infelices, derramando calamidades sobre la tierra? ¿Habia de ser vuestro único designio acabar de oprimir á estos miserables, sobre quienes ha descargado ya con tanta fuerza vuestra mano, haciéndoles nacer en la necesidad y en la miseria? ¿Habian de ser perdonados del Ángel exterminador los poderosos de Egipto, y caer todo vuestro furor sobre el afligido israelita, sobre su casa pobre y desamparada, y aun señalada al mismo tiempo con la sangre del Cordero? Sí, católicos, las calamidades públicas solamente están destinadas á castigar á los ricos y poderosos, y solamente los ricos y poderosos son los que nada padecen en ellas; al contrario, multiplicándose los pobres por razon de estas calamidades, se valen de este pretexto para excusarse de la obligacion de la limosna.

18. Última excusa de los discípulos, fundada en el gran número de personas que seguian al Salvador en el desierto. Es tan numeroso este pueblo, dicen, que aun quando empleáramos en pan doscientas monedas no alcanzaria: último pretexto que se suele oponer á la obligacion de la limosna, la multitud de pobres. Sí, católicos, lo que debiera avivar la caridad sirve para apagarla, la multitud de

desgraciados os endurece en órden á su miseria; cuanto mas se aumenta la obligacion, os teneis por mas excusados de ella, y os haceis crueles solamente porque se os ofrecen mas ocasiones de ser caritativos.

19. Pero, en primer lugar, os pregunto: ¿de qué proviene esa multitud de pobres de que os quejais? Bien sé que la desgracia de los tiempos puede aumentar su número, pero en todos los siglos ha habido guerras, enfermedades populares y años estériles: las calamidades que experimentamos no son nuevas, nuestros padres las vieron semejantes, y aun mayores; vieron guerras civiles, al padre armado contra el hijo, al hermano contra el hermano, los campos asolados por sus mismos habitantes, el reino hecho presa de naciones enemigas, y nadie estaba seguro en su propia casa: nosotros no vemos estas desgracias, pero ¿vieron ellos acaso lo que estamos viendo nosotros? ¿Tantas miserias públicas y ocultas? tantas familias arruinadas? tantos ciudadanos, en otro tiempo distinguidos, y que hoy se hallan abatidos y confundidos con la gente mas ínfima del pueblo? casi inutilizadas las artes, la imagen del hambre y de la muerte derramada por todas las ciudades y campos? ¿Qué mas diré? ¿Tantos ocultos desórdenes que se están manifestando todos los dias, que salen de sus tinieblas, y en los que precipita la desesperacion y la dura necesidad? ¿De qué proviene esto, católicos? ¿No proviene del excesivo lujo que hoy reina, que todo lo traga, y que no fue conocido de vuestros padres? ¿No proviene de vuestros gastos, que no conocen límites, y que necesariamente traen consigo la extincion de la caridad?

20. ¡Ah! la Iglesia en sus principios ¿no se vió perseguida, desolada y afligida? ¿Pueden llegar á aquellas desgracias las de nuestro siglo? Entonces se padecia la pérdida de los bienes, el destierro, la prision; las mas penosas cargas del Estado recaian sobre los que se sospechaba ser cristianos. En una palabra, jamás se vieron tantas calamidades como entonces, y con todo eso entre ellos no habia pobres: *Nec quisquam egenus erat inter illos* ¹. ¡Ah! esto consistia en que del mismo fondo de su pobreza nacia las riquezas de la moderacion, segun la expresion del Apóstol; en que daban segun sus fuerzas, y aun mas; en que desde las mas remotas provincias corrian rios de caridad por medio del cuidado de los hombres apostólicos, que iban á consolar á los hermanos congregados

en Jerusalem, y que estaban mas expuestos que los demás á los furrores de la Sinagoga. Consistia tambien, además de esto, en que los mas poderosos de entre los primeros fieles estaban adornados de modestia, y nuestras grandes riquezas apenas alcanzan para mantener el monstruoso fausto de que ha hecho ley la costumbre; en que sus festines eran banquetes de sobriedad y caridad, y ni aun la santa abstinencia que nosotros celebramos puede moderar nuestras profusiones y el exceso de los banquetes y comidas; en que no teniendo acá en la tierra ciudad permanente, no se aniquilaban por hacer en ella suntuosos edificios, en ilustrar su familia, en ensalzar á su posteridad, y en ennoblecer su oscuridad y su bajo nacimiento; solo pensaban en asegurarse una mejor suerte en la celestial patria, y hoy nadie está contento con su estado; cada uno quiere subir mas alto que sus antepasados, y solamente se emplean los patrimonios en comprar títulos y dignidades que hagan olvidar el nombre y la oscuridad del origen; en una palabra, en que la moderacion de aquellos primeros fieles, como habla el Apóstol, hacia toda la riqueza de sus afligidos hermanos; y hoy nuestras profusiones son la causa de toda su miseria y necesidad. Y así, católicos, nuestros excesos y nuestra dureza son los que multiplican el número de los infelices: no alegueis, pues, esto por excusa de no dar limosnas, porque esto seria excusaros con vuestro mismo pecado; os quejais de que los pobres os molestan, pero esto es justamente de lo que ellos podrian quejarse: no les echeis la culpa de vuestra insensibilidad, ni les arguyais de lo que ellos os han de argüir algun dia en el tribunal de Jesucristo.

21. Si cada uno de vosotros, siguiendo el consejo del Apóstol, pusiera aparte cierta porcion de sus bienes para socorrer á los pobres; si en la cuenta de vuestras rentas y gastos fuera siempre este artículo el mas sagrado é inviolable, ¡ah! pronto veríamos disminuirse el número de los afligidos; pronto veríamos renacer en la Iglesia la paz, la alegría y la feliz igualdad de los primeros cristianos; no veríamos en ella con dolor esta monstruosa desproporcion que eleva á unos, y los coloca sobre lo mas alto de la prosperidad y de la opulencia, cuando al mismo tiempo otros andan arrastrados en la tierra, y gimen en el abismo de la necesidad y de la afliccion; solamente serian infelices entre nosotros los impíos: no habria mas secretas miserias, sine las que obra el pecado en las almas; mas lágrimas que las de la penitencia; mas suspiros que por el cielo; mas pobres que aquellos felices discípulos del Evan-

gelio, que lo renuncian todo por seguir á su Maestro. Nuestras ciudades serian la morada de la inocencia y de la misericordia ; la Religion seria un comercio de caridad ; la tierra imágen del cielo, en donde, aunque con diferentes grados de gloria, cada uno es igualmente dichoso ; los enemigos de la fe se verian tambien precisados, como en otro tiempo, á dar gloria á Dios, y á confesar que hay alguna cosa divina en una religion que puede unir á los hombres entre sí de un modo tan admirable. Pero el engaño en este asunto consiste en que en la práctica nadie mira la limosna como una de las mas esenciales obligaciones del Cristianismo, y así nadie tiene formada regla en este particular : el que da alguna limosna siempre es de un modo arbitrario, y por corta que sea, queda muy satisfecho de sí mismo, como si hubiera hecho una obra de supererogacion.

22. Por otra parte, católicos, cuando quereis excusar la corteidad de vuestras limosnas, diciendo que es infinito el número de los pobres, ¿qué quereis decir con eso? quereis decir que por eso mismo son mas indispensables vuestras obligaciones para con ellos, que debe aumentarse vuestra misericordia á proporcion que se aumentan las miserias, y que contraeis nuevas deudas al mismo tiempo que se manifiestan nuevos infelices en la tierra. En estas calamidades públicas es cuando debeis, católicos, cercenar los gastos que en otros tiempos os serian permitidos, y aun acaso necesarios ; entonces debeis miraros como el primer pobre, y tomar como limosna todo lo que gastais con vosotros mismos. Entonces no sois ni grandes, ni hombres de república, ni ciudadanos distinguidos, ni mujeres ilustres ; sois puramente fieles, miembros de Jesucristo, y hermanos de un cristiano afligido. Y sino decidme : cuando las ciudades y las aldeas están llenas de miserias, cuando unos hombres criados á imágen y semejanza de Dios, y rescatados con su preciosa sangre, pacen la yerba como bestias, y en su extrema necesidad van á buscar en los campos un sustento que no cria la tierra para el hombre, y que le sirve de alimento mortal, ¿tendríais valor para ser vosotros solos felices entre tantas miserias? Cuando está mudado todo el semblante de un reino, y cuando al rededor de vuestra soberbia habitacion no se oyen sino gritos y gemidos, ¿podréis estar en ella con la misma alegría, con la misma pompa, con la misma serenidad y opulencia? ¿Qué se habria hecho la humanidad, la razon y la Religion? En una república pagana os mirarian como á una alma vil, infame, sin nobleza, sin

generosidad y sin esplendor. Pues ¿cómo queréis que se os mire en la Iglesia de Jesucristo? Como á un mónstruo, indigno del nombre que teneis de cristiano, de la fe de que os gloriais, de los Sacramentos que recibís, y aun de entrar en nuestros templos, pues estos son símbolo de la sagrada union que debe reinar entre los fieles. Pues bien sabeis y bastante os quejais de que el Señor ha descargado su mano sobre nuestros pueblos, sobre nuestras ciudades y campos. El cielo parece de bronce para este afligido reino; en todas partes se os pone delante la miseria, la pobreza, la desolacion y la muerte; ¿y se ven acaso en vosotros algunos de aquellos excesos de caridad que en semejantes necesidades pide la ley de la discrecion y de la justicia? ¿Tomais sobre vosotros mismos una parte de las calamidades de vuestros prójimos? ¿Se os ve minorar algo de vuestras profusiones y sensualidades que, aunque en todos tiempos son pecaminosas, en los presentes son bárbaras y dignas de castigo, aun segun las leyes de los hombres? ¿Qué mas diré? ¿No sacais utilidad de las públicas miserias? ¿No soleis acabar de despojar á los infelices, fingiendo alargarles la mano para ayudarlos? ¿No sabeis el arte inhumano de hacer comercio con las lágrimas y necesidades de vuestros hermanos? Entrañas crueles, dice el Espíritu Santo, reventaréis cuando ya esteis hartas; vuestra misma felicidad os servirá de suplicio, y el Señor hará que llueva sobre vosotros su guerra y su furor.

23. Pero, católicos, ¡qué terrible será la presencia de los pobres en el tribunal de Jesucristo para la mayor parte de los ricos del mundo! ¿Qué poderosos serán estos acusadores! ¿Qué habeis de responderles cuando os hagan presente el corto socorro con que pudisteis aliviar su necesidad? Que un solo dia que hubiérais cercenado de vuestras profusiones bastaba para remediarlos á ellos un año entero. Que los bienes que les negásteis eran propios suyos, pues todo cuanto teniais de mas les pertenecia á ellos; y que así no solamente fuisteis crueles en negárselo, sino tambien injustos; pero vuestra dureza solo sirvió de ejercitar su paciencia y de hacerlos mas dignos de la inmortalidad cuando al mismo tiempo vosotros, despojados para siempre de esos mismos bienes que no quisisteis poner en seguridad depositándolos en el seno de los pobres, no tendréis mas recompensa que la eterna maldicion destinada á los que hubieren visto á Jesucristo padeciendo hambre, sed y desnudez en sus miembros, y no le hubieren socorrido: *Nudus eram,*

et non cooperuistis me ¹. Esta es la ilusion de los pretextos de que se valen algunos para excusarse de la obligacion de la limosna : señalemos ahora las reglas que deben observarse cuando se cumple con ella, y despues de haber probado esta obligacion contra todas las vanas excusas de la codicia, procuraré libertarla tambien de los defectos que suelen hallarse en las mismas obras de caridad.

Segunda parte.

24. Las reglas que con su ejemplo nos manda hoy observar el Señor en la práctica de las obras de caridad son: no llamar la atencion del público para que vea la misericordia de que usamos con nuestros prójimos; observar el orden de la justicia, aun en la misma caridad, no prefiriendo las necesidades ajenas á aquellas á que tenemos obligacion; compadecernos de la miseria, y saber consolar á los pobres, tanto con nuestra afabilidad, como con nuestros dones; finalmente, descubrir con nuestra vigilancia el secreto de su vergüenza.

25. Primeramente, el Señor se fué á un lugar desierto y apartado, dice el Evangelio, y subió á un monte donde se sentó con sus discípulos. Su fin, segun los santos expositores, fue ocultar á la vista de las ciudades vecinas el prodigio de la multiplicacion de los panes, y no tener mas testigos de su misericordia que aquellos que habian de experimentar sus efectos. Esta es la primera instruccion y la primera regla, el secreto de la caridad. Sí, católicos, ¡cuántos frutos de misericordia marchita todos los dias á la vista de Dios el viento abrasador de la vanidad y de la vana complacencia! ¡Cuántas limosnas se pierden para la eternidad! ¡Cuántos tesoros, que parecian estar seguros en el seno de los pobres, se manifestarán algun dia corrompidos por el gusano y la carcoma de la vana gloria! Es verdad que hay pocos notorios y declarados hipócritas que publiquen el mérito de sus obras santas; la vanidad es mas astuta, y nunca se quita del todo la máscara; pero tambien es verdad que es mucho menor el número de los que tienen tan verdadero celo de la caridad, que busquen, como Jesucristo, los lugares solitarios y remotos para ocultar en ellos sus santas liberalidades; casi no se ve otra cosa sino vanos caritativos, que no tienen ojos

¹ Matth. xxv, 43.

para ver otras miserias mas que aquellas que son famosas, y quieren por un devoto estilo que el público sea confidente de sus liberalidades; y aunque algunas veces tomen las medidas para ocultarlas, no les pesa el que una indiscrecion las descubra; suelen no buscar la atencion del público, pero se alegran de que el público sea sabedor de su caridad, y así tienen por perdidas las limosnas que son ignoradas.

26. ¡Ah! los dones que se ven en nuestros templos y en nuestros altares ¿no están publicando los nombres y las señas de sus bienhechores, esto es, los monumentos públicos de la vanidad de nuestros padres y de la nuestra? Si no queremos tener mas testigos que la invisible presencia del Padre celestial, ¿de qué nos sirve esta vana ostentacion? ¿Temeis acaso que se olvide el Señor de vuestras ofrendas? ¿Acaso es preciso que desde lo íntimo del santuario, en donde le adoramos, no haya de poder mirar nuestros dones sin hallar en ellos la memoria de nuestra liberalidad? Si en vuestras ofrendas no teneis mas fin que el de agradarle, ¿por qué las habeis de exponer á otra vista mas que á la suya? ¿Por qué sus ministros en las mas terribles funciones de su sacerdocio se han de presentar en el altar, á donde no debian llevar mas que los pecados del pueblo, revestidos y cargados con las señales de vuestra vanidad? ¿De qué sirven esos títulos y esas inscripciones que immortalizan sobre las sagradas paredes vuestros dones y vuestra soberbia? ¿No basta el que estén escritos por la mano del Señor en el libro de la vida? ¿De qué sirve grabar en el mármol que ha de perecer el mérito de una accion que sola la caridad puede hacer inmortal?

27. ¡Ah! Salomon, despues de haber edificado el templo mas suntuoso y magnífico que jamás hubo, no hizo grabar en él mas que el terrible nombre del Señor, y no pensó en mezclar las señas de su familia con las de la Majestad eterna del Rey de los reyes; es verdad que suele darse nombre de piadosa á esta costumbre; no falta quien crea que estos monumentos públicos solicitan las liberalidades de los fieles; pero ¿acaso ha puesto el Señor al cuidado de vuestra vanidad el que solicite dones para sus altares, ni os permite que seais menos modestos, para que vuestros prójimos sean mas caritativos? Entre los primeros fieles, los mas distinguidos llevaban su patrimonio á los piés de los Apóstoles, simplemente como los mas ínfimos; veian con una santa alegría confundidos sus nombres y sus bienes con los de sus prójimos, que no tenian

tanto que ofrecer como ellos : entonces no se les distinguia en la congregacion de los fieles á proporcion de sus liberalidades ; los honores y las preferencias no se habian introducido todavia como premio de los dones y ofrendas , y no cuidaban de mudar la eterna recompensa que esperaban del Señor en esta gloria frívola que podian recibir de los hombres ; y hoy apenas tiene la Iglesia bastantes privilegios para satisfacer la vanidad de sus bienhechores : tienen estos lugar en el santuario ; están colocados sus sepulcros debajo de los altares , en donde solamente debieran descansar las cenizas de los Mártires , y aun se les tributan unos honores propios solamente de la gloria del sacerdocio ; y ya que no ponen la mano en el incensario , á lo menos quieren participar con el Señor el incienso que se quema sobre sus altares. Es verdad que la costumbre autoriza este abuso , pero la costumbre no justifica todo lo que autoriza.

28. La caridad, católicos, es aquel buen olor de Jesucristo que se disipa y se pierde luego que se descubre. No quiero decir que nos debamos abstener de los oficios públicos de la misericordia, pues debemos á nuestros prójimos la edificacion y el buen ejemplo ; bueno es que vean nuestras buenas obras, pero no debemos verlas nosotros mismos, y nuestra mano izquierda ha de ignorar los dones que reparte nuestra derecha ; y aun aquellas acciones que hace mas públicas la obligacion siempre deben ser secretas en la disposicion del corazon ; debemos tener celos en estas acciones de la vista del público, y no creer que está segura su inocencia sino cuando solamente están patentes á la vista de Dios. Sí, católicos, las limosnas que siempre se han hecho en secreto llegan mucho mas puras al seno del mismo Dios, que aquellas que expuestas, aunque contra nuestra voluntad, á la vista de los hombres, se aumentan, pero se turban en su carrera por las complacencias inevitables del amor propio, y por las alabanzas de los que las ven ; se parecen á aquellos rios que casi siempre han corrido por bajo de la tierra, y que llevan al seno del mar unas aguas vivas y puras ; cuando al contrario los que han atravesado al descubierta por las llanuras y campos no llevan por lo comun mas que aguas cenagosas, y siempre llevan consigo despojos, cadáveres y el cieno que han recogido en su curso. Esta, pues, es la primera regla de la caridad que hoy nos enseña el Salvador : evitar la pompa y ostentacion en las obras de misericordia ; no querer que se advierta ni la parte que en ellas hemos tenido, ni la glo-

ria de ser los principales autores, ni el ruido que pueden hacer en el mundo, y no perder en la tierra lo que la caridad solamente habia juntado para el cielo.

29. La segunda circunstancia que noto en nuestro Evangelio es, que Jesucristo no despidió á persona alguna de aquella multitud que estaba presente; á todos socorre indiferentemente, y no se lee que el Salvador usase con ellos de distincion ni preferencia. Segunda regla. La caridad es universal, destierra aquellas liberalidades del gusto y del antojo, que solo parece que disponen el corazon á que se compadezca de ciertas miserias, para que se niegue á todas las demás. Hay en el mundo algunas personas que, con pretexto de que tienen arregladas sus limosnas y lugares destinados para distribuirlas, son insensibles á todas las demás necesidades; aunque les deis aviso de que va á arruinarse una familia por falta de un corto socorro, que una persona jóven está para caer en un precipicio si no hay quien prontamente la socorra, que va á arruinarse una casa de misericordia si no hay quien la sostenga con una nueva caridad, no lo oyen, porque estas no son miserias de su gusto; y porque distribuyen en otras partes algunas liberalidades les parece que tienen derecho para mirar con tranquilidad é indiferencia todas las demás miserias.

30. Bien sé que la caridad tiene orden y medida; que debe usar de discrecion, y que la justicia pide que sean preferidas ciertas necesidades. Pero yo no quisiera tener esta caridad metódica, si es lícito decirlo así, que sabe precisamente lo que ha de ejecutar; que tiene sus días, sus lugares, sus personas destinadas y sus límites; que fuera de esto es bárbara, y puede conseguir de sí misma el no compadecerse sino á cierto tiempo, y respecto de ciertas necesidades. ¡Ah! ¿puede ser tan dueño de su corazon el que ama verdaderamente á sus prójimos? ¿Puede uno señalarse á sí mismo segun su voluntad los instantes de fervor y de indiferencia? ¿Acaso la caridad, aquel santo amor, es tan circunspecto cuando abraza verdaderamente el corazon? ¿No tiene, si es lícito decirlo así, sus llamaradas y sus excesos, y no suele hallarse en algunas ocasiones en que se compadece tanto, que aun cuando no hubiera en el corazon mas que una pavesa de caridad, bastaba ella sola para que se manifestase, y que se abriesen al instante vuestras entrañas y vuestras riquezas para socorrer á vuestro prójimo?

31. Yo no quisiera tener aquella caridad tan obstinadamente circunspecta, que siempre está examinando y desconfia de la ver-

dad de las necesidades que se manifiestan : ved si Jesucristo , entre la multitud á quien hoy provee de sustento , separa á aquellos á quienes únicamente la pereza y la esperanza del corporal alimento pudo llevar al desierto , y que se hallaban aun con fuerzas bastantes para ir á buscar que comer en las ciudades vecinas ; á ninguno exceptúa de sus beneficios. ¿No es bastante miseria el hallarse reducidos á fingirse miserables ? ¿No es mejor socorrer necesidades fingidas que exponerse á negar el socorro á las verdaderas ? Ann cuando un impostor engañara á vuestra caridad , ¿qué se seguiria de ahí ? ¿No es siempre Jesucristo quien la recibe de vuestra mano ? ¿Estriba vuestra recompensa en el abuso que se puede hacer de vuestra limosna , ó en la intencion con que la distribuis ?

32. De esta segunda regla se infiere la tercera , señalada tambien en la historia de nuestro Evangelio , y es que la caridad no solamente ha de ser universal , sino tambien suave , afable y compasiva : viendo Jesucristo á aquel pueblo errante y falto de sustento al pié del monte , se compadeció : *Misertus est eis* ² ; le enterneció aquel espectáculo ; la miseria de aquella multitud avivó su compasion y ternura : tercera regla , la afabilidad en la caridad.

33. Hay algunos que acompañan la misericordia que usan con los pobres con tanta aspereza , y que al mismo tiempo que los socorren les ponen un semblante tan desagradable y severo , que acaso seria menos molesta la negativa para los infelices que una caridad tan desabrida y seca ; porque la piedad que se compadece de vuestros males les sirve á ellos de tanto consuelo como de alivio la limosna con que se socorren. Hay algunos que reprenden á los pobres su robustez , su pereza y sus costumbres vagamundas ; les echan la culpa de su miseria y de su necesidad , y al mismo tiempo que los socorren compran el derecho de insultarlos ; pero si á estos infelices á quienes ultrajais les fuera permitido el responderos , si la infelicidad de su estado no sirviera de freno á la vergüenza y respeto de su lengua , os dirian : ¿Qué reprendeis en nosotros , una vida ociosa , unas costumbres inútiles y vagas ? Pero ¿cuáles son los cuidados que os afligen en vuestra opulencia ? Los sustos de la ambicion , las inquietudes de la fortuna , los movimientos de las pasiones y los excesos de la sensualidad. Bien podemos nosotros ser siervos inútiles ; pero ¿no sois vosotros unos siervos infelices ? ¡Ah ! si los mas culpados hubieran de ser los mas pobres en la tierra , ¿seria vuestra suerte

¹ Matth. xiv, 14.

mas feliz que la nuestra? Nos reprendeis de robustez de que no nos servimos; pero ¿en qué empleais vosotros la vuestra? Decís que nosotros no debiéramos comer, porque no trabajamos; pero ¿acaso estais vosotros exentos de esta ley? ¿Os parece que solamente sois ricos para vivir en una indigna ociosidad? ¡Ah! el Señor juzgará entre nosotros y vosotros, y en su terrible tribunal se verá si vuestras sensualidades y profusiones os eran mas permitidas que el inocente artificio de que nosotros nos valemos para buscar alivio á nuestras penas.

34. Sí, católicos, compadézcase al menos nuestro corazon de las miserias de los infelices; aligeremos á lo menos con nuestra afabilidad el yugo de su miseria, cuando lo escaso de nuestra fortuna, no nos permita el aliviarlos en todo: ¿es posible que en un espectáculo profano se ha de enternecer nuestro corazon, como sucedia á san Agustín en el tiempo de sus desórdenes, al oir las fingidas aventuras que se refieren en el teatro; que hemos de honrar con una verdadera compasion á unas fingidas desgracias; que hemos de salir del teatro con el corazon conmovido por la relacion que hemos oido de los infortunios de un héroe fabuloso; y un miembro de Jesucristo, un heredero del cielo, un hermano vuestro que encontráis al salir de allí cubierto de llagas, y que quiere contaros la extremidad de sus penas, os ha de hallar insensible? que háyais de apartar la vista de este espectáculo de religion, y no os hayais de dignar de escucharle? que os hayais de apartar de él con enfado, y de este modo acabar de oprimirle el corazon de tristeza? ¡Alma inhumana! ¿dejaste acaso toda tu sensibilidad en el teatro infame? El ver á Jesucristo que padece en uno de sus miembros ¿no te ofrece cosa alguna que sea digna de lástima? Para que te compadezcas ¿ha de ser necesario que resuciten la ambicion, la venganza, la sensualidad y todos los horrores de los siglos paganos?

35. Pero no basta el ofrecer un corazon compasivo á las miserias que se nos presentan: la caridad pasa mas adelante, no espera á que la casualidad la proporcione ocasiones en que ejercitar la misericordia, sino que las busca y las previene; y esta es la última regla, la vigilancia de la caridad. Jesucristo no espera á que aquel pueblo afligido vaya á exponerle sus necesidades, sino que él es el primero que las descubre: *Cum sublevasset oculos Jesus, et vidisset* ¹. Apenas los vió, cuando en compañía de san Felipe empieza á bus-

¹ Joan. vi 5.

car los medios para socorrerlos. La caridad que no es vigilante, que no está inquieta por las necesidades que ignora, que no es ingeniosa para descubrir las que se ocultan, que necesita de ser solicitada, instada é importunada, no se parece á la caridad de Jesucristo. Es necesario velar y ver por entre las tinieblas qué opone la vergüenza á nuestras liberalidades: esto no es puramente consejo, es consecuencia necesaria del precepto de la limosna. Los pastores, que son los padres de los pueblos segun la fe, están obligados á velar sobre sus necesidades espirituales; y esta es una de las mas esenciales funciones de su ministerio: los ricos y poderosos están establecidos por Dios padres y pastores de los pobres segun el cuerpo; y así deben tener siempre abiertos los ojos para ver sus miserias: si estas se les ocultan por no velar, son responsables en la presencia de Dios de las malas consecuencias que hubieran podido evitar con un socorro dado á tiempo. No quiero decir que tengais obligacion de saber todas las necesidades ocultas de una ciudad; lo que se os pide es que tengais cuidado y atencion, se os pide que en un barrio en que ocupais el primer lugar, ó por vuestras riquezas, ó por vuestro nacimiento, no esteis rodeados, sin saberlo, de una multitud de infelices que gimen en secreto, y cuya vista estais siempre ofendiendo con la pompa de vuestros equipajes, y que además de su miseria padecen tambien, por decirlo así, con vuestra prosperidad. Se os pide que vosotros, los que en medio de los placeres de la corte y de la ciudad veis venir á vuestras manos los frutos del sudor y de los trabajos de tantos infelices que habitan vuestras tierras y posesiones, conozcais á aquellos que están agobiados con la fatiga de la edad y del trabajo, y que llevan arrastrando en lo interior de vuestros campos las reliquias de su ancianidad y miseria; á aquellos á quienes una salud enferma inhabilita para el trabajo, que era el único recurso de sus necesidades; á aquellas personas que por razon del sexo y de la edad viven expuestas al engaño, y cuya inocencia podeis preservar con la limosna. Esto es lo que se os pide con razon. Estos son los pobres que Dios os ha encargado, y de los que le seréis responsables; los pobres que solamente mantiene en la tierra para vosotros, y á los que su providencia no ha señalado otro remedio mas que vuestros bienes y vuestra liberalidad.

36. Ahora os pregunto: ¿Conoceis á estos pobres? ¿Encargais á los párrocos que os los den á conocer? ¿Teneis ese cuidado cuando vais á vuestros Estados? ¡Ah! que solamente vais á ellos para exigir con rigor vuestros derechos de estos infelices, para arrancar de

sus entrañas el inocente precio de sus trabajos, sin atender á su miseria, á la desgracia de los tiempos que nos alegais, á sus lágrimas, y aun muchas veces á su desesperacion. ¿Qué mas diré? Acaso tambien para oprimir su flaqueza, para ser sus tiranos, y no sus señores y padres. ¡Oh Dios mio! ¿no maldecís Vos á estas familias crueles y á estas riquezas de iniquidad? ¿No imprimís en ellas un sello de infelicidad y desolacion, que aniquila el origen de las familias, y hace que se seque la raíz de una soberbia posteridad que ocasiona las disensiones domésticas, las desgracias ruidosas, la decadencia y extincion total de las familias? Algunas veces nos admiramos de ver que repentinamente se arruinan las fortunas mejor fundadas, que se oscurecen aquellos nombres antiguos y tan ilustres en otro tiempo, sin dejar á nuestra vista mas que las tristes reliquias de su antiguo esplendor; que sus tierras vienen á ser posesion de sus competidores ó esclavos. ¡Ah! si pudiéramos registrar hasta la raíz de sus desgracias, si pudieran hablar sus cenizas y las pomposas ruinas de su fortuna que nos han quedado en sus mausoleos! ¿Veis, nos dirian, esas lúgubres señales de nuestra grandeza? pues las lágrimas de los pobres que despreciábamos, que oprimíamos, las han ido socavando poco á poco hasta arruinarlas enteramente: sus clamores atrajeron sobre nuestros palacios los rayos del cielo; el Señor sopló sobre estos soberbios edificios y sobre nuestra fortuna, y la dispó como al polvo de la tierra: si quereis que vuestros nombres no perezcan para siempre de la memoria de los hombres, honrad vosotros el nombre de los pobres; si quereis que vuestra posteridad no quede sepultada en sus ruinas, mantenga la misericordia vuestras casas; escarmentad en nosotros, y aprended en nuestras desgracias á evitar los defectos que han sido causa de ellas.

37. Y ved aquí, católicos, por decir algo antes de concluir la primera utilidad de la limosna cristiana: los mismos bienes temporales, el pan que bendice Jesucristo se multiplica entre las manos de los discípulos que le distribuyen; cinco mil hombres quedan satisfechos, y apenas bastan doce canastas para recoger los fragmentos; es decir, que las liberalidades de la caridad son bienes de bendicion que se multiplican á proporcion que se distribuyen, que traen consigo á nuestras casas un manantial de felicidades y abundancia, y que esta es aquella levadura de caridad escondida en tres sacos de harina que extiende y aumenta toda la masa. Sí, católicos, la limosna es una ganancia, una santa usura, un bien que aun acá en

la tierra produce ciento por uno. Os quejais algunas veces de los contratiempos en vuestros negocios, de que nada os sale bien, de que los hombres os engañan, de que vuestros competidores os vencen, de que vuestros jefes os olvidan, de que os son contrarios los elementos, y de que se os desconciertan las medidas mejor tomadas; pues juntaos á los pobres, dividid con ellos el aumento de vuestra fortuna, aumentad vuestras liberalidades á proporcion que se aumenta vuestra prosperidad, creced para ellos como para vosotros, y entonces el mismo Dios cuidará del feliz éxito de vuestras empresas: hallaréis el secreto de interesar á su Majestad en vuestra fortuna, y él preservará, ¿qué digo preservará? bendecirá y multiplicará unos bienes entre los que verá mezclada la porcion de sus miembros afligidos.

38. Esta es una verdad confirmada por la experiencia de todos los siglos; todos los dias estamos viendo prosperar las familias misericordiosas; una particular providencia cuida de todos sus negocios; estas se enriquecen por los mismos caminos por donde las demás se arruinan; vemos que prosperan, y no vemos el secreto canal por donde va á ellas el aumento; son como aquel vellon de Gedeon que estaba cubierto del rocío del cielo, al mismo tiempo que toda la tierra de alrededor no era mas que sequedad y esterilidad. Acaso las grandes riquezas de los que me estais escuchando, y de las que hacéis tan mal uso; acaso los títulos y dignidades que heredásteis con vuestro nacimiento son frutos de la caridad de vuestros antepasados; acaso estais recogiendo las bendiciones prometidas á su misericordia, y segáis lo que ellos sembraron; acaso las liberalidades de la caridad pusieron los primeros fundamentos de vuestra grandeza segun el mundo, y dieron principio á vuestra genealogía, y acaso por ellas han llegado hasta nosotros los títulos de vuestro origen.

39. Porque decidme, católicos, ¿quién ha conservado á la posteridad la descendencia de tantos nombres ilustres como hoy respetamos, sino las liberalidades que sus mayores hicieron antiguamente á nuestras iglesias? En las actas de estas piadosas donaciones que se depositan en nuestros templos, y las que ha conservado el agradecimiento de la Iglesia, y no la vanidad de los fieles, es á donde se van á buscar todos los dias los mas remotos y seguros monumentos de su antigüedad: los demás títulos todos han perecido; cuanto edificó la vanidad sola, casi todo ha sido arruinado; las revoluciones de los tiempos y de las casas han destruido aquellos ana-

les domésticos en que estaba señalada la sucesion de sus abuelos y la fama de sus alianzas; y Vos, ¡oh Dios mio! habeis permitido que permanezcan los monumentos de la misericordia, que nunca se borre lo que escribió la caridad, y que las limosnas sean los únicos títulos que nos queden de su antigüedad y grandeza para con los hombres.

40. Esta es la primera utilidad de la misericordia. No hablo de aquel natural gusto que debe experimentarse en aliviar á los que padecen, en hacer felices á otros, en hacerse dueños de los corazones, en granjearse el inocente tributo de sus aclamaciones y de sus agradecimientos. Aun cuando no nos resultara mas utilidad que el gusto de nuestras liberalidades, ¿no era esta una paga suficiente para un buen corazon? ¿Qué cosa hay mas deliciosa, aun para la misma Majestad del trono, que el poder hacer gracias? ¿Se complacerian tanto los príncipes en su grandeza y en su poder, si estuvieran condenados á gozar de él ellos solos? No, católicos, por mas que empleeis vuestros bienes en placeres, en profusiones y antojos, nunca os dejarán una alegría tan pura y tan digna del corazon como si los empleais en socorrer á los infelices. Y á la verdad, ¿qué mayor consuelo que el poder contar que no hay instante en el discurso del dia en que las almas afligidas no levanten por nosotros las manos al cielo y bendigan el dia en que nacimos? Escuchad á aquella multitud á quienes acaba de alimentar Jesucristo; los aires resuenan con sus bendiciones y agradecimientos; publican que es profeta, y quieren establecerle por su rey. ¡Ah! si los hombres hubieran de elegir soberanos, no conocerian ni á los mas nobles ni á los mas valientes, sino á los mas misericordiosos, á los mas humanos, á los mas benéficos y á los mas compasivos: elegirian unos soberanos que fuesen al mismo tiempo sus padres.

41. Finalmente, no quiero añadir que la limosna cristiana ayuda á expiar las culpas de la abundancia, y que es casi el único camino de salvacion que os ha proporcionado la Providencia á los que habeis nacido en la prosperidad. Si la limosna no pudiera servir para redimir nuestras ofensas, tendríamos motivo para quejarnos, dice san Juan Crisóstomo; llevaríamos á mal que Dios hubiera quitado á los hombres un camino tan fácil para salvarse; diríamos: si á lo menos pudiéramos abrir las puertas del cielo á fuerza de dinero, y comprar á costa de todos nuestros bienes la gloria de los Santos, seríamos felices; pues, católicos, continúa el mismo Santo, aprove-

chaos de este privilegio, ya que os está concedido; daos prisa antes que perdaís vuestras riquezas á depositarlas en el seno de los pobres como el precio del reino eterno: la malicia de los hombres os las podrá quitar, vuestras pasiones las podrán consumir, las revoluciones de la fortuna podrán hacerlas pasar á otras manos, y por lo menos la muerte tarde ó temprano os ha de separar de ellas. Pero la caridad es la que únicamente puede librarlas de todos estos accidentes; esta os hará eternos poseedores de vuestros bienes, esta os pone en seguridad en los eternos tabernáculos, y os da derecho para que os vayais á gozar en el seno del mismo Dios.

42. ¿No es felicidad para vosotros el poder aseguraros la entrada del cielo con unos medios tan fáciles? el poder, vistiendo á los desnudos, borrar del libro de la divina justicia las inmodestias, el lujo, la desnudez y las indecencias de vuestra juventud? el poder, dando de comer á los hambrientos, reparar tantas Cuaresmas mal observadas, las abstinencias que os manda la Iglesia, que casi siempre habeis quebrantado, y todas las sensualidades de vuestra vida? el poder, finalmente, defendiendo á la inocencia en los asilos de misericordia, hacer que Dios se olvide de la pérdida de tantas almas á quienes habeis servido de escollo y piedra de escándalo? ¡Gran Dios, qué extremada es vuestra bondad para con el hombre, pues mirais como mérito de virtud una cosa que tan poco cuesta á su corazon! El apreciar unas acciones de la humanidad, las que no podemos omitir sin despojarnos de nuestra misma naturaleza; el querer recibir como precio de un reino eterno unos bienes frágiles que hemos recibido de vuestra liberalidad, que no siempre hubiéramos conservado, y de los que nos era preciso separarnos despues de haber usado de ellos muy corto tiempo: con todo eso prometeis vuestra misericordia al que fuere misericordioso; un pecador que se compadece de las miserias de su prójimo no estará mucho tiempo insensible á las inspiraciones del cielo. La gracia conserva grandes derechos sobre una alma, sobre la cual no ha perdido los suyos. Un buen corazon no puede permanecer por mucho tiempo obstinado: aquel principio de humanidad, que por sí solo basta para que nos compadezcamos de las miserias ajenas, es como una disposicion para la eterna salud y para la penitencia; y mientras no esté extinguida la caridad, no se debe desesperar de la conversion. Amad, pues, á los pobres como á vuestros hermanos, socorredlos como á hijos vuestros, respetadlos como al mismo Jesucristo, para que os diga

en el último día: *Venid, benditos de mi Padre, á poseer el reino que os estaba preparado, porque tuve hambre, y me disteis de comer; estaba enfermo, y me consolásteis; pues cuanto habeis hecho por el menor de mis siervos lo habeis hecho por mí mismo. Esto es lo que os deseo. Amen.*

SERMON

SERMON

LA RESURRECCION DE LÁZARO.

Veni, et vide. (Joan. xi, 34).

Ven, y mira.

1. No hubiera pecador de los inveterados que tuviera valor para sufrir el horror de su estado, si se pudiera conocer y verse al natural. Una alma que ha envejecido en la culpa solo puede sufrirse á sí misma, porque la misma pasion, que es el motivo de todas sus desgracias, se las oculta, y porque su desórden es al mismo tiempo el cruel cuchillo que hace la herida y la fatal venda que la oculta á la vista del enfermo. Y así la Iglesia, para manifestar al pecador á sí mismo en este santo tiempo de penitencia, nos representa cási todos los dias con nuevas imágenes el deplorable estado de una alma que vive despues de mucho tiempo sepultada en la culpa: unas veces nos la representa bajo la figura de un paralítico de treinta y ocho años, para darnos á conocer la insensibilidad y la funesta paz que siempre sigue al hábito de la culpa; otras veces bajo el símbolo de un pródigo, reducido á vivir con los mas viles animales, y con estas ideas nos quiere hacer conocer su vileza y su infamia; otras bajo la imagen de un ciego de nacimiento, para pintarnos el horror y profundidad de sus tinieblas; otras, finalmente, bajo la parábola de un espíritu sordo y mudo, para darnos á entender con mas viveza el abatimiento á que el hábito de la culpa reduce todas las potencias de una alma desgraciada. Hoy, como para juntar todas estas distintas ideas bajo una sola imagen, aun mas terrible y espantosa que todas las demás, nos propone la Iglesia á Lázaro en el sepulcro, muerto ya de cuatro dias, exhalingo infeccion y mal olor, con los piés y manos atadas, cubierto el rostro con un velo lúgubre, y causando horror aun á aquellos mismos á quienes el amor y la sangre le habian unido mas estrechamente en su vida.

2. Venid, pues, y ved, amados oyentes míos, los que ha tan-

tos años que vivís bajo el infame yugo del desórden, y que no tenéis compasion de la desgracia de vuestro estado : *Veni, et vide*. Venid á este sepulcro que va á abrir en vuestra presencia la voz de Jesucristo, y mirad en este espectáculo de infeccion y podredumbre la imágen natural de vuestra alma : *Veni, et vide*. Vosotros, que vais á los espectáculos profanos para ver en ellos representadas vuestras pasiones con unos colores agradables y engañosos, venid á verlas aquí pintadas al natural. Venid á ver en este cadáver corrompido y asqueroso lo que sois en la presencia de Dios, y lo digno que es de lástima vuestro estado : *Veni, et vide*.

3. Pero temiendo que, si solamente expongo aquí el horror del estado de una alma que vive en el desórden, la turbe y desaliente, sin alargarla la mano para ayudarla á salir de este abismo, y para no omitir cosa alguna de la historia de nuestro Evangelio, la dividiré en tres reflexiones. En la primera veréis lo terrible y deplorable del estado de una alma que vive habitualmente en la culpa; en la segunda os manifestaré los medios de que puede valerse para salir de él, y en la tercera cuáles son los motivos que determinan á Jesucristo á obrar el milagro de su resurreccion y libertad. ¡Oh Dios mío! haced que oigan hoy vuestra poderosa voz aquellas infelices almas que descansan en las tinieblas y en las sombras de la muerte. Mandad otra vez á sus huesos áridos que se vivifiquen, y que recobren la luz y la vida de la gracia que han perdido : *Ave María*.

Primera parte.

4. Desde luego advierto tres principales circunstancias en el lastimoso espectáculo que ofrece á nuestra vista Lázaro muerto y sepultado. Primeramente, siendo ya un monton de gusanos y podredumbre, exhala infeccion y mal olor : *Jam fætor*. Y esta es la profunda corrupcion del alma que vive en el hábito del pecado. En segundo lugar, un velo lúgubre cubre sus ojos y rostro : *Et facies ejus sudario erat ligata*. Y esta es la funesta ceguedad del alma que está en pecado habitual. Finalmente, se deja ver en el sepulcro atado de piés y manos : *Ligatus pedes, et manus institis*. Y esta es la triste esclavitud de una alma que permanece habitualmente en la culpa. Pues esta profunda corrupcion, esta funesta ceguedad y esta triste esclavitud, figuradas en el espectáculo de Lázaro muerto y sepultado, forman precisamente todo el horror y toda la mi-

seria de una alma que ha mucho tiempo que está muerta á los ojos de Dios.

5. En primer lugar, no hay imágen mas natural de una alma que está sepultada en el desórden que la de un cadáver que está ya hecho presa de los gusanos y de la podredumbre. Por eso los Libros santos nos representan en todas partes el estado de la culpa bajo la idea de una muerte funesta. Parece que el espíritu de Dios no ha hallado cosa mas propia que esta triste imágen para darnos alguna idea de la deformidad de una alma en quien habita el pecado. La muerte, pues, produce dos efectos en el cuerpo : le priva de la vida, altera despues toda su configuracion, y corrompe todos sus miembros. Le priva de la vida, y por aquí empieza tambien el pecado á desfigurar la hermosura del alma. Porque, católicos, Dios es la vida de nuestras almas, la luz de nuestros espíritus y el movimiento, por decirlo así, de nuestros corazones. Nuestra justicia, nuestra sabiduría, nuestra verdad, no son mas que la union de un Dios justo, sábio y verdadero con nuestra alma. Todas nuestras virtudes no son mas que las diferentes influencias de su espíritu que habita en nosotros : él es quien excita nuestros buenos deseos, quien forma nuestros santos pensamientos, quien produce nuestras puras luces y quien hace que sean justos nuestros afectos ; de modo que toda la vida espiritual y sobrenatural de nuestra alma no es mas que la vida de Dios en nosotros, como dice el Apóstol. Pero con un solo pecado se acaba esta vida, se apaga esta luz, se retira este espíritu, y se suspenden todos sus movimientos. Y así el alma sin Dios es una alma sin vida, sin movimiento, sin luz, sin verdad, sin justicia y sin caridad : no es mas que un caos y un cadáver ; su vida no es mas que una vida imaginaria y fantástica ; y semejante á los cadáveres animados por un espíritu extraño, parece que vive y obra, pero en la realidad está muerta : *Vivens mortua est*.

6. Este es el primer grado de muerte que introduce en el alma cualquier pecado que la separa de Dios. Pero el hábito de la culpa, que es como una muerte inveterada, aun pasa mas adelante. Por eso Lázaro no solamente está muerto en el sepulcro, sino que como ha cuatro dias que está en él, la corrupcion de su cadáver empieza ya á inficionar : *Jam fetet, quatrIduanus est enim*. Porque aunque el primer pecado que nos priva de la gracia nos deja sin vida y movimiento á los ojos de Dios, con todo eso se puede decir que aun nos queda alguna semilla de vida espiritual, algunas

impresiones del Espíritu Santo y alguna facilidad para recobrar la gracia perdida. Aun no está apagada del todo la fe, aun no están borradas del todo las disposiciones para la virtud, ni está del todo obstinada en orden á las eternas verdades. Es verdad que es cadáver, pero un cadáver que ha poco tiempo que espiró, que aun conserva no sé qué impresiones de calor, que parece nacen de algunas reliquias de vida; pero á proporcion que el alma persevera muerta y permanece en la culpa, se va retirando la gracia: todo muere en ella, todo se altera, todo se corrompe, y su corrupcion llega á ser universal: *Jam factet, quadriduanus est enim.*

7. Es universal su corrupcion, católicos, porque en una alma que vive continuamente en el desórden todo se muda y se corrompe: los dones de la naturaleza, la mansedumbre, la rectitud, la humanidad, el pudor, y aun las potencias del alma, los beneficios de la gracia, los pensamientos de religion, los remordimientos de la conciencia, los temores de la fe, y aun la misma fe, en todo entra la corrupcion, y esta todo lo altera y muda en podredumbre y en un espectáculo de horror, así los dones del cielo como los beneficios de la tierra, nada queda en su primer estado: la hermosura del cuerpo se convierte en hediondez, ya no se conoce; las gracias del espíritu sirven de avivar las pasiones y el desórden; los pensamientos de religion se mudan en libertinaje; la superioridad del talento en vanidad y en una funesta filosofía; lo que antes era un noble modo de pensar ya no es mas que una ambicion sin límites ni medida; la bondad y ternura del corazon un abandono á amores impuros y profanos; aquellos principios de gloria y de honor que pasaron á nosotros con la sangre de nuestros mayores una ostentacion de vanidad y la raíz de nuestros rencores y venganzas; nuestra clase y nuestra elevacion es el motivo de nuestras envidias; finalmente, nuestros bienes y nuestra prosperidad el fatal instrumento de nuestros delitos: *Jam factet, quadriduanus est enim.*

8. Pero la corrupcion no se limita á solo el pecador; un cadáver no puede estar mucho tiempo oculto sin esparcir un mortal olor por todas partes: no podemos vivir mucho tiempo encenagados en el desórden, sin que se haga sentir el olor de la mala vida. Por mas medidas que se tomen para ocultar la ignominia de una desordenada conducta, por mas que se blanquee el sepulcro que está lleno de podredumbre y de infeccion, siempre se derrama el mal olor; la culpa tarde ó temprano se hace traicion á sí misma; siempre sale un humo oscuro y apestado de aquel fuego profano

que se habia ocultado tan cuidadosamente : una vida desarreglada se manifiesta por mil partes ; el público desengañado abre por último los ojos ; cuanto mas nos descubren y cuanto mas nos manifestamos nosotros, mas nos acostumbramos á nuestra ignominia ; nos cansamos de disimular y estar violentos ; la culpa, que aun se ha de comprar á costa de atenciones y cuidados, nos parece demasiado cara ; nos quitamos la máscara, sacudimos aquellas reliquias de sujecion y pudor que aun nos hacian temer la vista de los hombres ; queremos gozar del desórden sin cautelas ni embarazos, y entonces los criados, los amigos, los parientes, la corte, la ciudad, la provincia, todo participa de la infeccion de nuestros desórdenes y de nuestro mal ejemplo. Nuestra clase y nuestra elevacion no sirven mas que de hacer mas ruidoso é inmortal el escándalo de nuestros desórdenes ; en todos los lugares sirven de modelo nuestros excesos ; el espectáculo de nuestras costumbres acaso asegura interiormente á algunas conciencias que aun se asustaban con la culpa ; acaso tambien nos citan y se valen de nuestro ejemplo para engañar á la inocencia y vencer un pudor que aun estaba tímido ; y la fama de nuestras disoluciones inficionará la memoria de los hombres aun despues de nuestra muerte, y aun acaso tambien servirá de adorno en las historias lascivas, y así en los tiempos mas remotos la memoria de nuestras culpas formará pecadores.

9. Finalmente, no quisiera decirlo aquí, es tan general la infeccion que el hábito de la culpa pone en todo el interior del pecador, que corrompe hasta su mismo cuerpo : el desórden deja sobre su carne las vergonzosas señales de sus excesos, la corrupcion de su alma se extiende muchas veces hasta el cuerpo que hizo servir á la ignominia. Dice anticipadamente á la podredumbre como Job : *Tú eres mi padre* ; y á los gusanos : *Vosotros me formásteis* ¹. Y la corrupcion de su cuerpo es una funesta imágen de la de su alma : *Jam factus, quatríkuanis est enim*.

10. ¡Gran Dios! ¿puedo aun esperar que me mireis con ojos de misericordia? ¿No os estremeceis al ver este monton de culpas y podredumbre que presenta mi alma á vuestra vista, como os sucedió hoy en el sepulcro de Lázaro? ¡Ah! apartad, Señor, vuestros ojos santos y terribles de mi profunda miseria, pero haced que yo no los aparte de mí mismo, y que me mire con todo el horror que merece mi estado. Quitadme el velo que me oculta á mí mismo, y

¹ Job, xvii, 15.

luego que yo pueda ver y conocer mis males, quedarán medio curados. Y esta es la segunda circunstancia del deplorable estado de Lázaro; tenia cubierto su rostro con un velo lúgubre: *Et facies ejus sudario erat ligata*. La profunda ceguera es la segunda propiedad del hábito de la culpa.

11. Confieso que todo pecado es un error que nos hace tener los falsos bienes por verdaderos; es un juicio errado que nos hace buscar en la criatura la tranquilidad, la grandeza y la independencia que no podemos hallar sino en Dios. Es una nube que oculta á nuestra vista el órden, la verdad y la justicia, sustituyendo en su lugar unas fantasmas vanas. No obstante, la primera culpa no apaga absolutamente en nosotros estas luces, ni siempre la sigue una noche profunda. Es verdad que el espíritu de Dios, raíz de toda luz, se retira, y no habita en nosotros; pero aun quedan en el alma algunas señales de claridad: cuando el sol se retira de nuestro hemisferio aun quedan en el aire ciertas impresiones de su luz, que forman como un día imperfecto; segun se van retirando mas, va llegando la noche. Del mismo modo, segun va el pecado degenerando en costumbre, se va retirando la luz de Dios, crecen y se aumentan las tinieblas, y llega por último una profunda noche y una absoluta ceguera: *Et facies ejus sudario erat ligata*. Entonces todo es ocasion de error para el alma pecadora, y todo muda de semblante á su vista: las mas infames pasiones solo la parecen flaquezas; las conexiones mas culpables la parecen simpatías que nacieron con nosotros, y que son inseparables de nuestro corazon; los excesos de los banquetes inocentes placeres de la sociedad, la venganza un justo resentimiento, las conversaciones de disolucion y libertinaje graciosidades dignas de ser aplaudidas, las mas infames murmuraciones un lenguaje comun, del cual solamente los espíritus flacos pueden formar escrúpulo, las leyes de la Iglesia usos de tiempos antiguos, la obligacion de la Pascua un cumplimiento que mas se hace por costumbre que por religion, la severidad de los juicios de Dios unas declamaciones demasiadamente ponderativas, que ofenden á su bondad y clemencia, la muerte en pecado, que es efecto inevitable de una vida delincuente, pronósticos en que tiene mas parte el celo que la verdad, á los que desmiente la confianza que nos promete nuestra conversion antes de morir; finalmente, el cielo, la tierra, el infierno, todas las criaturas, la Religion, el mundo, los delitos, las virtudes, los bienes y los males, las cosas presentes y las futuras, todo muda de sem-

blante para una alma que vive habitualmente en pecado; todo se le manifiesta bajo falsas apariencias, toda su vida no es mas que un prestigio y un continuo engaño. ¡Ah! si pudiérais rasgar el fatal velo que cubre vuestros ojos, como los de Lázaro, y veros sepultados en las tinieblas, cubiertos de podredumbre, y exhalando infeccion y un olor de muerte! Ahora todo se oculta á vuestra vista, dice Jesucristo: *Nunc autem hæc abscondita sunt ab oculis tuis*¹. No veis de vosotros mismos mas que los adornos y pomposas exterioridades del funesto sepulcro en que os estais pudriendo; no veis mas que vuestra clase, vuestro nacimiento, vuestros talentos, vuestras dignidades y vuestros títulos, esto es, los trofeos y adornos que en ellos ha levantado la vanidad de los hombres; pero quitad la piedra que cubre ese lugar de horror, mirad el interior, no juzgueis de vosotros por esas vanas exterioridades que solo sirven de adornar vuestro cadáver, contemplad lo que sois en la presencia de Dios, y si no os mueve la corrupcion y profunda ceguera de vuestra alma, muévaos á lo menos su esclavitud.

12. Última circunstancia del estado de Lázaro muerto y sepultado; estaba atado de piés y manos: *Ligatus pedes, et manus inñtñtis*. Y esta es la imágen de la triste servidumbre de una alma que ha mucho tiempo vive esclava de la culpa. Sí, católicos, por mas que el mundo tenga la vida cristiana por vida de sujecion y servidumbre, el reino de la justicia es reino de libertad, el alma fiel y sujeta á Dios es señora de todas las criaturas, el justo es superior á todo, porque de todo vive desprendido; es dueño del mundo, porque le desprecia; no depende de sus jefes, porque solamente les sirve por Dios; ni de sus amigos, porque solamente los ama en el órden de la caridad y de la justicia; ni de sus inferiores, porque no les pide ninguna injusta condescendencia; ni de su fortuna, porque teme la felicidad terrena; ni de los juicios de los hombres, porque solamente teme los de Dios; ni de los sucesos, porque los mira todos en el órden de la Providencia; ni aun de sus pasiones, porque la caridad que habita en él las arregla y gobierna; y así solamente el justo goza propiamente de una perfecta libertad; es superior al mundo, á sí mismo, á todas las criaturas y á todos los sucesos; empieza desde esta vida á reinar con Jesucristo; todo está sujeto á él, y él solamente está sujeto á Dios.

13. Pero el pecador, aunque parece que vive sin yugo y sin

¹ Luc. XIX, 2, 4.

regla, es un vil esclavo : depende de todas las cosas, de su cuerpo, de sus inclinaciones, de sus antojos, de sus pasiones, de sus bienes, de su fortuna, de sus jefes, de sus súbditos, de sus amigos, de sus enemigos, de sus protectores, de sus rivales, y de todas las criaturas que le rodean ; todas estas cosas son otros tantos dioses á los que le sujeta ó el amor ó el miedo, otros tantos ídolos que multiplican su esclavitud, al mismo tiempo que él se tiene por mas libre sacudiendo la obediencia que debe á solo Dios : *Quæ est idolorum servitus* ¹. Es un esclavo que se multiplica señores, por rehusar someterse á aquel que es el único que da la libertad á los que le sirven, y que hace á sus siervos dueños del mundo y de cuanto en él hay. Bien sé que en los principios la pasion lisonjea, por decirlo así, á la libertad del corazon, nos hace creer por algun tiempo que somos dueños de nuestras inclinaciones y de nuestro destino, nos divierte con una vana esperanza de romper nuestras cadenas cuando quisiéramos, y aflojar el freno con que nos tiene sujetos, para que no conozcamos tan pronto nuestra servidumbre ; pero cuando ya se ha apoderado de nosotros, y no teme nuestros desvíos ni nuestras inconstancias, entonces nos hace experimentar todo el peso y toda la amargura de nuestro cautiverio : *Ligatus manus, et pedes institis*.

14. Esta es una infame servidumbre, por la sujecion que tiene á los sentidos el alma desarreglada : su razon, su valor, su fama, sus reflexiones, todo cede al imperio del encanto que la cautiva ; es infame por las indignas acciones á que la obliga la pasion ; de todo la hace olvidarse, de su clase, de su sexo y su obligacion ; pasa por los mas dignos desaires, se sujeta á los mas viles rendimientos, deja ver en sí los mas torpes y despreciables excesos ; es infame, porque la hace sacrificar á la injusta pasion las mas importantes obligaciones y los mas sérios intereses de la fortuna ; es infame, por la afrenta y el público desprecio que siempre sigue á una vida desarreglada ; es infame, finalmente, por el desórden de las costumbres, que llega algunas veces hasta la edad mas avanzada. La edad aumenta la fragilidad ; la razon, debilitada con los antiguos desórdenes, no puede resistir ; el cuerpo, cansado con los excesos, se deja llevar sin resistencia, y suple con los desórdenes de una imaginacion corrompida lo que falta al gusto de sus placeres : *Ligatus manus, et pedes institis*.

¹ Galat. v, 10.

15. No hablo aquí de los obstáculos que siempre se oponen á la pasión, de los intereses y obligaciones que la contradicen, de las medidas y arbitrios que la molestan, de los contratiempos que la descubren, de las circunstancias y disgustos que la emponzoñan; quisiéramos romper las cadenas, inmediatamente volvemos á caer bajo su propio peso, y estando ya insensibles á los placeres que nos disgustan, no hallamos en la culpa mas que la dura esclavitud que nos la hace necesaria: *Ligatus manus, et pedes institis*. Os quejais algunas veces de los rigores de la virtud, amados oyentes míos. Teméis la vida cristiana como una vida de sujecion y tristeza; pero ¿qué hallais en ella que sea tan triste como la que experimentais en el desórden? ¡Ah! si os atreviérais á quejaros de la amargura y tiranía de vuestras pasiones; si os atreviérais á confesar las turbaciones, los disgustos, los furores y las inquietudes de vuestra alma; si nos manifestárais con sinceridad las tristezas que encierra vuestro corazon, no hay destino que no os pareciera mas apreciable que el vuestro; pero disimulais las inquietudes que en vosotros ocasiona la culpa, y exagerais los rigores de la virtud que nunca habeis conocido. Pero para alargar la mano á vuestra flaqueza continuemos la historia de nuestro Evangelio, y veamos en la resurreccion de Lázaro cuáles son los medios que os ofrece la bondad de Dios para salir de ese deplorable estado.

Segunda parte.

16. La fuerza de la virtud divina no se manifiesta menos en la conversion de los pecadores que en la resurreccion de los muertos, como dice el Apóstol; y aquella misma excelente virtud que obró en Jesucristo para sacarle del sepulcro es la que debe obrar en el alma, despues de mucho tiempo de muerte en el pecado, para resucitarla á la vida de la gracia: solamente con esta diferencia, que la voz omnipotente de Dios no halla resistencia alguna en el cadáver que anima y restituye á la vida, pero el alma muerta y corrompida, por decirlo así, con la antigüedad del pecado, parece que solo conserva alguna fuerza y movimiento para oponerse á aquella voz de virtud que llega hasta el abismo en que está sepultada, y que la quiere restituir á la luz y á la vida. No obstante, por mas difícil que sea la conversion de una alma de esta calidad, y por mas raros que sean los ejemplos del espíritu de Dios para enseñarnos á no desconfiar nunca de la divina misericordia cuando quere-

mos sinceramente salir de la culpa, nos propone hoy los medios en la resurreccion de Lázaro.

17. El primero es la confianza en Jesucristo. *Si hubiérais estado aquí*, dice una de las hermanas de Lázaro al Salvador, *no hubiera muerto mi hermano; pero sé que Dios os concederá cuanto le pidiéreis. Yo soy la resurreccion y la vida*, la respondió Jesucristo, *¿lo creéis así? Sí, Señor*, dijo ella, *yo siempre he creído que Vos sois Cristo Hijo de Dios vivo*. Por aquí empieza el milagro de la resurreccion de Lázaro, por una entera confianza en que Jesucristo es poderoso para librarle de la muerte y de la corrupcion. Porque, católicos, la ilusion de que siempre se vale el demonio para hacer inútiles nuestros deseos de conversion, y detener nuestros pasos en este particular, es ponernos en un estado de cobardía y desconfianza, que representa con viveza á nuestra imaginacion los horrores de una vida llena de culpas; nos dice en nuestro interior lo que las hermanas de Lázaro decian á Jesucristo, aunque en distinto sentido. Que esto se habia de haber remediado antes, que nos hallamos demasiado distantes del verdadero camino, que ya no es tiempo para experimentar una mudanza de vida, y que lo inveterado y corrompido de las heridas parece que no deja esperanza de remedio: *Jam festet, quatríduanus est enim*. De este modo nos abandonamos á la pereza y á la ociosidad; y despues de haber irritado la justicia de Dios con nuestros desórdenes ultrajamos su misericordia con los excesos de nuestra desconfianza.

18. Confieso, católicos, que una alma que ha mucho tiempo que se halla muerta en la culpa tiene mucho trabajo en volverse á Dios; que es muy difícil, despues de tantos años de desórden, formarse un corazon nuevo y unas inclinaciones nuevas, y que tambien es muy conveniente que los obstáculos, los trabajos y las dificultades que acompañan siempre á la conversion de las almas de esta clase den á conocer á los grandes pecadores lo terrible que es el haber pasado casi toda la vida en el olvido de Dios. Pero digo que luego que una alma arrepentida de sus delitos quiere sinceramente convertirse no debe desconfiar, por mas antigua que sea la infeccion de sus llagas: sus miserias deben aumentar su compuncion, pero no desanimarla; el primer paso de su penitencia debe ser adorar á Jesucristo como á *la resurreccion y la vida*. Debemos tener una interior confianza de que sus misericordias son mayores que nuestras miserias; debemos estar firmemente persuadidos de que la sangre de Jesucristo es poderosa para lavar en nosotros mas

manchas de las que puede adquirir nuestra corrupcion; de que cuanta menor disposicion halla en sí para la virtud el alma pecadora, mas debe esperar de aquel Señor que gusta de levantar la obra de la gracia sobre la nada de la naturaleza, y que, cuanta mas oposicion tiene en sí al bien, mayor disposicion ofrece en algun modo al poder y misericordia divina, que quiere que conozcamos que todo el bien nos viene del cielo, para que nada pueda el hombre atribuirse á sí mismo.

19. Y á la verdad, amados oyentes míos, por grande que sea el horror de vuestras culpas pasadas, no está el Señor muy lejos de perdonaros cuando ya inspira el deseo y la resolucion de pedirle perdon. En la historia de los Jueces se refiere que el padre de Sanson, asustado con la presencia del Ángel del Señor, que despues de haberle anunciado el nacimiento de un hijo, y mandado que ofreciese sacrificio, habia como un fuego abrasador consumido la hostia y la hoguera, y desaparecido inmediatamente á su vista; asustado, vuelvo á decir, con aquel espectáculo, creyó que él y su mujer iban á ser heridos de muerte porque habian visto al Señor: *Morte moriemur, quia vidimus Dominum*¹. Pero su santa esposa, ilustrada por el divino Espíritu, reprendió su desconfianza. Si el Señor, le dijo, quisiera perdernos, no hubiera hecho bajar fuego del cielo sobre nuestro sacrificio, no le hubiera recibido de nuestras manos, ni nos hubiera manifestado sus secretos y maravillas, y cuanto hasta ahora habíamos ignorado: *Si Dominus nos vellet occidere, de manibus nostris holocaustum et libamenta non suscepisset, nec ostendisset nobis hæc omnia, nec ea quæ sunt ventura dixisset.*

20. Pues lo mismo os digo yo hoy, católicos: teneis por inevitable vuestra muerte y vuestra condenacion; el mal estado de vuestra conciencia os desalienta; aunque las centellas de gracia y de luz que caen en vuestro corazon os muevan, os soliciten, y estén dispuestas á consumir el sacrificio de vuestras pasiones, os persuadís que para vosotros no hay remedio; pues si el Señor quisiera abandonaros y perderos, no haria que bajase fuego del cielo sobre vuestro corazon, no encenderia en vosotros esos movimientos y esos santos deseos de penitencia: *Si Dominus nos vellet occidere, de manibus nostris holocaustum et libamenta non suscepisset.* Si quisiera dejaros morir en la ceguedad de vuestras pasiones, no os manifestaria las verdades de eterna salud, no os las haria ver con una cla-

¹ Judic. xiii, 22.

fidad que os asusta, no abriría vuestros ojos para que viéscis las futuras desgracias de que estais amenazados: *Nec ostendisset nobis hæc omnia, neque ea quæ sunt ventura dixisset*. Además de que, ¿que sabéis si Jesucristo ha permitido que caigais en ese deplorable estado para que el prodigio de vuestra conversion sirva de atractivo á la de vuestros prójimos? ¿Que sabéis si su misericordia ha dispuesto que se hagan públicas vuestras pasiones, para que mil pecadores que han sido testigos de vuestros desórdenes no desesperen de su conversion, y se animen con el ejemplo de vuestra penitencia? ¿Que sabéis si vuestros delitos y escándalos tienen parte en los designios de la bondad del Señor para con vuestros prójimos, y si vuestro estado, que parece desesperado como el de Lázaro, mas ha de ser motivo para que se manifieste la gloria de Dios que ocasion de muerte para vosotros? *Infirmas hæc non est ad mortem, sed pro gloria Dei*.

21. Cuando su gracia convierte á un pecador regular, se ciñe á él solo el fruto de su conversion; pero cuando elige para esto á un pecador famoso, á un Lázaro, que ha mucho tiempo que está muerto y corrompido, entonces se extienden á mas los fines de su misericordia: dispone en una sola mudanza mil mudanzas para lo sucesivo; se forma muchos escogidos en uno solo, y las culpas de un pecador son semilla de mil justos: *Infirmas hæc non est ad mortem, sed pro gloria Dei*. Os acobardais al ver el exceso de vuestras miserias, y acaso ese mismo exceso es el que mas os acerca al feliz momento de vuestra conversion, y puede ser que la bondad de Dios os haya reservado para servir de público monumento de las riquezas de sus misericordias para con los mayores pecadores. *Basta que creais*, como dijo Jesucristo á las hermanas de Lázaro, *y veréis la gloria de Dios*; veréis que vuestros parientes, vuestros amigos y vuestros vasallos, que fueron cómplices de vuestros desórdenes, imitan tambien vuestra penitencia. Veréis que las almas mas perdidas suspiran por la felicidad de vuestra nueva vida, y que el mismo mundo obligado á dar gloria á Dios, al mismo tiempo que se acuerda de vuestros pasados desórdenes, admira el prodigio de vuestro estado presente: *Quoniam si credideris, videbis gloriam Dei*. Sacad de vuestras mismas miserias nuevos motivos de confianza; bendecid anticipadamente la misericordiosa sabiduría de aquel Señor que de vuestras pasiones sabrá sacar nueva utilidad para su gloria. Todo sirve para la eterna salud de sus escogidos; solamente permite los grandes excesos para obrar grandes misericordias. Dios

siempre quiere la salvacion de la criatura, y desde el instante en que queremos volvernos á él no debemos temer el que nos desprecie su justicia, sino el que nuestra voluntad no sea sincera. Y la mas decisiva prueba de nuestra seguridad es el apartarnos de las ocasiones que sirven de obstáculo invencible para nuestra resurreccion y libertad; obstáculos figurados en la piedra con que estaba cubierto el sepulcro de Lázaro, la que desde luego mandó quitar Jesucristo antes de obrar el milagro de la resurreccion: *Tollite lapidem*; quitad la piedra: segundo medio señalado en nuestro Evangelio.

22. Todos los dias estamos viendo pecadores cansados del desorden que quisieran convertirse á Dios, pero no acaban de resolverse á salir de entre aquellos objetos, aquellos lugares, aquellas circunstancias y aquellos escollos que los apartaron de su Majestad: se persuaden que podrán extinguir sus pasiones, acabar el curso de una vida desordenada, y, en una palabra, resucitar antes que se quite la piedra: suelen hacer algunos esfuerzos para ello; consultan á los hombres de Dios, toman algunas medidas para mudar de vida; pero como estas medidas no apartan los peligros, tampoco adelantan su seguridad: pasan tristemente toda su vida en detestar sus cadenas, sin poder conseguir el romperlas. ¿De qué proviene esto, católicos? De que las pasiones no se empiezan á amortiguar hasta que se separan de los objetos que las encendieron: es error el persuadirse que puede mudarse el corazon, siendo para nosotros las mismas todas las cosas de que estamos rodeados. Quereis ser castos viviendo entre los peligros, entre las conexiones, entre las familiaridades y placeres que mil veces han corrompido vuestra alma; quereis empezar á hacer algunas serias reflexiones sobre la eternidad, y á poner algun intervalo de tiempo entre la vida y la muerte, y no quereis ponerle entre la muerte y las distracciones que os impiden pensar en vuestra salvacion. Esperais que os venga el gusto de una vida cristiana en medio de las inquietudes, los placeres, las inutilidades y las esperanzas humanas, de que no quereis privaros. Quereis que vuestro corazon se forme nuevas inclinaciones en medio de todas aquellas cosas que mantienen y mortifican las antiguas, y que la luz de la fe y de la gracia se encienda entre los vientos y tempestades, cuando muchas veces se apaga en lo íntimo del santuario por falta de pábulo y aceite, y suele servir de peligro para las almas tibias y retiradas en la misma seguridad de su retiro.

23. No digais, pues, que no os faltan buenos deseos, pero que aun no ha llegado el tiempo; porque ¿cómo ha de llegar este entre todas las ocasiones que le apartan? ¿Qué buenos deseos son esos que teneis en vuestro corazon, que nunca tienen efecto, ni jamás os mueven á hacer una accion verdadera, ni dar un paso sério para vuestra conversion? Es lo mismo que si dijerais que quereis mudar de vida sin que os cueste trabajo; quisiérais salvaros del mismo modo que os habeis perdido; quisiérais que las mismas costumbres que han apartado de Dios vuestro corazon le volviesen á unir con él, y que lo que hasta ahora os ha servido de ocasion de muerte sirviese tambien de camino y facilidad para vuestra salvacion. Empezad apartando las ocasiones que han servido tantas veces y que aun sirven todos los dias de escollo á vuestra inocencia; quitad la piedra que cierra á la gracia la entrada de vuestra alma: *Tollite lapidem*. Despues de esto tendréis derecho para pedir á Dios que acabe en vosotros su obra: entonces, separados de todos los objetos que mantenian en vosotros las injustas pasiones, podréis decirle: ¡Oh Dios mio! á Vos, Señor, pertenece ahora mudar mi corazon; yo os he hecho sacrificio de todos los afectos que aun podian retenerle; he apartado de mí todos los escollos en que hubiera podido naufragar mi flaqueza; he mudado todas las cosas exteriores que dependian de mí: á Vos, Señor, que sois quien únicamente puede mudar los corazones, os toca hacer lo demás, romper mis invisibles cadenas, vencer los obstáculos interiores, y triunfar de toda mi corrupcion: yo he quitado la fatal piedra que me servia de estorbo para oir vuestra voz, haced ahora que resuene hasta el abismo en que aun estoy sepultado; mandadme salir de este fatal sepulcro, y de este lugar de infeccion y podredumbre, pero mandadlo con aquella poderosa palabra que se hace oir de los muertos, y que es para ellos palabra de resurreccion y de vida: entregadme á vuestros discípulos para que me libren de estos lazos que tienen cautivas todas las potencias de mi alma, y para que el ministro de vuestra Iglesia ponga el último sello á mi resurreccion y libertad. Y este, católicos, es el último medio que se propone en nuestro Evangelio. Luego que quitaron la piedra, dijo el Salvador en alta voz: *Lázaro, ven acá fuera. Sale Lázaro del sepulcro, atado de piés y manos, y Jesucristo le entregue á sus discípulos para que le desaten: Solvite, et sinite abire.*

24. Reparad aquí, católicos, que no manda Jesucristo á los discípulos que desaten á Lázaro hasta que el mismo se ha manifesta-

do fuera del sepulcro; es necesario descubrirnos á la Iglesia, dice san Bernardo, antes de recibir por su ministerio el beneficio de nuestra libertad. *Lázaro, ven acá fuera.* Es decir, continúa, esté santo Padre, ¿hasta cuándo has de permanecer escondido y sepultado en lo interior de tu conciencia? ¿Hasta cuándo habéis de ocultar vuestra iniquidad en vuestro pecho? *Quousque conscientia tua caligo te detinet?* No podeis ignorar, católicos, que no se nos concede la remision de nuestras culpas sino por el canal y ministerio de la Iglesia, y que es necesario descubrir y presentar nuestras cadenas á la piedad de sus ministros, en quienes únicamente reside la autoridad de atar y desatar en la tierra. En este punto me parece que no hay necesidad de instruiros; pero digo que para que la conversion sea sólida y durable es preciso manifestarse todo entero fuera del sepulcro como Lázaro: no hablo aquí de una confesion ordinaria; un pecador inveterado debe empezar desde su infancia, debe registrar la primera raíz de sus pasiones y el principio de su vida, que fue tambien el de sus culpas. No le ha de quedar duda ni oscuridad alguna en la conciencia, ni ha de dejar en las tinieblas las primeras costumbres, con pretexto de que ya se han confesado otra vez; se necesita de una manifestacion universal, y no contar con nada de cuanto antes se ha hecho, poner en el número de nuestros pecados los Sacramentos que hemos recibido y las confesiones que hemos hecho en una vida mundana y desarreglada, mirar nuestra conciencia como un caos en donde jamás ha entrado la luz, y en la que todas nuestras falsas penitencias pasadas no han hecho mas que derramar nuevas tinieblas. Porque, católicos, una alma que se vuelve á Dios despues de los desórdenes del mundo y de las pasiones debe presumir que, habiendo hasta entonces vivido en las afecciones y costumbres pecaminosas, todos los Sacramentos que ha recibido no son para ella mas que profanaciones y delitos.

25. Primeramente, porque no habiendo tenido jamás verdadero dolor de sus culpas, y consiguientemente ni voluntad sincera de enmendarse, los remedios de la Iglesia, en vez de purificarla, han acabado de mancharla, y de hacer mas incurables sus males. En segundo lugar, porque jamás se ha conocido á sí misma, y así nunca puede haberse dado á conocer en el tribunal de la Penitencia. Porque, católicos, el mundo, en donde siempre ha vivido esta alma, en el que siempre ha pensado y juzgado de todo como el mundo; el mundo, vuelvo á decir, no teniendo por prudente y

razonable sino sus máximas y su modo de pensar, ¿cómo podrá conocer la santidad del Evangelio, las obligaciones de la fe y la extensión de estas obligaciones para explicar por menor las transgresiones que la fe condena?

26. Últimamente, porque aun cuando ella hubiera conocido todas sus miserias, no habiendo tenido jamás verdadero dolor, no ha podido manifestarlas; porque solamente el dolor sabe explicarse como se debe, y presentar al natural los males que siente y aborrece. Es necesario tener conmovido el corazon para saber explicar las heridas y miserias del mismo corazon. Un pecador movido de una pasión profana habla con mas viveza y elocuencia; no olvida ninguno de los insensatos y deplorables males que padece, registra todos los secretos de su corazon, sus celos, sus temores y sus esperanzas. Como solamente el espíritu del hombre, dice el Apóstol, sabe lo que pasa en el hombre, solamente el corazon puede saber lo que pasa en el corazon. El dolor da ojos para verlo todo y palabras para explicarlo todo; su lenguaje es inimitable; y así por mas que una alma mundana, y que aun tiene ligado su corazon con todos los desórdenes, vaya á confesarse, nunca se dará bien á conocer: aunque no tenga intencion formal de disimular sus heridas, nunca las manifiesta con todo su horror, porque no las conoce, ni se asusta de ellas; sus palabras dan bien á entender la insensibilidad de su corazon, y es imposible el que manifieste con toda la fealdad las manchas que ella no conoce, y que todavía la agradan. Debe, pues, mirar todo el tiempo de su vida pasada como tiempo de tinieblas y ceguedad, en el que jamás ha visto sino con ojos de carne y sangre, en el que nunca ha juzgado sino por los juicios de la pasión y del amor propio, en el que jamás se ha acusado sino con un lenguaje de error é impenitencia, y en el que jamás se ha manifestado mas que con una falsa é imperfecta luz. No basta quitar la piedra del sepulcro, es necesario que el alma pecadora salga de él por sí misma, que se manifieste claramente, que descubra toda su vida, y que desde la primera edad hasta el feliz tiempo de su libertad nada pueda ocultarse á la vista del ministro que está dispuesto á desatlarla.

27. Pero me diréis que este paso tiene grandes dificultades, que puede introducir en la conciencia la turbacion, la inquietud y el desaliento, y suspender la resolucion de mudar de vida. ¿Es posible, católicos, que habeis de hacer tan penosas y exquisitas pesquisas para aclarar vuestros negocios temporales, y que para esta-

blecer el orden y la seguridad de vuestra conciencia; para no dejar duda en el negocio de vuestra eternidad, os habeis de quejar de que os ha de costar algun trabajo y diligencia? Continuamente estais diciendo, cuando se trata de alguna accion decisiva para la ruina ó conservacion de vuestra fortuna, que nada debe arriesgarse ni quedarse por hacer, que es preciso verlo todo por sí mismo, aclararlo y registrarlo, para no tener despues que arrepentirse; y esta máxima, que es tan prudente en orden á unos intereses frívolos y perecederos, ¿no lo ha de ser en orden al grande y único negocio de la salvacion?

28. ¡Ah, católicos, qué poca fe tenemos! ¿Qué cosa hay de mas importancia para nosotros que el cuidado de disponer la terrible cuenta que hemos de dar al Juez eterno y al escudriñador de nuestros corazones y pensamientos? Esto es, el cuidado de arreglar nuestra conciencia, de disipar sus tinieblas, limpiar sus manchas, aclarar los intereses eternos, asegurar las esperanzas y asegurarnos nosotros mismos de nuestro estado y disposiciones, en cuanto permite la presente condicion, y no ir á presentarnos en el tribunal de Dios como unos necios, desconocidos á nosotros mismos, sin saber lo que somos ni lo que hemos de ser eternamente. Estos son los medios de conversion que se señalan en el milagro de la resurreccion de Lázaro: acabemos ya la historia de nuestro Evangelio, y veamos cuáles son los motivos que determinan á Jesucristo á obrar este milagro.

Tercera parte.

Para entrar desde luego en el asunto sin perder de vista el Evangelio, el primer motivo que parece se propone el Salvador en la resurreccion de Lázaro es enjugar las lágrimas y recompensar las súplicas y la piedad de sus dos hermanas. *Señor*, le dicen, *aquel á quien amais está enfermo*. Y este, católicos, es tambien el primer motivo que determina muchas veces á Jesucristo á obrar la conversion de algun gran pecador: las lágrimas y ruegos de las almas justas que se la piden.

30. Sí, católicos, ya sea que el Señor quiera de este modo hacer la virtud mas respetable á los pecadores, no concediéndoles las gracias sino por la intercesion de las almas justas, ya sea que quiera unir mas estrechamente sus miembros y perfeccionarlos en la unidad y caridad, haciendo que el ministerio de unos sea útil y nece-

sario para otros; lo cierto es que la conversion de los mayores pecadores siempre tiene su principio en las oraciones de los justos. Como todo se hace por los justos en la Iglesia, dice el Apóstol, se puede tambien decir que todo se hace por medio de ellos; y como Dios solamente sufre á los pecadores en su Iglesia para ejercitar la virtud de los justos ó avivar su vigilancia, cuando los saca de sus desórdenes es tambien para consolar su fe y recompensar sus llantos y oraciones. Y así es un principio de justificacion para los mayores pecadores el amar á los justos; es pronóstico de virtud el respetarla en los que la practican; es una esperanza de conversion el buscar la compañía de los justos, apreciar su confianza ó interesarlos en nuestra eterna salud; y aun cuando nuestro corazon gimiera con el peso de unas injustas cadenas, aun cuando el amor al mundo y á los deleites nos apartara de Dios, luego empezamos á amar á sus siervos, como que damos el primer paso en su servicio. Parece que nuestro corazon se cansa de sus pasiones cuando empezamos á gustar de los que las condenan, y que no está léjos el gusto de la virtud luego que gustamos de aquellos á quienes la virtud hace amables.

31. Por otra parte, los justos, sabedores de nuestras flaquezas por nosotros mismos, las presentan continuamente delante del Señor; gimen en su presencia, pidiéndole rompa las cadenas con que aun estamos atados al mundo y á sus placeres; le presentan algunos débiles deseos de virtud, de que algunas veces los hacemos confidentes, para obligar á su bondad á que nos conceda otros mas vivos y eficaces; llevan hasta el pié de su trono algunos principios de bien que han visto en nosotros, para alcanzarnos de su misericordia la perfeccion y plenitud, y movidos mas de nuestras desgracias que de sus necesidades, se olvidan santamente de sí mismos por salvar á sus hermanos que ven perecer en su presencia: ellos solos nos aman por nosotros mismos, porque ellos solos no aman en nosotros mas que nuestra eterna salud; el mundo puede darnos dependientes, aduladores, compañeros en los deleites y desórdenes; pero solamente la virtud nos da verdaderos amigos. Y sino decidme, católicos, los que me escuchais, y que acaso en otro tiempo, como María, fuisteis esclavos del mundo y de las pasiones, y ya movidos de la gracia no os apartais, como ella, de los piés del Salvador, decidme: ¿no es ahora uno de los mas importantes puntos de vuestra nueva vida el pedir continuamente á Jesucristo, como la hermana de Lázaro, la resurrección de vuestros hermanos y la con-

version de aquellas desgraciadas almas que fueron cómplices de vuestras culpables pasiones, y que viviendo aun bajo el poder de la muerte y del pecado arrastran tristemente sus cadenas en los caminos del mundo y del desórden? ¿No estais continuamente dici- ciendo á Jesucristo en la amargura de vuestro corazon, como la hermana de Lázaro: *Señor, el que amais está enfermo?* Esas almas á quienes yo he servido de escollo, y que no os han ofendido tanto como yo, se hallan, no obstante, todavía en las tinieblas de la muer- te y en la corrupcion del pecado, y yo gozo de una libertad de que era mas indiguo que ellas. ¡Ah Señor! no será perfecto el gusto que yo tengo en ser vuestro, mientras vea que mis hermanos perecen desgraciadamente á mi vista. No gozaré enteramente del fruto de vuestras misericordias, mientras no las concedais á unas almas á quienes yo mismo he servido de ocasion de ruina; y no acabaré de creer que me habeis perdonado mis delitos, mientras vea que estos aun subsisten en los pecadores á quienes mi mal ejemplo y mis pa- siones apartaron de Vos: *Domine, ecce quem amas infirmaturus.*

32. No quiero decir, católicos, que debais fiar tanto en las ora- ciones de los justos, que espereis solamente de ellas la mudanza de vuestro corazon y el don de la penitencia; esta es una ilusion muy frecuente, particularmente entre las personas distinguidas del mun- do: se persuaden que respetando la virtud, favoreciendo á los jus- tos, interesándolos á que pidan á Dios su conversion, se caerán sus cadenas por sí mismas, sin que tengan que hacer el menor esfuerzo para libertarse de ellas; viven aseguradas con estas reliquias de fe y de religion, que aun les hace amable y respetable la virtud en los justos; se alegran de no haber llegado aun á aquel punto de liber- tinaje é impiedad tan comun en el mundo, que toma de la vir- tud motivo para censurar y burlarse públicamente. Pero, católicos, de nada sirvió al rey Jehú el haber tributado públicos honores al santo hombre Jonadab: sus vicios subsistian en él con el respeto que tuvo á la virtud del hombre de Dios. De nada le sirvió á He- rodes honrar la piedad del Bautista, y aun gustar de la santa li- bertad de sus discursos; el respeto que tuvo al Precursor no le libró de los excesos de su pasion culpable. Es verdad que los honores que tributamos á la virtud granjean algunos socorros á nuestra flaqueza, pero no justifican nuestros desórdenes. Las oraciones de los justos hacen que el Señor mire con mas atencion nuestras necesidades, pero no que sea mas indulgente con nuestros delitos; nos alcanzan la victoria de las pasiones que empezamos á detestar, pero no de las

que todavía amamos, y en las que queremos continuar viviendo; en una palabra; ayudan nuestros buenos deseos, pero no autorizan nuestra impenitencia.

33. El milagro, pues, de la resurreccion de Lázaro enseña á las almas justas á solicitar la conversion de sus prójimos; pero tambien la conversion y libertad de sus prójimos sirve para animar su tibieza y cobardía. Segundo motivo que se propone Jesucristo; quiere avivar con la novedad de este prodigio la fe de sus discípulos que aun estaba flaca y enferma: *Gaudeo propter vos, ut credatis*. Y este es tambien el fruto que siempre se propone Jesucristo en los milagros de la gracia; obra en presencia vuestra (hablo con los que caminaís mucho tiempo há por los caminos de la justicia) unas conversiones repentinas y extraordinarias, para confundir con el fervor y celo de estas almas, poco antes resucitadas, vuestra libieza y pereza. Si, católicos, no hay cosa mas propia para cubrirnos de confusion y hacernos temblar por las infidelidades que mezclamos con nuestra piedad tibia y enferma que el ver una alma que poco antes estaba sepultada en la corrupcion de la muerte y del pecado, y cuyos desórdenes acaso habian servido á la vanidad de nuestro celo y á la malicia de nuestras censuras; el verla, vuelvo á decir, un instante despues vivificada por la gracia, libre de sus cadenas, y que va con pasos agigantados por el camino de Dios, anhelando mas á las mortificaciones que antes habia deseado los placeres, mas separada del mundo y de sus diversiones de lo que antes habia vivido unida á ellas; que se disputa los mas inocentes alivios, que casi no pone límites á las ansias y á los excesos de su penitencia, y que todos los dias hace nuevos progresos en la piedad, cuando nosotros al mismo tiempo, despues de muchos años de virtud, desfallecemos en los principios de esta santa carrera, despues de haber recibido tantas gracias, de haber conocido tantas verdades, de haber frecuentado tantos Sacramentos. ¡ Ah! aun estamos ligados al mundo y á nosotros mismos con mil injustos lazos; aun estamos muy á los principios de la fe y de la vida cristiana, y mas distantes que al principio de aquel celo y de aquel fervor en que consiste todo el precio y toda la seguridad de una piedad fiel.

34. Católicos; la tremenda profecía de Jesucristo se está cumpliendo todos los dias á nuestra vista. Los publicanos y pecadores, las personas de una conducta escandalosa aun segun el mundo, y que están distantes del reino de Dios como el oriente del ocaso, se convierten, hacen penitencia; admiran al mundo con el espéc-

táculo de una vida retirada, mortificada, y descansarán en el seno de Abraham y de Jacob; y acaso nosotros, que somos tenidos por herederos del reino; acaso nosotros, cuyas costumbres nada presentan al mundo que no sea regular y digno de alabanza, á quienes proponen por modelo de virtud y de una vida arreglada; acaso nosotros, á quienes canoniza el mundo, y que nos gloriamos del nombre y de las apariencias de la piedad, puede ser que seamos despreciados y confundidos con los infieles, por haber procedido siempre con negligencia acerca de nuestra eterna salud, y por haber conservado un corazon mundano aun entre las mismas obras de piedad: *Fili autem regni ejicientur in tenebras exteriores* ¹. Y así, católicos, vosotros á quienes se dirige este discurso, no juzgueis de vosotros mismos, comparándoos interiormente con aquellas almas desordenadas que se dejan arrastrar del mundo y de sus pasiones. Bien podemos ser mas justos que el mundo, y no ser suficientemente justos en la presencia de Jesucristo, porque el mundo está tan corrompido, el Evangelio tan ignorado, la fe tan apagada, las reglas y las verdades tan debilitadas, que lo que respecto del mundo es virtud puede ser tan grande iniquidad en la presencia de Dios. Comparaos si con aquellos santos penitentes que en otro tiempo edificaron á la Iglesia con lo prodigioso de sus austeridades, y cuya vida hoy nos parece tan terrible; con aquellos generosos mártires que entregaban su cuerpo por la verdad, y que entre los mas crueles tormentos saltaban de gozo, contemplando las eternas promesas; con aquellos fieles de los primeros tiempos, que morían todos los dias por Jesucristo, y que en las persecuciones y pérdidas de sus bienes, de sus hijos y de su patria creían que lo poseían todo, porque no habian perdido la fe y la esperanza de una mejor vida: estos son los modelos por donde debeis graduar vuestra virtud, y la hallaréis defectuosa y mundana; si no os parecéis á ellos, aunque tampoco os parezcáis al mundo, pereceréis como él; no basta no imitar las culpas de los mundanos, es necesario tener tambien las virtudes de los justos.

35. Finalmente, no solo quiere la bondad de Jesucristo proporcionar con este milagro á sus discípulos y á los judíos fieles un nuevo motivo para que crean en él, sino que con él quiere tambien su justicia disponer á los judíos incrédulos nueva ocasion de obstinacion ó incredulidad: última circunstancia de nuestro Eyan-

¹ Matth. viii, 11.

gelio. Los judíos toman sus medidas para perder al Señor; quieren dar la muerte al mismo Lázaro, para que no haya entre ellos un testigo tan acreditado del poder de Jesucristo; es verdad que lloraron por su muerte: *Et judæos, qui venerant cum ea plorantes*. Pero apenas resucitó, ya solo le tienen por digno de su furor y venganza; y ved aquí, católicos, el único fruto que regularmente saca la mayor parte de vosotros de los milagros de la gracia, esto es, de la conversion y resurreccion espiritual de los mayores pecadores. Antes que la misericordia de Jesucristo mirase á una alma pecadora con ojos de gracia y de eterna salud, y mientras que entregada al exceso de sus pasiones no solamente estaba muerta en su pecado, sino que esparcia por todas partes la infeccion y el mal olor de sus desórdenes y escándalos, dábais muestras de estar compadecidos de su perdicion y su ignominia, llorábais la desgracia de su suerte, mezclábais vuestras lágrimas y suspiros con las lágrimas y suspiros de sus amigos y parientes: *Et judæos, qui venerant cum ea plorantes*; y el público desórden de su vida hallaba en vosotros un dolor y una compasion de humanidad; pero apenas la resucitó la gracia de Jesucristo, apenas ha salido del sepulcro y del abismo de corrupcion en que estaba sepultada, y da gloria á su libertador con los santos fervores de una piedad sincera y amorosa, cuando inmediatamente os haceis censores de su misma piedad. Antes dábais muestras de compadeceros de los excesos de sus vicios, y ahora os burlais públicamente de los excesos que les atribuíis en la virtud; condenábais antes el ansia que tenían por los deleites, y ahora condenais el amor que tienen á Dios. Convenid, pues, con vosotros mismos, y perdonad, ó al justo, ó al pecador.

36. Y así, católicos, ya que no envidieis la felicidad de una alma que veis salir de sus desórdenes; si la conversion sincera de un pecador que acaso fue compañero de vuestros deleites y excesos os deja absolutamente indiferentes en órden á vuestra eterna salud, á lo menos no insulteis la felicidad de su suerte, no despreciéis en él el don de Dios, no tomeis de los milagros de la gracia, que son tan á propósito para abrirnos los ojos, motivo para cegaros y permanecer incrédulos, y no convirtais los beneficios que Dios hace á vuestros prójimos en un terrible juicio contra vosotros. Algunas veces, católicos, cuando leéis la historia de nuestro Evangelio, os admiráis de que la obstinacion y ceguedad de los judíos pudiese resistir tanto tiempo á los extraordinarios prodigios que obraba Jesucristo; no podeis comprender cómo la resurreccion de los muertos, la cu-

racion de los ciegos de nacimiento, y las demás maravillas que obra en su presencia, no los obligaban á conocer la verdad de su ministerio y la santidad de su doctrina. Decís que vosotros con menos os hubiérais convertido, y que un solo milagro hubiera bastado para que os rindiéseis inmediatamente á la verdad. Católicos, vosotros os condenais por vuestra propia boca; no quiero valirme ahora para refutar este vano discurso de las altas y sublimes pruebas que ofrece la Religion contra la impiedad, y de las que ya me he valido en otra parte. Pero decidme con sinceridad, ¿no es un milagro mayor y prodigioso el que una alma entregada á la culpa y á las mas infames pasiones, que nació con inclinaciones al deleite, á la soberbia, á la venganza, á la ambicion, y que por las disposiciones de su corazon está muy distante del reino de Dios y de todas las máximas de la piedad cristiana; no es un milagro que esta alma renuncie de repente sus deleites, rompa los mas estrechos lazos, reprima las mas violentas pasiones, destruya y mude las inclinaciones mas arraigadas, se olvide de las injurias y de los cuidados del cuerpo y de la fortuna, no halle gusto sino en la oracion, en el retiro, en el ejercicio de las tristes y penosas obligaciones, y ofrezca á la vista del público una mudanza de vida, una resurreccion tan palpable, y el espectáculo de una vida tan diferente de la primera, que el mundo y el mismo libertinaje se vean precisados á dar gloria á la verdad de su mudanza, sin que haya quien la conozca; no es esto, vuelvo á decir, un milagro mayor y mas prodigioso?

37. Pues ¿no está obrando todos los dias la misericordia de Jesucristo estos milagros á vuestra vista? Su santa palabra, aunque puesta en unas bocas flacas y enfermas, ¿no está todas los dias resucitando Lázaros? Vosotros los veis, los conoceis, os admirais, y con todo eso no os moveis. Estas maravillas que hacen resplandecer al dedo de Dios con tanta majestad ¿os atraen á la verdad y á la luz? Estas conversiones mil veces mas admirables que la resurreccion de los muertos ¿os convencen? ¿os llaman á Jesucristo? ¿os restituyen la fe que habeis perdido? ¡Ah! os sucede lo que á los judíos; todo vuestro cuidado se reduce á impugnar ó debilitar la verdad. Disputais á la gracia la gloria de estos prodigios, buscáis sus motivos en las causas puramente humanas, los mirais como prestigios de impostores, atribuíis á los artificios del hombre las mas prodigiosas obras del Espíritu Santo, quereis que una nueva vida no sea mas que un nuevo lazo que se arma á la credulidad pública, y un nuevo camino para mejor conseguir sus fines; y así las obras

de la omnipotencia de Jesucristo os obstinan; los mismos prodigios de su gracia consuman vuestra ceguedad; todo os sirve de motivo de perdicion: Jesucristo es para vosotros piedra de escándalo, cuando debiera ser fuente de vida y de eterna salud; el mal ejemplo de los pecadores os mancha y corrompe, y su penitencia os inquieta y obstina.

38. ¡Gran Dios! permitidme que para poner fin á los desórdenes de una vida llena de culpas levante mi voz desde lo profundo del abismo en que ha tantos años vivo sepultado: las impuras cadenas con que estoy atado me aseguran con tantos nudos á la profundidad del calabozo en que paso mis infelices dias, que á pesar de todos mis buenos deseos permanezco siempre inmoble, y ya casi no puedo hacer esfuerzo alguno para librarme y volverme á Vos, ó Dios mío, á quien he abandonado. Pero, Señor, aun tengo libre la voz del corazon para dirigir hasta el pié de vuestro trono mis pesares, mis suspiros y mis lágrimas desde lo profundo de este abismo, en donde me veis atado y sepultado como otro Lázaro: *De profundis clamavi ad te, Domine*¹. La voz del pecador que se convierte á Vos, Señor, siempre os es una voz agradable. Es aquella voz de Jacob que despierta todo nuestro amor, aun cuando no os presenta mas que las manos de Esaú, cubiertas de sangre y de delitos: *Domine, exaudi vocem meam*. Bastante habeis hasta ahora, Señor, cerrado vuestros santos oidos para no oir mis blasfemias y libres conversaciones; abridlos hoy para que oigan las tristes expresiones de mi dolor, y merezca ¡oh Dios! el nuevo estilo en que os hablo el que me oigais mas favorablemente: *Fiant aures tuæ intendent in vocem deprecationis meæ*. No vengo aquí ¡oh gran Dios! á buscar excusa para mis desórdenes, alegándoos las ocasiones que me han engañado, los malos ejemplos que me han llevado tras sí, la infelicidad de mi estado, la disposicion de mi corazon y mi propia flaqueza; ocultad, Señor, los horrores de mi vida pasada; el único modo de excusarlo es no querer verlos ni conocerlos. ¡Ah! si yo mismo no puedo sufrir su vista, si mis delitos huyen y temen á mis propios ojos, y si me es preciso apartar el rostro para excusar estos temores á mi flaqueza, ¿cómo podrán, Señor, sufrir la santidad del vuestro, si los examinais con aquella severidad que halla manchas aun en la vida mas pura é inocente? *Si iniquitates observaveris, Domine, Domine, quis sustinebit?*

¹ *De profundis clamavi ad te, Domine*. Salmo cxxxix. *Domine, exaudi vocem meam*. Salmo lxxviii. *Fiant aures tuæ intendent in vocem deprecationis meæ*. Salmo lxxviii.

39. Pero Vos, Señor, no sois un Dios semejante al hombre, á quien siempre le cuesta trabajo perdonar y olvidar las injurias de un enemigo. La bondad y la misericordia nacieron en vuestro eterno seno; la clemencia es el primer distintivo de vuestro supremo ser, y no teneis mas enemigos que los que no quieren poner su confianza en las abundantes riquezas de vuestras misericordias: *Quia apud Dominum misericordia, et copiosa apud eum redemptio*. Sí, Señor, á cualquiera hora que una alma pecadora se vuelva á Vos, ya sea en la mañana de la vida, ó cuando declina la edad; despues de los desórdenes de las primeras costumbres, ó despues de haber pasado toda la vida en la disolucion y libertinaje, Vos ¡Dios mio! quereis que siempre espere en Vos, y nos asegurais que el mas alto punto de nuestros delitos no es mas que el primer grado de vuestras misericordias: *A custodia matutina usque ad noctem speret Israel in Domino*. Pero tambien ¡gran Dios! si Vos oís mis súplicas, si llegais á restituirme la luz y la vida que he perdido, si rompeis estas cadenas de la muerte con que aun estoy atado, yo no cesaré, Señor, de publicar vuestras eternas misericordias; olvidaré á todo el mundo, para no pensar mas que en las maravillas de vuestra gracia para con mi alma; glorificaré en todos los instantes de mi vida al Dios que me habrá dado la libertad: mi boca, cerrada siempre para la vanidad, no bastará para explicar los excesos de mi amor y mi agradecimiento, y vuestra criatura, que aun gime bajo el imperio del mundo y del pecado, siendo restituida á su verdadero Señor, bendecirá á su libertador por los siglos de los siglos. Amen.

SERMON

SOBRE

LA INMUTABILIDAD DE LA LEY DE DIOS.

Si veritatem dico vobis, quare non creditis mihi? (Joan. viii, 46).

Si yo os digo la verdad, ¿por qué no me habéis de creer?

1. No basta haber vindicado la evidencia de la ley de Dios contra la afectada ignorancia de los pecadores que la quebrantan; es necesario tambien probar su inmutabilidad contra todos los pretextos que parece autorizan al mundo á que se exima de sus santas reglas. No se contenta Jesucristo con anunciar á los fariseos que algun dia han de ser juzgados por la misma verdad que conocen; que por mas que se la disimulen á sí mismos, el delito de la verdad conocida y despreciada permanecerá siempre sobre sus cabezas. Primeramente, empieza haciéndoles cargo de la evidencia de la ley, para hacerles que atiendan á su propia conciencia; despues les acusa de haber tambien querido oponerse á su inmutabilidad, de haber sustituido costumbres y tradiciones humanas á la perpetuidad de sus reglas, de que las acomodaban al tiempo, á las circunstancias y á los intereses, y les declara que no se alterará ni un punto de su ley hasta el fin de los siglos; que se mudarán el cielo y la tierra, pero que su ley y su santa palabra siempre serán las mismas. Y este, católicos, es el abuso que aun reina entre nosotros contra la ley de Dios. Os he manifestado que, no obstante las dudas y oscuridades con que nuestros deseos disfrazan nuestras obligaciones, la luz de la ley, superior siempre á nuestras pasiones, disipa á pesar nuestro estas tinieblas, y que nunca procedemos de buena fe acerca de las transgresiones que procuramos justificarnos á nosotros mismos. Pero no contentándonos, como los fariseos, con oscurecer la evidencia de la ley, nos oponemos tambien, como ellos, á su inmutabilidad; y como si la ley de Dios pudiera mudarse con las costumbres de los siglos, con la diferencia de condi-

ciones, con la necesidad de los tiempos, nos persuadimos que la podemos acomodar á estas tres circunstancias diferentes, y hallar en ellas pretextos, ó para mitigar su severidad, ó para violar del todo sus preceptos.

2. Y primeramente, el corazon del hombre es inconstante; en cada siglo se ven nacer entre nosotros nuevos usos, los tiempos y las costumbres deciden siempre de nuestros procederes; pero la ley de Dios es inmutable en toda su duracion; siempre es la misma en todos los tiempos y en todos los lugares, y por razon de este primer estado de inmutabilidad ella sola debe ser la regla constante y perpétua de nuestras costumbres: primera reflexion.

3. En segundo lugar, el corazon del hombre es vano; todo lo que nos iguala con los demás hombres ofende nuestra vanidad; apetecemos las singularidades y preferencias, creemos hallar en la elevacion del puesto y del nacimiento privilegios contra la ley de Dios; pero esta ley es inmutable en toda su extension, y hace iguales á todos los estados y condiciones; es la misma para los grandes que para el pueblo, para el príncipe que para los vasallos, y por esta segunda razon de inmutabilidad debe atraer á unas mismas obligaciones toda la variedad de estados y condiciones, de donde nace tanta desigualdad acerca de las particularidades de las costumbres y reglas: segunda reflexion.

4. Finalmente, el corazon del hombre todo lo ordena á sí mismo: se persuade que debe preferir sus intereses á los de la ley, y aun á los del mismo Dios; los mas leves inconvenientes le parecen razones fuertes contra la regla; pero la ley de Dios es inmutable en todos los estados de la vida, y por razon de este último carácter de inmutabilidad no puede haber ni dudas, ni inconvenientes, ni aparentes necesidades que nos dispensen de sus preceptos: última reflexion.

5. Estos son los tres pretextos que opone el mundo á la inmutabilidad de la ley de Dios, los que hoy intento confundir: el pretexto de los usos y costumbres, el pretexto de la clase y del nacimiento, y el pretexto del estado y de los inconvenientes: la ley de Dios es inmutable en su duracion, luego los usos y costumbres no la pueden mudar; la ley de Dios es inmutable en su extension, luego la diferencia de clases y condiciones en nada la alteran; la ley de Dios es inmutable en todos estados, luego los inconvenientes y dudas nunca pueden justificar la mas leve transgresion. Imploremos, etc.: *Ave María.*

Primera parte.

6. Uno de los mas frecuentes y poderosos argumentos que en otro tiempo hacian á los paganos los primeros apologistas de nuestra Religion era la inestabilidad de su moral y la continua variedad de su doctrina. Como no se hallaba en su vana filosofía la plenitud de la verdad, ni habian sus luces, como decia Tertuliano, en aquella soberana razon que ilumina á todos los espíritus y es el inmutable doctor de la verdad, sino en la corrupcion de su corazon y en la vanidad de sus pensamientos, calificaban el bien y el mal segun sus caprichos, y tanto el vicio como la virtud eran entre ellos nombres arbitrarios: *Malum ac bonum pro arbitrario, ac libidine interpretantur*, dice Tertuliano. No obstante, continúa el mismo, es carácter inseparable de la verdad el ser siempre la misma: la inmutabilidad del bien y del mal nace de la del mismo Dios, á quien glorifican ó ultrajan. Su sabiduría, su santidad, su justicia son las únicas reglas eternas de nuestras costumbres; á los hombres no les toca el mudar á su arbitrio lo que ellos no han establecido y lo que es mas antiguo que los mismos hombres: *Hæc est veritatis integritas, non mutare sententiam, nec variare iudicium; non potest aliud esse, quod vere quidem bonum est, seu malum: omnia penes Dei veritatem fixa sunt*. Y así no nos debe causar admiracion que no tuviese cosa fija la moral en las escuelas paganas: entregadas estas á la soberbia y variedad del espíritu humano, la vanidad y no la verdad era la que hacia filósofos; las reglas se mudaban con los siglos, los nuevos tiempos traian consigo nuevas leyes; en una palabra, la doctrina no mudaba las costumbres, sino que la mudanza de las costumbres se llevaba tras sí la de la doctrina. Pero lo que admira es que los cristianos, que han recibido del cielo la ley eterna é inmutable que regla las costumbres, la tengan por tan mudable como la moral de los filósofos, y que se persuadan que las rigorosas obligaciones que desde el principio señalaba el Evangelio á las primeras edades de la Iglesia se han mitigado con la relajacion de las costumbres, y que no se pueden acomodar á la flaqueza y corrupcion de nuestros siglos.

7. Y á la verdad, católicos, el Evangelio, que es la ley de Jesucristo, es inmutable en su duracion; ve mudarse todas las cosas sin mudarse las obligaciones que nos prescribe, porque fundadas en las necesidades y naturaleza del hombre, son tan comunes co-

mo esta ley á todos los tiempos y á todos los lugares. Todo se muda en la tierra, porque todo participa de la mutabilidad de su origen. Los imperios y Estados tienen sus progresos y decadencia. Las artes y las ciencias caen y se levantan con los siglos. Las costumbres se mudan continuamente con el gusto de los pueblos y climas. Dios, desde lo alto de su inmutabilidad, parece que se burla de las cosas humanas, dejándolas en una eterna revolucion: los siglos futuros destruirán lo que nosotros edificamos con tanto cuidado: nosotros destruimos lo que nuestros padres tuvieron por digno de una eterna duracion; y Dios, para enseñarnos el poco caso que debemos hacer de las cosas de la tierra, permite que en ella nada haya fijo ni sólido, sino la misma inconstancia que continuamente las está agitando. Pero la ley de Dios, en medio de estas mutaciones de costumbres y de siglos, siempre permanece como regla inmutable de los siglos y costumbres. El cielo y la tierra pasarán, como dice Jesucristo, pero las palabras santas de la ley no pasarán; hoy se conservan en nosotros del mismo modo que las recibieron los primeros fieles en el nacimiento de la fe; nuestros descendientes las recibirán del mismo modo, y del mismo modo, finalmente, las amarán y adorarán eternamente los bienaventurados en el cielo. El fervor ó el desorden de los siglos nada quita ni pone á su suavidad ó á su rigor; el celo ó la condescendencia de los hombres no las hace mas austeras ni mas acomodadas; el excesivo rigor ó la relajacion de las opiniones y doctrinas dejan en ella toda la prudente sobriedad de sus reglas, y ellas forman aquel Evangelio eterno que en el principio anuncia el Ángel del Apocalipsis desde lo alto del cielo á todas las lenguas y á todas las naciones: *Et vidi alterum Angelum volantem per medium cæli, habentem Evangelium æternum, ut evangelizaret sedentibus super omnem terram*¹.

8. Con todo eso, católicos, cuando os hacemos ver en las costumbres de los primeros fieles el exacto cumplimiento con todas las obligaciones del Evangelio, su despego del mundo, su retiro de los teatros y de las diversiones públicas, su continua asistencia á los templos, la modestia y decencia de sus adornos, su caridad con los prójimos, su indiferencia para todas las cosas perecederas, su continuo deseo de ir á reunirse con Jesucristo; en una palabra, aquella vida sencilla, retirada, mortificada, sostenida con fervorosas oraciones y con el consuelo de los Libros santos, y tal, por últi-

¹ Apoc. XIV, 6.

mo; como la manda el Evangelio á todos los discípulos de la fe ; cuando os hacemos presentes, vuelvo á decir, aquellos antiguos modelos, para que conozcáis la diferencia entre las antiguas costumbres y las vuestras, y lo distantes que os hallais del reino de Dios, en vez de atemorizaros al veros tan distintos, que apenas se puede creer que seais discípulos del mismo maestro y que profesais la misma ley, nos reprendeis de que continuamente os estamos molestando con la memoria de aquellos primeros tiempos, de que no hablamos mas que de la primitiva Iglesia, como si fuera posible conformar nuestras costumbres con aquellas, de las que al cabo de tanto tiempo no ha quedado señal alguna, las que hoy son impracticables entre nosotros, y que están ya universalmente abolidas por el tiempo y por otras costumbres contrarias ; decís que es necesario acomodarse á la condicion de los hombres, que seria muy bueno que se hubiese conservado el primer fervor en la Iglesia, pero que con el tiempo todo se relaja, y que el quereros reducir á la vida de los primeros fieles no es proponeros medios para la salvacion, sino solamente persuadiros que nadie debe aspirar á ella.

9. Pero, católicos, primeramente os pregunto : el tiempo y los años, que tanto han alterado la pureza del Cristianismo, ¿ han alterado acaso la del Evangelio? ¿ Acaso por haberse hecho los hombres mas sensuales y desenfrenados se han hecho las reglas del Evangelio mas cómodas y favorables á las pasiones? La relajacion de las costumbres ¿ puede haber mitigado las máximas de Jesucristo? Cuando profetizó en su Evangelio que en los últimos tiempos, esto es, los siglos en que tenemos la desgracia de vivir nosotros, casi no habria fe en la tierra, que en ella apenas seria conocido su nombre, que serian destruidas sus máximas, que las obligaciones serian incompatibles con las costumbres, y que hasta los justos casi se dejarían inficionar del universal contagio y arrebatar del torrente del mal ejemplo, ¿ añadió por ventura que entonces, para acomodarse á la corrupcion de estos últimos tiempos, aliojaria algo en la severidad de su Evangelio, que consentiria que las costumbres introducidas por la ignorancia y desórden de los siglos sucediesen á las reglas y obligaciones de su doctrina, que entonces pediria á sus discípulos infinitamente menos de lo que les pedia en el nacimiento de la fe, y que su reino, que en el principio solamente se prometió á la mortificacion, se concederia entonces á la pereza y ociosidad? ¿ Por ventura, os vuelvo á preguntar, añadió

alguna de estas cosas? Al contrario, declaró á sus discípulos que entonces, en estos últimos tiempos, habria mas necesidad que nunca de velar, orar, ayunar y retirarse á los montes para librarse de la general corrupcion; les declaró que entonces serán desgraciados los que queden expuestos en medio del mundo; que casi no estarán seguros sino aquellos que renunciaren todas las cosas y que huyeren de las ciudades, y acaba volviéndoles á exhortar que velen y oren continuamente, para que no sean comprendidos en la general condenacion: *Vigilate itaque, omni tempore orantes, ut digni habeamini fugere ista omnia, quæ futura sunt*¹.

10. Y á la verdad, católicos, cuanto mas se aumentan los desórdenes, mas atenta y fervorosa debe ser la devocion; cuanto mas cercados estamos de peligros, mas necesaria nos es la oracion, el retiro y la mortificacion: el desorden de las costumbres de éstos tiempos añade nuevas obligaciones á las que habia en tiempo de nuestros padres; y en vez de ser mas fácil el camino de la salvacion que en los primeros tiempos, perecerémos con una virtud mediana, cuando entonces defendida esta con el comun ejemplo acaso hubiera bastado para asegurarnos la salvacion.

11. Por otra parte, católicos, os pregunto en segundo lugar: ¿estais verdaderamente persuadidos de que los rigurosos preceptos del Evangelio, aquellos máximas de cruz, de mortificacion, de abnegacion y de desprecio del mundo, fueron hechas solamente para las primeras edades de la fe? ¿Creeis que Jesucristo destinó todos los rigores de su doctrina para aquellos hombres castos, inocentes, caritativos y fervorosos que vivian en aquellos felices tiempos de la Iglesia? para aquellos hombres que por sí mismos se prohibian todos los placeres? para aquellos primeros héroes de la Religion que casi todos conservaban hasta el fin la gracia de la regeneracion que los habia hecho cristianos? ¿Os parece, católicos, que Jesucristo en recompensa de su fidelidad y celo les habia de agravar el yugo, guardando toda la suavidad de este para los hombres corrompidos de nuestros siglos? ¿Os parece, católicos, que Jesucristo solamente habia de haber hecho severas leyes de pudor, de modestia y de retiro para aquellas primeras mujeres cristianas que renunciaban á todo por agradarle, que no pensaban mas que en el Señor y en su esposo, que encerradas en el retiro de sus casas criaban sus hijos en la fe y en la piedad, como las Electas, las Eunices, y otras

¹ Luc. XII, 36.

herofnías de la fe; y que hoy no habia de pedir tanto á unas mujeres ociosas, sensuales y mundanas, que están continuamente ofendiendo nuestra vista con la indecencia de sus adornos, y que corrompen los corazones con la libertad de sus costumbres y con los lazos que ponen á la inocencia? ¿Qué seria en este caso de la equidad y prudencia tan ponderada de la moral cristiana? ¿Se habia de pedir mas al que debe menos? Las transgresiones de la ley ¿habian de ser motivo de que hubiesen sido dispensados de su severidad los que la quebrantan? El tener mas pasiones ¿habia de bastar para hallarse con derecho de satisfacerlas? ¿Se habia de allanar el camino del cielo para los pecadores, conservando al mismo tiempo toda su aspereza para los justos? Los hombres ¿habian de tener menos necesidad de las virtudes, solo por ser mas viciosos?

12. Aun mas; permitidme, católicos, que añada en último lugar: si la mudanza de las costumbres pudiera mudar las reglas; si las costumbres pudieran justificar los abusos, la ley eterna de Dios se acomodaria á la inconstancia de los tiempos y al ridículo gusto de los hombres, y así habria necesidad de un Evangelio para cada siglo y para cada nacion; porque las presentes costumbres no reinaban en tiempo de nuestros padres: tampoco es verosímil que pasen á nuestra última posteridad, ni son comunes á todos los pueblos que como nosotros adoran á Jesucristo; luego estas costumbres ni pueden ser nuestra regla ni mudarla, porque la regla es propia de todos los tiempos y de todos los lugares: las nuevas costumbres no pueden formar para nosotros un nuevo Evangelio, pues aun cuando nos le anunciara un Ángel del cielo, no debiéramos creerle, y si pudiera seguir las mudanzas de los hombres, no seria seguro para ellos, ni tendria mas autoridad que una ley humana; y así no se debe juzgar de las reglas y obligaciones por los usos y costumbres, sino que se ha de juzgar de estas por las obligaciones y por las reglas; por lo que la ley de Dios debe ser la regla constante de los tiempos, y no servir la variacion de los tiempos de regla á la ley de Dios. Y así no nos volvais á decir, católicos, que ya no son los mismos los tiempos, porque la ley de Dios siempre es la misma; que no podeis reformar unas costumbres que están universalmente establecidas, porque no se os encarga la reforma del universo, sino que os reformeis á vosotros mismos, y que salveis el alma que se os ha confiado: esto es lo que os pide; no digais tampoco que los primeros cristianos tenian ó mas valor, ó mas gracia que nosotros; lo que sí tenian era mas fe, mas cons-

tancia, mas amor á Jesucristo, y mas desprecio del mundo : solo en esto se distinguian de nosotros.

13. ¿No tenemos nosotros las mismas fuentes de las gracias que ellos, el mismo ministerio, el mismo altar y la misma víctima? ¿No corren las misericordias del Señor con la misma abundancia sobre su Iglesia? ¿No tenemos aun entre nosotros muchas almas puras y santas que resucitan la fe y el fervor de los primeros tiempos, y que son unas pruebas vivas de la posibilidad de las obligaciones y de las misericordias del Señor para con su pueblo? No digais, pues, dice el Espíritu Santo, que los tiempos precedentes eran mejores que los nuestros : *Ne dicas quod priora tempora meliora fuere, quam nunc sunt. Stulta enim est hujusmodi interrogatio* ¹. Siempre ha costado algun trabajo el seguir á Jesucristo ; en todos tiempos ha sido preciso llevar su cruz, no conformarse con el siglo corrompido, y vivir como extraños en la tierra. Los Santos en todos los tiempos han tenido las mismas pasiones que vencer que nosotros, los mismos abusos que evitar, los mismos engaños que temer, y los mismos obstáculos que superar. Si en esto hay alguna diferencia, está en que en los primeros tiempos no solamente habia que evitar las costumbres arbitrarias, no solamente habia que temer las burlas del mundo contra los que se declaraban por Jesucristo, sino que tambien era preciso exponerse á los mas crueles suplicios. Era preciso despreciar el poder de los Césares y el furor de los tiranos ; era preciso negarse á creer unas supersticiones respetables por su antigüedad, autorizadas con las leyes del imperio y con el consentimiento de casi todos los pueblos. En una palabra, era preciso armar á todo el universo contra sí mismo ; pero la fe de aquellos piadosos hombres era mas fuerte que los suplicios, que los tiranos, que los Césares y que todo el mundo ; y la nuestra no puede resistir á la locura de las costumbres ó á la puerilidad de una burla ; y el Evangelio, que en otro tiempo podia hacer mártires, apenas puede hoy formar un fiel. Es, pues, la ley de Dios inmutable en su duracion, siempre la misma en todos los tiempos y en todos los lugares ; pero tambien es inmutable en su extension, y la misma en todos los estados y en todas las condiciones : esta es la segunda reflexion.

¹ Eccles. vii, 11.

Segunda parte.

Y 14. El mas esencial carácter de la ley de Jesucristo es reunir bajo unas mismas reglas al judío y al gentil, al griego y al bárbaro; á los grandes y al pueblo, al príncipe y á los vasallos. En Jesucristo no hay acepcion de personas; la ley de Moisés, á lo menos en sus usos y ceremonias, no fue dada mas que á un pueblo solo; pero Jesucristo es legislador universal; su ley es para todos los hombres como su muerte: vino á hacer un solo pueblo de todos los pueblos, y á formar un solo cuerpo de todas las condiciones y estados; este cuerpo se anima con un mismo espíritu, y se gobierna por unas mismas leyes; aunque en él se ejerzan diferentes funciones, y se ocupen distintos puestos mas ó menos honrosos, siempre es uno mismo el movimiento que rige todos los miembros: el Evangelio destruyó todas aquellas odiosas distinciones que dividian antiguamente á los hombres; esta santa ley no conoce pobre ni rico, noble ni plebeyo, señor ni esclavo; no atiende en los hombres á otro título mas que al de la fe, que á todos los iguala; no los distingue por sus nombres ni por sus puestos, sino por sus virtudes, y los mas grandes á su vista son aquellos que son mas santos. Con todo eso hay otra ilusion muy comun contra la inmutabilidad de la ley de Dios, y es el persuadirse que se muda y se mitiga en favor de la clase y de la nobleza; que son menos austeras sus obligaciones para aquellas personas de elevado nacimiento, y que los obstáculos que los grandes puestos y las costumbres anejas á la grandeza oponen á la observancia de las severas obligaciones del Evangelio, y que hacen casi imposible su práctica á los grandes; hacen tambien mas inocente su transgresion. Nos figuramos que los abusos que la costumbre ha permitido en todos tiempos á los grandes les están tambien concedidos por la ley de Dios, y que para ellos hay otro camino para la salvacion distinto de el del pueblo. De esto proviene la transgresion en general de todas las leyes de la Iglesia; de aquí proviene el no hacer distincion entre los dias consagrados al ayuno y los demás tiempos del año, y el que se mire este desórden como un privilegio que se niega á la plebe, y reservado para los grandes del mundo; de esto proviene el que no vivamos mas que para los sentidos, que no cuidemos mas que de satisfacerlos, que nada neguemos al gusto, á la vanidad, á la curiosidad, al ocio, á la ambicion, y que nos miremos

como á nuestros propios dioses; la misma prosperidad que facilita todos estos excesos los excusa y justifica.

15. Pero, católicos, vuelvo á deciros que el Evangelio es la ley de todos los hombres: grandes y plebeyos, todos prometisteis su observancia en la sagrada fuente del Bautismo. Cuando la Iglesia os admitió entre el número de sus hijos, no propuso á los grandes otras oraciones ni otras reglas que observar distintas de las del simple pueblo; todos hicisteis allí unas mismas promesas; todos jurasteis en presencia de los altares observar un mismo Evangelio; entonces no os preguntó la Iglesia si érais grande ó plebeyo por vuestro nacimiento segun la carne, sino si por vuestra regeneracion en Jesucristo queráis ser fiel, y obligaros á seguir su ley: en virtud del juramento que hicisteis puso el santo Evangelio sobre vuestras cabezas, en señal de que os sujetábais á su sagrado yugo. Pues, católicos, todas las obligaciones del Evangelio se reducen á dos puntos: unas se dirigen á combatir y debilitar la corrupción que sacamos con nosotros al tiempo de nacer; otras á perfeccionar aquella primera gracia de cristianos que recibimos en el Bautismo; esto es, unas para destruir en nosotros el viejo Adán; y otras para hacer que crezca dentro de nosotros Jesucristo: la violencia, la abnegacion y la mortificacion son del número de las primeras; la oracion, el retiro, la vigilancia, el desprecio del mundo y el deseo de los bienes invisibles son de las segundas: á esto se reduce todo el Evangelio. Ahora os pregunto: en estos dos géneros de obligaciones ¿hay alguna cosa en que os pueda dispensar la clase ó el nacimiento? ¿Debeis acaso vosotros orar menos que los demás fieles? ¿Teneis menos gracias que pedir que ellos? ¿Teneis menos obstáculos que vencer, menos lazos que evitar, ó menos deseos que combatir? Antes bien, cuanto mas ensalzados os hallais, menos se os aumentan los peligros, mas ocasiones de caida se os presentan, mas amable os es el mundo, todas las cosas favorecen mas vuestras pasiones, y en todo hallais mas oposicion á vuestros buenos deseos. En un estado, pues, tan terrible para vuestra salvacion, ¿podréis hallar privilegios que os la hagan mas fácil y asequible? Luego cuanto mas elevada sea vuestra clase, mas necesaria os es la mortificacion; porque cuanto mas se corrompe vuestro corazon con los placeres, mas indispensable os es la vigilancia, porque son mas frecuentes los peligros; mas viva debe ser vuestra fe, porque todo lo que la rodea la debilita y apaga; mas continua debe ser vuestra oracion, porque necesitais de mas abundantes gracias para defen-

deros; la pobreza de corazón debe ser mas heroica, porque es mas inevitable el amor á las cosas de la tierra; finalmente, cuanto mas ensalzados os hallois, mas difícil os es la salvacion, y este es el único privilegio que podeis esperar de vuestra elevacion. ¡Oh gran Dios! Vos, Señor, continuamente nos estais avisando que vuestro reino no es mas que para los pobres y pequeñuelos: hablais de lo difícil que es la salvacion para los grandes y poderosos en unos términos que parece les quitaria toda la esperanza de aspirar á ella, si no supiéramos que quereis salvar á todos los hombres, y que aun es mas poderosa vuestra gracia para santificarnos que la prosperidad para corrompernos.

16. Y á la verdad, católicos, si la elevacion y la grandeza hicieran nuestro estado mas feliz y favorable en orden á nuestra salvacion, seria inútil el que la doctrina de Jesucristo nos enseñase á temer las grandezas y prosperidades humanas: en vano nos diria que son bienaventurados los que lloran y padecen aflicciones acá en la tierra; que son desgraciados los que se regocijan y viven en la abundancia, y, finalmente, que el recibir la recompensa en este mundo con los bienes y honores perecederos que en él se disfrutan es un pronóstico casi cierto de que no debemos esperarla en el otro. Al contrario, la grandeza y prosperidad serian un estado digno de envidia, aun segun las reglas de la fe; seria preciso llamar felices, contra las máximas de Jesucristo, á los que viven entre los placeres y la opulencia, pues además de gozar las comodidades de una fortuna halagüena, hallarian tambien un camino para la salvacion mas suave y mas fácil que en un estado oscuro; los que padecen y viven afligidos acá en la tierra serian los mas desgraciados de todos los hombres, pues seria preciso añadir á todas las amarguras de su estado las del Evangelio, mas rigurosas y austeras para ellos que para aquellas personas que han nacido en la abundancia. ¡Qué nuevo Evangelio seria preciso anunciaros, católicos, si fueran estas las reglas de la moral de Jesucristo! Pero aun no he dicho bastante: aun cuando la prosperidad no pidiera mas severas precauciones por razon de los peligros de que está rodeada, pediria á lo menos mas rigurosas compensaciones por razon de las culpas y excesos que son inseparables de ella. ¡Ah! católicos, ¿conocen límite alguno las pasiones de los poderosos? ¿No son entre ellos mas vivas las envidias, mas perpétuos los rencores, mas aplaudidas las venganzas, mas crueles las murmuraciones, mas desmesurada la ambicion y mas

monstruosa la sensualidad? ¿No adelanta siempre el desorden entre los grandes alguna cosa sobre los delitos comunes? ¿No se disponen con tal arte las mismas disoluciones, que para precaver los disgustos que son inseparables de los excesos se buscan en los delitos alivios contra la tristeza que deja la culpa? ¿Qué condescendencia podeis, pues, prometeros de parte de la Religion? Si los mas justos son responsables de toda la ley, ¿podrán eximirse de ella los mayores pecadores? Medid vuestras obligaciones por vuestros delitos, y no por vuestra clase. Juzgad de vosotros mismos por los ultrajes que habeis hecho á Dios, y no por los vanos respetos que os tributan los hombres. Contad los dias y los años de vuestras culpas, que serán los eternos títulos de vuestra condenacion, y no los años y siglos de la antigüedad de vuestro origen, que no forman mas que unos vanos títulos escritos sobre las cenizas de vuestros sepulcros. Examinad lo que debeis á Dios, y no lo que os deben los hombres. Si el mundo hubiera de juzgaros podríais prometeros esas distinciones y preferencias; pero el mismo mundo ha de ser tambien juzgado, y el que le ha de juzgar á él y á vosotros no distinguirá en los hombres sino sus vicios y virtudes; no preguntará por los nombres sino por las obras; y así regulad por esta regla las distinciones que debeis esperar.

17. Por eso, católicos, no vemos que Jesucristo propusiese en el Evangelio á los príncipes del pueblo y á los grandes de Jerusalem otras máximas distintas de las que propuso á los plebeyos de Judea y á sus discípulos, que todos eran de la ínfima clase del pueblo. Del mismo modo habla en la capital de Judea, y en presencia de los mas ilustres sujetos de toda la Palestina, que en las riberas del mar, ó en el monte delante de la plebe que le seguia. No muda sus máximas, aunque se mude la clase de los oyentes. La cruz, la mortificacion, el desprecio del mundo, la abnegacion de sí mismo y el huir de los placeres es lo que predica en Jerusalem, corte de los reyes, como en Nazaret, lugar el mas despreciable de Judea; lo mismo dice á aquel jóven que poseia tantas riquezas que á los hijos del Zebedeo que no tenian mas caudal que sus pobres redes; y á las hermanas de Lázaro, que eran de distinguido nacimiento en la Palestina, que á la mujer de Samaria, que era de baja suerte. Sus mismos enemigos confesaban que este era carácter propio suyo, y se veian precisados á publicar que enseñaba el camino de Dios con verdad, y que no hacia distincion de clases ni de perso-

nas : *Scimus quia verax es, et viam Domini in veritate doces : non enim respicis personam hominum* ¹.

18. Pero ¿qué digo? El tenerse el Evangelio, aun despues de su muerte, por una doctrina bajada del cielo, es porque prescribiendo á los grandes y poderosos unas máximas tristes y penosas, tan incompatibles, al parecer, con su estado, no han dejado, con todo eso, de someterse al yugo de Jesucristo, y abrazar una ley que en medio de su prosperidad y abundancia no les permitia mas placeres y regalos acá en la tierra que á los pobres y al simple pueblo. Y á la verdad, católicos, ¿por qué los primeros defensores de la fe habian de mirar la conversion de los Césares y de los poderosos del siglo como prueba de la verdad y divinidad del Evangelio? ¿Qué habria que admirar en que los ricos y poderosos abrazasen una doctrina que los distinguiese del pueblo, usando con ellos de mayor indulgencia, y que al mismo tiempo que á otros manda llorar, ayunar, sufrir la cruz y la mortificacion, dispensase de estos trabajos á los grandes, y consintiese que las profusiones, los placeres, las sensualidades, los juegos y los espectáculos, tan rigurosamente prohibidos para el comun de los fieles, les sirviese á ellos de una inocente ocupacion, y que el camino que para los demás es de perdicion fuese para ellos de salud eterna? En este caso seria la prudencia humana la que hubiera fundado el Evangelio, y no la locura de la cruz, por hablar en frase de la Escritura : nuestra fe seria obra de los artificios y respetos humanos, y no del brazo del Todopoderoso : dependeria de la carne y de la sangre, y no de la virtud de Dios ; y la conversion del universo en nada excederia á las supersticiones y sectas.

19. Y á la verdad, católicos, si el Evangelio hubiera de hacer alguna distincion y usar de alguna condescendencia ; si la ley de Dios pudiera aliojar en algo de su severidad, ¿os parece que seria en favor de aquellos que nacen en la elevacion y en la abundancia? ¿Os parece que habia de conservar todo su rigor para los pobres y desgraciados? que habia de condenar á las lágrimas, á los ayunos, á la penitencia y al desprecio de todas las cosas á aquellos infelices que casi pasan toda su vida entre trabajos y amarguras, y que en su miserable estado no gozan otro consuelo que el comer escasamente el pan que ganan con el sudor de su rostro, y que habia de dispensar de sus rigurosas obligaciones á los grandes de la

¹ Matth. xxii, 16.

tierra? ¿No habia de mandar cosa alguna trabajosa á aquellos que tienen repartidos sus dias entre la diversidad de placeres, reservando toda su indulgencia para aquellas almas ociosas y sensuales que no tienen mas vida que la de los sentidos, que se persuaden que no están en la tierra mas que para gozar en ella de una injusta felicidad, y que no conocen mas Dios que á sí mismos? ¡Gran Dios! ¡oh qué ceguedad derrama vuestra divina justicia sobre las prosperidades! Despues que han corrompido el corazon, apagan tambien todas las luces de la fe. Rara vez sucede que los grandes, que tan instruidos se hallan acerca de los intereses de la tierra, de los caminos de la fortuna y de la gloria mundana, de las ocultas máquinas que hacen mover las cortes y los imperios, no vivan en una profunda ignorancia acerca de los caminos de la salvacion. El mundo les ha acostumbrado de tal modo á que sean preferidos, que se persuaden que tambien han de hallar preferencia en la Religion, y porque los hombres les agradecen las mas leves expresiones que hacen en su favor, les parece ¡oh Dios mio! que Vos los habeis de mirar con los mismos ojos que el hombre, y que en cumpliendo con algunas cortas obligaciones de la piedad, y dando algunos cortos pasos por Vos, hacen aun mas de lo que deben; como si las mas mínimas obras de religion que practican adquiriesen nuevo mérito por razon de su clase, cuando á vuestra vista no tienen otro mas que el de la fe y la caridad que las anima. Y así, católicos, la ley de Dios, inmutable en toda su extension, es la misma para todas las condiciones, para los grandes y para el pueblo, y además de esto es tambien inmutable en todos los estados de la vida: no hay circunstancia, por difícil que parezca, ni urgencia, ni peligro aparente, ni pretexto del bien público en que pueda tenerse por cosa legítima ni necesaria el quebrantarla; esta debiera ser mi última reflexion, pero procuraré abreviar. Y así todo nos parece razon y necesidad que nos dispensa de las obligaciones que nos impone la ley de Dios. Las ocasiones menos peligrosas, las circunstancias de menos inconvenientes nos sirven de pretextos para quebrantarla con seguridad, y nos persuaden que la ley de Dios seria injusta y demasiado gravosa á los hombres, si en tales circunstancias no usara de condescendencia con nosotros.

20. La ley de Dios nos manda dar á cada uno lo que es suyo, que minoremos nuestros gastos para pagar las deudas que hemos contraido por nuestros excesos, y que no permitamos que por nuestras locas profusiones padezcan los infelices acreedores. Con todo

eso nos persuadimos que el que ocupa un puesto grande debe mantener el esplendor de la pública dignidad; que es honor del monarca el que no afrentemos con exterioridades de bajeza y miseria el alto puesto que nos ha confiado; que somos deudores al príncipe, al Estado y á nosotros mismos, antes de serlo á los demás; y que en este caso el honor público debe preferirse á las reglas particulares. La ley de Dios nos manda sacar el ojo que escandaliza, y arrojarle de nosotros; que nos apartemos de aquel objeto que siempre ha sido el escollo de nuestra inocencia, y contra el que nunca hemos tenido seguridad alguna; pero el ruido que podría causar el rompimiento, las sospechas que ocasionaria en el público, los lazos de la sociedad, del parentesco ó de la amistad, que parece hacen imposible esta separacion, nos persuaden que no se nos manda en este caso, y que estábamos seguros en un peligro que tenemos por inevitable. La ley de Dios nos manda glorificar á la verdad, y no hacer traicion á nuestra conciencia, reteniéndola con injusticia; esto es, no disimularla por intereses humanos á aquellos á quienes tenemos obligacion de manifestársela: con todo eso nos persuadimos que deben suprimirse aquellas verdades que serian inútiles, y que una libertad, de la que no sacaríamos mas fruto que exponer nuestra fortuna y hacernos odiosos, sin hacer mejores á aquellos á quienes somos deudores de la verdad, mas seria indiscrecion que ley de la caridad y de la justicia. La ley de Dios nos manda no buscar en los cargos públicos mas que la utilidad de los pueblos, para lo que únicamente se nos ha confiado la autoridad; que nos consideremos como encargados de los intereses de la multitud, como vengadores de la injusticia, y asilos contra la opresion y la miseria; y no obstante esto nos persuadimos que algunas veces nos hallamos en circunstancias en que es preciso cerrar los ojos á la iniquidad, defender los abusos que conocemos ser insufribles, sacrificar la conciencia y la obligacion á la necesidad del tiempo, y violar sin escrúpulo los mas claros preceptos, porque los inconvenientes que nacieran de su observancia parece que hacen necesaria la transgresion. Finalmente, los pretextos, los intereses, los inconvenientes humanos hacen siempre inclinar la balanza al lado de la transgresion, y que la obligacion y la ley de Dios cedan siempre á la necesidad y circunstancias del tiempo.

21. Ahora bien, católicos, quiero pasar en silencio que el interés de la salvacion es el mayor de todos; que la vida, la fortuna, la fama, y aun todo el universo, comparados con nuestra alma,

en nada deben estimarse, y que aun cuando se mudaran el cielo y la tierra, aun cuando hubiera de perecer todo el universo, y venir sobre nosotros todos los males, siempre serian infinitamente menores estos inconvenientes que la transgresion de la ley de Dios. Tambien quiero omitir el que por lo menos la ley tiene siempre á su favor la seguridad contra los pretextos; porque la obligacion de la ley es clara y evidente, pero la justicia del pretexto que introduce la excepcion siempre es dudosa; y así el preferir el pretexto á la ley es dejar un camino seguro, y escoger otro de cuya seguridad nadie puede salir por fiador. Por último, tampoco quiero detenerme en decir que no habiéndonos dado el Evangelio mas que para desprendernos del mundo y de nosotros mismos, y para hacernos morir á todos los terrenos afectos, es un engaño el mirar como inconvenientes ciertas consecuencias de esta divina ley, que son funestas, ó á nuestra fortuna, ó á nuestra fama, ó á nuestro sosiego, y persuadirnos que entonces nos es permitido recurrir á los arbitrios que la mitigan, y que pretenden conciliar su severidad con los intereses de nuestro amor propio: no fue el intento de Jesucristo mandarnos obligaciones fáciles, acomodadas y que no costasen trabajo á nuestras pasiones; vino á introducir en nuestros corazones la espada y la separacion, á dividir al hombre de sus parientes, de sus amigos y de sí mismo, á manifestarnos un camino áspero y difícil; y así lo que nosotros llamamos inconvenientes y extremos inauditos no son en la realidad mas que el espíritu de la ley, las consecuencias mas naturales de sus reglas, y el fin que se propuso Jesucristo cuando nos las intimó.

22. Aquel jóven del Evangelio miraba como inconveniente el no poder ir á tributar á su padre los últimos respetos y á recoger su patrimonio si seguia á Jesucristo, y este era justamente el sacrificio que el Señor le pedia. Aquellos hombres que fueron llamados al festin miraban como inconvenientes, uno el abandonar su casa de campo; otro su comercio, y el último el dilatar la solemnidad de sus bodas; y el fin que tuvo el padre de familias en convidarlos á que asistiesen al festin fue precisamente para que rompiesen todos estos lazos con que aun estaban demasiado unidos á la tierra. Ester miraba en el principio como inconveniente el haber de presentarse delante de Asuero contra la ley del imperio, y el haberse de declarar por hija de Abraham y protectora de los hijos de Israel; y con todo eso, como se lo declaró el prudente Mardoqueo, no habia tenido el Señor otro fin en elevarla á aquel grado de pros-

peridad y grandeza que el proporcionarla una ocasion tan importante. Todo lo que nos molesta nos sirve de razon contra la ley, y tenemos por inconvenientes las mismas obligaciones.

23. Por otra parte, católicos, ¿no es cierto que el principal mérito de nuestras obligaciones nace de los obstáculos, que nunca dejan de oponerse á su práctica? que el mas esencial carácter de la ley de Jesucristo es sublevar contra sí todas las razones de la carne y de la sangre, y que la virtud se pareceria al vicio si dentro y fuera de nosotros no hallara sino facilidades y conveniencias? Los justos nunca han sido pacíficos observadores de las santas reglas. Abel halló contradiccion en la envidia de su propio hermano: Noé en la incredulidad de sus ciudadanos: Abrahan en las disputas de sus criados: José en los peligros á que le expuso su amor á la castidad y el furor de una mujer infiel: Daniel en las costumbres de una corte profana: el piadoso Esdras en las de su siglo: el generoso Eleázaro en los lazos del fingimiento que le aconsejaban; finalmente, registrad la historia de los justos, y veréis que en todos los siglos cuantos han seguido los preceptos y ordenanzas de la ley han hallado inconvenientes en donde parecia que la misma justicia autorizaba la transgresion de las reglas; han hallado obstáculos en un camino en donde las luces de la razon humana parecian decidir en favor del pretexto contra la ley; en una palabra, en donde la virtud parecia condenar á la misma virtud; y así no es nuevo el que la ley de Dios halle obstáculos en todas partes; pero sí es nuevo el querer hallar en estos inconvenientes excusas legítimas que nos eximan de la ley de Dios. Y la razon decisiva que confirma esta verdad es, que nuestras pasiones son las que forman los inconvenientes que nos autorizan para buscar interpretaciones favorables contra nuestras obligaciones y contra la ley de Dios, y que los fines de la fortuna, de la gloria mundana y del favor solamente nos obligan á ejecutar ciertas acciones, justificándolas á nuestra vista, no obstante la evidencia de las reglas que las condenan, porque amamos nuestra gloria vana y nuestra fortuna mas que las mismas reglas.

24. Procuremos, pues, católicos, morir al mundo y á nosotros mismos; restituyamos á nuestro corazon aquellos movimientos de amor y preferencia que debe á su Señor: entonces todo nos parecerá posible; las dificultades se allanarán en un instante, y ó no harémos caso de lo que ahora llamamos inconvenientes, ó los mirarémos como pruebas inseparables de la virtud, y no como excu-

sas para el vicio. ¿Qué fácil es hallar pretextos al que los desea ! Nunca faltan razones á la pasion : el amor propio es muy hábil para convertir siempre en su favor á lo menos las apariencias : siempre muda en obligaciones nuestras flaquezas, y mira como títulos legítimos nuestras obligaciones ; y lo mas deplorable es, dice san Agustin, que llamamos á la Religion en favor de nuestras pasiones ; que en la misma virtud buscamos los motivos para quebrantar sus reglas , y que recurrimos á pretextos santos para autorizar los injustos deseos : *Et multi sunt tales, qui etiam putent ad multiplicanda delectamenta terrena, religionem suffragari debere christianam.* De este modo ¡oh Dios mio! pasamos casi toda la vida en engañarnos á nosotros mismos; empleamos las luces de la razon en oscurecer las de la fe ; no gastamos los pocos dias que hemos de vivir en la tierra mas que en buscar autoridades que favorezcan nuestras pasiones, en imaginarnos en circunstancias en que nos parece podemos desobedecer sin temor del castigo ; esto es, todos nuestros cuidados, todas nuestras reflexiones, toda la superioridad de nuestras ideas, de nuestras luces, de nuestros talentos, toda la prudencia de nuestras medidas y de nuestros consejos se reducen á perder-nos y disfrazarnos á nosotros mismos nuestra eterna perdicion.

25. Evitemos estas desgracias, católicos; no tengamos por camino seguro sino el de las reglas y el de la ley; acordémonos de que ha de haber mas pecadores condenados por los pretextos que parece autorizan las transgresiones de la ley que por los delitos manifiestos con que la quebrantan. De este modo la ley de Dios, despues de haber sido regla de nuestras costumbres en la tierra, será nuestro eterno consuelo en el cielo. Amen.

SERNON

SOBRE EL EMPLEO DEL TIEMPO.

*Adhuc modicum tempus vobiscum
sum. (Joan. vii, 33).*

Todavía estaré con vosotros algún
tiempo.

1. La raíz de todos los desórdenes que reinan entre los hombres es el mal uso del tiempo. Unos pasan toda la vida en la ociosidad y en la pereza, siendo inútiles á la patria, á sus conciudadanos y á sí mismos. Otros en la confusión de los negocios y ocupaciones humanas; unos parece que solamente han venido á la tierra para gozar en ella de un indigno reposo y libertarse, con la diversidad de placeres, de la molestia que les sigue á todas partes, al mismo paso que huyen de ella. Otros solamente están en la tierra para buscar en ella unas inquietudes que los sacan fuera de sí mismos. Parece que el tiempo es un enemigo común, contra el que todos los hombres se han conjurado de común acuerdo. Toda su vida no es mas que un deplorable cuidado en deshacerse del tiempo; los mas felices son los que mejor logran el no sentir el peso de su duración; y el mayor consuelo que hallan los hombres, ó en los frívolos deleites, ó en las ocupaciones serias, es el que se abrevie la duración de los dias y de los instantes, casi sin haber percibido que han pasado.

2. El tiempo, pues, aquel precioso tesoro que nos entregó el Señor, ha llegado á ser para nosotros un peso que nos oprime y molesta. Tememos como la mayor de todas las desgracias el que se nos prive de él para siempre, y al mismo tiempo tenemos por igual miseria el haber de sufrir su molestia y duración; es un tesoro que quisiéramos poder conservar perpétuamente, y no le podemos sufrir en nuestras manos.

3. Con todo eso, este tiempo, de que tan poco caso parece que hacemos, es el único medio para nuestra eterna salud: le perdemos sin sentimiento, y esto es delito; no le empleamos sino en cosas de la tierra, y esto es locura. Empleemos, católicos, el tiempo que Dios nos concede, porque es corto; pero no le gastemos sino en trabajar para nuestra salvación, porque solamente se nos ha con-

cedido para salvarnos; conozcamos el uso que debemos hacer de él, y solamente le emplearemos en el fin para que se nos ha concedido. De este modo evitaremos, tanto los peligros de la vida ociosa, como los inconvenientes de la vida ocupada; este será el asunto de mi discurso. Imploremos, etc.: *Ave María.*

Primera parte.

4. Tres circunstancias determinan regularmente el valor de las cosas entre los hombres: Las grandes utilidades que se nos pueden seguir, lo poco que las hemos de poseer, y, finalmente, el perder absolutamente la esperanza de volverlas á gozar si una vez las perdemos. Pues estos son, católicos, los tres principales motivos que hacen al tiempo precioso y digno de estimacion para el hombre sábio. Primeramente, es el precio de la eternidad: en segundo lugar, es corto, y así no puede ser excesiva diligencia alguna para aprovecharse de él; finalmente, es irreparable, y el que una vez se pierde no tiene remedio. Es precio de la eternidad; sí, católicos, el hombre condenado á morir, desde el instante en que nace, no debiera recibir la vida sino para perderla en el momento en que acaba de recibirla. Pero la sangre de Jesucristo anuló este decreto de muerte y condenacion, pronunciado contra todos los hombres en la persona del primer pecador: aunque somos hijos de un padre condenado á morir, y herederos de su pena, vivimos porque el Redentor murió por nosotros. La muerte de Jesucristo es la causa y el único derecho que tenemos á la vida; nuestros dias y nuestros instantes son los primeros beneficios que derramó sobre nosotros desde su cruz, y el tiempo que perdemos tan vanamente es el precio de su sangre, el fruto de su muerte y el mérito de su sacrificio.

5. No solamente no merecemos vivir por ser hijos de Adán, sino que todas las culpas que despues hemos añadido á la original que sacamos con nosotros han sido otros tantos decretos de muerte. Todas las veces que hemos quebrantado la ley del Autor de la vida, otras tantas debíamos haberla perdido en el mismo instante; todo pecador es hijo de muerte y de ira, y siempre que la divina misericordia, despues de alguno de nuestros pecados, ha suspendido el decreto de nuestra condenacion y de nuestra muerte, ha sido lo mismo que querernos conceder graciosamente una nueva vida, para darnos tiempo de reparar el mal uso que hasta entonces habíamos hecho de ella. No quiero hablar de las enfermedades, de los acci-

dentes y de los innumerables peligros que tantas veces han amenazado á nuestra vida, entre los que hemos visto acabar la de nuestros amigos y parientes, y de los que siempre nos ha librado su bondad. La vida, pues, de que gozamos es como un milagro perpétuo de la divina misericordia. El tiempo que se nos concede es efecto de una infinitad de gracias de que se compone todo el curso de nuestra vida; cada instante que respiramos es como un nuevo beneficio que recibimos de Dios, y así pasar el tiempo y los instantes en una deplorable inutilidad es ultrajar á la infinita bondad que nos los concede, despreciar una gracia inestimable que no nos es debida, y poner en manos del acaso el precio de nuestra eternidad. Este, católicos, es el primer delito anejo á la pérdida del tiempo; el tiempo es un bien precioso que se nos concede sin tener nosotros derecho á él, y que se nos da para que con él compremos el reino de los cielos; pero nosotros le despreciamos como la cosa mas vil, y no sabemos en qué emplearle.

6. En el mundo se tendria por loco á un hombre que, habiendo heredado un inmenso tesoro, le dejara perder por falta de cuidado y atencion, y que no se aprovechara de él, ó para elevarse á los puestos y dignidades que le sacasen de la oscuridad, ó para asegurarse una sólida fortuna que en lo sucesivo le pusiese en estado de no tener que temer sus reveses. Pues, católicos, el tiempo es aquel precioso tesoro que heredamos cuando nacimos, y que nos concede el Señor por pura misericordia: en nuestras manos le tenemos, y en nosotros consiste el aprovecharnos de él; no se nos ha dado para que le empleemos en ensalzarnos en la tierra á dignidades perecederas y á grandezas humanas. ¡Ah! todas las cosas del mundo son demasiado viles para poder ser precio de un tiempo que él mismo es precio de la eternidad, sino para que nos coloquemos en lo mas alto del cielo al lado de Jesucristo, para que nos separemos de la multitud de los hijos de Adán, y seamos superiores á los césares y reyes de la tierra en aquella sociedad inmortal de bienaventurados, en donde todos serán reyes, y cuyo reino no tendrá mas límites que los de todos los siglos.

7. ¡Qué locura, pues, el no aprovecharse de un tesoro tan precioso! el gastar en diversiones frívolas un tiempo que puede ser el precio de nuestra eterna salud, y dejar que se desvanezca en humo la esperanza de nuestra inmortalidad! Sí, católicos, no hay día, no hay hora, no hay instante en que, si se aprovecha bien, no podamos merecer el cielo. La pérdida de un solo día debiera darnos mas

pena que la de la mayor fortuna; y con todo eso, este tiempo tan precioso nos molesta, toda nuestra vida no es mas que un continuo arte de perderle, y á pesar del cuidado que ponemos en disiparle, siempre nos queda bastante para no saber en qué le hemos de emplear, y el tiempo es la cosa de que menos caso hacemos en la tierra: reservamos nuestros buenos oficios para nuestros amigos, nuestros beneficios para los que dependen de nosotros, nuestros bienes para nuestros hijos y parientes, nuestro crédito y favor para nosotros mismos, nuestras alabanzas para los que tenemos por dignos de ellas; pero el tiempo se lo damos á todo el mundo; le exponemos, por decirlo así, á que sea presa de todos los hombres, y aun gustamos de descargarnos de él; le tenemos por un peso que carga sobre nosotros, y buscamos quien nos alivie; y así el tiempo, este don de Dios, el mas precioso beneficio de su clemencia, que debe ser el precio de nuestra eternidad, es el estorbo, la molestia y el yugo mas pesado de nuestra vida.

8. La segunda razon que nos da mejor á conocer lo necios que somos en hacer tan poco caso del tiempo que Dios nos concede es que no solamente es precio de nuestra eternidad, sino que además de esto es corto, y nunca podemos darnos bastante prisa á aprovecharnos de él. Porque, católicos, si hubiéramos de vivir muchos siglos en la tierra, aunque es verdad que todavía seria corto el tiempo para emplearle en merecer una felicidad inmortal, pero á lo menos en su larga duracion podríamos enmendar las cortas pérdidas que de él hacemos; en este caso los dias y los instantes perdidos no formarían mas que un punto imperceptible en la larga sucesion de siglos que hubiéramos de pasar en la tierra. Pero ¡ay! que toda nuestra vida no es mas que un punto imperceptible, la mas larga dura muy poco, nuestros dias y nuestros años están reducidos á unos límites tan estrechos, que no puede verse lo que podemos perder en un espacio tan corto y rápido: no estamos en la tierra mas que un instante, por decirlo así; nos parecemos á aquellos fuegos errantes que se ven en los aires en una noche oscura; solamente nos dejamos ver para desaparecer á un volver de cabeza, y para volvernos á ocultar para siempre en las tinieblas eternas; el espectáculo que damos al mundo no es mas que un relámpago que se disipa al mismo tiempo de nacer; todos los dias lo estamos diciendo nosotros mismos, pues ¿cómo hemos de hallar dias y momentos superfluos en una vida que toda ella no es mas que un instante? Aun mas; si de este instante separais aquel tiempo que necesariamente

habeis de conceder á los cuidados indispensables de vuestro cuerpo, á las obligaciones de vuestro estado, á los sucesos inopinados y á las inevitables correspondencias de la sociedad, ¿qué queda para vosotros, para la eternidad y para Dios? ¿No es, pues, digno de lástima el que no sabe en qué ha de emplear el poco tiempo que le queda, y que recurre á mil artificios que le ayuden á no sentir su duracion?

9. Añadid, católicos, al poco tiempo que hemos de vivir en la tierra el número de nuestros pasados delitos, los que debemos expiar en este corto intervalo, ¿qué iniquidades se han acumulado en nuestro corazon desde nuestros primeros años? ¡Ah! apenas bastarian diez vidas como la nuestra para expiar la menor parte de ellas; aun seria demasiado corto este tiempo, y seria preciso que la bondad de Dios supliese la duracion de nuestra penitencia. ¡Gran Dios! ¿qué tiempo puede quedarme para los deleites y para la inutilidad en una vida tan corta y tan llena de delitos como la mia! ¡Gran Dios! ¿qué lugar pueden ocupar los juegos y las frívolas diversiones en un intervalo tan rápido, cuando todo entero no bastaria para expiar el menor de mis delitos! ¡Ah! católicos, ¿pensamos acaso en esto? Un reo condenado á muerte, á quien solamente se le concediese un dia para alcanzar perdon, ¿juzgaria que podia perder algunas horas ó algunos instantes? ¿Se quejaria de la duracion del tiempo que le habia concedido la clemencia del juez? ¿Le serviria de estorbo? ¿Buscaria unas diversiones frívolas con que entretener aquellos preciosos instantes que se le concedian para alcanzar su perdon y libertad? ¿No se aprovecharia de un intervalo que tan decisivo era para su destino? ¿No procuraria reemplazar con unas diligencias eficaces, activas y continuas lo que podria faltar al corto tiempo que se le concedia? ¿Qué necios somos, católicos! ya está publicada contra nosotros la sentencia; nuestros delitos hacen cierta nuestra condenacion; aun se nos concede un dia para evitar esta desgracia, y para mudar el rigor de la sentencia eterna; ¿y pasamos este único dia con indiferencia, empleándole en unas ocupaciones vanas, ociosas y pueriles? Este dia tan precioso ¿nos ha de servir de molestia y enfado? ¿Hemos de buscar medios para abreviarle? ¿Apenas hemos de hallar diversiones con que entretenerle? ¿Hemos de llegar á la noche sin haber empleado el dia que se nos concedió mas que en habernos hecho mas dignos de la condenacion que habíamos merecido? Aun mas, ¿que sabemos, católicos, si el abuso que hacemos de este dia que nos concede la divina piedad

obligará á su justicia á abreviarle y quitarnos alguna parte de él? ¿Cuántos accidentes impensados pueden sorprendernos en medio de esta carrera tan limitada, y cortar en la flor de nuestros años las esperanzas de una vida mas larga? ¿Cuántas muertes repentinas y extraordinarias vemos todos los días, que son justo castigo del mal uso que se hace de la vida? ¿En qué siglo ó en qué reinado se vieron jamás tantos de estos tristes ejemplares? En otros tiempos estos accidentes eran raros y extraordinarios, pero hoy son unos sucesos cotidianos, ó porque nuestras culpas atraen sobre nosotros estos castigos, ó porque los causan unos excesos que fueron ignorados de nuestros padres. Este género de muerte es hoy la mas frecuente y comun; contad, si podeis, á cuántos de vuestros parientes, de vuestros amigos, de vuestros jefes ha sorprendido de este modo la muerte, sin disposicion, sin arrepentimiento, sin haberles dejado un instante para pensar en sí mismos, en el Dios á quien habian ofendido, en sus culpas, las que no solamente no tuvieron lugar de detestar, pero ni aun tampoco de conocer, sin el socorro de los últimos remedios de la Iglesia, los que fue preciso administrar con duda á su cadáver, y á los que se les negó el tiempo en la muerte, porque siempre abusaron de él mientras se les concedió la vida.

10. Decidnos ahora que es preciso saber divertirse y pasar el tiempo en algo. Si teneis muchos ratos desocupados en el día, sabed que es culpa vuestra el dejarlos pasar en esta funesta ociosidad; los días del justo todos son llenos. ¿Hay muchos ratos desocupados en el día? Pero decidme, ¿cumplís con todas vuestras obligaciones? ¿Están bien gobernadas vuestras casas, y bien instruidos vuestros hijos? ¿Socorreis á los afligidos, visitais á los pobres, desempeñais los cargos de vuestros empleos y dignidades, cumplís con las obras de piedad, con la oracion y leccion de los libros santos? El tiempo es muy corto, y vuestras obligaciones casi infinitas; pues ¿cómo podeis tener instante alguno desocupado en el discurso del día? ¡Oh Dios mio! ¿cuántos santos solitarios se quejaban de que los días pasaban con demasiada rapidez! Se aprovechaban de la noche para adelantar en sus trabajos lo que les habia quitado la brevedad del día; les pesaba de que la aurora llegase á interrumpir el fervor de sus oraciones y cánticos; no les quedaba bastante tiempo en el sosiego y descanso de su soledad para publicar vuestras alabanzas y vuestras eternas misericordias; ¡y nosotros, cargados de una penosa multitud de cuidados, en medio de los negocios y ocupaciones del

siglo, que consumen casi todos nuestros dias y momentos; nosotros, que somos deudores á nuestros parientes, á nuestros hijos, á nuestros amigos, á nuestros inferiores, á nuestros jefes, á nuestros empleos y á nuestra patria de una infinidad de obligaciones, aun hemos de hallar tiempo desocupado en nuestra vida, y el poco que nos queda nos ha de parecer demasiado largo para emplearle en serviros y alabar vuestro santo nombre!

11. Decís que es felicidad el saber divertirse inocentemente y ocupar el tiempo en algo. Pero ¿que sabeis si ya se ha pasado todo vuestro tiempo, y si estais tocando á aquel fatal punto en que empieza la eternidad? ¿Sois acaso dueños del tiempo para poder disponer de él á vuestro gusto? ¿Qué necesidad hay de tantas diversiones para ayudar al tiempo á que se pase con brevedad, cuando él por sí solo huye con tanta rapidez? ¿Os parece que no se os ha dado el tiempo para que le ocupeis en cosa alguna seria, grande, eterna y digna de la elevacion y destino del hombre? ¿Es posible que el cristiano, que es heredero del cielo, no ha de vivir en la tierra mas que para divertirse en ella? Pero ¿es posible, diréis, que no ha de haber algunas diversiones inocentes en la vida? Es verdad, señores, que las hay; pero estos descansos suponen haberles precedido muchas penas y trabajos, y toda vuestra vida no es mas que una perpétua ociosidad. Estas diversiones solamente se permiten á aquellos que despues de haber cumplido con todas sus obligaciones se ven precisados á conceder algunos ratos de alivio á la flaqueza humana; pero vosotros, si teneis necesidad de descansar, es de la continuacion de vuestros placeres y de vuestras diversiones; del furor de un juego excesivo, cuya duracion, seriedad y aplicacion, además de la pérdida del tiempo que os ocasiona, os inhabilita para que al salir de él podais dedicaros á las obligaciones de vuestro estado. ¿Qué descanso puede ser una pasion desenfrenada que ocupa casi toda vuestra vida, que destruye vuestra salud, que descompone vuestra fortuna, y que os hace continuo juguete de la casualidad? En esas casas en donde reina un juego perpétuo y público ¿se ve orden, regla, ni disciplina alguna? ¿No están olvidadas en ellas las principales obligaciones? ¿No se advierte la mala crianza de los hijos, el desorden de la familia, y la decadencia de los negocios? ¿No son motivo de la impaciencia de aquellos que tienen alguna autoridad sobre vosotros, escándalo de los justos, é irrisión del público? ¿No son causa de las sospechas, y aun acaso tambien de lo que se habla contra vuestros procederes, contra vuestra conducta y contra un método de vida

que os tiene entregados, por decirlo así, al público, tanto á los desconocidos como á vuestros conciudadanos, á unas compañías que no son decentes ni á vuestra clase ni á vuestro sexo, y á unas familiaridades siempre injuriosas á vuestra reputacion? La pasion del juego casi nunca está sola, y particularmente en las señoras mujeres siempre es raíz ú ocasion de todas las demás. ¿Estas son las diversiones que teneis por inocentes y necesarias para ocupar los ratos ociosos de vuestra vida?

12. ¡Ah católicos! ¿cuántos réprobos desde en medio de las eternas llamas no piden á la divina misericordia mas que un solo momento de esos en que vosotros no sabeis qué hacer? Y si su súplica pudiera ser atendida, ¿cómo os parece que emplearian ese precioso momento? ¿Qué lágrimas no derramarian de compuncion y penitencia! ¿Qué oraciones y súplicas no dirigirian al Padre de las misericordias, para mover sus paternales entrañas á que los mirase con ojos de piedad! Con todo eso, se les niega ese único instante, y se les responde que ya no hay tiempo para ellos, ¿y á vosotros os sirve de estorbo el que se os concede? Dios os juzgará, católicos, cuando esteis para morir, y en aquella hora terrible, que os cogerá impensadamente, pediréis mas tiempo, pero será en vano; prometeréis á Dios que emplearéis mas cristianamente el tiempo que le pedís, pero su justicia cortará sin misericordia el hilo de vuestros dias; y el tiempo que ahora perdeis, y que tanto os estorba, se os negará entonces.

13. Pero nuestra mayor ceguedad en este punto, católicos, consiste en que no solamente es corto y precioso el tiempo que tan insensiblemente perdemos, sino que tambien es irreparable, pues el tiempo que una vez se pierde no tiene remedio. Digo irreparable, porque primeramente los bienes, los honores, la reputacion y el favor, aunque se pierdan, se pueden volver á adquirir; y aun cada una de estas pérdidas puede repararse por otros medios que nos recompensen con usura; pero el tiempo perdido y pasado inútilmente es un medio para la salvacion que no volveremos á recobrar, y el que Dios separa del número de los auxilios que nos habia dispuesto su misericordia. Á la verdad, en un espacio de tiempo tan corto como el que hemos de vivir, no podemos dudar que Dios haya tenido particulares designios en orden á cada uno de nuestros dias y de nuestros instantes, que nos haya señalado el uso que debíamos hacer de ellos, la relación que debian tener con nuestra eterna salud, y que haya destinado á cada uno de ellos

gracias y auxilios particulares para consumir la obra de nuestra santificacion ; pues una vez perdidos estos dias y estos instantes, se pierden tambien las gracias que estaban anejas á ellos: los instantes que Dios nos concede tienen término, y nunca vuelven; está arreglado el curso de sus misericordias; á nosotros nos parece que solamente hemos perdido unos momentos inútiles, y hemos perdido con ellos unas gracias inestimables que quedan ya separadas de aquellas que nos habia destinado la divina Bondad.

14. Es irreparable, porque cada dia y cada momento debia acercarnos un grado mas hácia el cielo ; pero los dias y los instantes que hemos perdido nos dejan muy atrás; y estando determinada por otra parte la duracion de nuestra carrera, llega el fin cuando aun nos hallamos muy léjos, cuando ya no tenemos tiempo para andar lo que nos falta , ó cuando por lo menos para ganar los instantes perdidos, y llegar á nuestro feliz término; es preciso acelerar la marcha, caminar con pasos de gigante, andar en un dia la jornada de muchos años, hacer unos heróicos esfuerzos, y aun excederse á sí mismos; es preciso llegar á aquellos santos excesos que son milagros de la gracia, y de los que regularmente pocos hombres son capaces, y consumir en un corto intervalo de tiempo lo que debiera ser el penoso trabajo de una vida entera.

15. Finalmente, es irreparable respecto de aquellas obras de penitencia y satisfaccion que podemos hacer en cierta estacion de la vida, y para las que nos hallamos imposibilitados cuando nos acometen las enfermedades propias de una edad mas avanzada; entonces no debeis decir que Dios pide imposibles, que la penitencia debe ser acomodada á las edades, y que la Religion no nos manda abreviar nuestros dias con pretexto de expiar nuestras culpas, porque vosotros mismos sois los que os habeis puesto en ese estado de imposibilidad: vuestras culpas no pueden minorar vuestras obligaciones; para que el pecado se borre es preciso que sea castigado. Dios os concedió tiempo y fuerzas para poder satisfacer á esta ley inmutable y eterna; habeis pasado este tiempo en acumular nuevas deudas, habeis consumido vuestras fuerzas con nuevos excesos, ó á lo menos sin emplearlas en aquellos designios que Dios tenia para con vosotros, y así es preciso que Dios haga lo que vosotros no habeis hecho, y que despues de vuestra muerte castigue los delitos que vosotros no habeis querido expiar durante vuestra vida. Es decir, para recopilar todas estas reflexiones, que con cada instante de nuestra vida sucede lo mismo que con el de nues-

tra muerte, nadie muere mas que una vez ; y de esto se infiere que es necesario morir bien , porque no hay arbitrio para reparar con una segunda muerte la desgracia de la primera. Del mismo modo, cada uno de nuestros instantes no pasa mas que una vez ; es imposible volver atrás, y reparar de nuevo el camino ni las faltas de nuestros primeros pasos ; y así cada instante que perdemos de nuestra vida es un punto fijo para nuestra eternidad ; si este momento se pierde, nunca podrá mudarse ; será el mismo eternamente, se nos hará presente del mismo modo que pasó, y quedará señalado con este carácter indeleble : pues ¿qué ceguedad es la nuestra, católicos? ¿Es posible que toda nuestra vida no ha de ser mas que un continuo cuidado de perder un tiempo que nunca vuelve, que se pasa con tanta rapidéz, y se precipita en los abismos de la eternidad?

16. ¡Gran Dios! Vos que sois el distribuidor de los tiempos y de los instantes, Vos, en cuyas manos están nuestros dias y nuestros años, ¿cómo nos mirais perder y disipar los momentos, cuya duración Vos solo conoceis, cuyo curso y medida habeis señalado con caracteres irrevocables; unos momentos que sacais del tesoro de vuestras eternas misericordias, para darnos tiempo para que hagamos penitencia; unos momentos que siempre os están instando á abreviar vuestra justicia, en castigo de haber hasta ahora abusado de ellos; unos momentos que todos los dias estais negando á nuestra vista á tantos pecadores menos culpados que nosotros, á los que la terrible muerte arrebató y sepulta en el abismo de vuestras eternas venganzas; unos momentos, finalmente, de que acaso no gozaremos mucho tiempo, y á cuya triste carrera acaso pondréis fin en el dia de mañana? ¡Gran Dios! ved ya pasada y perdida la mayor y mas hermosa parte de mi vida; entre todos los dias que he vivido hasta aquí no ha habido uno que haya sido recto, que le haya dedicado á Vos, á mi salvacion ni á la eternidad ; toda mi vida no es mas que un humo que no deja cosa alguna real ni verdadera entre las manos del que quiere cogerle. ¡Gran Dios! ¿he de pasar los dias que me faltan en esta triste inutilidad, en esta molestia que me persigue en medio de mis placeres, y de los esfuerzos que hago para huir de ella? ¿Me ha de sorprender la última hora cargado del vacío de mis años? ¿No ha de haber en toda mi carrera otra cosa seria mas que el último momento que la ha de poner fin, y que ha de decidir de mi eterna suerte? ¿Qué vida es esta ¡Dios mio! para una alma destinada á serviros, llamada á

la inmortal compañía de vuestro Hijo y de vuestros Santos, enriquecida con vuestros dones, y capaz con ellos de hacer obras dignas de la eternidad? ¿Qué vida es una vida que no es nada, que nada intenta, que ocupa un tiempo, que ha de decidir de todo lo que puede esperar, en inútiles ociosidades, y que solo cuenta por bien empleados los dias y los momentos que ha pasado en diversiones?

17. Pero si la inutilidad se opone á lo precioso del tiempo, el desórden y la multitud de negocios no se opone menos al buen órden y al uso cristiano que de él debemos hacer: acabo de manifestaros los peligros de la vida ociosa; ahora es preciso exponeros los inconvenientes de una vida demasiado ocupada.

Segunda parte.

18. Me parece, católicos, que la mayor parte de los que me oyen están interiormente respondiendo á todo lo que hasta ahora he dicho, que su vida nada tiene de ociosidad ni inútil, que apenas pueden cumplir con la obligacion, con las atenciones y con las infinitas cargas de su estado, que viven entre una multitud de ocupaciones y negocios que les consume toda su vida, y que se tienen por felices cuando les queda un instante para pensar en sí mismos, y para gozar de un tiempo que les niega el estado de su fortuna. Y ved aquí, católicos, otro modo de abusar del tiempo, mas peligroso aun que la inutilidad y la pereza. Y á la verdad, el buen uso del tiempo no consiste precisamente en tener ocupados todos los instantes de la vida, sino en emplearlos bien y segun la voluntad del Señor que nos los concede: la vida de la fe es una vida arreglada y prudente; el genio, la imaginación, la vanidad y la concupiscencia son unos principios falsos de bien vivir, pues por sí mismos no son mas que un desórden del espíritu y del corazon; y la razon y el buen órden deben ser nuestra única guía. Con todo eso, la vida de la mayor parte de los hombres es una vida siempre ocupada y siempre inútil, una vida siempre trabajosa y siempre vacía. Todos sus movimientos proceden de sus pasiones: estos son los principales motivos que inquietan á los hombres; que los hacen correr hácia todas partes como locos, que no les dejan un instante de sosiego; y aunque con ellas ocupan todos los instantes, no procuran cumplir con sus obligaciones, sino entregarse á su in-

quietud, y satisfacer sus injustos deseos. Pero me preguntaréis: ¿en qué consiste el orden que debe arreglar la medida de nuestras ocupaciones, y santificar el buen uso del tiempo? Consiste primeramente en ceñirse á las ocupaciones propias de nuestro estado; en no apeteer los puestos que las aumentan, y en no contar entre nuestras obligaciones los cuidados y los estorbos que nos forma, ó la natural inquietud, ó nuestras pasiones: en segundo lugar, en atender entre todas nuestras ocupaciones, como á las mas esenciales y privilegiadas, á aquellas que se ordenan á nuestra eterna salud, por mas desasosegada que sea nuestra situacion.

19. Dije primeramente que no debemos contar entre las ocupaciones que santifican el buen uso del tiempo aquellas que nos forma solamente la natural inquietud ó las pasiones por sí solas. La inquietud; todos queremos huir de nosotros mismos, y no hay cosa mas triste para la mayor parte de los hombres que el hallarse solos consigo mismos, y haber de tratar con su propio corazon: como nos dejamos arrastrar de la vanidad de las pasiones, como nos hallamos manchados con mil conexiones pecaminosas, como mil deseos ilícitos ocupan todos los movimientos de nuestro corazon, cuando nos consideramos á nosotros mismos no hallamos mas que una respuesta de muerte, un funesto vacío, remordimientos crueles, pensamientos melancólicos y reflexiones tristes; y así buscamos en la variedad de ocupaciones, y en las distracciones continuas, el olvido de nosotros mismos; tenemos miedo al tiempo desocupado, como ocasion de tristeza, y creemos hallar en el desorden y multitud de cuidados exteriores aquella feliz embriaguez que hace que caminemos sin vernos, y que no sintamos el peso de nosotros mismos. Pero ¡ay! nosotros nos engañamos: la tristeza solamente se halla en el desorden y en una vida llena de inquietudes, en la que ninguna cosa está en su lugar; y viviendo de este modo somos molestos á nosotros mismos, y continuamente estamos buscando nuevas ocupaciones, y el disgusto hace inmediatamente que nos arrepintamos de haberlas hallado; continuamente mudamos de situacion para huir de nosotros mismos, y en todas partes estamos en nuestra propia compañía: en una palabra, en toda nuestra vida no hacemos mas que buscar diversos artificios para evitar la molestia, y estos se convierten en desgraciados medios de hallarla en todas partes. Necesariamente se ha de hallar el fastidio en todas aquellas cosas en que no se halla el buen orden;

y en vez de servirnos de remedio una vida desordenada y llena de inquietudes, ella misma es la mas universal y mas fecunda raíz de todas nuestras molestias.

20. Las almas justas que viven arregladamente, que no se go-
biernan por genio ni por antojo, que tienen bien ordenadas todas
sus ocupaciones, que gastan todos los instantes del tiempo segun
la ley y voluntad del Señor que las dirige, hallan en el buen ór-
den el remedio para todas sus tristezas. Aquella prudente unifor-
midad en la práctica de las obligaciones, que tan enfadosa parece
á los ojos del mundo, es la raíz de su alegría y de aquella igualdad
de genio que con nada se altera. Nunca les estorba el tiempo pre-
sente, porque le tienen destinado á ocupaciones arregladas; no cui-
dan del tiempo venidero, porque ya tienen señaladas para él nue-
vas obligaciones; no tienen que sentir la ociosidad, por la variedad
de ocupaciones que se suceden unas á otras; los días les parecen
instantes, porque tienen colocados cada uno de los momentos en
su lugar; el tiempo no les molesta, porque ya lo tienen arregla-
do; y en la buena disposicion de una vida uniforme y ocupada
hallan aquella paz y aquella tranquilidad que buscan en vano los
demás hombres en el desórden y en las continuas inquietudes. La
inquietud, al mismo tiempo que aumenta nuestras ocupaciones,
nos entrega á la molestia y al disgusto, y no por eso santifica la
ocupacion del tiempo; porque si los instantes que no se arreglan
segun la disposicion de Dios son instantes perdidos, por mas ocu-
pados que estén; si la vida del hombre debe ser una vida prudente
y arreglada, en la que cada ocupacion debe tener su lugar fijo,
¿qué cosa puede haber mas opuesta á este género de vida que
aquellas circunstancias y aquellas continuas variaciones en que la
inquietud nos hace pasar el tiempo? Y así, católicos, las pasiones
que nos ponen en un perpétuo movimiento no nos forman ocupa-
ciones mas legítimas.

21. Bien sé, católicos, que solamente en cierta edad de la vi-
da parece que nos ocupamos en cosas frívolas y en los placeres;
que luego suceden al ocio y á las diversiones de las primeras cos-
tumbres unos cuidados mas sérios y unas ocupaciones mas sólidas,
y que despues de haber pasado la juventud en la pereza y en
los deleites se dedican los años mas maduros á la patria, á la for-
tuna y á nosotros mismos; pero tambien en esto nos engañamos.
Confieso que somos deudores de nosotros mismos al Estado, al mo-
narca y á los cuidados públicos; que la Religion pone en el nú-

mero de las obligaciones que nos señala el celo del servicio del soberano y de los intereses y gloria de la patria, y que este amor, por sí solo, sabe formar vasallos fieles y ciudadanos dispuestos á sacrificarlo todo por la causa comun; pero la Religion no quiere que nos arrojemos temerariamente á los cuidados públicos por pura vanidad y ambicion; que nos valgamos de todo género de medios, de artificios y pretensiones para conseguir aquellos puestos, en los que siendo deudores de cuanto somos al público, no nos queda tiempo para cuidar de nosotros mismos. La Religion quiere que tengamos miedo á estos puestos tan llenos de ocupaciones; que ascendamos á ellos contra nuestro gusto y temblando, cuando nos llama la disposicion de Dios y la autoridad de nuestros superiores, y que nuestra propia eleccion prefiera siempre la seguridad y el sosiego de un estado privado al peligro y resplandor de las dignidades y puestos tan distinguidos. ¡Ah, católicos! hemos de vivir tan poco tiempo en la tierra, y está tan próxima la salvacion ó condenacion eterna que esperamos, que todos los demás cuidados, fuera de este, debieran sernos tristes y pesados, y todo lo que nos distrae de este gran negocio, para el que solamente se nos ha concedido un corto número de dias, debiera parecernos una gran desgracia. Esta no es puramente máxima de un genio místico, sino la principal de la fe, y el fundamento del Cristianismo. Con todo eso, la ambicion, la vanidad y todas nuestras pasiones son causa de que no podamos sufrir una condicion privada; lo que mas tememos en la vida, y principalmente en la corte, es un destino que no nos saque de nuestra esfera, y que no nos adelante á los demás: no consultamos ni el orden de Dios, ni los fines de la Religion, ni los peligros de los puestos grandes, ni la felicidad que descubre la fe en un estado tranquilo y privado, en el que solamente somos responsables de nosotros mismos. Tampoco contamos con nuestros talentos, ni consultamos mas que á nuestras pasiones y al insaciable deseo de adelantarnos á nuestros prójimos. Queremos parecer en el teatro, y hacer en él un papel distinguido; siendo todo una escena que se ha de acabar mañana, y de la que no nos ha de quedar otra cosa verdadera mas que el trabajo pueril de haberla representado. Cuanto mas rodeados están los puestos de ocupaciones y negocios, mas dignos nos parecen de nuestras ansias. Quisiéramos serlo todo. El sosiego, de que tanto aprecio hacen las almas fieles, nos parece mas vergonzoso. Todo lo que nos divide entre nosotros y el público, todo lo que da á los demás hombres un ab-

soluto derecho sobre nuestro tiempo, todo lo que nos precipita en un abismo de cuidados é inquietudes, lo que nos granjea el crédito, el favor y la estimacion, nos mueve, nos atrae y nos saca fuera de nosotros mismos. Y así la mayor parte de los hombres se forma inconsideradamente una vida tumultuosa ó inquieta, que Dios no les pide; y buscan con ansia unos cuidados en los que solamente pueden vivir con seguridad cuando el orden de Dios se los proporciona.

22. Á la verdad, muchas veces oímos quejarse á los hombres de las infinitas inquietudes, inseparables de sus cargos, suspirar por el descanso, envidiar la suerte de un estado tranquilo y privado, y repetir continuamente que ya seria tiempo de vivir para sí, despues de haber vivido tanto tiempo para otros; pero esto para solamente en discursos: parece que gimen con el peso de los negocios, pero sentirian mucho mas el peso del descanso y de la condicion privada; han empleado una parte de su vida en solicitar el tumulto de los cargos y empleos, y gastan la otra en quejarse de la desgracia de haberles conseguido. Este es el idioma de la vanidad: quisieran manifestarse superiores á su fortuna, y no lo son al menor revés ni al mas leve contratiempo que les amenaza. De este modo solamente nuestras pasiones nos forman estorbos y ocupaciones que no nos pide Dios, y nos quitan un tiempo cuyo valor no conocemos hasta que hayamos llegado á aquel último momento en que se acaba el tiempo y empieza la eternidad. Aun mas; si en medio de las infinitas ocupaciones anejas á vuestro estado mirárais, católicos, como las mas privilegiadas las que se ordenan á la salvacion, repararíais á lo menos en algun modo la distraccion de aquella parte de vuestra vida que ocupan los cuidados del mundo y de la tierra; pero hasta en esto es deplorable nuestra ceguedad; no hallamos tiempo alguno para pensar en nuestra eterna salud; todo el tiempo que dedicamos al servicio del príncipe, á la fortuna, á las obligaciones del empleo, á los cumplimientos de nuestro estado, á los cuidados del cuerpo y del adorno, á la amistad, á la sociedad, al descanso y á las costumbres introducidas, todo este tiempo nos parece esencial é indispensable; no nos atreveríamos á contar con él para nada ni cercenar un instante, le alargamos aun mas allá de los límites de la razon y de la necesidad; y como la vida es tan corta y los dias tan rápidos que no alcanzan para todo, cercenamos de este tiempo los cuidados de nuestra sal vacion, y entre la multitud de nuestras ocupaciones siempre

sacrificamos aquellas que debiéramos consagrar á la eternidad. Si, católicos, en vez de ahorrar algun tiempo de nuestro descanso, en vez de evitar aquellas ocupaciones que multiplica la ambicion, aquellos cumplimientos que ha introducido la ociosidad, aquellos cuidados de un vano adorno que ha hecho tan inmensos la moda y la sensualidad, en vez de apartar cada dia algun tiempo de estos cuidados para pensar en nuestros intereses eternos, apenas dedicamos á esto algunas cortas reliquias de tiempo, que por casualidad se escapan á los cuidados del mundo y de los placeres, algunos rápidos instantes que no pueden servir para el mundo, que acaso nos sirven de estorbo, y no podríamos emplearlos en otras cosas. Mientras el mundo nos ocupa, mientras se presentan diversiones, ocupaciones, cumplimientos é inutilidades, nos entregamos á ellas con gusto: despues de haber acabado con todas estas cosas, y cuando ya no sabemos qué hacer, entonces dedicamos á algunos tibios ejercicios de religion aquellos ratos perdidos que nos deja el cansancio de los negocios ó la falta de deleites; estos ratos, propriamente hablando, mas son descanso que nos concedemos á nosotros mismos que tiempo que gastamos en pensar en Dios; son un intervalo que ponemos entre el mundo y nosotros para seguir con mas gusto en los negocios profanos, y respirar un poco de la fatiga, del disgusto y del fastidio que nos ocasionaria la vida del mundo y de los deleites, si se continuara sin intermision y llegara á aquel exceso que es principio de la molestia y fastidio.

23. Ved aquí, católicos, en lo que emplean el tiempo aun aquellas mismas personas que se tienen por virtuosas, particularmente entre los cortesanos: toda su vida es una culpable preferencia que dan al mundo, á la fortuna, á los cargos, á los placeres y á los negocios respecto del que mas les importa, que es su salvacion. Tienen ocupado todo el tiempo, porque le gastan con sus jefes, con sus empleos, con sus amigos, con sus gustos, sin que nada les quede para Dios ni para la eternidad. Parece que el tiempo se nos ha concedido primeramente para el mundo, para la ambicion, para nuestros cargos y para los cuidados de la tierra, y que si despues de esto nos queda algo, hacemos un gran servicio á Dios en emplearle en pensar en nuestra eterna salud. ¡Gran Dios! ¿acaso nos habeis puesto en la tierra para otra cosa mas que para que merezcamos gozaros eternamente? Cuanto hacemos por el mundo perecerá con el mundo; pero lo que hacemos por Vos permanecerá siempre. Todos los cuidados de la tierra no tienen mas objeto que

el agradar á unos dueños que muchas veces son ingratos, injustos, difíciles de contentar, gentes de poco poder, y que no pueden hacernos felices ; los respetos que os tributamos á Vos ¡oh Dios mio! se dirigen á un Dueño y un Señor fiel, justo, misericordioso, omnipotente, y el único que puede recompensar á los que le sirven ; los cuidados de la tierra, por mas elevados que sean, siempre son ajenos de nosotros, y ni aun son dignos de nuestra atencion : no fuimos criados para ellos, solamente los debemos mirar como de paso para cumplir con los vínculos percederos que nos los ordenan y con que vivimos unidos á los demás hombres ; solamente los cuidados de la eternidad son dignos de la nobleza de nuestras esperanzas, y llenan la grandeza y dignidad de nuestra suerte. Aun mas ¡oh Dios mio! todos los cuidados, menos los de la salvacion, son profanos é impuros ; no son mas que unas inquietudes vanas, estériles y casi siempre pecaminosas ; y solamente pueden santificarse unidos con los cuidados de la salvacion : de este modo adquieren la realidad, la elevacion, el precio y el mérito que no tienen en sí mismos. ¿Qué mas diré? Todos los demás cuidados nos desprecizan, nos inquietan, nos turban y molestan ; pero los respetos que os tributamos dejan una verdadera alegría en nuestro corazon, nos confortan, nos sosiegan, nos consuelan, y aun suavizan las penas y amarguras de los cuidados del mundo. Finalmente, nosotros somos deudores á vuestra Majestad ¡oh Dios mio! antes que á nuestros dueños, á nuestros inferiores, á nuestros amigos y parientes ; Vos, Señor, teneis el mejor derecho sobre nuestro corazon y sobre nuestro entendimiento, que son dones de vuestra liberalidad, y así debemos emplearlos en Vos ante todas cosas ; antes fuimos cristianos que príncipes, vasallos, hombres de república, ó cualquiera otra cosa de la tierra.

24. Acaso me diréis, católicos, que estais persuadidos que servís á Dios, que cumplís con toda la justicia, y que trabajais para vuestra salvacion cumpliendo con las penosas é infinitas obligaciones de vuestro estado, está muy bien ; pero es preciso cumplir estas obligaciones caminando por el camino del Señor, gobernándose por unos motivos de fe y por un espíritu de religion y de virtud. Dios solamente aprecia lo que se hace por su Majestad. Entre nuestras penas, entre nuestros trabajos, sumisiones y artificios, solamente acepta los que ordenamos á su gloria, y no á la nuestra ; y nuestros días solamente están llenos á su vista cuando están llenos para la eternidad : todas las acciones que no tienen mas objeto que

el mundo, que el resplandor que proviene de la tierra, que una fortuna perecedera, por mas alabanzas que nos granjeen de parte de los hombres, por mas que nos eleven á los mas altos grados de grandeza y de reputacion acá en la tierra, nada son en la presencia del Señor, ó no son mas que diversiones pueriles indignas de su atencion. ¡Ah católicos! ¡qué distintos son los juicios de Dios de los del mundo! En el mundo se llama vida feliz una vida llena de fama, en la que se cuentan grandes acciones, haber ganado victorias, haber concluido negociaciones difíciles, gobernado con acierto grandes empresas, mantenido con honor ilustres empleos, adquirido por medio de importantes servicios y ejercido con gloria dignidades eminentes; una vida que pasa á las historias, que llena los públicos monumentos, y cuya memoria se ha de conservar hasta las remotas edades, esta es una vida feliz segun el mundo; pero si en todas estas cosas hemos atendido mas á nuestra propia gloria que á la de Dios, si no se ha tenido otro fin mas que levantar un edificio perecedero de grandeza en la tierra, por mas gloriosa que haya sido nuestra carrera á vista de los hombres, en la presencia de Dios es una vida perdida; por mas que hablen de nosotros las historias, serémos borrados del libro de la vida y de las historias eternas; por mas que nuestras acciones sean la admiracion de los siglos venideros, no estarán escritas en las inmortales columnas del templo celestial: *Et in scriptura domus Israel non scribentur* ¹. Aunque representemos un grande personaje en la escena de todos los siglos, serémos en los siglos eternos como los que nunca han existido; aunque nuestros títulos y dignidades se conserven en el mármol y en el bronce, como estarán escritos por mano de los hombres, perecerán con ellos, y solamente durará tanto como el mismo Dios lo que su inmortal dedo hubiese escrito. Aunque nuestra vida se proponga como modelo á la ambicion de nuestros descendientes, como no tiene mas realidad que las pasiones de los hombres, luego que no haya pasiones, y que se acaben los objetos que las fomentan, se acabará esta vida, y se volverá á reducir á la nada con el mundo que la habia admirado.

25. Y sino decidme, católicos, ¿quereis que en aquel terrible dia, en que han de ser juzgadas hasta las mismas obras justas, os pase Dios en cuenta todas las penas, todos los cuidados y todos los disgustos que habeis padecido por elevaros en la tierra? ¿Quereis

¹ Ezech. xiii, 9.

que mire como tiempo bien empleado el tiempo que habeis sacrificado al mundo, á la fortuna, á la fama y á la elevacion de vuestro nombre y familia, como si solamente viviérais en la tierra para vosotros mismos, y que ponga en el número de vuestras obras santas aquellas que no han tenido mas fin que la ambicion, la soberbia, la envidia y el interés, y que cuente vuestros vicios entre vuestras virtudes? ¿Qué podréis decir al Señor cuando esteis para morir, cuando entre en juicio con vosotros, y cuando os pida cuenta de un tiempo que solamente os habia concedido para que le empleáseis en glorificarle y servirle? ¿Le diréis entonces: Señor, yo he conseguido victorias, he servido con honor y utilidad al príncipe y á la patria, y he adquirido grande reputacion entre los hombres? ¡Ah! no habeis sabido venceros á vosotros mismos; habeis servido con utilidad á los reyes de la tierra, y habeis despreciado el servicio del Rey de los reyes; habeis adquirido grande reputacion entre los hombres, y vuestro nombre es desconocido entre los escogidos de Dios; tiempo perdido para la eternidad. ¿Le diréis: yo he sabido dirigir unas negociaciones muy penosas, he concluido tratados importantes, he manejado los intereses y fortuna de los príncipes, he tenido parte en los secretos y consejos de los reyes? ¡Ah! habeis concluido tratados y alianzas entre los hombres, y habeis quebrantado mil veces la santa alianza que habíais hecho con vuestro Dios; habeis manejado los intereses de los príncipes, y no habeis sabido gobernar los de vuestra eterna salud; habeis tenido parte en los secretos de los reyes, y no habeis conocido los secretos del reino de los cielos; tiempo perdido para la eternidad. ¿Le diréis: yo he acomodado á mis hijos, he ensalzado á mis parientes, he sido útil á mis amigos, y he aumentado el patrimonio de mis padres? ¡Ah! habeis dejado bien acomodados á vuestros hijos, y no les habeis dejado el temor del Señor, criándolos y fundándolos en la fe y en la piedad; habeis aumentado el patrimonio de vuestros padres, y habeis disipado los dones de la gracia y el patrimonio de Jesucristo; tiempo perdido para la eternidad. ¿Le diréis: yo me he dedicado con mucha intension al estudio, he enriquecido al público con obras útiles y curiosas, he perfeccionado las ciencias con nuevos descubrimientos, me he aprovechado de mis grandes talentos, y los he hecho útiles para los hombres? ¡Ah! el gran talento que se os habia confiado era el de la fe y la gracia, y de este no os habeis aprovechado; fuisteis hábiles en las ciencias de los hombres, y siempre habeis ignorado la ciencia de los Santos;

tiempo perdido para la eternidad. ¿Le diréis, por último : yo he pasado la vida en cumplir con las obligaciones y cargos de mi estado ; me he adquirido amigos, y he sabido dar gusto á mis gentes ? ¡ Ah ! habeis tenido amigos en la tierra, pero no los habeis adquirido en el cielo ; no habeis dejado cosa alguna por hacer para agradar á los hombres, y nada habeis hecho por agradecer á Dios ; tiempo perdido para la eternidad.

26. ¡ Oh, católicos ! qué funesto vacío hallará la mayor parte de aquellos hombres que han gobernado los Estados y los imperios, que parece hacian mover todo el universo, que merecieron los primeros puestos, que eran el asunto de todas las conversaciones, de los deseos y esperanzas de los hombres, que ocupaban casi ellos solos toda la atencion de la tierra, que llevaban sobre sí el peso de los cuidados y negocios públicos ; qué vacío hallarán, vuelvo á decir, en toda su vida á la hora de su muerte cuando al mismo tiempo los dias de una alma santa y retirada, que miraron como dias oscuros y ociosos, parecerán llenos, ocupados, señalado cada uno de ellos con alguna victoria de la fe, y dignos de ser celebrados con cánticos eternos !

27. Meditad, católicos, estas santas verdades : el tiempo es corto, es irreparable, es el precio de vuestra eterna felicidad ; solamente se os ha concedido para que os hagais dignos de ella ; inderid de aquí lo que debeis dar al mundo, á los placeres, á la fortuna y á vuestra salvacion. Hermanos míos, dice el Apóstol, el tiempo es corto, usemos, pues, del mundo como si no usásemos de él ; poseamos nuestros bienes, nuestros puestos, nuestras dignidades y nuestros títulos como si no los poseyésemos ; gocemos del favor de nuestros jefes y de la estimacion de los hombres como si no los gozáramos ; todo esto no es mas que una sombra que huye y desaparece : no contemos por verdaderos en toda nuestra vida mas que los instantes que hubiéremos empleado para el cielo. Amen.

SERMON

SOBRE LA SALVACION.

Tempus meum nondum advenit, tempus autem vestrum semper est paratum. (Joan. vii, 6).

MI tiempo no ha llegado todavía, pero el vuestro siempre está pronto.

1. El mismo argumento que hoy hace Jesucristo á sus parientes segun la carne, que le instaban á que se manifestase al mundo; y fuese á Jerusalem á dar muestras de sus talentos, podia yo tambien hacer á la mayor parte de los que me oyen. Siempre está pronto el tiempo que necesitan para su fortuna, para su elevacion y para sus placeres; nunca les falta tiempo para adquirir bienes y fama, ni para satisfacer á sus pasiones; este es el tiempo del hombre: *Tempus vestrum semper est paratum*. Pero el tiempo de Jesucristo, esto es, el tiempo de trabajar para su salvacion nunca llega, le dilatan, le difieren, esperan siempre á que llegue, y nunca acaba de llegar: *Tempus autem meum nondum advenit*.

2. Los mas leves intereses de la tierra los traen inquietos, y nó omiten diligencia alguna para conseguirlos; porque ¿qué otra cosa es el mundo, cuyos engañosos caminos siguen, mas que una continua inquietud, en la que las pasiones lo ponen todo en movimiento, en la que el descanso es el único placer que no se conoce, en la que los cuidados se tienen por honor, en la que los que viven tranquilos se tienen por desgraciados, en la que todo es trabajo y afliccion de espíritu, y, finalmente, en la que todo es un continuo engaño é inquietud? Verdaderamente, católicos, que al ver á los hombres tan ocupados, tan activos y tan constantes en los medios que practican para conseguir sus fines parece que trabajan para unos años eternos, y para conseguir unos bienes que deben asegurarles su felicidad: parece imposible que con tantos cuidados é inquietudes no se propongan otro fin mas que adquirir una fortuna, cuya duracion apenas iguala á la de los trabajos con que la han merecido, y que una vida tan rápida se pase en buscar con tantas ansias unos bienes que han de acabarse con ella.

3. Con todo eso, un engaño, que por poco que se reflexione se destruye fácilmente, ha llegado á ser el error de la mayor parte de los hombres. En vano nos llama la Religion á unos cuidados mas sólidos y necesarios. En vano nos anuncia que el trabajar por las cosas perecederas es juntar á mucha costa unos montones de arena que, segun los vamos levantando, vuelven á caer sobre nuestras cabezas; que el mas alto punto de elevacion á que podemos llegar acá en la tierra siempre es preludio de nuestra muerte y puerta de la eternidad; que solamente es digno del hombre lo que debe durar tanto como el hombre: los cuidados de las pasiones siempre son penosos y serios, y solamente los pasos que damos por el cielo son débiles y flacos; solamente á la salvacion miramos como cosa de poca importancia; trabajamos por los bienes frívolos como si trabajásemos por unos bienes eternos, y trabajamos por los bienes eternos como si trabajásemos por unos bienes frívolos.

4. Sí, católicos, los cuidados de la tierra siempre son activos; nada nos acobarda, ni los obstáculos, ni las fatigas, ni los contratiempos: los cuidados de la tierra siempre son prudentes; en nada nos engañamos en este punto, ni en los peligros, ni en los lazos, ni en las dudas, ni en la concurrencia de muchos negocios; pero ¿nos sucede esto con los cuidados de nuestra salvacion? no hay para nosotros cosa mas tibia ni mas indiferente, aunque en ellos sean muy de temer los peligros; en nada procedemos con tanta imprudencia, aunque la multitud de caminos y el número de los escollos hagan en ellos tan frecuentes los engaños: es preciso, pues, trabajar en este negocio con actividad y prudencia; con actividad, para no desanimarse; con prudencia, para no dejarse engañar. Imploremos, etc.: *Ave María.*

Primera parte.

5. Ninguna cosa debiera interesarnos mas en esta vida que el cuidado de nuestra eterna salud. Además de ser este el importantísimo negocio que decide de nuestra felicidad, propiamente hablando, no tenemos otro en la tierra; y las diversas é infinitas ocupaciones anejas á nuestros cargos, á nuestra clase y á nuestro estado no debieran ser mas que medios distintos para trabajar para nuestra eterna salud. Con todo eso, este cuidado tan glorioso, al cual se ordena todo cuanto hacemos y cuanto somos, es para nosotros el mas despreciable de todos; este cuidado principal, que debiera estar siempre

al frente de todos los demás cuidados, cede á todos en el ejercicio de nuestras acciones; este cuidado tan amable, al que las promesas de la fe y los consuelos de la gracia unen tantas dulzuras, es para nosotros el mas triste y desabrido; y de esto proviene, católicos, la falta de diligencia en el negocio de nuestra eterna salud: trabajamos para ella sin cuidado, sin gusto y sin preferir este negocio á los demás. Atended á estas reflexiones que voy á explicar por menor.

6. Es un error deplorable, católicos, que los hombres hayan vinculado gloriosos nombres á las empresas de las pasiones, y que no hayan podido merecer para con ellos el mismo honor los cuidados de la salvacion. Los trabajos militares se miran entre nosotros como el mas seguro camino para adquirir honor y fama; los artificios y diligencias que se aplican á conseguirlos se miran como secretos de una profunda prudencia; los proyectos y las negociaciones que arman á los hombres unos contra otros, y en los que muchas veces la ambicion de uno solo es causa de la pública desgracia, se miran como efectos de una gran capacidad y de un talento superior. El arte de levantar sobre un patrimonio oscuro una monstruosa fortuna, muchas veces á costa de la equidad y de la buena fe, es la ciencia de los negocios, y se tiene por una buena conducta doméstica; finalmente, el mundo ha hallado el secreto de ensalzar con honrosos títulos todos los cuidados que se ordenan á las cosas de la tierra. Solamente las acciones de la fe, qué han de permanecer eternamente, que han de componer la historia del siglo venidero, y que han de quedar grabadas para toda la eternidad sobre las inmortales columnas de la santa Jerusalem, se miran como ocupaciones ociosas y oscuras, como suerte de almas flacas y cobardes, y que nada tienen que las ensalce á vista de los hombres. Y esta, católicos, es la primera razon de nuestra indiferencia en orden al negocio de nuestra salvacion. No hacemos la estimacion que se debe de esta santa empresa, y así no nos ocupamos en ella con actividad. No me parece que debo detenerme en impugnar una ilusion tan indigna aun de la razon natural. Porque ¿qué es lo que puede hacer á una obra gloriosa para el que la emprende? Sin duda la duracion y la inmortalidad que con ella se promete en la memoria de los hombres. ¡Ah! todos los monumentos de la soberbia han de perecer con el mundo que los ha levantado; todo cuanto hacemos por la tierra tendrá el mismo destino que ella: las victorias, las conquistas, las empresas mas famosas, y toda la historia de los pecadores que sirve de adorno al siglo presente, se borrará de la me-

moria de los hombres. Solamente las obras del justo serán inmortales, quedarán escritas para siempre en el libro de la vida, y sobrevivirán á la total ruina del universo. ¿Es esta la recompensa que nos proponemos en las obras que hacemos por el mundo? Todo aquello que no puede hacernos felices tampoco puede recompensarnos, ni podemos tener otra recompensa que al mismo Dios; si nos mueve la dignidad de los empleos que apetecemos, los mas honrosos cuidados de la tierra son unos juegos, á los que nuestro engaño ha apropiado unos nombres famosos. Para el que trabaja para el cielo todo es grande, no ama otra cosa mas que al Autor de su ser, solamente adora al Soberano del universo, no sirve sino á un dueño omnipotente, no desea mas bienes que los eternos, no se forma proyectos sino para el cielo, y no trabaja sino para conseguir una corona inmortal.

7. ¿Qué cosa, pues, puede haber mas gloriosa en la tierra, y mas digna del hombre que los cuidados de la eternidad? Las prosperidades son unas honrosas inquietudes, los empleos distinguidos una ilustre esclavitud, la fama muchas veces es un error público, los títulos y dignidades rara vez son frutos de la virtud, y cuando mas solamente sirven de adornar nuestros sepulcros y honrar nuestras cenizas. Los grandes talentos, si la fe no arregla el uso de ellos, son grandes tentaciones; la mucha ciencia un viento que hincha y corrompe, si la fe no corrige su veneno: ninguna de estas cosas es grande sino por el uso que podemos hacer de ellas para nuestra eterna salud; solamente la virtud es digna de estimacion por sí misma. Con todo eso, si nuestros competidores son mas felices y se hallan mas ensalzados que nosotros en el mundo, los miramos con envidia, y al mismo tiempo que su elevacion abate nuestra soberbia, aviva el ansia de nuestras pretensiones y esperanzas; pero cuando alguna vez los cómplices de nuestros placeres, mudados repentinamente en nuevos hombres, rompen con valor los infames lazos de las pasiones, y llevados sobre las alas de la gracia entran á nuestra vista en el camino de la salvacion, al mismo tiempo que nos dejan á nosotros atrás, tristemente descaminados y entregados á nuestros desordenados deseos, miramos con indiferencia el prodigio de su mudanza, y en vez de envidiar su suerte y concebir en nosotros algunos débiles deseos de salvacion, acaso no pensamos mas que en llenar el vacío que deja en el mundo su retiro, en elevarnos á aquellos puestos peligrosos de que ellos acaban de despojarse por motivos de fe y de religion, y aun acaso tambien nos hacemos censores de su

virtud : juzgamos que los motivos de su conversion no han sido los infinitos tesoros de la gracia, sino otros fines particulares; atribuímos lo que es obra de Dios á unos fines puramente humanos, y nuestras deplorables censuras suelen ser la mas peligrosa tentacion de su penitencia. De este modo ¡oh Dios mio! derramais unas tinieblas de venganza sobre nuestros injustos deseos; ¿y de qué proviene esto? De que no hacemos aprecio de la santa empresa de la salvacion; y esta es la primera causa de nuestra indiferencia.

8. En segundo lugar, trabajamos en orden á nuestra salvacion con mucho descuido, porque no la miramos como nuestro principal negocio, y no la preferimos á los demás cuidados. Es verdad, católicos, que todos queremos salvarnos, aun los pecadores mas abandonados no renuncian esta esperanza; tambien queremos que entre nuestras obras haya algunas que se ordenen á la salvacion, porque no hay pecador cuyo engaño llegue á tanto que crea ha de merecer la gloria de los santos sin haber hecho jamás alguna accion con que merecerla; pero en lo que nos engañamos es en el lugar que damos á estas obras entre las ocupaciones que dividen nuestra vida. Y á la verdad, católicos, los cumplimientos é inutilidades del trato humano, las funciones de los empleos, las ocupaciones domésticas, las pasiones y los deleites tienen su tiempo y sus horas señaladas en cada uno de nuestros dias; pero ¿qué tiempo tenemos señalado para la obra de nuestra salvacion? ¿Qué lugar damos á este cuidado entre los demás? ¿Pensamos acaso en él? Y si considerais por menor todas vuestras obras, ¿qué haceis por la eternidad que no hagais cien veces mas por el mundo? Algunas veces empleais una corta porcion de vuestros bienes en santas liberalidades; pero ¿qué es esto comparado con lo que sacrificais todos los dias á vuestros placeres, á vuestras pasiones y á vuestros antojos? Acaso en el principio del día levantaiis vuestro espíritu á Dios por medio de la oracion; pero al salir de ella ¿no ocupa el mundo el lugar que tiene en vuestro corazon, y no le entregais todo el tiempo restante? Acaso asistís todos los dias exactamente á los santos misterios; pero dejando aparte los motivos que muchas veces os llevan á ellos, ¿no se recompensa este único ejercicio de religion con pasar despues todo el día en una vida ociosa y mundana? Algunas veces soleis usar de una leve mortificacion, sufrís alguna injuria, os obligais á algun ejercicio devoto; pero estas son unas acciones únicas y singulares que salen del orden comun y son de poca consecuencia; no podréis presentar ni una sola delante del Señor, contra la cual no se presenten

otras mil que cuenta por suyas el enemigo; la salvacion no ocupa, por decirlo así, mas que vuestros ratos desocupados, y el mundo todo el tiempo; los instantes son para Dios, y toda la vida entera para nosotros.

9. Bien sé, católicos, que vosotros mismos estais conociendo en este punto la injusticia y el peligro de vuestra conducta. Confesais que las inquietudes del mundo, de los negocios y de los placeres os tienen casi absolutamente ocupados, y que es muy poco el tiempo que os queda para pensar en vuestra salvacion; pero para sosegaros os decís que cuando esteis mas tranquilos, que cuando se hayan acabado ciertas dependencias, que cuando alguno de vuestros hijos se halle en proporcion de manejar vuestros intereses, cuando se finalicen ciertos inconvenientes; en una palabra, cuando os halleis en otras circunstancias, pensaréis con seriedad en vuestra salvacion, y que entonces vuestro principal negocio será el de la eternidad. Pero os engañais, católicos, en mirar la salvacion como incompatible con las ocupaciones ajenas al estado en que os ha puesto la Providencia: ¿no podeis valeros de él como de medio para vuestra santificacion? ¿No podeis practicar en él todas las virtudes cristianas? Si es penoso, la penitencia; si teneis autoridad sobre los hombres, la clemencia, la misericordia y la justicia; la sumision á las disposiciones del cielo, si algunas veces no corresponden los sucesos á vuestras esperanzas; el perdon de las injurias, si en él padecéis opresiones, calumnias ó violencias; ó la confianza en Dios, si experimentais la injusticia ó inconstancia de vuestros jefes. ¿No hay muchas almas de vuestra misma clase y estado que en las mismas circunstancias en que vosotros os hallais hacen una vida pura y cristiana? Bien sabeis que á Dios se le halla en todas partes, porque en aquellos felices instantes en que algunas veces habeis experimentado los movimientos de la gracia conocíais muy bien que todo os llamaba á Dios, que aun los mismos peligros de vuestro estado os servian de instrucciones y remedios, que el mundo os quitaba al gusto del mismo mundo, que en todas partes podíais hallar el secreto de ofrecer á Dios mil sacrificios invisibles, y hallar en vuestras ocupaciones motivos para hacer reflexiones santas y saludables ocasiones para merecer. Pues ¿por qué no cultivais estas impresiones de gracia y de salvacion? Vuestra infidelidad y flaqueza, y no vuestro estado, es la causa de que estas estén apagadas en vuestro corazon.

10. José estaba encargado de todos los negocios de un gran rei-

no; él solo llevaba sobre sí todo el peso del gobierno, y con todo eso no se olvidó del Señor que había roto sus cadenas y justificado su inocencia. No esperó para servir al Dios de sus padres á tener un sucesor que le dejase desocupado el tiempo que le habia quitado su nueva dignidad, antes se valió de esta misma para servir de consuelo á sus hermanos y de utilidad al pueblo de Dios, mirándola como venida de su mano omnipotente. Aquel ministro de la reina de Etiopia, de quien se habla en los Hechos de los Apóstoles, era gobernador de las inmensas riquezas de aquella princesa; el repartimiento de los tributos y subsidios y toda la administracion del erario estaba fiada á su fidelidad; pero todo este abismo de cuidados y negocios le dejaba el tiempo suficiente para buscar en las profecías de Isaías la salvacion que esperaba y las palabras de la vida eterna: imaginaos en el estado de mayores negocios é inquietudes, y hallaréis justos que se han santificado en él. La corte puede servir de asilo á la virtud del mismo modo que los claustros; los cargos y los empleos pueden servir tanto de socorro como de escollo para la piedad, y cuando esperamos á mudar de ocupaciones para convertirnos á Dios es señal de que aun no queremos mudar nuestro corazon. Y así, católicos, cuando os decimos que la salvacion debe ser vuestro único negocio, no intentamos persuadiros que renunciéis todos los demás, porque esto seria no obedecer las disposiciones de Dios; solamente queremos que los ordencis todos á la salvacion, que la virtud santifique vuestras ocupaciones, que las arregle la fe, que las anime la Religion, que las gobierne el temor del Señor; en una palabra, que la salvacion sea como el centro á donde todas se dirijan, porque el esperar á estar mas desembarazados y tranquilos para ser mas virtuosos, además de ser una ilusion de que se vale el demonio para retardar vuestra penitencia, es un ultraje que hacéis á la religion de Jesucristo: justificais los argumentos que en otro tiempo hacian contra ella los enemigos de los cristianos; parece que la mirais como incompatible con las obligaciones de príncipe, de cortesano, de hombre de república y de padre de familias. Parece que creéis como ellos que el Evangelio no propone sino máximas funestas á la república, y que si se le hubiera de creer, seria preciso abandonarlo todo, retirarse de la sociedad, negarse á todos los cuidados públicos, romper todos los vínculos de la obligacion, de la correspondencia y de la autoridad que nos unen con los demás hombres, y vivir como si fuéramos solos en la tierra, cuando solamente el Evangelio es quien nos hace cumplir con estas obliga-

ciones como se debe, y cuando solamente la religion de Jesucristo puede formar príncipes religiosos, cortesanos cristianos, magistrados incorruptibles, señores moderados, vasallos fieles, y mantener en una justa armonía esta variedad de estados y condiciones de que depende la tranquilidad de los pueblos y la salud de los imperios.

11. Pero para que conozcaís mejor la ilusion de este pretexto, decidme: cuando os halleis libres de esos negocios y desocupados de esos cuidados exteriores que hoy os apartan de la salvacion, ¿estará libre vuestro corazon de las pasiones? ¿Se romperán los injustos é invisibles lazos que os detienen? ¿Seréis dueños de vosotros mismos? ¿Seréis mas humildes, mas sufridos, mas modestos, mas castos, mas mortificados? ¡Ah! no son las inquietudes exteriores las que os detienen, sino el desórden interior y el tumulto y viveza de las pasiones. La confusion y el desórden no se hallan, dice san Juan Crisóstomo, en los cuidados de la fortuna, ni en los estorbos de los negocios, sino en las desarregladas inclinaciones del alma. El corazon en que reina Dios en todas partes se halla tranquilo: *Non in rerum eventu perturbatio ac tumultus, sed in nobis, et in animis nostris.* Vuestros cuidados terrenos solamente son incompatibles con la salvacion, porque son pecaminosas las acciones que los gobiernan. Vuestras inclinaciones, y no vuestros cargos son los escollos; no os despojaréis de estas inclinaciones aunque abandonéis vuestros cuidados y negocios; en ese caso serán mas vivas y mas indómitas que nunca; además de aquella flaqueza, que participa de vuestra propia corrupcion, crecerán con el tiempo y con los años; os parecerá que habeis conseguido cuanto deseábais con proporcionaros ese sosiego, pero veréis que vuestras pasiones, mas vivas á proporcion que no hallan en qué ocuparse exteriormente, vuelven todo su furor contra vosotros mismos, y os admiraréis de hallar en vuestro propio corazon los mismos obstáculos que hoy os parecia estar solamente en las cosas exteriores: esa lepra, si es lícito decirlo así, no está pegada á vuestros vestidos, á vuestros empleos, á las paredes de vuestros palacios, de modo que abandonando todas estas cosas os podais ver libres de ella, sino que se ha apoderado de vuestra propia carne: el remedio para veros sanos no es el renunciar vuestros cuidados, sino santificarlos, purificándolos á vosotros mismos: todo es puro para los que están puros; de otro modo vuestra herida os seguirá hasta el descanso de la soledad; seréis semejantes á aquel rey de Judá, de quien se habla en el libro de los Reyes, el que aunque renunció su corona, puso los cuidados del reino en manos de su

hijo, y se retiró á lo mas interior de su palacio; siempre llevó consigo la lepra con que le habia herido el Señor, acompañándole esta llaga-vergonzosa aun en su retiro: la inocencia ó la malicia de los cuidados exteriores solamente existe en nuestro corazon; solamente nosotros hacemos peligrosas las ocupaciones de la tierra, como tambien nosotros solos hacemos desabridas y fastidiosas las del cielo.

12. Y esta, católicos, es la última razon por que manifestamos tan poca ansia por el gran negocio de nuestra eterna salud, porque cumplimos con nuestras obligaciones sin gusto y como por fuerza. Las mas ligeras obligaciones de la virtud nos parecen duras; todo cuanto hacemos por el cielo nos molesta, nos cansa y nos enfada; la oracion cautiva nuestro espíritu, el retiro nos fastidia, la leccion de libros devotos cansa desde luego la atencion, el trato con los justos nos es pesado, y nada tiene que nos divierta; la ley del ayuno altera la salud; en una palabra, hallamos no sé qué tristeza en la virtud, que hace que cumplamos con las obligaciones como con unas deudas odiosas que siempre se pagan de mala gana, y solamente cuando nos vemos precisados.

13. Pero primeramente, católicos, sois injustos en atribuir á la virtud lo que no depende mas que de vuestra propia corrupción; la virtud no es desagradable, vuestro corazon es el que está desarreglado. No debemos atribuir la amargura al cáliz del Señor, dice san Agustin, sino á nuestro depravado gusto: todo es amargo para el paladar enfermo; corregid vuestras inclinaciones, y os parecerá ligero el yugo; restituid á vuestro corazon el gusto que le ha quitado el pecado, y experimentaréis las dulzuras del Señor; aborreced al mundo, y conoceréis cuán amable es la virtud. En una palabra, amad á Jesucristo, y experimentaréis la verdad de lo que os digo. Mirad si los justos experimentan el poco gusto que vosotros en las obras de piedad; preguntadles si tienen vuestra condicion por la mas feliz, y os responderán que les pareceis dignos de lástima, que se compadecen de vuestros desórdenes y trabajos, de veros sufrir tanto por un mundo que os desprecia, os molesta ó no puede haceros dichosos, y seguir unos placeres que son muchas veces mas insípidos para vosotros que la misma virtud de quien huís; os responderán que no cambiarían su aparente tristeza por todas las felicidades de la tierra. La oracion los consuela, el retiro los conforta, la leccion espiritual los anima, las obras de piedad derraman en su alma una santa suavidad, y sus dias mas felices son los que pasan con el Se-

ñor : el corazón es quien decide de nuestros placeres, y mientras ameís al mundo siempre os parecerá insufrible la virtud.

14. En segundo lugar, ¿quereis saber tambien en qué consiste que el yugo de Jesucristo sea para vosotros tan duro y tan pesado? Consiste en que le llevais pocas veces: solamente dedicais al cuidado de vuestra salvacion algunos instantes rápidos; solamente consagrais á la piedad algunos pocos dias; aunque practiqueis algunas obras de religion, las abandonais inmediatamente, y así solamente experimentais la violencia de los primeros esfuerzos, no dejais á la gracia tiempo suficiente para aligerar el peso, y así os privais de las dulzuras y consuelos que derrama despues de los trabajos. Aquellos misteriosos animales que escogieron los filisteos para llevar el arca del Señor fuera de sus fronteras, figuras de las almas infieles y poco acostumbradas á llevar el yugo de Jesucristo, bramaban, como dice la Escritura, y parece que gemian con la gravedad de aquel sagrado peso: *Pergentes, et mugientes* ¹. Pero los hijos de Leví, imagen natural de los justos, acostumbrados á aquel santo ministerio, hacian resonar los aires con cánticos de alegría y de accion de gracias, llevándola con majestad, aun por entre las abrasadas arenas del desierto: la ley no es peso que moleste al alma justa acostumbrada á observarla; solamente el alma mundana, poco familiarizada con las santas observancias, gime oprimida con un peso que debiera serla tan amable: *Pergentes, et mugientes*. Cuando aseguró Jesucristo que su yugo era suave y ligero, nos mandó al mismo tiempo que le llevásemos continuamente: la suavidad está vinculada á la costumbre; las armas de Saul solamente eran pesadas para David, porque no estaba acostumbrado á ellas: *Non habeo usum* ².

15. Es necesario familiarizarse con la virtud para conocer sus santos atractivos; es necesario entrar muy adentro en esta tierra feliz para hallar en ella la leche y la miel; solamente á la entrada es donde se hallan los gigantes y mónstruos que despedazan á sus habitantes: los deleites del pecador solamente son suaves en la superficie, no tienen de agradables mas que los primeros instantes: si pasais mas adelante, no hallaréis sino hiel y amargura, y cuanto mas los examineis, mejor conoceréis el vacío, la molestia y la saciedad, que son inseparables de ellos. Al contrario, la virtud

¹ I Reg. vi, 12. — ² I Reg. xvii, 39.

es un maná escondido, y para gustar de toda su dulzura es necesario examinarla bien; pero cuanto mas adelanteis en ella, mas abundan los consuelos, mas se sosiegan las pasiones, mas se allanan los caminos, mas os alegraréis de haber roto las cadenas que os oprimian, y las que arrastrábais como por fuerza y con una interior-tristeza. Y así, mientras os contenteis con unos simples ensayos de virtud, no experimentaréis mas que repugnancia y amargura; y como no se halla en vosotros la fidelidad del justo, tampoco debéis esperar sus consuelos.

16. Finalmente, cumplís sin gusto con las obligaciones de la piedad, no solamente porque cumplís con ellas raras veces, sino tambien porque las cumplís imperfectamente; orais, pero sin recogimiento; ayunais, pero sin espíritu de compuncion y penitencia; no ofendeis á vuestros enemigos, pero no los amais como á hermanos; os acercais á los santos misterios, pero sin aquel fervor que hace que en ellos halle el alma inefables dulzuras; os apartais algunas veces del mundo, pero no teneis en el retiro aquel silencio de los sentidos y de las pasiones, sin el cual la soledad no es mas que una triste molestia; en una palabra, no llevais mas que la mitad del yugo; pues sabed que Jesucristo no está dividido. Simon Cireneo, que no llevaba mas que una parte de la cruz, iba agobiado con su peso, y era menester que los soldados le obligasen por fuerza á que continuase sirviendo al Salvador en aquel triste ministerio: *Et angariaverunt ut tolleret crucem ejus* ¹. Solamente puede hallarse consuelo en la plenitud de la ley: cuanto mas cerceneis de ella, os será mas gravosa y pesada; cuanto mas querais suavizarla, mas os oprimirá; por el contrario, si la añadís rigores de supererogacion, experimentaréis que se aligera su peso, como si la añadiérais nuevos alivios. ¿De qué proviene esto, católicos? De que la observancia imperfecta de la ley tiene su origen en un corazon á quien tienen todavía dividido las pasiones; y un corazon dividido, y que mantiene dos amores, no puede ser, segun la sentencia de Jesucristo, sino un reino y teatro lleno de confusion y desconsuelos.

17. ¿Quereis ver una imagen natural de esta verdad sacada de los Libros santos? Rebeca, quando estaba para parir á Jacob y Esaú, dice la Escritura que padecia unos mortales dolores; los dos hijos peleaban ya uno contra otro en su seno: *Et collidebantur in*

¹ Matth. xxvii, 32.

utero ejus parvuli ¹, y oprimida con sus males pedia al Señor, ó que la diese la muerte, ó que la librase de ellos. No te admires, la dijo la voz del cielo, de que sean tan crueles tus dolores, y que te cueste tanto el ser madre, porque sabe que hay dos pueblos en tu vientre: *Duæ gentes, et duo populi sunt in utero tuo* ². Pues esto es lo mismo que os sucede á vosotros, amados oyentes míos: ¿os admirais de que os cueste tanto trabajo el cumplir con una obra de virtud, capaz de formar en vuestro corazon el nuevo hombre Jesucristo? Pues sabed que consistè en que aun conservais en él dos amores irreconciliables, Jacob y Esaú, el amor del mundo y el de Jesucristo; teneis dentro de vosotros dos pueblos, por decirlo así, que se hacen perpétua guerra: *Duæ gentes, et duo populi sunt in utero tuo*. Esta es la causa de vuestros dolores y trabajos: si solamente poseyera vuestro corazon el amor de Jesucristo, todò se hallaria en él quieto y sosegado; pero como aun mantencis pasiones injustas, como todavía amais al mundo, á los placeres y á las distinciones de la fortuna, no podeis sufrir los pensamientos que se oponen á este amor; vuestro corazon está lleno de envidias, de rencores, de frívolos deseos y de conexiones pecaminosas: *Duæ gentes, et duo populi sunt in utero tuo*. Y esta es la causa de que, siendo vuestros sacrificios imperfectos como los de Cain, sean tristes y penosos como los suyos.

18. Servid, pues, al Señor con todo vuestro corazon, y le serviréis con alegría. Entregaos á él sin reserva, y sin querer conservar derecho alguno sobre todas esas pasiones; observad las justicias de la ley enteramente, y, como dice el Profeta, ellas derramarán santos deleites en vuestro corazon: *Justitiæ Domini rectos lætificantes corda* ³. No os parezca que siempre son tristes y amargas las lágrimas de la penitencia; sus tristezas son exteriores, pero cuando son sinceras tienen mil interiores alivios: el justo se parece á la sagrada zarza; solamente veis en él los cambrones y espinas, pero no veis la gloria del Señor que habita dentro; veis las mortificaciones y los ayunos, pero no veis la gracia que los suaviza; veis el silencio, el retiro, el abandono del mundo y de los placeres, pero no veis el consolador invisible que recompensa con usura el comercio de los hombres, porque ya les es insufrible después que empezaron á gustar á Dios; veis una vida triste y molesta en la apariencia, pero no veis la alegría y la paz de la inocencia

¹ Genes. xxv, 22. — ² Ibid. i, 23. — ³ Psalm. xlviii, 9.

que reina en su interior. De este modo el Padre de las misericordias y el Dios de todo consuelo derrama sus favores á manos llenas, y no pudiendo algunas veces el alma sufrir el exceso y plenitud de ellos, se ve obligada á pedir á su Señor que suspenda el torrente de sus gracias, y que proporcione la abundancia de sus dones á la flaqueza de la criatura.

19. Amados oyentes míos, haced vosotros mismos esta feliz experiencia; haced prueba de la fidelidad de vuestro Dios, pues en este punto gusta el Señor de ser tentado; experimentad si nosotros damos un falso testimonio de sus misericordias, si atraemos á los pecadores con falsas esperanzas, y si sus dones no son aun mas abundantes que nuestras promesas: ya ha mucho tiempo que estais haciendo experiencias del mundo; nunca le habeis hallado fiel; él os ha prometido deleites, honores y felicidades imaginarias, y siempre os ha engañado; sois desgraciados en el mundo, nunca habeis podido conseguir el formaros un estado á medida de vuestros deseos; pues ved si vuestro Dios será mas fiel para vosotros que el mundo; ved si no se hallan mas que amarguras y disgustos en su servicio; si no da tanto como promete; si es un Señor ingrato, inconstante ó impertinente; si su yugo es una cruel servidumbre, ó una suave libertad; si las obligaciones que nos impone son castigos de sus esclavos, ó consuelos de sus hijos, y si engaña á los que le sirven. ¡Dios mío! qué poco digno seriais de nuestros corazones, si no fuérais mas amable, mas fiel y mas digno de ser servido que este mundo miserable!

20. Pero, católicos, para servir al Señor, como su Majestad quiere ser servido, es necesario estimar la gloria y la felicidad de servirle; preferir esta dicha á todas las demás, y trabajar con sinceridad y con madura circunspeccion. Porque así como es un defecto muy comun la falta de diligencia en el negocio de nuestra salvacion, por padecer disgustos en él, tambien es defecto aun mas frecuente el engañarse por falta de prudencia.

Segunda parte.

21. Una empresa en que los peligros son continuos y los engaños frecuentes, en que entre los infinitos caminos que parecen seguros no hay mas que uno verdadero, y en la que no obstante el suceso debe decidir de nuestra suerte eterna; una empresa de esta calidad pide sin duda unos cuidados extraordinarios, y en ninguna

otra se necesita de tanta circunspección y prudencia. Inútil sería el probar ahora que todas estas circunstancias concurren en la empresa de nuestra salvación; y me persuado, señores, que ninguno de vosotros tiene duda en esto: lo que importa, pues, es explicar las reglas y circunstancias de esta prudencia, que debe gobernarnos en un negocio tan peligroso é importante.

22. La primera regla es no hacer una elección precipitada entre la infinidad de caminos que siguen los hombres, examinarlos todos sin atender á los usos y costumbres que los autorizan, y no conformarse en negocio de la eternidad con la opinión y ejemplo comun. La segunda, una vez elegido este camino, no dejar cosa alguna á la incertidumbre de los sucesos, y preferir siempre la seguridad al peligro. Estas son las comunes reglas de prudencia, que siguen aun los mismos hijos del siglo en la disposición de sus pretensiones y esperanzas temporales, y solamente se desprecian en el negocio de la salvación. Primeramente, nadie examina si son seguros sus caminos, ni busca otra señal de su seguridad que la multitud que ve caminar delante de sí. En segundo lugar, en las dudas que nacen acerca de las circunstancias de cada uno de los pasos, como el partido mas peligroso para la salvación tiene siempre á su favor el amor propio, se le da tambien la preferencia. Estos son dos errores capitales y comunes en el negocio de la eterna salud, los que es preciso impugnar aquí. La primera regla es no determinarse sin reflexión, y no seguir la opinión ni el mal ejemplo en el negocio de la eternidad. En todos los pasajes de los Libros santos se nos representa el justo como un hombre cuerdo y prudente, que piensa, que compara, que examina, que discierne, que experimenta cuál es lo mejor, que no cree ligeramente á todo espíritu, que pone á sus piés la luz de la ley para ver distintamente sus pasos y no engañarse por el camino. Por el contrario, el pecador se pinta como un hombre insensato, que camina sin reflexión, y que en los pasos mas peligrosos sigue adelante con confianza, como si caminara por las sendas mas llanas y seguras: *Sapiens timet, et declinat à malo; stultus transilit, et confidit* ¹.

23. Ved, pues, católicos, el estado de casi todos los hombres en el negocio de la eterna salud. En todas las demás cosas son prudentes, circunspectos, desconfiados, hábiles para descubrir los errores que se esconden bajo de las preocupaciones comunes; sola-

¹ Prov. XIV, 16.

mente en el negocio de la salvacion no hay cosa que iguale á nuestra credulidad é imprudencia. Sí, católicos, todos los dias nos estais oyendo decir que la vida del mundo, esto es, la vida divertida, inútil, llena de vanidad, de fausto, de regalo, aunque exenta de las culpas mas graves; que esta vida, vuelvo á decir, no es vida cristiana, y por consiguiente que es vida de reprobacion y de infidelidad; esta es la doctrina de la Religion en que nacisteis, y de vuestra niñez siempre se ha ostentado con estas verdades santas. Por el contrario, el mundo defiende que este es el único género de vida que deben practicar las personas de cierta clase, que el no querer conformarse con ella seria una especie de rusticidad, en que tendria mas parte la singularidad y la flaqueza de espíritu que la razon y la virtud. Quiero convenir en que esté aun en duda quién tiene razon, ó nosotros, ó el mundo, y en que no esté todavía decidida esta gran disputa. Pero no obstante, como se trata de una resolucion peligrosa, y como el engaño en este asunto seria la mayor de todas las desgracias, parece que la prudencia pide que á lo menos nos instruyamos bien antes de pasar mas adelante. Á lo menos es natural el dudar entre dos opiniones que se oponen entre sí, y en las que el punto de la disputa es nuestra salvacion. Pues ahora os pregunto: cuando os declarásteis por el mundo, cuando aprobásteis sus costumbres, sus máximas, sus usos, ¿examinásteis primero si él tenia razon, ó si éramos nosotros los que procurábamos engañaros?

24. El mundo quiere que aspiremos á los favores de la fortuna sin perdonar cuidado, trabajo, artificio ni ruindad alguna para conseguirlos. Vosotros seguíis estas costumbres; pero ¿habeis examinado si se opone á estas máximas el Evangelio? El mundo mira con honor el lujo y la magnificencia, la profusion y delicadeza de los banquetes, y en punto de gastos nadie tiene por excesivo sino lo que puede ocasionar ruina en sus negocios. Pero ¿estais bien informados de si la ley de Dios señala otro uso mas santo de las riquezas que solamente hemos recibido de su Majestad? El mundo autoriza el continuo juego, los deleites y espectáculos, y se burla de los que se atreven á dudar de su inocencia. ¿Habeis hallado estas burlas en las máximas tristes y penosas de Jesucristo? El mundo aprueba ciertos caminos odiosos y nada seguros de aumentar el patrimonio de nuestros padres, y no pone mas límites á la codicia que los de las leyes que castigan las violencias é injusticias manifiestas; pero ¿podréis asegurarnos que las reglas de la concien-

cia no miran estas cosas con mas atencion , y que no examinan con mas cuidado en este particular unos puntos que no conoce el mundo? El mundo os permite aspirar á los sagrados honores, y aun suplicar á la puerta de los que reparten las gracias, y que subais por ruines medios al trono sacerdotal. Pero ¿habeis averiguado si las leyes de la Iglesia tratan á todas estas acciones de intrusion, y á los simples deseos de delitos? El mundo ha declarado que una vida cómoda, regalada y ociosa es una vida inocente, y que la virtud no es tan austera como nosotros la pintamos ; pero antes de creerle, fiados solamente en su testimonio, ¿habeis consultado si la doctrina que Jesucristo nos trajo del cielo se acomodaba con la novedad y peligro de sus máximas? ¿Es posible, católicos, que en el negocio de vuestra eternidad hayais de adoptar sin reflexion unas preocupaciones comunes, solamente porque las hallais establecidas? Seguí á los que caminan delante de vosotros sin examinar á dónde va á parar aquel camino, y ¿os dignais de preguntaros á vosotros mismos si acaso os engañais? ¿Es posible que os habeis de contentar con saber que no sois solos los engañados? que en un negocio que debe decidir de vuestra eterna suerte no hayais de hacer caso de vuestro entendimiento? que no pidais mas prendas de seguridad que el error comun? que no dudeis, que no os informéis, que no desconfíeis, y que todo os haya de parecer bueno? Vosotros, que sois tan delicados, tan impertinentes, tan desconfiados, que usais de tantas precauciones cuando se trata de vuestros intereses terrenos, ¿solamente en este importantísimo negocio os habeis de gobernar por instinto, por opinion y por unas reglas nada seguras? ¿Nada habeis de poner en él de vuestra parte, y os habeis de dejar arrastrar torpemente de la multitud y del mal ejemplo?

25. Vosotros que en todos los demás asuntos os avergonzaríais de pensar como la multitud, que os preciais de un talento superior, y que dejais para el pueblo y para los entendimientos pusilánimes las preocupaciones vulgares; vosotros que entre todas vuestras prendas, la de que mas os preciais es la singularidad en el modo de pensar, solamente en el orden de la salvacion pensais como todos, y parece que solamente para este grande asunto no se os ha dado entendimiento. ¿Es posible, católicos, que cuando se os pregunta la razon de las acciones que hacedis en orden al buen éxito de vuestros negocios y de vuestras esperanzas terrenas, y los motivos que habeis tenido para preferir unos medios á otros, los ma-

nifestais con tanta prudencia y solidez, justificais vuestra eleccion con unas razones tan seguras y decisivas, dais á entender haber pesado bien todas las circunstancias antes de resolveros; y cuando os preguntamos de qué proviene que en el negocio de la salud eterna prefirais los abusos, las costumbres y máximas del mundo á los ejemplos de los Santos, que sin duda no vivieron como vosotros, y á las reglas del Evangelio que condenan á todos los que viven como vivís, no teneis mas que respondernos, sino que sois solos, y que es necesario vivir como vive todo el mundo? ¡Gran Dios! ¿de qué sirven los grandes talentos para gobernar unos negocios que han de perecer con nosotros? Tenemos suficiente uso de razon para la vanidad, y somos niños para la verdad. Nos preciamos de prudencia en los negocios del mundo, y somos necios para el de la salvacion.

26. Acaso me diréis que no sois mas prudentes ni mas hábiles que los demás hombres que viven como vosotros; que no os atreveis á mezclaros en unas disputas que exceden vuestra capacidad; que si nos hubiérais de creer, os sería preciso disputar de todo, y que la virtud no consiste en adelgazar tanto. Pero os pregunto: ¿es necesario adelgazar para saber que el mundo es un guia engañoso, que sus máximas se hallan reprobadas en la escuela de Jesucristo, y que sus costumbres nunca pueden prescribir contra la ley de Dios? ¿No es esta la regla mas sencilla y mas comun del Evangelio, y la primera verdad de la ciencia de la salvacion? Para conocer la obligacion basta caminar con sencillez: las agudezas solamente son necesarias para disimulársela á sí mismo y para conciliar las pasiones con las reglas santas. Para esto es para lo que el espíritu humano tiene necesidad de toda su industria, porque la empresa es difícil; y esto es lo que os sucede á vosotros los que defendeis que es una vana metafísica el querer sujetar las costumbres á la regla: para conocer la obligacion basta consultarse á sí mismo. Mientras Saul se mantuvo fiel, no tuvo necesidad de consultar á la pitonisa acerca de lo que debia hacer; la ley de Dios le instruía suficientemente; despues de su delito fue cuando, para sossegar las inquietudes de una conciencia turbada y conciliar sus injustas flaquezas con la ley Dios, pensó en buscar en las respuestas de un oráculo engañoso alguna autoridad favorable á sus pasiones: amad, pues, la verdad, y pronto la conoceréis, porque una conciencia recta es el mejor doctor de todos. No es mi intento reprender aquí las sinceras diligencias que hace una alma sincera y tímida

para ilustrarse é instruirse, solamente quiero decir que la mayor parte de las dudas acerca de las obligaciones, en las almas entregadas al mundo como vosotros, nacen de un principio dominante de sensualidad, que por una parte no quisiera tocar á sus injustas pasiones, y por otra quisiera autorizarlas con la ley, para evitar los remordimientos de la transgresion manifiesta; porque si buscárais á Dios de buena fe, y no bastara para esto vuestra instruccion, aun hay profetas en Israel: consultad enhorabuena á los que conservan la ciencia de la ley y de la santa doctrina, y que enseñan con verdad el camino de Dios: no pongais vuestras dudas con aquellos colores y disfraces que siempre determinan la decision á favor vuestro; no consulteis para ser engañados, sino para ser instruidos; no busqueis oráculos favorables, sino oráculos seguros y doctos; no os contenteis con el testimonio de un hombre solo, consultad repetidas veces al Señor, y por distintos órganos; la voz del cielo es uniforme, porque la verdad á quien sirve de intérprete siempre es única; si no convienen los testimonios, preferid siempre aquella eleccion que mas os aparta del peligro; desconfiad del dictámen que os agrada y lisonjea, y que ya tenia á su favor los votos de vuestro amor propio.

27. No imitéis el ejemplo de Lot, que estando para separarse de Abrahan, y siendo dueño de elegir la diestra ó la siniestra, levantó los ojos, dice la Escritura, antes de elegir; vió al rededor un país fértil, delicioso, amable y hermoso, cuanto podia desearle su corazon; dejó para Abrahan lo que le pareció menos delicioso, y escogió para sí los países de Sodoma, sin examinar si en ellos estaria mas seguro: *Elevatis itaque Lot oculis, vidit omnem circa regionem Jordanis, quæ universa irrigabatur... sicut paradisus Domini, et habitavit in Sodomis*¹. Pero muy pronto experimentó el castigo de su imprudencia, como dice san Ambrosio; poco tiempo despues le cautivaron los reyes de las naciones, y aunque se libró de sus manos, apenas pudo escaparse del fuego del cielo que cayó sobre aquella pecadora ciudad: *Lot amœnam elegit, infirmioris itaque consilii præteritum fuit, quoniam à prudentiori deflexerat*. Rara vez sucede que las decisiones de nuestras inclinaciones se conformen con las de las reglas santas. Con todo eso, estas inclinaciones son las que siempre deciden en el negocio de nuestra salvacion, aun quando estamos viendo otros caminos mas seguros que los que escogemos; se-

¹ Genes. xiii, 10, 12.

gunda circunstancia de nuestra imprudencia en la empresa de nuestra eterna salud. Á la verdad, en cuanto debemos practicar apenas hay duda capaz de ocultarnos la obligacion precisa de la ley en cada una de nuestras acciones: nosotros conocemos las sendas por donde caminaron Jesucristo y sus Santos: todos los días nos las están manifestando, y nos convidan con el buen éxito que ellos tuvieron á que sigamos sus pasos: de este modo, nos dicen con el Apóstol, vencieron al mundo aquellos hombres de Dios que nos han precedido, y alcanzaron el efecto de las promesas. Vemos que si los imitamos todo lo podemos esperar, y que en el camino por donde vamos todo es de temer. ¿Es posible, pues, que hayamos de estar indecisos en esta alternativa? Con todo eso, siempre hacemos resistencia á nuestras propias luces; siempre preferimos el peligro á la seguridad; toda nuestra vida no es mas que un continuo peligro; en todas nuestras acciones fluctuamos, no entre lo mas ó menos perfecto, sino entre las culpas graves y las leves; en todas nuestras acciones no procuramos saber si hacemos lo mejor, sino si el mal que hacemos es leve y digno de perdon. Todas nuestras dudas se reducen á preguntarnos si el permitirse tal placer, el contestar á tal conversacion, el abandonarse al rencor hasta tal punto, el usar de ciertos ardidés y el no abstenerse de ciertas diversiones, es culpa grave ó leve: siempre estais indecisos entre estos dos destinos, y vuestra conciencia nunca puede daros testimonio de que en semejantes ocasiones estábais determinados á favor de aquel partido en que no habia peligro alguno.

28. Bien sabeis que una vida entregada al juego, á los placeres, á los espectáculos y á las diversiones, aun cuando no se advierta en ella culpa grave, es un partido muy dudoso para la eternidad. Á lo menos no tenemos ejemplar de Santo alguno que viviese de este modo, y bien sabeis al mismo tiempo que no tendríais semejantes temores, si vuestras costumbres fueran mas arregladas y cristianas. Con todo eso, mas quereis una duda favorable á vuestro amor propio que una seguridad que os mortifica. Bien sabeis que si una vez se pierden los instantes de la gracia nunca vuelven, que no hay cosa mas incierta que el poder volver á lograr aquellos santos impulsos que una vez hemos despreciado; que el diferir el negocio de la salvacion casi siempre es perderle, y que el dedicarse á él desde hoy es asegurarse prudentemente un buen éxito; bien lo sabeis, y con todo eso preferís la esperanza incierta de una gracia futura á la salud presente que os ofrece. Bien sabeis que aquel

sagrado director respeta vuestras pasiones; que mas es confidente de vuestras flaquezas que juez de vuestra conciencia y médico de vuestros males, y que, ó no tiene la ciencia suficiente para dirigiros, ó valor para reprenderos; bien lo sabeis, y con tanta certeza, que vosotros mismos os levantaiis de sus piés llenos de dudas y de interiores remordimientos acerca de su condescendencia; conocéis que teneis necesidad de hacer nueva eleccion, pero vuestras pasiones temen esta mudanza, y no teneis mas razon para correr con él al precipicio que una ciega costumbre. Sabeis que para vuestra seguridad debiérais despojaros de aquella dignidad á que no os elevó la mano del Señor, y la que ocupais sin vocación y sin mérito: lo sabeis, pero os haceis cargo de que conocéis á otros muchos mas indignos que vosotros, y que ocupan semejantes dignidades: esta semejanza os sosiega, y la evidencia de la obligacion no os mueve. Sabeis que el arte de aumentar las riquezas casi siempre debe su felicidad á la codicia y á la injusticia; que esos medios ocultos de multiplicar los bienes tienen sus dificultades en la Religion; que si entre los intérpretes de la ley hay algunos que los toleren, todos los demás los condenan: lo sabeis, pero esta misma variedad de sentencias os tranquiliza, y, cuando se trata de la salvacion, no os parece grave inconveniente el tener contra vosotros el partido mas numeroso y mas seguro.

29. Ahora bien, católicos, solamente os pido que hagais aquí dos reflexiones, y concluyo. Primeramente, aun cuando en el camino que seguís se hallara igual la balanza, esto es, aun cuando fuera igualmente dudoso si caminais á la salvacion ó á la perdicion eterna; si tuviérais algunas reliquias de fe, debiérais padecer unos crueles temores; debiera pareceros cosa terrible el que vuestra eterna salud fuese un problema en el que no sabeis qué partido seguir, y que se dudase con igual fundamento acerca de la felicidad ó desgracia de vuestra eterna suerte, del mismo modo que sucede en aquellas cuestiones indiferentes que ha entregado Dios á las disputas de los hombres; no debiérais omitir diligencia alguna para escoger á lo menos lo mas verosímil, para elegir un estado en que á lo menos os fuese favorable la preocupacion; y en este asunto, en que todo está contra vosotros, en que la ley no es favorable, en que no teneis á vuestro favor mas que unas leves apariencias de razon, las que no serian suficientes para que, fiados en ellas, aventuráseis el menor de vuestros intereses temporales, ¿y habeis de vivir tranquilos en este camino con unas costumbres que hasta aho-

ra á nadie han salvado, y en las que no teneis mas seguridad que el ejemplo de aquellos que perecen con vosotros? Aprobais la prudencia de los que han sabido elegir camino mas seguro; confesais que son dignos de alabanza; que es felicidad el poderse vencer como ellos; que es mucho mas seguro el vivir como ellos vivieron; lo decís, y con todo eso no os parece que debeis imitarlos. ¡Oh insensatos! exclama el Apóstol, ¿qué ilusion es la que os engaña? ¿por qué no os rendís á la verdad que conoceis? ¡Ah! católicos, ¿somos acaso capaces de esta imprudencia en las elecciones en que se interesan nuestro honor, nuestros adelantamientos ó nuestras pretensiones temporales? ¿Elegimos acaso entre todos los caminos que se presentan á nuestra ambicion para conseguir nuestros fines, los menos seguros, aquellos en que la fortuna es tarda y dudosa, y que siempre han hecho desgraciados á los que los han seguido, dejando aquellos en que todas las circunstancias prometen un feliz suceso? Solamente á la salvacion la tratamos como una especie de aventura, si es lícito decirlo así; esto es, como un negocio sin medidas, sin precauciones, el que abandonamos á la incertidumbre de los sucesos, y cuya felicidad solamente esperamos del acaso, y no de nuestros cuidados y de nosotros mismos.

36. Finalmente, última reflexion. Permitidme, católicos, que os pregunte: ¿por qué buscáis y nos alegais tantas razones aparentes para justificaros á vosotros mismos las costumbres en que vivís? Ó quereis sinceramente salvaros, ó estais resueltos á perderos. ¿Quereis salvaros? Pues escoged los caminos mas propios para conseguir el fin á que aspirais; dejad los caminos dudosos por donde hasta ahora ninguno ha llegado á él; seguid el que nos ha manifestado Jesucristo, que es el único por donde podréis llegar á conseguirle: no cuideis de minorar los peligros de vuestro estado, ni os dediqueis á mirarlos por el lado menos odioso para no temerlos tanto; al contrario, aumentad el peligro en vuestra imaginacion; nunca puede ser excesivo el temor en aquellas cosas de que debemos huir á toda costa; la salvacion es el único negocio en que nunca pueden ser extremadas las precauciones, porque en él el engaño no tiene remedio. Ved si aquellos que seguian las sendas dudosas por donde vosotros caminais, y que para justificarlas nos alegaban las mismas razones que vosotros, se han conformado despues con ellas: luego que la gracia produjo en su corazon sinceros deseos de su eterna salud, miraron los peligros en que vosotros vivís ahora como incompatibles con su fin, buscaron caminos mas sólidos.

dos y mas seguros, sustituyeron la santa seguridad del retiro á la inutilidad y peligro de las concurrencias y tratos familiares, la oracion á las distracciones del juego y de las diversiones, la circunspeccion de los sentidos á los adornos y al peligro de los espectáculos, la mortificacion cristiana al regalo de una vida delicada y sensual, la modestia y las santas liberalidades á las profusiones de la vanidad, y el Evangelio al mundo; abrazaron lo mas seguro, y conocieron que seria locura el querer salvarse por el mismo camino por donde los demás hombres se condenan.

31. Pero si estais resueltos á perecer, ¡ah! ¿por qué quereis guardar aun ciertos respetos con la Religion? ¿Para qué os cansais en buscar todos los días razones aparentes á vuestro favor para conciliar vuestras costumbres con el Evangelio, y para salvar, por decirlo así, las apariencias que aun conservais de discípulos de Jesucristo? ¿Por qué no habeis de ser mas que medio pecadores, y habeis de conservar aun para vuestras mas infames pasiones el inútil freno de la ley? Sacudid, pues, esas reliquias del yugo que os molestan, y que solo sirven de minorar vuestros deleites, sin minorar los suplicios que os esperan; ¿por qué os habeis de perder con tantos temores? En lugar de ese confesor condescendiente que os condena, salid de cuidados, no tengais ninguno. En lugar de esos escrúpulos que no os permiten sino unas ganancias dudosas, y que aun os privan de ciertas utilidades indignas y claramente injustas, pero que no obstante os ponen en el número de los logrerros que no han de poseer el reino de Dios, abrid el camino, y no pongais mas límites á vuestra injusticia que los de vuestra ambicion. En lugar de esas familiaridades sospechosas, en que siempre sale herida vuestra alma, quitad á la pasion ese freno inútil é importuno, que solo sirve de estorbar lo mas abominable del delito. En lugar de esas costumbres delicadas y mundanas, que tambien os han de condenar, nada negueis á vuestras pasiones, y vivid como los brutos á discrecion de vuestros deseos. Sí, pecadores, peeced con todos los frutos de la iniquidad, pues habeis de recoger tambien las lágrimas y las penas eternas. Pero no, amados oyentes míos, solamente os doy estos consejos de desesperacion para inspiraros horror á ellos. Este es un amoroso artificio del celo con que procuramos persuadiros vuestra perdicion, para que no consintais en ella. Seguid, pues, esas reliquias de luz, que todavía os manifiestan de lejos la verdad. Con algun fin ha conservado el Señor en vosotros hasta ahora esas semillas de salvacion, y no ha

permitido que se borren absolutamente; esa es una especie de derecho que aun se reserva sobre vuestro corazon, pero tened cuidado de no fundar en eso una vana esperanza de convertirlos mas adelante, porque esta esperanza solamente se permite á los que empiezan á trabajar desde luego. Empezad, pues, la grande obra de vuestra eterna salud, para la que únicamente os ha enviado Dios á la tierra, y en la que hasta ahora ni aun habeis pensado; haced estimacion de un cuidado que os es tan necesario; preferidle á todos los demás; no tengais otros placeres mas que el dedicaros á él; examinad los medios mas seguros y mas propios para conseguirle, y una vez conocidos estos medios, abrazadlos por mas trabajo que os cueste.

32. Esta es la prudencia del Evangelio tan recomendada por Jesucristo; fuera de esto todo es vanidad y engaño: vuestro ingenio es superior y capaz de todo; vuestros talentos son extraordinarios y admirables; pero si os engañais en orden á vuestra salvacion sois como unos niños. Salomon, tan estimado en todo Oriente por su sabiduría, fue un insensato, cuya locura aun hoy nos cuesta trabajo el comprender; todo el entendimiento del mundo no es mas que un juego y una locura, si llega á engañarse en el punto decisivo de la eternidad; no hay en toda la vida otro punto sério sino este; todo lo demás es un sueño en el que importa poco engañarse: no os fieis, pues, en la multitud, porque esta es el partido de los que se descaminan; no tomeis por guías á unos hombres que no pueden salir por vuestros fiadores; no os entregueis á la casualidad é incertidumbre de los sucesos, porque esta es la mayor de todas las locuras cuando se trata de la eternidad; porque el querer arriesgar algo en este punto es perderlo todo absolutamente. Confrontad las costumbres y los ejemplos con las reglas; acordaos de que hay una infinidad de caminos que les parecen rectos á los hombres, y que no obstante van á parar á la muerte; que casi todos los que se condenan es creyendo que se salvan, y que en el último dia todos los réprobos se quedarán pasmados al oir pronunciar la sentencia de su condenacion, como dice el Evangelio: *Quando te vidimus esurientem*¹? porque todos ellos esperaban gozar la suerte de los justos. De este modo, si hubiéreis esperado vuestra salvacion segun las reglas de la fe en esta vida, la gozaréis eternamente en el cielo. Amen.

¹ Matth. xxv, 37.

SERMON

SOBRE

LA PECADORA DEL EVANGELIO.

Et ecce mulier, quæ erat in civitate peccatrix, ut cognovit quod Jesus accubitasset in domo Pharisæi, attulit alabastrum unguentii, et stans retro secus pedes ejus, lacrymis cepit rigare pedes ejus, et capillis capitis sui tergebat, et osculabatur pedes ejus, et unguento ungebatur. (Luc. VII, 37, 38).

Al mismo tiempo una mujer de la ciudad, que era de mala vida, habiendo sabido que Jesucristo estaba comiendo en casa de un fariseo, llevó allá un vaso de alabastro, lleno de un aceite oloroso, y poniéndose detrás de él llorando, empezó á bañar sus pies con sus lágrimas, los enjugaba con sus cabellos y los besaba, derramando sobre ellos el perfume.

1. Por unas lágrimas tan abundantes, por una confesion tan sincera, por un ministerio de tanto amor y por unas acciones tan nuevas y tan humildes se conoce fácilmente el dominio que sobre esta pecadora habian tenido las pasiones y el prodigio que en ella acaba de obrar la gracia. Mucho tiempo habia que la Palestina la miraba como vergüenza y escándalo de la ciudad: *Mulier in civitate peccatrix*; y hoy la ve la casa del Fariseo como triunfo de la gracia y modelo de penitencia: *Lacrymis capit rigare pedes ejus*. ¡Oh qué mutacion y qué espectáculo! Esta alma, atada poco antes con las mas infames é indisolubles cadenas, nada halla que la detenga, y corre sin dilacion á buscar á los piés de Jesucristo su salud y libertad. Esta alma, sepultada hasta entonces en los sentidos, y que solamente habia vivido para los deleites, sacrifica en un instante los mas vivos encantos y los mas tiernos amores. Esta alma, finalmente, que hasta entonces no habia podido sufrir yugo alguno, y cuyo corazon nunca habia conocido mas regla que el desórden de sus inclinaciones, empieza su penitencia por las acciones mas humildes y por las mas tristes sumisiones. ¡Qué admirables son, ó

Dios mio, las obras de vuestra gracia! ¡Qué cerca tiene su remedio la mas desesperada miseria, cuando llega á ser objeto de vuestras infinitas misericordias! ¡Qué cortos y qué rápidos son los caminos por donde llevais á vuestros escogidos! Pero ¿de qué proviene, católicos, que unos ejemplos tan grandes hagan en nosotros tan débil impresion? Proviene de dos preocupaciones que, aunque son muy opuestas en la apariencia, nacen de un mismo principio, y guian á un mismo error.

2. La primera, porque nos figuramos que la conversion del corazon que Dios nos pide no consiste mas que en cesar en los delitos, en apartarnos de ciertos desórdenes excesivos, cuando para que nos abstengamos de ellos basta el respeto humano solamente; y como la edad, las nuevas circunstancias, ó el tiempo solamente, que ha mudado nuestras inclinaciones, nos ha puesto en este estado, no pasamos mas adelante; creemos que ya todo está concluido, y oímos la historia de las mas célebres conversiones que nos propone la Iglesia como unas lecciones que no se dirigen á nosotros.

3. La segunda va á dar en otro extremo; nos figuramos la penitencia cristiana como un estado funesto, y por la desconfianza que produce en la humana flaqueza parece una vida sin gusto, sin consuelo, llena de mil obligaciones insufribles para el corazon; y acobardados con el engaño de esta triste imágen, nos mueven muy poco los ejemplos de conversion, porque siempre nos hallan desanimados.

4. La conversion, pues, de nuestra pecadora confunde estas dos preocupaciones tan peligrosas para la salvacion. Primeramente, su penitencia no solo pone fin á sus desórdenes, sino que tambien los expia y repara. En segundo lugar, aunque es verdad que su penitencia empieza por sus lágrimas y su dolor, causa tambien en ella nuevos placeres; con su penitencia restituye á Jesucristo cuanto le habia quitado con sus desórdenes, y en esto consiste su satisfaccion; pero con Jesucristo halla en su penitencia la paz y los consuelos que nunca habia gozado en sus extravíos, y en esto consisten sus placeres; la satisfaccion que da y los consuelos que recibe en su penitencia son toda la historia de su conversion y el asunto de este discurso. Imploramos, etc.: *Ave María.*

Primera parte.

5. El oficio de la penitencia, dice san Agustin, es restablecer el buen orden en todas aquellas cosas en que el pecador habia vivido.

desordenado. Si no es universal es falsa, porque el buen orden solamente resulta de la perfecta subordinacion de todos los deseos y de todos los movimientos que se levantan en nuestros corazones; es necesario que cada cosa se halle en su lugar para restablecer aquella divina armonía que habia turbado el pecado; y mientras se halla alguna cosa desordenada, es en vano el trabajar para reparar lo restante: levantaís un edificio mal dispuesto, que siempre se arruina por algun lado, y en el que todo es confusion y desórden. Esta es la importante instruccion que hoy nos da aquella feliz pecadora, cuya conversion nos propone el Evangelio. Su pecado incluía en sí muchos desórdenes. Primeramente, el uso injusto de su corazon, el que siempre habia tenido ocupado en las criaturas. En segundo lugar, un abuso culpable de todos los dones de la naturaleza, los que habia convertido en instrumentos de sus pasiones. En tercer lugar, una indigna sujecion de sus sentidos, los que siempre habia hecho servir á la liviandad y á la ignominia, y, finalmente, un universal escándalo en la publicidad de sus culpas; pero su penitencia repara todos estos desórdenes, y así todo se la perdona, porque no omite diligencia alguna en su arrepentimiento.

6. Digo, primeramente, el injusto uso de su corazon. Sí, católicos, todo amor que no tiene mas objeto que la criatura infama á nuestro corazon. Es un engaño el amar por sí mismo á lo que no puede hacernos felices ni perfectos, y por consiguiente no nos puede dejar tranquilos, porque el amar es buscar nuestra felicidad en lo que amamos, es querer hallar en el objeto amado todo lo que falta á nuestro corazon, y es llamarle en socorro de aquel fatal vacío que sentimos dentro de nosotros mismos, pensando que él será capaz de llenarle; es mirarle como alivio de nuestras necesidades, como remedio de todos nuestros males y autor de todos nuestros bienes; y como solamente en Dios podemos hallar todas estas utilidades, es desórden y vileza de nuestro corazon el buscarlas en la criatura. Y en la realidad nosotros mismos conocemos bien la injusticia de este amor. Por mas excesivo que sea, pronto descubrimos en las criaturas que nos le inspiran unos defectos y unas flaquezas que las hacen indignas de él; pronto conocemos que son injustas, volubles, falsas, vanas é inconstantes. Cuanto mas las examinamos, mas nos decimos á nosotros mismos que estaba engañado nuestro corazon, y que no era esto lo que buscaba; nuestra razon se avergüenza interiormente de la flaqueza de nuestras inclinaciones; sufrimos con pesar nuestras cadenas, y nuestra pasion viene á ser nues-

tra molestia y suplicio; pero aunque nos hallamos castigados con nuestro error, no por eso nos desengañamos: buscamos en la variedad el remedio de nuestra ilusion; andamos vagando de objeto en objeto, y si por último nos fijamos en alguno, no es porque nos hallemos contentos con nuestra eleccion, sino por estar cansados de nuestra inconstancia.

7. Nuestra pecadora habia seguido el desórden de estos caminos; los injustos amores habian sido la causa de todas sus desgracias y delitos, y aunque habia nacido para amar á solo Dios, Dios era el único objeto á quien nunca habia amado. Pero apenas le conoció, dice el Evangelio, *ut cognovit*, cuando avergonzándose de la indignidad de sus primeras pasiones, no halla otro objeto fuera de él que sea digno de su corazon: todo la parece vacío, falso y molesto en las criaturas; léjos de hallar en ellas aquellos antiguos encantos de que tanto trabajo habia costado á su corazon el libertarse, no ve en ellas mas que su nada, su peligro y su vanidad; solamente el Señor la parece bueno, verdadero, fiel, constante en sus promesas, amable en sus disposiciones, magnifico en sus dones, real en su amor, benigno aun en su ira; solamente capaz de llenar toda la inmensidad de nuestro corazon, solo poderoso para satisfacer todos nuestros deseos, solo generoso para suavizar todas nuestras penas, solo inmortal y digno de ser amado eternamente, y el único de quien nunca nos podrémos arrepentir de haber amado, sino por haber empezado tarde á amarle: *Dilexit multum*. Primera satisfaccion de su penitencia, su amor. Y así, católicos, el amor es el que hace verdaderos penitentes, porque la penitencia no es otra cosa mas que la mudanza del corazon, y el corazon solamente se muda mudando de amor. La penitencia no consiste mas que en restablecerse en el hombre el buen órden, y el hombre solamente se halla bien ordenado cuando ama al Señor para quien fue hecho; la penitencia no es mas que una reconciliacion con Dios, pero esta reconciliacion será fingida siempre que no le entregueis el corazon; en una palabra, la penitencia alcanza la remision de los pecados, y estos solamente se perdonan á proporcion de nuestro amor: *Remittuntur ei peccata multa, quoniam dilexit multum*.

8. Y así no nos digais, católicos, cuando os proponemos estos grandes ejemplares para animaros á que los sigais, que no os parece que habeis nacido para ser santos, y que teneis un corazon al que repugna todo lo que es virtud. ¿Es posible, amados oyentes míos, que no ha de haber sido hecho vuestro corazon para amar á

su Dios? ¿No ha de haber sido hecho para el Criador que os le dió? ¿Puede el deseo de vuestro corazón ser mas que una inclinacion natural al Autor de su ser? ¿Es posible que habeis de haber nacido solamente para la vanidad y la mentira? ¿No habeis de haber recibido un corazón tan grande, tan elevado, y al que no puede satisfacer cosa alguna de la tierra, sino para amar unos placeres que os cansan, unas criaturas que os engañan, unos honores que os importunan, y un mundo que os molesta y desagrada; y solamente Dios, para quien fuisteis criados, y que es el autor de cuanto sois, nada ha de hallar para sí en vuestro corazón? ¿Qué injustos sois para con vosotros mismos! No os conoceis, y así juzgais que vuestros desórdenes son vuestra natural inclinacion. A la verdad, si no hubiérais nacido para la virtud, ¿qué triste enigma seria vuestra suerte! Pues ¿para qué habeis nacido? Sois un abismo de confusion entre los hombres. ¿Acaso solamente habeis nacido para estar llenos de remordimientos y tristes inquietudes? ¿Os habia de haber sacado de la nada el Autor de nuestro ser solamente para que fuérais infelices? ¿Solamente os habia de haber dado el corazón para buscar una felicidad que huye de vosotros, ó que verdaderamente no existe, ó para que seais molestos á vosotros mismos? ¡Oh hombre! abre los ojos y examina el destino de tu corazón, y confesarás que esas pasiones que tan grande repugnancia ponen en tí para la virtud te son extrañas, y que no es ese el estado natural de tu corazón; que el Autor de la naturaleza y de la gracia te ha formado un destino mas feliz; que naciste para el buen orden, para la rectitud y para la inocencia; que has abusado de un natural feliz, entregándole á unas pasiones injustas, y que si no naciste para la virtud, no sabemos para qué, y te haces incomprensible aun á tí mismo.

9. Pero, por otra parte, os engañais en mirar como inclinaciones irreconciliables con la virtud aquella ansia por los placeres que nace con nosotros. Esta misma ansia será una disposicion favorable para la salvacion luego que la gracia la haya santificado. Cuanto mas viva inclinacion tengais al mundo y á sus falsos deleites, mas la tendréis despues al Señor y á los bienes verdaderos; cuanto mas amorosos y afables seais para las criaturas, mas facilidad y disposicion hallará la gracia en vuestros corazones; cuanto mas soberbios, mas altivos y mas ambiciosos hayais nacido, mas noblemente y con menor temor serviréis al Señor, sin respetos ni ruindades; cuanto mas fáciles, ligeros é inconstantes seais, mas fácil os será desprenderos de vuestras conexiones culpables y convertirlos á vuestro Dios. Fi-

nalmente, si es lícito decirlo así, vuestras mismas pasiones os servirán de facilidades para vuestra penitencia; todo cuanto sirvió de ocasion para perderos, hará la gracia que sirva de medio para salvaros. Veréis que el haber recibido un corazon tierno, fiel y generoso, es haber nacido para la virtud, y que un corazon á quien han podido mover las criaturas ofrece grandes disposiciones á la gracia. Leed las historias que nos han quedado de los justos, y veréis que los que al principio se dejaron arrastrar de sus insensatas pasiones, que habian nacido con unos talentos propios para el mundo, con las mas vivas inclinaciones á los deleites y mas distantes de la virtud, han sido en los que mayores maravillas ha obrado la gracia. Y sin hablar de la pecadora de nuestro Evangelio, los Agustinos, las Pelagias, las Fabiolas, aquellas almas mundanas y distraidas, tan vivas en sus desórdenes, tan poco á propósito, al parecer, para la virtud, ¿qué progresos no hicieron despues en los caminos de Dios? ¿Qué otra cosa hallaron en sus primeras inclinaciones, sino los atractivos, por decirlo así, para su penitencia? Cuando el Señor quiere mudar el corazon, lo mismo que servia de principio á las pasiones sirve tambien para las grandes virtudes. ¡Dios mio! Vos nos hicisteis para Vos, y nuestras mismas flaquezas, en el órden incomprendible de vuestra providencia y de vuestras misericordias para con los hombres, han de servir para nuestra santificacion eterna. De este modo reparó nuestra pecadora el mal uso que hasta entonces habia hecho de ellas su corazon.

10. Pero, en segundo lugar, el amor que tuvo á Jesucristo no fue uno de aquellos afectos vanos y ociosos, que mas son inquietudes naturales de un corazon fácil de enternecerse que impresiones de la gracia, y que no producen mas efecto que hacer que vivamos satisfechos de nosotros mismos, y persuadirnos que nuestro corazon está mudado. Estos mismos movimientos no prueban la verdad del amor; este solamente se prueba con los sacrificios. Así como el segundo desórden de su pecado fue el culpable y casi universal abuso que habia hecho de todas las criaturas, la segunda satisfaccion de su penitencia consiste en el riguroso desprecio de todas aquellas cosas de que habia usado en el tiempo de sus desórdenes. Sus cabellos, sus perfumes, los dotes del cuerpo y de la naturaleza habian sido los instrumentos de sus placeres, pues nadie ignora el mal uso que nos obliga á hacer de todos estos dotes una deplorable pasion, y por aquí mismo empieza su penitencia: abandona los perfumes, y aun los consagra á un santo ministerio: *Et unguento un-*

gebat. Desprecia sus cabellos, y solo se sirve de ellos para enjugar los piés de su libertador: *Et capillis capitis sui tergebat*. Olvida los cuidados del cuerpo y de la hermosura, y se apagan sus ojos á fuerza de llorar: *Et lacrymis cepit rigare pedes ejus*. Estos son los primeros sacrificios de su amor. No se contenta con abandonar unos cuidados manifestamente pecaminosos, sino que tambien abandona aquellos que pudieran pasar por inocentes, y se persuade que debe castigar el abuso que de ellos ha hecho, privándose de la libertad que aun pudiera tener de usar de ellos.

11. Á la verdad, quando el pecador abusa de las criaturas pierde el derecho que á ellas tenia; debe privarse de todas aquellas cosas que son permitidas á una alma inocente por el mal uso que de ellas ha hecho; el pecado nos hace como anatemas para todas las criaturas que nos rodean y que el Señor habia destinado para nuestro uso, y así hay algunas reglas para el alma infiel que no están hechas para todos los demás hombres: el alma infiel no está comprendida en el derecho comun, por decirlo así, y nunca debe juzgar de sus obligaciones por las máximas generales, sino por las excepciones personales que la pertenecen. Supuesto, pues, este principio, continuamente nos estais preguntando si es culpa grave usar de tal artificio en el adorno del cuerpo, si están prohibidas ciertas diversiones públicas. No quiero que mi decision sea general para todos los hombres; pero os pregunto á vosotros, los que aun defendeis el partido de la inocencia, ¿os habeis valido algunas veces de esos cuidados, de esos placeres y de esos artificios para fomento de las injustas pasiones? ¿No os habeis empleado algunas veces en corromper los corazones ó en mantener la corrupcion del vuestro? Acaso vuestra vida no habrá sido mas que un enlace fatal de pasiones y miserias; acaso habeis abusado de todas las cosas que os rodean, y os habeis servido de ellas como de instrumentos de vuestros desarreglados deseos; acaso habeis ordenado todas las cosas á esa infeliz inclinacion de vuestro corazon: vuestras intenciones siempre se han extendido aun mas allá de vuestras desgracias; vuestra vista nunca ha sido sencilla ni inocente, ni quisiérais que respecto de vosotros lo fuese la de los demás; todos los cuidados que habeis tenido de vuestro cuerpo han sido otros tantos delitos; y quando se trata de convertirlos á Dios y de reparar una vida llena de corrupcion y de un total abandono, ¿quereis disputar á su Majestad unas vanidades de que siempre habeis hecho un uso tan indigno? ¿Quereis defender la inocencia de mil abusos que estarian prohibidos para vosotros,

aun cuando fueran permitidos á los demás hombres? ¿Entrais en disputas siempre que se os quieren prohibir las pompas pecaminosas del mundo, cuando los mas inocentes placeres, si es que hay algunos, os están ya prohibidos, y cuando no debiérais usar de mas adornos que la ceniza y el cilicio? ¿Cómo podréis justificar unos cuidados que son vuestra interior confusion y que tantas veces os han hecho avergonzar en el sagrado tribunal de la Penitencia? ¿Debiera haber tanta necesidad de discursos y disputas en un asunto en que para convenceros bastaria vuestra vergüenza?

12. Por otra parte, la santa tristeza de la penitencia mira siempre con horror lo que una vez ha sido para nosotros motivo de ruina; el alma arrepentida no examina si puede usar de ello inocentemente; bástala el saber que mil veces ha servido de escollo á su inocencia. Todo lo que ha sido motivo de sus desgracias la es tan odioso como sus desgracias mismas; detesta como á sus mismas pasiones todo aquello que las ha servido de fomento; tiene por pecaminoso todo lo que ha sido favorable á sus culpas; aun cuando se la quisieran permitir todas estas cosas, atendiendo á su flaqueza, su celo y su compuncion se pondrán de parte de la justicia de Dios contra la condescendencia de los hombres. No podria resolverse á permitirse unos abusos que la traerian á la memoria sus pasados desórdenes; siempre temeria que los mismos pasos resucitasen en ella las primeras disposiciones, y que su corazon, ocupado en los mismos cuidados, volviese á ser el mismo: la sola imágen de sus pasadas infidelidades la turba y asusta, y en vez de querer mantener en sí todavía las tristes reliquias, quisiera poder apartarse aun de aquellos lugares y privarse de aquellas ocupaciones que la acuerdan su memoria; y á la verdad, ¿qué penitencia puede ser aquella que aun nos deja amar lo que ha sido motivo de nuestros mayores delitos? El que acaba de libertarse del naufragio ¿podrá nunca huir suficientemente de los escollos en que poco antes habia perecido?

13. Finalmente, la verdadera penitencia nos hace hallar en todas partes materia para mil sacrificios invisibles. Así como la sensualidad halla en todas las cosas motivo para mil injustas complacencias, la penitencia no se contenta con las mortificaciones indispensables y precisas, sino que cuanto lisonjea á sus pasiones, cuanto sirve de sustento á la vida de los sentidos, y todas las superfluidades que solamente se ordenan á satisfacer al amor propio, todo esto la sirve de motivo para sus sacrificios, y en todas partes, como espada aguda y dolorosa, hace divisiones y separaciones amargas para el corazon,

y corta hasta lo vivo todo lo que aun estaba algo unido á la corrupcion de nuestras inclinaciones. La gracia de la compuncion lleva desde luego á este punto á una alma arrepentida, la hace ingeniosa para castigarse á sí misma, y de tal modo, que todo la sirve para expiacion de sus delitos: las obligaciones, los cumplimientos, los honores, las prosperidades y las molestias de su estado se mudan para ella en ocasiones de mérito, y aun sus mismos placeres son para ella actos de virtud, por la fe y circunspeccion con' que los acompaña. Este es el divino secreto de la penitencia; acá en la tierra hace para el alma pecadora, como dice Tertuliano, las funciones de la justicia de Dios; y como esta divina justicia ha de castigar algun dia las culpas privando al pecador eternamente de todas las criaturas de que él habia abusado, la penitencia previene este terrible juicio imponiéndose una rigorosa privacion de todas las cosas; y si la miserable condicion de la vida humana la precisa á usar de las cosas presentes, mas es para castigar que para halagar los sentidos, por la sobriedad y rigor con que usa de ellas.

14. Fundados en este principio, habeis de averiguar siempre la verdad de vuestra penitencia: en vano os parece haber salido de los desórdenes de las mas abominables pasiones; si siempre necesitais del mismo fausto para contentar aquella natural inclinacion que gusta de señalarse con una vana magnificencia; si usais de las mismas profusiones, por no tener valor para quitar al amor propio las superfluidades de que siempre habeis usado; si os aprovechais de los mismos encantos del mundo, por no poder pasaros sin él; de las mismas proporciones de la fortuna, por querer siempre aventajaros á los demás; en una palabra, si no podeis desprenderos ni separaros de nada, aun cuando todas las aficiones que aun conservais no sean delitos manifiestos, vuestro corazon no es penitente; aunque parezcan diversas vuestras costumbres, vuestras inclinaciones son las mismas; parece que estais mudados, pero no estais convertidos. ¡Oh, qué raros son, católicos, los verdaderos penitentes! ¡Cuántas conversiones vemos vanas y superficiales, y cuántas almas mudadas á la vista del mundo se hallarán las mismas algun dia en la presencia de Dios!

15. Pero no basta desprenderse de los atractivos de la culpa, es necesario tambien añadir las penosas satisfacciones con que se expian sus manchas. Por eso, en tercer lugar, la pecadora del Evangelio no se contenta con sacrificar sus perfumes y sus cabellos á Jesucristo, sino que se postra á sus piés, los baña con un torren-

te de lágrimas, los enjuga y los besa; y como el tercer desórden de su pecado habia sido la vergonzosa servidumbre de sus sentidos, empieza á reparar aquellas pecaminosas sensualidades con la humildad y el disgusto de estos tristes ministerios. Nueva instruccion; no basta quitar á las pasiones el cebo que las irrita, es necesario que los actos penosos de las virtudes que las son mas contrarios las repriman insensiblemente, y las vayan reduciendo á la obligacion y á la regla: si gustais del juego, de los placeres, de las diversiones y de todas aquellas cosas de que se compone la vida mundana, no basta el separar de estas diversiones los excesos pecaminosos que en ellas puede haber. Si quereis que muera en vuestros corazones el amor del mundo, es necesario que la oracion, el retiro, el silencio y las obras de misericordia sucedan á esas costumbres distraidas, y no debeis contentaros con huir de los deleites del mundo. Si habeis fortificado el imperio de las pasiones y de la carne, abandonándoos á las ignominiosas pasiones, es preciso que los ayunos, las asperezas, las vigiliass y el yugo de la mortificacion apague poco á poco esas llamas impuras, refrene esas inclinaciones que se han puesto indómitas con el largo uso de la liviandad, y no solamente os separe de la culpa, sino que arranque, por decirlo así, su raíz de vuestro corazon, porque si omitís estas precauciones, volveréis á ser infelices: aquellas antiguas amistades de que os habréis separado, sin haberlas abandonado absolutamente, ni desarraigado de vuestros corazones con la mortificacion, aumentarán vuestras pasiones, y las harán mas violentas y furiosas, por haberlas detenido y suspendido, sin haberlas combatido y debilitado; os harán padecer unas inquietudes y unas borrascas que nunca habíais experimentado aun en la culpa; cada instante os veréis á pique de naufragar; no gozaréis de paz en esta nueva vida; os hallaréis mas débiles, mas inquietos, mas deseosos de los deleites, mas dispuestos á caer y mas disgustados de Dios con esta penitencia imperfecta de lo que lo estábais antes en el mismo desórden; todo os servirá de escollo, seréis para vosotros mismos una continua ostentacion, os admiraréis de hallaros con mas repugnancia que antes á las obligaciones. Y como es difícil mantenerse mucho tiempo solo contra sí mismo, os disgustaréis pronto de una virtud que tanto os cuesta; y por no haber querido ser mas que un penitente tranquilo y sin fervor, seréis unos penitentes infelices, sin consuelo, sin paz, y, por consiguiente, sin perseverancia. El multiplicar y aumentar los sacrificios en la virtud es abreviar las penas; todo lo

que se concede á las pasiones mas es inquietud y disgusto que alivio de nuestra penitencia.

16. Finalmente, el último desórden de que estuvo acompañado el pecado de la mujer de nuestro Evangelio fue un escándalo público en su modo de vida : el escándalo de la ley ; que se hallaba deshonrada en el espíritu de los romanos, y de otros muchos gentiles que habia en Palestina, y que siendo testigos de los desórdenes de nuestra pecadora, sin duda tomaban de ellos ocasion para blasfemar el nombre del Señor, despreciar su santa ley, confirmarse en sus impías supersticiones, y tener la esperanza de Israel y las maravillas de Dios, que se refieren en los Libros santos, por ficciones inventadas para entretener á un pueblo crédulo.

17. Escándalo de lugar ; sus desórdenes habian sido públicos y ruidosos en el pueblo, esto es, en la ciudad principal, desde donde la fama de semejantes sucesos se esparcia muy pronto por toda Judea. Pues ved, señores, cómo repara estos escándalos con su penitencia. El escándalo de la ley, renunciando las tradiciones supersticiosas de los fariseos, que habian alterado los preceptos, y confesando á Jesucristo, que era el fin y el cumplimiento de la misma ley. Porque muchas veces despues que hemos deshonrado la Religion en el espíritu de los impíos con nuestros excsos y escándalos, la deshonramos tambien con nuestra virtud. Nos proponemos un método de devocion absolutamente mundano, superficial y farisáico ; nos hacemos supersticiosos sin hacernos penitentes ; reemplazamos los abusos del mundo con los abusos de la devocion ; no reparamos el escándalo de nuestros desórdenes sino con el de una piedad sensual, y hacemos mas agravio á la virtud con las flaquezas é ilusiones que mezclamos en ella que con los excesos declarados y manifiestos. De este modo los impíos se confirman mas en el desórden, y se apartan mas léjos de la conversion con el mal ejemplo de nuestra falsa penitencia que lo que antes se habian apartado con el de nuestros vicios.

18. Finalmente, el escándalo del lugar. La misma ciudad que habia sido teatro de su confusion y de sus delitos lo es de su penitencia. No va á explicar su dolor y á derramar sus lágrimas á los lugares apartados. No busca á Jesucristo, valiéndose de las tinieblas de la noche como Nicodemus, ó en las aldeas pequeñas distantes de la ciudad, para ocultar al público los primeros pasos de su conversion ; entra en casa del Fariseo, á vista de aquella gran ciudad que habia escandalizado con su mala vida, y no teme tener por

testigos de su penitencia á los que lo habian sido de sus delitos. Porque muchas veces en el estado de la virtud tememos las conversaciones del mundo , siendo así que las habíamos despreciado cuando vivíamos en el desórden ; la vista del público , que no nos causaba respeto en nuestras culpas, nos le causa en nuestra penitencia. Nuestros vicios se manifestaban sin recelo, y nuestra virtud se oculta y se avergüenza. No nos atrevemos á declararnos abiertamente por Jesucristo. Nos avergonzamos de parecer distintos de nosotros mismos ; y despues de habernos gloriado de la culpa como de una virtud, nos avergonzamos de la virtud como de un escándalo.

19. Nuestra feliz pecadora no habia sido tímida en el mal, pero tampoco lo es en el bien ; sufre con una santa insensibilidad las reconvenciones del Fariseo, que en presencia de todos los convidados la da en rostro con la infamia de sus pasadas costumbres ; porque el mundo, figurado en este fariseo, se divierte neciamente en publicar los pasados desórdenes de aquellas personas que se hallan movidas de la gracia. En vez de edificarse con sus actuales virtudes, no cesan de hablar de su mala vida pasada, procuran minorar su mérito, renovando la memoria de sus desórdenes ; parece que los excesos que lloran autorizan los que nosotros amamos, y en los que aun vivimos, y que supuesto que estos penitentes se arrepienten sinceramente de haber sido pecadores, nos es mas lícito á nosotros serlo. De este modo ¡oh Dios mío! todo coopera á nuestra perdicion, y en vez de bendecir las riquezas de vuestras misericordias cuando sacais del camino de la perdicion á unas almas mundanas y disolutas, y movernos con estos grandes ejemplos á recurrir á vuestra clemencia, que tan dispuesta está á recibir al pecador que se arrepiente, siendo insensibles á su penitencia, solamente pensamos en acordarnos de sus desórdenes, como diciéndonos á nosotros que no tenemos que temer aunque permanezcamos en la culpa ; que algun dia nos convertiremos, y que habiendo estado aquella alma arrepentida mas entregada aun que nosotros á las insensatas pasiones, no debemos desconfiar de salir algun dia de este mal estado como ella. ¡Oh qué extraña ceguedad es en los hombres el hallar motivos para sus excesos aun en los mismos ejemplos de la penitencia! Estas fueron las satisfacciones de nuestra pecadora ; pero no solamente es error el figurarse que la mudanza de vida consiste puramente en abandonar las primeras costumbres, sin añadir á esto las expiaciones con que se reparan, sino

que tambien lo es, y no menos peligroso, el mirar estas expiaciones como un estado triste, infeliz y de desesperacion; y así, despues de haber hablado de las satisfacciones de su penitencia, es preciso exponeros sus consuelos.

Segunda parte.

20. Venid á mí, dice Jesucristo, los que os hallais cansados en los caminos de la iniquidad, venid á experimentar las dulzuras y consuelos de mi yugo, y en él hallaréis la paz y el descanso que vuestras almas tiranizadas bajo la servidumbre de las pasiones tanto tiempo há que buscan en vano: *Et invenietis requiem animabus vestris.* Esta promesa dirigida á todas las almas pecadoras, infelices siempre en el desórden, halla hoy su cumplimiento en la pecadora de nuestro Evangelio. Todo cuanto la habia servido de inagotable principio de inquietud en sus excesos se convierte en un fecundo manantial de consuelos en su penitencia, y es feliz con Jesucristo por los mismos caminos que habían sido el motivo de todas sus desgracias en la culpa. Sí, católicos, un amor ilícito habia sido su primer pecado y la raíz de todas sus desgracias; y el primer consuelo de su penitencia es un amor santo á Jesucristo, por la diferencia que hay entre el amor divino y nuevo, y el amor profano que hasta entonces habia ocupado su corazon. Esta diferencia consiste en el objeto, en las acciones y en la correspondencia.

21. En el objeto: el desórden de su corazon la habia aficionado á unos hombres corrompidos, inconstantes, pérfidos, mas disolutos que amigos verdaderos, mas cuidadosos de satisfacer sus desordenadas pasiones que de hacerla feliz; á unos hombres, en quienes es lo mismo quedar satisfecha la pasion que empezar á despreciar; á unos hombres que, como Amnon, miran como vil y aborrecible al desgraciado objeto de su amor luego que han alcanzado de él cuanto deseaban; á unos hombres, cuyas flaquezas, artificios, excesos y defectos conocia; que sentia interiormente no ser merecedores de su corazon, y á los que solamente vivia aficionada, mas por la desgraciada inclinacion de sus pasiones que por eleccion libre de la razon; finalmente, á unos hombres que todavía no habian podido fijar la ligereza é inconstancia de su corazon. Su penitencia la une á Jesucristo, modelo de todas las virtudes, fuente de todas las gracias y principio de todas las luces; cuanto

mas le examina, mas grandeza y santidad descubre en él; cuanto mas le ama, mas digno le parece de ser amado; á Jesucristo, amigo fiel, desinteresado, inmortal, á quien solamente mueven sus intereses eternos, que vino á sacrificar su vida por asegurarla una felicidad inmortal, que la distinguió de todas las mujeres de Judá con una abundancia de misericordia, cuando ella mas se señalaba con los excesos de sus miserias, que nada espera de ella, y que quiere darla mas de lo que ella misma puede esperar; finalmente, á Jesucristo, que ha dado la tranquilidad á su corazon purificándole, que ha fijado la inconstancia y multitud de sus deseos, que ha llenado toda la extension de su amor, que la ha dado la paz que nunca habian podido darla las criaturas.

22. ¡Oh alma mia! ¿hasta cuándo no has de amar en las criaturas sino tus inquietudes y penas? ¿Te costaria acaso mas trabajo el romper tus cadenas de lo que te cuesta el sufrirlas? ¿Te han de ser mas insufribles las virtudes y la inocencia que las infames pasiones que te tiranizan y despedazan? ¡Ah! todo te será mas suave que las tristes inquietudes que te hacen tan infeliz en la culpa. Esta es la diferencia en el objeto de su amor.

23. En las acciones: el exceso de la pasion la habia obligado á ejecutar mil acciones contrarias á su gusto, á su honor y á su prudencia; á sacrificar á los hombres su sosiego, sus inclinaciones, su honor y su libertad; á unas condescendencias infames, á unas sumisiones molestas, á unos sacrificios públicos que las mas veces no tienen otra recompensa que el derecho que con ellos adquieren los hombres á pedir otros nuevos; á tanto exceso llega la ingratitud de los hombres: cuanto mas dueños los haceis de vuestro corazon, mas tiranos se hacen de él; el exceso de amor que les manifestais disminuye siempre para con ellos el mérito, y os castigan el ansia y la vergüenza de vuestros excesos amorosos, tomando ocasion de ellos mismos para dejar entibiar su reconocimiento. Estas fueron las ingratitudes que experimentó nuestra pecadora en los caminos de las pasiones; pero en su penitencia todo se cuenta á su favor: los mas leves pasos que da por Jesucristo son atendidos, alabados y defendidos por el mismo Jesucristo; aunque el Fariseo intente disminuir su mérito (porque el mundo solamente cuida de minorar el precio de las virtudes de los justos), el Salvador toma por su cuenta la defensa. ¿Ves esa mujer? le dice: *Vides hanc mulierem?* Como si quisiera decirle: ¿conoces bien el mérito de los sacrificios que me ofrece, y hasta dónde llega la fuerza y el exceso de su amor?

No ha cesado de bañar mis piés con sus lágrimas, de enjugarlos con sus cabellos, de perfumarlos y besarlos. Todo lo cuenta, todo lo advierte, hasta un suspiro, una lágrima y un simple movimiento del corazón; con él no se pierde cosa alguna de cuanto por él se hace; nada se oculta á la fidelidad de su vista ó á la fineza de su corazón, el que le sirve puede estar seguro de que sirve á un dueño muy agradecido; da estimacion aun á los mas cortos sacrificios: *Vides hanc mulierem?* ¿Ves esa mujer? Parece que quisiera que todos los hombres la mirasen con los mismos ojos que él, que todos los hombres fuesen unos apreciadores equitativos de su amor y de sus lágrimas como él: *Vides hanc mulierem?* Ya no ve sus desórdenes, olvida una vida llena de disoluciones y culpas, y no ve mas que su arrepentimiento y sus lágrimas.

24. ¿Qué consuelo es para una alma que se convierte á Dios el poder decirse á sí misma: yo no habia vivido hasta ahora sino para la mentira y para la vanidad; mis dias, mis años, mis cuidados, mis inquietudes, mis penas, hasta ahora todo ha sido perdido, y no subsiste ni aun en la memoria de los hombres para quienes solamente he vivido, y á quienes todo lo he sacrificado! mi buena fe, mis ansias y mis cuidados nunca han tenido otra recompensa que ingratitudes, pero cuanto haga en adelante por Jesucristo todo será apreciable; mis penas, mis mortificaciones, los mas leves sacrificios de mi corazón, mis suspiros, mis lágrimas, las que tantas veces habia derramado en vano por las criaturas, todo esto se escribirá con caractéres inmortales en el libro de la vida, todo esto permanecerá eternamente en la memoria de aquel fiel Señor á quien sirvo; todas mis obras, aunque mi flaqueza y corrupcion mezclen con ellas algunos defectos, serán excusadas y aun purificadas por la gracia de mi libertador; él coronará sus dones recompensando mis flacos méritos; ya solamente vivo para la eternidad, ya no trabajo en vano, mis dias son reales y verdaderos, y ya no es sueño mi vida. ¡Ah, católicos! ¡qué gran ganancia es la virtud, y cuántos motivos tiene una alma que se convierte á Jesucristo para consolarse en la pérdida de las criaturas que le sacrifica!

25. La última diferencia consiste en lo seguro de la correspondencia. El amor que nuestra feliz pecadora habia tenido á las criaturas siempre habia estado acompañado de las mas crueles incertidumbres. Siempre tenemos dudas de si somos correspondidos en nuestro amor; somos ingeniosos para hacernos desgraciados y

para formarnos á nosotros mismos temores, sospechas y celos; cuanto mas sincero es nuestro proceder, mas tenemos que sufrir; somos mártires de nuestras propias desconfianzas. Bien lo sabeis, católicos, y á mí no me es decente hablar aquí en el estilo de vuestras insensatas pasiones. Pero mudando de amor es muy distinta nuestra suerte. Apenas empezó nuestra pecadora á amar á Jesucristo, cuando ya tuvo señales ciertas de que era correspondida; oye salir de su divina boca la favorable sentencia que, al mismo tiempo que la perdona sus pecados, la asegura de la bondad y del amor del que se los perdona: *Remittuntur ei peccata multa*. No solamente olvida sus desórdenes, sino que quiere que ella misma quede asegurada de que están olvidados, perdonados y borrados; quiere precaver todas sus dudas; no deja lugar á las desconfianzas é incertidumbres, y no puede dudar del amor de Jesucristo sin dudar de la verdad de su poder y de la fidelidad de sus promesas. Pues este, católicos, es el estado de una alma verdaderamente arrepentida al salir del tribunal de la Penitencia, en donde Jesucristo por el ministerio del sacerdote acaba de perdonarla las culpas que ha borrado con su amor y sus lágrimas: no obstante la incertidumbre que tiene de si es digna de amor ó aborrecimiento, la que es inseparable del estado de esta vida presente, una paz interior la da testimonio en lo íntimo de su alma de que habita en ella Jesucristo, experimenta un consuelo y una alegría en lo íntimo de su conciencia que no puede menos de ser efecto de su justificación; no quiero decir que sus antiguas infidelidades no dejen en ella algunos sustos y dudas, y que algunas veces vivamente penetrada del horror de sus desórdenes y de la severidad de los juicios de Dios no la parezca que tiene motivo para desconfiar; pero el mismo Jesucristo, que es quien excita estas borrascas en lo íntimo de su corazón, acude prontamente á sosegarlas; su voz la dice interiormente, como en otro tiempo al Príncipe de los Apóstoles cuando caminaba asustado sobre las olas: *Alma de poca fe, ¿por qué dudas? Modica fidei, quare dubitasti*¹? ¿No te he dado bastantes señales de mi protección y del amor que te tengo? Acuérdate de lo mucho que he hecho por sacarte de los caminos del desorden; yo no busco con tanto cuidado á las ovejas que no amo; no las traigo desde tan lejos para dejarlas perecer á mi vista; no desconfíes, pues, de mi bondad; teme solamente tu tibieza é inconstan-

¹ Matth. xiv, 31.

cia. Primer consuelo de su penitencia : la diferencia de su amor.

26. El segundo es el sacrificio de sus pasiones: pone á los piés de Jesucristo sus perfumes, sus cabellos, todos los lazos de su corazón, todos los deplorables instrumentos de sus vanidades y delitos; y no os parezca, señores, que en esto sacrifica sus placeres, lo que sí sacrifica son sus inquietudes y penas. Por mas que digais que la felicidad de los que viven entregados á las pasiones consiste en los cuidados que estas excitan, este es un estilo de que se precia el mundo; pero se halla desmentido por la experiencia. ¡Qué suplicio no es para una alma mundana que gusta de agradar el penoso cuidado que tiene de una hermosura que todos los dias se va borrando y acabando! ¡Qué diligencias no hace, qué molestias no padece! Necesita hacerse violencia á sí misma y á sus inclinaciones, privarse de las diversiones y vencer su pereza; ¡qué furor no siente dentro de sí cuando ve que estos cuidados han sido inútiles, y advierte en otras hermosuras encantos mas felices que se llevan tras sí todas las atenciones! ¡Qué tiranía la de las modas! Con todo eso, tiene precision de sujetarse á ellas á pesar de otros cuidados que se las impiden, á pesar de un esposo que lo reprueba, del mercader que murmura, y que acaso hace que cueste muy cara la tardanza y dilacion de las pagas. Quiero pasar en silencio los cuidados de la ambicion; ¡qué vida la que se pasa enteramente en medidas, proyectos, temores, esperanzas, sustos, envidias, sumisiones y rendimientos indignos! Tampoco quiero hablar de los sobresaltos que acompañan al exceso de una pasion amorosa; ¡qué temores de que esta se descubra! ¡qué medidas no hay que tomar para conservar el honor y buena fama! ¡De cuántas personas hay que guardarse! ¡Qué diligencias no hay que hacer para engañar la vigilancia de los interesados! ¡Qué peligros no hay que temer de parte de la fidelidad de aquellas personas que se escogen para ministros y confidentes de la pasion! ¡Qué desaires que sufrir, acaso de parte del mismo sujeto á quien se sacrifica el honor y la libertad, de los que es imposible quejarse! Añadid á todo esto aquellos crueles momentos en que, estando menos viva la pasion, nos deja lugar desembarazado para pensar en nosotros mismos y conocer la infelicidad de nuestro estado; aquellos momentos en que nuestro corazón, que fue criado para gozar de mas sólidos placeres, se cansa de sus propios ídolos, y halla su suplicio en sus disgustos y en su propia inconstancia. Mundo profano, si esta es la felicidad que tanto nos ponderas, favorece con ella á tus adoradores, y esa feli-

cidad que les concedes les sirva para castigo de la ligereza con que han dado crédito á tus promesas.

27. Esto es lo que nuestra pecadora pone á los piés de Jesucristo : sus lazos, sus inquietudes, su esclavitud, los instrumentos de sus aparentes placeres y la verdadera raíz de todas sus penas. Pues aun cuando no se hallara otro consuelo en la virtud, ¿no sería suficiente el verse libre de las mas vivas inquietudes de las pasiones? el no tener pendiente nuestra felicidad de la inconstancia, perfidia é injusticia de las criaturas? el ser superior á los sucesos, hallar en nuestro corazon quanto necesitamos para ser felices, y conocer, por decirlo así, que él basta para sí mismo? ¿Qué se pierde en sacrificar unos cuidados tristes y crueles para hallar en recompensa la paz y la alegría? ¿No es ganarlo todo, como dice el Apóstol, el perderlo todo por Jesucristo? Tu fe te ha salvado, dice el Señor á la pecadora, vé en paz : *Vade in pace*. Este es el tesoro que se la da por las pasiones que sacrifica ; esta es la recompensa y consuelo de sus lágrimas y arrepentimiento ; la paz del corazon que no habia podido hallar, y que el mundo nunca la habia dado. ¡Insensatos, dice un Profeta, ay de vosotros que llevais arrastrando el peso de vuestras pasiones como lleva el buey, cuando trabaja, las coyundas del yugo que le sujeta, y caminais á vuestra perdicion por las mismas sendas de las molestias de la servidumbre y de las violencias! *Vae qui trahitis iniquitatem in funiculis vanitatis, et quasi vinculum plaustrum peccatum* ¹.

28. Finalmente, su culpa la habia hecho infame para con los hombres: todos miraban con desprecio la indignidad y oprobio de su modo de vida; vivia degradada de todos los derechos que da la buena fama y una vida irrepreensible, y aun se admira el Fariseo de que Jesucristo la sufra á sus piés. Porque el mismo mundo, que autoriza todo lo que guia al desórden, siempre cubre de ignominia los excesos, aprueba y justifica las máximas, las modas, los placeres que corrompen el corazon, y con todo eso quiere que se concilien la inocencia y regularidad de costumbres con su corrupcion; inspira todas las pasiones y desaprueba sus resultas, quiere que cuideis de agradar, y luego que lo habeis conseguido os desprecia; sus teatros lascivos resuenan con los infames elogios que en ellos se hacen al amor profano, y sus conversaciones no son mas que sátiras sangrientas contra los que se dejan arrastrar de esta infeliz in-

¹ Isai. v, 18.

clinacion ; alaba las gracias, los atractivos, los talentos desgraciados que encienden las llamas impuras, y os cubré de una perpétua ignominia luego que os ve abrasados en ellas. ¡Qué desgracia el haber de mantener en un mundo que aun amamos, y sin el que no podemos vivir, las tristes reliquias de una reputacion, ó perdida ó mal asegurada, y haber de presentar en todas partes con nosotros mismos la memoria ó las sospechas de nuestros delitos! Estas habian sido las amarguras y oprobios que acompañaron las pasiones y desórdenes de nuestra pecadora ; pero su penitencia la restituye mas honor y fama que la habian quitado sus delitos : esta pecadora, tan despreciada en el mundo, halla en Jesucristo un defensor que la admira ; esta pecadora, de quien antes nadie hablaba sin avergonzarse, es alabada aun en aquellas prendas mas famosas segun el mundo, pues alaban la bondad de su corazon, la generosidad de sus pensamientos y la fidelidad de su santo amor ; esta pecadora, que nadie se atrevia á comparar sino con ella misma, y de cuyo escándalo no habia ejemplo en la ciudad, es mas atendida que el Fariseo ; la verdad y sinceridad de su fe, de su compuncion y de su amor merece desde luego ser preferida á una virtud superficial y farisáica. Finalmente, esta pecadora, cuyo nombre se calla como indigno de ser pronunciado, y que solamente se da á conocer por sus delitos, sirve de honor á Jesucristo, de alabanza á la gracia y de gloria al Evangelio. ¡Oh admirable poder de la virtud!

29. Sí, católicos, la virtud nos presenta hoy un espectáculo digno de Dios, de los Ángeles y de los hombres : restablece la fama perdida; nos hace recuperar acá en la tierra los derechos y honores de que estábamos privados ; borra las manchas que hubiera hecho inmortales la malicia de los hombres ; nos une á los siervos de Jesucristo y á la sociedad de los justos, de la que antes no éramos dignos, y aun hace que se adviertan en nosotros mil prendas apreciables que habia como borrado el desórden de las pasiones ; es mayor la gloria que nos adquiere que el desprecio é infamia que nos habíamos merecido con nuestras pasadas costumbres : mientras Jonás se mantuvo infiel, fue anatema del cielo y de la tierra ; los mismos idólatras se vieron precisados á separarle de su compañía y á arrojarle como hijo de infamia y maldicion, y solamente pudo hallar asilo y ocultar su confusion y su oprobio en el vientre de un mónstruo ; pero apenas se arrepintió, apenas imploró las eternas misericordias del Dios de sus padres, cuando se hizo la admiracion de la soberbia de Nínive ; los grandes y el pueblo le tributaban

unos respetos inauditos hasta entonces ; y el mismo príncipe, venerando su virtud , baja del trono y se cubre de cilicio y ceniza para obedecer al hombre de Dios : las pasiones que el mundo alaba ó inspira nos hicieron despreciables ; la virtud que el mundo censura y combate nos granjea sus respetos.

30. Pues ¿en qué consiste, amados oyentes míos, que no pongais fin á vuestra infamia y á vuestras inquietudes con vuestros delitos? ¿Os asustan las satisfacciones de la penitencia? Pues cuánto mas la dilateis, mas crecen estas, mas deudas acumulais, mas rigores preparais á vuestra flaqueza ; si hoy os desalienta la satisfacción, ¿qué será cuando, habiéndose multiplicado infinitamente vuestros delitos, casi no haya penas suficientes con que expiarlos? Entonces os precipitarán en la desesperacion ; tomaréis el funesto partido de sacudir el yugo y de no contar con vuestra salvacion ; formaréis máximas para vivir sosegados en el libertinaje, y miraréis como inútil una penitencia que entonces tendréis por imposible. Cuando los embarazos de la conciencia llegan á cierto punto, nos sirve de consuelo el persuadirnos que no hay remedio ; miramos con indiferencia las verdades cuando nos hallamos muy distantes de lo que nos prescriben ; cuando nos parece que no podemos hallar remedio en la fe le buscamos en la incredulidad ; cuando este caos llega á ser inexplicable inmediatamente inferimos que todo es incierto ; y por otra parte, ¿qué rigor ni qué tristeza puede hallarse en unas satisfacciones cuyo mérito consiste principalmente en el amor? ¡Alma infiel! ¿temes no poder sufrir la santa tristeza de la penitencia, habiendo podido sufrir hasta ahora la interior tristeza de la culpa? La virtud ¿te ha de parecer una insufrible molestia, cuando ha tanto tiempo que estás sufriendo el enojo de una conciencia despedazada que no puede alegrarse con placer alguno? Supuesto que hasta ahora has podido sufrir las secretas inquietudes, las amarguras, los disgustos y las tristes molestias del desórden, no temas las de la virtud. En las penas é inquietudes inseparables de la culpa puedes haber aprendido á sufrir las que acaso se hallan en la virtud, y mas cuando la gracia suaviza y hace amables las violencias de la piedad, siendo así que las de la culpa no tienen mas consuelo que la amargura del mismo delito.

31. ¡Dios mío! ¿es posible que yo haya andado extraviado tanto tiempo por unos caminos tristes y penosos, bajo la tiranía del mundo y de las pasiones, y que no he de poder vivir con Vos, bajo el tierno amor de vuestra vista, bajo las alas de vuestra misericor-

¿dia y bajo la proteccion de vuestro brazo? ¿Habeis de ser Vos un dueño cruel? El mundo, que no os conoce, juzga que haceis desgraciados á los que os sirven; pero nosotros bien sabemos que sois el mejor dueño, el padre mas amoroso, el amigo mas fiel, el bienhechor mas magnánimo, y que anticipais con los infinitos consue-
los interiores con que favoreceis acá en la tierra á vuestros siervos la eterna felicidad que les habeis preparado. Amen.

SERMON

SOBRE

LA PERFECTA OBSERVANCIA DE LA LEY¹.

Accesserunt ad Jesum ab Jerosolymis scribae et pharisaei, dicentes: Quare discipuli tui transgrediuntur traditionem seniorum? Ipse autem respondens, ait illis: Quare et vos transgredimini mandatum Dei propter traditionem vestram? (Math. xv, 13).

Algunos doctores y fariseos, venidos de Jerusalem, se dirigieron á Jesucristo, y le dijeron: ¿Por qué quebrantan vuestros discipulos las tradiciones de los antiguos? A lo que él respondió: ¿Por qué vosotros quebrantais los mandamientos de Dios para seguir vuestras tradiciones?

1. Uno de los caracteres de la falsa devocion, ó, por mejor decir, de la hipocresía de los fariseos, era atenerse escrupulosamente á las tradiciones que habian recibido de sus padres, y quebrantar al mismo tiempo, sin escrúpulo, las mas importantes obligaciones de la ley de Dios. Pagaban el décimo de las yerbas mas despreciables, pero no tenian caridad para con el prójimo; observaban el sábado con una exactitud que rayaba en supersticion, pero no temian cometer las mayores injusticias en aquel mismo dia; reprendian á los Apóstoles porque no se lavaban las manos antes de la comida, pero contravenian ellos mismos al mas indispensable mandamiento de la ley de Dios, cual es de honrar á su padre y á su madre, puesto que enseñaban á sus hijos á tratarlos con dureza, y por una falsa religion, ó mas bien por una ingratitud digna de todos los castigos del cielo, los instigaban á abandonarlos en sus necesidades, y á rehusarles los auxilios que les eran debidos: tal era, digo, la perversidad de aquellos sábios del judaismo. Pero ¿qué hace hoy el Salvador del mundo? ¿Condena absolutamente aquella regularidad que aparentaban en observar todas las tradiciones de los antiguos y las ceremonias que les habian prescrito?

¹ Este sermón iba dirigido á la reina de Francia.

No, cristianos : Jesucristo, como soberano legislador, quería que la ley fuese cumplida en todas sus partes, pero por una conducta llena de equidad y sabiduría; alaba en sus enemigos lo que hay en ellos de loable, y les vitupera solo lo que tienen de criminal y vicioso. Aprueba lo que hacen, y les censura lo que dejan de hacer. Comparando estas dos clases de deberes, de las cuales el uno tiene por objeto los puntos mas esenciales de la ley, y el otro los artículos menos necesarios, les demuestra que es necesario desde luego practicar aquellos, y no omitir despues estos : *Hæc oportuit facere, et illa non omittere.* (Matth. xxiii). Con lo cual, hermanos míos, nos enseña á preservarnos de un vicio opuesto enteramente al de los fariseos, pero tan general como aquel en el mundo, esto es, en el mundo cristiano. Porque el crimen de los fariseos consistia en atenerse á las cosas pequeñas, y descuidar enteramente las grandes; y el nuestro es el de limitarnos algunas veces de tal modo á las grandes, que pensamos poder despreciar impunemente las pequeñas. Pero yo creo que hay tal union entre unas y otras que, faltando voluntaria y habitualmente á los mas pequeños deberes, nos exponemos á quebrantar bien pronto y en mil ocasiones los mas sagrados preceptos, y todo aquello que la ley nos manda bajo las mas graves penas. Hé aquí el asunto que me propongo tratar en este discurso; y al tratarle, señora, ¿qué consuelo no es para mí hablar á una reina que, sentada en el trono, y á pesar de los peligros de la corte, sabe con tal justicia dar á Dios lo que se le debe; que fiel á la ley, y á todas las leyes, las observa en la práctica hasta el extremo; en una palabra, que por la mas rara y mas maravillosa alianza reúne en su augusta persona todo el brillo de la humana grandeza y todo el mérito de la santidad cristiana! Mi moral no será para vos, señora, demasiado nueva ni sublime; pero, á pesar de esto, vuestra majestad encontrará en ella hartos motivos para animar cada vez mas el fervor de su piedad. Saludemos, pues, ante todo á María santísima, diciéndole : *Ave María.*

2. Cristianos, es infinitamente peligroso descuidar en la via de la salvacion las cosas pequeñas, porque en todo lo que pertenece á la Religion y á la conciencia no hay nada tan despreciable que no merezca nuestros cuidados, y que no exija una fidelidad perfecta y una completa sumision. Fundo esta importante máxima en dos principios : uno es el orgullo del hombre, y otro su ceguedad. El hombre es ya por sí orgulloso; ¿y qué efectos causa en él su orgullo? Le lleva á la independendia, y le inclina secretamente á eman-

ciparse y á sacudir el yugo de la ley. Pero hay mas aun : además de ser el hombre orgulloso, es ciego ; ¿y qué hace en él su ceguera? Le impide conocer bien toda la extension de sus deberes, y discernir lo mas esencial de la ley de lo que lo es menos. De aquí deduzco dos proposiciones que contienen todo el fondo de mi discurso y constituyen su division. Porque en mi concepto el preservativo necesario para reprimir el orgullo de nuestro corazon es sujetarle á las mas leves obligaciones de la ley ; y esto es lo que voy á demostraros en mi primera parte. Pienso además que de ningun modo podemos corregir mejor los errores de nuestro entendimiento, ó provenir sus funestas consecuencias, que cumpliendo exactamente los mas insignificantes deberes de la ley ; y esto es lo que me propongo probar en mi segunda parte. Prestad atencion á una y otra ; y aunque no encontréis desde luego en esta materia nada que pueda hacer impresion en vuestro entendimiento, comprenderéis, sin embargo, bien pronto todas sus consecuencias.

Primera parte.

3. Remontándonos al principio de la corrupcion del hombre, es evidente, cristianos, que el primero de todos los vicios es el orgullo, y que el primer efecto del orgullo es el amor á la independencia y á la libertad. Ved aquí el vicio capital y dominante de nuestra naturaleza ; por él nos cuesta tanto trabajo sujetarnos, que toda autoridad nos es onerosa, que el mandamiento de la ley nos parece un yugo, y que nuestra inclinacion, cuando no está regulada por la razon, nos induce á sacudirle. Este vicio es tan natural en nosotros, que ni aun debe considerarse el pecado original como causa de él, puesto que es indudable que, ya en el estado de inocencia, no estuvo sujeto, sino que sucumbió al orgullo el primer hombre, y que aquel dichoso estado, que le eximia de cualquier otra debilidad, no le eximia de esta ; quiero decir, del impulso secreto que le condujo á emanciparse de la obediencia debida á su Soberano y á su Dios. Porque, como dice san Ambrosio, el hombre no incurrió en el vicio de amar su libertad é independencia por haber desobedecido á Dios, sino que el haberle desobedecido fue por estar sujeto á aquel vicio ; y no podemos decir que su orgullo sea una consecuencia de su pecado, porque la Escritura nos enseña que, por el contrario, su pecado fue efecto de su orgullo. Verdad es que el orgullo nos inclina por sí mismo á propasarnos

y eximirnos de las leyes que se nos han impuesto. Pero, á pesar de esto, hay leyes de una autoridad tan venerable, y de una obligacion tan bien fundada en los principios mismos de la razon que, por mucha pasion que tengamos por la libertad, no podemos casi prescindir de la adhesion respetuosa y de la sumision que exigen de nosotros: estas leyes son las de la Religion y la conciencia; de la Religion, que nos une á Dios, porque de él es de quien ha tomado su nombre, y de la conciencia, que nos sujeta á nosotros mismos. Porque, por enemigo que sea el hombre de la dependencia, no le es posible dejar de amar estas dos leyes, pues las considera como las fuentes de su dicha y de su salvacion eterna. Mientras conserve íntegra la pureza de las costumbres, no puede menos de someterse á la ley interior de su conciencia, y ser adicto al culto de la Religion. Sin embargo, el hombre no deja de tener siempre dentro de sí mismo el fondo de esa libertad perniciosa, ó mas bien de ese pernicioso libertinaje, que no puede sufrir la sujecion y la violencia, y hasta cuando nos proponemos someternos al imperio de la Religion y de la conciencia, el orgullo de nuestro entendimiento nos suscita, como dice san Pablo, otra ley directamente opuesta á todas las leyes de Dios. Ley que consiste en no reconocer la de Dios sino en aquello que nos agrada; en no escuchar nuestra conciencia sino cuando nos lisonjea; en no tener deferencias para con la Religion sino cuando está conforme con nuestras miras; en una palabra, en hacernos árbitros de la una y de la otra, y en vivir á medida de nuestro capricho y segun los deseos de nuestro corazon.

4. Ved aquí una especie de combate en el hombre entre su orgullo y su razon: entre su razon que quiere subyugarle, y su orgullo que no se lo permite; entre su razon que le enseña á dejarse conducir y gobernar, sobre todo en las cosas de Dios, y su orgullo, que le persuade que no haga caso sino de sí mismo; entre su razon que autoriza á la Religion y á la conciencia para tener un derecho de soberanía sobre él, y su orgullo que se rebela contra esta soberanía. ¿De cuál de los dos se deja llevar? Ni del uno ni de la otra, cristianos, si tenemos en cuenta sus principios. ¿Y por qué? Porque ambos tienen la misma fuerza, siendo el respeto á la conciencia y á la Religion bastante fuerte para sostenerse algun tiempo contra el amor desordenado á la independencian y á la libertad, y el amor de la independencian y la libertad demasiado violento para que pueda destruirle enteramente el respeto á la Religion

y á la conciencia. Pero ved aquí lo que sucede cuando el hombre empieza á retirarse de Dios; y Dios empieza á dejar al hombre; y es que, en la práctica de los dos deberes, relativos á la Religion y á la conciencia, el hombre observa las cosas mayores con alguna fidelidad; y no procura guardar las pequeñas. Tiene ó aparenta tener siempre veneracion hácia lo que le parece esencial, pero descuida sin escrúpulo otros puntos menos importantes; y si quereis saber la razon de esta diferencia, bien clara es, dice el papa san Gregorio, pues está fundada en que las grandes cosas, en todo lo que pertenece á la Religion y á la conciencia, llevan en sí mismas un carácter tan visible y tan brillante de la autoridad divina, que contienen al hombre, mientras que las pequeñas, en las cuales aquel carácter es menos notable, le disgustan por la sujecion que exigen. ¿Qué hace entonces? Se concreta á las primeras, pero abandona las segundas. Por no convertirse en un libertino quiere arreglarse á las unas; y por no tener demasiada dependencia se acostumbra á despreciar las otras. Tal es el principio de la perversion del hombre. Y este estado, aunque muy contrario á los designios de Dios, aunque infinitamente distante de la perfeccion cristiana, aunque muy peligroso para la salvacion, no seria, á pesar de todo, un estado de condenacion por sí mismo, si el hombre continuase en él. Pero va mas allá, y esto es lo que observó san Bernardo, y tuvo buen cuidado de explicarnos en su excelente obra de los *Grados de la humildad y el orgullo*. Me preguntais, hermanos míos, dice aquel sábio Doctor, qué es lo que produce en el hombre esa libertad presuntuosa que le inclina á despreciar ciertas obligaciones de conciencia poco rigurosas y estrechas; y yo os respondo que semejante libertad produce en él las mas funestas consecuencias. Porque le hace perder insensiblemente el respeto y la obediencia que debe á su Dios; apaga en él poco á poco el temor de los juicios de Dios; le vuelve atrevido en cualquier empresa contra la ley de Dios: despues de haberle inspirado el hábito de los pecados leves, y de haberle quitado la vergüenza, le da, segun la Escritura, una frente de prostituta para los mas grandes crímenes: *Frons meretricis facta est tibi* (Jerem. iii); y estas transgresiones, aunque leves, son otras tantas brechas fatales por donde entra el demonio en su corazon.

5. En efecto, añade san Bernardo, he reconocido, y me ha enseñado la experiencia, que así como el pecador que camina con fervor por las vias de Dios; despues de haber superado las peque-

ñas dificultades, se burla de las mayores, que antes creia insuperables; así tambien aquel que sigue los impulsos de su pasion, despues de no detenerse en las cosas pequeñas, llega por fin hasta el extremo de no encontrar nada que le detenga en el camino de la iniquidad: *Et quemadmodum justus, ascensis his gradibus, corde alacri currit ad vitam, sic eisdem descensis inpius jam absque labore festinat ad mortem.* (Bern.). ¿Veis, dice aquel santo Padre, cómo el justo y el pecador, aunque por diferentes principios, adquieren esta libertad, uno para la vida y otro para la muerte? Pues la caridad es la que da alas al hombre justo, y la concupiscencia la que se las presta al pecador: *Illum proclivem charitas, illum cupiditas facit.* (Ibid.). El justo, cuando está animado del amor de Dios, no siente sus penas, y el pecador endurecido no siente las suyas: *In uno amor, in altero stupor laborem non sentit.* (Ibid.). La abundancia de gracia en el hombre justo, y el colmo del pecado en el pecador, es lo que les quita los remordimientos: *In illo perfecta virtus, et in isto consummata iniquitas foras mittit timorem.* (Ibid.). Los dos se adelantan por el camino del vicio ó de la virtud, y se adelantan de tal modo, que no sienten fatiga.

6. Pero antes de que el pecador llegue á este caso, ¿no tiene nada que sufrir? ¡Ah! hermanos míos, dice san Bernardo, hay muchos que sufren: ¿y quiénes son estos? Aquellos que quisieran guardar un término medio; quiero decir, algunas almas imperfectas que sacudirian gustosas el yugo de la conciencia y de la Religión en las cosas pequeñas, y que no quisieran romperle en las grandes: *Medii sunt qui fatigantur et angustiantur.* (Ibid.). Porque estos, dice el mismo santo Padre, sufren de todos modos: por la gracia á quien resisten, y por la pasion que no satisfacen por completo. La gracia los turba, y la pasion los irrita; la gracia les censura el haber andado en tales pasos, y la pasion, por el contrario, el no haber ido mas adelante; la gracia les dice: ¿necesitábais despreciar á Dios por tan poca cosa? y la pasion: ¿por qué no os habeis satisfecho sino á medias? De este modo permanecen expuestos á un mismo tiempo á la una y á la otra, ó, por mejor decir, experimentan á la vez las amarguras del vicio y las de la virtud, sin gustar sus dulzuras. Pero cuidado, dice san Bernardo; bien pronto la pasion y el amor á la libertad prevalecen; porque este estado de violencia no puede durar, y es preciso que de la violencia de las cosas pequeñas pase el hombre al desprecio de las grandes, ó que vuelva á entrar en el órden de que se ha separado, y que consiste en una entera sumi-

sion á Dios. Y como en materia de pecado es tan difícil el convertirse, como natural el progresar en él, por un pecador que se arrepienta de su vida desordenada y presuntuosa hay ciento á quienes la pasión conduce á su perdición; y ved aquí por lo que san Bernardo la considera como un grado de orgullo tan peligroso para la salvacion. En efecto, prestadme atencion á lo que voy á deciros, amados oyentes míos: la pasión es la causa de casi todos los escándalos y desórdenes que han estallado en el mundo cristiano; de los grandes atentados de la herejía, de los prodigiosos extravíos de la impiedad, de la horrorosa relajacion de la disciplina de la Iglesia, de la decadencia de las Órdenes religiosas mas fervientes, de la ruina de una infinidad de almas cristianas que se han perdido y se pierden aun cada dia. ¿Quereis verlo en una induccion tan sencilla coma piadosa? Pues continuad prestándome atencion.

7. He dicho de los grandes atentados de la herejía. Porque, ¿de qué se trataba cuando Lutero, cuando aquel hombre nacido para la desolacion del reino de Jesucristo, empezó á derramar el veneno de sus errores? Apenas se sabe; tan poca importancia tenia el motivo. Á Lutero le pareció encontrar en las indulgencias, ó, por mejor decir, en la aplicacion y concesion de las indulgencias, ciertos abusos que le chocaban, y quiso disminuir sus excesos y rectificar su uso. Pero ¿eran acaso estos puntos tan esenciales en la Religion? No, cristianos; y fuera cual fuese su naturaleza, no le pertenecia á él decidirlo, ni menos le tocaba constituirse en árbitro ni juez. Lo intentó sin embargo; con tal pretexto se atrevió á tratar de supersticiosa la práctica comun de los fieles; y á dónde le condujo este primer paso? bien lo sabéis; hasta combatir las mas inviolables máximas de la fe ortodoxa. Bien insignificante era la materia de que se trataba; pero fue suficiente para arrastrarle á innovar con singular osadía esas máximas. Del uso de la indulgencia pasó á negar su sustancia; y como la ley de la indulgencia tiene relacion con la del purgatorio, despues de haber desacreditado la indulgencia, no vaciló en atacar la creencia del purgatorio. La creencia del purgatorio era el fundamento para las oraciones de los difuntos; abolió, pues, las oraciones de los difuntos. Estas oraciones estaban autorizadas por las liturgias y por el sacrificio de la misa, y renunció al sacrificio de la misa; es cierto que esto le costó trabajo, pero al fin renunció. Su sistema le conducia á explicarse sobre el misterio de la satisfaccion de Jesucristo, del mérito de las buenas obras, de la justificacion de los hombres; y nada respetó:

satisfacción, mérito, buenas obras, sobre todo dogmatizó. Entre tanto la Iglesia se pronuncia contra él; pero él no conoce ya otra Iglesia que la de los predestinados, que es invisible. El Soberano Pontífice le lanza sus anatemas, y él declara Anticristo al soberano Pontífice. Se le oponen los libros de la Escritura, y se niega á reconocer todos aquellos que le son contrarios. Se le arguye con los libros que admite, y se obstina en no recibir otros que los que interpreta él mismo para fijar su sentido. Se convocan asambleas y concilios; pero protesta contra ellos, y no quiere seguir otra regla que el espíritu interior que le dirige. Hé aquí el último extremo de la herejía. ¿Pensaba llegar á él Lutero? no: él mismo confesó cien veces que habia ido mas allá de lo que se habia propuesto, y se admiró el primero de los progresos de su secta y de sus errores. Pero nada de esto debia sorprenderle, porque el carácter de la naturaleza humana es desencadenarse cada vez mas, una vez que ha empezado á hacerlo. La materia de la indulgencia, por sí sola, fue para Lutero como levadura: *Modicum fermentum* (1 Cor. v); pero una levadura que, fermentando con el orgullo de aquel heresiarca, corrompió en poco tiempo, segun la expresion del Evangelio, toda la masa, y convirtió á aquel católico, á aquel religioso en un apóstata.

8. Tambien he dicho los prodigiosos extravíos de la impiedad. Mirad, hermanos míos, á esos libertinos de profesion, de los cuales está el mundo lleno, que tomando por fuerza de voluntad el endurecimiento de su corazon, se glorian de no tener ni fe ni ley alguna. No creais que el estado de irreligion en que viven se haya formado de repente, ni que ellos hayan borrado desde luego de su alma las nociones generales de la existencia y de la providencia de un Dios; esto no puede ser, ni es posible que haya sido jamás. Con efecto, ¿por dónde empieza primero su libertinaje, esto es, el libertinaje de creencia? ¿por dónde? ¿qué sé yo? por burlarse de algunas devociones populares; esto les parece de poca importancia, y tal vez sea como les parece. Pero dejadlo pasar; y bien pronto no temerán censurar las devociones recibidas y aprobadas por la Iglesia: esto ya es propasarse á algo mas. En seguida extenderán su censura hasta nuestras mas santas ceremonias: temeridad todavía mayor. De aquí pasarán á despreciar los Sacramentos: otro grado de presuncion. Á este desprecio añadirán una rebelion secreta é interior contra nuestros misterios: situacion muy próxima á la extincion de la fe. Por último, llegarán á no considerar la Re-

ligion sino como una fórmula exterior, necesaria para contener á los pueblos : máxima llena de abominacion. Todo esto, unido á las reflexiones que se les ocurrirán sobre los acontecimientos del mundo, les hará dudar si hay una Providencia : aumento de ceguedad, por la cual Dios no puede menos de castigarlos. Ignorando si hay una Providencia, se cuidan poco de si hay ó no un Dios, ó si tienen ó no un alma espiritual capaz de poseerle, porque todo se convierte para ellos en incertidumbre : último extremo de la impiedad. Ahora bien, remontaos al principio del mal, y procurad descubrirle : aquel no era nada, ó casi nada ; pero bien dijo vuestro Profeta, Señor, que la insolencia de los que se apartan de Vos va siempre en aumento : *Superbia eorum qui te oderunt ascendit semper.* (Psalm. LXXIII).

9. ¿Sucede lo mismo en lo que toca á las costumbres? Sí, cristianos, y mas todavía en lo que pertenece á las costumbres que en lo que se refiere á la fe. Porque, como dice san Ambrosio, tenemos mas inclinacion á quebrantar las leyes que nos obligan á vivir bien, manteniéndonos bajo su dependencia, que las que nos obligan á creer. Tantas relajaciones como compadecemos ¿de dónde han tenido su origen, pregunta san Bernardo, sino de la libertad desmesurada con que los cristianos perversos y mundanos, no escuchando mas que á su orgullo y á su amor propio, han descuidado primeramente las obligaciones pequeñas, para librarse despues de las grandes? Estas relajaciones ¿se han introducido alguna vez por una rebellion repentina y general de los fieles contra las santas leyes que la Iglesia les prescribia? No, replica san Bernardo ; siempre han principiado por exenciones respetuosas : cada uno, con diversos pretextos, ha querido gobernarse en perjuicio del derecho comun, alegando que en tal ó cual circunstancia la ley no estaba hecha para él, é importándosele poco de las consecuencias que debia producir en los demás su mal ejemplo. ¿De qué proviene que hayamos visto algunas veces con admiracion sumido en un abismo de desórden universal el mundo cristiano, sin poder decir cuándo ni de qué modo ha caido en él? Sin duda, añade el mismo santo Padre, ha sucedido esto por grados, y despues de caidas casi insensibles. Depravacion enorme en su incremento ; pero tan imperceptible en su origen, que apenas pudo notarse. ¿Por qué se han juntado tantos sínodos y concilios para reformar, no la fe, sino la disciplina que se debilita y degenera todos los dias? ¿No es para refrenar el funesto y contagioso libertinaje que se introduce lo mis-

mo en el Cristianismo y las Órdenes mas religiosas que en las sociedades mas profanas? ¿Y por qué la Iglesia, á pesar del continuo cuidado que siempre ha tenido en reformar á sus hijos y en reformarse á sí misma, se ha visto, como si dijéramos, obligada á consentir la abolicion de aquellas leyes tan saludables y sábias que estuvieron en vigor en otro tiempo, y que no han cesado de estarlo hasta que la iniquidad ha prevalecido? ¿Por ventura no empezó este cambio por faltas leves? Hay mas todavía. ¿Por qué san Bernardo, escribiendo á un gran papa, se quejaba amargamente de una especie de corrupcion que atribuía en parte á la corte romana, y que consistia en otorgar con demasiada facilidad toda clase de dispensas? ¿No daba la razon de que esta facilidad de los preladados y superiores en dispensar aumentaba mas y mas la inclinacion violenta que tienen los hombres á emanciparse? ¿Y qué, santo Padre, le decia con un celo tan respetuoso como evangélico, se dictan acaso leyes para que despues haya tantas exenciones y dispensas? ¿Ignorais que teneis que gobernar á hombres, esto es, á criaturas enemigas de toda sujecion, y que es preciso tener con ellas, no tolerancia é indulgencia que las relaje, sino fuerza y valor para resistirlas? ¿Y no veis que el abuso de las dispensas ha llegado á tal extremo que, cuando en otro tiempo se recibian como gracias, hoy se exigen como deudas; y que, no dándose antes sino por motivos importantes, hoy se obtienen por las mas frívolas y vanas razones? Pues qué, me diréis, ¿acaso me prohibes dispensar? No, Santísimo Padre, lo que yo os prohibo es disipar: *Quid ergo, inquis, prohibes dispensare? non, sed dissipare.* (Bern.). Si hay una necesidad reconocida, la dispensa puede excusarse; si la reclaman el interés público y la mayor gloria de Dios, es laudable; pero sin un motivo de necesidad ó utilidad comun la dispensa no es tal dispensa, sino una disipacion: *Ubi neutrum, jam non dispensatio, sed dissipatio.* (Ibid.). Sí, disipacion, y bien cruel por cierto: ¿por qué? porque hace que se condenen lo mismo el superior que dispensa que el inferior que es dispensado; porque fomenta en los ánimos ese amor á la independendencia, que de las faltas mas leves conduce á los mas grandes vicios.

10. ¿Y qué seria, hermanos míos, si examinase yo ahora escrupulosamente la causa de la reprobacion particular de tantas almas que perecen, y que por seguir la senda del mundo se apartan de las vias de salvacion? ¿No consiste esto generalmente en los mas leves pecados? Pues qué, ¿por ventura se ven muchos justos que

se perviertan en un momento? ¿Se ven muchos pecadores que empiecen á declararse tales cometiendo grande escándalos? No, decia el papa san Gregorio, no sucede así. Hay un aprendizaje para el vicio lo mismo que para la virtud. Por grande que sea nuestra inclinacion al mal, sufrimos muchos combates antes de hacernos completamente malvados. La vanidad, añade aquel santo Doctor, y conservad en la memoria estas bellas palabras, la vanidad es la que nos conduce á la iniquidad, y lo consigue infaliblemente cuando nuestra voluntad, acostumbrada á los pecados leves, no se arredra ya ante los grandes crímenes; de suerte que por esta costumbre, en la cual se ha nutrido en cierto modo y fortificado, adquiere al fin en su malicia, no solo tranquilidad, no solamente impunidad, sino tambien autoridad: *A vanitate ad iniquitatem mens nostra ducitur, si assueta malis levibus graviora non perhorrescat, et ad quandam auctoritatem nequitias per culpas nutrita perveniat.* (Greg.). Nada mas cierto, cristianos, ni mas sólido que el pensamiento de este santo Padre. Porque, por ejemplo, la vanidad de una conversacion demasiado libre es lo que ocasiona la condenacion de un jóven; la vanidad del traje y de los vestidos es lo que sirve de entrada al demonio para seducir y perder á una mujer; la vana curiosidad de leer cierto libro es lo que contamina la inocencia de este; la complacencia vana para con el mundo es lo que produce la ruina de aquel. Me explicaré.

11. Quereis ir vestidos como los demás, y para conseguirlo no reparais en faltar á esa severidad en el traje que prescribe el Cristianismo; hé aquí la vanidad: pero esa vanidad os hace idólatras de vosotros mismos; esa vanidad os inspira deseos de agradar tan criminales como funestos; esa vanidad hace que perezcan, como vosotros, muchas almas creadas para Dios y rescatadas con su preciosa sangre; hé aquí la iniquidad: *A vanitate ad iniquitatem.* Quereis satisfacer vuestro capricho leyendo un libro profano y peligroso, y para ello ahogais los remordimientos de vuestra conciencia; ved aquí la vanidad: pero ese libro os hace perder el gusto de la piedad, os llena la cabeza de quimeras y hasta de feas ideas del vicio; ese libro hace brotar en vuestro corazon tentaciones que no podeis resistir, y aquí teneis la iniquidad: *A vanitate ad iniquitatem.* Os agrada tener trato con ciertas personas, escribirles, visitarlas, conversar con ellas, y estais seguros de vosotros mismos como si todo esto fuese inocente; hé aquí la vanidad: pero ese trato encenderá bien pronto en vuestra alma el fuego que habia extinguido la

gracia, y resucitará todas vuestras pasiones; esta es la iniquidad: *A vanitate ad iniquitatem*. Al principio todo eso no es mas que juego, galantería, buen humor, en una palabra, vanidad, como lo llama el papa san Grégorio; pero despues viene lo que Guillermo de París apellidaba la tropa y las legiones del demonio de la carne: *Exercitus et acies carnis*; esto es, las primeras sensaciones del pecado, la criminal condescendencia con los deseos del mismo pecado, las acciones vergonzosas que ponen colmo al pecado, la pertinaz perseverancia en los hábitos del pecado, las falsas excusas con que se autoriza el estado del pecado, la gloria impía y escandalosa que se alcanza ó quiere alcanzarse con el pecado, la insolencia, en fin, con que se sostiene el pecado. Porque todas estas cosas, hermanos míos, tienen una dependencia y un encadenamiento necesarios; y el decir: Llegaré hasta tal punto, y no pasaré mas adelante; me permitiré hacer tal cosa, y nada mas absolutamente, es carecer hasta de los primeros principios del conocimiento de sí mismo: ¿por qué? porque la regla es infalible, la vanidad nos conduce á la iniquidad: *A vanitate ad iniquitatem*.

12. Nunca serán bastantes, amados oyentes míos, las precauciones que tomeis para no incurrir en el extremo que acabo de señalaros; nunca serán bastantes para evitar este mal vuestro estudio ni vuestros cuidados. No ignoro que una perfecta observancia de la ley, quiero decir, de toda la ley, hasta de los mas insignificantes deberes que nos impone, tiene sus penas, y que es preciso para ello contenerse y estar muy sobre sí en algunos casos; pero la senda de salvacion que nos muestra el Evangelio es una senda estrecha: *Arcta via est quæ ducit ad vitam*. (Matth. vii). Y hé aquí por qué el Salvador del mundo nos advierte tanto que nos violentemos, porque el reino de los cielos no se alcanza sin violencia: *Regnum calorum vim patitur, et violenti rapiunt illud*. (Ibid. xi). Hé aquí por qué nos exhorta tanto á que hagamos un esfuerzo: *Contendite*. El creer que las puertas del cielo han de ensancharse ó estrecharse á medida de nuestros deseos es un error, dice san Juan Crisóstomo, puesto que san Juan en su *Apocalipsis* nos revela que son de bronce y acero. En efecto, tomaos las libertades que querais, otorgaos los privilegios que os plazca, no por eso cambiará ni será nunca mas flexible la ley de Dios, ni la harán ceder un solo punto de su severidad todas las contemplaciones que useis con vosotros mismos; al contrario, cuanto mas intenteis suavizarla, cuanto mas favorable á vuestros deseos trateis de hacerla, mas temible será para vosotros, porque

entonces léjos de favoreceros se pronunciará en contra vuestra y os condenará. Esto supuesto, ¿cómo debemos obrar, si somos prudentes? ¿cómo debemos discurrir? es indudable que del modo siguiente: El camino de nuestra salvacion es estrecho: es, pues, preciso que yo estreche tambien mi conciencia; porque no hay peligro para mí en restringir los límites de mi deber, pero debo temerlo todo si llego una vez á traspasarlos. Yo no puedo estar demasiado sumiso á Dios, pero corro riesgo de perderme si no lo estoy lo bastante; y este espíritu de independencian, que tal vez me daria buenos resultados tratando con los hombres, no puede atraerme de parte de Dios mas que la pérdida de su soberana gracia. ¡Ah! cristianos, en otro tiempo se buscaban eficaces remedios para desechar los escrúpulos del mundo; y yo, por un sentimiento opuesto, quisiera que lo que se llama el mundo estuviese lleno de escrúpulos en el dia. Sí, ¡pluguiera á Dios que tantas almas libertinas como hay se volviesen escrupulosas! Esto seria en ellas una debilidad, pero de la cual podría curárselas mucho mas fácilmente que de la maldita presuncion que las hace tan osadas para infringir la ley. Ciertó es que no se trata ya de las cosas pequeñas; pero por lo mismo que somos soberbios debemos, hasta en esas cosas, ponernos en guardia contra nosotros mismos. Y debo añadir que somos ciegos y poco ilustrados, lo cual es otra razon que formará el asunto de mi

Segunda parte.

13. Por poco que nos estudiemos á nosotros mismos, conocerémos que la ignorancia y la ceguedad son la panacea del pecado; así nos lo enseña la experiencia. Pero ya que caminamos en medio de tinieblas, dice san Agustin, preciso es que midamos nuestros pasos y que suplamos con la circunspeccion nuestra falta de luces. Ahora bien, de ningún modo podemos conseguir esto sino observando puntualmente la máxima de ser exactos y religiosos hasta en las cosas mas pequeñas. Hé aquí, dice aquel santo Doctor, el correctivo necesario de nuestra ignorancia en lo que concierne á nuestra salvacion. Yo considero, añade, esas tinieblas del espíritu humano de dos modos muy diferentes: en cuanto son las penas del pecado y tienen relacion con la justicia de Dios, y en cuanto dependen de nuestra voluntad y de la malicia de nuestra alma. Como penas del pecado, las deploro; como hijas de nuestra voluntad, las detesto; pero bajo uno y otro aspecto, me causan muchos terrores.

y examinándolas bien no hallo otro medio de evitar sus funestas consecuencias que ser fiel á Dios hasta en las obligaciones menos importantes y en el cumplimiento de los mas pequeños deberes. De lo contrario, es imposible que no me extravíe y que no caiga en un abismo del cual no volveré á salir quizás.

14. Y decidme, cristianos, ¿no es muy razonable y digno de ser adoptado este partido? No hay cosa en que los hombres estén mas expuestos á engañarse que en lo que tiene relacion con la Religion y la conciencia. Escuchad la razon que en prueba de esta verdad aduce el papa san Gregorio en sus moralidades sobre Job; razon, por cierto, notable y muy digna de aquel santo Padre. Un objeto, dice, para que pueda verse clara y distintamente, necesita estar colocado á cierta distancia del ojo que le mira, esto es, ni demasiado cerca de él, ni demasiado lejos, porque en el primer caso impide la accion del ojo, y en el segundo destruye su virtud; de modo que el ojo, por grande que sea su vision, no puede distinguir las cosas mas visibles, si están en alguna de las dos situaciones que he indicado. Pues lo mismo sucede con respecto á nuestra alma y á sus conocimientos; y esto es, dice el papa san Gregorio, lo que nos hace ciegos en todo aquello que se refiere á los deberes de nuestra Religion y nuestra conciencia. Porque las materias de la Religion están á una gran altura sobre nosotros, y por eso las perdemos de vista, porque están, por decirlo así, fuera de la esfera de actividad de nuestro entendimiento, mientras que las materias de conciencia se hallan en nuestro interior; porque, ¿qué es la conciencia, dice san Bernardo en el tratado que escribió sobre ella, sino la ciencia de sí mismo? *Conscientia quasi sui ipsius scientia.* (Bern.). Por consiguiente, así como el ojo, destinado á ver todo cuanto está fuera de él, no se ve, sin embargo, á sí mismo; así tambien el entendimiento humano puede ser penetrante, sutil, lleno de sagacidad, permítaseme esta palabra, para todo menos para la conciencia, que es su ojo, y la que debe enseñarle á conocerse á sí mismo.

15. Pero ¿qué se deduce de esto? ¡Ah! cristianos, tan bien lo sabeis vosotros como yo, y quiera el cielo que en la práctica os sirva de regla: siendo el hombre ciego para estas dos cosas, la Religion y la conciencia, es inevitable que esté sujeto á engañarse, si no tiene mucho cuidado en preservarse de las ilusiones á que su ceguedad puede conducirle; engañarse, digo, y tened presente la reflexion que hace san Bernardo; no suponiendo como faltas graves las que son leves por su naturaleza, porque es raro que le lleve á tal ex-

tremo su error, sino creyendo faltas leves las que son en efecto mas importantes: ilusion que acontece por desgracia á menudo. Es decir, que el hombre está expuesto á considerar como bagatelas, en materia de religion y de conciencia, cosas en que la Religion y la conciencia están, sin embargo, muy interesadas; á no tener en nada lo que delante de Dios debe tenerse en mucho; á juzgar como venial y digno de perdon lo que es en sí mismo criminal y mortal; á disminuir, en fin, llevado de falsas opiniones, el rigor de las obligaciones mas imprescindibles, porque todo esto es efecto de la ceguedad del hombre. Y como esta ceguedad no le justifica, porque es una ceguedad, ó fingida por su malicia, ó por su negligencia, ó fomentada por su pasion, ¿qué es lo que sucede? lo que estamos viendo todos los dias; á saber, que por conocer mal el hombre las cosas pequeñas se expone á faltar á las mas esenciales; que por seguir los errores que él se acarrea, creyendo que sus faltas son leves, se pone en el caso de cometer grandes crímenes, y que, pensando que las consecuencias de sus pasos son de poca consideracion, corre peligro de precipitarse y perderse, si no se impone la ley de guardar á Dios completa fidelidad, y de no descuidar nada, ni aun las prácticas mas insignificantes. La observancia de esta ley le pone á cubierto de todo, y hace, si me es permitido hablar así, que pueda ser ciego con seguridad, puesto que es evidente que, mientras se atenga á esta máxima, aun cuando estuviese lleno de errores, aun cuando su entendimiento estuviera ofuscado por las mas densas tinieblas, jamás se extraviará, y siempre caminará tan derecho como si poseyese las luces de una soberana prudencia: y ¿por qué? porque la ley que se ha prescrito le servirá de guia; y ved aquí el segundo principio en que he fundado mi proposicion; á saber, que en todo lo perteneciente á la Religion y la conciencia es de suma importancia contenerse siempre, mas bien que propasarse y excederse, de cualquier modo que sea.

16. En efecto, ¿no hemos visto, y no vemos todavía, que la relajacion en ciertos puntos, considerados como poco necesarios, es uno de los lazos mas peligrosos para sorprendernos y precipitarnos en los mayores vicios? ¿Quereis que os cite algunos ejemplos relativos á la Religion? Acordaos, amados oyentes mios, de lo que cuenta san Agustin en uno de sus tratados sobre san Juan, y de la famosa disputa promovida entre un maniqueo y un católico, cuyo motivo fue una mosca que por casualidad sirvió de ocasion á la mas célebre de las controversias que dividian entonces los ánimos. ¿Es

posible, decia el católico al maniqueo, que haya sido criado por Dios un insecto que tanto importuna al hombre? No, le respondió aquel con sencillez, no puedo creerlo. Cuidado, dice san Agustin; aquel católico de profesion era un hombre que creia de buena fe, y estaba muy lejos de abrigar ese espíritu soberbio y presuntuoso que conduce al libertinaje y la impiedad; pero era un ignorante, y no concebía que el origen de una mosca fuese de tal valor que pudiese su adversario aprovecharse de él para tomarle alguna ventaja. ¿Qué hizo entonces el maniqueo? Viendo que el católico confesaba que la mosca no habia sido criada por Dios, le hizo creer que lo mismo habia sido la abeja, de la abeja le condujo hasta el pájaro, del pájaro á la oveja, de la oveja al elefante; en fin, le hizo confesar que Dios no era el criador del hombre. ¿De qué procedió un error tan grosero? de la ceguedad de espíritu que, seduciendo al católico, le hizo descuidar y considerar como cosa de poca importancia lo que era, sin embargo, un punto fundamental.

17. ¿Puede haber un ejemplo mas conocido y palpable? De la herejía maniquea pasamos á la arriana; y hé aquí lo que produjo en los tiempos primitivos el cisma del mundo cristiano. Todo se reducía á una sola palabra, á saber: si se debía creer que el Verbo era consustancial, es decir, de la misma sustancia que su Padre, como sostenian los defensores de la verdad, ó si era solo semejante á él en sustancia, como decian los partidarios de Arrio. Esta cuestion, observa san Hilario, además de los cismáticos, dividia entre sí á los mismos ortodoxos, sosteniendo los unos que era una cosa insignificante, y considerándola los otros como un artículo capital. ¿Por qué, decian los primeros, tanto ruido y acaloramiento? ¿Qué importa que sea *consustancial*, ó semejante en sustancia? ¿Ha de turbar una diferencia tan insignificante la tranquilidad de la Iglesia? ¿Es justo que una causa tan pequeña cause una division tan universal, y que por una sílaba, por no convenir en una letra, se aparte mas de la mitad del mundo de la comunión de los fieles? De este modo hablaban con un celo indiscreto y ciego; y por no conocer lo bastante el misterio de la divinidad del Verbo, despreciando una sílaba arruinaban el fundamento de la religion cristiana. Por el contrario, san Atanasio, y con él los verdaderos fieles, mejor iluminados é instruidos, querian que se sacrificase todo por la palabra *consustancial*, y estaban prontos á morir y á mantenerla derramando su sangre; tan necesaria la juzgaban para conservar la pureza de la religion cristiana. Y ¿no ha sucedido lo mismo, cuando en

mil ocasiones la Iglesia, usando de su autoridad, ha querido arreglar los puntos de la fe? ¿No ha sucedido, repito, entonces que sus enemigos, para eludir decisiones tan opuestas á sus sentimientos, y á las cuales rehusaban someterse, las trataban de cuestiones vanas é inútiles? No necesito deciros lo repugnante que es semejante conducta á la humildad de la fe y á la prudencia evangélica: basta que comprendais, por lo que acabo de explicaros, la obligacion indispensable en que estamos de respetar hasta las cosas mas insignificantes en todo lo que pertenece á la Religion; puesto que es indudable que nuestra ignorancia nos expone á tan funestos extravíos.

18. ¡Que no tuviera yo ahora el tiempo suficiente para perfeccionar este discurso, aplicando lo que he dicho de la fe y de la religion á las costumbres y á la conciencia! ¡Que no pudiese explicar aquí cierta clase de pecados, siempre graves, sea cual fuere su objeto, cuando son voluntarios, pero que nuestra ignorancia nos hace muchas veces incluir en el número de los pecados leves! ¿Cuántos otros no podria contar de esos cuya gravedad ó levedad calculamos, no segun la que tienen, en efecto, en las presentes circunstancias, sino conforme á nuestras ideas y á los deseos de nuestro corazon? Séneca decia esta bella sentencia: Que si estimamos mucho ciertos dones de la fortuna y ciertas cosas del mundo, es porque somos muy pequeños: *Idco magna aestimamus, quia parvi sumus.* (Sénec.). Y yo, por el contrario, digo que, si hay tantas cosas que nos parecen pequeñas, es porque es muy grande nuestra ceguedad. No es una simple reflexion la que hago, sino una regla que os propongo, y una regla necesaria en la conducta de la vida. Sí, cristianos, digo que nos engañamos siempre que suponemos leves cierta clase de pecados, porque nunca lo son así para Dios. Por eso ese abominable pecado, ese pecado vergonzoso, que san Pablo nos prohíbe nombrar, es siempre un pecado mortal y un objeto de condenacion cuando le acompaña un consentimiento libre. Opinion tan constante y tan autorizada entre los teólogos, que seria no solo temerario sino hasta escandaloso el contradecirla. En la impureza, dice el sábio Guillermo de París, no hay nada leve ni venial. Sin embargo, ¿quién es el que sabe esto? ¿quién de vosotros está persuadido de ello? ¿quién de vosotros ha tenido cuidado de aprenderlo? ¿Cuántos errores no hay esparcidos por este motivo en el mundo? y por una consecuencia necesaria, ¿cuántos crímenes no se cometen todos los dias en la falsa y desgraciada creencia de que no son crímenes que se atraen

el odio de Dios? Diré además que hay otros pecados, tanto graves como leves, cuya malicia no medimos sino segun los intereses que nos dominan. ¿Hacemos la injuria mas atroz al prójimo? pues creemos que no ha sido nada; pero ¿hemos sido nosotros los ofendidos? entonces la menor ofensa que recibimos es una atrocidad para nosotros. Nunca reconoce el agresor todo el daño que hace, ni el ofendido el poco daño que ha recibido. El uno le aumenta, el otro le disminuye; cada cual segun las inspiraciones de su pasion y su amor propio. Hasta en el tribunal de la Penitencia, donde aparentamos obrar de buena fe para con Dios, ¿cuánta mofa y maledicencia empleamos, cuántas palabras picantes proferimos que tenemos por bagatelas, y sobre las cuales no nos dignamos decir nada? ¿Será porque todas ellas lo sean en efecto, ó porque no haya casi ninguna que pueda causarnos remordimientos? ¿Será porque queramos mentir al Espíritu Santo, y disimular nuestras faltas á pesar de los remordimientos de la conciencia? No, cristianos; es porque somos ciegos, y nuestra ceguedad nos impide conocerlas y arrepentirnos de ellas.

19. ¿Qué remedio, amados oyentes míos, qué partido debemos por lo tanto adoptar para librarnos de las consecuencias de una ceguedad tan perniciosa? ¡Ah! Señor, Vos nos lo habeis enseñado: el remedio es contenernos en los límites de una exacta sumision á vuestra ley; no permitirnos nada que pueda quebrantarla; no afectar jamás una falsa libertad, que tan á menudo, cuando lo ignoramos, y por lo mismo que lo ignoramos, nos ha hecho prevaricadores de vuestra ley. Ved aquí, ó Dios mio, los medios que nos habeis dado y que debemos emplear; de lo contrario, nuestra perdicion es inevitable. Porque seria necesario, para librarnos de las caidas funestas de que estamos amenazados, ó que cesase nuestra ceguedad, ó que por un estudio constante y asiduo de nuestros deberes supliésemos las luces que nos faltan. El no ser ciegos ni estar expuestos á los errores de nuestro entendimiento no podemos esperarlos; porque tal es nuestro triste destino, por ser pecadores: y así como no depende de nosotros el estar exentos de todas las debilidades de la concupiscencia, así tampoco podemos estar en esta vida completamente libres de las tinieblas de la ignorancia, puesto que tal es la pena de nuestro pecado. Es cierto que podemos combatir esta ignorancia por medio de reflexiones continuas sobre el número y la calidad de nuestros deberes; pero ¿lo haremos así siempre? y aun cuando lo hiciésemos, ¿tendríamos todos los dias las lu-

ces necesarias para llevarlo á cabo, esto es, para conocer clara y distintamente lo que es de rigurosa obligacion, y lo que no lo es? y aun cuando al fin lo conociéramos, ¿tendríamos siempre bastante fuerza y resolucion para obrar con arreglo á nuestros conocimientos? ¡Ah! Señor, lo mas corto y seguro es evitar todo pecado, sea cual fuere su naturaleza. Además de tener de este modo la ventaja de ser mas agradables á vuestros ojos, además de ser para nosotros un mérito el vivir en la mas perfecta sumision á vuestra voluntad, además de servirnos de consuelo el pensar que somos del número de vuestros fieles servidores, ó el procurar al menos servirlos como ellos, motivo al que debemos ser mas sensibles que á todas las recompensas que podamos esperar de Vos; además de todo esto, digo, no tendrémus necesidad, cuando se trate de vuestra ley, de examinarla tan de cerca, ni de buscar tanta ilustracion y tantos consejos, que la mayor parte de las veces nos halagan en vez de instruirnos, ó nos irritan en vez de calmarnos. Esta exactitud, esta regularidad en las cosas mas leves nos servirá para todas las demás. Así podrémus contar con Vos y con nosotros mismos; con Vos, porque os habeis obligado á colmar de gracias á toda alma que se entrega á Vos sin reserva; con nosotros mismos, porque tendrémus el mas seguro preservativo contra nuestra natural fragilidad y contra las inclinaciones de nuestro corazon.

20. ¡Dichosos vosotros, amados oyentes míos, si os poseyéseis de estos sentimientos! Meditad bien aquella máxima de san Bernardo, que dice: Seria un milagro que aquel que todo se lo permite y á quien le es permitido todo no llegase á hacer lo que le está prohibido. Acordaos de aquel oráculo del Espíritu Santo: Todo aquel que desprecia las cosas pequeñas llega poco á poco, y sin conocerlo, á cometer las mayores. No olvideis jamás que sois débiles, y que lo mejor que podeis hacer para precaveros contra el pecado es evitar hasta su misma sombra. En fin, procurad ponerlos en estado de oír de la boca de Jesucristo esta consoladora parábola: Ven á mí, buen servidor; y puesto que en algo me has sido fiel, toma posesion de mi reino celestial, y goza de una felicidad eterna. Así podamos llegar todos á este caso, cristianos; esto es lo que á todos os deseo, etc.

SERMON

SOBRE

LA MEDITACION DE LA MUERTE.

Memento, homo, quia pulvis es, et in pulverem reverteris. (Son palabras de la Iglesia en la ceremonia del miércoles de Ceniza).

Acuérdate, hombre, de que eres polvo, y de que te convertirás en polvo.

1. Cristianos, difícil seria no acordarnos de esta terrible sentencia: *Memento, homo, quia pulvis es, et in pulverem reverteris*, cuando la divina Providencia nos acaba de dar una prueba de ella tan reciente, pero tan dolorosa y tan sensible para nosotros. El luto de la iglesia en que nos hallamos reunidos, y que vimos hace tres dias regada con el llanto de los fieles por la pérdida de su buen prelado¹, á quien venian á hacer los últimos honores fúnebres, nos habla con mas elocuencia de esta verdad que podrian hacerlo mis palabras. El luto de la iglesia recuerda tristemente á un pastor que el cielo le habia mandado como un bien precioso, pero que la muerte, por una ley comun á todos los hombres, acaba de arrebatarnos. Ni la nobleza de la sangre, ni su alta dignidad, ni la santidad de su ministerio, ni su elevado talento, ni las cualidades de su corazon, de un corazon benéfico, recto, religioso, enemigo del artificio y de la mentira; nada, nada pudo librarle del golpe fatal que nos lo ha llevado, y que, desde el punto mas eminente de la Francia, le ha precipitado en el polvo de la tumba. Señores, vosotros que componeis el cuerpo venerable de que él era digno jefe; vosotros que, por un derecho naturalmente adquirido, sois ahora los depositarios de su poder espiritual, y á quienes reconocemos en su lugar como otros tantos padres y pastores; vosotros, con cuyo permiso y bendicion subo á este púlpito para anunciar el Evangelio; vosotros, digo, ¿habréis olvidado ni olvidaréis jamás los testimonios de bondad, de estimacion y de confianza que os

¹ Mons. de Péréfixe, arzobispo de París.

manifestó hasta su último suspiro el ilustre difunto, y que redoblan tanto mas vuestro dolor, cuanto que al par que os hacen sentir mas vivamente la inmensa pérdida que habeis sufrido, os hacen su memoria mas querida?

2. Sin embargo, despues de habernos ocupado de lo que exigian de nosotros la piedad y el reconocimiento, justo es, amados oyentes míos, ocuparnos de nosotros mismos, y que, para aprovechar una muerte tan cristiana y tan santa, mezclemos la ceniza de su tumba con la que nos ofrece en este dia la Iglesia, sacando de entrambas una importante instruccion. Porque tal es nuestro destino temporal: hé ahí el término de todos los proyectos de los hombres y de todas las grandezas mundanas; hé ahí el único y sólido pensamiento que debe siempre y en todas partes ocuparnos: *Memento, homo, quia pulvis es, et in pulverem reverteris*: acordaos, todos, cualesquiera que seais, ricos ó pobres, grandes ó pequeños, monarcas ó súbditos; en una palabra, acordaos, hombres, todos en general y cada uno en particular, acordaos de que no sois mas que polvo, y de que os convertiréis en polvo. Este recuerdo es desagradable, esta idea os herirá, os turbará, os afligirá; pero hiriéndoos, os curará; turbándoos y afligiéndoos, os será saludable; y tal vez, por sus mismas condiciones de bondad, os llegará á ser no solo soportable, sino tambien consoladora y grata, á cuyo fin voy á haceros ver sus ventajas, empezando por aquí el curso de mis predicaciones.

3. ¡Oh Espíritu divino! tú que con un carbon encendido purificaste los labios del Profeta y le convertiste en instrumento de tu adorable palabra, purifica mi lengua, y haz que yo pueda llenar cumplida y dignamente el santo ministerio que me has confiado. Aleja de mí todo lo que no seas tú. Inspírame solo pensamientos propios para conmover, persuadir y convertir; concédeme, como al Apóstol de los pueblos, no una elocuencia vana que solo tenga por objeto satisfacer y halagar la curiosidad de los hombres, sino una elocuencia cristiana que, sacando todo su valor de tu Evangelio, posea la virtud de conmover los corazones, de santificar las almas, de convertir los pecadores y de someterlos al imperio de tu ley. Prepara el ánimo de mis oyentes para que reciban las santas luces que te dignes comunicarme; y como al hablarles no debo tener otra mira que su salvacion, haz que me escuchen con un deseo sincero de la salud eterna que les predico, pues que lo que espera de tí es la esencial disposicion para todas las gracias. Esto es lo

que te pido, divino Señor, para mis oyentes y para mí, por la intercesion de la Virgen, á quien me dirijo, saludándola con el Ángel : *Ave María*.

4. Todos los sábios, aun los del paganismo, han convenido en el principio de que la gran ciencia ó el grande estudio de la vida es la ciencia ó el estudio de la muerte, y que le es imposible al hombre tener una vida arreglada y mantenerse en una virtud sólida y constante, si no piensa frecuentemente en que tiene que morir. Nuestra vida, ó, por mejor decir, todo lo que es susceptible de perfeccion en nuestra vida, ora por la razon, ora por la fe, se reduce á tres cosas : á nuestras pasiones, á nuestros juicios, y á nuestras acciones. Me explicaré. Nosotros tenemos en el curso de la vida pasiones que dirigir, consejos que tomar, y deberes que cumplir. En esto, para servirme de las palabras de la Escritura, consiste todo el hombre; todo el hombre, añado yo, juicioso y cristiano: *Hoc est enim omnis homo*. (Eccles. xii). Tenemos pasiones que dirigir, reprimiendo sus ímpetus y moderando su violencia; consejos que tomar, preservándonos, ya de los errores que suelen acompañarlos, ya del arrepentimiento que les sigue; deberes que cumplir, y cuya práctica debe ser pronta y ferviente. Ahora bien, yo creo que para todo esto, cristianos, nos basta la idea de la muerte; y anuncio tres proposiciones que os ruego oigais con atencion, porque comprenderán las partes en que divido mi discurso. Digo, pues, que la idea de la muerte es el remedio por excelencia para amortiguar el fuego de nuestras pasiones; esta es la primera parte. Digo tambien que la idea de la muerte es la regla mas infalible para resolver con seguridad en nuestras deliberaciones; esta es la segunda. Digo, en fin, que la idea de la muerte es el medio mas eficaz para inspirarnos un santo fervor en nuestras acciones; tal es el asunto de la tercera y última, verdades todas de que os quiero convencer haciéndoos sentir la fuerza de estas palabras de mi texto : *Memento, homo, quia pulvis es, et in pulverem reverteris*. Vuestras pasiones os ciegan, y muchas veces creéis que no sois dueños de vuestra ambicion y de vuestra concupiscencia : *Memento*, acordaos, y medita lo que son la ambicion y la concupiscencia de un hombre que debe morir. Reflexionais acerca de una materia importante, y no sabeis qué resolucion tomar : *Memento*, acordaos, y pensad cuál es la determinacion mas conveniente para un hombre que debe morir. Los ejercicios de la Religion os fatigan y os rinden, y cumplís perezosamente vuestros deberes : *Memento*, acordaos, y

reflexionad cuánto le importa observarlos á un hombre que debe morir. Tal es el uso que debemos hacer de la idea de la muerte, y tal es tambien el objeto de la atencion que nuevamente os pido.

Primera parte.

5. Para amortiguar el fuego de nuestras pasiones es necesario principiar por conocerlas bien, y para conocerlas perfectamente, dice san Juan Crisóstomo, basta comprender tres cosas: que nuestras pasiones son vanas, que nuestras pasiones son insaciables, y que nuestras pasiones son injustas. Que son vanas, considerando los objetos en que se fijan; que son insaciables é ilimitadas, porque nunca pueden ser satisfechas ni nos satisfacen á nosotros mismos; en fin, que son injustas, por los sentimientos presuntuosos que nos inspiran, cuando, ciegos y henchidos de orgullo, pretendemos distinguirnos, elevándonos sobre los demás hombres. Hé ahí las causas á que san Juan Crisóstomo atribuye el desórden de las pasiones humanas. Faltábanos, pues, para contener sus impulsos y movimientos desarreglados alguna cosa que nos descubriese palpablemente su vanidad; que, sometiénolas á la ley de una necesidad suprema, las limitase, á pesar nuestro, y que, haciendo cesar toda distincion, las redujese al gran principio de la modestia; esto es, á la igualdad que Dios ha establecido entre todos los hombres, y nos obligara, sin distincion de personas, á hacernos al menos justicia y á cumplir gustosamente con los demás los deberes que la caridad nos impone. Tales son, amados oyentes míos, los maravillosos efectos que producen infaliblemente en las almas tocadas de Dios la memoria y la idea de la muerte. Escuchadme, pues, y no perdais nada de una instruccion tan edificante.

6. Nuestras pasiones son vanas; y para convencernos de ello no tenemos mas que formarnos una idea exacta de la vanidad de los objetos en que se fijan, bastando esto para extinguir en nuestros corazones el fuego de la concupiscencia que ellas atizan. Tal es la importante leccion que nos enseña el Espíritu Santo en el libro de la Sabiduría. Confesémoslo, cristianos, aunque con rubor; mientras que los bienes de la tierra nos parecen grandes y nosotros los suponemos tales, se nos figura imposible no amarlos; y, amándolos, no considerarlos como objetos de nuestras mas ardientes pasiones. Por mas razones que se opongan á ellas, por mas leyes que nos las prohiban, por mas motivos de conciencia y de religion que

nos separen de ellas, la concupiscencia nos ofusca ; y preocupados con la apariencia especiosa del bien que nos lisonjea y seduce, cerramos los ojos á las demás consideraciones para correr únicamente tras la imágen encantadora de nuestra ilusion. Si resistimos algunas veces, y si, por obedecer á Dios, obtenemos sobre nosotros mismos alguna victoria, esta victoria, por la violencia que nos hacemos, es una victoria forzada. La pasion subsiste siempre, y el error en que permanecemos de que estos bienes, de que el mundo es idólatra, son bienes sólidos, capaces de hacernos dichosos, nos hace concebir deseos desordenados de adquirirlos, un placer immoderado al poseerlos, y angustias mortales al perderlos. Nos afligimos cuando son pocos ; nos alegramos cuando son muchos ; nos alarmamos, nos turbamos y nos desesperamos á medida que estos bienes nos faltan y nos vemos privados de ellos. ¿Y por qué? Porque nuestra imaginacion nos los representa como bienes reales y positivos, de los que depende la perfecta felicidad.

7. Para libertarnos de esta idea, dice san Juan Crisóstomo, el medio mas seguro é infalible es desengañarnos de lo que son. Porque desde el punto mismo en que comprendemos su vanidad, esta separacion nos es fácil, casi natural ; ni la ambicion, ni la avaricia, si puedo explicarme así, ejercen ya sobre nosotros ningun imperio. Léjos de apresurarnos para adquirir por medios reprobados é ilícitos las ventajas del mundo, convencidos de su poca solidez, apenas nos fijamos en la conservacion de unos bienes de que somos legítimos poseedores ; y esto se funda en que los bienes del mundo, suponiendo aquella conviccion, no nos parecen ya dignos de nuestros cuidados, y mucho menos de nuestras fatigas y de nuestras inquietudes. ¿Y de dónde nace esta conviccion saludable? Del pensamiento de la muerte, santamente meditada y considerada segun los principios de la fe.

8. Porque la muerte, añade san Juan Crisóstomo, es á nuestros ojos la prueba clara y palpable de la nada de todas las cosas humanas de que nos apasionamos. Ella es quien nos lo hace conocer ; todo lo demás nos impone : la muerte sola es el espejo fiel que nos muestra sin máscara alguna la inestabilidad, la fragilidad y poca duracion de los bienes de esta vida, quien desvanece todos nuestros errores, quien destruye en nosotros todos los atractivos del amor del mundo, y quien en las tinieblas mismas del sepulcro nos presenta una fuente de luz de la que nuestras almas y nuestros sentidos se penetran igualmente. *In illa die*, dice la Escritura ha-

blando de los hijos del siglo entregados á sus pasiones , *in illa die peribunt omnes cogitationes eorum*. (Psalm. CXLV). Todos sus pensamientos se desvanecerán en aquel dia. El dia de la muerte, que nos figuramos lleno de oscuridad, los alumbrará, disipando todas las nubes en que hasta entonces habia estado envuelta para ellos la verdad: dejarán de creer lo que siempre habian creido; principiarán á ver lo que nunca habian visto; lo que antes estimaban se convertirá en objeto de su desprecio; lo que tanto les admiraba les llenará de confusion. De manera que se efectuará en su espíritu una especie de revolucion general, que no podrá menos de sorprenderles y de espantarles. Las ideas quiméricas que tenian del mundo y de su mentida felicidad se disiparán de repente y se aniquilarán: *Peribunt omnes cogitationes eorum*. Y como sus pasiones no habrán tenido otro origen que sus pensamientos, y sus pensamientos perecerán, segun la expresion del Profeta, resulta que sus pasiones perecerán tambien; esto es, no tendrán ya la locura de afanarse por ellas, ni el deseo de enriquecerse, porque verán claramente, *in illa die*, la futilidad, y, si es lícito explicarse así, la extravagancia de todo eso. ¿Y qué hacemos cuando nos ocupamos, durante la vida, del pensamiento de la muerte? Anticiparnos ese último dia, ese postrer momento, y sin esperar á que la catástrofe y el desenlace de las intrigas del mundo nos descubran á pesar nuestro el misterio de la vida, nosotros nos lo descubrimos á nosotros mismos por medio de santas reflexiones. Porque cuando me propongo delante de Dios ver el cuadro de la muerte, contemplo en él desde luego todas las cosas del mundo bajo el mismo punto de vista en que la muerte me las hará considerar: formo acerca de ellas el mismo juicio que despues habré de formar; las reconozco tan despreciables, como las reconoceré; me acuso de haberlas amado, como me acusaré; lloro mi ceguedad, como la lloraré; resultando de esto que mi pasion se entibia, que la concupiscencia no es tan viva, que no me queda ya mas que indiferencia por los bienes pasajeros y mortales; en una palabra, que de espíritu y de corazon muero ya á ellos, porque preveo que bien pronto tendré que morir real y necesariamente.

9. Y hé ahí, mis amados oyentes, el secreto admirable que David habia encontrado para tener á raya sus pasiones y para reservar hasta en el centro del mundo, que es la corte, la perfecta independendencia del mundo que él habia alcanzado. ¿Qué hacia este santo Rey? Se contentaba con pedir á Dios, como una soberana gra-

cia, que le hiciese conocer su fin : *Notum fac mihi, Domine, finem meum* (Psalm. xxxviii), y que le dijese cuánto le faltaba para saber, pero de una manera eficaz y práctica, el poco tiempo que aun le restaba de vida : *Et numerum dierum meorum quis est, ut sciam quid desit mihi.* (Ibid.). Creía que este solo pensamiento, *hay que morir*, bastaría para matar el fuego de sus mas ardientes pasiones. Y, en efecto, añadía : ¡Oh, Señor! Vos habeis reducido mis dias á una medida bien corta : *Ecce mensurabiles posuisti dies meos* (Ibid.); y por lo tanto, todo lo que sé, y todo lo que puedo desear ó esperar que seré, no es mas que nada ante Vos : *Et substantia mea tamquam nihilum ante te.* (Ibid.). Á mis ojos esta nada es alguna cosa, y aun todas las cosas ; pero, ante Vos, lo que yo llamo todas las cosas se confunde y se pierde en la nada, y la muerte, que todo hombre vivo debe considerar como su destino inevitable, hace generalmente, y sin excepcion, de todos los bienes que este posee, de todos los placeres que goza, de todos los títulos con que se envanece, una especie de abismo de vanidad : *Verumtamen universa vanitas omnis homo vivens.* (Psalm. xxxviii). El hombre mundano no se conforma con estas verdades y aun afecta ignorarlas ; pero, no obstante, su vida solo es una sombra, una imágen fugaz : *Verumtamen in imagine pertransit homo* : sufre como mundano, está continuamente agitado ; pero sufre inútilmente, porque es por empresas que la muerte desconcertará, por intrigas que la muerte desbaratará, por esperanzas que la muerte disipará : *Sed et frustra conturbatur.* (Ibid.). Se fatiga, se consume por amontonar riquezas ; pero tiene la desgracia de no saber para quién las atesora, quién se aprovechará de su trabajo ; si serán sus hijos, ó los hijos de los extraños ; si serán herederos reconocidos, ó ingratos ; si serán económicos, ó disipadores : *Thesaurizat, et ignorat cui congregavit ea.* (Ibid.). Estas ideas, de que el Profeta estaba poseído y vivamente penetrado, reprimian todas sus pasiones, y de un rey sentado sobre el trono hacian un ejemplo de moderacion.

10. Eso es lo que nosotros mismos experimentamos todos los dias ; porque, seamos francos, cristianos, si no tuviésemos que morir, ó si pudiésemos libertarnos de esta terrible necesidad que nos hace tributarios de la muerte, por vanas que fuesen nuestras pasiones, nunca querríamos reconocer su vanidad, nunca renunciar á los objetos que las lisonjean, y en pos de los cuales corremos. En balde se nos harian reflexiones sobre este punto ; en balde se nos repetiria lo que sobre lo mismo han dicho los filósofos ;

en balde serian el raciocinio y las demostraciones; tomaríamos todas estas cosas por sutilezas mas vanas aun que la vanidad misma de que se trataria de persuadirnos. La fe con todas sus razones no serviria de nada; y libres del pensamiento de la muerte, que como un dueño severo nos mantiene en el orden, haríamos gala de vivir entregados á nuestros deseos, tendríamos por real y verdadero todo lo que hay en el mundo de falso y de brillante, y nuestra razon, combatiendo contra nosotros mismos, principiaria á ponerse de acuerdo y á entenderse con la pasion.

11. Pero cuando se nos dice que tenemos que morir, y cuando nosotros nos lo decimos á nosotros mismos ¡ah cristianos! nuestro amor propio, por ingenioso que sea, no tiene ya medios de defensa; se encuentra desarmado por este pensamiento, la razon se apodera de él, y se somete sin resistencia al yugo de la fe. ¡Bella diferencia que san Juan Crisóstomo ha notado entre los demás pensamientos cristianos y el de la muerte! ¿Por qué, pregunta este santo Doctor, la idea de la muerte produce en nosotros una impresion mas profunda, y nos hace conocer mejor la vanidad de los bienes creados que todas las demás consideraciones? Porque las restantes consideraciones solo contienen, cuando mas, testimonios y pruebas de esta vanidad, al paso que la muerte es la esencia misma de esta vanidad ó quien constituye esta vanidad. No hay que admirarse, pues, de que la muerte posea una virtud especial para alejarnos de todo. Y tal era la excelente consecuencia que sacaba san Pablo para que los primeros fieles se libertasen de la esclavitud de las pasiones, y viviesen en la práctica de este santo y dichoso desprendimiento que les recomendaba con tanta instancia. Porque el tiempo es corto, les decia: *Tempus breve est.* (I Cor. vii, 29). Y ¿qué se sigue de aquí? que debeis regocijaros, como si no os regocijáseis; que debeis poseer, como si no poseyéseis; que debeis usar de este mundo, como si no usáseis: *Reliquum est ut qui gaudent, tanquam non gaudentes; et qui emunt, tanquam non possidentes; et qui utuntur hoc mundo, tanquam non utantur.* (Ibid.). ¡Qué consecuencia! Es admirable, exclama san Agustin, pues, en efecto, regocijarse y tener que morir, poseer y tener que morir, disfrutar honores y tener que morir, es como tener honores y no tenerlos, como poseer y no poseer, como regocijarse y no regocijarse. Porque la palabra *muerte* es una palabra de privacion y de destruccion, que acaba con todo, que todo lo aniquila, que por una facultad enteramente opuesta á la de Dios nos presenta las cosas que

son como si no fuesen , al paso que Dios, segun la Escritura, llama las que no son como si fueran.

12. No solamente son vanas nuestras pasiones, sino, además de vanas, insaciabiles é ilimitadas. Porque ¿qué ambicioso, engreído con su fortuna y con los honores del mundo, se ha contentado jamás con lo que tiene? ¿Qué avaro, buscando con ansia devoradora los bienes de la tierra, ha dicho jamás: tengo bastante? ¿Qué voluptuoso, esclavo de sus sentidos, ha puesto nunca límite á sus placeres? La naturaleza, dice ingeniosamente Salviano, se contenta con lo necesario, la razon apetece lo útil y honesto, el amor propio lo agradable y delicioso; pero la pasion lo supérfluo y lo excesivo. Lo supérfluo es infinito; pero este infinito, por infinita que sea, tiene, si queremos, sus límites y su fin en la idea de la muerte, como los tendrá, á pesar nuestro, en la muerte misma. No necesito mas que servirme en este dia de las palabras de la Iglesia: *Memento, homo, quia pulvis es*: acuérdate hombre de que eres polvo; *et in pulverem reverteris*: y de que te convertirás en polvo; no tengo mas que recordar esa sentencia á las almas apasionadas que hay en este auditorio, para obligarlas á reprimir los deseos impetuosos é inmoderados que las atormentan siempre, y que nunca se satisfacen; no tengo mas que hacerles la misma invitacion que los judíos al Salvador del mundo, cuando le rogaron que se acercase á la sepultura de Lázaro, y le dijeron: *Veni, et vide*. (Joan. 11). Ven y mira. Venid, avaros, vosotros ardeis en una insaciable concupiscencia cuyo fuego nada puede amortiguar; y como esta concupiscencia es insaciable, cometeis mil iniquidades, os hace insensibles á las miserias de los pobres, y os arroja en un profundo olvido de vuestra salvacion. Contemplad bien este cadáver: *Veni, et vide*. Venid y mirad. Era un hombre acaudalado como vosotros; en pocos años se habia enriquecido como vosotros; tuvo como vosotros la locura de querer dejar despues de su muerte un palacio opulento y unos hijos poderosos. Pero ¿le veis ahora? ¿Veis la desnudez, la pobreza á que la muerte le ha reducido? ¿Dónde están sus tesoros? ¿dónde sus riquezas? ¿dónde sus muebles suntuosos y magníficos? ¿Es mas, acaso, que el último de los hombres? Cinco piés de tierra y un sudario que le cubre, pero que no le libertará de la podredumbre: nada mas. ¿Qué se ha hecho del resto? Hé ahí el término de vuestra avaricia: *Veni, et vide*. Ven, hombre del mundo, idólatra de una falsa grandeza; tú eres víctima de una ambicion que te devora, y como esta ambicion no tiene término,

te despoja de todos los sentimientos de la Religion, te preocupa, te encanta, te embriaga. Contempla este sepulcro. ¿Qué ves en él? Era un gran señor como tú, tal vez mas que tú, tan distinguido por su calidad como tú, y que fue cuanto hay que ser. Pero ¿le conoces? ¿Ves hasta dónde le ha hecho descender la muerte? ¿Ves hasta qué punto ha limitado sus grandes ideas? ¿Ves cómo se ha burlado de sus pretensiones? Buen ejemplo para que moderes las tuyas: *Veni, et vide*. Ven, mujer mundana, ven; tú cuidas con demasiado esmero de tu persona; la pasion que te domina es el culto de tu hermosura; y como esta pasion es desmedida, te mantiene en una molicie vergonzosa, despierta en tu corazon deseos criminales de agradar, y te hace cómplice de mil pecados y de mil escándalos. Ven y mira: era una hermosa jóven como tú, era el ídolo del mundo como tú, tan discreta, tan solicitada y tan adorada como tú. Pero ¿la ves ahora? ¿Ves esos ojos apagados, ese rostro asqueroso que horroriza? Es un ejemplo para que reprimas el amor infinito de tí misma: *Veni, et vide*.

13. En fin, nuestras pasiones son injustas, ya por los sentimientos que nos inspiran en nuestra propia utilidad, ya por los que nos hacen experimentar en perjuicio del prójimo; pero la muerte, dice el Filósofo, nos reduce á los términos de la equidad, y con su recuerdo nos obliga á hacernos justicia á nosotros mismos, á hacerla á los demás por nosotros mismos: *Mors sola ius æquum est generis humani*. (Senec.). En efecto, cuando no pensamos en la muerte, y si solo en ciertas distinciones de la vida, estas nos ensoberbecen, nos deslumbran y nos llenan de amor propio: nos hacemos orgullosos y altaneros, desdeñosos y despreciadores, susceptibles y delicados, envidiosos y vengativos, atrevidos, violentos, locos; hablamos con énfasis ó con aspereza, nos resentimos fácilmente, perdonamos con dificultad, combatimos esto, destruimos aquello, todo debe humillarse ante nosotros, todo el mundo debe tener atenciones con nosotros, aunque nosotros no las tengamos con nadie. ¿No es eso justamente lo que hace algunas veces tan pesada y tan dura la dominacion de los grandes? Pero meditemos en la muerte, y bien pronto nos enseñará esta á hacernos justicia y á que los demás la hagan á nuestro orgullo y altanería, á nuestros desdenes y desprecios, á nuestra susceptibilidad y á nuestra delicadeza, á nuestra envidia y á nuestras venganzas, á nuestra tristeza, á nuestras violencias, á nuestras locuras. ¡Tan cierto es que, segun la sentencia y la palabra de Dios todopoderoso, hasta un

grano de arena para romper las olas del mar! *Hic confringes tumentes fluctus tuos* (Job, xxxviii); tan cierto es que basta la ceniza que se nos pone sobre la cabeza, y que nos pinta la idea de la muerte, para calmar todas las borrascas de nuestro corazon, para refrenar todos sus arrebatos, para contenernos en la humildad y en una sábia modestia. ¿Y por qué? porque la muerte nos ofrece claramente la perfecta igualdad que existe entre los demás hombres y nosotros, igualdad que tan voluntariamente olvidamos, pero cuya imágen nos es tan necesaria para hacernos mas equitativos y mas tratables.

14. Porque cuando recordamos lo que decia Salomon y nosotros repetimos con él: Por sábio é ilustrado que yo sea, tengo ahora que morir como el mas insensato: *Unus, et stultus, et meus occasus erit* (Eccles. ii, 15); cuando nos aplicamos estas palabras del real Profeta: Vosotras sois las divinidades del mundo, vosotras sois las hijas del Todopoderoso; pero ¡oh falsas divinidades! sois mortales, y morís, en efecto, como aquellos de quienes quereis recibir incienso, y de quienes exigís tantos homenajes y tantas adoraciones: *Dii estis et filii Excelsi omnes: vos autem sicut homines morimini* (Psalm. lxxxix); cuando, segun la expresion de la Escritura, bajamos con nuestro espiritu á la tumba, y vemos allí confundidos el sábio y el ignorante, el noble y el artesano, el mas famoso conquistador con el mas vil esclavo, á quienes cubre la misma tierra, rodean las mismas tinieblas, devoran los mismos gusanos, la misma podredumbre, la misma corrupcion, el mismo polvo: *Parvus et magnus ibi sunt, et servus liber à Domino suo* (Job, iii); cuando, digo, se nos ocurren estas reflexiones, y nos ponemos á considerar que esos hombres á quienes tanto anhelamos hacer sentir nuestro poder, y sobre quienes queremos tener un imperio absoluto; que esos hombres para quienes no hay ni compasion, ni caridad, ni condescendencia, ni contemplaciones; que esos hombres de quienes nada se puede tolerar, y contra quienes se obra con tanta animosidad y rigor, son, sin embargo, hombres como nosotros, de la misma naturaleza, de la misma especie, ó, si se quiere, nosotros somos hombres como ellos, tan débiles como ellos, tan esclavos como ellos de la muerte y de todas las consecuencias de la muerte; entonces ¡ah queridos oyentes míos! entonces nos encontramos en otras disposiciones. Desde entonces nos infatuamos menos con nosotros mismos, porque nos conocemos mucho mejor; desde entonces no ejercemos ya una autoridad tan dominante é imperio-

sa sobre aquellos á quienes el nacimiento ó la fortuna ha colocado en un rango inferior al nuestro, porque vemos ya que en último resultado no hay tanta diferencia de hombre á hombre. Desde entonces no disputamos tanto sobre nuestros derechos, porque vemos que teníamos menos de los que pensábamos; desde entonces no nos consideramos tan gravemente ofendidos, ni exigimos con tanto ardor y tenacidad satisfacciones exageradas, porque no nos creemos tan superiores al agresor, verdadero ó supuesto, ni podemos persuadirnos de que deba ceder en todo y condescender con nuestros caprichos. Somos mas afables, mas prudentes, mas modestos, mas atentos, mas sufridos; sabemos avenirnos, prevenir, evilar, aliviar y hacer beneficios, y complacer. ¡Santos y saludables efectos de la idea de la muerte! Esta es el remedio por excelencia para amortiguar el fuego de nuestras pasiones, así como tambien la regla mas infalible para resolver con acierto en nuestras deliberaciones, como veremos en la

Segunda parte.

15. Por grande que sea nuestra penetracion, por mucho que pudiera envanecernos nuestra sabiduría, dice un oráculo de la fe, nuestros pensamientos son tímidos y nuestras resoluciones inciertas: *Cogitationes mortalium timidae et incertae providentiae nostrae*. (Sap. III). Nuestros pensamientos son tímidos, dice san Agustin explicando el pasaje citado; porque muchas veces en las cosas que atañen á la salvacion no sabemos si tomamos el mejor partido, ni tampoco si el partido que tomamos es absolutamente bueno; y no tenemos bastante certeza para distinguirlo con claridad, y mucho menos un discernimiento seguro é infalible. De donde se sigue que, á pesar de todas nuestras luces, tememos engañarnos en nuestros juicios, sin motivo para estos temores, puesto que el camino por el cual nos dirigimos, por recto que nos parezca, puede, en efecto, no serlo; y los alcances cortos y limitados de una débil razon que nos sirve de guia no nos libran de exponernos á los funestos extravíos de que san Pablo queria libertarnos cuando nos advertia que procurásemos por nuestra salvacion con timidez: *Cogitationes mortalium timidae*. Como nuestros pensamientos son tímidos, la Escritura añade que nuestras resoluciones son inciertas; porque no conociendo los misterios del porvenir, cuya facultad está reservada á la suprema Inteligencia, sean cualesquiera los medios de que

nos valgamos; siempre nos quedaremos en la duda de si lo que emprendemos; aunque sea con intenciones puras y en apariencia cristianas, estará bien emprendido; si no tendremos que arrepentirnos de ello algun dia; si nuestra conciencia no nos lo reprobará nunca, y si lo que hemos creído inocente durante la vida no será en la muerte causa de nuestros remordimientos y de nuestra desesperacion: *Et incertæ providentiæ nostræ*. ¡Situacion desgraciada que el mas ilustrado de los hombres deploraba; considerándola como la consecuencia fatal del pecado! Seria, pues, importante buscar un medio que nos librase de la horrible incertidumbre y de los temores que turban la paz interior de nuestras almas; que, siempre que se tratase de nuestros deberes, nos indicase el camino del acierto, y que entre las mil conjeturas en que la salvacion y la conciencia se pierden nos preservase igualmente del error y del arrepentimiento. Ahora bien; yo creo que el medio mas eficaz para conseguir tan importante resultado es la idea de la muerte. Porque la idea de la muerte es una aplicacion clara y sensible que nos hacemos á nosotros mismos del fin de la vida, que debe ser el sólido fundamento de todas nuestras determinaciones; y porque es indudable que practicando el santo ejercicio de la idea frecuente de la muerte evitamos todos los remordimientos y pesares que pudiesen ocasionar nuestras resoluciones. En la indispensable necesidad de arreglar religiosamente nuestra conducta ¿hay nada mas instructivo, nada mas edificante y consolador para el hombre que estas verdades? Pero no es esto solo.

16. Para discurrir y resolver con acierto es preciso tener siempre presente el fin de nuestra vida, que es la regla de todo, y á la cual deben concurrir en el mundo todas nuestras acciones, como otros tantos radios á un centro. Yo entiendo por fin de nuestra vida á aquel soberano bien, á aquel único necesario, la salvacion que nunca debemos perder de vista, y de quien todas nuestras acciones deben tener una dependencia esencial é inmediata: lo dicho es un axioma indubitable en la moral cristiana, y un principio universalmente reconocido. Pero ¿cuál es el medio de tener siempre presente un objeto tan elevado, y de poder vigilarnos á nosotros mismos para observar en cada accion de la vida la relacion que existe entre ella, y no digo el fin particular é inmediato que nos hace obrar, sino el fin comun y mas remoto á que todos debemos aspirar? No es otro, amados oyentes míos, que considerar y prever la muerte; la muerte, que, á pesar nuestro, nos recuerda la eterni-

dad que la sigue : nos la pone á la vista como un rayo de luz, pero como un rayo vivo y penetrante que se difunde por nuestras almas, y cuyo resplandor nos descubre todo lo malo y lo bueno de nuestras acciones y de nuestros pensamientos, todo lo seguro ó lo peligroso, lo que puede sernos útil ó perjudicial.

17. En efecto, penetrados de esta idea, es necesario morir, comenzando á juzgar con mas exactitud las cosas : exentos de mil ilusiones que la muerte y la eternidad disipan, en cualquiera ocasion que se nos presenta, vemos con mas claridad y prontitud lo que nos aleja de nuestro fin, ó lo que puede facilitarnos el camino ; y desde que lo percibimos no vacilamos en la resolucion formada respecto de lo que nos conviene ó nos daña en el servicio de Dios. Entonces decimos sin dudar : esto me es pernicioso, aquello me es útil ; esto me expondrá, aquello me perderá ; y puesto que me es pernicioso, debo, pues, desecharlo ; y puesto que me es útil, debo, pues, aceptarlo ; y puesto que me expondrá, debo, pues, temerlo ; y puesto que me perderá, debo, pues, huir de ello. Sin la idea de la muerte la consideracion del fin de mi vida solo produciria sobre mí una impresion pasajera, que no me impediria dar en mil escollos y sufrir mil extravíos en el camino, segun la experiencia nos enseña todos los dias. Pero cuando medito en la muerte y en la eternidad, que es su compañera inseparable, la muerte llena mi espíritu y todas las potencias de mi alma, de suerte que ni aun puedo ya distraerme ni separarme del fin benéfico que me espera, y para el cual he sido creado. Así preparado, tengo presente esta idea en todos los proyectos que trazo, en todos los intereses que busco, en todos los derechos que reclamo, y como este fin, aplicado como he dicho, es la regla infalible del mal que debe evitarse y del bien que se debe apetecer, la meditacion de la muerte es para mí, segun la Escritura, un tesoro de prudencia y de inteligencia : *Utinam saperent et intelligerent, ac novissima providerent.* (Deut. xxxii).

18. Y sino ¿por qué los paganos mismos tributaban una especie de culto á los sepulcros de sus antecesores ? ¿Por qué recurrían á ellos como á sus oráculos ? ¿Por qué en los trabajos y asuntos importantes celebraban junto á ellos sus consejos y sus asambleas ? Era una supersticion, es cierto ; pero esta supersticion, observa Clemente Alejandrino, se fundaba en un instinto secreto de razon y de religion ; porque de este modo parecian reconocer que sus consejos no podian ser ni regular ni constantemente sábios

sin el recuerdo y la vista de la muerte. Tal es tambien la razon por que no se reunian en los parajes de regocijo, sino en la mansion del duelo y del llanto; solo allí, como dice Salomon, es donde se representa auténticamente el fin de todos los hombres, y por consiguiente aquel es el sitio mas á propósito para consultar y decidir: *Illic enim finis cunctorum admonetur hominum.* (Eccles. vii). El ejemplo de los gentiles, hermanos mios, es digno de imitarse, rectificándolo y santificándolo con la fe.

19. En efecto, todos los dias, amados oyentes mios, debeis, por decirlo así, aconsejaros de Dios y de vosotros mismos; ya para elegir estado, ya para el gobierno de vuestras familias; ora para saber el uso conveniente que debeis hacer de vuestros bienes, ora para el desempeño de vuestras obligaciones; unas veces para arreglar vuestros placeres, otras para vuestras devociones, y, en fin, para ordenar vuestra propia conducta y la de los demás de quienes sois responsables. ¡Desgraciados de nosotros si lo abandonamos todo á la casualidad, y obramos sin principio ni regla! ¡En vano dirémos que no tenemos suficientes luces para encontrar entre la confusion del siglo el punto fijo é inmóvil de la verdadera sabiduría! Disculpa vana, cristianos, puesto que poseemos el medio mas eficaz para conseguirlo. ¿Quereis una muestra palpable de ello? Haced la indicada prueba, y juzgad por vosotros mismos. Supongamos que se trata de elegir estado: elegidle pensando en que teneis que morir, y veréis si la tentacion y el deseo de elevaros hacen remontar demasiado alto el vuelo de vuestra ambicion. Supongamos que se trata de arreglar el uso de vuestros bienes: arregladlo pensando en que en breve teneis que perderlos, porque será preciso morir muy pronto, y veréis si la sed de oro tiene vuestro corazon aprisionado en los estrechos límites de una insaciable avaricia. Si se os propone una especulacion, una ganancia, una utilidad, examinadla reflexionando que Dios os pedirá cuenta de ella, y que teneis que morir, y veréis si las máximas del mundo os rebelan en lo mas mínimo contra las leyes de la conciencia. Si teneis parte en un negocio ó una diferencia que terminar, proceded en uno y otro caso como quisiérais haber procedido si fuese preciso morir ahora; y veréis si la locura ó el orgullo os hacen olvidar las leyes de la justicia y faltar á los deberes de la caridad. No, cristianos, nada tendréis ya que temer. El pensamiento solo de que debeis morir corregirá vuestros errores, destruirá vuestras preocupaciones, reprimirá vuestros ímpetus, refrenará vuestras

pasiones, y servirá de contrapeso á vuestra ligereza. ¿Y no es esto precisamente lo que en todos tiempos ha dirigido á los Santos por el camino recto de la salvacion, sin extraviarse y sin caer? ¿No es esto lo que les ha impulsado á abrazar vocaciones penosas, humillantes, contrarias á todas las inclinaciones de la naturaleza, y en las cuales solo la gracia de Dios podia mantenerles? Los caminos que debian seguir para no perderse eran otros tantos secretos de predestinacion; pero estos secretos, de otro modo impenetrables, se descubrían sencillamente á su vista desde el momento en que consideraban la muerte. Ellos encontraban peligros y lazos engañosos en el camino que atravesaban, pues los hay por doquiera; pero la imágen de la muerte les libertaba de todos los lazos y de todos los peligros: de nosotros mismos depende el sacar iguales ventajas.

20. Si, pues, no tenemos el suficiente discernimiento para conducirnos bien, y si, faltos de luces, cometemos errores irreparables; si nos comprometemos temerariamente; si elegimos estados para los cuales no nos llama Dios, ó si Dios nos priva de mil gracias que quisiera otorgarnos en otra situacion; si admitimos empleos para los cuales no servimos, y en cuyo desempeño nuestra ignorancia nos hace caer en pecados sin número; si contraemos alianzas que no producen mas que disgustos, amarguras, guerras intestinas, divorcios escandalosos; si nos lanzamos á intrigas que nos causan tristes reveses, y cuyo éxito se convierte en confusion y ruina nuestra; si entramos en sociedades, en planes, en negocios de conciencia, en los cuales casi es imposible encontrar la salvacion (porque vosotros sabéis cuán frecuente es lo que digo, y Dios sabe cuántas almas serán eternamente desgraciadas por haberse entregado sin reflexion y sin juicio); si, digo, todas estas cosas nos suceden, no se lo achaguemos á Dios, cristianos; no culpemos tampoco á nuestra miseria. Dios ya había indicado el remedio; y á pesar de nuestra miseria, la idea de la muerte podia y debía ponernos á cubierto de estos males. Acusemos sí á nuestra infidelidad, que aleja de nosotros este recuerdo tan necesario, como si fuese un objeto repugnante y desagradable, y que por una consecuencia inevitable nos expone á frecuentes extravíos. De ahí nace otra ventaja, que es como una consecuencia de la primera. Porque para discurrir sabiamente es necesario saber evitar las inquietudes, y mucho mas el arrepentimiento y la desesperacion que podrian re-

sultar de nuestras resoluciones, pues que, como dice san Bernardo, lo que debe ser objeto de arrepentimiento no puede ser el consejo de un hombre sensato. ¿Y quién puede producir un efecto tan saludable? ¿Quién puede ponernos en estado de decir, si quere-
remos, á cada momento: tomo un partido de que no me arrepentiré jamás, lo que hago me alegraré eternamente de haberlo hecho? ¿Quién, cristianos? El uso frecuente de lo que yo llamo la ciencia práctica de la muerte. ¿Por qué? ¡Excelente razon de san Agustín! porque la muerte, dice este santo Doctor, siendo el término donde espiran todos los designios de los hombres, es tambien la fuente de su mas doloroso arrepentimiento. Pero el secreto para evitarlo es disponerse ó anticiparse en lo posible la hora de la muerte. ¿Y cómo? Preguntándose cada uno á sí propio: ¿qué es lo que me sucederá despues de mi muerte por lo que ahora hago? Lo que voy á hacer ¿me turbará entonces? ¿me consolará? ¿me inspirará confianza? ¿me causará pesares? ¿Lo aprobaré, lo condenaré? Para cada una de estas preguntas tenemos dentro de nosotros mismos una respuesta general, pero decisiva, á la cual podemos atenernos; y esta respuesta, aplicando aquí la palabra del grande Apóstol, es la respuesta de la muerte: *Et ipsi in nobismetipsis responsum mortis habemus.* (II Cor. 1). Mientras discurrimos segun los principios de la vida, las respuestas que nos damos á nosotros mismos nos mantienen en un desarreglo de conducta que hace que nos arrepintamos ahora de lo que deberia consolarnos, y que aplaudamos lo que deberia afligirnos; pero el pensamiento de la muerte, por una virtud enteramente contraria, y que nos demuestra la experiencia, rectifica, si puede decirse así, todos estos sentimientos; hace que nos alegremos únicamente de lo que debe ser el verdadero objeto de nuestra alegría, y lo será siempre, y solo nos causa dolor y arrepentimiento en aquellas cosas que deben ser el verdadero objeto de nuestro arrepentimiento y de nuestro dolor, y que no lo serán ya en la muerte, despues de haberlo sido en la vida. Apegados á la vida, no concebimos mas que un arrepentimiento pasajero y variable que nos hace condenar hoy lo que aprobarémos mañana; y así resulta que nuestro mismo arrepentimiento no puede inspirarnos la conducta uniforme que caracteriza á la prudencia cristiana. Pero cuando meditamos en la muerte la prevemos, y previéndola nos preparamos por medio del arrepentimiento eterno, cuyo horror, siempre el mismo, no solo es bas-

tante , sino omnipotente, para contener los ímpetus de nuestra alma, y para impedir que la concupiscencia le ciegue y le trastorne; y es conveniente que la prudencia de los justos triunfe de la temeridad de los impíos. Porque, en fin, hermano mio, diré con san Jerónimo á un libertino del siglo, por endurecido que estés en el pecado, por mucha tranquilidad que finjas al cometerlo, tienes la desgracia de no poder volver sobre tí mismo, sin que la voz interior de tu alma diga : Voy á dar un paso que me arrojará en brazos de la mas cruel desesperacion, y que despues de mi muerte quisiera reparar haciendo el sacrificio de mil vidas.

21. Sé muy bien que mientras existe en vosotros sofocais este sentimiento; pero sé tambien que no siempre está en vuestra mano desprenderos de él: sé que esta reflexion se os presenta á pesar vuestro, aun en los momentos en que mas os esforzais por desecharla; sé que os asalta hasta en medio de vuestros palacios, en las diversiones y las alegrías del mundo, en los momentos mas dichosos en apariencia, y que viene á apoderarse de vosotros, á turbaros, y que en el fondo del alma os hace pagar bien cara esa falsa tranquilidad que no consiste mas que en apariencias engañadoras. Pero á mí ¿quién me liberta de estas alarmas y estas agitaciones secretas que me turban? Yo deseo ocuparme en la idea de la muerte, á fin de que un remordimiento punzante é importuno no la excite en mí contra mí. Yo me anticipo en el alma todos los arrepentimientos de la muerte; y en vez de reservarlos para la última hora, me aprovecho de ellos para la hora presente. Yo quiero experimentarlos ahora, para que no me desesperen á la hora de la muerte; esto es, quiero ocuparme ahora continuamente de esta idea: me arrepentiré, á fin de no tenerme que arrepentir despues. Yo digo con el real Profeta : *Circumdederunt me dolores mortis* (Psalm. xvii); los dolores de la muerte, sus castigos, su desesperacion, me han rodeado, me han asaltado por todas partes, y lejos de defenderme hago consistir en ellos mi dicha y mi seguridad. Porque ¿qué mas puedo yo desear que tener en mí lo que me responde de mí mismo, lo que me sirve para arreglar mi viaje, medir mis pasos, descubrir los peligros y evitarlos? ¿Qué puedo temer con esto? Ó con esto ¿qué es lo que no puedo emprender? Idea de la muerte, tú eres el remedio mas soberano para amortiguar el fuego de nuestras pasiones, la regla mas infalible para el acierto en nuestras determinaciones, el motivo, en fin, mas eficaz para ins-

pirarnos un santo fervor en nuestras acciones, como tendré ocasion de explicar en la

Tercera parte.

22. Del fervor de nuestras acciones es de quien depende la santidad de nuestra vida, y la santidad de nuestra vida es quien debe embellecer nuestra muerte en presencia de Dios. Tal es, dice san Juan Crisóstomo, el orden natural que Dios ha establecido para sus escogidos, y del que casi ni aun su providencia puede dispensarnos. Lo que desconcierta, ó, mas bien, lo que trastorna este hermoso orden, es un fondo de cobardía y de tibieza; tibieza altamente reprobada por Dios en la Escritura, tibieza que corrompe nuestras mejores acciones, es decir, aquellas á que estamos obligados por la Religion y por el Cristianismo: de suerte que por buenas que sean en sí mismas, nuestra vida, léjos de santificarse con ellas, muchas veces se hace mas imperfecta y aun mas criminal, terminando, en fin, en una muerte que debe estremecernos, si se las juzga con arreglo á las miras de Dios, y segun el extremado rigor de su soberana justicia. Se trata, cristianos, de combatir esta cobardía, que por sí sola es capaz de perdernos; se trata de vencerla, y esto es lo que el Hijo de María ha querido particularmente enseñarnos, como que en ello, si bien se considera, está resumido todo su Evangelio. Porque ¿cuál fue la mision de Jesucristo en la tierra? Encender en el corazon de los hombres el fuego de la caridad y el celo de las buenas obras: *Ignem veni mittere in terram.* (Luc. xii). Tal fue el objeto de su mision. De cuantos medios nos pudiera proponer, y, en efecto, nos ha propuesto, para excitar este fervor y para encender este fuego celeste, los dos mas eficaces son sin duda la proximidad y la incertidumbre de la muerte; proximidad de la muerte, que se ha esforzado, por decirlo así, en hacernos sentir como el aguijon mas activo y mas poderoso para impresionarnos. Incertidumbre de la muerte, que tantas veces nos ha representado como el objeto de nuestra vigilancia y de una constante atencion; hé ahí los dos medios á que este divino Maestro ha referido todas sus adorables instrucciones, y que sirven para despertar nuestro ardor y animarnos á practicar todo el bien que su gracia nos inspira.

23. Sí, cristianos, es necesario trabajar, y trabajar con ese celo que debe ser el alma de todas nuestras acciones, porque nos acercamos á nuestro término; primer motivo que confunde nuestra

cobardía. Caminad, decia el Salvador del mundo, mientras que la luz os alumbre: ¿por qué? porque ya se acerca la noche en que nadie puede trabajar. Velad: ¿por qué? porque el Hijo del Hombre, á quien esperais, está ya á la puerta. Negociad y emplead bien los *talentos* que teneis en la mano: ¿por qué? porque el Señor que os los ha confiado está á punto de regresar y de pedirlos cuenta de ellos. Tened las lámparas encendidas: ¿por qué? porque se acerca el Esposo. Apresuraos á llevar frutos: ¿por qué? porque está próxima la época de la recoleccion. ¿Qué queria Jesús darnos á entender con esto? ¡Ah, cristianos! estas parábolas, por misteriosas que sean, se explican suficientemente por sí mismas, y nos demuestran, á pesar nuestro, nuestra locura, cuando figurándonos la muerte en una lejanía imaginaria, aunque, segun la Escritura, no distemos de ella mas que un punto, nos creemos con el derecho de abandonar la práctica de nuestros deberes, porque tal es nuestra ceguedad; y hé ahí el error de que Jesucristo quiere sacarnos. El viaje que él nos ordena no es otra cosa que el progreso en el camino de la salvacion, *ambulate* (Joan. xii); la vigilancia es el cuidado de nosotros mismos, *vigilate* (Luc. xxi); el negocio es el buen uso del tiempo, *negotiamini* (Id. xix); las lámparas encendidas, la edificacion de una vida ejemplar, *luceat lux vestra coram hominibus* (Matth. v); los frutos son las obras de penitencia y de santificacion: *Facite fructus dignos penitentiae* (Luc. iii); y el día de la recoleccion, el regreso del Señor, la llegada del Esposo y la noche que se acerca, no eran en el lenguaje ordinario del Hijo de Dios mas que los símbolos, pero los símbolos naturales, de una muerte próxima, como si Jesucristo no nos hubiese declarado que su sabiduría, aunque infinita, no le suministraba nada mas á propósito para abrasarnos en un santo celo, y para sacarnos de una vida tibia y lánguida que la proximidad de la muerte.

24. En efecto, cristianos, aun cuando viviésemos siglos enteros, aun cuando Dios, por motivos de severidad ó de bondad, nos dejase permanecer en la tierra por espacio de tanto tiempo como los primeros patriarcas fundadores del mundo, todavía tendríamos razones para acusar nuestro abandono. Por lejana que estuviese la muerte, cada una de nuestras acciones, correspondiendo siempre á la eternidad, siendo siempre objeto del juicio de Dios, pudiendo siempre proporcionarnos una gloria inmortal, convendria que fuese siempre digna de Dios, pues que Dios debe siempre ser correspondido como Dios; convendria siempre que fuese digna de la re-

compensa que esperamos de Dios; y ¡desgraciados de nosotros, si despreciásemos entonces tambien un tiempo tan precioso, y trabajásemos, como dice la Escritura, perezosamente en la obra del Señor! Pero estar pronto á comparecer delante de Dios, y pasar ociosa y tranquila la vida; estar tocando á un término en el cual ya nada se puede hacer, y no redoblar nuestra actividad; tener ya la muerte al lado, morir como el Apóstol á cada momento: *Quotidie morior* (I Cor. xv), y no apresurarse para llegar á la santidad por el camino corto y abreviado de una vida religiosa; esto, amados oyentes míos, solo es capaz de hacerlo ó una estupidez grosera, ó una infidelidad consumada, ó al menos comenzada. Tal es, no obstante, nuestro estado; estado, por cierto, el mas deplorable. ¡Ah, cristianos! Jesucristo nos dice bien terminantemente: *Ecce venio cito*; héme aquí que llego: *Mercēs mea mecum est* (Apoc. xxii); traigo conmigo mi recompensa para dar á cada uno segun sus obras. Meditad bien estas palabras. No dice «yo vendré,» ni «me dispongo á venir;» sino «yo vengo:» *Ecce venio*; «y vengo al momento:» *Ecce venio cito*. Apresúrate, pues, dice el Señor dirigiéndose á una alma perezosa é indolente; apresúrate á recoger los despojos, á hacer un rico botin de tantas acciones virtuosas como omites, como descuidas, y cuyo mérito pierdes: *Accelera spolia detrahēre, festina prædari*. (Isai. viii). Dios, digo, así en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, por sí mismo, por sus Profetas y por sus sacerdotes nos habla de igual suerte, nos anima de la misma manera; y siempre sordos á los avisos que os da y hace que os den, proseguís en el mismo estado de inercia y de languidez. ¿Por qué? Porque nunca habeis considerado la brevedad de la vida.

23. Porque, en fin, si todos nosotros, hermanos míos, estuviésemos bien convencidos de que ya no nos restan mas que unos pocos días; si repitiésemos frecuentemente con san Pablo, però de modo que estuviésemos bien llenos de este pensamiento: *Ego enim jam delibor, et tempus resolutionis meæ instat* (II Timoth. iv): soy como la víctima que va á ser inmolada, y que ha recibido la aspersión para el sacrificio; el tiempo de mi última disolucion se acerca, y me parece que ya estoy en él; si, por medio de un Ángel, Dios nos anunciara que este dia será mañana, ¿qué haríamos? ó mas bien ¿qué dejaríamos de hacer? Esta sola idea que os propongo, y que en suma no es mas que una suposición, aunque suposición, tiene, sin embargo, en el momento en que os hablo, no sé qué que nos conmueve, que nos hiero, que nos anima. En el caso supuesto, lo

haríamos todo; y, haciéndolo todo, aun lloraríamos por lo poco que haríamos. Léjos de entibiarse nuestro ardor, lo redoblaríamos, y hasta seria preciso moderarnos: no habria para nosotros ni diversiones, ni placeres, ni juegos que nos perdiesen; ni espectáculo, ni amistad, ni sociedades que nos atrajesen; ni esperanza, ni interés que nos arrastrasen; ni pasion, ni lazo, ni compromiso que nos sujetasen. Enteramente recogidos, y como abismados en nosotros mismos, ó, por mejor decir, enteramente recogidos y como abismados en Dios, muertos para el mundo y todos sus bienes, para todas las vanidades y placeres de la tierra, nuestros pensamientos solo serian ya para Dios, nuestros descos para Dios, nuestra existencia para Dios; le dedicaríamos todo el tiempo, y no ejecutaríamos ninguna accion que no estuviese santificada por el mérito mas acrisolado y por la caridad mas ardiente. Y á la manera que un cuerpo, á medida que vuelve á su centro, acelera su movimiento, así cuanto mas avanzásemos nosotros hácia nuestro término, mas sentiríamos aumentarse nuestra actividad y nuestro celo. Tal es el milagro visible que obraria la presencia de la muerte. ¿Y por qué no lo hace ahora mismo? ¿No se explica Jesucristo en términos bastante claros? ¿Y la palabra de un Dios tiene menos eficacia que la palabra de un Ángel?

26. ¿Quereis saber, cristianos, cómo habla, y sobre todo cómo se conduce un hombre que mira la muerte de cerca, y que medita en ella? Oid al santo rey Ezequías, é imitad su ejemplo. Yo he dicho, exclamaba profundamente humillado delante de Dios, yo he dicho en medio de mi carrera: camino á las puertas del infierno, esto es, segun el lenguaje del Espíritu Santo, á las puertas de la muerte: *Ego dixi in dimidio dierum meorum: vadam ad portas inferi* (Isai. XXXVIII): yo he contado el número de mis años: *Quasivi residuum annorum meorum* (Ibid.); y he conocido que muy pronto debia abandonar la terrestre morada, para ser trasladado á otra parte, como se transporta la tienda de un pastor de un campo á otro: *Generatio mea ablata est à me, quasi tabernaculum pastorum* (Ibid.): he conocido que por un decreto á que tengo que someterme el hilo de mis dias iba á ser cortado como una tela medio tejida: *Præcisa est velut à texente vita mea* (Ibid.), que de la noche á la mañana me sucederia esto, y que, habiéndose pronunciado mi sentencia en el consejo de Dios, su ejecucion no podia retardarse mucho tiempo: *De mane usque ad vesperam finies me.* (Ibid.). Y de estos principios así establecidos (porque eran, en efecto, observa

san Ambrosio, otros tantos principios) ¿qué consecuencias deducia el santo Rey? ¿qué conclusiones prácticas para la reforma de su vida? Conclusiones admirables; y no puedo daros un modelo mas bello. ¡Ah Señor! proseguia el santo Rey, por esto yo clamaré sin cesar por Vos, como el polluelo de una golondrina que pide alimento: *Sicut pullus hirundinis, sic clamabo* (Ibid.): hé ahí el fervor de su ruego. Por esto yo gemiré como la paloma, y me aplicaré dia y noche á meditar la profundidad de vuestros juicios: *Meditabor ut columba* (Ibid.): hé ahí el fervor de su oracion. Por esto mis ojos se han debilitado de tanto mirar hácia arriba, de donde esperaba todo mi consuelo, donde buscaba mi único bien: *Attenuati sunt oculi mei suspicientes in excelsum* (Ibid.): hé ahí el fervor de su confianza. Por esto resisto á las mas violentas tentaciones que me combaten; y para no sucumbir á ellas, conociendo el poder de vuestra gracia, os pido que combatais y respondais por mí: *Domine, vim patior, responde pro me* (Ibid.): hé ahí el fervor de su fe. Por esto pasaré todos los dias de mi vida, delante de Vos, en la amargura de mi alma: *Recogitabo tibi annos meos in amaritudine animæ meæ* (Ibid.): hé ahí el fervor de su penitencia. Porque yo sé ¡oh Dios mio! que no son ni el infierno ni la muerte los que cantan vuestras alabanzas: *Quia non infernus confitebitur tibi, neque mors laudabit te* (Ibid.): es decir, segun la expresion de san Jerónimo, yo sé que no son los moribundos los que os glorifican, ni los que pueden glorificaros con sus obras; ¿quiénes, pues? los que viven, Señor, pero los que viven tan determinados como yo á hacer de esta persuasion la regla de todas sus acciones: *Vivens, vivens, ipse confitebitur tibi, sicut et ego hodie*. (Isai. xxxviii). Así habla aquel religioso Monarca; y él nos enseña, cristianos, este método tan sólido, tan conocido de los Santos, y tan poco practicado entre nosotros, pero tan practicable, sin embargo, y del que depende la santificacion de nuestra vida; esto es, á ejecutar todas nuestras acciones como si cada una de ellas fuera la última, y debiera seguirle la muerte. Suplicar como suplicaria á la hora de la muerte; examinar mi conciencia como la examinaria á la hora de la muerte; llorar mis pecados como los lloraria á la hora de la muerte; confesarlos como los confesaria á la hora de la muerte; recibir el sacramento de Jesucristo como lo recibiria á la hora de la muerte; hé ahí los medios para corregir nuestra tibieza y nuestra cobardía, para vivificar todas nuestras obras con el recuerdo mismo de la muerte y de su proximidad.

27. Yo no sé si la muerte está cerca ó léjos de mí, es cierto, amados oyentes míos; pero ¿qué consecuencias se deducen de esto? ¿Porque ignoréis la hora y el día de vuestra muerte, seréis menos activos, menos celosos, os interesaréis menos en la observancia de vuestros deberes? y esta incertidumbre, que quizás os sirve de pretexto para justificar vuestra inercia, ¿no es, por el contrario, una nueva razon para condenarla? Y sino ¿por qué el Salvador del mundo nos ordena que velemos? No es solo porque la muerte se acerca, sino porque es incierta, es decir, porque ignoramos el día y hora en que vendrá: *Quia nescitis diem, neque horam.* (Matth. xxv). ¡Ah, cristianos! Jesucristo hubiera sin duda razonado mal, si la incertidumbre de la muerte autorizase en algun modo nuestra tibieza y nuestra cobardía. Pero precisamente en este punto es donde san Agustin ha admirado la sabiduría de Dios, que nos ha ocultado el día de nuestra muerte para hacernos emplear útil y santamente todos los días de nuestra vida: *Latet ultimus dies, ut observentur omnes dies.* (August.).

28. En efecto, si supiésemos precisamente el día y la hora en que hemos de morir, no haríamos penitencia ni ejercicios de piedad durante la vida; lo dejaríamos todo para el último año, y en el último año para el último mes, y en el último mes para la última semana, y en la última semana para el último día, y en el último día para la última hora ó para el postrer instante. Pero ya no habria salvacion posible, porque el momento de la muerte no es el tiempo de las buenas obras ni el tiempo de la penitencia, y sin embargo nadie puede salvarse si no es por medio de la penitencia y de las buenas obras. Pero Dios, con una mira igualmente sabia y misericordiosa, nos mantiene en una incertidumbre absoluta respecto del último instante, á fin de que estemos siempre preparados; porque ¿qué pensamiento puede recordárnoslo sin cesar mejor que este: quizás este día será mi último día; tal vez despues de esta confesion, tal vez despues de esta conversacion, tal vez despues de este trabajo la muerte vendrá de improviso á arrebatarme del mundo para conducirme á la presencia de Dios? Cuando en todas las acciones se tiene presente esta idea, cuando se la conserva profundamente impresa en la memoria, léjos de abandonarse y de abatirse, no hay ya nada que detenga, nada que acobarde, nada que no se emprenda, nada que no se sostenga, nada que no se consiga. Se hace uno laborioso (¡bella pintura de una vida ferviente que el Apóstol mismo nos ha trazado!), se hace uno, digo,

laborioso y aplicado, *sollicitudine non pigri* (Rom. XII); activo y enérgico, *spiritu ferventes* (Ibid.); infatigable en el servicio del Señor, *Domino servientes* (Ibid.); se retira uno del mundo y atiende únicamente á las cosas del cielo, *spe gaudentes* (Ibid.); es uno sufrido en los males, *in tribulatione patientes* (Ibid.); dado á la oracion, *oratione instantes* (Ibid.); caritativo con el prójimo, y siempre se halla dispuesto á ejercer la misericordia, *necessitatibus Sanctorum communicantes, hospitalitatem sectantes* (Ibid.); es igualmente fiel á todo lo que se debe á Dios, á todo lo que se debe al prójimo y á todo lo que se debe uno á sí mismo, *providentes bona, non tantum coram Deo, sed etiam coram omnibus hominibus*. (Ibid.).

29. Digamos alguna cosa mas urgente aun, y mas conveniente respecto de lo que Dios exige, sobre todo, de nosotros en el santo tiempo en que entramos. Este es un tiempo de penitencia; y la grande accion de nuestra vida, siendo pecadores como somos, es nuestra vuelta á Dios, es una sincera y perfecta conversion á Dios. ¿Y no es en esto precisamente en lo que nos sentimos mas débiles, en lo que parecemos mas remisos y mas irresolutos? Se trata de decidrnos á romper nuestras cadenas por medio de un generoso esfuerzo; se trata de inspirarnos ese fervor cristiano que eleva al alma, que la arranca al mundo y á sí misma, que no le permite la menor dilacion, y hé ahí lo que debe hacer la incertidumbre de la muerte. Porque, decidme, pecadores, ¿á qué cosa seréis sensibles, si no lo sois al peligro terrible á que ella os expone? Morid en el pecado, y estais perdidos, y perdidos sin remedio; pero en tanto que permanecéis en ella, ¿no podeis morir? ¿no podeis morir en ella á cada instante, puesto que nada hay mas incierto para vosotros y para mí que la muerte?

30. He dicho mal, cristianos: algo hay de cierto para nosotros en la muerte, y es que nos cogerá de improviso. El Salvador del mundo no se contentó con decir: Velad, porque no sabeis el dia ni la hora en que vendrá el Hijo del Hombre; y no le bastó decir esto, sino que ha añadido expresamente: Velad, porque el Hijo del Hombre vendrá cuando menos lo penseis. ¿Hay nada mas formal que esta palabra? Y la infalibilidad de esta palabra ¿no redobla tambien mi crimen cuando vivo tranquilamente en mi pecado, y descuido mi conversion? Si el divino Maestro no hubiese dicho mas sino que el tiempo de la muerte es incierto, tal vez seria yo menos culpable. Puesto que es incierto, diria, no he perdido totalmente el derecho de esperar; soy un temerario, es verdad, en

querer arriesgarme á esto; pero, en fin, mi temeridad no destruye absolutamente mi confianza. Puedo ser sorprendido, pero puedo no serlo; y en la conducta que observo, por ciega que sea, tengo al menos algun pretexto aun. Así discurriría. Pero despues de la palabra de Jesucristo no me es permitido discurrir de ese modo, y debo esperar morir cuando menos lo piense; el Hijo de Dios me ha hecho conocer, por lo mismo, esta hora fatal. Todo lo que sé de una manera indubitable es que el dia de mi muerte será para mí un dia engañador: *Qua hora non putatis*. (Luc. xii). Despues de lo dicho ¿no es preciso que yo mismo haya jurado mi perdicion, si en el desórden en que vivo, y viéndome expuesto á toda la cólera y á todas las venganzas de mi Dios, no tomo sábias y prontas medidas para volver á su gracia, y para evitar con la penitencia el golpe con que tan claramente y tantas veces me ha amenazado? ¿Y habeis hecho nunca, cristianos, no digo toda la reflexion necesaria, sino alguna reflexion? En el momento en que os estoy hablando de la muerte, ¿pensais en la muerte, pensais bien y atenta y cristianamente en ella? ¿Pensais en ella eficazmente? Y si no pensais en ella, ¿en qué pensais? Y si no pensais en este instante, ¿cuándo pensaréis, ó quién pensará nunca en ella por vosotros? ¡Dichoso el que piensa en ella durante su vida! Así es como la muerte, que es el castigo del pecado, será para nosotros el remedio de este. La muerte ha entrado en el mundo por el pecado; pero si la consideramos como los Santos, si meditamos en ella como los Santos, ella nos llevará como á ellos por la gracia á la eternidad dichosa que os deseo, etc.

SERMON

SOBRE LAS TENTACIONES.

*Ductus est Jesus in desertum à Spiritu,
ut tentaretur à diabolo. Et cum jejunasset
quadraginta diebus et quadraginta nocti-
bus, postea esuriit. (Matth. iv).*

Jesús fue conducido por el Espíritu al desierto, para que le tentase el diablo. Y habiendo ayunado cuarenta dias y cuarenta noches, se sintió atormentado del hambre.

1. ¿No es ciertamente admirable que el Hijo de Dios que, como dice san Juan, no descendió á la tierra sino para destruir las obras del demonio, haya querido experimentarlas en sí mismo, y exponerse á las asechanzas de aquel espíritu tentador? Sí, hermanos míos; pero cuatro grandes razones tuvo Jesucristo, segun san Agustín, para hacerlo, y todas ellas se las dictó el interés que se tomaba por nosotros. Éramos demasiado frágiles y débiles para resistir á la tentacion, y quiso fortificarnos; éramos harto tímidos y cobardes, y quiso animarnos; éramos demasiado imprudentes y temerarios, y quiso enseñarnos á precavernos de nosotros mismos; carecíamos de experiencia, estábamos muy poco versados en el arte de combatir á nuestro comun enemigo, y quiso instruirnos en este difícil arte.

2. Ahora bien, eso es lo que el Hijo de Dios hace hoy de una manera admirable. Porque, segun la idea y las palabras de san Gregorio, nos ha hecho mas fuertes, venciendo nuestras tentaciones con las suyas, como ha vencido con su muerte la nuestra: *Justum quippe erat, ut tentatus nostras tentationes suis vinceret, quemadmodum mortem nostram venerat sua morte superare.* (Greg.). Nos ha hecho mas valerosos y atrevidos, animándonos con su ejemplo; puesto que nada, en efecto, debe animarnos mas que el ejemplo de un Hombre-Dios, nuestro soberano Pontífice, probado por todos los medios, segun las palabras de san Pablo: *Tentatus autem per omnia.* (Hebr. c. iv). Nos ha hecho mas circunspectos y vigilantes, enseñándonos que nadie debe creerse seguro, cuando él mismo, el Santo de los Santos, no está libre de la tentacion. Finalmente, nos ha hecho mas

hábilés é inteligentes, indicándonos las armas que debemos usar para defendernos, y dictándonos las reglas de esta milicia espiritual.

3. Semejante á un gran rey que, para rechazar á los enemigos de sus Estados y destruir sus ligas, no se contenta con expedir órdenes y organizar tropas, sino que se presenta el primero á la cabeza de sus ejércitos, los sostiene con su presencia, los conduce con su sabiduría, los anima con su valor, y, á pesar de los obstáculos y los peligros, les asegura siempre la victoria. Y si el ejemplo de un rey tiene ¡oh cristianos! tanta fuerza, tanta influencia, como no ignorais y como mas de una vez habeis visto vosotros mismos, ¿qué no hará el ejemplo de un Dios? Hé aquí uno de los puntos mas importantes que pueden tratarse en el púlpito, y de los que piden también mas reflexion y detenimiento. Entre tantas y tan preciosas lecciones como nos da Jesucristo en el Evangelio de este dia sobre la manera como hemos de gobernarnos en la tentacion, he elegido dos que se desprenden de las palabras de mi texto: la primera es, que aquel divino Maestro no fué al desierto, donde le tentó el demonio, sino por inspiracion del Espíritu de Dios: *Ductus est in desertum à Spiritu ut tentaretur*; y la segunda, que no fue tentado sino despues de haberse fortalecido con el ayuno y la mortificacion de los sentidos: *Et cum jejunasset quadraginta diebus et quadraginta noctibus, accessit tentator*. De aquí deduciré dos consecuencias, ambas sumamente útiles y necesarias. Implorernos, etc.: *Ave María*.

4. De cualquier modo que Diós haya dispuesto, en el consejo de su sabiduría, lo que se refiere á esa preparacion de gracias, que san Agustín llama predestinacion, tres cosas son evidentes é incontestables en los principios de la fe, á saber: que para vencer la tentacion es necesario el auxilio de la gracia; que no hay tentacion que no pueda ser vencida por la gracia, y, finalmente, que Dios, por un compromiso de fidelidad, nunca deja de fortificarnos con su gracia en las tentaciones.

5. Sin la gracia no podemos vencer la tentacion; este es un artículo establecido contra el error pelagiano. Y cuando digo vencer, hablo de esa victoria santa de que hablaba también el Apóstol, cuando decia: *Qui legitime certaverit* (II Timoth. II); de esa victoria que es un efecto del espíritu cristiano, que tiene su mérito para con Dios, y por la que el hombre debe ser un dia recompensado y coronado en el cielo. Porque el vencer una tentacion por medio de otra tentacion, un vicio por medio de otro vicio, un pecado por medio de otro pecado, el dominar la venganza por el interés, el interés por

el placer, el placer por la ambicion, esas son virtudes y victorias del mundo en que no tiene parte alguna la gracia. Pero el resistir á todas estas tentaciones, el vencer al mundo mismo por Dios, hé aquí la victoria de la gracia y de nuestra fe : *Et hæc est victoria quæ vincit mundum, fides nostra.* (I Joan. v).

6. No hay tentacion que no pueda ser vencida por la gracia : otra máxima esencial en la Religion, como lo demuestra con una razon ingeniosa el predilecto discípulo san Juan, cuando dice, dirigiéndose á los fieles : El que está en vosotros por su gracia es mucho mas fuerte que el que está en el mundo y reina en él en calidad de príncipe del mundo : *Vicistis eum, quoniam major est qui in vobis est, quam qui in mundo.* (I Joan. iv). Seria, pues, hacer una injuria á Dios el creer que la tentacion es invencible, y decir lo que solemos decir, sin embargo : Yo no puedo resistir á tal pasion ; yo no puedo vencer tal inclinacion ó costumbre. Estas, segun san Bernardo, son palabras de infidelidad mas bien que de debilidad ; ¿y por qué? porque al hablar así, ó no contamos mas que con nuestras propias fuerzas, y entonces la proposicion es cierta, pero cometemos una infidelidad, separando nuestras fuerzas de las de Dios, ó contamos tambien con la gracia y el auxilio de Dios, y en este sentido la proposicion es, no solamente falsa, sino herética ; porque es de fe que con la ayuda de Dios lo podemos todo : *Omnia possum in eo qui me confortat.* (Philip. iv).

7. Pero ¿tenemos siempre ese auxilio de Dios en las tentaciones? Eso es lo que me resta explicaros, y lo que formará el fondo de mi discurso, en el cual me atrevo á decir que, sin ofuscar vuestra inteligencia ni aventurar nada que no sea para vuestra edificacion, he de daros el esclarecimiento de lo mas importante y sólido que hay en materia de gracia. Sí, cristianos, es tambien de fe que Dios no permite nunca que seamos tentados mas de lo que podemos resistir : *Fidelis Deus, qui non patietur vos tentari supra id quod potestis.* (I Cor. x). Luego es evidente que no tenemos este poder sino por la gracia, y que nunca nos falta la gracia de Dios, no solo para vencer las tentaciones, sino para aprovecharnos de ellas : *Sed faciet cum tentatione proventum.* (I Cor. x). Así se expresa san Pablo, y no podemos dudarle, á no ser tan ciegos que concibamos un Dios sin misericordia y sin providencia. Pero aunque esto sea así, hay un error muy generalizado en el dia, y que se advierte en la conducta de la mayor parte de los hombres, y es el creer que la gracia se nos concede siempre tal como la queremos y en el momento

en que la deseamos. Error cuyas consecuencias son muy perniciosas, y del que me ha parecido importante desengañaros. Para haceros comprender mi propósito, distingo dos clases de tentaciones, voluntarias é involuntarias: unas que buscamos nosotros mismos contra los mandatos de Dios, y otras en que nos empeñamos por una especie de necesidad inherente á nuestra condicion. Digo, pues, que en las primeras no debemos esperar el auxilio de Dios, si no evitamos las ocasiones; y que para esto no debemos prometernos una gracia de combate, sino de fuga: esta será la primera parte de mi discurso. En las otras sostengo que en vano obtendremos una gracia de combate, si no estamos resueltos á combatir nosotros, valiéndonos principalmente para ello, como lo hizo Jesucristo, de la mortificacion de la carne: esta será la segunda parte de mi discurso. Una y otra contienen saludables consejos.

Primera parte.

8. Cualquiera que pueda ser, y sea en efecto, nuestra obligacion de exponer algunas veces la vida, es una verdad incontestable, fundada en la primera ley de la caridad que nos debemos á nosotros mismos, que jamás nos es lícito exponer nuestra salvacion; ahora bien, es evidente que la exponemos, y por lo tanto que pecamos tantas veces cuantas buscamos temerariamente la tentacion. Me explicaré. Todo el mundo tiene, ya sea en sí mismo, ó ya en lo que le rodea, motivos de tentaciones que le son propios: en sí mismo, sus pasiones y sus hábitos; en lo que le rodea, objetos y ocasiones de que nadie puede librarse, y que son, con relacion á sí mismo, otros tantos principios de pecado. Porque puede decirse muy bien de la tentacion lo que san Pablo decía de la gracia: que así como hay una multitud de gracias é inspiraciones que proceden todas del mismo espíritu de santidad, y de las cuales Dios, que influye en nosotros, se sirve, aunque indistintamente, para convertirnos y salvarnos, así tambien hay muchas tentaciones que el espíritu de iniquidad nos suscita para corrompernos y perdernos. No ignoramos nosotros cuál es el flaco por donde nos ataca mas comunmente; y por poco que observemos nuestra conducta, fácilmente distinguiremos, no solo la tentacion que predomina en nosotros, sino las circunstancias que la hacen mas peligrosa. Porque, como advierte muy bien san Juan Crisóstomo, lo que es tentacion para uno no lo es para otro; lo que es ocasion de pecado para este puede no te-

ner peligro alguno para aquel; y tal hay á quien no turbarán ni conmoverán los mayores escándalos del mundo, y, sin embargo, una bagatela, si me es permitido decirlo así, le hará desgraciadamente pecar, por la disposicion particular en que se halla. El conocer y no huir del peligro es lo que yo llamo exponerse á la tentacion contra el mandato de Dios; y sostengo que en tal caso no debe un cristiano esperar de Dios los auxilios de gracia preparados para combatir á la tentacion y vencerla. No, no hay entonces derecho para pedir á Dios esos auxilios, ni aun para aguardarlos; y no temo añadir que, aun cuando se le pidan, Dios, segun el curso de su providencia ordinaria, está resueltamente decidido á negarlos. ¿Qué mayor argumento puedo presentar á esas almas presuntuosas para hacerles ver el desórden de su conducta y entrar en las santas vias de la prudencia de los justos?

9. No, cristianos, todo aquel que, temerariamente y contra el mandato de Dios, busca la tentacion, no debe contar con esas gracias de proteccion y defensa, de resistencia y combate, tan necesarias para sostenernos. ¿Con qué título las pretenderia, ó se las pediria á Dios? ¿Á título de justicia? Entonces no serian ya gracias, no serian dones de Dios, puesto que Dios los debia. ¿Á título de fidelidad? Dios no los ha prometido nunca. ¿Por ventura á título de misericordia? El interesado crea con su presuncion un obstáculo voluntario para conseguirlos, y se hace completamente indigno de la misericordia divina. Vedle, pues, mientras se halla en este estado, y quiere permanecer en él, sin los auxilios de Dios, y privado de todos sus derechos á la gracia, entendiendo por tal esa gracia de que nos habla san Agustin, y que él llama victoriosa, porque por ella es por la que triunfamos de las tentaciones.

10. Digo mas: no solo no puede presumir entonces el hombre que Dios le otorgue esa gracia victoriosa, sino que debe estar seguro de que no se la dará. ¿Por qué? porque Dios mismo lo ha manifestado así, y no hay verdad mas claramente consignada en la Escritura que la de que Dios, para castigar la temeridad del pecador, le abandona y le entrega á la corrupcion de sus deseos. Y no se me diga que Dios es fiel, y que la fidelidad de Dios, segun san Pablo, consiste en no permitir nunca que seamos tentados mas de lo que pueden resistir nuestras fuerzas. Dios es fiel, cierto; pero son dos cosas muy diferentes el no permitir tentaciones superiores á nuestras fuerzas y el darnos las fuerzas que nos plazcan cuando nosotros mismos buscamos la tentacion. Lo uno no es consecuencia de lo

otro; y Dios, sin perjuicio de su fidelidad, puede muy bien rehusarnos lo que no tenemos derecho alguno á esperar. Dios es fiel en sus promesas; pero ¿cuándo y cómo nos ha prometido auxiliar en las tentaciones á aquel que busca la tentacion? Para discurrir con justicia, y segun los principios de la fe, seria preciso volver la proposicion y concluir de éste modo: Dios es fiel, es asimismo infalible en sus palabras; luego abandonará en la tentacion á todo aquel que se exponga á ella, puesto que ha dado su palabra de hacerlo así, y nos lo ha dicho en términos inequívocos. Además la fidelidad de Dios no está menos interesada en realizar esta terrible amenaza: Todo el que busque el peligro perecerá en él: *Qui amat periculum, in illo peribit* (Eccles. iii), que en cumplirnos esta consoladora promesa: El Señor es fiel, y jamás dejará que seamos tentados mas de lo que podemos serlo: *Fidelis Deus, qui non patietur vos tentari supra id quod potestis*.

11. Pero, prescindiendo ya de las promesas y amenazas de Dios, voy á tratar la cuestion en sí misma. Y á la verdad, amados oyentes míos, aquel que temerariamente y con pleno conocimiento se expone á la tentacion, que busca por su propia voluntad la causa y el principio de la tentacion misma, ¿tiene derecho á implorar y esperar auxilio del cielo? Si fuese el interés de mi gloria, podria responderle Dios, si fuese un deber de necesidad, un motivo de caridad, el acaso tal vez ó una sorpresa lo que te hubiera movido á dar ese paso resbaladizo, entonces no te faltaria mi providencia, y hasta seria capaz de hacer un milagro para sostenerte. Y en efecto, hermanos míos, cuando, para tentar la virtud de las vírgenes cristianas, se las ponía en otro tiempo en lugares de prostitucion y de escándalo, la gracia de Dios las seguía á ellos. Cuando los Profetas, para cumplir con su ministerio, se presentaban en las cortes de los príncipes idólatras, la gracia de Dios los acompañaba. Cuando los cenobitas, obedeciendo la voz y la inspiracion divina, salian de sus desiertos y entraban en las mas desenfrenadas ciudades para exhortar al pueblo á la penitencia, la gracia de Dios iba por todas partes con ellos. Esa gracia combatia en sus almas y por sus almas; ella alcanzaba brillantes y gloriosas victorias, porque Dios mismo, tutor y defensor de la salvacion de aquellos bienaventurados, los conducia poniéndolos á prueba de todos los peligros. Pero hoy, por motivos muy diferentes, os entregais vosotros mismos á cuanto hay en el mundo de mas pernicioso y mas á propósito para pervertiros. Hoy, para satisfacer vuestras inclinaciones, frecuentais compañías

entregadas al libertinaje, cultivais amistades escandalosas, y hablais un lenguaje cuya licencia corromperia, si posible fuese, á los mismos Ángeles. Hoy, por compromisos, ya de pasion, ó ya de debilidad, sufrís á vuestro lado á personas contagiosas, á demonios domésticos, siempre atentos á seduciros é inspiraros el veneno que llevan en sus almas. Hoy, para proporcionaros un vano placer, asistís á espectáculos y reuniones capaces de hacer en vuestro corazon las impresiones mas mortales. Hoy, para satisfacer una maldita curiosidad, leéis sin distincion los libros mas profanos, mas lascivos é impíos. Hoy, mujer mundana, por una funesta vanidad de tu sexo, no piensas mas que en presentarte en todas partes y ser en todas partes aplaudida, en ver y ser vista del mundo, en brillar en las tertulias, en adornarte con toda la gala y el artificio de un lujo afectado; y aun, en tal disposicion de ánimo, te lisonjeas de que Dios será tu sosten y tu apoyo. Empero yo te digo que apartará su brazo de tí, que te dejará caer; y que aun cuando, por miras exclusivamente humanas, pudieras librarte de lo que el mundo mismo condena y considera como el último crimen, no te librarías de otras faltas menos notadas, pero siempre mortales para la salvacion de tu alma. Yo te digo que esas gracias en que fundas tu esperanza no han sido destinadas por Dios para justificarte en tales circunstancias, y que no las tendrás mientras vivas en el desórden y en la crápula. Hé aquí lo que sostengo como una de las máximas mas incontestables y sólidamente autorizadas por las tres grandes reglas de las costumbres, la experiencia, la razon y la fe; hé aquí á lo que debemos todos atenernos en la conducta y el plan de nuestra vida.

12. ¡Ah! hermanos míos, dice san Bernardo, si fuese verdad, como quereis persuadiros, que Dios por su parte está siempre igualmente dispuesto á defendernos y á combatir por nosotros, no solo cuando, á pesar de sus mandatos, nos exponemos al peligro, sino tambien cuando este nos sorprende sin culpa nuestra, seria preciso concluir que los Santos tomaron medidas innecesarias y precauciones inútiles. Aquellos hombres tan célebres por su santidad, y á quienes se nos propone por modelos, aquellos hombres tan consumados en la ciencia de la salvacion la hubieran entendido muy mal, si la gracia se concediese indistintamente al que ama las tentaciones y al que las teme, al que las busca y se complace en ellas, y al que las huye. En vano, en vano seria que se hubieran alejado del comercio del mundo y encerrado en santos retiros, si en ese mismo

comercio, si en el trato mas corrompido hubiesen estado igualmente seguros de Dios y de su proteccion omnipotente.

13. ¿Por qué san Jerónimo tenia tanto horror á las pompas del siglo, por qué se turbaba, como confiesa él mismo, al solo recuerdo de lo que habia visto en Roma? Nadie le impedia abandonar su soledad y volver á sus antiguas reuniones; ningun temor podia tener de entrar en sus antiguos círculos. ¿Por qué aquel gran maestro de la vida espiritual, aquel doctor tan sábio y tan ilustrado obligaba á la santa vírgen Eustoquia á abstenerse para siempre de ciertas licencias que comunmente no causan el menor escrúpulo, tales como las citas ocultas, las visitas frecuentes, las palabras embozadas y de doble sentido, las dulces y misteriosas cartas, las demostraciones de ternura y los favores de una amistad naciente? ¿Por qué, digo, le prohibia todo esto como si fuera un crimen? ¿Por qué le daba á conocer sus consecuencias, si sabia que Dios nos ha provisto á todos de un remedio siempre á la mano, de un preservativo infalible?

14. Finalmente, cuando los Padres de la Iglesia lanzaban con tanto celo sus anatemas contra los abusos y los escándalos del teatro, cuando prohibian los espectáculos á los fieles y los conjuraban á renunciar á ellos en consecuencia de su bautismo, deberian mirarse sus palabras como fábulas y sus patéticos discursos como exageraciones. Y sin embargo, mis amados oyentes, por mas que penseis otra cosa, es muy difícil que todos los Santos se hayan engañado, y yo, por mi parte, cuando se trata de la conciencia, creeré siempre á los Santos mejor que al mundo y á todos sus partidarios; porque los Santos hablaban, los Santos obraban por el espíritu de Dios, y el espíritu de Dios no estuvo nunca ni puede estar jamás sujeto á error.

15. Pero remontémonos hasta el origen de la tentacion; y para convenceros mas aun de la verdad de mis palabras tratemos de descubrirla en sus principios. Si Dios niega su gracia á un pecador que se expone voluntariamente á la tentacion es por el interés y el honor de esa misma gracia, y la razon que da Tertuliano es muy natural y muy sólida; porque de lo contrario, dice, el auxilio de Dios vendria á ser el fundamento y el pretexto de la temeridad del hombre. Hé aquí la opinion de aquel Padre de la Iglesia: Dios, sin embargo de ser tan liberal, debe repartir sus gracias de suerte que este repartimiento no sea para nosotros un motivo razonable de vivir en una confianza presuntuosa. La proposicion que acabo de sentar es evidente, puesto que, si yo supiera que Dios me sostendria

infaliblemente hasta en las tentaciones á que me expongo contra su voluntad soberana, no tendria circunspeccion alguna, no necesitaria del don del consejo ni de la prudencia cristiana. ¿Por qué? porque yo seria tan invencible y tan fuerte buscando la ocasion como evitándola, y, por consiguiente, la gracia, en vez de hacerme vigilante y humilde, me haria descuidado y soberbio.

16. ¿Qué hace, pues, Dios? Viéndome poseido de una ilusion tan injuriosa á su santidad, me priva de su gracia, y por este medio justifica su providencia de la acusacion que podria hacérsele de autorizar mi temeridad y mi libertinaje. Hé aquí lo que san Cipriano expresaba con aquellas admirables palabras que os ruego no echéis en olvido: *Ita nobis spiritualis fortitudo collata est, ut providos faciat, non ut præcipites tueatur.* (Cyp.). No os engañéis, hermanos míos, creyendo que esa fuerza espiritual de la gracia que debe vencer en nosotros las tentaciones, ó ayudarnos á vencerlas, esté abandonada á nuestro capricho. Dios la reserva, ¿para quién? para los cristianos prudentes y previsores, no para los ciegos y descuidados. ¿Á quién hace partícipe de ella? á esas almas justas que desconfían de su debilidad, y que se observan á sí mismas. Pero para esas otras almas audaces y precipitadas, que caminan sin reflexion, léjos de tener gracias escogidas que comunicarles, considera como un punto de justicia el entregarlas á los deseos de su corazon; castigo terrible, pero conforme con la naturaleza de su pecado. Porque ¿qué es lo que hace un cristiano cuando por el impulso y el capricho de una pasion que le domina no evita la tentacion? Escuchadmé, al obrar de este modo tienta al mismo Dios, y tentar á Dios es una de las mayores faltas que puede cometer la criatura; falta que, segun la doctrina de los santos Padres, está en contradiccion abierta con el primer deber de la Religion: *Non tentabis Dominum Deum tuum.* (Matth. iv). Pues bien, ese pecado no puede castigarse mejor que con el abandono de Dios. Hé aquí cómo discurre sobre este punto el ángel de las escuelas, santo Tomás. Segun las palabras de la Escritura, dice este santo Padre, vemos que se puede tentar á Dios de tres maneras diferentes: primera, cuando le pedimos sin necesidad un milagro, y esto es lo que hicieron aquellos fariseos de que nos habla san Lucas: *Alii autem tentantes eum, signum de celo quærebant.* (Luc. xi). Pidieron al Salvador del mundo que les hiciera ver un prodigio en el aire; pero ¿con qué fin le dirigieron esta súplica? con el de tentarle. El segundo modo de tentar á Dios es cuando queremos limitar su omnipotencia, y esto es lo que repre-

dia Judit á los habitantes de Betulia cuando, sitiados por Holofernes, y desesperando del auxilio del cielo, se mostraban prontos á capitular y rendirse: *Qui estis vos qui tentatis Dominum? constituitis terminos miserationis ejus?* (Judit). ¿Quién sois vosotros, les decia, y cómo os atreveis á tentar al Señor, señalando un término á su poder y á su misericordia? Finalmente, tentamos á Dios cuando procedemos de mala fe, y no observamos respecto de él una conducta franca y sincera; así es como obraron los judíos cuando presentaron á Jesucristo una moneda, intimándole á que respondiese si debia pagarse el tributo al César: *Quid me tentatis, hypocritæ?* (Matth. xxii). Hipócritas, les replicó el Salvador del mundo, ¿por qué me tentais? Aquí teneis, pues, hermanos míos, lo que se llama, segun santo Tomás, tentar á Dios, y las tres especies que aquel seráfico Doctor distingue de este pecado.

17. Ahora bien, un cristiano que se expone á la tentacion, presumiendo contar con la gracia de Dios, se hace á un mismo tiempo culpable de esas tres maneras de pecar. En primer lugar, pide á Dios un milagro sin necesidad; ¿por qué? porque no haciendo ningun esfuerzo para conservarse quiere que Dios por sí solo le conserve; y no empleando la gracia que posee, se promete obtener de Dios lo que no posee. Tiene la gracia de fuga, y no quiere huir. Carece de la gracia de combate, y confiando, sin embargo, en que Dios combatirá por él, desafía voluntariamente al peligro, de suerte que trastorna ó quisiera trastornar todas las leyes de la Providencia. El orden natural es que evite la ocasion, puesto que puede hacerlo; pero no lo hace, y, sin embargo, quiere que Dios le preste un auxilio extraordinario y le sostenga de modo que no perezca en ella. ¿No es esto pedir un milagro, y un milagro de los mas inútiles? Cuando Dios quiso preservar á Lot y á toda su familia del incendio de Sodomá, y le mandó salir de esta ciudad réproba, si él hubiera permanecido en ella, si hubiese pedido á Dios que le librara milagrosamente de las llamas, ¿cómo habria recibido el Señor semejante súplica? Pues hé ahí lo que hacemos nosotros todos los dias. Queremos permanecer en lugares donde está encendido el fuego de la impureza, y que Dios, por una gracia especial, nos ponga en estado de no sentir sus efectos; queremos ir por todas partes, escucharlo todo, verlo todo, estar en todo, y que Dios, sin embargo, nos cubra con su escudo, y nos haga invulnerables á todos los tiros. Pero Dios sabe bien reducirnos á la obediencia y confundir nuestra presuncion, diciéndonos precisamente lo que dijo á Lot: *Nec*

stes in omni circa regionem. (Genes. xix). Alejaos de Sodoma y de todas sus cercanías, renunciad á ese comercio que os corrompe, *nec stes*; romped con esa sociedad que os pierde, *nec stes*; dejad ese fuego que os arruina en bienes y en conciencia, *nec stes*; salid de ahí, y no tardeis. No tengo ningun milagro que hacer por vosotros; y desde ahora consiento en vuestra perdicion, si por una prudente é inmediata retirada no evitais la desgracia que os amenaza, *nec stes in omni circa regionem.*

18. Mirad, cristanos, mirad como el Hijo de Dios, que podria aceptar el desafio que le hace en nuestro Evangelio el espíritu tentador, que podria sin riesgo alguno precipitarle desde lo alto del templo, y llenar de este modo de confusion á su enemigo, se contenta con oponerle estas palabras: *Non tentabis Dominum Deum tuum* (Matth. iv): no tentaréis al Señor vuestro Dios. ¿Y por qué? No os asombre, dice san Agustin, porque ese enemigo de nuestra salvacion no debe ser vencido por un milagro de la omnipotencia de Dios, sino por la vigilancia y fidelidad del hombre: *Quia non omnipotentia Dei, sed hominis justitia superandus erat.* (Aug.). Al oir á los santos Padres explicarse sobre este punto, diríase que hablan como los pelagianos, y sin embargo todas sus proposiciones son ortodoxas, porque no excluyen la gracia, sino únicamente el milagro de la gracia, y hé aquí lo que ha hecho á los Santos tan vigilantes consigo mismos, tan tímidos y tan reservados. Pero nosotros, mejor instruidos, sin duda, en los designios de Dios que Dios mismo, llevamos mas adelante nuestra confianza, porque el espíritu de la mentira nos dice: *Mitte te deorsum.* (Matth. iv). No temas, arrójate atrevidamente en ese abismo, visita á tal persona, manten tal ó cual intimidad, Dios ha comisionado á los Ángeles para que velen por tu seguridad, y ellos te conducirán en todas tus vias: *Scriptum est, quia Angelis suis mandavit de te.* (Matth. iv). Así es como ese espíritu nos habla, y nosotros le escuchamos; y nos persuadimos de que los Ángeles del cielo vendrán en efecto en nuestro auxilio, ó, lo que es lo mismo, que descenderán sobre nosotros las gracias divinas; y cerramos despues los ojos á todo para caminar con mas desembarazo por los mas peligrosos senderos, y en vez de responder como Jesucristo: *Non tentabis*, y no pondréis á prueba la omnipotencia de vuestro Dios, lo aventuramos, sin vacilar, todo; queremos que Dios haga por nosotros lo que no hizo por su Hijo; le pedimos un milagro que, por decirlo así, se negó él á sí mismo.

19. Pero hay mas todavía; al mismo tiempo que el pecador

presuntuoso tienta á Dios en su omnipotencia, se atreve á tentar-le tambien en su misericordia, no restringiéndosela, como los sacerdotes de Betulia, sino, al contrario, extendiéndola mas allá de los límites que plugo á Dios imponerle. Porque esa misericordia, dice san Agustin, es solo para aquellos que involuntariamente se encuentran expuestos á la tentacion; y nosotros queremos que sea tambien para los que la acogen, los que se familiarizan con ella, para los que la nutren y fomentan en sí mismos, como si fuésemos dueños de la gracia de Dios, y estuviera en nuestra mano el disponer de ella. Pero ¿quién somos nosotros para esto? *Qui estis vos, qui tentatis Dominum?* Finalmente, tentamos á Dios por hipocresía, cuando imploramos su gracia en una tentacion de la que tememos ser librados y que rehusamos evitar. En este caso, Dios puede muy bien respondernos lo que Jesucristo respondió á los judíos: *Quid me tentatis, hypocritæ* (Matth. xxii)? porque le pedimos una cosa, pero solo con los labios, mientras que en el fondo de nuestro corazon deseamos otra. Le rogamos que aparte de nosotros la tentacion, y nosotros mismos, contra su prohibicion expresa, nos acercamos á ella. Le decimos: Señor, tened piedad de nuestra flaqueza, salvadnos de las sorpresas y asechanzas del tentador; y sin embargo, por una contradiccion monstruosa, nos hacemos tentadores de nosotros mismos, y ejercemos en nuestras almas y contra nuestra salvacion, como dice muy bien el papa san Gregorio, el principal y mas funesto ministerio del espíritu de la tentacion. Y ¿no es esto usar del artificio y del engaño para con Dios? ¿No es esto insultar á la Majestad divina?

20. Hé aquí, amayos oyentes míos, y permitid que os aplique particularmente esta moral, hé aquí el motivo de que no halleis disculpa ante el tribunal de Dios en toda la eternidad. Cuando os reprenden vuestros vicios, os escudais con vuestra naturaleza: alegáis que la corte en que vivís es un lugar de tentaciones, y de tentaciones inevitables, de tentaciones irresistibles; esto decís, y atribuíis á causas extrañas lo que solo proviene de vosotros mismos y del fondo de vuestro corazon. Empero, yo debo justificar á Dios de una vez para siempre sobre un punto en que está tan interesada su providencia; yo debo obligaros, destruyendo ese vano pretexto, á usar otro lenguaje y á reconocer humildemente vuestros vicios. Sí, cristianos, lo confieso, la corte es un lugar de tentaciones, de las que difficilmente puede uno preservarse, y en que los más fuertes sucumben; pero ¿para quiénes son peligrosas esas tentaciones?

para los que no son llamados por Dios á tan altos lugares, para los que suben á ellos en alas de su ambicion, para los que entran en su recinto por las puertas de la intriga, para los que no buscan en su cumbre mas que la adquisicion de una fortuna mundana, para los que permanecen en ella contra su deber, contra sus hábitos y su conciencia, para cuantos dan motivo á que todo el mundo pregunte qué hacen y por qué se hallan allí, de quienes se dice: están en la corte y deberían estar en otra parte; en una palabra, para aquellos que no están animados del espíritu de Dios. ¿Sois vosotros de ese carácter y de ese número? Entonces, siento anunciároslo, pero es inevitable vuestra perdicion, un torrente impetuoso os arrastrará hácia ella, y ¿cómo resistiréis á ese torrente, no estando Dios con vosotros? Pero ¿estais en la corte por mandato de la Providencia, esto es, habeis entrado en ella por vocacion? ¿ocupais el rango que por vuestra cuna os pertenece? ¿desempeñais vuestro cometido? ¿sois los elegidos del príncipe? ¿os obliga á permanecer allí una razon indispensable? en este caso, nada temais, cristianos: las tentaciones de la corte no son ya invencibles para vosotros; porque es de fe, no solo que Dios os tiene reservada la gracia necesaria para vencerlas, sino tambien que esa gracia es la mas á propósito para santificaros, aun en medio de la misma corte.

21. Si, pues, os perdéis en la corte, no es á sus tentaciones á lo que debeis atribuirlo, sino á vosotros mismos, á vuestra flaqueza, vuestra infidelidad, puesto que el Espíritu Santo lo ha dicho en términos explícitos: *Perditio tua ex te, Israel.* (Osee, XIII). Y en efecto, ¿no se han practicado en todos tiempos en la corte, á pesar de las tentaciones, las mas grandes virtudes? ¿no se han formado en ella tantos y tantos Santos? ¿no se pueden formar allí otros muchos cada día? En un ministerio tan penoso como brillante el estar continuamente asediado de hombres egoistas, de hombres falaces, de hombres apasionados; el pasar los dias y las noches en arreglar intereses extraños, escuchar quejas, dar órdenes, celebrar consejos, negociar y deliberar; el hacer todo esto y sufrir otros muchos cuidados por Dios, y conforme á la voluntad de Dios, ¿no es bastante para elevarnos á la mas sublime santidad?

22. Pero ¿cuál es por lo comun el origen del mal? Héle aquí: que en la corte os obliga á permanecer el deber, es verdad; pero vosotros traspasais, cuando os place, sus límites. Pues qué, ¿contais por ventura en el número de vuestros deberes tantos impulsos como os dominan, tantas intrigas como os cercan, tantos de-

signios como os ocupan , tantos pesares como os consumen , tantas querellas como os agitan , tantas turbaciones de ánimo como os aniquilan , tantos deseos como os atormentan , tantas diversiones como os distraen , tantos negocios como os abruman ? Y especificando todavía mas esta materia , ¿contais en el número de vuestras obligaciones tal ó cual afecto , al que no os une otro vínculo que la pasión , vínculo que deberíais romper para siempre ; contais en el mismo número todos esos cuidados que os tomáis por aquellos objetos á que os arrastra vuestra afición , y de los cuales deberíais , sin embargo , apartaros ?

23. Pero decís : no podemos. ¿No ? Pues yo sostengo , y permitidme que os lo diga , yo sostengo que , al hablar así , dais un mentís al Espíritu Santo , y haceis un ultraje á su gracia. ¿Quereis que os convenza de esta verdad , y os convenza de una manera evidente , á la que habeis de confesar vosotros mismos que nada tiene que replicar el libertinaje ? Voy , pues , á hacerlo ; pero no para confundiros , sino para enseñaros , como hermanos míos que sois , y como á hombres cuya salvacion debo yo estimar en mas que mi propia vida : *Non ut confundam vos.* (I Cor. iv). La disposicion en que os veo me parece favorable á mi intento , y Dios me dice que me aproveche de ella. Esa disposicion me proporciona una prueba visible , palpitante , que seguramente no esperaríais oír vosotros , y que , sin embargo , bastará para vuestra condenacion , si es que no es hoy la causa de vuestro arrepentimiento. Escuchadme , y juzgad.

24. Hay entre vosotros , y Dios quiera que no sea la mayor parte de los que me escuchan , muchos que en este momento tienen compromisos para pecar , tan íntimos en su concepto y tan poderosos , que desesperan de romper algun dia sus lazos. Aconsejarles , por la salvacion de su alma , que se alejen de tal ó cual persona , es , segun ellos , pedirles un imposible. Pero esa separacion ¿será , sin embargo , imposible en el momento en que sea preciso partir en servicio del príncipe á quien todos tenemos la gloria de obedecer ? Yo apelo á su testimonio ; ¿hay alguno de ellos que , para dar pruebas de fidelidad y de celo , no esté dispuesto á partir y abandonar al objeto de sus amores ? Al primer rumor de guerra que empieza á esparcirse , todos se alistan en las banderas de la patria ; nadie piensa mas que en ponerse en marcha , ya no hay lazo que encadene , ni ausencia que detenga , ni disgusto que no pueda soportarse. Esto es cierto ; si yo no lo creyese , os ofenderíais , y

cuando lo doy por indudable, lo tomáis por un elogio, y lo escucháis con placer. Ahora bien, no voy á comparar lo que exige de vosotros la ley del mundo con lo que os manda la ley de Dios. Bien sé que siguiendo la primera podeis conservar los mismos afectos en vuestro corazón, al paso que teneis que renunciar á ellos para seguir la de Dios; y ciertamente, nada mas justo que haya alguna diferencia entre una y otra, y que yo la establezca entre el Rey del cielo y las potencias de la tierra. Únicamente quiero probaros con esto que engaíais á Dios cuando alegais que no está en vuestro poder el dejar de buscar al objeto criminal de vuestros vicios, ni el permanecer, al menos por algun tiempo y para probaros á vosotros mismos, lejos de su vista y de su presencia. Porque, os lo repito, ¿os detiene por ventura ese objeto cuando el honor os llama? Al contrario, ¿con qué prontitud no se os ve correr, volar á la primera orden que recibís, teniendo á dicha el que se os haya dado? Quien en momento tal vacilase, ¿seria digno de vivir? ¿se atreveria á presentarse en la sociedad? ¿No seria el ludibrio y el juguete del mundo?

25. ¡Ah! cristianos, confesemos la verdad, hemos rebajado mucho los derechos de Dios. Cuando se trata de asuntos humanos, no se halla compromiso imprescindible; todo se sacrifica, y todo debe sacrificarse, puesto que tal es la voluntad de Dios. Pero ¿se trata del interés de Dios mismo? entonces todo son obstáculos, todo son dificultades, y nadie tiene bastante valor para superarlas. Los mismos que debieran oponerse á esta tibieza, los sacerdotes de Jesucristo, se dejan sorprender, á pesar de su celo, por falsos pretextos, y son ellos mismos los primeros á inventarlos para templar el rigor de sus consejos. No se repara en escuchar á un hombre mundano, en atender á sus razones, en darles un valor que no tienen; y á ese hombre se le halaga, se le da tiempo, se le guardan consideraciones, se le dice que la ocasion, aunque próxima, no le hace culpable; cuando no puede evitarla sin interesar su honor; y se deja á su juicio, por mas mundano que sea, el decidir si ese honor está en efecto interesado, y si lo está lo bastante para equilibrar el de Dios; se le consiente que permanezca en tal situación, ó al menos no se le quiere obligar á salir de ella; y se apela á él mismo, ó mas bien á su pasión y su amor propio, para juzgar si puede ó no puede hacerlo; se busca todo aquello que le es en cierto modo favorable, para no disgustarle; en una palabra, se le autoriza en su error, se le entretiene en su libertinaje, se le con-

dena, y se condenan con él los que tal hacen. Porque, no me cansaré de insistir en mi primera proposicion, en vano esperamos una gracia de combate para vencer la tentacion, cuando esta tentacion es voluntaria y solo depende de nosotros el huir de ella. Mas aun, en vano tendríamos esa gracia de combate en las tentaciones necesarias, si no estamos nosotros dispuestos á combatir; ¿y cómo? como Jesucristo, sobre todo, por la mortificacion de la carne. Voy á demostrároslo en mi

Segunda parte.

26. Para comprender bien mi segunda proposicion es preciso sentar de antemano este gran principio, en el cual estriba, por decirlo así, todo el misterio de la predestinacion del hombre, pero que os parecerá mucho mejor concebido y expresado en estas notables palabras de san Cipriano: *Ordine suo, non nostro arbitrio, virtus Spiritus Sancti ministratur.* (Cyprian.). La virtud del Espíritu Santo, esto es la gracia, no se nos concede á nuestro arbitrio, y mucho menos segun nuestro gusto é inclinaciones, sino en cierta regla establecida por Dios, segun la cual debe distribuirse, y fuera de la que viene á quedar inútil y sin efecto. Principio admirable de que yo saco tres consecuencias, que son de una extension cósi infinita en la moral cristiana, y que, aplicadas á la conducta de la vida, constituyen la justa norma de todos los deberes que tenemos que cumplir para corresponder á los designios de Dios en el importante asunto de nuestra salvacion. Aquí reclamo muy particularmente vuestra atencion.

27. Primera consecuencia: en las tentaciones y peligros á que la miseria humana nos expone, por necesidad y á pesar de nosotros mismos, Dios, cuya fidelidad no nos falta nunca, está pronto á ayudarnos con su gracia; pero quiere que nosotros, por nuestra parte, la empleemos, ya conforme al estado á que por él hemos sido llamados, ya tambien con relacion á los fines para que nos ha sido otorgada esa gracia. Y hé aquí exactamente lo que san Cipriano ha querido significarnos: *Ordine suo, non nostro arbitrio.* Ahora bien, amados oyentes míos, ya sabeis que, en calidad de cristianos, profesamos todos una milicia santa, y no hay entre nosotros ninguno que no lleve el carácter de ella. De donde se sigue que toda nuestra vida, segun el testimonio de la Escritura, no debe ser mas que una guerra continua del espíritu contra la carne, de la

razon contra las pasiones, de la fe contra los sentidos, del hombre interior contra el hombre exterior, en una palabra, de nosotros contra nosotros mismos. Y si aspiramos á la verdadera gloria del Cristianismo, que consiste en sólidas virtudes, san Pablo, aquel maestro inspirado por Dios para enseñárnoslas y darnos de ellas una idea exacta, parece no reconocerlas de otra especie que militares; porque, valiéndose de una metáfora que á nosotros no nos toca mas que respetar, puesto que el mismo Espíritu Santo es el autor de ella, nos presenta como un escudo á la fe, como una coraza á la justicia, y como un casco á la esperanza, recomendándonos en muchos pasajes de sus Epístolas que nos revistamos de estas tres armas espirituales: *Induite vos armaturam Dei* (Ephes. vi); y dándonos á entender que debemos valernos de ellas, y que, de no hacerlo así, todo el bien que hay ó que presumimos haber en nosotros no es mas que ilusion y mentira. Hé aquí nuestro estado.

28. ¿Qué hace Dios por su parte? nos prepara gracias proporcionadas á ese estado. Nosotros tenemos que sostener una guerra difícil y peligrosa; no nos da, por consiguiente, gracias de paz, como se las dió al primer hombre, porque serian inútiles; sino gracias de defensa, de lucha, de ataque, de resistencia, porque estas son las únicas que nos convienen. Las tentaciones son, por decirlo así, los asaltos que nos da nuestro enemigo, y las gracias que nos otorga Dios los medios de rechazarlos. Por consiguiente el confiar en la gracia, sin estar resueltos á resistirnos y combatir, es olvidar lo que somos, es figurarnos una gracia quimérica é imaginaria, es obrar contra las miras de Dios. Tal es, sin embargo, el pecado mas comun, y ¡quiera el cielo que no sea tambien el nuestro! Queremos gracias que nos libren de todos los peligros, pero queremos al mismo tiempo que esas no nos cuesten nada, no nos incomoden en nada, y nos dejen en la posesion de una vida dulce y apacible; mientras que Dios quiere que nos hagan obrar, que nos obliguen á hacer un ejercicio laborioso y sin descanso: *Ordine suo, non nostro arbitrio, virtus Spiritus Sancti ministratur*. El reposo de la vida, hé aquí lo que se busca, y lo que muchas personas virtuosas, seducidas por su amor propio, se proponen en su misma piedad. Empero Jesucristo les dice: Yo no conozco esa vida sin accion, puesto que nada es mas opuesto á mi espíritu, y el reino de los cielos no puede conquistarse sin violencia. Porque para esto es para lo que yo me he presentado, como jefe vuestro, en el campo de batalla, y en vez de traeros la paz, os he traído las armas: *Non*

veni pacem mittere, sed gladium. (Matth. x). Testimonio notable y convincente de que no quiere en pos de sí mas que almas generosas, hombres infatigables y siempre prontos á alcanzar nuevas victorias. El reposo es para el cielo, el combate para la tierra : *Non veni pacem mittere, sed gladium.*

29. Segunda consecuencia : la primera máxima en materia de guerra es el debilitar al enemigo y fatigarle ; porque el querer contemplarle y tratarle con dulzura, el tener con él indulgencia, sería perderse y destruirse á sí mismo. Ahora bien, cristianos, ¿cuál es nuestro enemigo, quiero decir, cuál es el enemigo mas poderoso que la gracia tiene que combatir en nosotros? Renonozcámosle delante de Dios, y no nos ciegue el amor propio ; ese enemigo es nuestra carne, la carne del pecado que no concibe mas que deseos criminales, la carne esclava de la concupiscencia, la carne siempre rebelde á la ley de Dios. Hé aquí, dice un Apóstol, el enemigo mas temible y que con mas frecuencia nos tienta : *Unusquisque vero tentatur à concupiscentia sua.* (Jacob. 1). Enemigo tanto mas peligroso, cuanto mayor es su intimidad con nosotros, ó mas bien cuanto que forma parte de nosotros mismos ; enemigo tanto mas formidable, cuanto que naturalmente le amamos ; enemigo, en fin, tanto mas invencible, cuanto que nos ataca halagándonos ; ese enemigo, añade san Juan Crisóstomo, es al que es preciso someter, al que es necesario domar ; y ¿por qué medios? por la mortificacion cristiana, si queremos que la gracia triunfe de la tentacion.

30. Porque, en verdad os digo que un cristiano que no hace uso alguno de esa mortificacion evangélica, que nutre su carne en la molicie, que la mantiene en el placer, que le da todas las comodidades de la vida, que, siempre de acuerdo con ella, la considera, la prefiere en todo, y sin embargo confia en la gracia de Dios y vive persuadido de que esta gracia bastará para salvarle ; en verdad os digo, hermanos míos, que ese cristiano no conoce la gracia, ni siquiera los primeros principios de la Religion que profesa ; y ¿por qué? ved aquí la prueba que aduce san Bernardo : porque la primera accion de la gracia que debe sostenerle y asegurar su salvacion es extinguir la concupiscencia mortificando la carne. Pero vosotros, amados oyentes míos, haceis todo lo contrario ; vosotros, cristianos sensuales y delicados, en vez de debilitar la carne, la fortificais ; en vez de negarle todo aquello que le da ventajas sobre vosotros, secundais sus impulsos ; en una palabra, en vez de ayudar á la gracia contra la tentacion, ayudais á la tenta-

cion contra la gracia misma, y destruíis esta por medio de aquella. No debeis, pues, esperar nunca que la gracia produzca sus efectos, á no ser que querais dos cosas contradictorias, á saber : que la gracia y la concupiscencia os dominen á un mismo tiempo ; ó que Dios, por un milagro singular, cree nuevas gracias que, sin sujetar la carne, hagan triunfar al espíritu. Pero no os hagais ilusiones, y acordaos siempre de que no otorga Dios sus gracias á gusto del hombre, sino conforme á las sábias é invariables disposiciones de su providencia : *Ordine suo, non nostro arbitrio, virtus Spiritus Sancti ministratur.*

31. En efecto, ¿cómo es que todos los Santos han combatido la tentacion? Y ¿de qué estratagema se han valido, qué medios han empleado contra ella? la mortificacion de la carne. ¿No se ceñia David, en medio de las pompas y de los placeres de la corte, un tosco cilicio, cuando se sentia conturbado por sus propios pensamientos, y conocia que los deseos de su corazon le inclinaban al mal y le tentaban? *Ego autem, cum mihi molesti essent, induebar cilicio.* (Psalm. xxxiv). ¿No castigaba san Pablo con el mayor rigor su cuerpo, y le reducía á la esclavitud? *Castigo corpus meum, et in servitutem redigo.* (I Cor. ix). ¡Y qué! ¿es nuestra gracia de otra especie que la del Apóstol? ¿Tenemos nosotros un espíritu mas ferviente ó una carne mas sumisa que David? ¿Nos presenta el enemigo otras batallas que á tantos religiosos y eremitas, ó somos mas fuertes que estos elegidos y amigos del Señor? Ninguno de ellos poseyó la gracia sin la mortificacion de los sentidos ; y viviendo nosotros sin esta mortificacion, ¿qué digo? viviendo una vida pacífica, cómoda y sosegada, una vida hasta muelle y voluptuosa, ¿nos atrevemos á esperar todo de la gracia? Un san Jerónimo, colmado de méritos, no creyó, ni aun con la gracia, poder resistir á la tentacion, si no hacia de su cuerpo una víctima de penitencia, ¿y nosotros pretendemos sostenernos contra todas las seducciones del mundo y los mas violentos esfuerzos del infierno, haciendo á nuestros cuerpos ídolos del amor propio? Los Hilariones y los Antonios, aquellos hombres celestiales, ángeles de la tierra, se condenaron á las vigiliass, á la abstinencia, á todos los rigores de una vida penosa y austera ; ¿por qué? porque no conocian otro secreto para apagar el fuego de la concupiscencia y rechazar sus rayos ; ¿y nosotros nos lisonjamos de aniquilar ese fuego, buscando cuanto puede servirle de combustible? Un san Juan Bautista, santificado casi desde su concepcion, y que podia decir que la gracia habia nacido con él,

no confió en esa gracia sino en tanto que la ejercitó, ó para hablar con mas propiedad, en tanto que se ejercitó á sí mismo, por ella y con ella, en la práctica de la mas completa abnegacion; ¿y nosotros, concebidos en el pecado, nosotros, despues de haber vivido en el pecado, nos prometemos de la gracia victorias sin combate, ó combates sin esfuerzo, una santidad sin penitencia, ó una penitencia sin santidad? Si esto fuese así, concluye san Jerónimo, la vida de aquel glorioso precursor, léjos de ser motivo de admiracion y de elogio, ¿no deberia mas bien mirarse como ilusion y locura? *Si ita esset, an non ridenda potius quam prædicanda esset vita Joannis?* (Hieron.).

32. Ved aquí, hermanos míos, cómo discurren los santos Padres que Dios nos dió por maestros, y que deben ser nuestros guías en el camino de la salvacion. No os admireis, por lo tanto, de que los mundanos, que, como dice el Apóstol, siguen los impulsos de la carne, y obran como enemigos de la cruz y de la mortificacion de Jesucristo, sean tan débiles en la tentacion. No me preguntéis en qué consiste que resistan á la tentacion tan raras veces, que succumban con tanta facilidad en ella, que se rebagan despues tan difícilmente; estas son consecuencias naturales de su delicadeza y sensualidad: seria, en el órden de la gracia, uno de los mas grandes milagros el que unas almas idólatras de sus cuerpos no se dejasen arrastrar de la concupiscencia. No, decia Tertuliano hablando á los primeros fieles en las persecuciones de la Iglesia, no me persuadiré jamás de que una carne nutrida en el placer pueda entrar en lid con los tormentos ni con la muerte. Cualquiera que sea el celo que un cristiano aparente por la causa de Dios y la defensa de la fe, yo desconfiaré, ó mas bien desesperaré siempre de que sea capaz de pasar desde la delicadeza de los manjares, de los vestidos, del tren y del boato al rigor de las prisiones, de las ruedas y de los potros¹. Un atleta, para combatir necesita educarse antes por medio de una abstinencia regular de todos los impulsos de los sentidos y de una prueba constante de las mas rudas fatigas de la vida, porque así es como adquiere sus fuerzas. Del mismo modo un cristiano, para entrar en el campo de batalla á donde la Religion le llama, debe haber hecho de antemano un ensayo de sí mismo por medio de una dura mortificacion que le haya dispuesto á soportarlo todo, y á no asustarse de nada. Pues bien,

¹ Ruedas y potros, máquinas de suplicio, usadas en la antigüedad.

lo que Tertuliano afirmaba de las persecuciones, que fueron, digámoslo así, las tentaciones públicas y exteriores del Cristianismo, afirmo yo de las tentaciones interiores y particulares de cada fiel: la gracia es la que debe vencerlas; pero en vano presumimos que esa gracia, sin embargo de ser omnipotente, alcance en efecto la victoria, si no domamos nosotros la carne, que es el principio de todas las tentaciones; y aquel que crea otra cosa se engaña, y está en un error imperdonable.

33. Pero ¿en qué consiste la mortificacion de la carne, y á qué se reduce este ejercicio en la práctica del mundo? Tercera y última consecuencia. ¡Ah! mis amados oyentes, permitidme que os diga lo que es en la práctica del mundo esta virtud, tan desconocida, tan despreciada y hasta tan aborrecida. Cualquiera que sea la idea que de ella tenga el mundo, no por eso es menos cierto el oráculo del Apóstol: á saber, que para ser de Jesucristo y guardarle una fidelidad inviolable, es preciso crucificar la carne, y morir para las pasiones y los deseos desordenados: *Qui Christi sunt carnem suam crucifixerunt cum vitiis et concupiscentiis.* (Galat. v). Sí, de cualquier modo que piense el mundo de la virtud de que os hablo, siempre será cierto que no hay condicion humana en que no sea de absoluta necesidad esa crucifixion de la carne; porque no hay ninguna que no esté expuesta á la tentacion. Por mucha dificultad que oponga el mundo para admitir esta verdad, la experiencia de sus vicios le hará conocer por sí sola, y á pesar suyo, que la condicion de los grandes, de los ricos, de los poderosos del siglo, es precisamente, entre todas las demás, aquella en que deberia ejercitarse con mas frecuencia la mortificacion de los sentidos, porque es tambien la que mas comunmente da lugar á las tentaciones. Cualquiera que sea en este punto la opinion del mundo, no puede menos de confesar que cuanto mas sujeto está un pecador á la tentacion, mas obligatoria é imprescindible es para él la ley de mortificar su cuerpo. Si fuéramos tan cristianos como debíamos, estas reglas del Evangelio, aunque generales, bastarian para hacernos comprender nuestros deberes. Pero el amor propio nos domina, y en la excesiva indulgencia que tenemos con nosotros mismos casi nunca nos resolvemos á imponernos la mas leve penitencia: ¿qué hace, pues, la Iglesia? Limita este mandato general á un mandato particular, que es el ayuno de la Cuaresma, fundándose para esto en nuestra debilidad, por una parte, y por otra en nuestras necesidades; guiándose por el ejemplo de los antiguos Patriarcas, y sobre todo

por el de Jesucristo ; usando de la autoridad y el poder que Dios le ha dado de hacer leyes para la educacion de sus hijos, y esperando de nuestra fidelidad que, si tenemos un deseo sincero de mortificar nuestra carne tanto como es necesario para vencer la tentacion, no solo no hallarémos el mas pequeño rigor en este precepto, sino que harémos mucho mas de lo que él nos prescribe, porque verémos que en muchos casos no basta todavía para reprimir nuestros deseos y extinguir el fuego de nuestras pasiones.

34. Ved aquí, cristianos, el fin que se ha propuesto la Iglesia con la institucion de este santo ayuno. Pero ¿qué ha sucedido con el transcurso del tiempo ? Nunca lo deplorarémos lo bastante, puesto que es un desórden que causa tanto escándalo. El demonio y la carne, sintiéndose débiles contra tan saludable observancia, han empleado todas sus fuerzas para abolirla. Los herejes se han declarado contra ella. Unos han puesto en duda el derecho, otros han negado el hecho. Aquellos han sostenido que la Iglesia, al imponernos semejante precepto, traspasaba los límites de un poder legítimo, como si no fuese á ella á quien el Salvador del mundo dijo, haciéndola heredera y depositaria de su autoridad : Todo lo que ateis en la tierra será atado en el cielo. Estos han reconocido el poder de la Iglesia, pero no han querido convenir en que haya dado nunca la ley de que os hablo, ni en que esta ley sea obligatoria para nosotros ; como si no fuese evidente la tradicion en este punto, como si san Agustin, hace ya mas de doce siglos, no hubiera hablado de ella cuando decia que el ayunar en los demás tiempos del año era un consejo, pero que el ayunar en la Cuaresma era un precepto : *In aliis temporibus jejulare consilium est, in Quadragesima præceptum.* (Aug.). ¡Cuántos otros católicos libertinos y sin conciencia se han rebolado contra esta práctica, tan útil y tan sólidamente establecida, no alegando dificultades sobre el derecho ó sobre el hecho, sino despreciando uno y otro, violando el precepto por sistema y con la mas escandalosa impunidad, y sin buscar siquiera pretextos para cohonestar en cierto modo su desobediencia y salvar ciertas exterioridades ! Pero ¿qué digo ? ¿deberé yo contar á esos hombres en el número de los católicos, ni darles un nombre que deshonoran y del que se hacen indignos, siendo la voluntad de Jesucristo que los miremos como paganos é idólatras ? *Qui Ecclesiam non audierit, sit tibi sicut ethnicus et publicanus.* (Matth. XVIII).

35. Finalmente, hasta en ese corto número de fieles que respetan á la Iglesia y parecen estar sometidos á sus órdenes, ¿cuán-

tos no hay que alteran el precepto del ayuno? ¿Cómo? Dándole falsas interpretaciones en favor de la corrompida naturaleza; imaginando supuestas razones de necesidad, que únicamente les sugiere su delicadeza; obteniendo vanas dispensas, ó tomándoselas por sí mismos. He dicho vanas dispensas, y voy á convencerlos de la verdad de mis palabras. Escuchadme. Para ello no teneis mas que considerar tres grandes abusos que se cometen en esto, y en los que espero que convengais conmigo. En primer lugar, son ciertos estados los que comunmente tienen, al parecer, el privilegio de estas dispensas, y no ciertas personas, señal indudable de que no están dictadas por la necesidad. Y en efecto, ¿no es extraño, hermanos míos, que apenas llega hoy uno á adquirir fortuna y ocupar una posicion honorífica, no haya para él ayuno para el que no halle multitud de excusas; tales como, que le faltan las fuerzas, que su temperamento y el estado de su salud no le permiten lo que, sin embargo, podia hacer y haria en efecto en una posicion humilde, en una casa religiosa, en una vida mas arreglada y cristiana? En segundo lugar, los que se creen dispensados del ayuno son precisamente aquellos á quienes debia serles mas fácil; son ricos del siglo que de nada carecen y gozan de todas las comodidades de la vida. Digo mas, los que alegan una debilidad imaginaria, para librarse de la obligacion del ayuno, esos son los que deberian violentarse mas para observarle, porque son los que mas le necesitan. Porque ¿quiénes son? Pecadores, no solo responsables ante la justicia divina de mil deudas contraídas durante lo pasado, y que tienen obligacion de satisfacer, sino tambien encadenados por añejas costumbres que los predisponen mas á recaídas frecuentes para el porvenir, de las que deben preservarse; son mundanos comprometidos por su condicion en mil negocios, que tienen siempre á su vista mil objetos que son para ellos otras tantas tentaciones; son mundanos á quienes el bullicio de la corte y sus diversas intrigas, sus hábitos y sus máximas, su molicie y sus cuidados, sus pompas y sus placeres, exponen á las ocasiones mas peligrosas; son jóvenes, son damas asediadas de adoradores que las adulan, que las idolatran, que les prodigan incienso, en una palabra, que les tienden lazos en que muy fácilmente caen. Pues estos mismos son los que mas particularmente están obligados á observar el ayuno, y los que se creen tambien mas privilegiados para faltar á él: alegan para esto que el ayuno se queda para el monasterio y el claustro; pero, como dice muy bien san Bernardo, si en el claustro y el mo-

nasterio se practica mejor el ayuno, no es allí, sin embargo, donde es mas absolutamente necesario; ¿por qué? porque el retiro y todos los ejercicios de la profesion religiosa ponen al monje mas á cubierto de cualquier peligro.

36. ¡Ah! mis amados oyentes, acordaos de que no venceréis la tentacion mientras obedezcais á la carne y sigais sus apetitos sensuales. Acordaos de que Dios en su ley no distingue ni calidad ni rango, y si los distingue, no es por consideracion á vosotros ni á vuestro estado, para ensanchar los límites del precepto, sino para hacerle mas estrecho y riguroso. Acordaos de que sois cristianos como los demás, y que cuanto mas elevados esteis sobre ellos, mas enemigos teneis que combatir y mas escollos que evitar; por consiguiente, que cuanto mayor sea vuestra opulencia y vuestra grandeza, mas debeis de temer por vuestra alma y mas esfuerzos teneis que hacer para conservarla. Emplead para ello, además del ayuno y de la penitencia, la palabra de Dios y las buenas obras; la palabra de Dios, puesto que en este santo tiempo es cuando los ministros de Jesucristo dispensan con mas celo esa palabra divina que debe iluminaros y fortificaros; las buenas obras, puesto que en este santo tiempo es cuando la Iglesia redobla su fervor, ó mas bien procura reanimar todo el fervor de los fieles. Provistos de estas armas de la fe, caminaréis con seguridad; y á pesar de los artificios y de la sutileza de la tentacion, á pesar de sus frecuentes insinuaciones y su importunidad, á pesar de toda su fuerza y sus mas violentos ataques, permaneceréis en las vías del Señor, y alcanzaréis la gloria que os deseo, etc.

SERMON

SOBRE LA AMBICION.

Respondens autem Jesus, dixit: Nescitis quid petatis. Potestis bibere calicem quem ego bibiturus sum? Dicunt ei: Possumus. At illis: Calicem quidem meum bibetis; sedere autem ad dexteram meam vel sinistram non est meum dare vobis. (Matth. xx).

Jesús les respondió, y les dijo: Vosotros no sabéis lo que pedís. ¿Podéis beber del cáliz en que yo beba? Ellos respondieron: Podemos. Entonces Jesús les replicó: Beberéis del cáliz en que yo beba, pero no está en mi mano concederos que os sentéis á mi derecha ó á mi izquierda.

1. No fue casual la eleccion hecha por Jesucristo (que venia á enseñar á los hombres la humildad) de discípulos cuyos sentimientos fuesen tan opuestos á esta virtud, y que, en la bajeza de su condicion, antes de purificarles el Espíritu Santo, fuesen soberbios, ambiciosos y ávidos de los honores del mundo. Quería en los desórdenes de su ambicion descubrirnos los nuestros, y en las lecciones esencialmente divinas que les daba sobre tan importante materia darnos reglas para formar nuestras costumbres, y obligarnos á la práctica de aquella santa y feliz humildad, sin la cual no hay piedad sólida ni verdadero cristianismo.

2. Hé aquí el asunto de nuestro Evangelio: Dos discípulos se presentan delante del Salvador del mundo, y le ruegan les conceda los dos principales puestos de su reino. Como ellos no conocian aun el reino espiritual, antes por el contrario creian que se trataba de un reino temporal, es evidente que la ambicion y el deseo de elevarse únicamente les guiaba al dirigirle esta súplica. Vosotros sabéis, cristianos, cómo fue recibida, y por lo que sucedió en tan notable caso podremos reconocer fácilmente en qué consiste el desórden de la ambicion, cuáles son sus diversos caracteres, cuáles sus efectos y consecuencias, y cuál, en fin, el remedio que puede oponérseles. Materia tanto mas importante, cuanto que la ambicion es el vicio dominante de la corte. Aunque no hay clase ni

estado á cubierto de esta pasion, y aunque su esfera, por decirlo así, es tan vasta como el mundo, no por eso es menos cierto que en los palacios de los reyes es donde particularmente se encuentran los ambiciosos: *Ecce in domibus regum sunt* (Matth. xi); que allí es donde forman mas locos proyectos, donde ponen en juego mas resortes, y donde es mas difícil desengañoslos y curarlos. Hay vicios, dice san Juan Crisóstomo, que se combaten sin trabajo y se destruyen á sí mismos, porque el mundo, tan ciego y corrompido como es, tiene todavía bastante luz para ver su vergüenza y suficiente razon para condenarla. Pero en la corte, léjos de ser un crimen la ambicion, es una virtud; ó, dado caso que se considere como un vicio, los mas la miran como el vicio de las almas grandes; y mas se aprecian allí los vicios de las almas grandes que las virtudes de las sencillas y pequeñas. Ahora necesito mas que nunca de las luces del cielo; pidámoselas por la intercesion de la mas humilde de las Virgenes: *Ave María.*

3. Solo á Dios corresponde darnos verdadera idea de las cosas; así pues, en el asunto de que voy á tratar, renunciando á mis propias opiniones, me atenderé únicamente á las instrucciones de nuestro divino Maestro, que con solas tres palabras del Evangelio ha iluminado mi entendimiento é inspirado á mi razon cuanto voy á deciros.

4. Aquellos dos hermanos, hijos de Zebedeo, piden al Salvador del mundo los dos principales puestos de su reino, y el Salvador del mundo, en vez de responderles categóricamente y de explicarse acerca de su proposicion, les hace tres muy diferentes. Primeramente, les declara que no es él, sino su Padre, quien puede elevarnos á aquellos puestos honrosos que tanto desean ellos: *Sedere autem ad dexteram meam vel sinistram, non est meum dare vobis, sed quibus paratum est à Patre meo.* (Matth. xx). En seguida, les hace entender que no deben tratar, como los pueblos infieles, de dominar á los otros; pero que el que de ellos quiera ser grande debe establecer por principio el servir á los otros, y creer que la precedencia á que aspira no ha de ser para él en el fondo otra cosa que dependencia y sujecion: *Non ita erit inter vos, sed qui voluerit inter vos major fieri, fiat sicut minor: et qui præcessor est, sicut ministrator.* (Ibid.). Por último, les interroga, y quiere saber de ellos si podrán beber su cáliz, es decir, el cáliz de sus sufrimientos: *Potestis bibere calicem, quem ego bibiturus sum?* (Ibid.). Tres cosas, cristianos, muy á propósito para destruir tres errores de

que aquellos dos Apóstoles se habian dejado arrastrar en su ignorancia. Porque, sin ir mas allá, suponian que Jesucristo, en cuanto hombre, les podia dar aquellos puestos honrosos que ambicionaban; y Jesucristo les hace conocer que ninguno puede legítimamente ocuparlos fuera de aquellos para quienes están preparados y designados por su Padre celestial. Su intencion, al pretender aquellos dos puestos, era distinguirse de los otros y tomar ascendiente sobre ellos; y Jesucristo los desengaña, advirtiéndoles que para merecer ser colocado mas alto que los otros es una obligacion trabajar para los otros y servirlos. Ellos se proponian alcanzar en aquel soñado reino de Jesucristo, y en aquella imaginaria precedencia, una vida dulce y cómoda; y Jesucristo les enseña cuánto debe costarles esta precedencia, y que para conseguirla es preciso beber un cáliz de amargura y ser bautizado con un bautismo de sangre.

5. Lecciones admirables, en las que no parece sino que el Hijo de Dios ha querido reunir todo lo que la moral cristiana tiene de enérgico para corregir los desórdenes de nuestra ambicion. Los honores del siglo, que ella nos hace buscar con tanto ardor, pueden ser considerados de tres maneras: con relacion á Dios, que es quien los distribuye; con relacion al prójimo, sobre quien nos elevan, y con relacion á nosotros mismos, que los poseemos ó que nos los procuramos. Los honores del siglo son en el órden de la predestinacion eterna vocaciones de Dios; y nuestra ambicion los profana buscándolos como ventajas puramente temporales. Esta será la primera parte de mi discurso. Los honores del siglo deben obligarnos á servir al prójimo; y nuestra ambicion abusa de ellos, buscándolos con afan para ejercer un vano imperio y una orgullosa dominacion. Esta será la segunda parte. Los honores del siglo nos obligan á trabajar y sufrir; y nuestra ambicion los corrompe, considerándolos como el medio que puede proporcionarnos una vida tranquila y agradable. Esta será la conclusion de mi discurso. Armémonos, pues, hoy contra tan peligrosa pasion con las tres máximas del Salvador del mundo; y cuando la ambicion venga á tentarnos y solicitarnos para que nos lancemos en pos de las distinciones mundanas, digámosle que no es ella, sino Dios, quien debe llamarnos: *Sed quibus paratum est à Patre meo*; primera verdad. Cuando nos inspire un oculto orgullo, y nos lisonjee con un secreto placer de ver á los demás debajo de nosotros, opongámosle aquel gran oráculo de la sabiduría evangélica, que el que ocupa

el primer puesto debe ser el servidor y el esclavo: *Et qui præcessor est, sicut ministrator*; segunda verdad. Cuando nos atraiga con la esperanza de las comodidades de la vida, y las dulzuras que al parecer acompañan á las dignidades y los empleos brillantes, confundámosla con el recuerdo de los deberes laboriosos y de las cruces inseparables de estos empleos y dignidades, y preguntémonos á nosotros mismos: ¿Podré yo beber este cáliz? *Potestis bibere calicem*? tercera y última verdad. Este será el asunto de mi discurso.

Primera parte.

6. Por libertad que Dios haya dado al hombre dejándole, como dice la Escritura, entregado á su albedrío, es máxima general, fundada en todos los principios de la Religión, que no hay estado en la vida en que sea permitido entrar al hombre cristiano sin vocacion de Dios, ni condicion para que no sea preciso haber sido elegido antes por Dios, ni rango ni empleo que no sea para nosotros peligroso cuando ascendemos á él sin haber consultado á Dios. En esto, dice san Juan Crisóstomo, consiste el derecho de soberanía que Dios se ha reservado sobre la criatura razonable y entendida; y yo digo que en esto consiste la feliz obligacion que la criatura razonable y entendida tiene de no usar de su libertad y de sus derechos sino bajo la dependencia de Dios, su Señor y Soberano, puesto que no hay nada que esté tan perfectamente ligado con la salud eterna como lo que llamamos vocacion.

7. En efecto, amados oyentes míos, toda nuestra predestinacion gira sobre este eje, quiero decir, sobre la eleccion de los estados que abrazamos. De esto depende, casi únicamente, la felicidad ó la desgracia de nuestra eternidad, y la razon es: que la predestinacion, como dicen los teólogos, no es mas por parte de Dios que cierta continuacion de gracias que para nosotros están guardadas, y por nuestra parte una continuacion de acciones, en las cuales se funda el juicio decisivo que Dios hace de nosotros. La mayor parte de las gracias que recibimos, son gracias determinadas anteriormente con relacion á nuestro estado, y casi todos los pecados que cometemos provienen de las tentaciones y peligros á que nos expone nuestro estado. ¡Cuántos condenados en el infierno hubieran vivido en la tierra como Santos si hubiesen seguido la voz de Dios, abrazando el estado á que Dios les llamaba! ¡y cuántos Santos en el cielo hubieran sido en la tierra impíos y liber-

tinios, si hubiesen elegido una condicion distinta de aquella á que Dios les llamaba! Así debe pensar todo cristiano, tomando las cosas en su primitivo manantial, que es la divina Providencia. Este principio, aunque universal y aunque igualmente conviene á todo lo que puede ser en la vida causa de deliberaciones y eleccion, debe ser aplicado, sobre todo, á lo que respecta á los honores del siglo y á nuestro engrandecimiento en el mundo. Quiero decir, que para llegar segura é irrepreensiblemente á alcanzar estos honores es preciso tener una vocacion mas expresa, mas cierta, mas infalible. El Apóstol, publicando esta ley solemne, que la ambicion de los hombres ha afectado siempre contradecir, pero que la palabra de Dios le opondrá eternamente, á saber, que nadie debe atribuirse el honor á sí mismo, pero que este está concedido únicamente á aquel á quien Dios le destina, el Apóstol, repito, lo ha declarado así: *Nec quisquam sumit sibi honorem, sed qui vocatur à Deo.* (Hebr. v). Regla á la par fundada en el interés de Dios y en el del hombre. En el de Dios, porque á él es á quien pertenece el honor, y por consecuencia á él solo á quien corresponde darlo como le plazca, cuando le plazca, y á quien le plazca. Porque si tiene derecho y poder para ordenarlo todo en el mundo, ¿no tendrá con este mismo poder y este mismo derecho razon para arreglar á su capricho y segun sus miras lo mas distinguido que ha colocado en este? En el interés del hombre, porque en general puede decirse que no hay nada mas peligroso para la salvacion del hombre que la elevacion; pero si toda la elevacion es peligrosa, ¿cuánto mas lo será aquella á que nos han encaminado nuestro orgullo y los deseos de nuestro corazon?

8. Como quiera que sea, cristianos, la regla que debemos seguir es esta, pero ¿acaso la seguimos? ¡ah! aquí sí que no puedo menos de reclamar vuestra atencion. Para convencerlos de lo que voy á decirlos, ó lamentarme de ello con vosotros, me basta consultar á la experiencia. Los honores del mundo son, en los principios de la predestinacion eterna, vocaciones de Dios; pero el mirarlos hoy tratados como las cosas mas profanas es el escándalo del Cristianismo. Porque con menosprecio de san Pablo y su regla entramos en ellos sin vocacion: los obtenemos por intrigas y artificios; cualquiera que sea su naturaleza los consideramos como debidos al nacimiento, los solicitamos como recompensa de servicios, los medimos por el mayor ó menor interés, el mayor ó menor provecho que dejan; comerciamos con ellos sórdida y vergonzosamente.

te. Y todo esto sin remordimientos, sin inquietud, sin temor, porque para ello apelamos á la autoridad de una prescripcion imaginaria y un falso uso, como si el desarreglo de nuestra conducta pudiese ser jamás un título contra los derechos de Dios. Si no nos lamentamos de estos abusos, ¿de cuáles deberémos lamentarnos? Entremos en pormenores; y aunque nos cause vergüenza, no temamos descubrir nuestras llagas cuando tanta necesidad tenemos de curarlas. Lánzase alguno tras los honores del siglo sin vocacion; y nadie se asombra de ello, porque el error llega hasta suponer que no es necesaria la vocacion para estas especies de estados. Lo es, sí, para abrazar una vida humilde en el claustro; en esto convienen todos: pero para elevarse á los primeros puestos, para sentarse en los tribunales, para encargarse de los negocios públicos, para ejercer cargos en los cuales dependen de nosotros los intereses de una ciudad, de una provincia, de todo un reino; para ocupar puestos que exigirian, si fuese posible, la santidad de los Ángeles, hasta con la ambicion del hombre. El Hijo de Dios dice en el Evangelio que estos puestos no son mas que para aquellos á quienes su Padre los ha destinado: *Sed quibus paratum est à Patre meo.* (Matth. xx). Pero esta predestinacion del Padre celestial es un misterio desconocido para el hombre ambicioso. En vano san Juan Crisóstomo le hace ver que esos empleos traen consigo obligaciones indispensables para la conciencia, y que por consecuencia deben estar bajo el dominio de la gracia; el dominio de la gracia, que le estorba y que limita sus proyectos, le parece quimérico. En vano san Bernardo le hace entender que cuanto mas elevados y distinguidos son estos honores, con mas razon piden una vocacion que los santifique; acostumbrado á no oir otra voz que la de sus deseos locos y mundanos, se vuelve insensible á todo. Aun para las dignidades de la Iglesia ¿tiénese hoy por ventura en consideracion la vocacion divina? Destinar á ellas niños incapaces todavía de comprender sus obligaciones, hacerles entrar en ellas antes que estén en estado de conocer su importancia, y cuando ya han adquirido este conocimiento, obligarlos, con peligro de su alma, á mantenerse en ellas, ¿no es esto ofender á Dios y á su Iglesia, de cuyas dignidades solo puede disponer la Sabiduría eterna? Pues aun no lo he dicho todo; porque si el mérito y la virtud supliesen de algun modo la falta de la voluntad y de la gracia, aun cuando, segun san Gregorio papa, hubiese siempre error é indecencia en la intencion, al encaminarnos por el sendero de la Iglesia hácia los honores del siglo, todavía

podria decirse que no habia absoluta profanacion ; pero cuando con exclusion del mérito, como sucede infinitas veces, se tocan todos los resortes de la intriga , de la cábala , de la intercesion, del padrinzago, del favor ; cuando el crédito y la amistad se mezclan en todas estas cosas, y llevan la mejor parte ; cuando para ello se emplean la astucia, el fraude y la importunidad, y siguiendo el ejemplo de la madre de los dos discípulos, se representa toda clase de papeles, desde los de suplicante y negociante hasta los de adorador y cliente, *adorans et petens* (Matth. xx) ; cuando uno no solamente no oculta á los demás los medios ruines de que se vale , sino que hasta los declara y publica ; cuando abiertamente explica sus pretensiones, proponiéndose por única política llevarlas á cabo ; cuando, conseguido su intento á costa de su decoro, se alaba todavía del éxito como de un rasgo de habilidad ; cuando ¿lo diré? se introduce en el santuario de los honores por la puerta de la infamia, y para abrirse camino corrompe á este con promesas, á aquel con dádivas, al otro con amenazas ; cuando para conseguir con mas seguridad su objeto se vale del vicio mismo y de la iniquidad, y solicita su proteccion ; cuando todo esto, digo, á fuerza de ser comun pasa por inocente, por legítimo y honrado, ¿cómo no deducir que todas las ideas del honor, hablo de aquellas que Dios ha impreso en nosotros, se borran cada día mas de nuestra alma, puesto que ya no miramos los honores del mundo como puestos que la Providencia tiene destinados de antemano, sino como objeto de nuestras pasiones, ó como dones de la fortuna expuestos á las tentativas de los mas atrevidos?

9. Oid esto, cristianos, y no perdais un solo punto de tan extensa moral. Los mas altos honores son pretendidos hoy entre nosotros como recompensas debidas al nacimiento y á la sangre, y esta es otra prevaricacion : cualquiera, sin mas motivo, créese con suficiente derecho para pretenderlo todo ; basta con tener calidad para aspirar á los puestos mas eminentes del sacerdocio ; basta con ser hijo de un padre opulento para lanzarse tras los mas altos empleos ; basta, hablando vulgarmente, con que fulano sea hijo de zutano, para que el hijo tenga la seguridad de ser todo lo que ha sido su padre. Solo por esta circunstancia nada habrá que no emprenda, por indigno é incapaz que sea : él juzgará, mandará, gobernará, decidirá de la suerte y de la vida de los hombres ; brillará sobre un trono de oro, cuando debiera estar confundido entre el cieno y á la altura del mas pequeño de la plebe.

10. Moisés, dice Filon el judío, viéndose á las puertas de la muerte no se atrevió á nombrar uno de sus deudos para que le sucediera en la honrosa comision que le habia sido encomendada de conducir al pueblo. ¿Y por qué? porque no creyó, añade el mismo autor, que eleccion de tanta importancia le correspondiese, ni que le fuese permitido á él llamar á los suyos á un ministerio al cual él mismo no habia ascendido sino por expresa vocacion de Dios: *Aut quia non putavit rem tantam ad suum pertinere judicium, aut quia ipse non potuerat nisi Deo vocante principatum suscipere.* (Philo). Así pensó aquel sábio legislador; pero el ambicioso, más ilustrado ó menos escrupuloso que Moisés, no vacila en creerse destinado á suceder á quien mejor le place; y hace valer, como los hijos de Zebedeo, la proximidad de la sangre para conseguir los planes que le sugiere su ambicion. Ya no están seguras ni las mas sagradas dignidades. Espíritus mundanos, interesados y avaros, repiten hoy, pero con mas escándalo, lo que decian ya en tiempo de David los principales del pueblo de Israel: Vamos, apoderémonos del santuario de Dios como de una herencia que es nuestra: *Omnes principes eorum, qui dixerunt: Hereditate possideamus sanctuarium Dei* (Psalm. LXXXII): es un beneficio que ha largos años pertenece á nuestra casa, y es necesario conservarle. Pero yo les responderé con el Profeta: *Deus meus, pone illos ut rotam, et sicut stipulam ante faciem venti* (Ibid.): Hacedles, Dios mio, dar vueltas como una rueda, y disipadlos como el viento disipa la paja; es decir, humilladlos, destruidlos, confundidlos; y puesto que ellos, en lo que respecta á vuestro culto, cuidan tan poco de Vos, no tengais mas que maldiciones para ellos. Y, en efecto, nada mas fatal ni mas sujeto á fatales consecuencias que esas posesiones hereditarias del santuario de Dios.

11. Pero yo he hecho, decís, servicios considerables, y esta plaza que acaba de vacar, y que pretendo, es una recompensa que me corresponde naturalmente. Y bien, replica san Bernardo, ¿qué consecuencia sacais de esos servicios tan alabados por vosotros mismos? Por haber hecho servicios que no tienen relacion ni proporcion con el puesto que ambicionais, ¿os creéis mas capaces de ocuparle que otros muchos? ¿Por ventura ha sido erigido ese puesto para agradecer servicios como los que vosotros pretendéis hacer valer en provecho vuestro? ¿Es justo, por ejemplo, que el sacerdocio, y lo que le es anexo, sean recompensa de un servicio temporal y mundano? ¿Puede haber simonía mas visible y condenable

que esta? Para recompensar vuestros servicios ¿será preciso entregaros un poder que no ha de servir mas que para perderos? Habeis servido con todo el celo, con toda la fidelidad que podía esperarse de vosotros; pero esta fidelidad ¿deberá ser recompensada en vuestra persona (permitidme que me explique de esta manera) prostituyendo la autoridad? ¿No hay otra manera de premiar esos servicios, que exagerais, que haceros subir á un lugar que Dios no habia destinado para vosotros? Tal es, sin embargo, amados oyentes míos, la ceguedad de nuestra avaricia: profánanse indignamente, contra las miras de Dios, honores que exigen vocacion del cielo, convirtiéndolos en fortunas sobre la tierra. ¡Cuántos padres, y padres cristianos, olvidando que lo son, dicen como la madre del Evangelio: *Dic ut sedeant hi duo filii mei* (Matth. xx): colocad á mis dos hijos á vuestro lado, y haced que ejerzan, el uno á vuestra derecha, el otro á vuestra izquierda, los mas altos ministerios de vuestro reino! Si algunos hay bastante prudentes para no declararse tan groseramente, pocos son los que en su corazon no se dicen estas palabras á sí mismos. Porque este es uno de los artículos acerca del cual sostendré siempre que la moral de Jesucristo, de que tanto blasonamos, no nos ha reformado todavía. En todo lo demás habrá devocion y regularidad; pero, á pesar de esto, cada cual querrá ver honrosamente establecida á su familia, y digo honrosamente, segun las máximas del mundo. Cada cual querrá ver á sus hijos ventajosamente colocados, segun las ideas del mundo; es decir, los unos en la Iglesia con todo el fausto del mundo; los otros en el mundo con todo el lujo del paganismo; los unos enriquecidos con los despojos de los pueblos, los otros con el patrimonio del altar; los unos en el pináculo del templo, donde la cabeza mas segura suele marearse, los otros en las magistraturas, donde el peso de sus obligaciones los confunde; y, como la corrupcion de las costumbres nace casi infaliblemente de aquí, los unos y los otros desarreglados y escandalosos en su estado: *Dic ut sedeant hi duo filii mei*. (Matth. xx). Maldicion que por justo y terrible juicio de Dios parece ir encadenada en nuestros días á todas las familias de los grandes. Diréis que este abuso es una ley, y que Dios, con toda la superioridad de su sabiduría y de su gracia, está obligado á sujetarse á él. Basta que un jóven sea el menor de su familia para que no se dude que está llamado á ejercer las funciones venerables de pastor de almas. Si las cosas cambiasen de faz, su vocacion entonces seria otra. Mientras haya un mayorazgo, no

habrá inconveniente en que sea la misma, porque el interés de la familia exige que uno de los dos ocupe el puesto deseado; y tambien, para decirlo de una vez, porque el fin que se proponen muchos padres devotos no es hacer á sus familias cristianas, sino poderosas.

12. No hablaré ahora de otro desórden que va unido á este, del cual se lamentaba ya en otro tiempo Salvien, aquel santo sacerdote de Marsella; á saber, que si entre los varios hijos que componen una familia hay uno de poco talento, este es siempre aquel para quien los honores de la Iglesia están reservados. Si es feo, mal hecho ó poco querido de los padres, no hay duda sino que es necesario que obtenga un beneficio. ¡Oh impiedad! exclamaba aquel grande hombre, como si el no servir para otra cosa fuese ya una vocacion para la casa de Dios, ó como si los altares debieran enriquecerse con los desechos del mundo! *At vero nunc nulli Deo magis roventur, quam quos parentum pietas minus respicit; et qui indigni censentur hæreditate, digni judicantur consecratione.* (Salvian.). ¿Podria haberse expresado en términos mas fuertes y propios del caso? Ya, añadia, no dan los padres voluntariamente á Dios sus hijos; le dan, sí, aquellos que tienen menos parte en su cariño: únicamente cuando los juzgan indignos de su nombre y cuna los creen capaces de ser ministros de Jesucristo y dispensadores de sus misterios.

13. ¿Os asombraréis ahora, cristianos, de que Dios, justo vengador de su providencia y de sus derechos, se irrite contra vosotros? ¿Con qué ojos puede ver semejantes profanaciones? ¿Seria él lo que es, es decir, un Dios sábio, un Dios santo, un Dios perfecto, si tolerase tranquilamente semejantes abusos? ¿Nos maravilláremos ahora de que todas las clases del mundo estén envilecidas, de que haya tantos eclesiásticos escandalosos, tantos jueces corrompidos, tantos grandes sin conciencia y hasta sin religion? ¿No seria una especie de milagro que no sucediese así? ¿Cómo quereis que hombres que no han recibido gracia, ni tienen vocacion para un estado, sean fieles en él á sus deberes, y no se pierdan? ¿Cómo quereis que la misma avaricia, la misma ambición que les ha obligado á entrar en él no los arrastre á mil desórdenes? ¡Ah, Señor! estoy predicando una moral razonable, sólida, cristiana, pero ¿dónde la predico? En medio de la corte y delante de un auditorio que, aunque me escucha con interés, está poco dispuesto á creermelo. Son mundanos; y ¿quién entre los mundanos comprenderá mi lengua-

je, ó querrá comprenderlo? *Domine, quis credidit auditui nostro?* (Isai. LIII).

14. Pero si estas máximas, Señor, no producen efecto alguno en el mundo; si el mundo no las sigue, habrán sido á lo menos anunciadas, habrán instruido á todos; nadie en adelante se escudará contra vuestra ley con su ignorancia, y los ministros no permitirán con su silencio que la ambicion obre contra vuestro Evangelio. Lo que digo ahora lo repetiré siempre, y siempre rendiré á la verdad el testimonio de que los honores del siglo vienen de Vos, y son otras tantas vocaciones vuestras; y siempre haré ver que con relacion al prójimo son una esclavitud necesaria, un compromiso que nos obliga á servirle, como vamos á ver en la

Segunda parte.

15. Solo Dios, cristianos, es absolutamente grande, y lo es por sí mismo. Todo lo que es grande fuera de Dios, y entre los hombres, lo es únicamente con relacion al prójimo, quiero decir, para el bien y utilidad del prójimo: nada mas odioso é injusto en el mundo que una fortuna que se va volviendo orgullosa á medida que va elevándose, y que se prevale de lo que es; cuando lo que es, lejos de inspirarle ese espíritu de altanería y vanidad, debe ser para ella un motivo de modestia, de condescendencia, de caridad y humildad. En efecto, dice con mucha razon san Ambrosio, dominar para dominar es privilegio de Dios. Pero el propio de la criatura es dominar para servir; y cuantas veces le sucede al hombre separar estas dos cosas, atribuyéndose lo que no tiene, destruye aquello mismo que tiene; ¿por qué? porque la dominacion del hombre no es, segun los designios de Dios, mas que un verdadero ministerio; en el momento en que separa de él el espíritu de celo y caridad hácia el prójimo, separa su parte mas esencial, y por consecuencia la destruye.

16. Voy á tratar de examinar si este punto de moral estaba desconocido en el paganismo, ó si es una nueva obligacion que el Evangelio nos ha impuesto. Yo mas bien veo en ella una diferencia que el Evangelio establece hoy entre los paganos y nosotros. Porque los grandes entre los paganos, dice el Hijo de Dios, tratan á los pequeños con imperio, al paso que entre nosotros los pequeños deben ser tratados por los grandes con amor, y aun, segun las reglas de la fe, con cierto sentimiento de respeto: *Scitis quia prin-*

cipes gentium dominantur eorum. (Matth. xx). Así hablaba aquel divino Maestro; pero san Jerónimo observa perfectamente que el Salvador del mundo, hablando así, veía en el uso que las naciones infieles hacen del poder un desórden, y no una legítima posesion; y que nosotros, aprendiendo á edificar sobre diferentes cimientos, es decir, á obligarnos á ejercer la caridad por la misma razon de nuestra elevacion, y particularmente por el mismo poder de mandar que reside en nosotros, no hemos recibido de él otra ley que aquella misma que la razon nos prescribe, pero que las tinieblas del pecado han oscurecido, y que gran necesidad tiene de las luces de su santa doctrina para ser reconocida de todos.

17. No, amados oyentes míos, no es necesario recurrir al Evangelio para convencerse de esta verdad. El príncipe de los filósofos no tenía principio alguno del Cristianismo; comprendíale sin embargo cuando decia que los reyes en el alto grado de elevacion, en que los consideramos como divinidades de la tierra, no son mas que hombres hechos para los otros hombres, y que no son reyes para sí mismos, sino para los pueblos. Ahora bien, si esto es cierto, ninguno de vosotros me tachará de llevar demasiado léjos las cosas, puesto que me anticipo á decir que no se puede ser nada en el mundo ni elevarse, aunque sea por caminos rectos y legítimos, á los honores del mundo, con otra mira que no sea la de emplearse, interesarse y consagrarse á hacer la felicidad de aquellos que la Providencia ha colocado debajo de nosotros; que un hombre, por ejemplo, investido de tal ó cual dignidad no es mas que un súbdito de Dios, destinado y elegido para servir á cierto número de personas, á quienes debe dedicar sus cuidados; que un particular, que desempeña un cargo, no se pertenece ya á sí mismo, sino al público; que un superior, un amo, no tiene autoridad mas que para ser útil á toda una casa, lo que sin autoridad no podría conseguir: *Præes*, decia san Bernardo escribiendo á un grande del mundo y manifestándole la idea que debía tener de su condicion, *præes, non ut de subditis crescas, sed ut ipsi de te.* (Bern.). Podeis dar órdenes, y es justo que se os obedezca; pero pensad que esta obediencia no os ha sido concedida mas que como una carga onerosa, y que seréis prevaricador si no la haceis redundar enteramente en beneficio de aquellos que os la deben. De aquí deduzco que si se halla algun cristiano (¿cuántos no habrá?) que deslumbrado por la autoridad que debe á su fortuna ó á su nacimiento considere á sus siervos y súbditos como partes de su grandeza, des-

cuidando el interés de ellos por atender al propio, cuando debía procurarles una felicidad sólida, tal como ellos tienen derecho á esperar de él ; sin necesidad de otro crimen, merece ser reprobado de Dios; ¿por qué? porque altera el órden de Dios, que ha hecho á los grandes para los pequeños, y á los poderosos y fuertes para los débiles. Así lo ha dicho san Agustín al tratar de los principios generales de la Providencia.

18. Bien sé que el Cristianismo ha dado doble valor á todo esto, y que el ejemplo del Hijo del Hombre, que no bajó á la tierra para ser servido, sino para servir á los otros, ha hecho mucho mas indispensable este deber. ¿No seria vergonzoso, dice san Juan Crisóstomo, que en una religion en que reconocemos por Señor, y por Señor soberano, á Jesucristo, hubiese hombres que quisiesen ejercer un imperio mas absoluto que él? Pensamiento poderoso para el cristiano. ¿No es justo que habiendo tomado el Verbo de Dios la cualidad de servidor, habiéndola ennoblecido, habiéndola divinizado en su persona, la honremos y respetemos nosotros? Y ¿no ha prevenido ya todo esto el mismo Dios, añade san Juan Crisóstomo, cuando para rendir homenaje á las humillaciones de su Hijo nos ordena, cualquiera que sea el grado de superioridad á que nos hayamos elevado, que nos contemplemos á nosotros mismos, y sobre todo obremos como servidores y ministros; de manera que puedan aplicársenos las palabras del Apóstol: *Omnes sunt quasi administratorii spiritus?* (Hebr. 1). Todo esto es verdad, cristianos; pero yo veo con dolor que la fe, que nos da ideas tan altas y perfectas sobre este particular, rara vez logra en la práctica inspirarnos las mas sencillas miras de la razon. Si yo os dijese que este deber se extiende, segun el espíritu del Evangelio, hasta hacernos responsables del prójimo y su salvacion; es decir, que todo hombre que posee alguna autoridad, á medida de esta misma autoridad, es mas ó menos responsable de la conducta del prójimo, estando encargado de responder á Dios de sus desórdenes y crímenes, de su pérdida y condenacion, teniendo obligacion de asemejarse á su modelo Jesucristo, que no ha sido Señor de los señores mas que para trabajar en la redencion y santificacion de los pecadores: *Non ministrari, sed ministrare, et animam suam dare in redemptionem pro multis* (Matth. xx); si os hablase de esta suerte, digo, os haria temblar. Pero cualquiera que sea esta obligacion, que por su importancia reclama un discurso entero, hé aquí, grandes del mundo, añade san Bernardo, el plan de vida que os marca vuestra religion :

Forma evangelica hæc est, dominatio vobis interdicitur, indicitur ministratio. (Bern.). Como cristianos, cuanto mas grandes seais, mas caritativos y bienhechores debeis ser : toda dominacion os está prohibida, y vuestras funciones están limitadas á servir ; compendio de la moral evangélica que debe santificar vuestro estado. Así san Agustín, sin dejarse deslumbrar por la prelatura, hallaba en su misma dignidad su confusion y un motivo para humillarse é instruirse en su grandeza misma : *Quod enim christiani sumus, propter nos est ; quod præpositi, propter vos.* (Aug.). Para vosotros, hermanos míos, decia á los fieles que dirigia, para vosotros únicamente me ha hecho Dios obispo de su Iglesia, del mismo modo que, para mí mismo, me ha hecho cristiano ; y si yo fuese capaz de envanecerme con mi sacerdocio, bastaria esto para atraer sobre mí la venganza divina. Dios ha encontrado el secreto de atemperar la desigualdad de las condiciones de la vida, quitando á los pequeños todo motivo de queja en su abatimiento y á los grandes todo derecho á engreirse en su elevacion. Yo soy algo en el mundo, pero las ventajas que logro con esto no son mas que una obligacion de no hacer nada para mí mismo, á fin de que todo sea para los otros ; porque si ellos deben servirme, tambien yo debo servirlos á ellos. Si ellos son súbditos míos, yo tambien lo soy suyo ; y no les haré justicia, si no me ocupo de su bien aun mas que ellos del mio.

19. ¿Lo habeis entendido, amados oyentes? ¿Podré esperar ahora que en medio de la corrupcion del siglo aprobeis una máxima tan cristiana y santa ? Se trata de saber si la practicais en vuestra conducta, y si vuestros sentimientos están conformes con ella, que es como si dijéramos con los ejemplos y las instrucciones de vuestro Dios. Jesucristo ha dicho que ella seria la divisa que nos distinguiria de los paganos, y á vosotros y de vosotros hablaba cuando prohibia á sus Apóstoles la vanidad y la soberbia de la dominacion : *Non ita erit inter vos.* (Matth. xx). Veamos, pues, si entre aquellos que se lanzan en pos de los honores del mundo se encuentran ó no almas paganas que abusen de su posicion, y que uniendo el orgullo á la autoridad la hagan imperiosa é insoportable á la vez. Veamos si en el Cristianismo, á pesar del ejemplo de un Dios humillado y abatido, se encuentran aun señores altaneros y endurecidos que solo sepan hacerse obedecer, servir y temer, sin saber compadecer, aliviar, condescender, hacerse amar ; que usando de toda la fuerza, y á veces de toda la asperceza del mando,

no le suavicen alguna vez, contra el precepto del Apóstol, con la unción y la dulzura de la caridad. El espíritu de dominación que combato no dejará de alegar pretextos para justificarse; pero la palabra que predico tendrá todavía mas eficacia para confundirlo. Escuchadme.

20. Cuando nos vemos elevados, blasonamos de un falso celo de cumplir con nuestro deber, de sostener nuestros derechos, de hacer respetar nuestra autoridad: todavía vamos mas allá, mirando como cosa precisa nuestra vanidad y altanería; tan ingenioso es el amor propio para disfrazarnos los vicios mas groseros con la apariencia de las mas puras virtudes. Pero si es celo, y celo verdadero, el del que desempeña un cargo, ¿por qué este celo, dice san Bernardo, solo se enciende en ciertas ocasiones, y cuando se trata de abatir á los otros y tomar ascendiente sobre ellos? ¿Por qué para todo lo demás es tan perezoso y lento? ¿Por qué le vemos debilitarse y extinguirse en el momento en que la ambición está satisfecha? Por diestros que seamos en engañarnos á nosotros mismos, preciso es que convengamos, cristianos, en que esto es vergonzoso y triste. Mientras solo se trata de funciones penosas, laboriosas, de pura caridad y de ningún brillo, el celo de cumplir con nuestra obligación y de mantener nuestros derechos nos inquieta poco; pero así que hay una precedencia que disputar, una sumisión que exigir, una ley que imponer, se despierta y aviva. Estaba adormecido, y si se tratase de cualquiera otra cosa, seguiría estándolo; no hay como estos puntos de honor para despertarle. Pero ¿es esto solo lo que debe estimular y animar á un celo cristiano? ¿Podrémos decir, prosigue san Bernardo, que cumplimos con nuestro deber cuando le convertimos en un yugo enojoso, pesado y casi insoportable para aquellos que deben acatarle? Irritar los ánimos en vez de hacerse partido; hundir á los unos en la amargura, sepultar en la desesperación á los otros; insultar á estos, afligir á aquellos; excitar murmullos, destruir la subordinación por querer establecerla, ¿es esto cumplir con su deber? Hé aquí á donde nos conduce ese celo, cuya ambición, en vez de edificar, destruye. Sin consultar á la humildad cristiana nos empeñamos en sostener nuestros derechos, reales ó pretendidos, á costa de los mayores sacrificios. Mal que le pese á la caridad, y cueste lo que cueste al prójimo, es necesario hacerlos valer en toda su extensión, no ceder en nada, no admitir ninguna condición ni com-

posicion; ¿por qué? porque estamos poseidos del espíritu de dominacion, que á veces, con la mas deplorable ceguedad, convier- te un vano deseo de autoridad en virtud y justicia.

21. ¡Funesta tentacion, á qué extremo y á qué excesos arras- tras todos los dias á los hombres! ¡Qué escándalos no has causado! ¡cuántos resentimientos y venganzas no has autorizado! ¡de cuán- tos males no has sido causa, y cuánto bien no has dejado de ha- cer! Si la humildad, tal como nuestro Evangelio nos la aconseja, sirviese de correctivo y remedio á esta pasion, ¡qué mayor gloria para Dios! Nuestros derechos tendrian mas fuerza entonces; pero como no queremos descuidarlos un solo instante, como para llevar á cabo nuestras empresas nos aconsejamos del genio altanero é in- dependiente de la ambicion, muchas veces por un derecho frívolo, dudoso, quimérico, se turba la paz, se alteran la union y la con- cordia, la inocencia se ve oprimida, el despecho y el odio se apo- deran de los corazones, y un fastasma siembra por todas partes el desórden y la confusion. Lo mas extraño aquí es que los mas im- periosos suelen ser comunmente aquellos á quienes el imperio que afectan debe convenir menos, hombres que en el fondo no son na- da, hombres que han salido de la oscuridad mas profunda, que han llegado á ser grandes á fuerza de maquinaciones ó intrigas, y que para dar mas realce á su falsa grandeza miran como una glo- ria el abatir y dominar á los verdaderos grandes.

22. ¿Es este el espíritu de Jesucristo? ¿son estas las lecciones que hemos recibido de Jesucristo? ¡Ah, cristianos! sigamos en todo aquella hermosa máxima del Salvador de los hombres: *Qui major est inter vos, fiat sicut minister* (Matth. xx); cuanto mas os distinga de los otros vuestra posicion, mas debeis aproximaros á ellos; mas, si me es permitido servirme de esta expresion, debeis humaniza- ros; mas dulzura, moderacion y caridad debe haber en vosotros. Si insisto en esta moral, y si lo hago con la santa libertad del púl- pito, nadie puede condenarla. Cuando hablo á los pueblos, mi mi- nisterio me obliga á enseñarles el respeto y la obediencia que os deben; pero cuando hablo en esta corte, cuando me dirijo á los grandes, debo decirles lo que deben á los pueblos. En la tercera parte os manifestaré que los honores del siglo son vocaciones de Dios, deberes que nos obligan á servir al prójimo, y carga, en fin, de trabajos y sufrimientos.

Tercera parte.

23. El mundo podrá negarlo ; pero de cualquier manera que vea las cosas, siempre será una verdad eterna que los honores y las distinciones, tan propias al parecer para lisonjear nuestra ambicion, no son mas que una pesada carga de trabajos y sufrimientos para el cristiano. Así cuando aquellos dos hermanos, hijos de Zebedeo, pidieron al Hijo de Dios los primeros puestos de su reino, creyendo encontrar en ellos una beatitud y una felicidad anticipadas, el Salvador supo desengañarlos con estas palabras : *Potestis bibere calicem quem ego bibiturus sum?* (Ibid.) ¿podréis beber el cáliz de mis sufrimientos? dándoles á entender que lo uno era inseparable de lo otro, y que aquella precedencia, de que tan falsa idea se habian formado, seria para ellos, dado caso que la obtuviesen, una medida mas abundante de trabajos, tribulaciones y cruces : *Calicem quidem meum bibetis*. Además, hermanos míos, ¿debemos, como dice san Agustín, buscar y esperar en el mundo honores exentos de esta condicion ; es decir, honores puros, y que no estén mezclados, cuando no llenos, de aflicciones y penas? Si los hay, no es en la tierra ; están reservados para el cielo : los honores de la tierra son de otra especie, y Dios nos los envia como otros tantos cálices de amargura. Si nos figuramos otra cosa, no los conocemos ; y si usamos de ellos de otra manera, los corrompemos.

24. Para haceros comprender mejor mi pensamiento no os hablaré de esos accidentes imprevistos, de esos sucesos trágicos de que tantas veces somos espectadores. No os diré nada de esos reveses y esas tristes revoluciones, que llamamos decadencia y desgracias del siglo, y por los cuales los mismos honores, que fueron para nosotros en un principio causa de dulces alegrías, desvanecidos y perdidos de repente, vienen á ser por fin nuestro tormento y suplicio. No tomemos en cuenta la malignidad de la fortuna, que envidiosa, por decirlo así, de nuestra elevacion, y como enemiga de su propia obra, atrae sobre nosotros el odio y la envidia ; de manera que aquellas mismas gracias que le debimos conviértense á la postre en un manantial inagotable de disgustos y pesadumbres. Vosotros estais mejor instruidos de esto que yo, y si necesitase testigos, no elegiria mas que á vosotros. Detengámonos un momento, y examinemos con alguna detencion lo mas esencial de esta materia.

25. Supongamos que viva el hombre cristiano en medio de una

prosperidad constante y siempre igual, y veamos si, por hallarse en mejor posicion que los otros, puede prometerse vida mas dulce y cómoda. Yo creo, por la misma razon, que no hay amargura en la vida que él no deba esperar, ni afliccion que no deba estar dispuesto á sufrir. ¿Por qué? voy á probarlo. Porque la elevacion en que se halla le obliga á violentarse continuamente, reduciéndole á la necesidad de sufrir muchas veces las violencias de los otros; porque le hace entrar en una vida llena de tristes cuidados, de los cuales no le es permitido desembarazarse; porque exige de él que esté dispuesto á inmolarse, á sacrificarse como una víctima, ora de la verdad, ora de la justicia y de la inocencia. Tener que violentarse de esta suerte, sufrir, sacrificarse, inmolarse de esta suerte, ¿es gozar de reposo? ¿es vivir en el contento? Reflexionemos: lo primero que exigen de nosotros los honores del siglo es que nos hagamos violencia, y venzamos. Porque, ¿cómo un hombre constituido en dignidad puede cumplir con las obligaciones de su estado, viviendo segun los deseos de su corazon, y sin hacer uso alguno de la mortificacion evangélica? ¿Cómo un cristiano, débil é incapaz de violentarse y vencerse, puede, segun Dios, cumplir con el desempeño de un ministerio importante? ¿Cómo puede ser exacto, puntual á horas incómodas, fijarse en lugares desagradables, á donde su conciencia y obligacion le llevan? Si es un hombre cómodo, ¿cómo podrá sufrir las mil fatigas que lleva consigo todo empleo, sobre todo si es de importancia? Es necesario, pues, que aprenda á sufrir; y para aprender bien, para ocupar mas dignamente su puesto, no es menos necesario que renuncie á la molicie y á las delicias, que descuide su reposo y su salud, y que á semejanza de san Pablo, despreciando su vida por atender á su deber y salvacion, busque en el uso de los honores del siglo la práctica de aquella abnegacion cristiana que consiste en llevar su cruz y en mortificar la carne y el espíritu.

26. Sufrir los defectos de los otros, es lo segundo que exigen del hombre los honores mundanos. En efecto, cuanto mas elevados nos hallamos, mas rodeados y perseguidos nos vemos de hombres que tienen sus defectos, su humor, sus caprichos, sus intereses, sus pasiones y vicios; y mas y mas expuestos á los tiros de la envidia, á la censura, á la maledicencia. ¡Cuánto no costó á Moisés el ser conductor del pueblo de Dios! ¡de cuánta paciencia no debió armarse para desempeñar hasta el fin su oneroso empleo! ¿Le hubiese desempeñado dignamente, si ayudado de una cons-

tancia invencible, de una moderacion que aquellos ánimos indóci-les sujetaban diariamente á nuevas pruebas, no se hubiese endurecido y acostumbrado á la contradiccion y á las injurias? Y ¿cómo podréis, amados oyentes míos, ser fieles á vuestros deberes, cualquiera que sea vuestra condicion, si no sabeis venceros, si no sabeis callaros en las ocasiones, sofocar vuestros resentimientos, contener los arranques de vuestro corazon, recibir mil disgustos y devorarlos en silencio? Cuanto mas grandes seais, y mas dignos del puesto que ocupais, mas os envidiarán, y, por consiguiente, mas oposicion encontraréis, mayores ofensas os serán dirigidas. Si os irritais, sufriréis las consecuencias de vuestro arrebató; si os venceis, sufriréis las consecuencias del arrebató de los otros. Como quiera que sea, jamás podréis evitar que la elevacion sea para vosotros una carga pesada, y una funesta cruz vuestra grandeza.

27. Arrastrar una vida llena de amargos cuidados, de que en vano trataríamos de librarnos, es el tercer compromiso que traen consigo los honores del siglo. Yo os lo pregunto, hermanos míos; y, sin hablar de los monarcas y soberanos, que por cierto no están exentos de esta ley, decidme, ¿dónde existe hoy un señor, un particular, un juez, un prelado, un magistrado que, para obrar como cristiano en esto, no pueda y deba aplicarse á sí mismo aquellas palabras de David: *Tribulatio et angustia invenerunt me?* (Psalm. cxviii). Las inquietudes y amargura han venido á turbarme; yo no las buscaba, antes trataba de alejarlas de mí. Pero la divina providencia de mi Dios, que dispone todas las cosas para mi salvacion, les ha dado entrada en mi alma, y me veo cargado de cuidados que me anonadan: *Tribulatio et angustia invenerunt me*. Sentimiento, dice san Bernardo, capaz por sí solo de destruir esas vanas altiveces, y de moderar esas complacencias que inspiran al principio ciertas distinciones y categorías honrosas en el mundo, porque no es apreciable el honor cuando las penas que acarrea son superiores al resplandor que le acompaña: *Non est quod blandiatur celsitudo, ubi sollicitudo major.* (Bern.).

28. Por último, tener siempre el alma en un hilo, estar siempre dispuesto á inmolarse por la justicia ó la verdad, es el cuarto compromiso que traen consigo los honores del mundo. ¿Para qué habia de darnos Dios el crédito, para qué habia de colocarnos al frente de los demás, sino para que le dedicásemos, cuando su causa lo requiriese, un sacrificio superior al de los demás? Á veces autorizamos nuestras acciones con las palabras del Apóstol: *Qui episcopatum de-*

siderat, bonum opus desiderat (I Timoth. III) : el que desea la mas alta de todas las dignidades, desea una obra honrada y digna de alabanza. Pero san Jerónimo nos convencerá, respondiéndonos que la mas alta de todas las dignidades, en los tiempos en que hablaba san Pablo, era la mas próxima disposicion al martirio y la muerte. Y yo añado ahora al pensamiento de san Jerónimo que no hay en la tierra superioridad ni dignidad que no nos obligue indispensablemente á ser en ciertos casos mártires del buen derecho y de la equidad, mártires de la inocencia, de la Religion, de la gloria de Dios; y que de cualquier otro modo que obremos, mas que cristianos, serémos hombres mundanos y réprobos.

29. Bien veo que esto es difícil; pero, como dice san Ambrosio, ¿no es justo que devolvamos á Dios parte de lo mucho que de él hemos recibido? ¿No ha ordenado así las cosas su infinita sabiduría, uniendo el honor á los empleos y cargos para endulzar sus amarguras, y las amarguras de los empleos y cargos para alejar de nosotros la presuncion y la corrupcion? Así lo han creido todos los verdaderos fieles que, en los altos puestos en que Dios los ha colocado, únicamente se han considerado como hostias vivas, á fin de secundar los designios de la Providencia.

30. ¿Qué respondeis á esto, hombres del siglo? ¿Cómo podeis justificar esa vida ociosa y sin accion que traéis en puestos que exigen una vigilancia incansable, que reclaman toda vuestra atencion? Poseedores tranquilos y vanos idólatras de un honor, cuyo resplandor deslumbra vuestra vanidad, pero cuyas obligaciones asombran á vuestro egoismo, venid á contemplaros en el cuadro que ofrezco á vuestros ojos; venid á reconocer la enorme diferencia que hay entre vuestra conducta y vuestros deberes; venid á aprender lo que debeis ser, y á confundiros viendo lo que sois. Bien sé que no os faltarán vanas disculpas; bien sé que no dejaréis de imaginar pretextos para persuadiros que no deben estar los demás menos contentos de vosotros, que vosotros lo estáis de la manera que ejerceis vuestro ministerio. Pero examinémoslo de buena fe, y reflexionemos. Ocuparnos sin cesar de nuestras diversiones y placeres, y casi nunca de las funciones de nuestro empleo; huir de un trabajo que debemos al público, y que el público reclama de nosotros; motejar de cautiverio y esclavitud á una asiduidad necesaria; descargar en otro cuidados que personalmente nos corresponden, y de que somos únicamente responsables; no poder estar donde se desea, y estar donde no se quisiera; abandonar todo negocio que-

incomoda, que cansa, aunque Dios no nos haya elevado con otro fin que el de darnos obligaciones ; no escuchar otra voz que la de la prudencia humana, y no querer jamás emprender nada, exponerse á nada, en las ocasiones en que tememos perdernos, pero en las que Dios quiere que nos perdamos, segun el mundo, y que nos expongamos ; en una palabra, aceptar solamente lo dulce y agradable de nuestra posicion, dejando á un lado lo penoso y riguroso, secreto que el mundo enseña, y que nosotros hemos aprendido tan bien ; aun no he dicho bastante, mirar con indiferencia lo que deberia causarnos tantas inquietudes, y excitar todo nuestro celo, abusos que es preciso corregir, violencias que es necesario reprimir, injusticias que es indispensable reparar, escándalos que es forzoso hacer cesar ; y saltar, por el contrario, al mas leve motivo, ocupando uno de esos puestos elevados en los que el hombre debe ser dueño de sí mismo, moderarse, mantenerse impasible siempre sin escuchar la voz de su sensibilidad, y sin manifestarla nunca ; ¿qué digo? abusar del poder para satisfacer animosidades y resentimientos particulares, para autorizar venganzas, para hacerse temible de un pueblo, para hacer sufrir á todo un país, y no sufrir nada uno mismo ; todo esto, y otras tantas cosas que paso en silencio (porque seria demasiado prolijo si intentase llevar mas adelante esta moral, y tratar de otros mil artículos no menos importantes), todo esto, repito, ¿nos conviene? ¿es lo que exige nuestro estado? ¿Para esto ha establecido en el mundo la Providencia tanta diversidad de condiciones, colocando á unos en altos destinos, y dejando á otros en la humildad y el polvo? Al distinguirnos y elevarnos ¿habrá querido Dios, por ventura, entretenernos en el ocio, dejarnos vivir en el reposo, que acudamos á todas nuestras necesidades, que nos abandonemos á nosotros mismos, es decir, á todos los deseos y sentimientos de nuestro corazon? ¿Puede haber hecho el mundo para nosotros solos? ¿No nos ha elegido para gobernar y mantener el buen orden del mundo? Para mantener este orden ¿no tendríamos que hacer ninguna reflexion ni que tomar medida alguna? ¿no tendríamos que guardar ninguna precaucion, ni que correr ningun peligro? ¿no habrá obstáculos que vencer?

31. ¡Oh, amados oyentes míos! san Bernardo lo decia llevado de un sentimiento de humanidad ; pero ¡con cuánta verdad no podeis decir vosotros : Soy la quimera de mi siglo, *chimæra sæculi* ! Porque lo soy todo y no soy nada ; ó mas bien, quiero conseguirlo todo y no deshacerme de nada ; soy magistrado, y no tengo de ma-

gistrado mas que la autoridad y la toga : ¿no es esto ser y no ser? Soy hombre de negocios, y no tengo de tal otra cosa que la opulencia y el fausto : ¿no es esto ser y no ser? Pertenezco á la Iglesia, y no tengo de eclesiástico mas que el carácter y el hábito : ¿no es esto ser y no ser? *chimæra sæculi!*

32. Abramos, amados oyentes míos, abramos por fin los ojos, y para enseñarnos á usar bien de los honores del siglo aprendamos solamente á ser razonables ; porque bástale al hombre ser razonable para comprender sus obligaciones. Desengañadnos, Señor, de las falsas ideas que tenemos de las cosas, y disipad con las luces de vuestro Evangelio los errores que la corrupcion del mundo ha engendrado en nosotros. No permitais que un relámpago pasajero nos fascine, y que honores mortales y perecederos nos hagan perder la gloria inmortal á que nos habeis llamado, etc.

SERMON

SOBRE

LA RELIGION Y LA PROBIDAD.

Omnes qui habebant infirmos variis languoribus, ducebant illos ad Jesum. At ille, singulis manus imponens, curabat eos. Exibant autem demonia à multis, clamantia et dicentia: Quia tu es Filius Dei. Et increpans, non sinebat ea loqui, quia sciebant ipsum esse Christum. (Luc. IV).

Todos los que tenían enfermos, de cualquier dolencia que fuese, los llevaban á Jesús, el cual los curaba con solo tocarlos. Hasta los demonios salían de varios poseídos, clamando y diciendo: Tú eres el Hijo de Dios. Pero él los reprendía y no los dejaba hablar, porque sabían que era el Mesías.

1. Tal era, cristianos, el testimonio que rendían al Salvador del mundo, según nuestro Evangelio, aquellos espíritus de las tinieblas á quienes hacía sentir su soberano poder arrojándoles de los cuerpos, y destruyendo la injusta dominación que tenían sobre la tierra. Testimonio cierto; puesto que ellos sabían y habían aprendido por tan palpables pruebas quién era Jesús: *Quia sciebant ipsum esse Christum.* (Luc. IV). Testimonio público, puesto que lo decían y publicaban de tal modo: *Clamantia et dicentia, quia tu es Filius Dei.* (Ibid.). Testimonio tanto mas glorioso para el Hijo de Dios, cuanto que eran sus enemigos mismos los que reconocían su virtud omnipotente y publicaban su divinidad: *Exibant autem demonia.* (Ibid.). Pero testimonio que aquel Hombre-Dios despreciaba y desechaba, porque no era, á pesar de todo, sino un testimonio forzado, y que no provenía de un verdadero sentimiento religioso: *Et increpans, non sinebat ea loqui.* (Ibid.). Porque si ellos obedecían sus órdenes, saliendo de los cuerpos los poseídos, era porque no podían resistir á su mandato; y mientras por una parte le honraban llamándole Hijo de Dios, le blasfemaban, y renegaban de él por otra, oponiéndose con todas sus fuerzas al establecimiento de su ley. En vano, pues, mis amados oyentes, viniendo ahora á nosotros mismos, adoramos

¿Dios ó fingimos adorarle, si no lo hacemos con ánimo verdadero. En vano le rendimos un culto aparente, si en la práctica desmienten nuestras costumbres lo que confiesa nuestra boca. En vano somos cristianos, ó nos llamamos cristianos, si no lo somos mas que en el nombre, y no cumplimos con los deberes que este título nos impone. Y al decir deberes, no hablo solo de ciertos deberes de religion, sino de los deberes mas comunes de la sociedad, y mas generales en los usos de la vida y en el trato del mundo. De aquí he tomado el asunto de mi discurso; y considerando la materia en general, quiero haceros ver la relacion que hay entre la Religion y la probidad; quiero daros una idea perfecta de una y otra, mostrándoos la dependencia mútua que tienen entre sí. ¡Ojalá ordenáseis en adelante por esta regla la conducta de vuestra vida! De todos modos, para conseguirlo, implorad conmigo el auxilio del cielo, por la intercesion de María, diciendo á esta virginal señora: *Ave María*.

2. El tener probidad, segun el mundo, y el tener religion, son dos cosas que en todos tiempos se han diferenciado, y que se diferencian, en efecto, bien sea considerándolas en sus principios, ó juzgándolas por sus objetos, ó bien teniendo en cuenta los fines que se proponen. Porque la probidad, segun el mundo, no es al parecer mas que un efecto de la razon, al paso que la Religion es la grande obra de la gracia. La probidad, segun el mundo, está limitada á algunos deberes que la sociedad impone á los hombres; pero la Religion se ocupa de los mas santos ejercicios del culto de Dios. La probidad, segun el mundo, no considera sino cosas mortales y perecederas; la Religion lleva sus miras y esperanzas hasta la eternidad. Sin embargo, me atrevo á sentar una proposicion, cuya verdad no comprenderán algunos á primera vista, pero de la que espero convencerlos en el curso de mi sermón; á saber, que la Religion y la probidad, por diferentes que sean, ó por opuestas que parezcan algunas veces, tienen, sin embargo, entre sí tal conexion, que aun considerándolas en toda su extension se puede decir absolutamente que son inseparables. Y ¿por qué? escuchad con atencion estas dos ideas, porque es imposible que un hombre que no tiene religion tenga una verdadera probidad, y porque no es posible que un hombre que no tiene en el fondo una probidad verdadera tenga una religion sólida. Estas dos máximas necesitan explicarse; pero la explicacion que voy á dar de ellas será su misma prueba. No hay probidad sin religion; esta será la primera parte de mi discurso: no hay religion sin probidad; esta será la segunda. Pero la probidad con la religion ó

la religion con la probidad, ved aquí lo que constituye, segun Dios y segun el mundo, el hombre de bien, y lo que ahora me propongo explicaros.

Primera parte.

3. He dicho, cristianos, y es preciso que el mundo lo confiese á pesar suyo, que sin la virtud de la religion, que nos somete á Dios y á su culto, no hay verdadera probidad entre los hombres. Ved ahora las razones en que fundo esta importante máxima. Primero, porque solo la Religion nos puede servir de regla cierta, de principio universal y de fundamento sólido de todos los deberes que constituyen ese carácter de probidad de que hablo. Segundo, porque todo lo que no sea la Religion no está libre de ciertas tentaciones delicadas, á las que se halla sin cesar expuesta la verdadera probidad. Y por último, porque á aquel que ha sacudido el yugo de la Religion no le cuesta trabajo emanciparse de todas las demás leyes que puedan retenerle en el órden, ni desentenderse de todas las obligaciones que tenga en la sociedad humana, y sin las cuales no puede subsistir la probidad. Voy á explicaros bien estos tres pensamientos.

4. Digo que la Religion es el único principio sobre el cual pueden establecerse con seguridad todos los deberes que constituyen la verdadera probidad. Tal es tambien la doctrina del angélico doctor santo Tomás, en su Suma segunda, cuestion 81. Porque, para valerme de la propias palabras de aquel santo Doctor, la Religion no es otra cosa que un vínculo que nos une y sujeta á Dios como al primer ser del universo. Ahora bien, en Dios, dice aquel santo Doctor, están reunidos, como en su centro, todos los deberes y obligaciones que unen á los hombres entre sí por el trato de una íntima sociedad. Es, pues, imposible estar unido á Dios por un culto religioso, sin tener al mismo tiempo con el prójimo todos los demás vínculos de caridad y justicia que constituyen, segun la misma opinion del mundo, lo que se llama un hombre de honor. Por eso, cristianos, aun cuando Dios nos mande servirle y adorarle á él solo: *Dominum Deum tuum adorabis, et illi soli servies* (Deut. vi); léjos de excluir esta restriccion, *él solo*, ninguno de los deberes de la vida civil los abraza todos; léjos de debilitarlos los afirma; léjos de oponerse á lo que los hombres están en el caso de exigir unos de otros, lo mantiene en todo su vigor, y lo autoriza en toda su extension.

Porque, en virtud de la ley que hemos recibido y que nos hemos impuesto de servir á un Dios, damos á cada uno, por una consecuencia necesaria, lo que le es debido; el honor á quien le pertenece; el tributo á quien se le debe: somos fieles á nuestro rey, obedientes á nuestros superiores, respetuosos con los mayores, modestos con nuestros iguales, caritativos para con los pobres; tenemos celo para con nuestros amigos, equidad con nuestros enemigos, y moderacion con nosotros mismos: y ¿por qué? porque en Dios es donde únicamente encontramos lo que nos obliga á todo esto; pero lo encontramos de tal modo, que no puede estar ni residir mas que en Dios mismo.

5. En efecto, yo considero en Dios todos estos deberes como otras tantas consecuencias del culto supremo que le debemos, y por lo mismo como otros tantos puntos de conciencia esenciales para nuestra salvacion. Ahora bien, esta consideracion respecto de nuestra conciencia y de nuestra salvacion es la gran regla que me subyuga, que me cautiva, que me mueve á usar, si es preciso, de severidad y rigor conmigo mismo, para reducirme á la práctica de todas mis obligaciones. Y hé aquí, cristianos, la santa y divina moral que proponia Tertuliano á los infieles para hacerles comprender toda la pureza de nuestra Religion, y disipar las falsas ideas que tenian de ella. Les hacia ver que, léjos de sospechar ni tener ningun recelo acerca de sus fines, debian considerarla como una religion útil á la seguridad y al bien comun. Porque esta Religion, les decia, es la que nos enseña á hacer todos los dias votos á Dios por la prosperidad de vuestros Césares, á pesar de lo que nos persiguen, y á ofrecerle por la salvacion de sus almas el sacrificio de nuestros altares, al mismo tiempo que ellos, con el rigor de sus edictos, vierten la sangre de nuestros hermanos. Esta Religion es la que nos enseña á servir en vuestros ejércitos con una fidelidad sin igual, puesto que os veis obligados á confesar que no teneis soldados mejores que los cristianos. Esta Religion es la que nos enseña á pagar exactamente y sin fraude los impuestos y tributos públicos, hasta el punto de dar gracias á sus dioses, segun dice Tertuliano, los encargados de la recaudacion, de que haya cristianos en el mundo, porque estos cumplen aquel deber por motivos de piedad y conciencia: *Hinc est quod vectigalia vestra gratias christianis agunt; utpote debitum confide pendentibus.* (Tertul.). Estas palabras son admirables. Y en efecto, si se ordenasen en un Estado todas las cosas segun las leyes del Cristianismo, si los pueblos obedecieran como cristianos, si los que

los gobiernan lo hiciesen como cristianos, si se administrara justicia, si se ejerciese el comercio, si los empleos y cargos públicos se administraran segun la conducta pura y la inspiracion del espíritu cristiano, ¿qué paz y qué orden no reinarian? Señal evidente, dice san Agustin, no solo de la verdad, sino tambien de la necesidad de nuestra Religion. Por eso se ha distinguido en todos tiempos entre las diferentes sectas de la religion cristiana el partido católico, que es el de la verdad, del partido del error. Y sino, ¿por qué, por ejemplo, han producido las herejías los desórdenes, por qué han suscitado, en cualquier parte que hayan tenido su origen, la desobediencia de los hombres contra sus legítimos soberanos, sino, como dice muy bien el sábio Pico de la Mirándola, porque es imposible abandonar la verdadera Religion sin abandonar tambien la verdadera probidad? Y ¿cuál es el primer deber de la probidad sino el de someterse á la autoridad?

6. Es, pues, preciso considerar la Religion, cuando está arraigada en el corazon del hombre, como el primer móvil del universo. Prestadme atencion, cristianos: ese cielo que llamamos primer móvil tiene una virtud tan poderosa, que hace rodar con él á los demás cielos, extiende su influjo hasta la tierra, y conserva por su accion y su movimiento toda la armonía del mundo. Si ese primer móvil se detuviese, dicen los filósofos, todo seria caos y confusion en la naturaleza. Pues, de la misma manera, cuando el principio de la Religion se altera ó se destruye alguna vez en su esencia, no hay que buscar ya regla ni conducta, ni honestidad de costumbres que sea, por lo menos, constante y general; y notad bien estas dos palabras, constante y general, porque ellas lo comprenden todo. De lo contrario, ¿en qué se fundaria la honestidad? ¿en las miras de la razon únicamente? ¡Ahl cristianos, estais demasiado enterados é instruidos del mérito de las cosas para creer que la razon sola, en el estado á que está reducida, es decir, corrompida por el pecado, debilitada por las pasiones, sujeta como se halla á la ceguedad y á las preocupaciones, pueda mantener al hombre en una inocencia completa é irrepreensible. Teneis demasiada penetracion para no conocer los escándalos que sucederian, si los deberes de la sociedad humana dependiesen únicamente de la idea que cada uno se formase de ellos, y la horrible revolucion que se seguiria, si cada uno, segun su entendimiento y su capricho, se hiciera el árbitro de lo que puede, de lo que debe, de lo que le pertenece, de lo que le está permitido; de suerte que su razon le sirviese de tribunal sobe-

rano que no reconociera superior, ni admitiera apelacion alguna: Juzgado por vosotros mismos. La razon sin la Religion ¿cuántas injusticias no autorizaria? ¿cuántas traiciones no justificaria? ¿á cuántos crímenes no daria el nombre de virtud?

7. Por eso, dice san Juan Crisóstomo, por eso en los negocios de mundo mas notables, en los tratados de paz y de alianza, en los primeros cargos del Estado, hasta en la administracion misma de justicia, se exigen juramentos, que son protestas públicas y solémenes de la Religion; y ¿por qué? porque sin el sello de la Religion no se tiene seguridad en la razon de los hombres, y porque los hombres mismos, que conocen demasiado bien la debilidad de su razon, desconfian siempre unos de otros, á no ser que esa razon, que ellos miran con prevencion, tenga, por decirlo así, una garantía superior, que es la Religion. Porque, ¿qué es el juramento, segun la doctrina de los teólogos, sino una especie de garantía que nos proporciona la Religion misma, para poder responder á los demás de nuestra razon? Ahora bien, esto es lo mismo que se ha practicado generalmente en todos tiempos y en todas las naciones. Y hé aquí otra prueba, dice san Juan Crisóstomo, para confundir el libertinaje, y para destruir esa supuesta suficiencia de la razon, de que la impiedad hace alarde. Así, pues, cristianos, consultad vuestra propia experiencia: ¿hay alguno de vosotros que quisiera ver su fortuna y su vida entre las manos de un hombre sin religion? Por grande que fuera su ilustracion, por mucha razon que al parecer tuviese, ¿no consideraríamos como una desgracia el que ese hombre fuera dueño de nuestros intereses, y no procuraríamos siempre en todo lo que pudiésemos no tener ningun trato con él? Por el contrario, estando convencidos de que aquel con quien tratamos tiene fe y conciencia, nada temeremos; y un ateo, por ateo que sea, se confiará mejor á un hombre que crea en un Dios que no á un libertino como él. ¡Oh adorable Providencial de este modo resplandeces hasta en la impiedad, y á nuestro pesar nos haces concebir horror á la irreligion, que no solamente se contradice y se condena, sino que se odia á sí misma.

8. Me diréis que, aparte de toda religion, la naturaleza nos inspira cierto amor á la justicia, y que este es por lo menos suficiente para formar el carácter de hombre honrado segun el mundo. Bien sé, cristianos, que algunos dicen esto, y que tal es el pretexto especial de que se vale el mas refinado libertinaje para conservar todavía algun resto de estimacion y buena opinion entre los

hombres. Pero es un pretexto que no ha engañado nunca mas que á los necios, y cuya falsedad es fácil conocer. Porque, sin examinar ahora cuál seria el amor á la justicia abandonado á la buena ó mala fe de cada particular, permitidme, cristianos, que os pregunte: ¿se encontrarían en el mundo hombres que tuviesen un gran celo por la justicia, si estuvieran persuadidos de que no hay Dios ni religion? ¿Habria muchos? Un ambicioso, un hombre sensual, un avaro, ¿se interesarían por la justicia, si no tuviesen conocimiento de Dios? Y esas gentes honradas segun el mundo ¿qué uso harían de ella? Porque si yo no tuviese religion, si no tuviese siempre á mi vista este primer Ser que me rige y me gobierna, me consideraria á mí mismo como mi último fin; y por un desarreglo de mi razon, que me pareceria entonces muy razonable, lo haria consistir todo en mí: mi interés, mi placer, mi satisfaccion, mi gloria, serían mis divinidades, y creeria tener derecho para sacrificárselo todo; ¿por qué? porque entonces no habria nada superior á mí, ni fuera de mí, ni mejor que yo. ¿Y no es así como viven los ateos, que no tienen ninguna idea de la Divinidad, sustituyéndose en cierto modo ellos mismos á Dios, y no obrando mas que por sí propios, porque no tienen otro Dios que ellos mismos? Ahora bien, decidme: ¿puede haber de este modo alguna probidad? ¿Hay medio de que el hombre que profesa tales máximas tenga caridad con el prójimo? ¿Hay medio de que crea una virtud el ser obediente y sumiso, y de que se someta de otra manera que por el temor y la bajeza de su corazon?

9. Y aquí debo haceros notar, cristianos, no la impiedad, sino la extravagancia de esa política maldita, cuyo autor se gloria de ser un falso sábio de estos últimos siglos, política que no admite otra religion que la precisa para poder ser bien quisto en el mundo, y que no conserva de ella sino la apariencia y la figura necesarias para poder guardar el decoro de su estado. Porque, sin tratar ahora de refutar una máxima tan detestable, sin detenerme en el pensamiento de Guillermo de París, que dice que una religion fingida é hipócrita es, en cierto modo, peor que la irreligion misma; sin necesidad de demostrar que es mas peligrosa que un ateísmo declarado, porque se desconfia menos de ella, y puede servir para ocultar toda clase de crímenes; sin haceros notar que en los pueblos donde se ha esparcido esta doctrina es donde han sido mas generales las mayores perfidias, y Dios quiera que bien pronto no nos suceda lo mismo á nosotros; sin hablar de los desórde-

nes que ocasionaria, si los pueblos no tuviesen mas religion que la que exigieran sus intereses, desórdenes que muestran bien claro hasta donde llega el extravío de los hombres cuando se apartan de Dios, y lo verídicas que son las palabras de san Pablo cuando dice que Dios los condena á un sentido reprobado; sin insistir en nada de esto, cristianos, me basta añadir que tan abominable política, al razonar contra Dios, se destruye á sí misma por sus propios razonamientos. Porque, por impía que sea, reconoce al menos la necesidad de una religion aparente para contener á los pueblos en su deber; y, en este mero hecho, confiesa que la razon no es capaz de mantener por sí sola en el mundo la probidad que debe regularla; de lo cual deduzco yo la necesidad de la verdadera Religion: ¿y por qué? porque la verdadera probidad no puede tener por fundamento la mentira. Si se necesita, pues, una religion, y si los mismos impíos se ven precisados á confesarlo, deben forzosamente admitir una religion verdadera, á no ser que quieran convertir el universo en lo que Jesucristo reprendia á los judíos que habian convertido el templo de Dios; esto es, en una caverna de ladrones.

10. Pero vamos aun mas adelante. He dicho, cristianos, que solo con la Religion podemos estar á cubierto de ciertas tentaciones delicadas, á las cuales se hallan expuestos continuamente el deber y la probidad. Prestadme atencion, y procuraré explicarme mejor. Llamo tentaciones delicadas á las que atacan al corazon por su lado mas sensible, oponen un interés poderoso á la integridad de una conciencia débil, y comprometen la razon con una pasion poderosa. Tentacion delicada, por ejemplo, cuando no depende, para merecer la aprobacion y la estimacion del mundo, mas que de abrazar el partido de la injusticia, y cuando, manteniéndose firme en la verdad, se atrae uno el desprecio y el odio. Tentacion peligrosa, cuando, para obrar como hombre de bien, es necesario exponer la autoridad y el crédito, y aun arriesgar toda la fortuna y todas las esperanzas. Tentacion peligrosa, cuando tiene uno en las manos un provecho considerable pero injusto, y cuando haciendo ver un negocio bajo un aspecto falso, ó adoptando ciertas medidas, se le puede convertir en utilidad nuestra. Tentacion peligrosa, cuando, á costa de un miserable ó de un desconocido, se puede servir á un amigo, ó cuando, para perder á un enemigo, solo necesitamos seguir los impulsos de nuestro corazon. Tentacion peligrosa, cuando, rompiendo los límites de la razon severa y escrupu-

losa que nos detiene, nos creemos en estado de serlo todo y de aspirar á todo. En una palabra, tentacion peligrosa, cuando podemos hacer el mal sin temer sus consecuencias, ya porque no nos alcanzan los juicios y censuras del mundo; ya tambien porque, siendo tan general la corrupcion, esperamos hallar aduladores que nos aplaudan hasta en el crimen. ¿No es en esas y otras ocasiones análogas cuando la razon mas recta, al parecer, sucumbe, sin embargo, á la tentacion, si no está sostenida por la Religion? Porque es fácil, como observa san Ambrosio, encontrar en el mundo hombres esclavos de su deber, cuando su deber no está combatido por ningun interés contrario. Entonces es cuando se habla con firmeza, cuando se pronuncian sentencias, cuando se defienden la probidad y la virtud; y yo concibo perfectamente que esta probidad pueda ser fruto de la razon humana, por encontrar hombres de una probidad y de una virtud que se sostengan sin excepcion contra todo interés, hombres de honor cuando haya que sacrificarlo todo por serlo, hombres equitativos contra sí mismos, y tan determinados á hacer justicia á los demás contra sí propios, como á hacérsela á sí mismos contra los demás, ¡ah, cristianos! esto es una especie de milagro que la razon no puede verificar sin el auxilio de la Religion; y sin este milagro no hay probidad posible.

11. De ahí el que en el siglo en que vivimos (perdonadme esta reflexion que hago no por un espíritu de crítica, sino por un sentimiento de celo), de ahí el que en nuestro siglo los hombres se entreguen á desórdenes de que se hubieran avergonzado los paganos mismos; de ahí el que casi todas las profesiones se hallen actualmente desacreditadas, y que nadie se admire ya de ver jueces dirigidos por este, ó sobornados por aquel; de ahí el que un hombre puro é intachable en el manejo de los caudales públicos, y que sale de ciertos empleos sin mancha alguna en su probidad, sea para nosotros un prodigio. ¿Y me atreveré á decirlo?... De ahí el que una mujer verdaderamente fiel se empiece á considerar como una cosa rara en el mundo, y que en las profesiones mas honrosas haya tantas prácticas y manejos, tantos artificios y enredos, á los cuales no me atreveré, por respeto á este auditorio, á dar el nombre que les conviene, pero que la voz, ó, si se quiere, la pública indignacion, califica todos los dias de picardías. De ahí el que la santidad del sacerdocio se vea profanada por negocios y especulaciones, no solo criminales y prohibidas por Dios, sino sórdidas segun la opinion comun; en fin, de ahí el que haya casi desapare-

cido el verdadero carácter del honor. ¿Por qué? Ya os lo he dicho, porque en la mayor parte de los estados y condiciones de la vida hay poca religion. ¿Cómo queréis que esta mujer, que este juez, que este hombre de negocios, en situaciones dadas, no obedezcan á la passion que les domina, si ninguno de ellos puede elevarse á otra esfera mas sublime que la de la razon? Pues esto es lo que hace la Religion; la cual, atendiendo á Dios, no solo nos impide apoderarnos del bien ajeno, sino que además nos hace abandonar el nuestro; no solamente triunfa de la ambicion, sino que nos guia al abatimiento y á la humildad; no solamente reprime los deseos criminales de la carne, sino que nos aleja de las comodidades de la vida; esto es, elevando al hombre sobre la razon, le hace triunfar de todas las tentaciones.

12. Y hé ahí, cristianos, lo que hemos visto en la persona de Jesucristo. El demonio, mostrándole todos los reinos de la tierra, le prometia hacerle dueño de ellos si queria prosternarse una sola vez á sus plantas. Esta era una tentacion terrible; pero ¿qué hizo el Salvador? Apeló á la religion contra un ataque tan peligroso; y sin mas defensa que estas palabras: *Scriptum est, Dominum Deum tuum adorabis* (Matth. iv): Está escrito, adorarás al Señor tu Dios; confundió á su enemigo. Él no dijo todo lo que la filosofia y el mundo hubiera podido responder á la proposicion que le hacia el espíritu tentador; porque ¿de qué sirven la moral y la filosofia cuando se trata de un reino y aun de muchos? Pero como el reino del Hijo de Dios no era de este mundo, el Salvador detuvo al demonio con estas palabras: *Dominum Deum tuum adorabis*, y con ellas triunfó de él, *tunc reliquit eum diabolus*. (Ibid.). Seamos religiosos, cristianos, y no habrá interés ni tentacion que no podamos vencer fácilmente; no lo seamos, y no habrá interés ni tentacion que no nos venza. Si esta máxima es absoluta y generalmente verdadera respecto de los hombres que viven sin religion, mucho mas lo será con relacion á los desertores de la fe, los cuales, despues de haber tenido en otro tiempo religion, no la tienen ahora, porque han sacudido su yugo, y al rebelarse han dicho como la infiel Jerusalem: *Non serviam*. Porque ¿qué no podrá temerse de un hombre que ha abandonado el santo temor de Dios, y de qué no será capaz, habiéndose atrevido á rebelarse contra el Todopoderoso? Si el respeto debido al primer Ser no ha podido contenerle, ¿quién le contendrá? ¿á quién no despreciará despues de haber despreciado lo que todos los demás reverencian?

13. De ahí, y es la tercera razon que he añadido, resulta que no habrá leyes por sagradas que sean que no arroje á sus piés, ni juramentos á que no falte. Obligaciones de dependencia : se sublevará, si tiene ocasion, contra los poderes mas legítimos. Obligaciones de justicia : no respetará ni la inocencia ni el buen derecho; y, si es preciso, sacrificará al débil y al pobre. Obligaciones de fidelidad : irá sin vacilar á la presencia del magistrado y al pié de los altares á desmentir su palabra y á perjurar. Obligaciones de la sangre y de la naturaleza : venderá, si es preciso, á sus amigos, parientes, hermanos y aun á su padre. ¡Bella leccion para vosotros, reyes de la tierra, que os enseña que nada hay mas perjudicial en la corte de un príncipe que un hombre sin religion! ¡Bella leccion, grandes del mundo, que os enseña á huir de la impiedad y del impío! ¡Bella leccion, señores del siglo, que os enseña á no sufrir á vuestro lado domésticos libertinos! ¡Bella leccion para nosotros, amados oyentes míos, que nos enseña á no acompañarnos jamás de personas sospechosas en punto á creencias, y á no fiarnos ya ni en ellas ni en su fe! Si el libertino osa presentarse á nuestra vista, si se atreve á pronunciar delante de nosotros discursos escandalosos, no tengamos contemplaciones con él; por el contrario, seamos tan valerosos en resistirle, en desacreditarle, en defender al Dios que adoramos, como él es atrevido é insolente en atacarle. Honremos nuestra Religion; honrémosla en todas partes y en todo, en sus misterios, en su sacrificio, en sus Sacramentos, en sus ceremonias y en sus prácticas. Mientras la Religion nos acompañe, Dios será con nosotros; ó si el pecado nos la hace perder, siempre tendremos un camino para volverla á encontrar. La Religion, hasta en nuestro pecado, nos hablará, nos recordará, nos trazará el camino y nos conducirá á él. Pero si dejamos extinguirse esta luz, ¿á quién acudirémos? Caminando entre tinieblas, en las mas profundas tinieblas, ¿cuántas veces no caerémos? ¿En qué abismos no nos precipitarémos? Bajo una vana apariencia de probidad, ¿á qué corrupcion de costumbres y á qué excesos no nos entregarémos? No hay probidad sin religion, pero tampoco religion sin probidad; esto formará la segunda parte de mi discurso.

Segunda parte.

14. Así como hay una especie de hipocresía, cuyo efecto es engañar á los demás, así tambien hay una mucho mas sutil, que con-

siste en engañarse á sí mismo en materia de religion; y aunque la primera parece ser mas dañosa, en razon á que abusa de todo lo mas santo, que es el culto de Dios, para hacernos aparecer á los ojos de los hombres lo que no somos, preciso es, sin embargo, convenir en que la segunda es mas peligrosa, bajo cierto punto de vista, puesto que destruye el principio fundamental de la conducta del hombre, que es el conocimiento exacto de las cosas, dándonos una falsa idea de la Religion, y una idea muchas veces mas difícil de corregir que la irreligion misma. Esta segunda especie de hipocresía es la que yo combato al presente, y reduzco á cierto género de cristianos, cuyo carácter os marca por sí sola mi proposición; los cuales, sin un designio premeditado de engañar al público, viven en el error, creyendo que tienen Religion, y careciendo, sin embargo, de ese fondo de honradez, de pureza, de sinceridad que el mundo mismo exige de los que quieren vivir segun sus leyes y con honor, porque hay muchísimos en esta ilusión, y de ellos hablo precisamente. Yo creo que una religion sin probidad, y digo sin probidad en el sentido que el libertinaje y el paganismo lo entienden, esto es, sin una conducta intachable ante los hombres, y sin una exacta regularidad en el cumplimiento de los deberes de la vida civil, no es mas que un fantasma de religion, un escándalo de religion; un fantasma de religion, porque le falta el fundamento de la verdadera religion; un escándalo de religion, porque solo sirve para deshonar á la verdadera religion: dos verdades terribles para muchos falsos cristianos, y que explicaré en breves palabras.

15. No, amados oyentes míos, una religion sin probidad no es mas que un fantasma de religion; así lo declara la Escritura en un punto particular, pero cuya decision justa y sólida, aunque á primera vista parece exagerada, puede aplicarse á los demás; héle aquí: *Si quis putat se religiosum esse, non refrenans linguam suam, sed seducens cor suum, hujus vana est religio* (Jacob. 1): son palabras de Santiago en su epístola canónica. Hermanos míos, decia el grande Apóstol, si alguno de vosotros cree tener religion, y sin embargo no refrena su lengua, antes por el contrario la permite hablar con entera libertad, sepa que su religion es vana. No dice: si alguno de vosotros se permite en algun caso hablar contra el prójimo, porque esto puede suceder algunas veces por debilidad, por imprudencia ó en un arrebató, aun quando se tenga religion; sino que el Apóstol dice: Si alguno de vosotros, no refrenando

nunca la lengua, se habitúa á ridiculizar á uno, á despreciar á otro, á censurar á este, á disfamar á aquel, y cree poder conciliar esta licencia desenfrenada con la verdadera religion, es un ciego que se extravía; y aun cuando tal vez no se crea por esto ni menos religioso, ni menos perfecto, aun cuando se forme de esta maledicencia misma un punto de religion y de piedad, como si le inspirase un celo cristiano, yo sostengo y afirmo que su religion es imaginaria: *Hujus vana est religio*. ¡Qué consecuencia, dice san Juan Crisóstomo! ¿No bastaba decir que este hombre, no conteniendo su lengua, ofende á su religion, ofende á la caridad, compromete su conciencia, y se hace criminal ante Dios? No; sino que, remontándose al origen de las cosas, el Apóstol asegura absolutamente que es un hombre sin religion: *Hujus vana est religio*.

16. Comprended, cristianos, toda la fuerza del argumento: si es de fe que semejante error, un error práctico respecto de la licencia de una lengua maldiciente y sin freno, basta para apagar en nosotros el espíritu de la religion, ¿qué será de aquellos desórdenes que destruyen enteramente la probidad en el comercio social, y que ciertos hombres, sin embargo, desearían poder conciliar con la Religion? ¿Qué será de esos engaños acompañados de mil protestas de amistad y de buena fe? ¿Qué será de esa avaricia sórdida y cubierta con un velo de desinterés y generosidad? ¿Qué de esas animosidades profundas é inveteradas, tan contrarias á la caridad y á la paz, pero que tienen una apariencia de justicia? ¿Qué de esos excesos, de esos arrebatos, de esa dureza hácia el prójimo, que se justifican con una intencion recta en apariencia tambien? ¿Qué de esos fraudes, de esas trampas, de esas vejaciones que arruinan no solo á las familias, sino hasta ciudades y provincias enteras? ¿Qué de otros mil desórdenes demasiado conocidos, y que rompen todos los lazos de la sociedad humana? Todo esto ¿es compatible con una religion enteramente santa, con una religion del todo perfecta, con una religion completamente divina, ni aun con el paganismo? Un pagano, al practicar estas cosas, hubiera creído renunciar á la religion que profesaba, y entre los paganos se le hubiera anatematizado; y con tan monstruoso desarreglo de costumbres, ¿nosotros nos lisonjearíamos de ser cristianos?

17. Remontémonos al principio. Me preguntais por qué la religion tiene una dependencia tan necesaria de la probidad; y yo os respondo que por un orden establecido por Dios, y que Dios mismo no puede, en cierto modo, cambiar. Porque así como la gra-

cia supone la naturaleza, y la fe está ingerta, digámoslo así, en la razon, así tambien la religion tiene por base la probidad. Destruid la naturaleza, y destruis la gracia; pervertid la razon, y ya no hay fe; quitad de la sociedad de los hombres lo que llamamos probidad, y ya no hay religion. En efecto, la religion, dice san Jerónimo, quiere un objeto digno de ella y digno de Dios. Ella nos perfecciona elevándonos á Dios, pero supone en nosotros, ó mas bien principia en nosotros, cierta perfeccion que nos hace tales cuales debemos ser para con los hombres; si carecemos de estas cualidades y disposiciones, Dios no puede agradecer nuestro culto ni honrarse con él; porque lo que no es bueno ante los hombres, ¿cómo lo será ante Dios, cuya inteligencia es infinitamente superior á la de los hombres? Ser justo, fiel, desinteresado, intachable en la estimacion del mundo, ó al menos querer serlo, trabajar en serlo, y para mantener y santificar dichas virtudes ser religioso y cristiano, hé ahí el orden invariable, y al cual es necesario que la religion se conforme. Pero ¿qué es lo que hacemos nosotros? Transformamos este orden, y por la ilusion mas deplorable nos formamos grandes ideas de religion y de cristianismo que no tienen fundamento alguno, porque al mismo tiempo descuidamos los primeros deberes de la fidelidad y de la justicia; esto es, edificamos sin base, ó, para explicarme con san Pablo, edificamos sobre un cimiento de paja. Queremos construir un edificio de piedras preciosas, pero nos parecemos á la estatua de Nabucodonosor, de que habla el profeta Daniel, la cual tenia la cabeza de oro y los piés de barro. La cabeza de oro representa á la religion, y los piés de barro nuestras acciones. ¿Y qué es esto mas que una fantasma, una quimera? porque una quimera, segun la significacion de la palabra, indica un compuesto de especies diferentes que no tienen entre sí ninguna relacion ni contacto; una cara de hombre con un cuerpo de bestia. Así es como la ha pintado la fábula; y lo que es imposible en la naturaleza, ¿no es lo mismo que vemos y deploramos en la conducta de la mayor parte de los cristianos? ¿Cuántos no podrán decir como san Bernardo, pero por diferente motivo que san Bernardo, yo soy la quimera de mi siglo, ó mas bien la quimera del Cristianismo; yo honro á Dios, pero ofendo á los hombres; tengo sentimientos de piedad, pero hablo y obro en mil ocasiones con menos rectitud y menos razon que los impíos; tengo celo por ciertas obras fastuosas y vanas, y no para practicar obras de necesidad y de obligacion; soy elocuente en materia de disciplina

de la Iglesia y severidad del Evangelio, y paso toda mi vida formando partidos, urdiendo intrigas, esparciendo calumnias, injuriando al uno, destruyendo al otro? Quimera de la religion. Es necesario que la religion, la verdadera religion, principie por los deberes generales de la equidad, de la caridad, del reconocimiento, de la sumision y de la obediencia, porque así es, dice el apóstol Santiago, como se defiende uno de la malignidad y del contagio del siglo, y en esto consiste la religion pura y sin mancha: *Religio munda et immaculata hæc est, immaculatum se custodire ab hoc sæculo.* (Jacob. 1).

18. Sin la probidad sincera y reconocida, la religion no solo es un fantasma, sino un escándalo de religion. Me explicaré. Llamo yo escándalo de religion á todo aquello que expone á la religion al desprecio y á la censura, y escándalo de religion á todo aquello que la quita el crédito y la autoridad que debe tener en las almas; llamo escándalo de religion á lo que da al libertinaje una especie de superioridad y de ascendiente sobre ella. ¿Y no son estas las consecuencias de la conducta de un cristiano sin probidad? Si el Cristianismo pudiera hacerse despreciable, ¿por qué medios mejores y mas naturales que los dichos? Bien sé que no nos faltan respuestas para hacer callar al mundo; que es preciso distinguir con cuidado á la religion de los que la profesan, y que no debe confundirse la santidad que á esta le es propia, y que no pierde jamás con nuestros desórdenes, que es la primera á condenar. Pero ¿es el mundo bastante equitativo para hacer esa distincion? ¿Estará dispuesto á hacerla? ¿No busca, al contrario, pretextos contra ella? Y por poco que estos autoricen su impiedad, ¿no se complace en ponderarlos y exagerarlos? Cuando se ven, pues, cristianos infieles en sus palabras, interesados en sus miras, inflexibles en su cólera, despiadados en sus venganzas, sin moderacion en sus excesos, sin pudor en sus vicios, disimulados, intrigantes, tramposos é impostores, ¿qué puede pensar de ellos el libertinaje, y qué es lo que, en efecto, piensa? ¿No es una ventaja para él, no es un triunfo? Id, y alabadle entonces la excelencia de la ley de Dios; ¿qué no tendrá ó no creerá tener para oponerle? La tratará de hipocresía y de juego, ó de especulacion impracticable; de hipocresía y de juego, porque con tan bellas lecciones y máximas tan sublimes no hace mejores á los que la abrazan; de especulacion impracticable, porque, aun haciendo profesion de seguirla, no se observan sus reglas ni se cumplen sus deberes. Discurrirá mal, con-

vengo en ello; pero, en fin, discurrirá como he dicho: tales son las impresiones que producirán en su alma los ejemplos que tenga á la vista; porque indudablemente se apoyará en estos ejemplos, se atenderá á estos ejemplos, y juzgará por estos ejemplos. ¿Qué es lo que se dice todos los dias de la devocion? Vosotros lo sabeis; que no porque uno sea devoto deja de ser, frecuentemente, mas hipócrita, mas vengativo, mas repulsivo para los extraños, y mas amante de sí mismo. ¿Y por qué se dice esto? Porque hay en efecto devotos, hablo de los falsos devotos, engañadores, que se aborrecen entre sí, devotos groseros, maníacos, extravagantes y sensuales; y lo que se dice de la devocion puede aplicarse en general á la religión.

19. Así, pues, hermanos míos, si aun nos resta algun amor á nuestra Religion, vivamos de una manera que no solamente la honre, sino que la haga amar aun de sus mas terribles enemigos. Ya sabeis el medio para conseguir tan bello resultado. Que vean en nosotros probidad, y esto les edificará: nuestras devociones, nuestro fervor, nuestras penitencias, todo esto es santo, pero apenas lo advertirán; su penetracion no llega á tanto, y esperan que nosotros les atraigamos por algun otro medio mas á su alcance y mas propio de la imperfeccion de su estado. Seamos benéficos, dulces, afables, cariñosos, humildes en nuestros pensamientos, integros en nuestros sentimientos, modestos en la fortuna, sufridos en la adversidad; sin engaños, sin artificios, sin ostentacion, sin altanería; entónces, ayudados de la gracia, les atraerémos, les convertiremos, les santificaremos, y nos santificaremos al par á nosotros mismos. Tal es, Señor, el testimonio que esperais de nosotros. Los Mártires; por la Religion misma que profesamos, han derramado su sangre y perdido su vida. Nosotros debemos estar igualmente dispuestos á sacrificarnoslo todo; pero no nos encontramos ya en las mismas circunstancias. ¡Oh Dios mio! ¡qué vergüenza para un cristiano no hacer, en parte al menos, por la inocencia de sus costumbres lo que tantos otros han hecho por su indomable constancia en medio de los mas horribles tormentos! No, no os glorificaremos en vano, Señor, puesto que habeis prometido á los que os honren una gloria inmortal, que os deseo á todos, etc.

ÍNDICE

DE LOS SERMONES CONTENIDOS EN ESTE TOMO.

	PÁG.
Sermon sobre la verdadera y falsa penitencia.	5
Sermon de la segunda parte de la penitencia.—Sobre la confesion. . .	16
Sermon de la segunda parte de la penitencia.—Sobre la confesion. . .	33
Sermon de la tercera parte de la penitencia.—Sobre la satisfaccion.. .	52
Sermon sobre la felicidad de los justos.	71
Sermon sobre la muerte del pecador y la del justo.. . . .	92
Sermon sobre el juicio universal.	117
Sermon sobre el perdon de las injurias.	141
Sermon sobre la verdad de otra vida eterna.. . . .	163
Sermon sobre el peligro de las prosperidades temporales.	183
Sermon sobre el rico avariento.	206
Sermon sobre el hijo pródigo.. . . .	228
Sermon sobre la Samaritana.	250
Sermon sobre la limosna.	275
Sermon sobre la resurreccion de Lázaro.	302
Sermon sobre la inmutabilidad de la ley de Dios.	327
Sermon sobre el empleo del tiempo.	345
Sermon sobre la salvacion.	366
Sermon sobre la pecadora del Evangelio.	388
Sermon sobre la perfecta observancia de la ley.	409
Sermon sobre la meditacion de la muerte.	428
Sermon sobre las tentaciones.	454
Sermon sobre la ambicion.	478
Sermon sobre la religion y la probidad.	500